WALTER PERNAS

COMANDANTE FACUNDO

EL REVOLUCIONARIO

PEPE MUJICA

LA BIOGRAFÍA NOVELADA



Comandante Facundo narra la vida de José Pepe Mujica y su trayectoria excepcional: de niño travieso y trabajador, a joven rebelde y enamorado; de combatiente y militante político, a panteísta cultivador amante de la tierra. La historia novelesca de la que Mujica es protagonista revive en esta obra colmada de detalles íntimos: sus cuatro grandes amores y en especial el que perdura hasta el presente; su madre como mentora política, siempre convencida de que su hijo llegaría a ser presidente de la República; la amistad entrañable con su compinche de la infancia y juventud, compañero de rutas surcadas a pedal o sobre una rugiente Triumph 500.

Resultan estremecedoras las revelaciones sobre las acciones guerrilleras que protagonizó este líder del MLN-Tupamaros, pormenores de cuando fue acribillado a balazos, del secuestro en que debió herir con su arma para proteger a un compañero, del asalto a la casa de un juez corrupto y colaborador de la CIA, tanto como la reconstrucción de las dos fugas de la cárcel y de sus increíbles recursos para sobrevivir a las tumbas donde fue enterrado como rehén de la dictadura.

Escritor de gran capacidad para recrear épocas y construir personajes sólidos, Walter Pernas relata esta biografía novelada con el máximo rigor, característico de un excelente periodista e investigador. Pocas veces se ha logrado un nivel tan elevado de exactitud en los datos sobre la historia reciente, obtenidos tras una profunda y extensa investigación. El propio Pepe Mujica, al leer Comandante Facundo, se sorprendió de la agudeza y precisión de la información acopiada.

Narrada a un ritmo que no acepta interrupciones, la novela del presidente que emergió de un movimiento revolucionario será leída por simpatizantes y detractores con todo el interés y apasionamiento que el personaje y el tema merecen.



Walter Pernas

Comandante Facundo

El revolucionario Pepe Mujica

ePub r1.2
Titivillus 08.07.15

Título original: *Comandante Facundo: El revolucionario Pepe Mujica*
Walter Pernas, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Tania,
per sécula seculórum



HACIA LA CUMBRE

Seré todo o no seré
mas es mi lema luchar
para ingresar en las filas
de los que saben triunfar:
y colmar la aspiración
de mi Patria y mi Mamá.

José A. Mujica Cordano

Montevideo, 1949.

Introducción

Los hechos fundamentales narrados en esta historia son reales.

Amoldada por el rigor histórico, la ficción le da forma al relato y ayuda a hilvanar acontecimientos verdaderos. Pero aun los aspectos más psicológicos del protagonista —reflexiones, estados de ánimo, sueños— y los diálogos entre los personajes se construyeron a partir de información obtenida en una profunda investigación que se desarrolló durante cinco años (2008-2013) y cuyos resultados constituyen los cimientos de esta biografía novelada.

Los datos relevantes surgen de treinta entrevistas que realicé a protagonistas o testigos calificados de los hechos: familiares, amigos, vecinos, compañeros de estudio, de la lucha revolucionaria, de la vida política, y al propio José Mujica. Pero también brotan de la documentación oficial y no oficial revisada, de declaraciones del protagonista publicadas en los últimos veintiocho años, de las formuladas por sus allegados, de las crónicas y notas acopiadas, de cartas, fotografías, filmografía, grabaciones de audio e imagen y de la vasta bibliografía consultada.

Al final del proceso de investigación y redacción, mantuve tres encuentros con el presidente Mujica, quien leyó el manuscrito, valoró el trabajo realizado, respetó su independencia, y le aportó información valiosa y enriquecedora a la obra.

Por todo esto, mi agradecimiento.

Walter Pernas

Montevideo, setiembre de 2013

Me gusta muchísimo el tango pero yo no vivo en la nostalgia. Sin embargo, al leer este libro me doy cuenta de que estoy ante un trabajo muy comprometido: mucho laburo, mucha entrevista para llegar a los datos.

Por el carácter novelado de la obra, hay algunas partes que son hijas de la imaginación del autor, pero que están en línea con la información que yo podía manejar en aquella época.

JOSÉ MUJICA

En medio de los derechos violados, de las libertades ultrajadas, de los principios vulnerados y de la justicia encarnecida, no puede existir la paz, porque de cada boca brota un anatema, de cada conciencia un remordimiento, de cada alma un huracán de indignación.

La paz solo puede restablecerse teniendo por base la justicia, por palanca y sostén la libertad y el derecho, y por cúpula de ese edificio, la reforma y el bienestar social.

EMILIANO ZAPATA, 11 de abril de 1913

(Carta al dictador mexicano, general Victoriano Huerta, usurpador de la Presidencia en acuerdo con el gobierno de Estados Unidos de América)

1

El hombrecito

Faltaban cinco para las ocho cuando Dilermondo sintió en su hombro el toque fugaz de una mano. Se le erizó todo el cuerpo, como si se tratara de una deliciosa caricia.

—¡Mancha cruzada! —escuchó, mientras se dejaba dibujar la cruz en la espalda por una de las más lindas de la clase.

Ella salió corriendo, esperando ser perseguida, pero él se quedó encallado en el amplio patio del frente, ausente de la creciente marea blanca que se movía rumbo a la puerta de entrada.

—¡Me tocó! —dijo en medio del bullicio—. ¡A mí, al Nene!

Cuando reaccionó, corrió hasta el murito lateral de la escuela y estiró la mirada más allá del estrecho campo que su amigo Pepe atravesaba todas las mañanas para llegar a estudiar. Se moría por contarle lo que le acababa de pasar y afinó un poco más la vista, pero ni miras de que alguien apareciera: la casa —una construcción sencilla, de cuatro paredes externas simétricas, más altas que anchas, revocadas al color natural del pórtland, y con azotea plana— tenía puerta y ventana cerradas, algo raro para aquella hora de la mañana.

—¡Vamos, todos adentro! —llamó por última vez la directora, enérgica como siempre. Nadie, ni los de sexto, se atrevían a desoír a doña Amelia Resenite.

—¡Sí, señorita! —respondió Nene, y salió derecho hacia su salón, el de tercer año.

En unos minutos cesó el murmullo, los niños de la clase atendían a su maestra, parada a un lado del pizarrón con la tiza en la mano.

—¿Quién escribe la fecha?

—¡Yo señorita, yo! —las niñas, siempre más dispuestas que los varones, levantaban la mano desde todos los rincones. La recorrida de las compañeras hacia el frente del salón solía ser acompañada de miradas y comentarios cómplices de Nene y Pepe.

Luego, disimulados, fijaban la vista en lo alto, donde la compañera dejaba su trazo manuscrito en polvo blanco sobre fondo negro.

Pero esa mañana la complicidad resultaba imposible…

Nene sacó su cuaderno y lo abrió, mojó apenas la pluma en la tinta del hoyo empotrado en el pupitre que compartía con Pepe, se fijó en el pizarrón, y luego garabateó en azul: «1.º de setiembre». A su lado el asiento estaba vacío. Por primera vez en tres años, su compañero de banco faltaba a clase. Así, con la inesperada ausencia de Pepe, comenzó aquella jornada de trabajo del año 1943 en la Escuela N.º

150 del Paso de la Arena, un lugar de las afueras montevideanas que tenía la vida propia de un pueblito, habitado por familias obreras y pequeños chacareros.

Cruzando el campito, la casa de puerta y ventana cerradas fue perdiendo el silencio durante la mañana: se oían voces bajas, suaves palabras, consideradas, amigables, matizadas por murmuraciones y especulaciones diversas, coherentes o fantasiosas que prometían ser, al menos por un tiempo, tema infaltable de los chusmeríos del barrio.

Parientes, vecinos y algunas personas desconocidas para Pepe se iban acumulando entre el muro bajo de entrada y la puerta, que ahora Lucila, su madre, abría para permitir el ingreso de cuantos llegaban hasta su hogar.

Pepe no recordaba haber visto desfilar tanta gente por el corto jardín de su casa, nunca en sus ocho años, tres meses y doce días de vida, ni cuando nació su hermana María Eudoxia, el siete de junio de 1941.

Ella no entendía nada de lo que estaba pasando, y a Pepe le hubiera gustado no entender nada tampoco. Pero ya era un niño «mayor» —se repetía— y tenía que comportarse «como un hombre», aunque le asaltaran, una y otra vez, las tercas lágrimas que no quería mostrar a nadie y que trataba de limpiarse rápido, con el puño moquiento de su saco azul.

«¡Ya soy grande! ¡Tengo que ser fuerte!», trataba de convencerse y de convencer a los demás, quienes no perdían la oportunidad de brindar un oportuno consejo al «hombrecito» de la casa. Pues eso era ahora José Alberto Mujica Cordano, el único hombre de la casa de la calle Simón Martínez 6411.

—¡Se murió mi padre! —expresó a secas Pepe apenas volvió a ver a su amigo.

Nene no pudo decir nada, solo le pasó la mano por encima del hombro para cruzar la puerta de entrada vestidos con túnicas que alguna vez habían sido bien blancas y ahora lucían finas y ralas, con poros desparejos y algunos agujeritos que dejaban ver el color de la ropa de abajo.

Para un niño que acaba de perder a su padre, las horas de escuela pueden servir de distracción. Pero al mediodía, cuando Pepe caminaba por el campito de regreso a su casa, se le cerraba la garganta y el nudo no desaparecía ni al aflojarse el lazo de la moña azulada que llevaba al cuello.

Miraba hacia la calle y se dejaba llevar hasta el lugar exacto donde se ubicaba la balanza por la que pasaban los camiones de carga y en la que alguna vez había trabajado Demetrio Mujica como funcionario de la Dirección de Vialidad. Allí estaba él, el muerto de su padre, sonriente, como si estuviera vivo, con su sombrero de ala corta y un adiós de mano al viento.

Era un año lúgubre para la familia Mujica Terra: el 25 de mayo, cinco días

después del cumpleaños de Pepe, sus primos quedaron huérfanos. El tío Benvenuto —hermano de su padre— había muerto en un accidente de tránsito. Tenía cincuenta años y nueve hijos: Héctor, Elsa, Mercedes, Martha, Julio, Carlos, Horacio, Álvaro y José María.

En aquel momento, Pepe deseó con todas sus fuerzas no tener que pasar por tan horrible situación, la que ahora vivía en carne propia.

—¡No puede ser! ¡No puede ser tanta desgracia! —esta gárgara espesa no dejaba de brotar en boca de familiares cercanos. Pero él debió tragarse los lamentos como pudo. Las circunstancias imponían resignación y el ejemplo lo daba su madre, que parecía seguir adelante, siempre. Así se mostraba, pujante, luchadora, sin tiempo para desalientos ni escenas sentimentales de las que rehuía aun en el seno de su familia o en el pequeño círculo de amigas.

Su esposo —al que no quería llorar— había dejado a sus hijos en el desamparo económico. Claro que estaba su familia para ayudarla, pero ella había aprendido a ser responsable de sus decisiones, y si un buen día optó por dejar Colonia Estrella —su tierra natal, en Carmelo— y viajar a la capital para formar una familia, ahora no estaba dispuesta a dar un paso atrás.

El trabajo de niña y adolescente en aquellas cinco hectáreas de viñedos le había enseñado lo suficiente como para no amilanarse. Después de todo, había crecido oyendo las historias de sacrificio de sus abuelos piamonteses y viviendo la propia junto a sus padres. Por ello, como a la hora de usar el palo en el hueco del mortero, machacaba sin ambages la idea de que no le hacía falta un hombre a su lado para que sus hijos tuvieran comida y educación, la mejor posible.

Pepe era un niño sano, y tanto en su casa como en el barrio se le consideraba inteligente y perspicaz. Pero aún no tenía edad para advertir que la entereza mostrada por su madre viuda, y hasta quizá su severidad y trato riguroso, a veces violento, con él y también con su hermana, escondían el gran dolor de la vida de Lucy Cordano: el fracaso de sus sueños juveniles, proyectados junto al hombre del que se enamoró. Una paliza de vez en cuando a un hijo que «no cuida» sus juguetes —Pepe se había empecinado en regalar algunos de los suyos a amigos más pobres— era parte de una violencia naturalizada por la cultura nacional.

Lucy, a su manera, buscaba lo mejor para sus hijos, y en Pepe depositaba ciertas esperanzas que, primero por ser hombre en un mundo gobernado por los hombres, y segundo por pertenecer a una familia de cierta formación política, auspiciaban una vida mejor. Soñaba para su hijo una vida como la de algunos señores caudillos, quienes tan solo con su presencia lograban cautivar a los parroquianos del lugar que les tocara visitar en gira proselitista.

Ella misma había visto bajo el parral de su casa paterna a hombres como Luis Alberto de Herrera, impresionando con las palabras, en noches largas y animadas.

—¡Con su permiso, don Antonio, me voy a retirar a dormir, que mañana hay que seguir haciendo patria! —decía el caudillo al abuelo de Pepe y se levantaba para ir

hacia el cuarto de huéspedes que las mujeres de la familia Cordano ya habían acondicionado para el «dotor».

Lucy aprendió a parar la oreja ante estos discursos de campaña que se soltaban entre asado y vino compartido con los paisanos.

De tanto debate familiar, pues su padre era edil y dirigente local de jerarquía en el herrerismo, adquirió capacidad para interpretar con agudeza las cuestiones políticas y solía discutir de estas cosas con su marido quien, si se veía acorralado, terminaba apelando a su condición de hijo de una familia en cuyos campos se había preparado, a fines del siglo XIX y principios del XX, la lucha armada del revolucionario caudillo blanco Aparicio Saravia. Al menos eso decía la tradición familiar.

—¡Se te acabaron las razones y te cubrís con poncho ajeno!

—¿Ahora me vas a decir que no es cierto lo de Aparicio?

—¡Ah, pero quien te escucha hablar se va a creer que vos mismo empuñaste las armas de la revolución! —se mofaba Lucy—. Aunque tuvieras cómo probar lo de Aparicio, eso no te convierte en mejor blanco.

—¡Eso está documentado, te lo doy puesto! —se defendía a medias Demetrio, quien luego miraba el reloj y preguntaba por el almuerzo.

—¡Ja, ja!, ya te fuiste al mazo de vuelta… —Lucy entonces revolvía un poco más la olla con aire de justa ganadora de la discusión y daba el llamado clásico para comer.

Pepe se sentaba pronto a la mesa y sonreía al ver a su padre cerrar los ojos para aspirar el exquisito aroma que despedían los platos servidos por la buena cocinera…

—¡Mmmmmm, qué delicia! —Demetrio se frotaba las manos y al enrollar los espaguetis en el tenedor, levantaba la mirada para hacerle una guiñada cómplice a su hijo.

Ya no habría de aquellos debates domingueros, ni mesa de a cuatro, ni guiñada cómplice. Cuando pensaba en ello, Pepe sentía un escalofrío, el que de a poco iba dando lugar a un cálido recuerdo de familia.

Para Lucy estaba claro que la falta de un padre no truncaría el futuro que imaginaba para su hijo José Alberto.

A Pepe aún le faltaba tiempo para comprender la bronca que su madre, como mujer, debió sobrellevar una vez que se enteró de la enfermedad que terminó por matar a su marido: el 31 de agosto de 1943, a las cuatro de la tarde, el doctor de la familia, Omar Terra, certificó el fallecimiento de Demetrio Mujica, de cuarenta y ocho años de edad, a causa de «sifilitis».

Murió tras el deterioro físico y mental que causa este tipo de enfermedades de transmisión sexual, no tratadas a tiempo y con los antídotos eficaces, en ese momento el Salvarsán, dispensado por el Instituto Profiláctico de la Sífilis.

Un final tortuoso más, como el de otros hombres casados que contraían sífilis en

relaciones extramatrimoniales y acababan horizontales, en una caja de madera.

—¿¡Y una qué tiene que hacer!? —se preguntó una amiga de Lucy, algo más joven, en una charla de tipo confesional—. ¡Matarlos!

—¿Para qué? —respondió Lucy—. ¡Si se matan solitos nomás!

—Pero la que queda sola es una, con los hijos a cuestas, sin un real para vivir…

—¡Es así nomás! —se permitió decir Lucy, que pensaba en Pepe y sobre todo en María Eudoxia, a la que consideraba más vulnerable—. Yo me fui a la Caja a pelear la pensión, pero me mandaron a pasear…

—¿Y entonces?

—La voy a seguir luchando, como buena blanca corajuda…

—¡Muy bien, Lucy! ¡A estos colorados sinvergüenzas ya les va a llegar su hora! —intervino Chichita, la hija del herrero, quien compartía con Lucy la pasión por la política.

Ambas militaban en el Partido Nacional —«los blancos»—, aunque no comulgaban en la misma lista. Chichita tenía un club de la 51, en la calle Tomkinson, frente al Bar Sitlles, y Lucy defendía la Lista 4, que impulsaba a Herrera como presidente, y como legisladores a los hermanos Arrillaga Safons, parientes políticos de Demetrio Mujica, a quien a mediados de los años treinta le habían conseguido el empleo público en Vialidad.

Los blancos, eternos rivales electorales de los colorados, nunca habían ganado una elección nacional. Acababa de asumir la Presidencia de la República el colorado Juan José de Amézaga, tras imponerse en los comicios de 1942, la segunda votación en la que pudieron sufragar las mujeres, aunque las de 1938 no fueron verdaderas elecciones libres: por ejemplo, nacionalistas independientes y colorados batllistas, entre otros, decidieron no presentarse al acto por falta de garantías.

Lucy, Chichita y otras compañeras «blancas» habían luchado por el sufragio femenino y ahora seguían su trabajo en el campo político de la zona.

Había transcurrido un período de diez años de dictadura, primero con el golpe en 1933 de Gabriel Terra, pariente lejano de Pepe por parte de la familia paterna, a quien jóvenes políticos o intelectuales de la época —como Francisco *Paco* Espínola— enfrentaron en una fallida revolución: la batalla de Paso Morlán, en Colonia, costó muerte, prisión, destierro y confinación en la isla de Flores, cerca de la costa de Montevideo.

El tirano practicó una política genuflexa ante Estados Unidos y Gran Bretaña, rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, le dio la espalda a la República Española y apoyó luego al dictador Francisco Franco, además de hacerle la venia a la Italia fascista de Benito Mussolini y a la Alemania nazi de Adolfo Hitler, quienes dejaron caer algunas monedas en las arcas del dictador uruguayo, para la construcción de alguna obra y otras necesidades tercermundistas.

La bandera roja con esvástica negra sobre círculo central blanco flameó durante varios años en la escuela pública de Rincón del Bonete, donde los alemanes construyeron la represa hidroeléctrica a la que Hitler llamó «obra monumental» en carta enviada a Terra.

Luego, en 1941, sobrevino la dictadura de otro colorado, Alfredo Baldomir, cuñado de su antecesor. Ambos detentaron gobiernos apoyados por sectores colorados y blancos, y varios dirigentes golpistas debieron reacomodar el cuerpo a los nuevos tiempos políticos del país. Pues en 1943, resurgía un aire de democracia y se acentuaba el bienestar económico para Uruguay, en función de los avatares de la Segunda Guerra Mundial: se exportaba toda la producción de carne, lana y cereales a los países aliados de Europa.

Pero los temas macroeconómicos o geopolíticos aún no eran de primer orden en la vida del niño Mujica, quien debía ocuparse de ayudar a su familia, para llevar la comida a la mesa y vivir de una manera digna.

La Panadería Paso de la Arena, que ya estaba por cumplir treinta años, quedaba a una cuadra de la casa de Pepe: con las brisas de la mañana a favor, el aroma a pan y a bizcochos calientes solía colarse por la ventana de su dormitorio, y era momento de llenarse los pulmones con al menos una docena de «corazanes», dulces o salados, según le viniera en gana.

Con la viudez a cuestas, doña Lucy comenzó a amasar y hornear pan en su casa, como forma de abaratar la economía familiar. A Pepe le encantaba el pan de su madre, pero cada vez que pasaba frente a la gran panadería del barrio se quedaba extasiado.

Parado junto a su bicicleta, al lado del gran portón que conducía a la vieja caballeriza, a los fondos de la panadería, Pepe no dejaba de apreciar la destreza de los empleados para cargar el pan humeante y despacharlo en las jardineras que salían hacia todas partes —llegaban a lugares poblados como el Cerro, La Teja, Paso Molino, o campestres como Melilla, Lomas de Zamora y hasta Punta Espinillo— con caballos fornidos de pelo bien cepillado.

—¡Hummm, qué olorcito! —Pepe cerró los ojos al paso de una de las jardineras y engordó su abdomen con el aroma. No se había percatado de que el corpulento señor Murdoch estaba a su lado, con las manos en la cintura, observando la ordenada salida de la mercadería.

—¿De qué olor hablás, Pepe? ¡Los caballos están bien bañaditos!

—No, don Emilio —Pepe se sonrojó—; el pan… este pan es delicioso…

El dueño de la panadería lanzó unas cuantas carcajadas y con una de sus grandes manos le palmeó la espalda a Pepe —al que le cimbró hasta el pecho— y lo invitó a entrar.

—¡Esperá acá! —le dijo.

El panadero fue por detrás del mostrador y se paró frente a la lata de bizcochos de crema recién salidos del horno. A Pepe se le hacía agua la boca mientras don Emilio cortaba el papel para envolver dos de aquellas delicias.

—¡Tomá, llevale a la Titita!

—¡Ah, son para mi hermana! —a Pepe no le salía sonreír.

—Claro, ¿para quién van a ser…?

—No, no, seguro… Gracias, don Emilio, ya se los llevo… —Pepe se dio media vuelta y enfiló hacia la puerta, con el paquete en una mano y la tripa crujiente.

—¡Esperá, Pepe! —escuchó entonces y al volverse vio a don Emilio con toda la picardía en su cara—. Me parece que esos bizcochos no van a llegar calientes a tu casa. ¡Mejor cométhelos vos, que a la Titita le mandamos de la lata que está por salir!

Los colores se encendieron en el rostro de Pepe, que en dos segundos puso las mandíbulas al servicio de su paladar.

—¡Gracias, don Emilio! —dijo con crema en la comisura de los labios.

—¡De nada, Pepe! —el señor Murdoch se lo quedó mirando por un instante, pensativo, hasta que volvió a hablar—: ¿Te gustaría darme una manito para colocar esas latas de conserva en los anaqueles?

—Sí, sí, claro —Pepe pasó al otro lado del mostrador, arrugó y tiró en la lata de basura el envoltorio de los bizcochos que acababa de devorar, se limpió las manos en los pantalones, y comenzó con la tarea.

Al panadero le gustó la actitud del chiquilín y cuando lo vio terminar, le dijo:

—¡Quedó muy bien! —Pepe se veía satisfecho y halagado—. Acá hay muchas cosas para hacer, si te animás a venir un rato todos los días, algo te puedo pagar…

—¿Usted habla en serio? —Pepe abrió bien los ojos.

—Claro, muchacho…

—¿De verdad?

—Sí, Pepe, andá a decirle a doña Lucy que venga a hablar conmigo, a ver si le parece bien…

—¡Ya mismo, don Emilio! —Pepe volvió a agradecer, salió a la vereda, se subió a la bicicleta y arrancó hacia su casa tan rápido como el mismísimo León de Carmelo, Atilio François, un ídolo juvenil del ciclismo, al que había conocido de lejos en las felices vacaciones que pasaba junto a sus abuelos maternos en Colonia Estrella.

Así comenzó a ayudar a don Emilio en la gran panadería del barrio: iba un rato, sobre todo en las mañanas de sábados y domingos, y volvía a su casa con pan, a veces bizcochos y algún vintén en el bolsillo.

Doña Lucy se sentía agradecida y orgullosa de su hijo, que sin dejar de estudiar, aportaba a la casa, y sobre todo, empezaba a entender la importancia del trabajo en la vida de una familia.

Pero Pepe no tenía alma de panadero, aunque cumplía con la tarea que se le

encomendaba, que no era mucha tampoco. Le gustaba ayudar a su madre en una pequeña quinta que habían armado en el fondo de la casa: papas, zanahorias, zapallo, morrones venían bien para la olla. La comida con las verduras cosechadas en casa tenía un gusto especial.

—¡Acá está su plato, que bien se lo ganó! —doña Lucy reconocía siempre el esfuerzo de su hijo.

—¡Guárdeme uno pa la cena, que le quedó de rechupete!

—Y otra cosa no va a haber, m'hijo, así que me alegra que le guste…

Unos meses después, y tras un consejo de doña Lucy, a Pepe le sentó bien la idea de aprender a cultivar flores.

—Los japoneses dicen que un terreno fangoso como este se puede aprovechar bien para sacar una buena producción de cartuchos.

—En el fondo de la escuela está lleno —Pepe respondió sin dejar de dar vuelta tierra en la quinta— y ahí tenemos algunos…

—Sí, crecen solos —acotó doña Lucy—, pero si los ayudamos un poco…

Pepe estaba descalzo y embarrado hasta las rodillas, cuando miró a su alrededor y se imaginó en medio de un mar blanco de calas que se perdía en el horizonte.

—Capaz que sí… —dijo entonces, apoyado sobre la pala.

—No perdemos nada —valoró doña Lucy—. Vamos a plantar algunos más ahí atrás, a ver qué pasa…

Al entrar la primavera, la parte más al fondo de la casa de Pepe había florecido: por todos lados se veían largos tallos con hojas verdes, cada uno coronado por su espata blanca de bordes ondulados, que envolvía la nervadura central, saliente, puntiaguda y bien amarilla. Crecían y se multiplicaban donde el barro se volvía movedizo, contra el cauce de agua turbia —brazuelo del gran arroyo Pantanoso— que limitaba la media hectárea de los Mujica.

A pesar de no exhalar perfume, las calas renovaron el aire de aquel pedacito de tierra. Además, le daban color a una casa gris y apagada. Y qué mejor color que el blanco para aquella mujer…

El certero dato sobre estas flores bien pudo ser leído en la sección femenina de algún diario local que difundiera las últimas novedades asiáticas sobre floricultura —en Uruguay, plantar flores no parecía ser cosa de hombres— o en alguna revista de belleza y consejos para el ama de casa, con las que Lucy no solía perder el tiempo, pero que cada tanto, en esos muy esporádicos ratos que se tomaba para sí, podía hojear en la casa de alguna amiga del partido, mientras le ayudaban a arreglarse el pelo para asistir a algún mitin político especial.

Pero la información sobre las calas llegó de otra manera.

Desde principios de los años cuarenta, el Paso de la Arena albergaba una pequeña colonia japonesa: hombres, mujeres y niños que venían escapando de la Gran Guerra. Y doña Lucy se hizo amiga de la familia Takata, quienes habían puesto todo su empeño en el desarrollo del cultivo de flores.

—¡Bueno, ahí vamos! —Pepe se paró en los pedales y salió por el repecho de Simón Martínez, pasó frente a la escuela, dejó atrás la panadería de don Emilio y frenó su bicicleta en la esquina del Bar Sitlles, para darle paso a un carro de dos caballos cargado de cueros de oveja, que ya tomaba la bajada de la calle Tomkinson.

Reemprendió la marcha rumbo a las afueras del Paso de la Arena y giró a la izquierda en el barroso camino del Jefe, donde avanzó jugando a eludir los charcos de agua con acrobáticos movimientos que iban dejando una larga huella serpenteante, hasta que divisó el campo de los Takata. Se bajó y abrió la portera para caminar hasta la casa de la familia japonesa.

—¡Pah, qué invernaderos! —Pepe quedó extasiado al ver el colorido de los pétalos a través de los cristales.

Los Takata lo esperaban en medio de un sendero de crisantemos multicolores, con semillas, bulbos de diversas especies, balde, cucharas, tijeras y algunas otras herramientas básicas para el cultivo y el corte de flores.

—¡Seca, poda! —decía uno de los floristas de ojos rasgados bajo el sombrero de paja, mientras cortaba los tallos de algunas flores marchitas, para dejarlos apenas como cabitos sobre la tierra húmeda. Pepe lo escuchaba con atención y trataba de imitarlo…

—¿Así?

—¡Corto, corto!

El niño fue aprendiendo el arte nipón para estas tareas de la tierra: pronto vio cómo, por efecto de la poda, nacían brotes que luego se usaban para plantar y reproducir la flor, aprendió de humedades justas para cada raíz —regar no era tan fácil como le parecía en un principio, al menos si el trabajo se hacía con sabiduría— y no dejaba de maravillarse cuando los campos se pintaban de rojos, amarillos, rosas y blancos, turquesas y violetas…

—¡Es como una fuerza especial! —le dijo un día a su amigo, mientras terminaba de apilar los atados de claveles.

—¿Qué cosa?

—¡La naturaleza, Nene! —Pepe señalaba el fondo de su casa, rebosante de flores —. Es algo inexplicable, grandioso…

Su amigo se lo quedó mirando; él suspiraba, en las nubes…

—¡Ah, pero vos tenés que estar enamorado! —Nene le tiró un hondazo como para bajarlo—. No me digas nada: la vecinita te tiene loco de amor…

—¡Qué vecinita ni vecinita! —Pepe sonrió, ya con los pies en la tierra—. Y a ver si presentás a tu prima.

—¿A cuál? Tengo como veinte.

—Cualquiera, la que venga —sacó pecho el galán.

—Ah, pero no te hagás el macho —replicó Nene—, que el otro día la flaquita de la esquina…

—¡Shhhh! Ta, tampoco es para hacer un escándalo…

La venta de flores resultó un trabajo muy importante para la supervivencia de la familia. El esfuerzo era grande, sin embargo no alcanzaba para cubrir todos los gastos. Lucy aún no terminaba de pagar la hipoteca de la casa, y de la pensión por el fallecimiento de Demetrio, ni noticias. Así que era bien recibida la ayuda de su familia.

Don Antonio aportó dinero para saldar la deuda de la casa, y al menos tres veces por mes llegaba desde Carmelo una encomienda de comestibles a través del Flecha de Oro, el ómnibus que Pepe esperaba con ansias en la terminal montevideana.

—¡Preparate, que acá viene la canasta del abuelo! —le decía a su hermana para hacerla sonreír.

Además de papas, boniatos, zapallo, frutas del campo, llegaban exquisitas facturas de cerdo preparadas con la mano y el amor de sus abuelos.

—¡Mmmmm, delicioso! —María Eudoxia disfrutaba del momento.

2

La familia piamontesa

A Pepe le iba bien en los estudios, ya había pasado a quinto año escolar. Y ahora aprontaba su bolso para viajar: habían llegado las esperadas vacaciones de verano, para disfrutarlas en la Colonia Estrella, junto a los abuelos.

Lucy le prendió el penúltimo botón de la camisa «de salir» a pasear, y le acarició el pelo con ambas manos, peinándolo hacia atrás:

—¡Qué pinta, eh! —lo besó en la frente y le pidió que se cuidara.

—¡Voy a estar bien! —respondió Pepe. En la cara sonriente se le dibujaba una mueca pícara, que a su madre le encantaba. Con ese gesto se despidió de su hermana —le regaló unas cuantas pastillas de fruta— y salió rumbo a Carmelo.

—¡Ahí viene el pituquito de Montevideo! —así lo recibían los hermanos Barissoni: Carlos, Beto y Cacho, hijos del bolichero de la Colonia Estrella, quienes andaban de alpargatas bigotudas y pantalones remendados.

Pepe estaba muy lejos de ser un ricachón, de hecho su situación económica en la capital no era buena, pero vestido con su mejor ropa y bajando del elegante Ford de su abuelo, aparentaba otra cosa. Y ni hablar de cuando don Antonio lo invitaba a dar una vuelta por Carmelo en el Dodge, el auto que reservaba para salir a pasear los domingos con doña Paula, la abuela de Pepe.

Pero un rato después de llegar al pueblito, el niño de la ciudad lucía como todos los demás, y a los pocos días hasta se le pegaban los dichos camperos de sus amigos de la Colonia.

La casa de los Cordano abarcaba una esquina. Construida en forma de «ele», tenía paredes blancas, techo de tejas coloradas y varias puertas hacia una galería interior, también en «ele», de piso empedrado, que bordeaba el amplio patio donde se reunía la familia, a la sombra veraniega de la vieja parra.

Los domingos eran de pasta, a la manera italiana, pero también se disfrutaba de algún asado —y del mate por las tardes, con tortas dulces y pan casero— en torno a una mesa larga de manteles albos, blanqueados por la mano experta de la «tía Mica».

Además de Micaela, que mostraba adoración por su primer sobrino, Pepe tenía otras dos tías, Cata y Edivia, y dos tíos, Lulo y Angelito. El hijo de Lucila —la mayor de los Cordano-Giorello— era nieto y sobrino único por aquella época y se la pasaba de maravillas en la Colonia Estrella, disfrutando del afecto de su familia campestre, en especial el de sus abuelos.

Don Antonio tenía un hermano, Juan, con el que compartía la propiedad de la casona y sus doce cuadras de tierra fértil. Este tío abuelo de Pepe era un personaje pintoresco de la Colonia Estrella, al que le gustaba la grapa al mediodía y la timba por la tarde. Y para ello, apenas tenía que cruzar la calle: en la esquina de enfrente se ubicaba la casa, almacén y boliche de los Barissoni.

Alrededor de estas dos construcciones predominaban el campo, plantíos y animales pastando. A lo lejos se veían otras casas, y un poco más cerca —por la ruta hacia Carmelo— quedaba la escuela rural a la que asistían los amigos de Pepe, junto a la iglesia de San Roque.

Pero Juan era más devoto de la parroquia de Barissoni:

—¡Cuidado, que voy con la garganta seca, m’hijo! No me vaya a embestir, ¿sabe? —Juan le hizo una guiñada a Pepe, que surcaba la angosta calle de piedritas coloradas con su bicicleta. El viejo apuró el paso y corrió la cortina del boliche para meterse, cuando sintió un golpe que casi lo voltea. Era Carlos, el hijo del bolichero, que salía como un tornado.

—¡Atropellao! —le gritó su hermano Beto. Pero el corredor ni se inmutó: siguió de largo hasta quedar al lado de Pepe, que clavó los frenos.

—¿Y esta bicicleta? —se asombró Carlos.

—Es mía —respondió Pepe—, ¿querés dar una vuelta?

—Bueno, sí… como querer, querer, quisiera sí…

—Entonces, ¡tomá! —Pepe se bajó de la bici, pero Carlos, en vez de estirar las manos hacia los manillares, se las puso en los bolsillos del pantalón.

—¡Tomá, te la presto! —insistió Pepe.

—Lo que pasa es que yo…

—No sabés andar…

—No.

—Tomá, subite y empezá a pedalear, que esto no tiene mucha ciencia.

Con la confianza que le transmitió el montevideano, Carlos se animó a montar aquel bicho de caños niquelados, y con una pedaleada y un empujoncito inicial, salió tambaleando, hasta que ganó algo de velocidad y equilibrio. En realidad, más velocidad que equilibrio…

Un segundo después, aterrizó de cabeza, con los codos al desnudo sobre la alfombra pedregosa.

Pepe corrió para ayudar al caído. Le extendió la mano…

—Bueno, algún porrazo que otro te vas a pegar.

—A buena hora me lo decís, pituquito —y ambos echaron a reír.

El niño capitalino se levantaba temprano para acompañar a su abuelo a donde fuera. Juntos recorrían los viñedos para observar cómo venía la uva con la que se

elaboraría el vino de ese año. Los Cordano formaban parte de la bodega cooperativa Curupí, creada a instancias de una mentalidad comunitaria poco frecuente, que habían impulsado en los años veinte los viejos italianos de la Colonia Estrella. Allí las familias cooperativistas volcaban sus cosechas y la producción de vino era vendida sobre todo a los bares y almacenes de Carmelo.

—¿Y cómo va todo, abuelo? —preguntó Pepe.

—¿El negocio? ¡Cosí, cosí!… —la cara de don Antonio reveló cierta desazón—. Podría andar mejor, ma qué sé yo…

—¿Ta brava la cosa?

—Y todo cuesta mucho, m'hijo… —el viejo tomó un racimo de aspecto saludable y le extirpó un par de uvas podridas—. Cuesta ponerse de acuerdo, y hay que andar peleándola y peleándola…

—Pero vale la pena el esfuerzo, ¿no?

—¡Y cómo no! Claro que sí…

—El tío Angelito me dijo que varias familias dependen de la cooperativa —los asuntos de supervivencia familiar no le eran ajenos a Pepe.

—Algunas hay, sí… ¿Ma que trabajen duro?, ¡pah! Algunos ya se acriollaron demasiao… —espetó don Antonio.

—No entiendo…

—Yo nací acá, ma soy medio tano… Algunos por ahí todavía me dicen gringo, como a los viejos. Fueron ellos los que me enseñaron que la platita se gana trabajando de sol a sol, y cuando uno junta algunos pesitos hay que saber hacer negocio, pa mantener la economía de la familia. Y seguir trabajando, pa mantener el negocio, y así…

—¡Piamonteses! —exclamó Pepe.

—¡Ja, y de los buenos!… *¡Evviva el vin! ¡Evviva!*, gritaban los viejos en la vendimia. ¡Qué tiempos aquellos! —don Antonio se quedó con la mirada perdida en el pasado—. Eran muy pobres cuando llegaron a Uruguay con una parra bajo el brazo…

—¡*Evviva* esa parra! —Pepe alzó el brazo hacia el cielo, con alegría—. ¡*Evviva* la cooperativa!

—*Evviva*, *evviva*, pero no sé cuánto va a durar…

—¿Por qué? —se sorprendió Pepe.

—No me hagas caso, m'hijo, son cosas de viejo —don Antonio suspiró, parecía preocupado—. Es que a veces me da por pensar que siempre hay alguno más poderoso, que se puede quedar con todo…

—¿Quién? —Pepe no salía de su asombro.

—No sé, ¡ma ya lo veo venir! —advirtió el viejo—. Y si algo de eso pasara, prefiero que sea algún hijo mío antes que alguien de afuera…

Pepe miró a lo lejos, el sendero de viñas revelaba el sacrificio de su familia materna, no era posible que todo aquello se perdiera. Don Antonio lo abrazó para

seguir adelante…

—Los viejos tamos viejos —dijo entonces—, y algún día ya no vamo’a estar…

—Pero si estás fuerte como un buey, abuelo.

—¡Ese es mi nieto!

A la mañana siguiente, la trilladora a vapor de don Antonio estaba entre las espigas. Una cuadrilla de cuarenta peones se aprestaba a iniciar el trabajo. Pepe salió a toda velocidad entre la siembra para quedar al lado de aquellos hombres de campo.

La trilladora comenzó a avanzar.

Ya va largando el trigo. Los peones corren y lo van juntando…

—¡Qué espectáculo! —Pepe apura el paso junto a la cuadrilla.

Los peones echan el trigo a la máquina y ahora el cosedor hace su parte…

—¡Pah! —los ojos de Pepe van de un lado a otro—. ¡Increíble!

Las bolsas de trigo van quedando apiladas.

El sol está subiendo, los peones tienen las camisas empapadas de sudor. Alguno acusa el cansancio.

—¡Es hora! ¡Es hora! —grita uno y levanta la mano hacia el maquinista, que apaga el motor de la trilladora.

—¿Qué pasa? —pregunta Pepe.

—E’la hora’el mate cocido, m’hijo…

—¡Ah!

—Los piones tenemo que tener un rato pa descansar el lomo, che —el hombre, grande como un rancho, se secaba la frente con el dorso de la mano—. ¿No le parece, mocito?

—Claro, claro.

La cuadrilla se va juntando bajo la sombra de un sauce llorón de follaje tupido, donde Cata y Micaela esperan al lado de una olla humeante. Cada peón toma un cacharro de hojalata y las hijas de don Antonio, cucharón en mano, van sirviendo el mate cocido, y entregando una galleta criolla. Pepe se acerca y su tía Mica le sonríe. Uno de los peones se queda mirando a la hija del patrón, aprovechando que don Antonio y Angelito acaban de salir para la casa. Es un muchacho de algo más de treinta años, tiene los ojos vivaces y le brota la picardía…

—¡Mire que ta güena, ¿eh?! —dice en voz alta.

Pepe lo mira, las muchachas también…

—¡Ta güenaza, la galleta, che! —y se queda con los ojos clavados en Micaela, que le devuelve una sonrisa tímida, mientras Cata le pega un codazo. Pepe se ríe y el muchacho le guiña un ojo…

—¡Así que te gusta la tía! —le dijo un rato más tarde al peón mientras volvían a la trilla.

—¡Epa, epa! —el muchacho se hizo el sorprendido—. ¡Anda sin güeltas, el hombre!

Iban avanzando en medio del borbollón de trabajadores. La máquina, a media cuadra, ya estaba echando humo.

—¿Te gusta o no? —insistió Pepe.

—¿La Micaela?

—¡Ay, Tatita! —saltó uno de los peones que acompañaba el paso.

—¡Callate vos, ladiao! —le espetó el muchacho al entrometido, zumbándole la cara con la palma de la mano—. Su tía no es pa mí, mocito. Yo soy un pobre pión criollo nomá, no tengo dinero pa merecerla…

—¡Vamo'a meterle, que allá viene el gringo viejo, vamo! —gritó uno de los hombres—. ¡Ustedes por ahí! ¡Ustedes por aquel otro lado, vamo!

—¡Qué más remedio! —dijo el muchacho, y miró hacia el sauce llorón donde todavía andaba la tía de Pepe—. Pero sería una lástima que se me quedara solterona, che…

Esa tarde, Pepe anduvo recogiendo y comiendo fruta de los árboles que plantaba su abuelo. Había invitado a los hermanos Barissoni y se divirtieron haciendo correr al Meresco —el perro blanco con manchas negras que siempre acompañaba a sus amigos— entre durazneros, ciruelos, higueras y naranjos. También había avellanos, nogales, castaños y olivos…

—¡Un paraíso! —dijo Pepe llenándose los pulmones de aire fresco.

—Los paraísos no dan ciruelas como estas, pituquito —aclaró Beto, masticando para tratar de separar la pulpa amarilla del carozo—. Dan coquitos venenosos…

Don Juancito, el tío abuelo de Pepe, acababa de jugar el último 3-7 con Barissoni padre —grapa va, grapa viene— y ahora acomodaba su cuerpo sobre un cuero de oveja. Así como apoyó la cabeza sobre una piedra, la que usaba a manera de almohada, comenzó a roncar.

Cuando el sol ya no quemaba, Angelito salió al patio con dos raquetas y le hizo señas a Pepe para que lo acompañara a la cancha de pelota que había al costado de la casona.

—¿Y esta red? —preguntó Pepe con la raqueta en la mano—. ¿De qué está hecha?

—De tripa de cerdo…

—¿De qué? No mientas, tío…

—Ah, no me creés. ¡Metele la nariz a ver qué pasa!…

—¡Pufff! —Pepe se tapó las fosas nasales.

—Pero che, ni que lo hubiéramos carneado ayer al chancho —el tío Angelito siempre andaba alegre, y eso le agradaba a Pepe—. ¡Va pelota! El que pierde despierta al tío Juancito con un baldazo de agua.

Nada de eso hizo falta. Don Juancito se despertó con los gritos de su hermano que llegaban desde el *living*, donde el abuelo de Pepe tenía su escritorio.

—¡Nooooo! ¿Cuánto dijo? Lo escucho, sí… ¿Qué? ¡Esta porquería! —el viejo apretaba la oreja contra el auricular—. No, a usté no… ¿Cómo? ¡Nooooo! ¿Cuánta plata dijo?…

—¡Antoniooooo! —gritó doña Paula—, ¿para qué prendés el motor del molinete, si te vas a poner a hablar por teléfono?

—¿Quééééé? —repuso con otro grito don Antonio, que no oía lo que le decían del otro lado del aparato, ni lo que gritaba su esposa.

—¡Que apagués esa cosa!

—¡Pero la gran siete! ¡No escucho nada, che! Le voy a tener que colgar, ¿sabe?, dispénseme, ¡chao!…

—¡Antonio! —su mujer salió de la cocina con las manos cubiertas de harina, y entró al *living* con cara seria—. Así te vas a quedar más sordo de lo que estás…

—¡Pa lo que tengo que escuchar!

Pepe ya había terminado el partido de pelota con su tío y ahora giraba con su bicicleta alrededor del molino de agua. Don Antonio lo llamó entonces para que le ayudara con unas cuentas que llevaba en su cuaderno de negocios. Como premio por su colaboración, el abuelo lo invitó a tomar un refresco en la confitería La Gloria, frente a la plaza de Carmelo. Fueron en el Dodge, y dieron una vuelta por el pueblo, pero regresaron antes de que oscureciera porque para la noche estaba previsto un asado familiar.

Lulo y Angelito —con la mirada atenta del tío Juancito— y la ayuda de un par de peones habían carneado un ternero. El fuego estaba pronto y el animal a punto de ser tirado al calor de las brasas.

—¿Qué está comiendo, tío? —preguntó Pepe al llegar.

—Carne, m’hijo.

—¿Cruda?

—¡Cómo no! —Juancito saboreaba su manjar—. ¿Quiere probar?

—No, muchas gracias —Pepe puso cara de asco—. Prefiero esperar a que esté pronto…

—Pero usted tendría que haber sido vampiro, tío —le dijo Angelito—. ¿A ver esos colmillos?

—Dejate de macanas, que este pueblo ya tiene un chupasangre y no soy yo…

—Bueno, ya tas mamao o sabés algo que yo no sé —don Antonio miró a su hermano de reojo—. A ver, largá…

—Ayer hablé con el cura…

—¡Tas mamao! —sentenció don Antonio.

—Ma qué mamao. Dejate de zonceras y pará la oreja —respondió Juancito—. El padre Querubín venía pa la parroquia cuando me lo crucé y me pidió que lo acompañara porque tenía algo importante pa contarme: «pero no quiero levantar la perdiz», me dijo.

—¡Qué raro! —comentó Lulo, rascándose la barbilla.

—Yo dije lo mismo —apuntó Juancito, que miraba a su alrededor como procurando que nadie escuchara lo que iba a decir. Pepe lo miraba asombrado porque su tío abuelo, alumbrado apenas por el fuego y con las manos llenas de sangre, adquiría un aspecto terrorífico—. ¡Este me quiere dar la extremaunción!, pensé.

—No estaría tan errao, mirá… —don Antonio sorbió un trago de vino.

—¿Y qué pasó? —Angelito se ponía impaciente.

—¡Espérese un poco! —ordenó Juancito, y se chupó una vez más los dedos ensangrentados, antes de seguir narrando—. Cuando entramos en la parroquia, el cura se me perdió en la oscuridá… Solo escuchaba los pasos que daba…, hasta que prendió tres velas y se me fue arrimando…

—¿Y? —a Pepe se le escapó la pregunta, se había puesto nervioso, y por un momento olvidó que los niños no tenían voz en conversaciones de adultos—. Perdón…

—¡Vamos, hombre! —pidió doña Paula, que se acercaba con chorizos caseros para que se picara algo antes de comer el asado—. ¿Qué pasó, pues?

—El cura se me paró al lao y me dijo al oído: «¡El diablo está entre nosotros, don Juancito!».

—¡Virgen santísima! —exclamó doña Paula.

—Ma qué pavadas son esas, Juan.

—Te digo que no son pavadas, Antonio. El hombre estaba asustao…

—¡Qué horror! —doña Paula se tapó la cara.

—Ese Querubín Juan Ponce está chifladazo —dijo Angelito, mientras se arrimaba al fuego con su vaso en la mano.

—Acá el único diablo es el que está tratando de quedarse con todos los campos de la Colonia y derredores —afirmó don Antonio—. Viene con plata como pa comprar miles de hectáreas… —dijo Antonio.

—Por eso mismo, Antonio. El cura me abrió los ojos…

—Los tenías cerrados de tanta grapa, Juan.

—No, Antonio. El cura hablaba del mismo chupasangre que vos…

—¡Ah sí…! —el abuelo de Pepe paró la oreja.

—Sí, y me dijo que ya hay varios que le están por vender.

—¡Carajo! —bramó don Antonio—. Ya sabía yo…

—Por eso —Juancito sorbió un trago más—, ahora mismo quería hablar con ustedes…

—¡Ni se te ocurra que vamos a vender, eh! ¡Nosotros compramos! Pero vender…

—a don Antonio se le frunció el ceño.

—¡Shhhh! Las cosas hay que hacerlas en vida, así que esta noche quiero decirles a mis dos sobrinos varones que… —al tío Juancito se le quebró la voz cuando abrazó a Lulo y a Angelito—… como no he tenido hijos propios, pero es como si los tuviera… mi parte de esta casa vieja es para ustedes, para que la familia se mantenga unida en esta tierra maravillosa… sé que la van a saber cuidar…

—Pero tío… —Angelito lo abrazó fuerte, Lulo también. A Pepe se le nubló la mirada.

Don Antonio se arrimó a su hermano para palmearle la espalda.

—¡Sos un Cordano de ley! —le dijo.

—¡Y ahora, a brindar! —el tío Juancito volvió a alzar el vaso—. *¡Evviva la famiglia!*

—*¡Evviva!* —Pepe se sumó al coro.

Don Antonio ya había comprado unas trescientas hectáreas en las cercanías de la Colonia, y pensaba llegar a quinientas en unos años más. No era mucho si se comparaba con los grandes terratenientes, pero sabía que en algunos lugares a él también lo trataban de gringo chupasangre. Él se defendía diciendo que nunca había engañado a nadie, que sus negocios eran claritos como el agua. Pero el que llegaba también decía ser un hacendado serio.

—¡Ma qué seriedad, está haciendo flor de negocio! —le dijo más tarde a su hijo Angelito, que trataba de calmarlo un poco.

—¡Vos tenés lo tuyo, viejo!

—Lo mío es lo de ustedes…

—Ya sé, viejo. Pero vamos a ver el lado bueno a las cosas…

—No hay lado bueno cuando alguien quiere devorarse lo que tanto sacrificio nos costó. Ma conmigo no va a tener suerte este *Mister*…

—¡Así se habla! Vas a ver que no pasa nada.

Era momento de sobremesa. Las mujeres y Juan y Lulo se habían ido a dormir. Pepe pidió para quedarse un rato más en el patio porque, según dijo, quería ver las estrellas del campo. Estaba sentado en un banquito, contra uno de los palos por el que trepaba la parra, haciendo que miraba el cielo, pero con los oídos abiertos a tan interesante conversación.

—Tranquilo, viejo. Pensá en todo lo que hacés, siempre estuviste en todo —Angelito hablaba mientras volvía a servir los vasos con vino tinto—: te costeaste un cable de teléfono desde el pueblo porque sabías que eso te iba a dar una gran ventaja para los negocios, pagaste para que arreglaran todo el camino y así poder salir de la Colonia sin problema, porque aquello era una calamidad…

—¡Si sería!

—Plantás trigo, tenés trilladora propia y la arrendás, tenés ganado y tambo…

—¡Alguna tenemos que embocar!

—Comprás tierra y la sabés trabajar, si no la plantás le metés animales que ni en el invierno se quedan sin forraje porque siempre tenés prontas las parvas de alfalfa, y si hablamos de la bodega, sos alguien muy importante para la cooperativa…

—¡Esa cooperativa va a ser tuya, ya te dije!

—¿Vos creés, viejo?

—¡Ma qué no via a creer! —don Antonio dio un golpe en la mesa—. Antes de que nos la arranque de las manos algún buitre de afuera, es mejor que se quede en la familia.

—Si vos decís, ha de ser así…

—Yo te traje de vuelta a la casa porque te prometí un buen futuro, ¿o no?

—¡Cómo me salvaste de la Naval! —Angelito movía su cabeza para acentuar lo que decía—. ¿Desertor, yo? Ja, prefiero eso a quedarme en un lugar donde solo tenés permitido obedecer, nada de discusión, nada de cotejar ideas, ja, mejor ser desertor que siervo…

—Vos querías ser militar, y la Escuela Naval era lo mejor, eso es lo que me dijo Herrera.

—Sí, militar. Perón es militar… —recordó Angelito—. ¡Bah! Pero eso no es para mí…

—Perón es coronel, ¿no? —preguntó don Antonio.

—Sí, coronel, y va a ser el próximo presidente argentino.

—Si la dictadura lo deja.

—Ya no lo pueden parar —aseguró Angelito.

—Si vos decís…

—Leí que estuvo en el frente de guerra, en Roma, pero no sé…

—Ma qué frente…

—Sí, en realidad era ayudante del agregado militar de la Embajada argentina en Italia.

—Eso no es el frente de batalla.

—No, qué va a ser. Yo tampoco creo todo lo que dicen los diarios, pero leo pa estar al tanto de lo que pasa en el mundo. En una revista que me llegó ayer dice que Perón estuvo cuatro o cinco meses en la Embajada, en el año 40, y después se volvió pa la Argentina.

—Y ahora decís que se va a quedar con el sillón de la Rosada.

—El lunes salgo pa Buenos Aires, y cuando vuelva les cuento cómo veo la cosa. Pero te digo que con Perón la Argentina puede mejorar mucho. Acá los blancos tenemos que tener un Perón…

—Ma qué Perón, dejame a mí con Herrera.

—Sí, está bien, pero nos falta algo más… no sé… algo que revolucione más…

—¡Pucha! —don Antonio abrió bien los ojos—. ¿Te ha dao por la revolución ahora?

—¡Ja, ja! Como la de Aparicio…

—Eran otros tiempos.

—Es verdá, aunque algunas cosas no han cambiao nada —apuntó Angelito—. Y acá en el campo ta pior, como dicen los peones.

—No sé si ta tan pior. Que puede ser mejor la cosa, ¡cómo no!, puede mejorar mucho con los blancos. Ma, el que gusta de haraganear nunca va a progresar.

—No crea que todos son vagos.

—¡Ja! Hay muchos que se la pasan haciendo sebo…

—Hay otros que se rompen el lomo y lo mismo ganan dos pesos.

—¡Bah! Yo pago lo que corresponde. Otros tienen tierra, no sé pa qué, ni idea tienen… no saben ni si es fértil la tierra que tienen, porque no les da ni pa plantar un boniato pa comer…

—¡Ah, eso es cierto!

—Y usté, mi nieto —Pepe miró a don Antonio—, escuche bien mi consejo: cuando sea grande siempre compre tierra cruda, ¿sabe?, después le hace una casita y todo lo que quiera, después… porque la tierra tiene valor por sí misma, nunca pierde, siempre va a ganar. Eso sí, me la tiene que trabajar bien trabajadita, ¿me oyó?

Pepe le sonrió a su abuelo, pero no soltó palabra.

—Ya en este tiempito que usté se pasa acá —le dijo don Antonio—, ma o meno va viendo como e'la cosa, ¿no?

—Claro —respondió Pepe—, y me gusta…

—¡Cordano tenías que ser, che! —acotó su tío Angelito—. Pero no te olvides de que el mundo no se termina en el alambre. Siempre hay algo más allá…

—Hay que arriesgarse, querés decir ¿no? —se animó a preguntar Pepe.

—¡Hay que soñar, Pepe, hay que soñar! —Angelito miró hacia el cielo e hizo silencio. Sujetaba su vaso que aún tenía un fondo de vino. A Pepe le parecía que aquel tío suyo era capaz de alcanzar las estrellas…

Un mediodía, Pepe y sus amigos jugaban a la pelota en la calle, cuando vieron llegar al comisario del pueblo. El hombre caminaba con las piernas arqueadas: se ajustó el cinto y palpó su canana antes de ingresar al boliche de don Barissoni.

—¡Güenas, güenas! —dijo al entrar y se acodó en el mostrador—. ¿No hay quien sirva aquí?

Los parroquianos —un par de viejos «mamertines», como solían llamarlos en la zona— lo vieron desde un rincón y enderezaron la espalda contra la silla. Se quedaron tiesos, atendiendo la escena de reojo, y murmurando con la boca ladeada.

Barissoni también lo vio a través de la cortina de hilo trenzado: había ido por un par de botellas para reponer en el escaparate, y no le gustó el tono prepotente del recién llegado.

—¿Qué le sirvo? —dijo al salir.

—A nosotros agua, bien fresca —Carlos, Pepe y Beto habían entrado de improviso. Tenían las caras coloradas y sus camisetas empapadas de sudor.

—¡Atienda nomá a la gurisada, así dispué podemo conversar tranquilos de lo nuestro!

Los mamertines tomaron su trago hasta el fondo, y se pararon como para salir de apuro. Pero uno de ellos perdió estabilidad y se fue sobre el comisario.

—¡¿Qué hace, hombre?!

—¡Perrrdone, perrrdone, comisarrrrrio! —los parroquianos volvieron a sentarse.

Don Barissoni les dio una botella de agua a los niños y les pidió que volvieran a la calle. En eso llegaba don Juancito montado en su caballo oscuro: se lo veía sonriente, pues acababa de cerrar un buen negocio de ganado, y quería celebrar. El viejo desensilló, amagó correr a Pepe, que llevaba la pelota en los pies, pero como todo jugador habilidoso don Juancito quebró su cuerpo hacia la puerta del boliche y se metió emanando alegría.

—¡Lindo día pa tomarse una ginebrita! —dijo, pero advirtió enseguida que el ambiente estaba tenso. Nadie lo saludó, y la presencia del comisario no le caía en gracia.

—Anoche el farol estuvo prendido hasta bien tarde, che —largó el comisario, que ya tenía su copa servida—. ¡Qué linda quedaba la cancha’e bocha alumbrada! Si hasta me daban ganas de entrar a jugar… Pero ya saben, la ley es la ley…

—Pues, sí… —comentó Juancito.

—¡Con lo que me gusta a mí la baraja!… —prosiguió el policía—. ¡Qué lástima que el juego por plata esté prohibido, che!

—¡Oiga!, ¿qué busca usté, ahora? —el bolichero entró en calor—. Lo de anoche ya estaba arreglao…

—¿Cómo? —al comisario se le dibujó una sonrisa burlona—. Yo creo que no nos hemos entendido…

—¿A qué viniste? —le contestó Barissoni arrimando la cara a la del policía—. ¿Qué querés ahora?

—¡Lo mío, pue! Y ahora mesmo, ¡qué embromar!… —el comisario volvió a poner la mano sobre la canana.

—Ta bien —dijo Barissoni, y atravesó la cortina para ir hasta el fondo del local. Volvió en menos de lo que tardó el policía en tomarse un trago de caña.

—¿Así que vos querés lo tuyo?… —Barissoni se llevó la mano a la espalda y sacó un revólver que quedó contra el pecho del comisario. Juancito y los parroquianos se abrieron tan rápido que un par de sillas cayeron de respaldo al suelo —. ¡Acá tenés lo tuyo!

—¡Nooooo! —el policía levantó las manos, tenía un nudo en la garganta—. Las armas las carga el diablo…

—¡Mandate mudar, ahora mismo —ordenó el bolichero—, que este diablo anda con ganas de apretar el gatillo!

El comisario salió a los tropezones.

—¡Bang, bang, bang! —rieron los parroquianos para celebrar la corrida.

—¡Me la vas a pagar, como que hay Dio, me la vas a pagar! —protestó en el camino el recién echado.

—¡Goooooool! —gritó entonces Pepe ensimismado en el picadito callejero. La pelota atravesó la red imaginaria y dio de lleno en el culo del comisario, que trastabilló una vez más, e incluyó a los chiquilines en su rosario de puteadas, mientras subía al automóvil de la autoridad policial.

Pepe y sus amigos comentaron el hecho toda la tarde. Y cada vez que se sumaba alguno a la charla, le agregaban golpes de puño, desenvaines de cuchillos y cinco o seis balazos, como para animar más la historia.

—¡Qué raro, porque yo tiros no oí ninguno! —dijo Gilberto al entrar en la conversación.

—¡Pero cómo no, Correa! —retrucó Carlos—. ¿Dónde estabas que no escuchaste?

—¡Aquí nomá! —repuso el muchacho, que ya tenía unos quince, quizá dieciséis años—. Salvo por el ratito que fui hasta el pueblo…

—¡Entonces fue ahí nomá! —Pepe aprovechó el flanco débil que dejaba su amigo —. ¡Te lo perdiste!

Pero todos largaron la risa y la mentira quedó al descubierto. Gilberto los corrió por los campos, hasta que todos cayeron extenuados.

Tendidos sobre el verde gigantesco y disfrutando de una brisa fresca, se quedaron charlando bajo un cielo despejado que ya se coloreaba con esfumados rojos en el horizonte.

Pepe aprovechó a ir por duraznos y ciruelas para convidar a sus amigos. Al volver, entre fruta y fruta, Gilberto repasó junto a su amigo capitalino algunos momentos imborrables de paseos a caballo y degustación de uvas dulces.

—¡Pah! La uva afrutillada de tu abuela Margarita —Pepe se vio bajo aquella parra, con cuatro o cinco años de edad—, ¡qué uva!

—«Margaití», la llamabas a la vieja. Y ella te bajaba un racimo’e «huevo de gallo».

—¿Desde cuándo los gallos ponen huevos? —bromeó Carlos.

—Y en racimos —apuntó Pepe, entre risas.

Todos rieron y un rato después Gilberto contó que ya no la pasaba tan bien como antes, ahora tenía que trabajar muy duro…

—Hay que meterle doce horas al yugo en el campo de otro, pa que a uno le tiren cuatro pesos —se quejó.

—¿Cuatro pesos por mes? —preguntó Pepe.

—Sí, cuatrito nomá —confirmó Gilberto—. Y hay que saber aguantar todo el mes pa cobrar…

—Es muy poco, Gilberto.

—¡Una miseria, mirá! Pero los viejos no me dejan ir de allí porque dicen que los patrones son buenos.

—¡Sí, buenazos! —acotó Pepe.

—Podridos en plata están, pero no sueltan ni un real pal pobre…

—¿Y no podés cambiar de trabajo? —sugirió Pepe—. Algo un poco mejor…

—¡Aistá lo que yo digo! —exclamó Gilberto—. Ya le he dicho al viejo que por mi cuenta de seguro que via ganar más…

—¿Y él?

—El viejo está emperrao —Gilberto se cruzó de brazos—, y cada vez que le hablo de eso, se agarra una luna que lo lleva el diablo…

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Beto.

—Me faltan unos años más pa dejar de ser botija, y ahí sí…

—¡Te tirás por cuenta propia, y chao! —lo apoyó Pepe, quien de a ratos pensaba en cómo podría mejorar la economía de su familia una vez que volviera a Montevideo.

—Tengo pensao salir a repartir leche por las casas —dijo Gilberto.

—¡Bien ahí! —lo alentó Pepe.

—Un carro, unos cuantos tachos…

—En mi casa vas a tener dos grandes clientes —dijo Carlos abrazando a su hermano Beto—. Pero no seas bandido, no le empieces a echar agua a la leche pa estirarla…

—¡Ah! —sonrió Gilberto—, si ta muy gorda la leche hace pior pa la salú…

Pepe estaba culminando unas vacaciones inolvidables. Una gran comida en su honor, con amigos incluidos, le dio el broche de oro. Se subió al ómnibus con cara triste —a qué niño le gusta terminar sus vacaciones—, pero en el camino hacia Montevideo, de solo repasar sus aventuras en la «casa vieja» le brotaba la alegría, y hasta se encontró riendo solo en medio del viaje. Pronto, le resurgieron las ganas de volver a ver a su madre y hermana. Y a su gran amigo Nene.

3

Presagios en el tiempo del gasógeno

Los paquetes de flores quedaron armados —doña Lucy los llevaría más tarde a la casa de unos clientes— y los compinches Pepe y Nene salieron en bicicleta a llevarle al hojalatero una bolsa de boquillas de primus que habían recolectado por el barrio.

Al llegar a la casa, el hojalatero les hizo señas de que pasaran. El hombre estaba en la puerta de su galpón, trabajando a cielo abierto, sentado en un banquito al lado del fuego del anafe, que en este caso era una lata chamuscada, de unos treinta centímetros de alto, donde se iban quemando tablitas y astillas finas. El hojalatero ya había puesto a calentar allí los soldadores, mientras limaba los bordes del agujero que se podía ver en el fondo de un hervidor de leche.

Pepe y Nene entraron y se quedaron observando la destreza manual. El hojalatero estaba concentrado: tomó el soldador de hierro por el mango y arrimó la punta incandescente al pedacito de estaño que sujetaba con la otra mano. Unas gotitas del metal derretido fueron cayendo sobre el agujero hasta sellarlo.

—¡Ya casi está! —dijo el hombre.

Pepe recogió una boquilla que el hojalatero acababa de reparar, y la giró como buscando alguna imperfección, que no encontró.

—¿Cómo hace? —preguntó Pepe—. ¡Las deja como nuevas!

—Es que si no las arreglamos, no podemos cocinar, muchacho —respondió el hojalatero—. ¡Ahí tenés tu plata, y llevale esa boquilla a tu vieja!

—¡Muchas gracias! Igual el primus ya se está quedando sin querosén…

—Bueno, en eso no te puedo ayudar, muchacho, apenas tengo un cuarto litro, si llego…

—No se preocupe, don. Ya vamos a conseguir por ahí…

—¡Ah, esta guerra, esta guerra! —se quejó el hojalatero, rascándose la cabeza—. Queda tan lejos que no entiendo cómo nos puede afectar tanto…

—¡Dicen que ya no llega todo lo que antes venía de afuera! —apuntó Pepe.

—¡Ja! Por qué te creés que arreglo boquillas, otros remiendan hasta las cubiertas de los autos…

—Bueno, hay escasez de combustibles y de todo lo que Uruguay le compra a Europa, pero dicen que el país vende de todo un poco pa afuera —comentó Pepe repitiendo palabras de su madre, a la que aquella mañana había escuchado en conversación con el diarero—. Así que acá algo más de trabajo tendría que haber, ¿no?

—En eso tenés razón, gurí. ¡Ja, ja! Estás hecho un político, che…

—Me defiendo, ¿vio?

El amigo de Pepe miraba hacia dentro del revuelto taller del hojalatero. Algo se movía. Un par de ojos encendidos en la oscuridad delataron a un gato flaco y gris, que comenzó a pasearse por el pretil de una estantería encorvada por el peso de herramientas: martillos, soldadores, calibrador, compás, escuadras, reglas, frascos con ácido, otros con recortes de hojalata, además de latones de cocina y de baño, grandes y chicos, sanos y agujereados, jarrones para agua, embudos, faroles…

—¡Tomá, acá tenés otra boquilla flamante! —le dijo el hombre a Nene, y luego preguntó—: ¿Van a ir a ver la carrera?

—¿Qué carrera? —Pepe se lo quedó mirando, no estaba prevista ninguna vuelta de ciclismo en la zona.

—¿Ah, pero no saben nada? —el hombre se paró del banquito y caminó hacia el interior de su pequeño galpón, tiró de una cadenita herrumbrada que colgaba del techo de chapa acanalada y una lamparita de 40 *watts* iluminó la mesa desordenada, repleta de cacharros, alambres, maderas finas, trapos sucios, revistas y papeles viejos —. Por acá había dejado el… ¡acá está!

—¡Gran *rally*! —leyó Nene en el diario.

—¿Una carrera de autos a gasógeno? —se sorprendió Pepe.

—Sí, y sale de la puerta de tu casa…

Al otro día, todo el barrio se amontonaba a ambos lados de la calle Simón Martínez. Los autos comenzaban a prepararse antes de alinearse en el punto de largada: la meta era el departamento de Río Negro, a más de trescientos kilómetros de Montevideo. Se escuchaban los gritos de los vendedores —churros, pasteles, tortas, caramelos— entre el bullicio general.

Algunas niñas de vestidos coloridos, soquetes blancos y zapatos negros de hebilla, algo ajenas al acontecimiento, saltaban en dos pies mientras la cuerda giratoria les pasaba por debajo, a ras del piso. O en un solo pie, de casillero en casillero, hasta recoger la piedra de la rayuela dibujada en un pedazo de hormigón.

Pero los varones como Pepe y Nene, los más chicos y los más grandes, estaban compenetrados con la carrera. Iban de un lado a otro de los autos y trataban de observar cada detalle.

Nene hacía anotaciones en un papelito que luego se guardaba en el bolsillo del pantalón: le encantaban la mecánica y los motores de todo tipo. Pepe sentía curiosidad por entender cómo funcionaba el sistema de tanques que había detrás de cada auto, pero nadie se lo explicaba con precisión…

—¡Esto es fácil, chiquilín! —le dijo un ayudante de uno de los corredores—. Por acá le metés carbón, le prendés fuego, cerrás la tapa, y en un rato el auto sale como un meteoro. De hecho, a esta maravilla que gana siempre le pusimos el Bólido.

—Mirá, Pepe, se trata de un sistema sencillo —saltó Nene con aire de científico, mientras repasaba sus apuntes—: el carbón que se quema en el tanque generador

libera gases que desprenden calor, pasan por esos tubos hacia el otro tanque que tiene filtros de depuración, y de ahí salen hacia el motor, que en vez de nafta recibe el gas calorífico que lo hace girar y así se empieza a mover el automóvil…

—¡Qué lo parió! —respondió Pepe.

El inmediato rugir de los motores les hizo correr hasta la línea de partida. Llegaron justo para ver cómo los autos iban saliendo por Simón Martínez, en medio de la algarabía general…

—¡Bravo! ¡Viva! ¡Muy bien! —se escuchaba de todas partes.

Pero más de uno ahogaba su aliento entre los vahos de una espesa, larga y alta nube de humo renegrido, con un olor tóxico insoportable.

Cuando partió el último automovilista, la gente del barrio se fue dispersando —algunos tapándose boca, nariz y ojos— hasta lograr respirar aire limpio. Iban quedando pocos frente a la casa de Pepe, que se había recostado al murito de la puerta, bajo la sombra de la palmera del jardín.

A media cuadra, un niño de unos seis años corría entre la gente con sus manos aferradas a una rueda de triciclo viejo, un tanto mocha, que usaba como volante. Otro, su retador, no tenía volante —al menos a simple vista—, pero sobre su pecho y colgado de un tiento, lucía un cartón rectangular y amarillento al que le había pintado la letra «B», de «Bólido» por supuesto, y eso —según él— era todo lo que necesitaba para ganar.

—¡El mío es el más rápido! —espetó cejijunto, el del volante mocho—. ¡Rum, rum, rum!

—¡No! ¡El mío es el más rápido! —respondió el del cartón pintado, frunciendo la nariz y emparejándose a la línea de su oponente—. ¡Rum, ruuum!

Al verlos en posición de largada, Pepe enderezó su cuerpo, se sacó el pulóver blanco con arabescos negros y comenzó a flamearlo con el brazo, como si se tratase del banderín de la meta.

—¡Ruuuuuuummmm! —el del volante mocho tomó la delantera.

—¡Ruuuuuuuummm! —pero el Bólido lo alcanzó.

Pepe seguía agitando el banderín. Faltaban diez, cinco, tres, dos, uno…

—¡Empate! —gritó Pepe—. ¡Qué emocionante carrera, damas y caballeros! Un abrazo y un caramelo para cada ganador…

Pepe vichaba de reojo a la hermana del Bólido, que sonreía mientras se enrulaba un mechón de su cabello castaño. Cuando sus miradas se cruzaron, ella se puso colorada, y él también, para no ser menos…

—¡No perdés el tiempo, m’hijito! —le dijo Nene—. ¡Dejate de ojitos y dame una manito con esta bolsa, que pesa como la gran puta!

—¿Para quién es toda esta madera?

—Ese veterano de ahí dice que va a hacer una demostración…

—¿Demostración de qué?

—Del motor a gasógeno que se armó en su camión…

—¿Ah sí?

—Sí, y si arranca nos lleva hasta el Prado.

—¡Especial! —se regodeó Pepe—. ¡Vamo’a meterle, que nos vamos de paseo!

El hombre agradeció la ayuda de los muchachos, destapó el tanque, cargó algo de carbón, tablas, ramas secas, pedazos de goma y hasta unas alpargatas deshilachadas, y les prendió fuego…

La humareda no se hizo esperar —la tos de los presentes, tampoco—, y el camioncito empezó a moverse…

—¡Suban, suban que nos vamos! —les gritó el camionero. Y allá fueron los amigos, se treparon al estribo y se tiraron de cabeza hacia la caja del camión, con la alegría que les brotaba de los poros, al menos de los que aún no estaban tapados por el monóxido de carbono…

El camión salió del Paso de la Arena y avanzó hacia La Teja, tomó por Carlos María Ramírez hacia el Paso Molino y al llegar a la avenida Agraciada, el chofer lo dejó ir en bajada.

Pepe y Nene iban parados en la caja, entre bolsas de escombros y tablones con pegotes de cemento Pórtland, agarrados de las barandas flojas y podridas, disfrutando de la brisa que les acariciaba la cara.

—¡Mirá allá! —Pepe, con su mano extendida, señaló lo que parecía el humo de un incendio.

—¡Eso va a explotar! —advirtió Nene, sin dejar de mirar hacia el frente.

A lo lejos, subiendo por la cuchilla, se veía una gigantesca nube negra, de la que asomó la careta de un ómnibus forzando el motor en el empinado repecho.

—¡Gasógeno y pico! —exclamó Pepe. Un minuto después, los vehículos se cruzaron y Pepe creyó ver la cara de un vecino detrás de la nube de humo…

—¿Ese era Luis Batlle? —preguntó a Nene.

—No sé, no veo nada con este humo de mierda…

—Me parece que era, sí…

—Yo lo he visto en su auto, pero andando en ómnibus…

—Bueno, yo sé que por lo menos andaba…

—¿Te lo encontraste alguna vez?

—No, pero mi madre sí.

—Mirá el diputado…

—Es más, mi vieja me dijo que más de una vez se bajó del 132 para ayudarla a subir los atados de cartuchos que ella traía para vender acá, en la florería Del Molino…

—¡Un caballero! —afirmó Nene.

—Un caballero que sabe hacer política —sonrió Pepe, mientras se preparaba a saltar del camión, que ya terminaba de bajar por la pendiente.

El gasógeno dejó a los muchachos a una cuadra del puente de Agraciada. La luz del sol se colaba entre los árboles que bordeaban el arroyo Miguelete, cuyas aguas calmas invitaban a mojarse los pies para intentar atrapar algún morrocoyo. Nunca lo lograban —la tortuga sabía escabullirse entre la vegetación acuática—, pero bien que se divertían.

—¡Estos dos son inseparables! —decía siempre una vecina de esas que saben vida y obra de todos en el barrio.

Por las tardes, ambos salían rumbo al tallercito que Nene estaba montando de a poco en un galpón que tenía en su casa, y donde ya empezaba a reparar las bicicletas de los amigos, aunque su interés personal era la mecánica de motos.

Nene le daba una mano a Pepe con las flores y este le ayudaba un poco —digamos que era voluntarioso— en el incipiente taller.

—¿No tenés un martillo por ahí…?

—¡Ta, ta, dejala así, Pepe! —replicaba Nene antes de que algo más se rompiera—. Aprontate el mate…

Pero mecánico y florista la pasaban muy bien juntos, tanto en la calle como en la escuela, y el sentimiento de amistad se reflejaba en todas partes, hasta cuando hacían buena letra con la maestra vistiéndose con ropajes de niños aplicados y obedientes a la hora de cumplir con las tareas de estudio.

Mis compañeros de clase.

Estoy muy contento con los compañeros de este año. Todos son muy buenos. Con todos me llevo bien. Hay muchos niños nuevos, pero son muy amables y buenos, como los del año anterior. Mi compañero se llama José Alberto. Este niño es muy bueno, desde que estaba en tercero me siento con él. Me siento orgulloso de encontrarme rodeado de estos compañeros al entrar a la escuela con mis ansias de trabajar, todos contentos, y nuestra mente despejada para trabajar. Abril 4 de 1946.

Alguna vez Pepe debió sacar a su amigo de ciertos apuros, y lo mismo Nene: el equipo funcionaba.

Las travesuras en el gran patio de la escuela podían ser espontáneas o con cierta premeditación y estrategia. El papelazo en la cabeza del compañero distraído no necesitaba demasiada preparación, pero sí se requería planificación para introducir con sutileza una cartita en el bolsillo de alguna compañera. No había mucho contacto con ellas, pues los recreos eran separados: a la derecha las niñas, a la izquierda los varones. Así que un buen momento para ejecutar este plan podía ser cuando la voz de los escolares bien formados se volvía más viva, al entonar el himno nacional.

—¡Estás hecho un poeta, Pepe! —Nene hablaba entre dientes mientras leía el papelito de reojo.

—Me defiendo…

—¡Ojo, la maes… tiranos temblad!…

—¡… tiranos tembla… aaaaad!

Los compinches tenían cuidado de no pasarse de la raya o al menos de ser descubiertos: más allá del patio de entrada, atravesando la gran puerta, a la izquierda, se encontraba la Dirección, donde además de un rezongo inicial —si los pescaban—, deberían pasársela un buen rato tiesos, parados con las manos a la espalda, soportando el sermón que podía llegar a ser largo, muy largo…

—¡Sí, señorita!

—¡Nadie le dio permiso para hablar!

—¡Perdón, señorita!

—¡No escuchó!

—Mmmmm…

A Pepe alguna vez le tocó posar firme junto al piano de la escuela, pero ese lugar no le disgustaba tanto, y a veces se le iba la mano hacia el teclado…

—Les arrastra el ala a las compañeras y me las distrae en el acto, y ahora parece que también es músico…

—Bueno —Pepe aprovechó el momento para aflojarse un poco—, lo que se dice músico…

—¡Deje, deje, que si empieza a hablar, capaz que me convence todavía…!

—Ya lo dijo José Martí…

—A ver… —Pepe sorprendió a la autoridad de blanco, anotándose un punto al citar al héroe cubano del cual habían estado hablando en clase—. ¿Qué dijo Martí?

—Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la Tierra sin luz…

—¡Mire usted! Nunca escuché esa frase de Martí.

—Puedo decirle otra: «Un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso, pero nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga…».

—¡Ay, Mujica, Mujica! —arrancarle una sonrisa a la directora, en esas circunstancias, era cosa bien seria—. Flor es usted, Mujica…

Pepe arqueó sus cejas tupidas hacia la nariz y se quedó mirando a la directora con cierta extrañeza: una cosa era ganarse la vida como floricultor y otra que a un varón como él —por más aseado, inteligente y hermoso que lo vieran, pensó— lo trataran de «flor».

—¡Flor de bandido! —remató entonces doña Amelia, torciendo su boca granate —. Mejor vaya, niño bello, vaya…

—¡Con su permiso, señorita!

Pepe, ahora con su mejor cara de «niño bueno», comenzó a salir de la Dirección a paso lento…

—Y espero no verle más el pelo por acá…

Pepe sonrió, se llevó ambas manos hacia la raya central que dividía su cabello y con un suave deslizar de los dedos entre las hebras castañas, se acomodó las ondas que le caían a cada lado de la frente.

Pero esas «manecitas», que ya tenían once años, no solo servían para peinarse, manejar el lápiz, hacer bailar el trompo, apretar los frenos de la bici, trabajar la tierra y repartir flores, entre otras cuestiones públicas o privadas; también producían música…

Doña Lucy ya había decidido que su hijo seguiría los estudios más allá del ciclo escolar. Pensar así no era habitual en familias de un barrio obrero, pues la necesidad de trabajo tiende a desplazar la posibilidad de avanzar en el campo del aprendizaje académico. Pero además, afín a su filosofía con miras al futuro, buscó la manera de proporcionarle a Pepe cierta formación cultural.

En el Paso de la Arena, eso era posible gracias a la profesora de piano y solfeo que vivía en la calle Tomkinson. Se trataba de Irma López, una vecina que no llegaba a los treinta años, y a la que nadie llamaba por su nombre. En el barrio era conocida como la Potoca.

La casa de la pianista siempre estaba llena de niñas y niños, y uno de ellos era Pepe, con su cuaderno de solfeo y sus partituras clásicas bajo el brazo.

A la profesora le encantaba dialogar con Pepe:

—¡Su hijo es una maravilla! —le dijo Potoca a Lucy.

—Y… tiene a quien salir —la madre de Pepe sonreía con orgullo mientras esperaba ser atendida en la panadería. Potoca buscaba cambio en su monedero para pagar la harina y los huevos que llevaba pensando en hacer una buena torta para convidar a sus alumnos.

—¡Cómo habla! —prosiguió la profesora.

—Si te conversa mucho, decime que…

—No, no doña Lucy —los dedos de la pianista seguían revolviendo el monedero—; no digo que sea charlatán, digo que es una lumbrera…

—¡Ese Pepe es un rayo, eh! —interrumpió el panadero mientras pesaba pan en el plato redondo de la balanza. Y al ver que no aparecían las monedas de Potoca, le dijo a la clienta que no se preocupara—: Dejalo así, después me lo traés…

—Gracias, don Emilio. Anótemelo, por favor —la profesora salió junto a Lucy y se paró a conversar con ella en la vereda.

—Así que mi hijo ya te conquistó con sus palabras…

—Es que dice cosas muy inteligentes —Potoca recordaba a Pepe con las manos sobre el piano, pero defendiendo ante los demás alumnos a unos obreros de los frigoríficos que acababan de ser despedidos por la patronal inglesa.

—¿Pero aprende o solo va a conversar? —preguntó Lucy.

—¡Aprende, aprende! —aclaró Potoca—. Pero a veces sale con cada frase que te deja sin palabras…

—¡Ja, ja! Ya te metió en el bolsillo a vos también…

Por la bajada, a menos de media cuadra, se podía ver a Pepe caminando con su

hermana de la mano. Iba al encuentro de su madre para ayudarla con la bolsa de los mandados.

—¡Mire, doña Lucy, este chiquilín va a llegar muy lejos! —aseveró la profesora de piano.

Lucy imaginó por un instante a su niño Pepe, con el trajecito azul de pantalón corto y una banda con los colores de la patria cruzada sobre el pecho.

—¡Mi hijo va a ser presidente! —aseguró entonces, convencida.

La pianista, entre sorprendida y congraciada con aquella afirmación, volvió su mirada hacia Pepe y lo vio rodeado de miles de personas que lo aplaudían y lo vivaban frente al Palacio de Gobierno:

—¡Qué honor…! —exclamó sonriéndole a Lucy—, un alumno mío presidente.

—¡Te lo doy puesto, m'hija! —no era habitual que la madre de Pepe hablara de sus anhelos más íntimos, así que cambió con sutileza el eje de la conversación—. Ahora el que quiere ser vicepresidente es el vecino…

—Lo dice por Luisito, ¿verdad? —las inesperadas palabras provenían de una arrugada vecina del barrio que lucía tres o cuatro pelos de bozo a cada lado de la boca, quien a pesar de arrastrar sus zapatillas para caminar, tenía la capacidad de llegar siempre a tiempo de meter la cuchara—. ¡Y con ese apellido, seguro que llega a presidente!… ¡Viva los Batlle!

Lucy miraba al cielo, como buscando alguna explicación: era la segunda vez en el día que se encontraba con la anciana y la cuarta que recibía un comentario a favor de Batlle Berres, candidato a la Vicepresidencia por el Partido Colorado, vecino gentil y nuevo dueño de una hermosa casona ubicada a la entrada del Paso de la Arena.

Cuando bajó la mirada, Pepe ya estaba a su lado, pronto para cargar la bolsa. La octogenaria no se decidía a entrar a la panadería, parecía con ganas de seguir la conversación. Entonces Lucy dejó escapar un suspiro de cansancio, más bien de hastío…

—Bueno, mejor voy marchando —dijo, estirando la mano hacia su hija Titita—, que tengo todo para hacer en casa.

—Bueno, hasta luego, doña Lucy —se despidió Potoca—. Y a vos Pepe, te espero esta tarde con torta de naranja para todos…

—¡En un rato estoy ahí! —respondió Pepe, que ya se relamía.

En las elecciones del 24 de noviembre de 1946 volvieron a ganar los colorados.

—¡No puede ser, Herrera fue el más votado! —se lamentó Lucy en una reunión de militantes de la Lista 4, entre quienes se encontraba Enrique Erro, un joven perseverante y apasionado que buscaba su lugar entre los dirigentes blancos.

—¡La ley de lemas, la ley de lemas, amiga! —le respondió María Herminia, la esposa de Erro.

—¡Qué injusticia! —se quejó Lucy—. ¡Doscientos cinco mil votos!

Esa era la cantidad de sufragios para Herrera, veinte mil más que los obtenidos por el colorado Tomás Berreta. Pero por la ley de lemas —un partido obtiene la sumatoria de votos de todos sus candidatos a la Presidencia—, los colorados habían logrado trescientos diez mil votos contra doscientos ocho mil de los blancos. Por consiguiente, Berreta sería presidente. Y su compañero de fórmula, el vecino de Paso de la Arena, vicepresidente.

—¡Se lo dije, se lo dije! —la anciana esperó a Lucy en la puerta de la panadería solo para poder refregarle su vaticinio, y lanzar otro—: Y ya lo verá presidente… ¡Viva Luisito! ¡Viva los Batlle!

El 2 de agosto de 1947 murió Berreta, y el vecino pasó a ocupar el sillón presidencial.

—¡Esa vieja es bruja! —fue lo primero que comentó Lucy a don Emilio.

La anciana se alejaba de la panadería arrastrando sus zapatillas torcidas, llevaba un pan flauta en la chismosa y abrió su paraguas negro, rotoso, para taparse de la lluvia que —según dijo— comenzaría en unos minutos. Eran las cuatro y cuarto de la tarde, y no había ni una nube en el cielo.

A las cuatro y veinte un trueno retumbó en todo el Paso de la Arena.

—¡Parece que es bruja, nomás! —sonrió don Emilio—. Y me acaba de decir que en estos días sale el 15 a la cabeza: «el de Luisito», me recalcó.

—Yo a ese número no le juego ni sabiendo que gano un millón —respondió Lucy, que se fue de la panadería bajo agua.

Ella sabía que no podía forjar el futuro de sus hijos jugando a la quiniela ni soñando con ganar la lotería. Ya habían pasado cuatro años desde la muerte de su esposo y se sentía a gusto consigo misma por la lucha que había emprendido: además de los ingresos por la venta de flores, había montado un quiosquito en la puerta de la casa para que los chiquilines de la escuela le compraran golosinas, cuadernos, lápices y otros artículos por el estilo. Y pensaba en cómo ingeniárselas para construir unas piezas en el fondo y alquilarlas.

Al finalizar el último año escolar, Pepe y Nene tenían un proyecto en común: convertirse en ciclistas profesionales y conocer el Uruguay a pedaleada limpia.

La idea maduraba en el taller de Nene, quien a diario desarrollaba sus habilidades para la mecánica: conseguía revistas y manuales, hablaba con los veteranos del oficio que trabajaban en el barrio y anhelaba poder iniciar cursos técnicos por correspondencia, en cuanto juntara algunos pesos para invertir en su formación laboral.

Pepe —a influjo de su madre— ingresó a primer año del Liceo Bauzá: bien peinado, de saco azul y corbata al tono, con los zapatos negros lustrados y los libros bajo el brazo.

El ómnibus que pasaba por el Paso de la Arena lo llevaba hasta el límite del Paso

Molino con el Prado y debía caminar unas pocas cuadras hasta el centro de estudios secundarios. De paso, procuraba llevar algún ramo de cartuchos para vender en la florería de la calle Agraciada, aunque no siempre tenía plata para pagar el boleto; entonces, antes de ir hacia la parada del ómnibus, entraba a la vieja panadería…

—Don Emilio, ¿me puede salvar, como siempre?

El panadero sabía lo que le estaba pidiendo Pepe. Fue hasta la caja, la abrió y sacó unas monedas.

—Tomá, ¿te alcanza con un medio? No, mejor tomá un real y después arreglamos.

—Gracias, don Emilio, me voy que pierdo el ómnibus de Benito. De tarde se lo devuelvo…

—Andá, Pepe, corré. Y entrá al Liceo, ¡eh!, no te quedés por ahí dando vueltas…

Con el real —es decir, diez centésimos— en el bolsillo, salía el estudiante a lo suyo.

Benito ya sabía que a esa hora en aquella parada de Simón Martínez subía el jovencito de las flores, así que aminoraba la marcha de su ómnibus más bien gris —el 132 de la empresa Cutcsa—, se detenía justo frente a Pepe, y esperaba a que el florista tapado de cartuchos subiera y se ubicara entre los pasajeros.

Pepe viajaba parado, tratando de que nadie le aplastara las calas. Al bajar en la avenida Agraciada, las dejaba en la florería Del Molino, caminaba hasta el liceo, y luego de las clases pasaba de nuevo por el comercio para cobrar tres y a veces cuatro pesos por la venta de esos cartuchos. Cuando volvía al Paso de la Arena, le pagaba a don Emilio y llegaba a su casa con el resto del dinero para que su madre pudiera cocinar.

Una mañana muy fría, Pepe se despertó con hambre: había soñado con una parrilla cubierta de pulpas rojas, chorizos y morcillas, chotos, chinchulines. Su padre, sonriente, estaba parado al lado del fuego con un vaso de vino tinto, y él se rozaba la cara con las manos, una a cada lado de la boca grasosa, con los incisivos clavados contra el hueso chato y corto de aquella tira jugosa, tierna, exquisita hasta la desesperación.

—¡Qué pedazo de asado, por favor! —musitó con la boca pastosa.

En la alacena quedaba medio pan envuelto en un repasador, había leche, azúcar, y los fideos secos que al mediodía saltarían a la olla y de ahí al plato hondo y caldudo; pero él tenía ganas de comer carne, y asada si fuera posible. Sabía que en su casa no tenían ni un peso, y para colmo aún no llegaba la canasta desde la Colonia Estrella.

Diluviaba.

—¡Hoy no vendo una flor más, ni aunque fuera Día de los Muertos! —protestó mirando hacia el fondo de su casa desde la puerta de la cocina.

Había llovido toda la semana y el agua seguía cayendo.

Apenas mermó un poco, se descalzó y corrió hasta el gallinero.

—¡Mierda! —exclamó al ver que las ponedoras también le habían fallado—. ¡Ni un huevo, ni un huevo de mierda!

Enojado, volvió a la casa, se limpió un poco los pies, se calzó y salió a dar una vuelta en bicicleta. Prefería mojarse, para sacarse la bronca. Anduvo para arriba y para abajo, desde el Paso de la Arena hasta el Cerro. Al volver ya no llovía y su estado era más calmo; se acordó de su padre y sonrió, lo había tenido por un rato, como antes. También había dejado pelados los huesos de ensueño, pero su estómago se quejaba.

Pedaleaba.

El aire frío olía a tierra mojada y le expandía los pulmones. Hasta que un olor más intenso lo invadió de tal manera que tuvo que detenerse. La ventana abierta de una cocina…

—¡Churrasco, con cebolla frita! —suspiró—. ¡Ahhh!, ¿quién pudiera?…

Resignado, siguió su marcha.

En el camino se imaginó con aire de matrero de campo, sobre tostado ágil, con la mano diestra en el lazo, persiguiendo un cordero —uno veloz y huidizo como un zorro— que al fin atrapado terminaría sobre las brasas.

Sin otro remedio, desechó sus ilusiones de carne roja y decidió que al llegar a la casa mataría una de sus gallinas ponedoras fallidas, aunque fuera a escondidas de su madre.

Comenzó a pedalear decidido, pero al llegar al Camino de las Tropas tuvo que frenar porque la manada de novillos se le venía encima. Se veían al menos diez hombres a caballo guiando el ganado. Lo trasladaban desde La Tablada —donde se pesaba y compraban las reses— hasta el Frigorífico Nacional, para la matanza y procesamiento de la mercadería.

—¿Será verdad? —se preguntó en voz alta. El interrogante surgía de una historia que le habían contado unos vecinos, pero que él no había podido confirmar.

En algunas oportunidades —según el relato—, los troperos iban dejando algún animal apartado y, en determinado punto, le pegaban un talerazo para que cayera al suelo. Entonces, los vecinos salían de sus casas, algunos con cuchillos y otras herramientas apropiadas, y ahí mismo, en unos pocos minutos, carneaban el novillo y se repartían los cortes: en el lugar solo quedaba el cuero, y la gente volvía a sus hogares con fuentes pesadas de carne fresca.

Pepe esperó ansioso; miraba a su alrededor como buscando al primer vecino con cuchillo en la mano, y hasta le hizo un gesto al tropero que tenía más cerca —dio un talerazo imaginario montado en su bicicleta—, tratando de indicarle al hombre que activara la operación carneada. Pero la tropa se fue alejando sin que ocurriera nada por el estilo.

—¡Mentiras, son todas mentiras! —refunfuñó, y salió como desbocado en su caballo de dos ruedas. Avanzó unos cientos de metros y por la velocidad no pudo

evitar un lodazal; se quedó empantanado. Debió salir con los pies tapados de barro, hasta donde se veía, verde. Pasó las plantas de sus zapatos varias veces por el pasto y siguió a pie, con su bicicleta a un lado, por un sendero firme, hasta salir al camino que lo llevaría de regreso a su casa.

A la media cuadra, vio cómo dos vecinas se despedían en la vereda y ambas entraban en sus casas con sendas fuentes rebosantes de carne roja.

—¡Hoy no es mi día! —atinó a decir mientras volvía a pedalear cuesta arriba.

Llegó a su casa cabizbajo y no entendió por qué su madre lo esperaba con una gran sonrisa. Aquello de «al mal tiempo buena cara» le parecía excesivo para el momento.

—¡Pepe, tenés que hacer un mandadito!

—¿Con qué plata? —preguntó resignado.

—Con ninguna… —doña Lucy le pidió que fuera hasta el Bar Sitlles, donde lo estaría esperando un vecino de la zona. Pero no le dio más datos.

—No sé por qué tanto misterio… —rezongó por lo bajo al salir hacia el boliche. Las tripas le gruñían, y entrar al bar sin plata no le hacía gracia, pues ni un cubito de queso de picadillo podía comprar.

Al llegar a la esquina de Tomkinson, dejó su bicicleta contra la pared y entró al Sitlles. Había tres hombres enormes en un rincón del mostrador. Uno de ellos revisaba un bolso negro y al segundo sacó una especie de facón ancho y otro más fino y comenzó a sacarles filo raspándolos entre sí, con la habilidad de un descuartizador.

—¡Mejor vuelvo en otro momento! —dijo Pepe y se dio media vuelta.

—Pará, pará cuchillero, que me asustás al gurí —saltó don Félix, el dueño del bar.

—No te dejés impresionar por estos bobetas —apareció el vecino, que al ser medio retacón había quedado tapado por los grandotes—. Son cuchilleros de frigorífico nomás.

—Sí, no hay de qué asustarse —aclaró uno de mostacho y voz gruesa—, solo cortamos pescuezos…

—¡Ah, qué alivio! —respondió Pepe.

—No le hagas caso, m’hijo —lo tranquilizó el vecino—. Tomá, acá tenés la tarjeta que le prometí a tu vieja.

—¿Y esto?

—Es la tarjeta de la carne —explicó el vecino—. Acá somos todos gente del cuchillo del Frigorífico Nacional: yo soy cogotero, aquel es bajador y estos otros dos son matambreros. Todos tenemos tarjetas, y como buenos vecinos tenemos que compartirla, ¿no te parece?

—¿De verdad? —se alegró Pepe.

—Claro, gurí. Andate hasta el frigorífico y hace cola en la ventanilla; cuando te toque el turno, le presentás la tarjeta. Te van a dar tres kilos, y no tenés que pagar nada. A la vuelta, me traés la tarjeta acá, al bar.

—¡Muchas gracias, don! —Pepe salió volando en su nave de dos ruedas. Llegó al

Cerro, hizo el trámite en el frigorífico y consiguió sus tres kilos envueltos en papel. Con la tarjeta, el trabajador podía comprar el kilo de carne a un precio ínfimo: 17 centésimos. Pero eso ya lo había arreglado el cogotero generoso, quien, como otros obreros de la carne, solía compartir el beneficio con familiares, amigos o vecinos.

A la vuelta, Pepe dejó el paquete sobre el fogón de la cocina en un encuentro de sonrisas con su madre, y regresó al bar, con un buen ramo de flores para la esposa del vecino. Le agradeció una vez más el gran acto solidario y se quedó un rato de charla con los obreros, que lo invitaron con una botellita de malta y maní salado.

Así se enteró de que había unos 16 000 trabajadores en la zafra del faenado en todos los frigoríficos del país, de luchas y conquistas sindicales como la de la tarjeta, y de cómo funcionaba el mercado de la carne: los ingleses eran dueños de casi todo, pero el Frigorífico Nacional, propiedad del Estado, servía como ente testigo de precios. El trabajo de este organismo permitía conocer el precio real de compra, faenado, procesamiento, y de esa manera ejercía un control indirecto sobre el precio de venta al público, tratando de que no se fijara al arbitrio de los intereses de los empresarios privados.

—¡Así que no pueden hacer lo que quieran! —reflexionó Pepe.

—Al menos eso es lo que se busca —respondió el vecino, quien además era gremialista de la Federación Autónoma de la Carne, cuya sede se ubicaba en la calle República Argentina y Grecia, en el Cerro. Antes de marcharse del bar, Pepe prometió visitar el sindicato, pues allí se solía organizar actividades sociales y culturales para niños y jóvenes.

Subió a su bicicleta y se deslizó por la bajada de Simón Martínez. Al ir llegando a su casa, las tripas le ronronearon, pero esta vez por el olor de la carne asada que estaba preparando su madre.

Esa noche, luego de cenar con buen diente, se acostó pensando en el acto de solidaridad que había recibido y jugó a trasladar el caso a otros escenarios, a otros barrios, a otros países, ¡qué bien podría andar el mundo con actitudes como estas!, se dijo. Sabía que aquello era un sueño, pero por qué no habría de buscarlo, se interrogó. Uno de los caminos ya se lo habían mostrado, pensó: la unión de los obreros y la lucha sindical como herramienta para defender la vida de los más necesitados.

Algunos de esos temas ya habían sido motivo de debate con sus compañeros del liceo. Esas charlas le fascinaban y siempre estaba promoviéndolas.

Pepe ponía empeño en aprobar las materias curriculares. No tenía claro qué sería de su vida laboral unos años más tarde, si algún día llegaría a ser político como intuía que quería su madre. Pero entendía que debía estudiar para mejorar sus posibilidades de trabajo, y sobre todo porque le ayudaba a razonar, a cuestionarse y a poder desarrollar opiniones más profundas sobre sus temas de interés. Por una razón u otra, en las charlas y discusiones con sus compañeros siempre terminaba hablando de

justicia social, aunque no lo expresara en esos términos. Su lugar estaba siempre del lado del pobre, incluso a la hora de defender a aquellos que robaban, en ciertas circunstancias.

—¡No son delincuentes! —protestó un día ante unos compañeros de clase que cuestionaban el hurto protagonizado por dos adolescentes—. Robaron para poder comer…

—La pobreza no justifica el delito —retrucó uno.

—Te quiero ver con cinco hermanos chicos, viviendo en una tapera, todos muertos de frío y de hambre, con una madre enferma y un padre borracho.

—Yo trabajaría —alegó otro.

—Claro, yo también. De hecho es lo que hago, pero no estoy tan apaleado por la vida —se defendió Pepe, sin entrar en detalles de su vida familiar: le molestaba sentir que alguien le tuviera lástima por haberse quedado sin padre, por haber tenido que empezar a trabajar desde muy chico.

—¡Bah! Los que roban son delincuentes y tienen que ir presos…

—¿Esa es la solución, encerrar a alguien hasta que se pudra?

—Eso es justicia.

—¡Justicia es poder comer, poder vivir como la gente! —se apasionó Pepe—. La justicia de la que vos hablás es una vieja de mierda, con los ojos vendados, tan ciega que no puede ver lo que de verdad es injusto…

Un pequeño filósofo, con su veta ácrata, parecía estar rompiendo el cascarón. En todo caso, sabía que su inconformismo podía llevarlo muy lejos y estaba dispuesto a asumir el desafío, pero tenía ciertos temores: su madre lo había puesto en el camino y se sentía impulsado pero a la vez presionado por ella. Quería complacerla, recompensarla por el gran esfuerzo de vida, pero a veces le surgían dudas: veía que su pensamiento se alejaba de algunos paradigmas con los que se identificaba su familia.

De esa interpelación permanente, que por momentos lo confundía, podía interpretar sin embargo que tenía ganas —y a la vez la obligación— de buscar su lugar entre aquellos que se sentían capaces de incidir, de provocar cambios o al menos de pelear para conseguirlos. En ese campo no estaba tan alejado de los anhelos de su madre como militante blanca, y quizá animarse a mirar el mundo desde otra perspectiva —después de todo era un adolescente— no implicaba defraudarla.

Así que al cumplir catorce años escribió un breve poema, para tal vez significar la misión de su vida juvenil y adulta. La letra quedó estampada en una tarjeta, junto a su rostro de niño sonriente dispuesto a crecer con valentía, como presagio documentado de la historia de un líder…

Hacia la cumbre

Seré todo o no seré
mas es mi lema luchar
para ingresar en las filas
de los que saben triunfar;
y colmar la aspiración
de mi Patria y mi Mamá.

José A. Mujica Cordano
Montevideo, 1949

4

Mallas, banderas y sábanas

Montado en su bicicleta azul con pipas amarillas, Pepe sentía que el mundo se le agrandaba. Con Nene y otros amigos del barrio apasionados por el ciclismo salían a entrenar por las mañanas, bien temprano. Solían ir por la ruta, sin rumbo, hasta que se encontraban en la ciudad de Canelones, cuando no en San José, Florida o Lavalleja.

—¡Así que son ciclistas! —el vecino que regaba su jardín les permitió tomar agua de la que salía por la manguera y cargar las cantimploras para el regreso—. A mí me gustan más los caballos…

—La diferencia —respondió Pepe, mientras se mojaba la cabeza— es que esta anda más rápido y no come…

—¡Ah, no, capaz que no te come las piernas, no! —repuso Nene estirando sus músculos inferiores.

El paisano sonrió, miró la bicicleta de Pepe y le dijo:

—Mire, aquel que está allá es mi tostado —el caballo se veía corpulento y elegante.

—Muy lindo —lo halagó Pepe.

—¿Y sabe una cosa? —el hombre se acomodó la boina achatada—: A ese nunca se le pinchan las herraduras…

Pepe miró las llantas de su bicicleta y, apretando con el pulgar la trasera, lanzó la primera de unas cuantas puteadas.

—Ahora vuelvo —indicó entonces el paisano y salió hacia el fondo—; voy a traerles unas naranjas para que coman mientras ven cómo arreglan esa herradura de goma…

En estos viajes de tracción a sangre siempre surgían oportunidades para conocer gente. Pepe buscaba mejorar en lo deportivo, pero a la vez se iba enriqueciendo en lo social y cultural por el contacto con otras realidades. Disfrutaba del diálogo con los lugareños, aprendía de sus vivencias, se volvía a la casa del Paso de la Arena con una valija de experiencias que atesoraba en la mente y en el alma.

Había empezado a correr en la categoría «novicios absolutos» y buscaba ascender: novicios federados, tercera, segunda, y el soñado debut en primera. A ese lugar de privilegio se llegaba con mucho esfuerzo y Pepe debía repartir bien su tiempo, pues no podía abandonar sus tareas de agricultor y sobre todo de vendedor de flores, debía rendir en los estudios secundarios, seguía cultivándose en el piano y era ciclista.

—Y ahora me agarré otra changuita —le confió a un amigo del liceo que le había preguntado cómo podía cumplir con todas sus actividades—: me metí en la ARU.

—¿En serio?

—Sí, creo que es una lucha que hay que dar, y si no nos comprometemos…

Se trataba de la Agrupación Reforma Universitaria, un movimiento de estudiantes creado en 1949 que cuestionaba el sistema político-económico del país, pero tratando de desplegar una filosofía ideológica alternativa a la que entonces ofrecía la izquierda uruguaya —socialistas y comunistas—, mediante la discusión y propagación de ideas libertarias entre los jóvenes y una clara empatía con el movimiento obrero y su defensa del trabajo digno.

Pepe estaba asimilando que el trabajador era oprimido por el poder económico y este se servía de un mundo político proclive a la corrupción. Este apoyo al obrero fue lo que más le convenció de la ARU, agrupación que además tenía un fuerte tono horizontal y participativo y no hacía hincapié en la destrucción del sistema —una crítica muy empleada por los detractores del anarquismo a fin de crearles mala fama a los postulados libertarios— sino que procuraba cambios, apoyaba formas de organización social, como las cooperativas, e incluso un modelo de vida identificado con el sistema socialista, pero basado en la libertad.

Ya había comenzado la Guerra Fría y la polarización de capitalismo *versus* comunismo formaba parte del debate entre jóvenes estudiantes como Mujica: la ARU era un ámbito propicio para el despliegue tercerista, un concepto que se distanciaba tanto del imperialismo como del comunismo autoritario. A Pepe le simpatizaba esta idea de no embanderarse con lo uno ni con lo otro, porque además en filas blancas había quienes —sin ser anarquistas, por supuesto— transitaban por un camino de equidistancia respecto de estos extremos de la discusión universal.

La ARU fue creada por estudiantes de preparatorios, es decir, por quienes concurrían al Instituto Alfredo Vásquez Acevedo, más conocido por su sigla, IAVA. Pero su influencia se extendió a otros liceos; por ello Pepe comenzó a militar en la agrupación cuando aún se encontraba en el Bauzá, terminando el ciclo de cuatro años de secundaria. Allí comenzó a leer panfletos con pensamientos libertarios y procuró conseguir —a veces prestados, otras obtenidos de la biblioteca— algunos de los pocos ensayos anarquistas que circulaban en el medio estudiantil, algo de Proudhon, otro tanto de Bakunin, y también le interesó conocer más sobre el socialismo, la filosofía marxista, la revolución bolchevique, el testamento político de Lenin y la política aplicada luego por Stalin.

Muchas veces, leyendo en la cama los sábados de noche, Pepe descansaba sus piernas para la competencia dominguera. Al otro día, alrededor de las seis de la mañana, Nene pasaba por su casa para salir en bicicleta hacia el punto de partida.

—¿Cómo estuvo la jarana de anoche? —le preguntó Pepe a su amigo en la ruta.

—¡Pah! Ni me hablés… —Nene aún se desperezaba—. Terminó hace un rato.

—¡Qué lujo, eh! Toda la noche meta Lecuona Cuban Boys.

—¡No me jodas, que todavía me suena la trompeta en la cabeza!

Nene también había intentado dormir bien la noche anterior, pero la ventana de su cuarto quedaba a cincuenta metros —campo abierto mediante— del balcón del club Defensa Agraria, donde las orquestas nacionales e internacionales desplegaban todo su esplendor musical para el deleite de la muchachada, esa que no tenía que competir en una carrera de cien kilómetros el domingo por la mañana.

—¡Dale —Pepe se paró en los pedales—, no te quejés y metele pata, que todavía faltan cuarenta!

—Sí, cuarenta solo para llegar a Pando, ¡la puta que los parió!

Desde esa ciudad del departamento de Canelones, distante unos cincuenta kilómetros del Paso de la Arena, estaba prevista la largada. Los amigos y compañeros de equipo daban lo mejor de sí, y una vez finalizada la carrera, volvían a su barrio sin bajar de la bicicleta.

No tenían ni un peso en el bolsillo, ni tampoco vehículo que los trasladara para no gastar fuerza física antes de competir. Pero lo hacían con amor por su deporte preferido, y se sentían orgullosos de lucir la blusa azul con franja roja cruzada a lo ancho del cuerpo, sobre la que se leía «Club Atlético Tomkinson».

Eran tiempos de «pica» entre el Club Paso de la Arena y el Centro Recreativo Lira Uruguaya, de la barra de Santa Lucía. Y esa rivalidad futbolera se aderezó con el ciclismo, más cuando el equipo de la Lira se quedó con la gran competencia de novicios que organizó el Tomkinson.

—¡Qué gallego de mierda! —espetó el joven Mujica al ver que la espalda de Ricardo Vázquez se alejaba por camino Las Flores.

Estaban en la segunda vuelta de un circuito de 25 kilómetros, y el español avanzaba como un meteorito por la calle Sanguinetti, Pajas Blancas, San Fuentes, Cibils, para llegar con cinco minutos de ventaja a la meta, frente a la sede de los organizadores.

—¡Ya le vamos a dar en la revancha! —arengó Nene, exhausto, palmeando la espalda de su amigo Pepe, mientras Vázquez —que vivía en Rincón del Cerro— recibía la medalla del embalaje especial, donada por los Hermanos Elhordoy.

La doble Libertad —ida y vuelta a esa ciudad desde la barra de Santa Lucía— sirvió como revancha organizada por la Lira Uruguaya. Y el ganador volvió a ser el «gallego de mierda».

—¡A este no hay con qué darle! —Pepe y Nene se volvieron al barrio masticando la desazón, sin ponderar que sus tiempos habían mejorado y estaban prontos para competir por el ascenso de categoría.

Mujica comenzó a entreverarse entre los corredores que llegaban en los primeros puestos y un buen día se puso la malla azul de puños y cuello blancos del Universal de Canelones.

—¡Ahora! —se alentó Pepe y picó en la delantera a poco de terminar la carrera. Ese día se sentía con una fuerza especial, pero ya otras veces le había pasado lo

mismo, sin que nada particular le sucediera. Se distrajo un instante con esa odiosa reflexión, y sus perseguidores se le fueron encima. Tuvo que apretar los dientes. Y redobló el esfuerzo para pelear el puesto. El sol hervía la cabeza de los competidores que entraron en la recta final con sus cuerpos como lanzas. E hiriendo el aire tórrido cruzaron la meta…

—¡Ese es mi amigo, carajo! —Nene llegó para abrazarlo: Pepe había ganado. Las gotas saladas le culebreaban por su cara emocionada. Sus compañeros lo empaparon con agua y alegría, y esta vez volvió a su casa con la esperanza en el bolso.

—¡Vieja, gané! —exclamó como saludo y esperó el abrazo de su madre.

Aquello no era la cúspide ni nada por el estilo, pero se sentía en la lucha, y eso lo reconfortaba. Un triunfo, quizá muy puntual en el deporte —al que doña Lucy consideraba un pasatiempo—, le valía como prueba de perseverancia para la vida. La madre temía, sin embargo, que la bicicleta y las «chiquilladas» de barrio —para ella su hijo aún era el niño peinado de la tarjeta— terminaran por alejar a Pepe de los estudios.

La mirada con recelo apuntaba a Nene, quien si bien iba a la casa de su amigo, prefería quedarse en la puerta, y cuanto menos tiempo, mejor.

Por lo general pasaba a buscar a Pepe para ir a entrenar, salir de paseo —a la playa, al Prado—, o cuando aquel le pedía que lo acompañara al mercado a comprar flores. Cada tanto aparecía de manera fugaz para coordinar alguna salida nocturna, de las pocas que tenían a esa edad.

—Tu vieja me tiene idea, no hay caso…

—¡No le des bolilla!

—Pero no me traga.

—¡Te digo que no le des ni cinco… y chao!

A Pepe le molestaba la actitud de su madre, pero no la andaba contradiciendo. Prefería enfrentarse con ella solo si era muy necesario, y luego de los hechos consumados.

—¡Yo te voy a arreglar a vos! —los enojos de doña Lucy eran parte de una retórica a la que Pepe se había acostumbrado. Ya no sufría golpes, pero le dolía que su madre no pudiera comprender su situación: él debía elegir su camino por cuenta propia.

Doña Lucy no conocía bien a Nene ni quería conocerlo con mayor profundidad: le alcanzaba con saber que no había seguido los estudios secundarios. Y por mejor amigo que pudiese parecer —lo veía ayudar a su hijo en el trabajo, pero desconfiaba de sus intenciones—, lo consideraba una mala influencia para un joven que debía tener ambiciones y llegar más lejos de lo que ella había podido.

Por cuanto si veía acercarse al amigo de todas las horas de su hijo, si aquella «malajunta» osaba aparecerse por la puerta de su casa, buscaba una excusa para salirle al paso con su sargenta voz.

—Ya te dije —la enorme mujer barría la nada con su escoba descuajeringada—:

¡a vos no te quiero ver más acá!

—Ya me voy, doña Lucy, pasaba nomás…

Si Pepe veía aquella escena salía en defensa de su amigo y se iba de la casa por un buen rato.

—¡Andate nomás, que así vas a terminar! —se quedaba refunfuñando la madre.

María Eudoxia trataba de esconderse, se ponía muy mal en estos momentos de tensión.

Pepe se mantenía en el ciclismo, estaba cerca de correr en primera, y había pasado a preparatorios.

—¡José Alberto Mujica Cordano! —el bedel del IAVA cumplía su trabajo diario con formalidad.

—Presente —respondía el muchacho de saco y corbata que llegaba del Paso de la Arena.

Se sentaba en un pupitre cerca de sus compinches Renzo Pi Hugarte y Alejandro Paternain, dos estudiantes que vivían en la zona costera de Montevideo y amaban la literatura, un amor que compartían con Héctor Galmés, el joven del grupo de al lado que se les unía en las animadas charlas de patio y les prestaba libros de los románticos y simbolistas franceses.

Pepe no quería quedarse atrás y sus compañeros lo ayudaban. Sentían gran admiración por él, puesto que ellos solo se dedicaban a procurar salvar los preparatorios para avanzar en su formación, y Mujica trabajaba para la manutención de la familia, estudiaba con avidez, era ciclista federado…

—¿Y también tocás el piano? —se sorprendió Renzo una tarde en que Pepe deslizó los dedos por un teclado abandonado en una casa de Villa Biarritz.

Pi Hugarte vivía en ese barrio, su padre había alquilado un caserón en 21 de Setiembre y Ellauri que tenía un entrepiso al que se accedía por el fondo: era el dominio de los jóvenes estudiantes del IAVA. Pepe llegaba hasta allí sobre todo algunos sábados de tarde, luego de vender flores en la clásica feria armada a la vuelta de la casona de su amigo. Los cuatro compañeros solían estudiar entre mate y mate en aquella pieza con baño propio, la que más de una vez sirvió de dormitorio para un Mujica cansado, que se soñaba a caballo y espada por arenas de versos decasílabos, cortejando a una damisela de mejillas rosadas en las arboladas márgenes del Sena, o bailando sobre pisos de mármol con los ojos perdidos en los pechos salientes de una pícara cortesana.

Pepe y sus compañeros habían participado de la campaña a favor del llamado «plebiscito del vintén»: promovían actos estudiantiles, elaboraban pancartas de protesta, repartían volantes. Y la noche del domingo 22 de julio de 1951, festejaron

en la calle: por democracia directa se derogó un decreto municipal que había subido el precio del boleto de ómnibus, de diez centésimos a doce.

—¡Tomate una más que hoy hay que festejar! —el alcohol y el ciclismo no son buena yunta, Mujica había asumido esa máxima, pero se trataba de un momento especial, y los lunes no había carreras.

—La penúltima y me voy…

Después de todo, Pepe tenía otros motivos para celebrar: el polifacético joven de los suburbios montevideanos llevaba su primer año de preparatorios en el IAVA con viento en la popa.

Unas semanas después, el mar se picó. Los estudiantes, sobre todo los militantes como Pepe, quien seguía en la ARU, ahora junto con su compañero Renzo, sintieron que el Poder Ejecutivo quería capitanearles el barco bajo intereses estrictamente políticos.

En agosto de 1951, el gobierno del batllista Andrés Martínez Trueba envió al Parlamento un proyecto de reforma constitucional cuyo gran cambio era la creación de un Poder Ejecutivo ejercido por un Consejo Nacional de Gobierno —elegido directamente por el pueblo cada cuatro años—, que se integraría con nueve miembros: seis de la mayoría y tres de la minoría.

Esta reforma para la instalación de un gobierno colegiado había sido impulsada desde 1913 y hasta su muerte, en 1929, por el presidente José Batlle y Ordóñez.

Ahora, el cambio también preveía modificaciones en la dirección de los entes de enseñanza, que pasarían a estar integrados con una fórmula de tres batllistas y dos herreristas —así estaba dada la relación de fuerzas políticas en el país—, sin que los docentes tuvieran incidencia alguna en la elección de los cinco miembros.

Mujica y Pi movían sus manos con presteza para repartir paquetes envueltos en papel de diario. Estaban en la esquina del IAVA, esperando el momento…

—¡Ahí viene el sorete! —gritó Renzo.

—¡A cagarlo a huevazos! —Mujica tenía tres colorados y dos blancos—. ¡Tomá, la puta que te parió!

—¡Tomá, hijo de puta!

Un chaparrón de gotones ovoides comenzó a caer sobre la cabeza de Hugo Fernández Artucio, el director del IAVA, un socialista devenido en batllista por quien los estudiantes guardaban respeto, en tanto el hombre había combatido en filas republicanas contra el franquismo, y porque había escrito un libro que denunciaba la presencia de nazis en Uruguay. Pero el jerarca apoyaba la reforma que afectaba a la enseñanza, y tuvo que correr para entrar al centro de estudios, pues no había advertido que los jóvenes de preparatorios estaban cargados con artillería plumífera.

Llegó a su despacho bañado en claras y yemas. Desde allí aún se oía, ensordecedor, el grito de los estudiantes en la calle: se habían ido a la huelga en defensa de los docentes, protestaban contra la arbitrariedad del gobierno y su reforma.

Una llamada telefónica puso en marcha a la guardia de coraceros: se podían ver las chispas bajo las patas de los caballos que avanzaban al galope sobre la asfaltada avenida 18 de Julio. Los policías montados giraron por Eduardo Acevedo, dejaron atrás el edificio de la Universidad de la República, para encontrarse con una masa de estudiantes dispuestos al enfrentamiento.

—¡Atalo, atalo que ahí vienen! —gritó Mujica, desde la vereda de enfrente, con las manos herrumbradas. Pi terminó su trabajo y ambos corrieron hacia la muchedumbre estudiantil.

Tres guardias llegaban en la primera línea de batalla, revoleando sus sables desde lo alto, cuando sintieron que se desplomaban.

—¡Bieeeeeeeen! —gritaron Pepe y Renzo. El alambre ferrugiento que atravesaba la calle, atado de árbol a árbol, era un éxito. Los policías dieron contra el suelo y trataban de incorporarse entre los caballos que pataleaban tumbados en el pavimento.

La segunda línea de guardias fue recibida con una descarga metálica:

—¡Dame otra caja, dame otra caja! —Renzo era rápido para tirar las bolitas niqueladas de los rulemanes.

Otros caballos fueron derribados pero algunos avanzaban. La batalla se esparció por toda la cuadra. Los estudiantes peleaban cuerpo a cuerpo, y trataban de derribar a los guardias aún montados. Algunos lograban subirse al caballo por detrás del policía, abrazaban al uniformado por la espalda y forzaban la caída al suelo: ambos rodaban por la calle para seguir peleando en el llano.

Mujica se fue sobre un policía y casi se lleva un sablazo de otro, pero dos compañeros le defendieron la espalda.

—¡Cagón, largá el sable y peleá mano a mano! —se trataba de una gran invitación a la hidalguía, pero en momentos en que Mujica perdía el forcejeo con el guardia.

—¡Milico de mierda! —un escupitajo en la cara de su rival —lapsus de un joven caballero— emparejó la lucha, que se terminó con el relincho de un caballo desbocado: el animal se paró sobre sus patas traseras y se fue encima de ambos contrincantes.

Pronto los coraceros comenzaron a tirar escopetazos al aire y tarros con gases lacrimógenos hacia el sector donde se abroquelaban los estudiantes. Algunos contenían la respiración y, protegiendo su mano con un cartón, recogían el tarro y lo devolvían a campo de los coraceros:

—¡Va pelota! —gritó Pepe.

Luego de un buen rato de enfrentamiento y cuando el gas ya se tornaba insoportable, los manifestantes se dispersaron. Las huellas de la resistencia estudiantil quedaron en las calles, las llamas de las cubiertas de autos encendidas iluminaban la esquina del IAVA.

Pepe, Renzo y unos cuantos más terminaron en un bar céntrico, algo apartado del lugar de la batalla. Se sentaron a la mesa con muy poco dinero en los bolsillos, pero entre todos pidieron cerveza y brindaron por la decidida actuación.

—¡Mozo, sírvales a los muchachos! —unos docentes que reconocieron a los estudiantes, algunos todavía con las caras tiznadas, les mandaron la vuelta, así que la charla se prolongó hasta la madrugada.

—A tu vecinito lo quieren embromar, ¿eh? —le dijo Renzo a Pepe.

—¡Que se joda! No es mal tipo, pero en política me parece un demagogo —respondió, tajante.

Batlle Berres, líder de la Lista 15 dentro del batllismo, era uno de los principales perjudicados por la reforma que impulsaba gran parte de su propio sector, puesto que el cambio constitucional para un gobierno colegiado le impedía volver a triunfar como candidato a la Presidencia en las elecciones de 1954. Al promover la reforma, Martínez Trueba no solo tomaba distancia de la principal figura del batllismo; lo dejaba en jaque. Pero el cambio constitucional necesitaba del apoyo de los herreristas…

—Batlle está caliente como un chivo —dijo Paternain.

—Sí, pero en realidad siempre fue un zorro —comentó Pepe.

—Zorro es Herrera, que ahora apoya el colegiado —apuntó Renzo.

Mujica no pudo contener la risa, pues su madre le había contado algo que a ella también le habían dicho, respecto de unas palabras lanzadas por el líder herrerista mientras cenaba en su quinta de la avenida Larrañaga con dirigentes del sector.

—En eso capaz que no estás tan errado —le contestó a su amigo.

—Vos sabés algo más… —Renzo lo miró de reojo.

—Yo soy de izquierda —Pepe estaba asumiendo una definición importante, que rompía el cordón umbilical con la histórica posición de su familia—, pero no puedo dejar de sentir simpatía por ciertas cosas del viejo Herrera y de los blancos…

—¿Qué sabés? —Pi puso ambos codos sobre la mesa y arrimó su cara a la de un Pepe risueño—. Dale, largá de una vez…

—El viejo la luchó toda la vida para llevar a los blancos al poder pero no lo logró, y ahora mi vecino, que es un tipo mucho más joven, personalista y vivo como él solo, tiene todas las de ganar para perpetuar a los batllistas en el gobierno…

—Entonces, lo quiere joder aunque tenga que apoyar al colegiado que siempre cuestionó —reflexionó Renzo—. No sé quién es más demagogo…

—¡No comparés!… —Mujica sonreía—. Parece que el viejo estaba comiendo en su casa con unos dirigentes, y para terminar con la charla sobre si se apoyaba o no al colegiado, dijo: «¡Sí! A entrar en el gallinero del vecino y comerle algunas gallinas…».

—¡Qué viejo zorro!

—Sí —admitió Pepe—, pero no sabés cómo lo disfruto.

La lucha contra la reforma en la enseñanza dio sus frutos. La huelga de estudiantes que se extendió entre setiembre y diciembre de 1951 fue crucial para el cambio de postura del gobierno: los cinco miembros de la dirección de Secundaria serían elegidos por votación de los docentes y entre estos el Poder Ejecutivo decidiría a quién se le otorgaba el cargo de director general.

Los estudiantes ganaron la huelga pero perdieron el año de estudios: quedaron con exámenes libres en todas las materias y ello implicaba estudiar todo el programa de temas del año —muchos ni habían sido tratados en clase—, a fin de enfrentar a un tribunal examinador.

Pero los docentes fueron benévolos con los estudiantes, que tanto los habían apoyado, y ante la administración declararon un programa con menos temas que en el original.

Por entonces Mujica se decía de izquierda, pero no le gustaba encasillarse como adherente a ninguno de los partidos clásicos que existían en el país. En discusiones apasionadas con otros estudiantes del IAVA, expresaba no sentirse del Partido Socialista ni del Partido Comunista, cuyos votantes a mediados del siglo XX no llegaban a cuarenta mil, entre ambos. Prefería no pertenecer a ningún partido, le gustaba la idea de un modelo socialista por oposición al mundo capitalista, pero no compartía el arquetipo de un Estado todopoderoso. Sí se sentía muy identificado con el movimiento obrero y sus luchas populares, y esto lo acercaba más a otras concepciones políticas…

Es en el IAVA donde conoce y le seducen las ideas de Kropotkin, el estudioso de la naturaleza que se convirtió en revolucionario, el que por las noches en San Petersburgo se disfrazaba de campesino y usaba un nombre falso para asistir a las reuniones clandestinas del Círculo Chaikovski —donde se leían los libros prohibidos por el Imperio Ruso— y así lograba escapar de la policía zarista, que al final lo llevó preso pero no logró evitar que se fugara de la cárcel en un carruaje y a punta de pistola; el que hablaba a los jóvenes sobre el uso del sentido natural de justicia contra las ficciones legales; el mentor del comunismo libertario, del concepto de ayuda mutua entre individuos asociados en cooperativas de producción; el que le daba un sentido especial al movimiento obrero como verdadero eje de la revolución, e iba tras la utopía de la abolición del trabajo asalariado.

Algunos de estos sueños pasaban por la cabeza de Mujica, pero se descubrió más interesado en leer que en militar, entre otras cosas porque no veía ningún partido ni grupo político capaz de defender algunas de esas iniciativas de una manera eficaz, con la capacidad de incidir en el sistema.

Pepe se encontraba en una etapa de indefinición sobre un rol político activo, aquel con el que su madre soñaba y él, de alguna manera, había prometido cumplir. En todo caso, sus ideas ya no eran las de doña Lucy…

El pasaje de la adolescencia a la juventud también le aparejó replantearse su futuro como trabajador: cultivar flores le había permitido sobrevivir e incluso tenía la expectativa de comprarse una vieja cachila para mejorar el negocio, pero no sentía que aquello le llenara el espíritu.

—¿Hacia dónde voy? —la crisis de Mujica fue similar a la de muchos adolescentes de todas las épocas.

Esta afectó también su vida estudiantil: sus compañeros Pi, Paternain y Galmés avanzaban, ya en segundo año de preparatorios, pero él abandonó. El sueño de «mi hijo el doctor» se esfumaba para doña Lucy.

Al menos su carrera deportiva no iba tan mal: se subía los soquetes blancos sobre el tobillo, hasta donde llegaban sus pantalones negros, se anudaba la camisola alba bajo el ombligo —la llevaba con el escote abierto sobre el pecho—, cargaba su bolsito al hombro y pisaba el pedal con sus mocasines negros, para salir en domingo a las seis de la mañana rumbo a la competencia.

Nene, siempre a su lado, usaba también soquetes blancos a la vista, pero le gustaban los pantalones subidos hasta la cintura, sujetos por tiradores, y la camisa abotonada hasta el cuello.

—¡Te vas a ahorcar! —Pepe subía y bajaba la mirada sobre su amigo—. Arriba y abajo…

—No te metás con mi elegancia…

Varios de los jóvenes del barrio seguían corriendo, y el «gallego de mierda» que tanto dolores de cabeza causó —ya era gran promesa del ciclismo nacional— se fue a vivir al Paso de la Arena.

Las picas y los enojos se convirtieron en chanzas y Ricardo Vázquez se hizo buen amigo de la barra de quince y a veces veinte muchachos que paraban en el tallercito de Nene o en la estación de Juan Otero —cuyos hijos, Carlos y Héctor, integraban el grupo—, ubicada en la esquina de Simón Martínez y Tomkinson.

Pepe, Nene, Ricardo, Neldo García —quien corría por Los Magos junto con Do Reis y alquilaba una de las piezas en el fondo de la casa de Mujica—, los Otero, el barraquero Roberto Santos, Omar Alonso, Alfonso Porcal, el Mezquita y el japonés Mamorou Haruta, alias el Harta, florista también, eran solo algunos del gran grupo de amigos reunidos.

La Esso de Otero quedaba a unos pasos de la casa de Potoca, a la que el joven Mujica, también desencantado del piano —decía que le gustaba más la guitarra— había dejado de visitar…

Los muchachos se juntaban a conversar en medio del ruido de autos, camiones y

tractores que llegaban desde las quintas, sobre todo de Rincón del Cerro, a surtirse de combustible o cambiar cubiertas.

—¡Pah, si yo tuviera uno de esos! —Pepe miraba un tractor mediano, ágil y eficiente, según le escuchaba decir al hombre que lo conducía, mientras terminaban de ajustarle los flamantes neumáticos.

—¡Bah! —suspiró Mujica—. Primero tendría que tener un pedazo de tierra cruda…

Pepe se oyó repetir las palabras de su abuelo Antonio y se estremeció. El viejo había muerto.

La familia lo lloraba en la Colonia Estrella y él en el Paso de la Arena.

—¡Ahí se van todas mis esperanzas! —había dicho el tío Angelito mientras veía cómo sacaban el cajón de su padre de la «casa vieja».

Los temores del gringo criollo se habían vuelto una dura realidad, los pequeños productores ya no eran dueños de las tierras que cultivaban, y Angelito vio morir la bodega cooperativa: peleó por regularizar la situación administrativa de la empresa, pero la mayoría de los socios —casi todos hijos o nietos de los fundadores— se negaron a pagar los impuestos, sin comprender la gravedad del problema ante el endurecimiento del sistema de reglas fiscales.

—¿Qué voy a hacer de mi vida? —se preguntó Angelito ante su esposa Dora, que buscaba consolarlo.

La misma pregunta lo sorprendía ahora a Pepe, en la estación de Otero, abstraído de la conversación de sus amigos, a los que veía como en imágenes de una película.

El descarrilamiento del tranvía de La Barra —un espectáculo no tan esporádico— frente a la Esso volvió en sí a Mujica. Se arrimó con sus amigos hasta el lugar del accidente, que no deparaba heridos ni cosas peores, quizá algún golpe a los que no iban bien sujetos.

El *motorman* se bajó lanzando un largo repertorio de puteadas contra el estado de las vías, el tranvía de la Línea E que conducía, la hora que se le iba, sus jefes de la compañía La Transatlántica, el intendente, el gobierno… Se sacaba la gorra de visera para secarse la transpiración de la frente, y seguía con sus quejas teatrales para divertimento del público que se congregó a su alrededor, mientras esperaban la llegaba por la vía del carrito de los obreros encargados de encarrilar el vehículo con destino a la barra de Santa Lucía.

Pepe reía junto con sus amigos cuando vio que una joven pasajera descarrilada lo miraba con un gesto que no dejaba lugar a dudas…

—¡Pepe, cabeceale que es gol! —lo apuró Nene con ocurrencias propias de un país campeón del mundo, que había osado enmudecer al gigante Brasil en su estadio de Maracaná.

—¡Es muy chica!… —remoloneó Pepe, agrandado como brasilero antes de la final, mientras presumía ante la joven de unos trece años peinándose con los dedos el pelo castaño, algo rebelde y ondeado que le caía a la izquierda de la frente.

—¡Pero andá!… —Nene le dio un juguetón toque en la nuca—. Ahora te gustan las viejas…

No tan viejas, pero a Pepe le interesaba una mujer madura.

El ciclista Mujica mantenía su régimen de entrenamiento, trataba de dormir bien por las noches, su cuerpo lucía estilizado con la ajustada indumentaria de competencia —tanto la malla superior como la calza negra que dejaba al descubierto la mayor parte de los cuádriceps— y había ganado una buena musculatura en las piernas que pedaleaban, lisas y brillantes, al sol de las rutas.

Esto era motivo de las clásicas bromas viriles por parte de sus compañeros de estudios:

—¡Así que te afeitás las piernas! —Renzo se anotó entre los bromistas—. ¡Mmmmm!

—Preguntale a tu hermana… —contestó Pepe con rapidez.

El corredor del Paso de la Arena cumplió el sueño de llegar a primera categoría. Y el día del debut vio a su lado, entre los competidores, a uno de sus ídolos, el vicecampeón mundial Atilio François.

Pero el viento en su blusa azul le duró tres o cuatro carreras, hasta un mal día en una doble San Jacinto:

—¡La rodilla, la rodilla! —Pepe había caído en medio de la ruta pedregosa, rodó sobre su cuerpo y se revolcaba a un lado de la carretera cuando llegó la moto de asistencia. Nada que hacer: por más hielo que le puso, su pierna parecía de elefante.

Mujica se la pasó postrado en una cama, cuando pudo, pues sin flores la economía se resentía. Y la hinchazón, sin los cuidados adecuados, tardaba más en ceder. El desánimo corría veloz…

—¡A la mierda con el ciclismo! —se resignó un día, y aunque cada tanto las ganas de correr le resurgían, ya no parecía alcanzarle el tiempo para todo.

Levantó la tapa del piano abandonado, acarició con timidez las primeras teclas y decidió sentarse. Meditó un instante, y desde alguna parte de su ser emocional nació una melodía límpida que sus manos con olor a tierra ejecutaron sin escatimar pasión, y menos ternura. Con la última nota, el silencio. Al levantar la mirada hacia su derecha le esperaba una sonrisa viva e incrédula, y un beso de boca encendida que le erizó la ropa: se había enamorado.

Ella era joven pero ya había entrado al cementerio como viuda. Los sarcófagos que circulan presurosos por las calles no preguntan las edades de los dolientes, chocan entre sí y se llevan por delante a quienes no puedan evitarlo, luego les cierran la tapa en la cara. Al padre de sus tres hijos le había pasado, y ahora los niños jugaban huérfanos —como Pepe supo jugar— entre charcos y flores de arroyo. La

viuda joven vivía en el fondo de la casa del pianista.

Él acudía al arte de la tierra para salir al encuentro de la dama que colgaba sábanas blancas y mojadas. Ella lo escudriñaba entre soleras invernales, desde el rincón de la cuerda que había elegido para el precario disimulo de telas más íntimas y desdichadas. Le sonrió una vez, en un instante crucial de miradas encantadas, y él se acercó en busca de sabores y aromas desconocidos.

5

Los maestros y la poesía de la guerra

La influencia del profesor Roberto Ibáñez, un docente de Literatura que daba clases magistrales en el IAVA y en la Facultad de Humanidades y Ciencias, guio hacia ese centro de formación terciaria a los jóvenes Pi, Paternain, Galmés, y con ellos también a Mujica, aunque este no podía cursar los estudios universitarios en forma curricular porque no había salvado las materias previas de preparatorios.

De todas maneras, Humanidades era una invención del filósofo y pedagogo Carlos Vaz Ferreira, basado en un modelo de libre educación que se desarrollaba en el Collège de France. Un alumno podía ir a estudiar con la idea de obtener un título de licenciado tras cuatro años de carrera o asistir a clase como oyente a fin de formarse en las materias que le interesaran: se cultivaba el saber por el saber, no se pasaba lista ni había que inscribirse.

Pepe decidió presenciar las clases de composición literaria y estilística que impartía el escritor Francisco *Paco* Espínola —que en Cervantes y sobre todo en Homero enfatizaba sus enseñanzas—, al que le gustaba aplicar su impronta paisana en el análisis de obras como *La Ilíada*, y así podía trasladar experiencias contemporáneas y personales a la guerra de Troya, por lo que le llovían críticas y envidias docentes.

Y si se apasionaba con el estilo de Espínola, a Pepe le resultaban fascinantes los revolucionarios cursos de José Bergamín, quien proponía un revisionismo crítico de la literatura española, primero de los españoles del Siglo de Oro —Góngora, Lope de Vega, Quevedo— y luego, de olvidados románticos como Bécquer, Espronceda y Ferrán, que en aquel Uruguay intelectual afrancesado eran algo despreciados. Bergamín era un docente madrileño, escritor destacado de la generación del 27, ingenioso y carismático, que llegó a Uruguay —luego de pasar por México y Venezuela— tras escapar de la persecución franquista, una vez que la Guerra Civil Española terminara con la derrota de las fuerzas republicanas. Vaz Ferreira invitó a Bergamín a transmitir sus conocimientos a los jóvenes uruguayos, y este aceptó con la condición de que sus clases fueran libres, sin certificados ni calificaciones.

La Facultad de Humanidades se ubicaba en la Rambla y Lindolfo Cuestas, en un enorme y coqueto edificio de cuatro pisos que había sido diseñado como Hotel de Baños, pensando en el turismo argentino, pero que terminó en centro de estudios.

El ómnibus lo dejaba en la puerta. Pepe ingresaba a Humanidades y se encontraba con estudiantes de industrias navales, quienes en la planta baja habían armado un lanchón más grande que la puerta de la Facultad, algo complicado si la idea era que llegara al mar.

Subía hasta el tercer piso, donde se impartían las clases de letras, filosofía e historia, y casi nunca llegaba al cuarto, lugar reservado para el Instituto de Meteorología, aunque le interesaba saber sobre el funcionamiento de los anemómetros y su capacidad para medir la velocidad o la fuerza del viento. Pero su lugar preferido era el segundo piso: allí se encontraba la gran biblioteca universitaria, una sala con amplios anaqueles de barniz oscuro repletos de libros, presidida por un elegante reloj con borde de madera tallado en forma de collar de hojas. Se pasaba las tardes soleadas o lluviosas leyendo de todo un poco —literatura, filosofía, ciencias, historia— y lo atrapaba la noche sentado a la mesa con Quevedo, Góngora, Cervantes, Homero, Marx o Toynbee.

Se iba caminando por 18 de Julio, junto con Pi, Paternain y Galmés, hasta llegar al bar Sportman, frente a la Universidad de la República. Allí solía estar Paco Espínola, y si lo veían, entraban para sentarse a su mesa.

Al escritor cincuentón le gustaba mucho compartir sus vivencias con los estudiantes y era un fantástico narrador oral. Se aflojaba un poco la corbata, acomodaba su largo cuerpo en la silla dura, cruzando las piernas, chupaba su boquilla con el cigarro ensartado y lanzaba un chorro de humo al techo. Luego repasaba al auditorio de un lado a otro, por encima de sus lentes de armazón negro que se deslizaba sobre el tobogán convexo que tenía por nariz.

Cuando todos hacían silencio, de su boca de galera sacaba un cuento que quizá en otro momento tomaría forma escrita o quedaría flotando en el aire intelectual de aquel bar universitario.

—*Como aquella luna había puesto todo igual, igual que de día, ya desde el medio Paso, con el agua al estribo, lo vio Rodríguez hecho estatua entre los sauces de la barranca opuesta…*

Paco hablaba de corrido, con voz rocosa y acento campero de ese aspirada.

Cuando Rodríguez, esquivo a las fantasmales destrezas y ofrecimientos tentadores del seductor oscuro que se le había aparecido, siguió su camino montando en zaino por entre los sauces y bajo la claridad de la luna, Mujica y sus compañeros aplaudieron con prolongado estruendo.

—Muchas gracias, muchas gracias.

—¿Quién es Rodríguez? —preguntó Paternain.

—En esta tierra todos somos un poco Rodríguez —contestó el narrador—. Acá nadie se asombra de nada ni de nadie, nos tomamos las cosas con naturalidad y podemos conversar mano a mano con quien sea, rey, papa, diablo, si es necesario, porque no los vemos más que de carne y hueso. Eso sucedió siempre, por eso la gran locura de nuestra revolución por la independencia se hizo en forma muy natural…

—¿Y la que hicieron contra Terra, profesor? —a Mujica le gustaba escuchar más que tomar la palabra, pero le salió preguntar a quien quizá como ninguno podía relatar el episodio rebelde.

—Paso Morlán… —los ojos miopes de Paco quedaron detenidos tras los gruesos

cristales—. Nunca viví nada igual…

El escritor se vio corriendo entre los árboles del monte a orillas del arroyo Colla, cerca de la ciudad de Rosario, el 28 de enero de 1935, con treinta y cuatro años de edad y un rifle colgado al hombro.

—Usted fue al frente, fue un revolucionario, profesor —apuntó Renzo.

—Bueno, acá en esta silla no hay ningún héroe —Paco se llenó los pulmones de humo, sacó la boquilla de entre los labios y la dejó descansar en el cenicero, exhaló en dos tiempos y suspendió sus manos en el aire como si estuviera por disparar un fusil—: yo estaba en el campo de batalla, listo para descargar el rifle contra el enemigo, pero cuando todo era estampidos, gritos y sonido de metralla sobre nuestras cabezas, a mí se me trancó el gatillo y no pude tirar ni una bala. Quedé cuerpo a tierra, como un inútil, y logré refugiarme en el monte, mientras los valientes compañeros hacían retroceder a los milicos de la primera línea y a sus camiones con metralletas…

—Vida y honor en juego, ¡qué adrenalina! —comentó Galmés.

—Yo estaba aterrado, pero más que nada temía por la vida de mi amigo: en un momento me desespero y salgo corriendo al campo donde estaban tirados los muertos y los veo… Allí no estaba Juan Carlos. Y de repente, corriendo, yo lo veo venir muy tranquilo, porque ya el enemigo se había retirado… Y estaba en paz. Fueron él y otro hombre maravilloso que se llamaba Antonio los últimos que tiraron los disparos finales al enemigo que se batía en retirada…

—Ganaron la batalla…

—Sí, pero no la revolución —afirmó el escritor—. Pasamos días en las zozobras de caer prisioneros porque no teníamos armas, porque no teníamos municiones, porque estábamos cercados…

Pepe imaginó el escenario de tensión, de desesperación, y cerró los ojos al advertir el desenlace.

—Y caemos prisioneros —confirmó Paco—: nos llevan unos camiones rodeados de soldados a Rosario, y es claro, el único lugar en donde nos podían tener es en la Comisaría, que era un edificio muy viejo con una caballeriza antigua que seguramente oficiaba de calabozo. Y al llegar nosotros, todo el pueblo amontonado en la calle miraba a aquellos hombres extraños que bajaban de una revolución…

—¿El pueblo los destrató? —preguntó Mujica, algo sorprendido.

—No, yo me bajo junto con los otros y en el momento en que piso la vereda, una voz… Lo miré; lo veo todavía al hombre que dice: «el autor de *Sombras sobre la tierra*». Entonces, se saca el sombrero y me dice: «¡Salud!».

Espínola logró que Pepe y sus compañeros rieran un poco, pero la tensión continuó:

—Entramos a un calabozo donde nos ahogábamos materialmente y teníamos que, por turno, aplicar la boca al agujero de la llave para respirar. De pronto se abren aquellos tamaños cerrojos y un soldado con una cara espantosa dice: «Señor

Espínola». Presente, digo yo. Y pienso que van a empezar por mí, a matarnos…

—¡Pah! —se escucharon algunos lamentos en el auditorio silencioso.

—Me hacen pasar a una pieza donde había un hombre parado en la puerta. Era el que se había sacado el sombrero porque yo era el autor de *Sombras sobre la tierra*. Se me presenta y me dice: «Yo soy fulano de tal, tengo vara alta acá porque soy el corresponsal del diario de la dictadura» —las sonrisas volvieron a los espectadores del bar—. ¡Ah!, muchas gracias, digo yo. Y me dice: «Yo soy admirador suyo, ya hablé con mi mujer, ya están haciéndole comida y el comisario dijo que usted comiera aquí». No hombre, no puedo comer. Todos nosotros hacía como cuatro días que no comíamos. No puede ser esto, pensaba. Le agradecí al hombre, y le dije «no puedo».

—Era lo correcto —murmuró Pepe.

—Pasan los días y *Sombras sobre la tierra* sigue atrayendo cariño, cariño, cariño. Pero nosotros, encerrados. Y una noche, como a las doce o una de la mañana, nos sacan en unos camiones, sin saber a dónde íbamos…

—Al paredón —auguró Renzo.

—¡Seguro! —Paco mantenía la expectativa—. Cuando salimos de ahí pensamos: estos nos van a hacer hasta cavar la fosa. Creímos que nos llevaban al campo para fusilarnos…

—¿Y entonces? —se apresuró Galmés.

—Al pasar demasiado tiempo de viaje, nos imaginamos que no iban a hacer, tan lejos del pueblo, un nuevo cementerio. Aclaró y al amanecer llegamos a Colonia. Nos metieron adentro del cuartel, a un local donde no había más que unos bancos, y se quedaron unos cuantos soldados de bayoneta. Un momento después aparecen tres oficiales, y uno de ellos, el más vejete, dice: «Señores, nosotros somos los que hemos tenido el honor de combatir con ustedes». Entonces dijimos que el honor era para nosotros, porque no sabíamos qué decir.

—Lógico… —consideró Renzo.

—¡Pero ese es nuestro país! —reflexionó Paco—. Ellos nos informan que nos van a mandar a sus asistentes con calderas y mates, y uno de los oficiales más jóvenes me mira y me dice: «Pero usted es Espínola, ¿cómo está acá?; pero usted es el autor, yo tengo acá en el cuartel *Sombras sobre la tierra*, le voy a pedir que me lo dedique».

—¡Qué lo parió! —sonrió Mujica.

—Pero cómo no, le dije —Paco asentía con la cabeza—. Me lo tomé en broma y los miré a los otros con un orgullo que los jefes nuestros y todos parecían que eran no mis soldados sino mis asistentes, lo que les hacía mucha gracia. Desaparece, me trae el libro un asistente, se lo dedico con mucho cariño. Tenía ganas de decirle lo que no le podía decir: que yo le estuve apuntando y le erraba; si hubiera sido por mí, mi admirador no me admiraba nunca más.

—¡Pero ese es nuestro país!… —apuntó Pepe, mezclando ironía y aceptación.

—Así es… —ratificó Paco—. Un rato después se para un soldado, un sargento, y

dice: «Señor Espínola». Presente, digo yo. Esta vez no pensé que me fueran a fusilar, pero me hicieron marchar a la Mayoría. Los compañeros se quedaron asombrados, y yo realmente tenía un poco de temor porque, digo: y si me martirizan para que confiese lo que yo no sabía… Yo no sabía nada de la revolución, solo sabía que había que ir, yo fui por eso, pero otra cosa no sabía. Si me martirizan, sigo pensando. Es inútil que me martiricen porque yo, aunque quiera, no puedo descubrir nada, de manera que todo sería una masacre.

—¿Y qué pasó? —preguntó Paternain—. ¿Lo torturaron…?

—Paso a un despacho —continuó Paco—, se levanta un hombre de unos sesenta años, y muy silenciosamente dulce me dice: «Usted es Espínola, ¿cómo le va?». Muy bien, señor coronel, dije yo. Tenía ganas de decirle general, de amable, para congraciarme. Entonces me dice: «¡Pero qué bien pelearon ustedes!».

—Ya sé… —musitó Pepe, presintiendo la frase que se venía.

—¡Ese es nuestro país! —Paco y Pepe lo dijeron al unísono—. Le habíamos matado cinco y habían quedado diecisiete heridos, algunos de los cuales estaban en el cuartel porque no los habían llevado al hospital. Nosotros perdimos tres valientes, teníamos varios heridos y estábamos todos presos…

—Pero valió la pena… —asentó Mujica.

—No me arrepiento —dijo Paco, mientras su dedo mayor golpeaba contra la boquilla continuada de ceniza en el borde chato del recipiente de vidrio—. La revolución era necesaria, pero ya ven que acá no hay ningún héroe…

—Usted estuvo ahí —valoró Renzo.

—Donde había que estar —anotó Pepe.

—Ustedes, mis queridos jóvenes, seguro que harían lo mismo…

Los estudiantes asintieron, pero no veían una revolución en su horizonte.

Una tarde en la gran biblioteca, ya por su cuarta hora de estudio, Pepe dio con un poema de Góngora que le llamó la atención por su título: «De la brevedad engañosa de la vida». Apoyado por libros enciclopédicos para tratar de entender con profundidad la obra y circunstancias del poeta barroco, trasladó Mujica aquellos versos de 1623 a su realidad contemporánea.

Cuánta verdad, razón desnuda —reflexionó Mujica—, hay en ese sol repetido, en esas horas que no perdonan y van limando los días y estos los años:

—¡Qué efímera es la vida! —susurró sobre el papel amarillento. Y el personaje del poema, a quien se dirigen las advertencias de los versos, un tal Licio —que Mujica al principio imaginó con la cara rígida de Góngora—, mutó rostro y nombre: «peligro corres, Angelito, si porfías en seguir sombras y abrazar engaños…». Pero ya era tarde para prevenciones: su tío materno, al que tanto quería y admiraba, había muerto a los 44 años.

Con el abrupto fin de una vida que imaginó duradera, Angelito dejaba en Colonia

Estrella viuda e hija de igual nombre, Dora, y una estela de sueños por cumplir…

El reloj que presidía la sala estaba por dar las cinco en punto de la tarde, hora de una clase magistral con acento español: Pepe cerró el libro, pero conservó el recuerdo, y subió al salón.

Si la formación de Mujica mejoraba a diario por lo que sucedía en el aula y en la biblioteca, tal intelectualidad se enriquecía en las rondas de café junto a Paco y, de manera vital, en las cautivantes tertulias con Bergamín, a quien Pepe, Renzo, Paternain y Galmés llamaban Maestro.

Lo descubrieron una tarde, con su cuerpo extremadamente flaco y encorvado sobre una mesa del bar Roldós, en el Mercado del Puerto. Se acercaron con timidez, y el poeta, con su mirada energética, los imantó: al estampido siguió el chorro espumante que coloreó el cristal de las copas con ese vino blanco, dulce y burbujeante al que todos conocían por «medio y medio».

—Este lugar es el más castizo de Montevideo, me recuerda a un amado rincón de la Madrid de mis letanías —dijo el de zetas delatoras, nacido en la capital de España en 1895.

El escritor republicano era católico. Compartía la mesa con Pi, un ateo nacido en familia batllista y anticlerical; Paternain, católico practicante; Galmés, cristiano protestante, y Mujica, del que no se sabía ni una cosa ni la otra.

—Hace algún tiempo leí una carta suya en *Marcha*, Maestro —le dijo Mujica en medio de la charla fresca que mezclaba literatura con filosofía política—. La respuesta al Centro Republicano Español…

—¡Oye!, que tú no serás espía de esos fariseos, ¿verdad? —respondió Bergamín, llevando su mano pulgar contra índice, de la frente al pecho y de izquierda a derecha.

—Bueno, si lo fuera jamás se lo diría, usted ya sabe que una máscara que se desnuda, se suicida —bromeó Pepe con una máxima de su Maestro.

—Suicidarse es un acto de impaciencia casi siempre; casi nunca de desesperación —reflexionó Bergamín exponiendo su aforismo—. Tú eres joven, pero no te encuentro impaciente, ni desesperado.

Pepe se sintió halagado.

El escritor saboreó el vino en breve silencio y luego reflexionó sobre el altercado entre la Comisión española para la defensa de la paz —organización que él presidía— y el Centro Republicano Español:

—Me acusaron de dirigir el «sector totalitario-comunista de nuestra colonia» en Uruguay. ¡Ja, ja! Son unos cuantos viejos comparables al perro del hortelano, guardianes del miedo, de su propio miedo: no corroen al tirano que amordazó la libertad de España, ni dejan que otros muerdan y lastimen al enemigo en la pelea viva a favor de la República…

—Los comunistas siguen resistiendo —apuntó Renzo.

—No solo… —Bergamín balanceaba la copa en la mano—. Pero la pelea de los comunistas es generosa con la causa republicana.

—Usted es católico, Maestro. ¿También es comunista? —Paternain abrió bien los párpados al pedir respuestas—. ¿Se puede ser una y otra cosa a la vez?

—Ni soy comunista, ni me ofende que me supongan serlo…

Bergamín hizo una pausa y miró a sus estudiantes con los ojos brillantes, pequeños e inquisidores. Interpelaba la capacidad de mente abierta esperable de la juventud, no sin advertir cierta confusión natural que trató de aclarar a sus alumnos. Mujica ya había leído la explicación en el semanario de izquierda independiente que el diarero llevaba todos los viernes a su casa, pero le parecía un privilegio escucharla de la propia boca rebelde de su Maestro.

—Si por mi solitaria independencia moral de español, de escritor, libre de todo compromiso político de partido, como por mis creencias religiosas, estoy muy lejos del marxismo, teórico o practicante, no lo estoy, como español, de quienes pelean por mi patria con ejemplar generosidad y heroísmo, dentro y fuera de España, como vienen peleando los comunistas españoles…

—Parece una confrontación ideológica menor —analizó Mujica—, ante el propósito mayor de liberar a España y restituir la República…

—Es que yo supongo que estos luchadores comunistas no tienen que anteponer a su patriotismo ningún ideal social, político o económico que lo contradiga; como yo no antepongo mis creencias de cristiano católico a mi dolorosa pasión española, a la que he sacrificado mi vida entera…

—¡Salud, por eso! —dijo Renzo y levantó la copa.

—¡Salud!

—Los republicanos han quemado iglesias —Galmés cortó el aire—. ¿Cómo se explica eso, Maestro?

—¡Ser cristiano es ser revolucionario, en defensa de los pobres, de los oprimidos! —Bergamín hablaba con excitación—. Demasiada sangre había en las manos de los altos jerarcas eclesiásticos españoles y en las de sus adecuados cómplices encubridores vaticanistas. ¿Cómo juzgar a quienes se enfrentan a un clero que apoya el despotismo y el asesinato del pueblo?

—Apoyar los crímenes es violar el quinto mandamiento —se escuchó. Un señor de mal genio y buen traje marrón se paraba y salía con un libro de tapas negras bajo el brazo. Afuera, sonaban lejanas las campanas de la Catedral.

Bergamín escuchó, y con voz teatral expresó:

—*La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad; por consiguiente nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas: doblan por ti.*

—Hemingway —apuntó Mujica.

—John Donne, un poco antes, en 1624 —respondió el Maestro—. No me fío de los anglicanos y metafísicos, prefiero a los poetas del Siglo de Oro español, pero

nunca está de más un poco de variedad cultural…

—Pero los revolucionarios también ejecutaron seres humanos —reprochó Galmés, volviendo al punto de discusión—. Aunque es verdad que acá en Uruguay pasó lo mismo, de un lado y del otro, hace algunos años…

—Fusilamientos, «las degollatinas», pasó de todo… —Pepe miraba a su Maestro.

—Tal vez sea imposible una revolución sin crímenes —dijo entonces Bergamín —. Pero la revolución no es un crimen.

A Mujica le encantaba este ser que le rezaba a la cruz, defendía el socialismo como un marxista utópico, pregonaba esenciales valores democráticos, y que siendo un personalista a la vez se congraciaba con el sentir popular en su lucha contra la dictadura franquista, pues en él veía a un gran libertario…

—Usted, Maestro, es un católico especial —le dijo al caballero de temperamento caliente, seco de carnes y enjuto de rostro, y por sobre todas las cosas, ingenioso—, un católico muy especial.

—Sí, de esos que nuestra Santa Inquisición hubiera condenado, en otro tiempo, y varias veces, a las llamas purificadoras de la hoguera.

—¿Qué deja para un ateo como yo, Maestro? —bromeó Renzo.

—Pues a ti te hubieran encerrado en la «doncella de hierro» para que sus puntas afiladas te agujerearan el cuerpo, y te sacarían como un colador sangrante. Y aun así, te atarían al potro del tormento hasta desgarrarte brazos y piernas, para luego cargarte en el asno y llevarte a los azotes hasta la horca…

—¡Uhhh! —Renzo se agarró el cuello—. De solo pensarlo, me duele…

—¡Qué horror! —exclamó Paternain.

—Por suerte, ese tipo de cosas, en Uruguay… —Mujica no terminó la frase.

Bergamín lo miró fijo y Pepe sintió la energía sabia del Maestro.

—Disfruta de tu juventud, hijo, que el hombre envejece, como el diablo, a fuerza de saber, que es comprender lo pasajero. Y no olvides que la ignorancia se aprende, y la inocencia se olvida. La inocencia es propia del niño, del santo y del poeta…

Bergamín disfrutaba del entorno de la Ciudad Vieja, a veces entre cócteles y cafés de la confitería La Catedral, ubicada sobre la calle Sarandí, por cuyas ventanas se veía la pared lateral de la principal iglesia montevideana. Solía rememorar hechos de la Guerra Civil Española; el tema era recurrente en las tertulias de ideas amanecidas al anochecer. Y Pepe se veía entre las milicias republicanas de tan vívido relato a cargo de su Maestro.

—El ataque a Madrid era cuestión de tiempo. Los falangistas llegaban del norte y del sur. Las fuerzas republicanas se armaban con lo que había a mano, pero sobraban manos para tan poco fusil…

—¿Usted estaba armado, Maestro? —preguntó Pepe.

—Yo tenía el revólver a la cintura, mi querido tocayo, pero más balas en el

pensamiento…

—Usted ya ha dicho que el que piensa, hace —recordó Mujica.

—¡Exactamente! —Bergamín cerró su puño, y luego disparó—: Existir es pensar y pensar es comprometerse. A veces no comprometerse es lo que más suele comprometer.

—Sin compromiso no hay cambios —reflexionó Pepe.

—Pues claro que no, pero lo fundamental es el conocimiento. Marx dice que conocer es transformar, que el conocimiento es esencialmente transformación. Bueno, para transformar el mundo hay que pensarlo. Pensar es actuar. No hay acción humana que no sea obra del pensamiento. Por eso todo pensador es revolucionario: porque piensa. El intelectual, en todo caso, es, verdaderamente, el hombre de acción.

Esa enseñanza bergaminiana se colgó a la cintura de Mujica y liberó ideas locas de la cabeza del joven soñador de libertades…

Bergamín hizo silencio, absorto:

—Pero ya van quince años de dictadura, y yo estoy mucho más allá del medio en el camino de mi vida…

—¿Le hace bien recordar todas estas cosas, Maestro? —preguntó Renzo, sensible a las emociones del exiliado español.

—Unamuno, mi maestro amigo, solía decirme que las esperanzas nacen del recuerdo —contestó Bergamín—. Y es aquí, entre la juventud, donde me gusta recordar para renacer… pero para que lo sepáis vosotros, queridos jóvenes, que no hay que hacer nunca nada como antes sino todo como después.

Pepe, sin saberlo quizá, se llenaba los bolsillos abiertos de su limpio traje de fajina con esas palabras en ebullición.

El Maestro pidió otro cóctel de naturaleza muerta.

—Ayer, en el taller de Torres García reflexionábamos sobre la importancia del arte en la generación de conciencia —dijo—. Los tiranos lo saben bien…

—*¡Guernica!* —anotó Pepe.

—Un gran ejemplo de la colérica pasión de Picasso respecto de la Guerra Civil Española. Lo pintó para la Exposición Internacional de París de 1937. Todos estábamos allí, íbamos y volvíamos a la guerra en tierra española, esa muestra también era parte de nuestra resistencia…

—¿Cuánto hacía del bombardeo de Guernica? —preguntó Paternain.

—Pues, nada… El ataque había sido el 26 de abril y Pablo pintó el óleo entre mayo y junio de ese año para que presidiera el pabellón español de la exposición en París. Fue nuestro gran emblema, allí estaba nuestra denuncia de la masacre…

—Pero la muestra era internacional, me imagino que también estaban los alemanes —razonó Pepe.

—Estaban, hombre, y de qué manera: mientras nosotros denunciábamos la muerte atroz, la Alemania nazi pavoneaba en lo más alto de su pabellón, donde las nubes se arrastran por los cielos, su águila rapiñera, su pájaro carnicero, cruel e inhumano,

como los alemanes de la Legión Cóndor y los italianos de la Aviación Legionaria al servicio del miserable Franco, que devastaron Guernica con sus bombas infames.

—La ausencia de color en el *Guernica* es todo un símbolo —aportó Galmés.

—Eso fue una gran discusión: Picasso, en su furia, quería darle color, pero nosotros le decíamos que no, que así estaba muy bien, y él insistía. Entonces, le dijimos que antes de meter el pincel, hiciese una prueba superponiendo papeles de colores. Todos nos pusimos a recortar papeles de colores y a colocarlos sobre las figuras dibujadas, y aquello era una mascarada indecente…

—Y al final cambió de idea…

—Pablo se dio cuenta, y fue quitando los papeles de colores. Los quitó todos menos una lágrima roja: «Esta lágrima la vamos a conservar», me dijo, «y todos los viernes tú te encargarás de poner la lágrima donde te parezca mejor».

—¡Qué historia! —suspiró Pepe.

—Hay otras, también relacionadas con el arte: a fines del 36, Madrid ya estaba cercada por los falangistas y todo era muy caótico: zumbido de aviones, metralla, gritos desgarradores, sangre, muerte; el fuego arrasaba casas, edificios, palacios. Y formamos una comisión para proteger el patrimonio cultural, fíjate tú, en medio del combate, del dolor y de la angustia, sentimos la necesidad de proteger a Velázquez, Goya, Tiziano, el Bosco y a tantos otros…

—¿Quemaban las obras?

—Todo podía arder; las bombas no respetan la vida, menos el arte… Recuerdo que con Rafael Alberti y María Teresa León evacuamos el *San Mauricio* del Greco, una pintura enorme, como de cuatro metros y medio de altura por tres de base, que estaba en el Monasterio del Escorial, en la sierra de Guadarrama. Le tuvimos que sacar la moldura y enrollarlo en un tubo inmenso, como si fuera un anteojo de larga vista gigante, y lo subimos a un camión. En nuestras manos había quedado una obra de más de 350 años, teníamos que recorrer como cincuenta kilómetros y a la mitad del camino los aviones comenzaron a bombardearnos: los pinares ardían al costado de la carretera, aquello era tremendo…

—¡Por favor, qué desesperante! —Pepe, con las manos hacia abajo, se había aferrado a una de las patas de la mesa, como si aquella fuera la mismísima pintura del Greco enrollada, bajo ataque aéreo.

—Pudimos escapar de las bombas —continuó Bergamín—, logramos llegar con el *San Mauricio* al Banco de España y quisimos bajarlo al sótano, que era muy profundo, pero no entraba en el ascensor. Así que tuvimos que volver a la calle con el lienzo y llevarlo un kilómetro más hasta el Museo del Prado, donde terminamos por esconderlo en el sótano.

—¡Una odisea! —Pepe se relajó un poco.

—Las pinturas sobrevivieron a los enfrentamientos de artillería de Madrid y luego se enviaron en misión especial a Valencia, último bastión del gobierno y de la intelectualidad republicana.

—En el 36 usted editaba la revista *Cruz y Raya* —comentó Paternain.

—Sí, claro, en julio, al inicio de la guerra, estábamos publicando las obras completas de García Lorca, pero ya no pudimos seguir… —Bergamín apretó la copa casi vacía—. En agosto asesinaron a Federico en Granada. No sabéis cuánto lamento no haber estado el día que fue a entregarme el manuscrito de *Poeta en Nueva York*. Me lo dejó junto con una notita… Cómo me hubiera gustado haberle dado un abrazo, un apretado y último abrazo terrenal, más fuerte, mucho más fuerte que aquel que nos dimos en el viaje a Sevilla, cuando Góngora nos convocó desde quién sabe qué poema interestelar para convertirnos en compañeros de la Generación de la República, de esa a la que me gusta también llamar Constelación del 27…

—Ese crimen es todo un icono de la guerra —apuntó Renzo—; García Lorca era un símbolo de la política antifascista, ¿no?

—Yo en ese momento presidía la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, y Federico era un claro intelectual antifascista. Él siempre acompañaba las protestas, con firma y presencia, pero no se puede decir que fuera un personaje esencialmente político —aseguró Bergamín—. García Lorca fue y es un gran poeta. No era ni iba camino de ser falangista, como los monstruos derechistas pretendieron desparramar para ocultar el crimen. Federico fue un republicano antifascista, con todas las letras…

—Por eso lo mataron… —comentó Galmés.

—Él era muy odiado por los señoritos de Granada por ser homosexual.

—¿Lo mataron por homosexual? —preguntó Pepe.

—Lo asesinaron por el odio, por el odio del señoritismo embanderado con la falange.

—Perdón, Maestro, ¿pero cómo es posible que fuera homosexual? —Renzo y Pepe ya habían discutido el tema en la biblioteca de Humanidades mientras leían algunas obras de García Lorca—. Con los poemas de amor que escribía…

—*Yo me quité la corbata* —comenzó a recitar Bergamín, recordando un verso de su compañero Federico—. *Ella se quitó el vestido*.

—*Yo el cinturón con revólver* —acompañó Pepe.

—*Ella sus cuatro corpiños*.

Y la parte que más gustaba a todos se fue a cinco voces:

—*Aquella noche corrí el mejor de mis caminos, montado en potra de nácar sin bridas y sin estribos*.

—¡Bravo! ¡Bravo! —se escuchó entre aplausos desde las otras mesas del café.

—¡Ah!, «La casada infiel…» —suspiró Bergamín.

—¡Qué poema hermoso! —Pepe lo sentía en la piel.

—La verdad que la idea de Lorca homosexual no me entra en la cabeza —sostuvo Renzo.

—¡Ten cuidado con eso, Renzo! —alertó el Maestro—. Al que se le mete una idea en la cabeza se vuelve loco. Las ideas no deben meterse en la cabeza, sino salir

de ella. Salir corriendo, fugitivas. La cabeza no es una madriguera.

—Bueno, que de vez en cuando tengamos alguna idea no está tan mal —bromeó Mujica mirando a su compañero.

—¡Pero, acaso sois sordos! —repuso Bergamín, con falsa solemnidad—. No digáis nunca que han tenido una idea, pues empezarán a volverse locos.

—Ya estamos quedando medio tocando un vals —Pepe giraba su dedo índice en la sien.

—Pues, mejor escuchad bien lo que os digo: hay que correr las ideas como a las liebres, no para cogerlas, sino para verlas correr. Y no seguirlas —perseguirlas— demasiado, para no acabarlas.

Bergamín sonrió y bebió de lo más dulce de su copa. Luego se quedó mirando por la ventana, le gustaba el puzle de baldosones rojizos y mojados de la calle Sarandí. Había algo de España en aquellos pasajes, y más cuando ante sus ojos aparecieron dos largas faldas negras en dirección a la plaza Matriz.

—¡Qué buenas sotanas, hombre! —largó entre risas—. Ya hubiera querido yo una de esas…

Pepe, Renzo, Paternain y Galmés intercambiaron miradas, sus caras confesaban que el Maestro otra vez les había tentado la curiosidad: acaso el poeta había querido ser sacerdote…

Bergamín bebió un trago más, con la nuca bien hacia atrás. Bajó luego la mirada y al dejarla ir de nuevo a través de la ventana observó que otras faldas seguían el mismo camino. Trepó con sus vistas por aquel cuerpo y se encontró con una bella cara de mujer: labios rosáceos al natural y ojos de hierba tierna bajo el rocío. La frescura femenina de un rostro recortado en óvalo por el tocado blanco de un hábito recto y negro, que no dejaba más que imaginar todo su interior moviéndose bajo la llovizna.

—¡Qué guapa! Y tan joven… —Bergamín se quedó con ella mientras la jovencita apuraba su paso rumbo a las escalinatas de la Catedral de Montevideo.

—Es una monja… —Paternain pareció llamarle la atención a su Maestro.

—Una monja joven y bonita como la que me he dado el gusto de examinar, a mi manera, en Venezuela. ¡Y cómo la examiné! —una mirada cómplice de Bergamín valía por un poema—. Era una preciosa monja de dieciocho años, pues en los climas cálidos todo se desarrolla más pronto. ¡Qué niña! No he visto, desde que Dios me crió, tan linda criatura como aquella…

Paternain miró entonces a su alrededor, como tratando de verificar que todos sus compañeros habían escuchado lo mismo que él: el Maestro estaba de bromas o confesaba sus pecados…

—¿Qué estáis pensando, mentecillas audaces? —disparó Bergamín cerrando un ojo para recorrer su auditorio semicircular—. Queréis saber cómo fue todo, ¿eh?

A Pepe se le dibujó la mueca pícara en la mejilla. Y tras un silencio de expectación, el Maestro comenzó el relato:

—Ella era mi alumna —dijo.

—¡Nooo! —se lamentó Paternain por lo bajo.

—¡Y qué alumna! —azuzó Bergamín—: Blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo…

—¿Pero usted en serio la miraba?… —Paternain no salía de su asombro.

—Hombre, para qué tienes los ojos, sino para mirar. Oye, que a mí me gustan mucho las mujeres. ¿Tú cómo las prefieres, Pepe?

—Bueno, no sé… —el joven Mujica se vio sorprendido—. Creo que… Mujer…

—Pues, eso está muy bien, para empezar, Pepe. *Pero como yo no quiero a las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristóteles o Séneca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas*.

—Usted y la monja… —Pepe le hizo una guiñada al Maestro.

—Ah, sí, volvamos a la monja —la mascarada de Bergamín en el papel de don Pablos, el Buscón de Quevedo, parecía terminar sin que los estudiantes advirtieran la burla—. La verdad es que yo no quería, pero me obligaron…

—¿Lo obligaron? —Galmés quedó algo desconcertado—. ¿A qué?

—A examinarla, hombre: en México murió Dolores, mi mujer, y decidí marcharme. Fui a Venezuela, donde estuve dos años dando cursos en la Universidad y en el Instituto Pedagógico. Allí me obligaron a examinar a unos alumnos a los que daba clase, porque de otra manera no podrían obtener el título.

—¡Ahhh! —Paternain se aflojó.

—Empecé por examinar a esta preciosa monja de dieciocho años. Le pregunté el título de cualquier obra de Santa Teresa, de la que ella quisiera. Me respondió que no conocía ninguna y yo le di veinte puntos, la nota máxima. Lo mismo sucedió con los demás alumnos. Firmé las actas y mi dimisión irrevocable. Al día siguiente publiqué un artículo titulado «*Good bye, Mr. Ciruela*», que causó una gran indignación.

—Me imagino la cara de la monja —dijo Pepe.

—Pues, es como si la estuviera viendo, hombre. Y viéndome un poco a mí también, metido dentro de ese hábito… ¡Ja, ja!

—Ah, pero entonces sí… —afirmó Renzo—. Al final se le metió dentro del hábito nomás.

—Ya quisieras tú, pillín…

Las carcajadas resonaron en el café.

—Es que yo quería una sotana como la de esos curas que acaban de pasar, pero no la conseguí por ninguna parte, y me debí conformar con un hábito de monja…

—¿Pero, para qué, Maestro? —preguntó Pepe.

—Pues, hombre, para escapar de España…

—¿Se escapó disfrazado de monja?

—Sí, señor, con tocado y rosario al cuello.

—¿Y cómo hizo, Maestro? —Mujica imaginó a una monja larga y con sombra de

barba—. ¿Por dónde salió?

—Por Valencia, Pepe, por Valencia —el fantasma de Bergamín reapareció en la guerra—. Eran días de espanto, casi toda España estaba ocupada por las tropas franquistas en marzo del 39. Si te prendían, ya sabías tu final: ¡Al paredón! Eras hombre muerto…

—Los famosos juicios sumarios…

—Sumarísimos y falaces como el mismo diablo, fíjate, y cuando los había. Las más, te ejecutaban sin decir agua va, más bien bala va, y pasabas a ser miembro del club de las fosas comunes, donde tus huesos se mezclaban con los de otros esqueletos republicanos. Franco llevaba consigo su idea, ¡terror!, y arrastraba el cadáver tras sí. Aún lo arrastra…

—¿Pero cómo logró salir, Maestro?

—Bueno, es que había un barco inglés en el puerto, pero no podías llegar hasta allí sin pasar por la guardia, que era tremenda. Ahora, si tú ibas con sotana, pasabas sin problema. Entonces salí a buscar una sotana, pero solo pude conseguir un traje de monja…

—Y pasó…

—Pasé claro, pero lo más seguro es la sotana. ¡Hazme caso, Pepe, consíguete una sotana, porque tú no sabes cuándo la vas a necesitar! O al menos, un traje de monja como el mío. Y tú también, Renzo, y vosotros —Bergamín soltaba algunas carcajadas barrocas— deberían salir ahora mismo a conversar con alguna de esas jóvenes monjas de ojos verdes…

Pasadas las risas, Pepe le preguntó adónde lo llevó el barco, y Bergamín respondió que primero llegó a Argel —tierra africana dominada por los franceses— y luego a París, donde recibió la ayuda del poeta Pablo Neruda, quien había sido cónsul de Chile en Madrid y que en 1939 ocupaba el cargo de cónsul especial para la emigración española en el país de la Bastilla tomada.

—Neruda fue un gran compañero, se comprometió con la causa republicana y ayudó a miles de españoles a salir hacia el exilio. Yo me fui a México, pero unos dos mil quinientos llegaron a Chile. Le debemos mucho a Neruda.

—Un buen poeta, además —dijo Galmés.

—Sí, lo es, claro. Aunque le he criticado mucho por alguna de sus poesías… —admitió Bergamín, que pronto recordó una de versos comestibles—. En su «Oda a la cebolla» dice: «y al cortarte/ el cuchillo en la cocina/ sube la única lágrima/ sin pena./ Nos hiciste llorar sin afligirnos…». Yo creo que las lágrimas siempre derraman dolor, no importa si se producen por el corte del cuchillo en la cebolla, eso es muy poco poético. Porque además, Pablo sintió el dolor de sus lágrimas, yo lo sé, cuando peló las cebollas de las que pudieron comer los desterrados españoles republicanos.

—Bueno, ahí va la monja de nuevo —interrumpió Mujica, que la miraba por la ventana.

—Pues, ¡salidle al paso, hombre! —repuso el caballero español, que ya se paraba

larguísimo, huesudo y fantasmal—. ¡Ve y hazte de ese hábito de una buena vez!…

Los alumnos pensaban que el caballero español se retiraba a sus aposentos —un rancho de lata en el barrio Malvín—, pero el hidalgo inició su marcha por el camino que le conduciría a la gran puerta de la urbe amurallada, pues al atravesarla y dejar atrás la Ciudadela sus pasos le llevarían a una esquina donde solía darse cita con otros fantasmas intelectuales: el Café Metro, en San José y Cuareim.

La monja joven se había perdido en la oscuridad, ya otras figuras celestiales y diabólicas se cruzaban al andar de penumbra que llevaban los cinco esqueletos enmascarados.

Fue entonces que, al despedirse, Pepe miró bien el rostro típico del hombre español y le dijo:

—Maestro, es imposible que una monja pueda tener esa sombra azulada en la cara.

—¡Cállate, Pepe, que en el barco me tenía que afeitar como seis veces por día!

Lo vio irse con su sombra interminable. Él se quedó bajo el farol hasta que llegó el ómnibus que lo llevaría al Paso de la Arena. Se sentó contra un vidrio y se fue dormitando, pero cada tanto, animales saltarines le golpeaban la puerta de sus sesos para escapar: saltaban por las ventanas en movimiento, en carrera veloz hacia el amanecer.

A fines de 1954, Bergamín se marchó a París; quizá desde allí, algún día, podría cruzar a la patria liberta que le era esquiva. Pepe lo soñó con revólver, en camiones republicanos, bajo fuego y sangre, con el lápiz aforístico y la cruz antivaticana, metido en sotanas imposibles y hábitos mentirosos, soltando liebres miles en campos a resucitar, punzante hasta la herida, alegre, maestro amigo, compañero, revolucionario, valiente y eterno librepensador…

6

El vecino, los obreros y la juventud

—¡Qué lujo, eh! —dijo Nene al subirse—. Cuatro cilindros, tres velocidades…

Las manos de Pepe temblaban sobre el volante por la vibración del motor.

—¡Cerrá y vamo'a dar una vuelta! —le respondió al amigo y arrancó su Chevrolet 1928 por la calle Simón Martínez. Con el codo sobre el marco de la ventanilla, iba haciendo pinta con cada chiquilina que se cruzaba ante su *sport coupé*. La cachila estaba bastante achacosa, pero Pepe había hecho un buen negocio con algunos ahorros y otro poco a pagar en cuotas. La venta de flores tenía que mejorar, ahora las podía cargar en la elegante valija trasera de tapa redondeada.

El reparto por las florerías se le hizo más fácil y los largos recorridos a la feria se volvieron placenteros, a pesar de algunos contratiempos.

Un sábado por la mañana iban con Nene a la feria de Villa Biarritz. Las flores sobresalían de la valija y hasta por las ventanillas. El viaje de casi treinta kilómetros era un placer de aromas silvestres que iba dejando suspiros de noroeste a sureste de la ciudad. Todo en armonía, salvo porque era un poco tarde y debían apresurarse para armar el puesto de venta en la calle.

—¡Le voy a meter un poquito, porque no llegamos! —Pepe embaló tanto como daba el motor de la cachila. El viento sacudía las flores por bulevar Artigas, pasaron el obelisco, dejaron atrás el Hospital Pereira Rossell, cruzaron la avenida Rivera y la bajadita hasta el parque Rodó vino de maravillas. Ya se divisaba el enorme edificio de la Facultad de Arquitectura cuando Pepe, con su tranquilidad habitual, le dijo a Nene:

—Mirá ¡qué lindo! —hizo girar el volante 360 grados, pero las ruedas siguieron derecho.

—¡Ay, ay, ay!

La frenada no alcanzó. La *sport coupé* terminó arriba del cantero central y contra una columna casi al llegar a la calle 21 de Setiembre.

—¡Un raspón, nomás! —valoró Pepe al bajar. Luego le pasó a Nene los alambres que llevaba por cualquier emergencia.

—Pero…

—¿Quién es el mecánico acá?

—No te digo yo… —se quejó Nene, y se tiró bajo la cachila. La examinó por fuera y por dentro, y logró atar la barra de la dirección con alambre y maestría.

—¡Un espectáculo, Nene! —el florista y el mecánico arrancaron hacia la feria

como si nada hubiera pasado.

Unos meses después, a Nene le pareció ver algo que no podía creer:

—¡Pepe, seguís con esa dirección atada con alambre!

—¡¿Qué te parece?!

—Una desprolijidad, Pepe. Hay que arreglar bien esto…

—Pero qué la voy a arreglar, Nene, si quedó como nueva.

La dirección soportó unos cuantos trajines más, pero eran demasiadas las piezas del automóvil atadas con alambres finos o gruesos y las reparaciones ingeniosas con emplastos. Ya no se hacían placenteros los viajes hasta la otra punta de la ciudad para vender algunos ramos de flores.

Un mal día, o quizá no tanto, la cachila desistió:

—¡Pero, la reputísima madre que lo parió!

—¡So! ¡So! —un vecino con la jardinera cargada de verduras paró al lado del Chevrolet florecido y a la vez agotado—. ¿Qué pasó, Pepe?

—Esta mierda se me quedó y ya no llego —respondió mientras levantaba la tapa lateral del capó para revisar el motor.

El verdulero se bajó para ayudarlo.

—¿Adónde vas a vender? —le preguntó.

—A la de Villa Biarritz —Pepe metía mano sin éxito.

—¿Hasta allá te vas? Tas loco…

—Lo que pasa es que allá hay gente de guita…

—¿Y te compran?

Pepe, agachado contra el guardabarros, torció la cabeza hacia su vecino:

—La verdad que para tanto esfuerzo no estoy vendiendo un carajo.

—¡Pero m’hijo, dejate de cosas raras! Yo voy acá, a la feria del Cerro, y la gente compra un montón…

—¿Pero flores?

—¡Ah, yo qué sé! —el motor pareció arrancar y el verdulero saltó al pescante de su jardinera—. Mirá que las viejas van y van al cementerio…

El vecino azuzó al caballo y reemprendió la marcha. Pepe se quedó con la mirada perdida en la montaña de acelgas que sobresalían de la jardinera, mientras se limpiaba las manos con estopa.

A la mañana siguiente, sonrió cuando escuchó el ruido del motor:

—¡Vamos cachilito, hasta el Cerro tenés que llegar!

Y llegó a las nueve de la mañana. Pepe divisó un lugar con algo de sombra en la vereda y desparramó todas sus flores.

—¡Crisantemos, cartuchos, claveles, regalo hoy!

Cuando el sol empezaba a bajar de la cúspide, el florista había vendido toda su mercadería.

Las ferias del Cerro y de La Teja se volvieron imprescindibles para su economía: jueves, sábados y domingos, el vendedor esparcía amabilidad y picardía.

—¡A elegir, tengo las más lindas, a elegir!

Y así iban llegando las clientas de epidermis arrugada, y las de cutis tierno, también. El florista, de parabienes…

—¿Cartuchos, señora?

—No, gracias m’hijo. Hoy quiero claveles, pero blancos, no.

—Ya veo que no le gustan los blancos. Para la señora, claveles colorados, entonces.

—Pero esos son muy chicos.

—Es que grandes, solo los blancos.

Las damas sonreían ante las ocurrencias de Pepe y se iban contentas, a veces hasta con alguna flor de regalo. Aunque ellas no tanto, sino sus hijas o nietas…

—¡Una flor para otra flor! —caer en clichés era lo que menos importaba si con ello se ganaba una sonrisa y hasta una miradita cómplice de vez en cuando.

—¡Qué hermosura! —el suspiro final, entre dientes, era clásico.

Uno de esos días de feria en La Teja, la cachila de Pepe no arrancó.

Pero resultó bueno el carro en el que viajaba con su amigo del barrio, Quico Romero, un «canario» que había huido del hambre en el departamento de Treinta y Tres y que llegó a Montevideo sin mejor opción que «meterse de milico» en un cuartel, lugar que aborrecía, y del que también huyó para trabajar la tierra, primero en Melilla y luego en la chacra de los Tashiro, una familia japonesa afincada en Camino Luis Eduardo Pérez.

El carro avanzaba corcoveando por el repecho de la sanitaria, cuando las señas desde un reluciente Mercedes Benz de color guindo —bien colorado y con la matrícula finalizada en 515— les hizo parar la marcha.

—¡Qué tal, vecino! —le dijo Pepe.

—¡Hola, qué lindos claves rojos, che! —el veterano amanecido, bien trajeado, se acomodó el sombrero gacho y dio una pitada más a su cigarrillo—. ¡Vendeme un buen ramo para llevarle a la vieja!

—¡Cómo no! —Pepe se pasó a la caja del carro para seleccionar los mejores claveles que tenía—. ¡Estos le van a gustar a doña Matilde!

Don Luis Batlle Berres, entonces presidente del Consejo Nacional de Gobierno, le pagó a Pepe, colocó el ramo sobre el asiento del acompañante, se despidió de los jóvenes vendedores y reemprendió el camino hacia su casa en el Paso de la Arena.

—¡Qué viejo bandido! —sonrió Pepe al seguirlo con la mirada.

—¡Bandidazo! —se sumó Quico.

Pepe se imaginaba a doña Matilde con el entrecejo fruncido y las manos en la cintura al ver entrar a su esposo con una sonrisa varias veces ensayada. Ella sabría

que la mano detrás de la espalda escondía las flores que tanto le gustaban, pero un regalo como ese, de cola entre las patas, no lo iba a salvar del rezongo.

El trato amable del florista con su vecino cambió cuando Pepe comenzó a participar con mayor presencia en apoyo a las huelgas de trabajadores. Los conflictos sindicales se vivían con intensidad en las zonas por las que se movía Mujica. El Paso de la Arena, La Teja y el Cerro eran barrios con miles de obreros sindicalizados: textiles, de la industria del cuero, metalúrgicos, de los frigoríficos…

Mujica se sentía muy identificado con la forma de organización sindical de los obreros de la carne, que habían creado sindicatos autónomos, de clara extracción anarquista.

Se pasaba horas escuchando con atención los análisis obreros sobre el desplome de los precios internacionales de la carne y de la lana, luego de finalizada la Guerra de Corea, que enfrentó al comunismo con el imperialismo estadounidense entre 1950 y 1953.

—Esto es solo una muestra de la crisis que se nos viene —apuntó uno de los trabajadores.

—Con la industria estancada —repuso otro—, adiós que te vaya bien…

Influenciada por la política de sustitución de importaciones, la industria nacional había crecido un 8,5% anual desde 1946, pero eso era tiempo pasado.

El intercambio de ideas que presenciaba Pepe derivó en el tema del «engrosamiento» del Estado: tras la compra a los ingleses —empobrecidos por la Segunda Guerra Mundial— de las empresas de tranvías como AMDET, de las Aguas Corrientes, para fundar la OSE, y de los ferrocarriles, que pasarían a ser AFE, entre otras medidas de gobierno, el presupuesto que se debía atender incluía a los muchos nuevos empleados públicos, pues en diez años se habían contratado 90 000 funcionarios.

—El Estado es un gigante que come todos los días como lo que es… —dijo un viejo anarquista que se mostraba en contra de lo que él llamaba «demagogia electoralera» en el reparto de cargos públicos.

—Lástima que a la hora de exportar, el gigante se convierta en pigmeo —apuntó otro.

Se sabía entre los trabajadores que el comercio exterior uruguayo cerraría en 1955 con saldo negativo: los productos importados subían de precio, el dólar se disparaba, como la inflación, y el empresariado comenzaba a despedir trabajadores, sobre todo a los que integraban los sindicatos, y a reducir los ingresos de los que se mantenían empleados.

—¡Compañeros, nuestros salarios son una miseria, creo que lamentablemente tenemos que volver a ir a la huelga! —Pepe conocía a ese obrero de la carne que hablaba con serenidad, vivía en el Cerro y tenía varios hijos, algunos muy chicos. Su propuesta era valiente —pensó el joven Mujica— pues como era lógico, la pérdida de jornales complicaría mucho la situación de su familia.

—Hay que convencerse de una buena vez —saltó otro que simpatizaba con ciertos postulados comunistas—: nosotros somos un país de Latinoamérica, el que siga creyendo que somos la «Suiza de América latina» está haciéndose trampas al solitario…

Repetida tantas veces, dentro y fuera del país, esa frase europeizante identificó al Uruguay desde principios del siglo XX en razón de su calidad de vida y de la prosperidad económica, también modelo mundial en creación de leyes en defensa de los derechos humanos. Pepe creció escuchando algunos otros enunciados del estilo: el país de la «tacita de plata» tan rico y pujante, o el popular y rimbombante «¡como el Uruguay no hay!».

Ese país paradigmático estaba dejando de ser y la clase obrera era la primera en acusar el golpe.

Al terminar la asamblea, los trabajadores de la carne decidieron seguir movilizándose, sin llegar a declarar la huelga, que de todas maneras se mantuvo latente.

Mujica siguió tendiendo una mano a los obreros de los frigoríficos, y sumó su apoyo a otros sectores de la industria, donde la huelga se aprobó.

—¡Guarda, que ahí vienen los milicos! —avisó Pepe a un grupo de liceales sentados en ronda de mate en la calle Gowland, frente a la fábrica metalúrgica Ferrosmalt, en La Teja.

La patronal de Ferrosmalt, encabezada por el ingeniero José Serrato, un protegido del gobierno de turno, se negaba a pagar una deuda contraída con los trabajadores en la mesa de negociación de los acuerdos de salarios y había despedido a todos los dirigentes sindicales de la fábrica.

—¡Compañeros, en barricada, compañeros! —se escuchaba ante el peligro inminente.

Habían llegado estudiantes y obreros de varias industrias a solidarizarse con la huelga, eran cientos los que se iban congregando en La Teja, para manifestar. Entonces sonaron los tiros, y el olor a pólvora saturó el aire tenso del barrio obrero. La represión se hizo sentir en cada manifestación, y un día de sol lúgubre, el 17 de setiembre de 1955, las balas alcanzaron a la trabajadora de Ferrosmalt, María del Carmen Díaz, y la mataron. Tenía 47 años y dos hijas, también obreras, Thelma y Norma.

Pepe ya había enfrentado a la policía, sabía de los peligros y de la perspicacia con la que era mejor contar para decidir si afrontar el combate callejero o salir corriendo por una vía de escape elegida de antemano. No le eran ajenos los palazos ni los estampidos de bala, había estado en zonas de grescas donde algunos terminaban heridos, incluso de plomo. Pero el asesinato de una obrera, de una mujer que peleaba por sus derechos junto con otros compañeros, eso no lo había vivido nunca.

Ahora «mártir» era más que nunca una palabra grave: perforaba el estómago y desgarraba la garganta. Mujica decidió redoblar su compromiso con el grito de la clase obrera.

El joven, sin embargo, sentía cierto temor por lo que pudiera suceder si la represión iba ganando terreno. Pepe no sabía lo que era un golpe de Estado en Uruguay, el último había sucedido cuando él tenía seis años, y en todo caso se lo conocía como el «golpe bueno»: Alfredo Baldomir había reinstalado derechos constitucionales suprimidos por la dictadura de Terra.

Ahora, el terror estaba a un paso, cruzando esa cañada que para otros sería río pero no para él que siempre sintió cerca a la Argentina, por su tío Angelito, porque supo disfrutar de la vida en Carmelo, una luna de Buenos Aires, más que de Montevideo. Porque en aquella gran confitería de la plaza, sentado junto a su abuelo Cordano, vio por primera vez la televisión —un canal argentino, por supuesto— y en medio de su asombro ante el novedoso aparato, le había quedado grabada para siempre la imagen ceremonial que se le apareció en la pantalla: la de Juan Domingo Perón.

Ahora que el general argentino estaba siendo derrocado por una cruenta embestida militar —hacía tres meses de los bombardeos en plaza de Mayo y como nunca estaba latente la amenaza de nuevos ataques—, Pepe sintió que el antiperonismo, que tanto lo había influido en su adolescencia por efecto de la información recibida de los medios uruguayos, debía ser revisado.

—Una gran parte del pueblo argentino lo quiere, lo llora, sale a pelear por él. Habrá cometido errores, no me gusta su forma vertical de gobernar, tiene ciertos rasgos fascistas y a la vez populares, es muy conflictivo; pero lo que se viene, una dictadura militar, no puede ser mejor, nunca. En todo caso asusta, a todos, incluidos nosotros, los uruguayos —reflexionó Pepe en la mesa de un bar del Cerro luego del sepelio de la trabajadora asesinada.

Ninguno de los jóvenes contertulios agregó ni un punto ni una coma a sus palabras.

El 23 de setiembre asumió la Presidencia argentina *de facto* el general Eduardo A. Lonardi, pero como su gobierno trató de pacificar las relaciones con los peronistas rebeldes, el poder militar lo destituyó y colocó en el trono de la Casa Rosada al general Pedro Aramburu. Para entonces Perón vivía en el exilio y sus fuerzas organizaban la resistencia…

En esa primavera funesta de 1955, Pepe se encontraba apoyando la formación del Movimiento Popular Reivindicativo, compuesto por obreros, estudiantes y jubilados, el que expresaba una unidad solidaria con la lucha de los trabajadores.

La situación económica empeoraba mes tras mes en Uruguay, por cuanto en abril de 1956 la Federación Autónoma de la Carne resolvió declarar la huelga: los trabajadores del frigorífico Anglo, de la ciudad de Fray Bentos, recorrieron casi cuatrocientos kilómetros en una marcha a pie para llegar a Montevideo, donde los esperaban sus compañeros de huelga, en el Cerro.

La Unión Solidaria de Obreros Portuarios llamó a las dos centrales sindicales y a los sindicatos autónomos a crear una comisión solidaria con la huelga en la industria frigorífica. Pepe apoyó esa comisión de la manera que pudo —mucha gente joven se iba sumando a la movilización— y actuó en apoyo de los paros generales solidarios y de las manifestaciones callejeras masivas que se realizaron con una nueva táctica de lucha: el frente de los trabajadores unidos en la acción.

—¡Batlle, reaccionario hijo de puta! —se encontró gritando Pepe en medio de la movilización. Lo hacía convencido: la bronca que sentía hacia el gobierno por sus represalias contra la protesta, y por su indiferencia ante la congoja que afrontaban los obreros, era mayor que la estima que le pudiese tener a su vecino—. ¡No aflojen, compañeros!

Por la mañana se había enterado de una noticia que le hundió el pecho:

—¿Estás seguro? —preguntó como queriéndose convencer de que aún quedaba alguna posibilidad…

—Sí, Pepe —respondió el obrero con el que se había cruzado. Mujica miró al piso.

El trabajador de la carne, Ruben Paleo, se encontraba muy débil tras la huelga de hambre que había iniciado junto con otros compañeros, pero el optimismo de Mujica alentaba la esperanza de la recuperación.

—¡Murió! —dijo entonces Pepe, como para masticar la palabra. La tragó y no volvió a hablar, mientras caminaba rumbo a la concentración de los trabajadores de duelo.

La huelga se prolongó y al final se conquistaron varios de los postulados reclamados, incluida la entrega diaria y gratuita de dos kilos de carne —y en algunos casos también uno de achuras— para cada obrero de los frigoríficos.

—¡Esto hay que festejarlo con una buena parrilla! —dijo Pepe a un grupo de jóvenes que apoyaban la huelga.

—¡Pero cómo no! —acotó de inmediato un obrero que escuchó la propuesta—. Ya salgo a hacer el pedido: ustedes se lo han ganado con creces…

—¡Quiero hacer un brindis por un trabajador de ejemplar conciencia sindical —el obrero, ya en la reunión, alzó el vaso de vino lo más alto que pudo—: por el compañero Ruben Paleo, mártir de nuestra lucha obrera!

—¡Salú compañeros!

—¡Salú! —los obreros se abrazaron emocionados, y unos jóvenes de los que

solían estar junto a Mujica se quedaron en silencio, contemplando el momento a través de sus pupilas nubladas. Pepe, que también sentía el cuerpo erizado, se les acercó para chocar los vasos con ellos—: ¡Vamo'arriba, muchachos —los alentó—, que la lucha continúa!

Luego distendió el ambiente con un par de bromas sobre la similitud del color del vino y el de la nariz de uno de los obreros que estaba brindando desde temprano, y subiendo en la gama de coloración, terminó por hablar de lo que —según le contó uno de los sindicalistas— había dicho Batlle Berres, con tono de broma pero deslizando un desafío, en la mesa de negociación donde se cerró el acuerdo para levantar el conflicto: «¡Esta me la ganaron bien, pero es la última!»

—¡Eso, por ahora! —aseveró una de las muchachas.

—¡Muy bien, así me gusta! —aprobó Mujica, y claro que le gustaba…

Ella le chocó el vaso y le entornó los ojos; él ya los tenía entornados.

Un rato después, mientras escuchaba el sonido del torrente áureo estrellarse contra el blanco esmaltado, vio de reojo su cara reflejada en el espejo: ¿Eh? Lo que observaba no era la cara del deportista que siempre había sido. ¿Es que su predilección por el agua, y solo en ocasiones especiales la gaseosa, estaba quedando atrás? Pues aquello no le importaba tanto como descubrir que a él también lo delataba la nariz.

La unión solidaria que se forjó para la huelga en los frigoríficos comenzó a bostezar luego del triunfo gremial. Pero el declive de la economía se acentuaba, y con ello, a influjo de la Federación Autónoma de la Carne, se retomó la idea de formar una central única de trabajadores que concentrara a todos los sindicatos del país.

A mediados de 1956, a Mujica se lo veía entre los jóvenes que trabajaban en apoyo de la formación de una mesa de organizaciones sindicales para avanzar hacia la central única. La labor no era sencilla puesto que algunos sindicatos no se convencían de seguir ese camino por temor a perder autonomía, y otros terminaron convirtiéndose en detractores de la iniciativa, al anteponer intereses ideológicos internacionales ajustados a la gran puja universal instaurada luego de la Segunda Guerra Mundial.

—¡Este Acuña es un verdadero sorete amarillo! —dijo Pepe a su madre, mientras leía el semanario *El Sol*, dirigido por Emilio Frugoni, líder del Partido Socialista. Mujica se refería a un tal Juan A. Acuña, dirigente de la Confederación Sindical del Uruguay, o CSU por su sigla—. Le importa más el anticomunismo que defender al obrero…

—¿Pero ese no es socialista como vos? —lo aguijoneó doña Lucy.

—No me embromés, vieja. Ya te dije que voté a Frugoni porque me parecía el

menos malo…

—Ah, no sé, no sé…

—Yo soy de izquierda, nomás, sin partidos ni agrupaciones. Pero este Acuña supuestamente era socialista y a la vez le estaba haciendo los mandados a los yanquis.

El semanario aportaba mayores datos sobre una situación de la que Mujica se venía enterando por el diálogo con los obreros: la CSU, dirigida entre otros por Acuña, era filial de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores, que se regía por concepciones funcionales al imperialismo occidental. La ascendencia estadounidense sobre la CSU quedaba cada vez más clara, y al constatar el protagonismo que asumía la otra central sindical, la prosoviética Unión General de Trabajadores —UGT, por su sigla—, en la lucha solidaria de los obreros uruguayos, los yanquis ordenaron levantar las banderas divisionistas del anticomunismo, tarea que Acuña cumplía con esmero, según la mirada crítica de Mujica.

—Un socialista, agente de la Embajada de Estados Unidos, ¿qué te parece?

—A mí no me importan los yanquis ni los rusos —respondió doña Lucy, que aplanaba la masa haciendo girar el palote de madera—, acá hace falta más nacionalismo…

—Sí, capaz que sí —contestó su hijo—. Pero la Guerra Fría se coló en el Uruguay y ya no hay marcha atrás…

—¡Bah! Ya te digo, ninguno de los dos sirve para nada, ni los rusos ni los yanquis. Se creen los dueños del mundo, y nosotros no podemos hacerles el campo orégano para que se metan en nuestras vidas…

—Ya se metieron, vieja.

—¡No tiene gollete! —doña Lucy aplastó la masa con fuerza—. Fijate lo del vecino: ¡una vergüenza!… Ir a lloriquear a los Estados Unidos, ir a pedigüeñar como un arrastrado… ¿Dónde se vio semejante cosa?…

—¡Y si Batlle es proyanqui declarado! —apuntó Pepe.

—Menos mal, porque si siendo amigo le pegaron una patada en el traste, imaginate si fuera enemigo…

Pepe se mandó un par de carcajadas: aunque no coincidiera con ella en muchas cosas, le gustaba ver que su madre no perdía la agudeza en la mirada política.

—Vos decís si Batlle fuera de verdad un «comunista, chapa 15», como le puso Nardone.

—¡A ese ni me lo nombres, ese sí que es un sátrapa! —exclamó doña Lucy—. Batlle es un poroto al lado de Nardone. Ese, primero con su audición demagoga en la CX 4, y ahora con la fantochada de los congresos ruralistas, está engrupiendo a todo el mundo y no quiero ni pensar adónde puede llegar…

—Pero mirá que Herrera le arrastra el ala…

—Sí, ya sé, ni me hagas acordar. Dejame a mí con Erro, que ese sí salió bueno.

—No te voy a negar —repuso Pepe— que como diputado parece lo mejorcito de los blancos.

—¿Cómo «parece»? —retrucó su madre—. ¡Enrique Erro es lo más grande que tenemos, en la Lista 4, en el Partido blanco y en el país!

—Si vos decís…

—Claro que lo digo —tras la contundente afirmación, doña Lucy bajó el tono para esbozar una sugerencia, y más que eso una aspiración que ansiaba poder cumplir —: Erro viene a casa, ¡bah!, viene acá al club dentro de unos días, si vos querés podemos reunirnos y…

—¡Uy, qué tarde es! —Pepe se desentendió del asunto y dejó el semanario sobre la mesa—. ¡Chao, vieja, me voy que me están esperando!

—¿Ya te vas? —doña Lucy se disponía a cortar los fideos—. ¿No vas a comer, Pepe?

—No, mamá, me tengo que ir al Cerro.

—¿En qué andarás vos?

—¿Y en qué voy a andar? En bicicleta, como siempre…

A Pepe se le marcó la mueca pícara en la cara. Y su madre sacudió la cabeza de un lado a otro, mientras le devolvía la sonrisa…

—¡Guardame un plato que vuelvo tarde! —le gritó Pepe al salir pedaleando en su Peugeot pintada de rojo.

Al ir entrando al Cerro escuchó el estampido del mortero que se disparaba desde la esquina de República Argentina y Grecia. Allí quedaba el local de la Federación Autónoma de la Carne, distante unos siete kilómetros de la casa de Pepe.

Con el estruendo del mortero se congregaba a la gente de los alrededores, y el artefacto también se usaba en la avanzada de las marchas organizadas por los trabajadores.

Cuando Mujica dejó su bicicleta en la puerta del local, ya había decenas de personas, pero a la media hora comenzaron a llegar cientos, como en torrentes, por las calles que circundaban la sede del sindicato. Los trabajadores discutirían las medidas a tomar por el inminente cierre de los frigoríficos Swift y Artigas, cuyos propietarios extranjeros aducían pérdidas millonarias y estaban siendo investigados por estafa, tras una denuncia del diputado comunista Rodney Arismendi. Y también se analizarían los avances en la formación de la mesa procentral única de trabajadores convocada por la Federación de la Carne y a la que se habían integrado varios sindicatos.

—Agradecemos que estén aquí, compañeros de la Unión Solidaria de Obreros Portuarios, del Congreso Obrero Textil, de las federaciones de la Química y de los gastronómicos, de la Unión de Empleados Cinematográficos… —la voz del obrero se escuchaba por un megáfono.

Pepe se fue hacia el sector en que se congregaban los integrantes de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay —los de la FEUU—, donde veía a algunos

conocidos y conocidas…

—Ya hay dos centrales sindicales, la UGT y la CSU, y estamos nosotros, los autónomos: no queremos crear una central más, sino una que nos aglutine a todos… —explicaba el obrero.

—¿Dónde están los de la UGT? —le preguntó una de las jóvenes a Mujica. Él escuchaba el discurso con los brazos cruzados sobre el pecho, y de vez en cuando le echaba una miradita a la muchacha.

—Allá tenés a uno —le indicó Pepe. Luego le explicó que el congreso de la UGT había dado autorización a su dirección para disolver la organización gremial en el momento que lo creyera oportuno, es decir, cuando madurara la idea de formación de la central única.

—¡Ah! ¿Y qué pasa con los de la CSU? —le consultó la estudiante, que cada vez que formulaba una pregunta parecía fundir su mirada en los ojos rasgados de Pepe. Y este, que no era lerdo ni perezoso para comprender señales, comenzó a desarrollar todo un sesudo razonamiento respecto de la complejidad de esa organización y sobre todo del tipo de gente que tenía por principales dirigentes, y «patatín, patatán», de acuerdo con su propia definición de perorata…

—Serán muy anticomunistas, pero ahí hay uno de ellos… —apuntó al rato y con buen ojo, la joven. Era cierto, pues en principio la CSU pareció querer sumarse al trabajo por esta nueva forma de unidad, pero a la vez planteaban muchos reparos, que algunos consideraban excusas…

—Vas a ver cómo terminan por boicotear todo —se adelantó Pepe.

Ella lo convidó con un mate, y la charla, que luego deambuló por otras reflexiones, pensamientos y proposiciones, siguió hasta la madrugada.

En noviembre de 1956, la CSU se retiró de las negociaciones procentral única tras la invasión del ejército ruso a Budapest para aplastar a los revolucionarios húngaros que habían destronado al gobierno comunista de András Hegedüs.

—¿Qué te dije? —le recordó unos días después a su amiga—. ¡Se fueron!

—Yo soy comunista —dijo ella—, pero hay cosas que no entiendo…

—¡No te hagas problema! —Pepe se le acercó un poco más—. Yo no soy comunista, y me pasa lo mismo que a vos…

Ella le sonrió y él la abrazó para caminar entre la gente concentrada en la plaza, mientras le iba hablando del mundo bipolar en el que estaban viviendo…

Pepe se movía con soltura y aplomo entre los jóvenes. Empezaba a ser consciente de que su habilidad para desmenuzar y analizar los temas políticos, sus concepciones libertarias, la mirada comunitaria de la vida y la exaltación de la solidaridad como principio fundamental del ser humano, expuestas en charlas serenas y amenas, con

metáforas que apelaban al amor y al compañerismo, lo volvían un ser atractivo y muy persuasivo en esas rondas de muchachas y muchachos, impregnadas de entusiasmo. Era su lema luchar, lo sentía, y lo estaba llevando a la práctica aunque no supiese hacia dónde daría el próximo paso. Es que, rodeado de aquella juventud, poco le afligía no saberlo…

—¡Con esos versos te las ganás a todas, muñeco!

Un joven de mirada pícara, menudo de cuerpo, vestido con una especie de camisola raída y tiznada, lo había escuchado con atención, entreverado con la gente congregada en el fogón de una nueva movilización de los obreros de la carne.

—¡Qué hacés, Loco! —lo saludó Pepe.

—Acá, tratando de aprender algo —respondió el Loco Naya, jugando con las manos, inquieto como de costumbre—. ¡Qué labia, mi negro, eh!

—¿Te parece?

—Dejá, no te hagás el dobandi conmigo… ¡Mirá lo que son esas morochas!

—¡Shhh!, que capaz que sale un programita —Pepe le guiñó un ojo.

—Me apunto, a la cabeza y a los diez…

—Tranquilo, que si no se arrebata el asao.

Pepe tenía la capacidad de amoldarse a los grupos con los que trataba: se sentía cómodo entre estudiantes y quimeras que apelaban a la intelectualidad, pero también le gustaba mucho juntarse con los «muchachos de barrio» —él era uno de ellos— de cuya sabiduría callejera aún tenía mucho que aprender.

7

El primer gran paso

Aun sin estar presente en las movilizaciones ni saber todo cuanto quería de las andanzas de su hijo en la calle, el ojo político de doña Lucy advertía en Pepe esa cualidad para desenvolverse y hacerse querer entre los jóvenes.

—¿Y vos cómo sabés? —le preguntó risueño.

—Por algo soy tu madre, ¿no?

—Creo que te estás embalando demasiado…

—¡Qué embalando ni ocho cuartos! —lo cortó doña Lucy—. ¡El don de la palabra vale oro, Pepe!

La madre de Mujica no hablaba de dinero, sino de una misión a cumplir por quienes —según su criterio rayano en lo religioso— parecían designados para ello…

—¡Yo no creo en la selección divina! —espetó Mujica como escudo.

—¿Quién está hablando de Dios, acá? Yo te digo las cosas que veo yo, primero como madre y después como mujer que no tiene tres días trabajando en la política…

Pepe sabía que ella tenía razón. Él sentía la política en la sangre, pero era joven y no se animaba a dar el salto, quizá por cierto miedo a defraudarla…

—Pepe, acordate de lo que te digo —le pidió su madre e hizo un breve silencio —: el tren pasa una sola vez…

Doña Lucy salió entonces de la cocina. Se fue a ayudar a Titita con las madejas de lana: la jovencita, retraída, tejía con destreza un buzo de invierno para su hermano. Tejer y bordar para sus seres queridos era la forma de demostrar su amor…

Pepe se quedó reflexionando junto a una taza de té. Contempló luego a su hermana sentada en la silla del comedor, con las agujas largas apretadas contra el cuerpo, dedicada, entrelazando la lana, punto por punto, para componer el abrigo que lo protegería del frío.

Ella levantó la mirada y le sonrió. Él se le acercó, se agachó sobre su cabeza y le besó el pelo.

—¡Gracias! —le dijo—. Con ese buzo no va a haber viento que me pare…

Unas semanas después, doña Lucy había previsto el encuentro. Estaba contenta y algo nerviosa, pero trataba de disimularlo ocupándose de arreglar el club como lo hacía siempre que había alguna actividad política.

Por discrepancia con quienes pretendían asumir liderazgo en la histórica lista de Atilio Arrillaga Safons —fallecido en junio de 1956—, el diputado Erro había decidido crear su propia agrupación dentro del herrerismo: la Lista 41. Así que doña

Lucy, parada frente al galpón que había construido al lado de su casa y que oficiaba de local político, miró el gran cartel de la Lista 4 colocado en lo alto, y dijo: «ningún problema, le agregamos el 1 y ya está».

—¡El cartel queda mejor allá! —le decía ahora a algunos compañeros de la lista que solían ayudarla en la decoración y otras cuestiones del trabajo electoral en el barrio—. ¡Arriba, más arriba, ahí!

Ya casi era la hora y Pepe, que había salido temprano de la casa, no llegaba.

—¡Erro es muy puntual —dijo un viejo sentado en primera fila, mirándose el reloj—, ya debe estar por venir!

—¡Ojalá que pinche! —susurró doña Lucy.

—¿Qué? —se sorprendió el viejo.

—Que hay que hacer bochinche —reformuló doña lucidez—: aplausos, gritos, vivas…

—Ah, claro, claro —el viejo se sintió un poco más sordo de lo que estaba.

La gente seguía aglomerándose, casi todos con algún distintivo blanco: banderines, pañuelos al cuello, y hasta algún exagerado con poncho blanco, como el de Saravia.

—¡Con este calor, Aparicio andaría en pelotas! —musitó Pepe al verlo.

—¡Por fin llegaste, m’hijo! —lo saludó su madre.

—Vine a verlo, pero ya sabés…

—Tranquilo, que acá nadie te va a apurar —mintió doña Lucy con calidad política.

Madre e hijo se miraron y sonrieron porque ambos conocían bien el paño sobre el que estaban jugando. Doña Lucy tenía fe en que Erro convenciera a su hijo de sumarse a la lista. Y Pepe, aun cuando respetaba al diputado —que ya estaba ingresando en medio del griterío y los aplausos—, pensaba que ni de chiripa podía llegar a dejarse convencer por un simple discurso…

Erro había llegado en un auto viejo, conducido por un amigo:

—Algunos señores me han preguntado por qué suelo andar en ómnibus o a pie. Y yo les dije que me gusta, que en el ómnibus uno se entera de muchas cosas y ni les digo caminando entre la gente. Ellos no lo sabían, claro. Pero también les dije que de vez en cuando algún amigo me arrima a algún lado en automóvil. Sí, ¿cómo no? ¡Claro que son automóviles modestos!, les expliqué. ¿En una cachila?, se sorprendieron. Sí, en una cachila, como las que veo en este barrio obrero…

Pepe se rio al recordar que su Chevrolet 28 hacía días que no arrancaba…

—Yo sabía por dónde venían estos señores —continuó Erro—, que no eran obreros, por supuesto: querían convencerme de las bondades de la ley de franquicias

de automóviles para los legisladores. ¡Esa ley es una vergüenza y vamos a pedir su derogación!

—¡Bravo, bravo! —el bullicio se escuchaba a varias cuadras.

—En esta hora preñada de infortunios —prosiguió el diputado— y de desgracias colectivas, por falta de planes orgánicos de un gobierno que a lo largo de su gestión ha sido totalmente irresponsable, han proliferado los negocios al margen de la ley, estimulados muchas veces por los propios gobernantes que por ahora son mayoría, mientras se desoye la angustia de los trabajadores… En esta hora de miseria de tantos núcleos obreros, de este barrio, del Cerro, de La Teja, de los que llegan descalzos desde Fray Bentos o viven las penurias en cualquier parte del país cuando deben alimentar a sus hijos…, en esta hora, damas y caballeros, obreros, me he enterado de que algunos inescrupulosos van a proponer en el Parlamento el autovoto del sueldo mensual de los legisladores…

—¡Uhhh! ¡Uhhhh! ¡Sinvergüenzas!

—¡Sí, señores, son unos sinvergüenzas! —apoyó Erro—. Y por eso, llegado el momento en la Asamblea General, vamos a decir que no…

—¡Viva Erro, carajo!

—Vamos a decir que eso sería un nuevo robo a la sociedad, tan repudiable como las estafas y los robos realizados por jerarcas en distintos organismos públicos, estafas y robos que lamentablemente, con el paso de los días, siguen apareciendo…

Doña Lucy estaba atenta a cada expresión de Pepe, que atendía el discurso pero sin regalarle nada al expositor: un aplauso respetuoso ante cada postura sensata y uno algo más fuerte cuando el orador se paraba del lado de los trabajadores. Con eso alcanza y sobra —razonó Pepe—, pues al fin y al cabo Erro era parte de uno de los partidos tradicionales, y por más que se desmarcara del político convencional, estaba pidiendo el voto para quienes ya participaban del gobierno, aunque fuera en minoría. El Partido Nacional tenía a Herrera, Ramón Viña y Daniel Fernández Crespo como sus representantes en el gobierno colegiado.

Cuando Erro bajó del estrado, fue abrazado por la gente, que lo vitoreó… Pepe prefirió apartarse del entusiasmo general, y en el rostro de doña Lucy se dibujaron señales de desazón. Faltaba mirarla a los ojos para sentir su pena.

Pero un rápido sacudón interior recompuso su imagen de mujer enérgica, y fue a saludar a Erro por su discurso. A ella le había parecido brillante, no solo por la calidad de la oratoria, sino porque creía en cada una de las palabras que salían de la boca de su amigo y compañero de lucha política.

Y esto último, ¿creer o no creer en Erro?, era la incertidumbre que —para sorpresa de su madre— desde hacía tiempo carcomía a Pepe. A pesar de no exteriorizarlo, Mujica estaba a punto de decidirse a darle un voto de confianza al diputado que durante los últimos años había sido el mejor defensor de los obreros en el Poder Legislativo. Y quizá, ¿quién sabe? —la idea parecía querer saltar de su cabeza—, llegar a militar junto a él por la clase trabajadora…

—¡El tipo sabe, no hay duda! —le confesó un rato después a su madre—. Es impresionante cómo habla en defensa del obrero…

—¡Ah, viste! —se alegró doña Lucy.

—El asunto es que… —Pepe titubeó—. Sé que vos confiás en él, pero…

—Pero tendrías que conocerlo personalmente —apuntó su madre— y sacarte todas las dudas.

Y así fue cómo doña Lucy terminó por presentarle a Erro, y los dejó conversar un buen rato, no sin meter la cuchara de vez en cuando:

—Mi hijo es medio ácrata, dice que es de izquierda pero no comparte lo que están haciendo socialistas ni comunistas, no le cree a blancos ni a colorados, es un desencantado de la clase dirigente, pero con una pasta de político que ni te cuento…

Pepe miró al techo…

—Sí, ya me voy, pero tengo razón… —doña Lucy salió entonces a preparar té y café.

—Un joven rebelde merece todo mi respeto —le dijo Erro a Pepe—. Yo, de joven la verdad que ya no tengo ni el pelo…

—¡Vos siempre fuiste pelado, Enrique! —gritó doña Lucy desde la cocina.

—Tu madre es de lo que no hay —Erro había largado la risa—. Tiene una fuerza arrolladora…

—Justo a mí me lo va a decir…

—Tenés razón… —Erro contempló al joven por un instante—. Sabés, Pepe, que vos y yo crecimos con algo en común: yo perdí a mi padre a los diez años…

—Yo a los ocho…

—Los dos tuvimos que trabajar de muy chicos, vos para ayudar a tu mamá, Lucy, y a tu hermana, Titita. Yo para apoyar a mi vieja, doña Palmira, y a Violeta, mi hermana. ¡Qué época difícil!

—¡Muy difícil! —rememoró Pepe.

—Por eso ningún *colachata* nos puede venir a hablar, ni a vos ni a mí, de lo que significa el trabajo para la gente humilde. ¡No saben lo que es romperse el lomo!

—¡Qué van a saber! —Pepe comenzó a distenderse.

—Mi primer trabajo fue en una carnicería —recordó Erro—, me pagaban con dos kilos de carne por día…

Y así, Erro y Mujica empezaron a relacionarse. Y el joven al fin aceptó el desafío político, lo que enorgulleció a su madre, la gran mentora…

Pepe se convenció de que Erro era un tipo sincero y jugado por sus ideales, aun cuando lo que dijera afectara su posición dentro del partido. De hecho, hablaba en público de las limitaciones de los partidos tradicionales, y de sus perversidades enquistadas, como la presencia de dirigentes funcionales a un sistema de gobierno que alentaba la corrupción. Tenía una gran facilidad para hacerse de enemigos,

incluso entre los propios blancos.

—¿Qué le parece don Enrique? —Pepe había cruzado el puente que une al departamento de Montevideo con el de Canelones, para llegar hasta la casa de Erro, en la ciudad de La Paz—. ¡Le andan diciendo «boca sucia» por ahí!

—¿Y qué podemos esperar de Francisco Ubillos, mi querido Pepe? Una cosa es Herrera, y otra, los herreristas como ese señor.

—Pero a usted, Herrera lo respeta mucho…

—Sí, el viejo me quiere.

—¡No lo quiere, lo adora! —intervino María Herminia, orgullosa de su esposo—. «¡Allá está el diputado Erro combatiendo solito en la cuchilla!», repitió Herrera el otro día.

—No es para tanto, Nena… —Erro se sonrojó—. Acá lo importante es lo que le voy a decir a Pepe, que para eso lo llamé…

María Herminia fue a preparar café, pero intuía de qué se trataba. Ya había escuchado a Erro elogiar a Mujica por su trabajo con los jóvenes de la lista: «¡Este Pepe es una luz, y no sabés cómo lo quieren y lo siguen sus compañeros!».

El joven regresó al Paso de la Arena con su cuerpo arqueado sobre el manillar, llenándose los pulmones de frescura: estaba en carrera, ahora sabía que en un futuro cercano se convertiría en secretario general de la Juventud de Erro.

Mujica redobló su esfuerzo en la campaña política, pero no dejó de participar de las movilizaciones obreras, sobre todo de las vinculadas a la carne: un rompehuelgas había asesinado de una puñalada al trabajador César Muñoz en el Frigorífico Nacional; el gobierno intervino los frigoríficos Swift y Armour —se habían confirmado las estafas de los capitalistas extranjeros—, y tras las protestas obreras se decretó la fundación de Efesa, una planta cooperativa conformada por los trabajadores de los frigoríficos intervenidos.

Pero también Pepe llevó sus fuerzas a la lucha por la ley orgánica universitaria. Las manifestaciones de la FEUU se convirtieron en punto clave para lograr que la Universidad de la República —emblema de la enseñanza pública uruguaya— obtuviese, entre otros cambios, un sistema de gobierno autónomo, en el que docentes y estudiantes tuvieran voz y voto.

En esas intensas jornadas de protesta de las que participaban miles de estudiantes, Mujica volvió a gritarle de todo un poco a su vecino del Paso de la Arena. Y en una oportunidad, cuando lo vio apresurar el paso para escapar del repudio general organizado, lanzó su insulto pero le costó tragar la saliva que queda en la garganta tras el grito rabioso.

—Lo puteamos todito —contó al regresar de la marcha. Estaba sentado contra la ventana, apoyando sus manos sobre la pequeña mesa de mármol de un bar del Cerro.

—¡Bien metida! —respondió el Loco Naya—. Yo de la Universidad no entiendo

nada, pero bien metida…

—Sí, yo qué sé… —Mujica tenía un gesto amargo, como lo que estaba tomando.

—¡Opa, compañero! —se acercó otro desde el mostrador—. ¿Usté no me dijo que era de la juventú de Erro? No me diga que ahora le va a dar la razón a Batlle…

—No, no, razón no tiene ninguna, eso no…

—¿Y entonces?

—No sé, la verdad que lo vi mal al viejo, puede ser un viejo de mierda, pero no me gustó verlo así…

—Me parece que estás un poco sentimental —el Loco Naya pidió otra copa para su amigo—. A ver, contá: ¿te dejó tu mujer?, ¿no se te para?…

El Loco, como tantas otras veces, le arrancó una sonrisa a Pepe.

—Si a esta edad no se me para, me pego un tiro en las bolas…

—Bueno, ahí quería llegar: ¡tengo un 38 pa la venta, con cartuchos y todo!

—¡Tas loco de verdad, Loco! —dijo Pepe entre risas mientras se levantaba de la mesa—. Yo ya tengo cartuchos pa tirar pa arriba, y mañana me espera un laburito de mi flor pa colocarlos a todos, así que mejor me voy rumbeando pal rancho…

—¡Pero andá…! La petiza te tiene cortito, ¿eh?

Pepe le hizo un guiño al cantinero, pagó su cuenta y la vuelta para su amigo —grapa con limón, fría—, y salió con la campera en la mano.

—¡Salú, hermano! —le agradeció el Loco por la ventana.

—¡Salú! —respondió Pepe desde la vereda, y se perdió en la oscuridad.

Esa noche discutió con «la peti» pero luego se reconciliaron, y la madrugada transcurrió en paz. Al amanecer, él se despidió con un beso que ella devolvió en sueños, envuelta entre las sábanas. No se pareció en nada a aquel beso junto al piano; ya había pasado un buen tiempo.

Los niños dormían. La casa les había sentado bien, tenían un cuarto, y eso les gustaba mucho. Pero su mayor disfrute era vivir en una calle cerrada. Casi no entraban autos —a veces el de algún despistado que se daba la trompa contra la rinconada— y por ello podían divertirse a sus anchas: carreras de bicicletas con los amigos de la cuadra, picaditos futboleros, paleta…

A Pepe le encantaban aquellos niños, aunque la relación de pareja —rota y recompuesta varias veces— no le llenaba el corazón: acaso no compartían los ideales de vida, o quizá sí —a Pepe le gustaba también el hogar—, pero discrepaban en la forma de llegar a una vida mejor.

Ella tal vez pensara solo en su familia y eso nadie podía reprochárselo: se había quedado sola con sus hijos y quería lo mejor para ellos, como toda buena madre. Pepe sentía que su lugar estaba en la lucha por una vida mejor para miles y miles de familias que también tenían hijos, como los de su compañera, a los que trataba de brindarles amor —aunque pasara bastante tiempo fuera de la casa— y ayudarlos a

crecer. Él también estaba creciendo, tenía apenas veintitrés años y muchas incertidumbres, como todos los jóvenes de su edad.

A la vez, sabía que su nuevo mundo en la política le deparaba mucho esfuerzo, dedicación y probablemente renuncias en pos de la lucha y el progreso comunitario.

Pepe no estaba convencido de querer pasar toda su vida al lado de esa mujer de la que un día se había enamorado. La idea de explorar otros caminos, lo que incluía la posibilidad de aventuras y conquistas, afloraba con mayor intensidad. De todas maneras, en su afán de mantener aquella familia, había decidido alquilar esa casa de la calle Enrique Ghiringhelli, a cuatro cuadras en zigzag de lo de su madre, adonde todos los días volvía a trabajar con las flores.

El primer día de noviembre, Erro cayó en cama con una fuerte angina. Cuando Pepe llegó a la casa de La Paz, el diputado recién había podido dormirse, después de una madrugada de fiebre, que no paraba.

—¡Debe estar deshecho, pobre don Enrique! —expresó Mujica, sentado en un sillón del *living*—. La campaña está siendo muy dura, pero vamos bien, María Herminia, vamos bien…

—¡Qué bueno, Pepe, qué bueno! —respondió la esposa del legislador—. ¿Cómo está tu mamá?

—Bien, está muy bien, y contenta porque llega mucha gente al club a pedir la lista de Erro.

—¡Qué mujer valerosa! —aseveró doña Herminia—. Siempre en la lucha… Mandale mis saludos…

—Gracias, serán dados… En un rato la voy a ver cuando vaya a cargar las flores. Y por eso le venía a decir a don Enrique que esta noche y mañana son días complicados para mí…

—Ya sabemos, Pepe, ya sabemos: andá tranquilo a trabajar, que tu familia lo necesita.

—Muchas gracias, María Herminia. Dele mis saludos a don Enrique y que se mejore. Y dígale que por más que yo no esté, los jóvenes ya tienen varias actividades de propaganda para hoy y mañana, y que yo mañana de noche ya estoy de vuelta en la calle…

—Mañana tenés que dormir bien, Pepe —la voz difusa y áspera llegó desde el dormitorio.

—¡Enrique, no fuerces esa garganta! —lo rezongó doña Herminia.

—¡Vení Pepe, pasá un minuto! —lo llamó Erro.

Mujica miró a doña Herminia y ella asintió y lo llevó hasta el cuarto. Erro estaba hecho un estropajo, con un paño frío sobre su frente amplia y los ojos irritados.

—¡No lo entretengas mucho al muchacho, que lo vas a contagiar! —doña Herminia los dejó solos.

—La juventud está haciendo un buen trabajo —le dijo Erro a Pepe— y vos tenés mucho que ver en eso.

—Gracias, don Enrique.

—¿Pudiste hablar con alguno de los muchachos del Congreso Obrero Textil?

—Sí, están con una alegría tremenda, y le están contando a todo el mundo cómo fue que salió votada la ley del seguro de paro…

—¿Y qué dicen?

—Y qué van a decir, que el diputado Erro es el único blanco que los apoya, y que fue decirle eso a Herrera para que el viejo agarrara el teléfono y le ordenara a toda la bancada que levantara la mano para votarles el seguro.

—Agradeceles de mi parte por la propaganda.

—Los agradecidos son ellos, don Enrique: veintisiete mil obreros, ¿qué le parece?

—¡Que con algunos de esos votos vamos a ganar la elección!

—Claro que vamos a ganar.

—A pesar de tener que lidiar con estos ruralistas de Nardone. No me gusta que se nos hayan colado algunos en la lista, pero ya veremos cómo resolvemos eso después… —Herrera había firmado un acuerdo con el principal dirigente de la Liga Federal de Acción Ruralista, Benito Nardone —quien había apoyado a Batlle Berres en las elecciones de 1954 y tenía un caudal de votos muy importante entre peones y productores de las zonas rurales del país—, para presentarse en alianza a la votación de 1958. El líder herrerista, que estaba al final de su carrera política y quizá de su vida, no quería morirse sin dejar al Partido Nacional en el gobierno.

—Ya veremos, don Enrique, ya veremos —le respondió Pepe—. Ahora descanse, que lo necesitamos fuerte para el fin de la campaña.

—Andá nomás, Pepe, y acordate de vender más flores blancas que coloradas.

—Sí… ¡Bah! Depende de cómo se mire la cosa: no se olvide que las flores son para los muertos…

—Tenés razón —con la risa a Erro le sobrevino la tos carrasposa—. Esta vez me parece que los colorados ya están muertos del susto.

Una vez en la casa de su madre, Pepe armó decenas de ramos de todo tipo y color. Eran flores de su cosecha y también de las que había comprado en el mercado y a la familia Takata.

Cuando ya estaba por ocultarse el sol, llegó a la puerta del cementerio del Cerro con todo su cargamento. Armó el puesto en un buen lugar y, ya entrada la noche, tiró al suelo un jergón fino y deshilachado y se acostó estirado, bocarriba, rodeado de flores…

—¿Tas vivo o te pongo la tapa de mármol? —escuchó.

El Loco Naya, que vivía cerca del cementerio y también se preparaba para vender flores a la mañana siguiente, se acercaba con un mate.

—*¡Mamma mía!* —respondió *il morto qui parla* sin moverse de su lecho—. Cayó piedra sin llover…

Y se sentó con su amigo a compartir el mate y algunos cuentos: el Loco le dijo que la juventud comunista estaba haciendo una buena campaña en el Cerro y que un tal Washington Rodríguez Belletti andaba reclutando gente para el partido.

—Conmigo no cuentes —dijo Mujica.

—No, yo tampoco le doy mucha pelota al Flaco, pero parece un buen tipo…

—En campaña todos son buenos tipos, Loco.

—Sí, a bandido a mí no me va a ganar, pero me contó de un viaje espectacular que se mandó el año pasado a un festival en Moscú; fueron como setenta uruguayos, incluso uno blanco, el que vive ahí en el castillo de Dinamarca…

—Bonavita.

—Sí, ese.

—Mirá.

—El festival… ¿cómo se llamaba?… —el Loco trataba de recordar—, algo así como por la lucha y la amistad, y para que nunca más haya guerra en el mundo…

—Y bla, bla, bla… —Mujica chupó de la bombilla y le devolvió el mate a su amigo—. No me digas que vos te tragás todo ese verso.

—No, gil, lo que yo digo es que… —el Loco Naya estiró las cejas hacia la frente y dejó los ojos bien abiertos— no estaría mal viajar de arriba, ¿no?

—¡Qué lo parió! Estás en todas, ¿eh?…

—¡Escuchame, eso tiene que estar lleno de minas, todas rubias, grandotas, con unas tetas impresionantes!

Y la charla siguió hasta que el agua para el mate se acabó.

De nuevo estirado sobre el jergón, Mujica se quedó un buen rato mirando las estrellas y así vio una que viajaba por el cielo con parsimonia meteórica. Recordó entonces que en la época de Góngora las estrellas fugaces eran de mal augurio, y lanzó una puteada. Luego se rio de sí mismo y disfrutó de aquel regalo de la naturaleza. Después el sueño lo venció y durmió toda la noche, despegando un ojo de vez en cuando, por si las moscas…

Pepe se levantó con el cielo entre luz y sombra: ya era el Día de los Muertos.

Pronto llegaron las primeras clientas viejas que merodeaban entre los puestos, regateando por el precio. Pepe ya las conocía y por más que la fecha tenía bastante de luctuoso, su estrategia era hacerlas sonreír con algún piropo rejuvenecedor.

La venta fue muy buena todo el día, y al final de la tarde, cuando las puertas del cementerio se cerraron, levantó las pocas flores que le quedaban, agradeció a los muertos por estar muertos, y se fue a su casa con plata en el bolsillo.

El 9 de noviembre, Pepe y los jóvenes de la agrupación se enteraron de que Herrera iba a visitar a Erro, quien seguía enfermo. Y allá marcharon para La Paz, con

banderas y carteles.

La algarabía recibió al viejo en la calle antes de que entrara a ver al convaleciente. Herrera se sacó el sombrero de ala para saludar y agradecer. Y al volverse hacia la puerta de la casa de Erro, se detuvo ante dos lamparones alquitranados que chorreaban por la fachada hasta el suelo. Estiró su sombrero hacia las manchas del atentado y luego lo dirigió hacia la multitud, para decirle:

—¡Esto es una condecoración por la actitud valiente del diputado Erro!

Y la gente explotó en vivas para Erro y Herrera.

Ya dentro de la casa, le dijo a quien se había encaramado en el Poder Legislativo como el más acérrimo opositor del gobierno colorado y de los empresarios corruptos y hambreadores de obreros, que no limpiara esas manchas de honor.

El 30 de noviembre, Pepe y su madre saltaron de alegría y se abrazaron con Erro, María Herminia y cuanto correligionario había concurrido al local central de la agrupación. Allí, en la esquina de Rondeau y Cerro Largo, se veía un mar blanco de banderas y pañuelos. El Partido Nacional había conquistado el gobierno y la Lista 41 lograba tres bancas de diputados. Primero Erro, como uno de los dirigentes más votados de Montevideo; segundo, Ángel María Gianola, y tercero, Jorge Barbot Pou.

Los festejos siguieron en la madrugada. La plaza Matriz, frente a la Casa del Honorable Directorio del Partido Nacional, se desbordaba por la muchedumbre que cantaba loas al nuevo gobierno electo. Incluso había jóvenes que sin ser militantes blancos participaban de los festejos porque acababa de caer el poder colorado que había dirigido al país por casi cien años.

Erro había salido para la quinta de Herrera, en la calle Larrañaga.

Comenzó a llover de manera torrencial y del techo de la casona caían gotones. Erro, emocionado, al ir al encuentro de Herrera tropezó con uno de los baldes que había debajo de cada gotera, y casi desparrama el agua por toda la sala. Volvió el recipiente a su lugar y subió por las escaleras hacia el dormitorio.

—¡Ganamos, compañero, venga ese abrazo mi valiente diputado! —le dijo Herrera. El viejo, a pesar de su felicidad, se sentía algo cansado. Estaba en la cama. No acusaba ninguna enfermedad en particular, pero se sabía próximo a morir, tenía 85 años. Erro abrazó a su líder y se quedó solo un rato para dejarlo descansar.

Volvió a la agrupación, donde Pepe y todos los muchachos lo levantaron en andas, una vez más.

—¡Viva Erro, carajo! —gritó Mujica.

—¡Viva!

—Cuando quiero acordar ando por el aire… —le comentó Erro a su esposa antes de darle otro beso.

Lo esperaba también el electo diputado Gianola para darle un abrazo fuerte:

—¡Gracias, Enrique! —le dijo con los ojos vidriosos. Recordaba la ayuda constante que había recibido de Erro, en lo político y en lo humano, pues antes de mudarse a la pensión de la calle Convención, a pocas cuadras del local de la agrupación, Gianola muchas veces no tenía plata para volverse en ómnibus a la casa de su tía, en la calle Garibaldi—. ¡Gracias por todo lo que hiciste por mí!

—¡Pero, compañero, no hay nada que agradecer! —respondió Erro—. Ahora más que nunca, a seguir trabajando juntos…

—¡Así será, compañero! —aseguró Gianola.

A esa hora de la madrugada, desde un apartamento de la calle Colla y Julio María Sosa, partía Nardone hacia la quinta de Herrera:

—¡Vamos, Chicotazo! —le gritó uno al reconocerlo por el nombre que Nardone usaba en su audición radial y en su columna del diario nacionalista *El Debate*. Fue aquel un grito solitario. No había bullicio ni cosa por el estilo en las puertas de su apartamento. A pesar de ser de la ciudad, el voto de Nardone estaba en el campo. Había pasado toda la noche junto a Juan José Gari —el empresario más poderoso de la producción de lana en Uruguay— y a otro ruralista de acaudalada familia ganadera, que le hizo de chofer para ir hasta la quinta de Herrera: se trataba de Juan María Bordaberry.

A las cuatro de la mañana se confirmó que la alianza herreroruralista había sido la más votada dentro del Partido Nacional. De esta manera, la mayoría del colegiado de gobierno se conformaba con tres consejeros por el herrerismo, Martín Echegoyen, Eduardo Víctor Haedo y Justo Alonso; y tres ruralistas, Nardone, Faustino Harrison y Pedro Zabalza.

En homenaje a la pujanza del viejo Herrera, Pepe, junto con los muchachos de la Lista 41, comenzaron a entonar el tradicional cántico electoral del líder histórico de los blancos:

«No hay quien pueda/ no hay quien pueda/ con Herrera/ con Herrera…».

Y así se sumaron Erro, María Herminia, Lucy, quienes sabían estrofas que los jóvenes desconocían: «Una nueva era/ una nueva era/ una nueva era vino con Herrera/ vino con Herrera…».

8

Las vueltas de la vida: un ministro y mil ladrones

En la casa de la calle Simón Martínez, Pepe y su familia pasaron las mejores fiestas tradicionales que el joven pudiera recordar. Recibieron el año 1959 alzando las copas para brindar por los cambios que auspiciaba la llegada de los blancos al gobierno.

Ese primer día del año triunfó la revolución cubana: las fuerzas encabezadas por Fidel Castro, entre las que se destacaba el comandante Ernesto *Che* Guevara, derrocaron al dictador Fulgencio Batista, fiel servidor del gobierno estadounidense. Las noticias de los días siguientes fueron celebradas y seguidas con atención por Mujica, quien ya pregonaba su antiimperialismo.

En sus análisis del contexto internacional —leía mucho sobre estos aspectos—, se mostraba más contemplativo de las circunstancias y acciones comunistas en la Guerra de Corea, por oposición al avasallamiento internacional de los Estados Unidos. Detestaba la política yanqui de intervenir y manejar a su antojo los destinos de países vulnerables, sea con la invasión de fuerzas militares, promoviendo golpes de Estado como en Guatemala, o comprando a gobernantes locales.

Pepe era consciente de los peligros para Latinoamérica —la revolución en Cuba, aun cuando Fidel Castro declaraba no ser comunista, era una provocación para el imperialismo estadounidense—, pero pensaba que Uruguay, a pesar de una crisis económica, podría sortear sin mayores problemas las eventuales embestidas de ese poder norteamericano, o por lo menos no quedar en posición servil ante los yanquis.

—¿Y qué me decís ahora? —le preguntó Mujica a un parroquiano que tomaba caña con cáscaras de naranja en un bar del Cerro, en la esquina donde el feriante vendía sus flores—. ¿No era que los blancos no íbamos a ganar porque no sabemos robar y qué sé yo cuánto?

—A mí no me importa que roben —respondió el hombre—, mientras dejen vivir…

—No, pero lo que hay que defender es que un gobierno no robe —argumentó Pepe.

—Todos roban —intervino un veterano anarquista, acodado al mostrador—. Pero los colorados supieron desarrollar el arte…

—No estoy de acuerdo —respondió Mujica—. Yo trabajo con Erro y él es incapaz de tocar un peso…

—Es posible, muchacho, pero no son todos como Erro —retrucó el veterano.

—Además —saltó el parroquiano de la caña con naranja—, ¿vos estás seguro de que los blancos van a asumir el gobierno?

—¿Qué querés decir? —se sorprendió Pepe.

—Que van a dar un golpe…

—¡Ah, algo de eso se rumoreó, sí! —volvió a intervenir el veterano anarquista—. Sé de buena fuente que un milico de los que mandan le ofreció el servicio a Batlle Berres…

—¿Y? —Pepe estaba boquiabierto.

—Parece que Batlle lo sacó a patadas en el culo.

Pepe sonrió, sus músculos se aflojaron. Volvió al puesto de flores, tomó un clavel colorado de los que tantas veces le había comprado su vecino, cruzó la calle y se lo regaló a una feriante batllista que vendía frutas y verduras y con la que solía intercambiar bromas políticas.

Avanzado el verano se incrementaron las especulaciones sobre quiénes ocuparían el gabinete del nuevo Consejo de Gobierno, que asumiría el primer día de marzo. Todas las agrupaciones pugnaban por sus puestos, pero ni los figurones del herrerismo, del ruralismo ni los de la Unión Blanca Democrática se imaginaban la carta en la manga que se había guardado Herrera.

—¿Erro, ministro? —se espantaron.

Y el viejo mantuvo firme su decisión, a pesar de la férrea oposición de dirigentes de todos los grandes sectores nacionalistas, que no podían entender cómo un hombre que combatía al empresariado —omitían decir al «empresariado corrupto»— y que tantos dolores de cabeza había dado a los industriales, podía llegar a ser ministro de Industrias. Pues en realidad, el verdadero nombre de la cartera que ocuparía Erro era Ministerio de Industria, Trabajo y Abastecimiento. Herrera había visto a Erro defender a los trabajadores y confiaba a rajatabla en su honestidad.

—¡El movimiento obrero le está dando una carta de confianza, don Enrique! —le dijo Pepe luego de orejear qué se comentaba en los grupos de trabajadores más fuertes.

—¡Voy a tratar de no defraudarlos! —contestó Erro.

Al asumir el cargo en marzo, llamó a la Facultad de Derecho de la Universidad de la República para que formara un grupo de laboristas que le prestara asesoramiento, lo que por innovador —y proviniendo de un representante de uno de los partidos tradicionales— generó desconfianza entre los universitarios progresistas. Pero como no puso condiciones, los jóvenes acudieron al llamado.

Al llegar al Ministerio, vieron que en la antesala del despacho de Erro había un grupo de empresarios esperando para hablar con el nuevo jerarca. Se abrió la puerta y Erro hizo pasar a los muchachos. Por cumplido, el joven laborista Helios Sarthou le dijo al ministro:

—Mire que si tiene que atender, nosotros podemos esperar…

—No, no —respondió Erro—. Este fue siempre un Ministerio de Industrias, ahora va a ser de Trabajo.

Mujica se preparó para apoyar al ministro desde la militancia política. Erro le había dicho que era mucho lo que se necesitaba trabajar en la calle para defender a la gente de los intereses empresariales espurios, en un juego donde la especulación en el abastecimiento y el alza de precios de los productos de primera necesidad eran puntos clave a combatir.

—¡Mirá lo que tengo acá! —le dijo una tarde que Mujica fue al despacho del Ministerio. Sobre la mesa había un cheque en blanco.

—¿Y esto? —se sorprendió Pepe.

—¡No es el único, eh! Están llegando todos los días…

—¿Y usted qué va a…?

—¿Qué harías vos, Pepe? —Erro no lo dejó concluir la pregunta.

—Rompérselos en la cara a estos ladrones, corruptos…

—Así como vienen vuelven a sus remitentes, Pepe —sostuvo Erro mientras abría el cajón de su escritorio para sacar un cuaderno con prolijas anotaciones—. Ahora…, por supuesto que me quedo con sus nombres…

Mujica asintió, complacido; a diario reconfirmaba que no se había equivocado aquel día en que decidió apoyar a Erro.

—Unos que tengo entre ceja y ceja son los del azúcar —sostuvo Erro, deslizando el dedo índice sobre la hoja del cuaderno, hasta parar en uno de los nombres anotados —. Acá está: ¡Aznárez!

—Ese es el de Rausa.

—Sí, los Aznárez son amos y señores de la especulación del mercado azucarero.

—Por lo que leí hace un tiempo —Pepe recordaba algunos artículos del semanario *El Sol* firmados por un militante socialista, un tal Raúl Sendic—, esos tipos tratan como esclavos a los peones de la remolacha…

—Y a los del arroz —añadió Erro—. Y son directores de Coca-Cola en Uruguay.

—¡¿Poderosos, no?!

—Son sí —coincidió Erro—, ya hablé con Herrera de eso…

—¿Y qué dijo?

—Que le metiera pa delante nomás: «Si ganás la batalla del azúcar, ganás la guerra», me dijo el viejo.

El ministro le pidió luego a Pepe que algunos de los muchachos de la agrupación fueran hasta su casa en La Paz para encargarse de devolver las cajas con tapados de piel y joyas que llegaban como «regalos empresariales» para su esposa…

A fines de marzo, Mujica decidió que se merecía un buen descanso en semana de turismo, y qué mejor opción que pasarla con su amigo Nene, recorriendo el país en la decimosexta edición de la Vuelta Ciclista del Uruguay. Ya no estaba en condiciones de correrla a pedal, y Nene tampoco, pero sí para fungir como ayudante de un equipo de ciclistas.

El domingo 22 de marzo salieron en la moto de Nene, una hermosa Triumph 500 que a Pepe le encantaba. Todavía no había amanecido, pero querían estar bien temprano en la largada. Nene había acordado acompañar a los corredores del Club Audax de Flores.

A la hora prevista y en medio de un griterío de aliento y aplausos prolongados por las calles de la capital, salieron los ciclistas rumbo a la ciudad de Trinidad: la primera etapa de la vuelta establecía un recorrido de 199,3 kilómetros.

Una vez en la carretera, el paisaje resultaba un masaje para los sentidos: el verde que se perdía en el horizonte, los montes esporádicos, las serranías que recortaban el cielo, y el agua rápida o calma de ríos, arroyos o lagunas. Nene conducía y Pepe iba a su espalda, con dos ruedas de repuesto a cada lado de la moto: dos traseras y dos delanteras.

—Los Lazo van bien —dijo Pepe mirando el andar de los hermanos Valentín y José María.

—Sí, pero el favorito es este de acá —respondió Nene torciendo el cuello hacia atrás, mientras se acercaba a otro ciclista del Audax de Flores, Alberto Lasarte.

—Claro, el Loco es floridense —asintió Mujica.

—¡Al local siempre hay que jugarle una fichita! —reafirmó su amigo.

—¿Tas pal casino, ahora?

—Ahora, cuando vayamos a Rivera —se rio Nene.

—¡Ah, bandido! —y con esas palabras de boca abierta Pepe tragó una polvareda que le obligó a desenfundar la cantimplora con urgencia—. ¡Polvo de mierda! —masculló luego, cubriéndose en la espalda de su compañero.

Nene, más de una vez, tuvo que esquivar los cascotes barrosos que se formaban en las rutas de balasto por las que transitaban.

—¡Guarda la huella! —le avisó Pepe a la mitad de la carrera. Y Nene eludió los surcos que habían dejado las ruedas de un camión, algo frecuente y que solía hacer volar a los ciclistas.

Pepe miró hacia atrás y le pareció ver cómo, en efecto, varios competidores terminaban en el suelo.

—No va más para uno, dos, tres… —contó Mujica. Y al volverse hacia delante recordó la caída que lo alejó de las competencias, y movió la cabeza de un lado a otro, resignado.

La maniobra rápida de Nene para frenar al costado del camino espabiló a Pepe.

Bajaron como rayo para ayudar a cambiarle las ruedas a Lasarte. Y en segundos el corredor volvió a la ruta:

—Ando que soy un disparate, ¿eh? —se agrandó Pepe.

—¡Sí, rápido como mi abuela! —lo bajó Nene.

Y a la entrada de Flores se entusiasmaron detrás de la camiseta blanca y verde de Lasarte.

—¡Metele, metele que ganás! —le gritó Nene. El aliento de la gente estaba con el floridense. Y…

—¡Vamo'arriba! —festejó Pepe cuando lo vio cruzar la meta en primer lugar.

El premio para el ganador fue una lata de pintura Rocalite, de cuatro litros.

Lasarte agradeció emocionado, ya se le ocurriría qué hacer con el tarro.

Con el triunfo del local hubo fiesta en el pueblo: Nene y Pepe, de parabienes.

Al otro día se largó desde Trinidad a la ciudad de Paysandú: doscientos tres kilómetros. Uno de los corredores del Audax abandonó antes de salir y lo mismo pasó con Lasarte a las pocas cuadras.

Nene y Pepe siguieron apoyando a los que quedaban del equipo. Ahora dos motos —también había una de Flores— acompañaban a unos pocos corredores. Por ello, al llegar a Paysandú, Nene decidió que lo mejor era dejar que el Audax siguiera solo con los ayudantes de la otra moto.

Nene y Pepe sabían que su amigo del Paso de la Arena, Alfonso Porcal, competidor de la Lira Uruguaya, estaba corriendo sin ayudante, así que decidieron acompañarlo.

Fueron de Paysandú a Salto, sin mayores contratiempos. Por la tarde, junto con un compañero de la vuelta, cruzaron el río Uruguay en un catamarán de pasajeros, para visitar la ciudad de Concordia, en Argentina. Regresaron a Salto y se durmieron temprano, pues al otro día, miércoles 25 de marzo, salieron a las tres y media de la madrugada para llegar al pueblo de Colonia Palma, donde se largaría la cuarta etapa hasta la ciudad de Artigas.

Un gran incendio —las altas llamas devoraban una mueblería— obligó a desviar el tránsito y esto desorientó a más de uno. Nene y Pepe llegaron a Colonia Palma, pero Porcal, no. Estaba entre los varios perdidos que recorrieron al menos ciento veinte kilómetros en dirección equivocada. La carrera se largó pasadas las ocho de la mañana, sin Porcal ni los demás despistados, que llegaron varias horas después.

—¡Menos mal que te perdiste, hermano! —Pepe le hablaba a Alfonso con la boca llena—. ¡Mirá lo que nos íbamos a perder nosotros!

Unos vecinos del lugar hablaron con los funcionarios de la Oficina del Telégrafo de Colonia Palma, y allí mismo organizaron un monumental guiso de arroz con gallina.

—¡De rechupete! —las quijadas de Nene y Pepe no paraban.

A las dos de la tarde, los amigos parecían llevar tres kilos más debajo de sus camisas. Pepe la usaba a cuadros, la de Nene tenía listones horizontales. Ambas de

manga corta y abiertas hasta el cuarto botón, que ahora parecía oprimirles la boca del estómago.

Se aflojaron los cintos de sus pantalones pinzados, y a las dos y ocho minutos salieron para Artigas junto con Porcal y los competidores que se habían perdido. En el camino divisaron a un hombre de cara roja bajo el sol; estaba a la orilla de la ruta, tratando de arreglar su moto.

—¡Pobre tipo! —se compadeció Pepe. Pararon y con rapidez supieron que el hombre no sabía nada de mecánica.

—Seguí vos con Porcal —dijo Nene—. Yo te alcanzo en un rato.

Pepe se frotó las manos y aceleró la potente Triumph 500. Estaba en las suyas por las rutas de polvo del país. A Nene le llevó un rato destrabar el pulmón del carburador; cuando hizo rugir el motor, el hombre de cara roja comenzó a expresar su gratitud con insistentes reverencias:

—¡Gracias, señor! ¡Gracias, señor! —el tipo se inclinaba hacia delante como un musulmán ante Mahoma—. ¡Muchas gracias, señor!

—¡De nada, de nada! —Nene trataba de pararlo—. Bueno, hombre, ya está, ya está…

Luego condujo la moto reparada hasta alcanzar a Pepe. Y tras despedir al muy agradecido señor, los amigos del Paso de la Arena siguieron juntos en carrera.

A los veinte kilómetros, quizá un poco más, divisaron la figura de un hombre de azul que hacía señas alocadas, con brazos y pies.

—¡Pare, paren! —gritaba el policía.

—Yo no robé nada —dijo Nene al acercarse—, ¿y vos?

—A ver… no, no, yo tampoco… —respondió Pepe.

El policía les comunicó que los «señores organizadores de la Vuelta Ciclista del Uruguay» habían telefoneado a la comisaría para que algún agente —«Yo, en este caso», dijo el uniformado— saliera a la carretera a frenar a los competidores que se habían perdido, porque estaban descalificados.

—¡Tomá pa vos, y pa tu tía Gregoria! —Pepe sorbió un trago de la cantimplora. Y todo el mundo continuó como si nada hubiera pasado.

Pero al ir llegando al pueblo más cercano, vieron a otro agente policial: este se había parado en medio de la carretera y agitaba las manos como haciendo gimnasia aeróbica, de afuera hacia dentro y de adentro hacia fuera:

—¡Están des-ca-li-fi-ca-dos!

Al final, Porcal se volvió a Montevideo y los aventureros de la Triumph 500 decidieron seguir de vacaciones por Artigas y Rivera, ciudades limítrofes con Brasil en las que esperaban disfrutar del ambiente fronterizo.

Pero hubo tiempo para esparcirse también en la carretera:

Nene se paró en la planicie con su Kodak 6 x 8, de cajón, y esperó a que Pepe apareciera —con su camisa de manga corta y gesto de galán— conduciendo la moto por la pedregosa, serpenteante y mortal bajada de Pena. El disparo de Nene no salía,

así que Pepe debió frenar y posar por un buen rato.

—¡Qué chambón!

—¡Es que yo soy mecánico, arreglo motores, no arreglo caras!

Pero el amigo tomó otras fotografías en las que Pepe logró aparecer con gesto seductor: ambos coincidían en que a las mujeres les encantaban los hombres que andaban en moto.

—Con esta las minas se van a tirar de los pelos… —lo endulzó Nene—. Se van a volver locas con el dueño de la moto…

—¡Sí, si les doy tiempo a que se enteren, sí!…

La Triumph fue surcando el polvo unos cuantos kilómetros más hasta llegar a Rivera.

—¡*Mamma* —exclamó Pepe al ir entrando al centro de la ciudad—, mirá esa bayana!

Los dos motoristas *ficaron* pasmados con la rubia tostada que avanzaba sobre altos tacones rojos, moviendo su vestido blanco a lunares chillones del color de su boca, tentadora como una carnosa frutilla solitaria en el centro de un plato blanco.

—Tengo que corregirte —le dijo Nene a su amigo, apenas se les pasó el hechizo —: dijiste «*mamma*»…

—Sí, «*mamma*», ¿qué tiene…?

—Que eso es italiano, y estamos en Brasil.

—Ah, ¿y cómo sería, entonces?

—No sé, mamiña, ponele…

—Ta, ta, la próxima me hacés de traductor…

El viernes 27 de marzo despertaron con el sonido del agua que caía del cielo.

Pepe se levantó con pereza y se la pasó un rato en el baño: con cuidado fue recortando las patas del ciempiés castaño que llevaba entre nariz y boca; solo podaba las partes que caían del labio superior. Luego se afeitó el resto de la cara, mojó varias veces el peine chato para pasárselo por el pelo, hacia atrás, con leve jopo a la izquierda de la frente, hasta que le pareció suficiente.

—¡Dale, Marlon Brando! —escuchó del otro lado de la puerta.

Luego Nene hizo lo propio, y una vez arreglados y bien olientes, se dijeron que unas gotas locas no iban a arruinar el día de dos tipos de ruta como ellos, y que no sería la primera vez que se iban a mojar…

Y con ese estado de ánimo desafiante llegaron hasta la puerta de salida del hospedaje:

—¡Llueve y llueve! —reconsideró Nene al instante, mirando a través del vidrio.

—¡Ay, mamiña! —exclamó Pepe.

—¡En la radio dijeron que son lluvias pasajeras! —comentó un viajante de traje marrón, sin corbata, sentado a una mesa de mantel blancuzco y algo raído. Tomaba café y leía la página policial de un diario en portugués, con la transmisión de la Vuelta Ciclista de fondo.

—¿Se escapó alguno? —preguntó Nene.

El hombre bajó el diario y un poco sus lentes para mirar con desconfianza al muchacho que parecía querer tomarle los pocos pelos que tenía en su cabeza lustrada.

—Por ahora, no —respondió el viajante con la boca torcida y tonito irónico—. Siguen todos presos…

Pepe y Nene se miraron, cómplices: cabía la posibilidad de que el viajante estuviera loco, pero no se preocuparon por averiguarlo. El locutor de la radio informó en ese instante que en la punta marchaba Héctor Placeres, corredor de la Federación de San José.

Un rato después, llegó la sentencia de Pepe:

—¡Esto es un diluvio! No para más… —y el joven Mujica había acertado. Eran los anuncios de un largo período de lluvias que terminaría por provocar las peores inundaciones que sufrió Uruguay en el siglo XX.

Ensopados, pudieron llegar a la estación del ferrocarril. Desarmaron la Triumph 500, embalaron sus partes, y la mandaron en encomienda a Montevideo. Luego compraron dos boletos de la empresa ONDA y abordaron el ómnibus del galgo veloz, que corría inmóvil mojándose el lomo flaco bajo la ventanilla empañada de los viajeros.

Así fue la vuelta de los amigos del Paso de la Arena: mojados, se encontraron riendo como en la infancia, cuando chapoteaban con las patas al aire en los espejos opacos de sus calles marrones.

La lluvia continua se largó a caer a partir del 3 de abril. Con los días, la tierra se volvía mar y de las nubes caían lágrimas, millones, como las de quienes andaban por la vida al abrigo de un poncho blanco:

—¡El cielo llora por Herrera! —decían algunas señoras que habían vivido el cambio de siglo y podían hablar con conocimiento de causa de los tiempos de la revolución del 97, cuando el viejo era joven y empuñó la lanza, quizá tan filosa y punzante como la voz de mando político que asumió hasta la hora de su muerte, el miércoles 8 de abril de 1959.

Pepe acompañó a su madre en el dolor, que él también sentía. Se dio un abrazo con Erro en la despedida del caudillo, y sintió con claridad que ya no habría un viejo en la quinta para darle la razón al ministro, y parar el chaparrón.

Transcurre la tercera semana del mes de abril y el diluvio se mantiene. Pepe busca

dar el mayor apoyo a Erro; la juventud de la agrupación se organiza para colaborar en la asistencia a las familias que deben abandonar sus casas.

Los evacuados son más de treinta mil en todo el país; hay zonas que quedaron aisladas por la inundación, sin energía eléctrica ni agua potable. El Ministerio de Defensa dirige las operaciones de salvamento y debe tomar la decisión de volar un terraplén para tratar de evitar que la presión del río Negro termine por romper los muros de contención de la represa de Rincón del Bonete y se derrame en cataratas que arrasarían con todo lo que encontraran en el camino. Por ello, un equipo especial del Ejército se encarga de evacuar el pueblo Paso de los Toros, en riesgo de quedar sumergido.

La «Operación Terraplén» —le explica Erro a Mujica— busca abrir un gran boquete al norte de la represa para derivar las aguas del embalse y bajar la presión del río. Todas las compuertas de Rincón del Bonete ya están abiertas, pero no es suficiente: la cota máxima es de 83,1 metros y falta un metro para el desborde. El agua sube a razón de 2,5 centímetros por hora.

Se pierden las cosechas. El ministro le cuenta al joven militante que está muy preocupado por las familias de los trabajadores rurales. Ya ha dado prioridad al área de abastecimiento, en procura de que todos los damnificados puedan recibir la alimentación indispensable; pero sabe que eso es imposible: hay zonas de campo donde los peones son explotados cual esclavos y sus familias viven en guetos de miseria.

Pepe ha leído en los artículos de Sendic y de otro socialista, Orosmín Leguizamón, que esas familias —en tiempos «normales»— sufren hambre y enfermedades, hacinadas en los galpones mugrientos que el patrón les asigna, sin baños, ni agua potable.

Ahora algunos deben refugiarse allí porque sus aripucas —rudimentarias chozas de paja, pequeñas y bajas, con piso de tierra— fueron arrasadas por el agua. Es el caso de los trabajadores de la caña de azúcar en el norte, de la remolacha y del arroz, en el este y noreste, entre otros explotados. No todos son detectados por el Ejército, y puestos a resguardo con ayuda oficial.

Amparándose en las disposiciones de la Constitución de la República, el Consejo Nacional de Gobierno había decretado «medidas prontas de seguridad» —luego también aprobadas por el Poder Legislativo— que implicaban restricciones en el uso de la energía eléctrica, regulación de horarios para actividades laborales y comerciales, seguridad policial y militar en zonas de desastre: «las medidas buenas», se les llamó.

El comité de emergencia interministerial aceptó la idea de expropiar ganado y productos de primera necesidad que almacenaban grandes empresas. Pero Erro advirtió la especulación de algunos poderosos, que escondían su producción.

—¡Ya van a tener noticias mías! —le dijo el ministro a Mujica—. Ahora tenemos que administrar bien las fuerzas para socorrer a la mayor cantidad de gente posible…

—Estamos trabajando en varias zonas anegadas —le informó Pepe.

Los muchachos de la 41 se mezclaban con los voluntarios de otros sectores y partidos, y también con jóvenes independientes que sumaban sus manos. Trabajaban con los evacuados de las costas de algunos arroyos capitalinos donde, ya hacía un par de años, el paisaje de rancheríos —casillas deformes hechas de recortes de chapa, palos y cartón, por donde se filtran los fríos y el agua— se había empezado a dibujar con trazo perdurable…

Se acondicionaron algunas casonas estatales de la capital para acoger a evacuados de Montevideo y de otras zonas del país. También se derivó gente a los cuarteles. Pero no todos llegaron al destino fijado por las autoridades…

—¡Por estas cosas el Uruguay es grande! —dijo Mujica al comentar con Erro la noticia del ferrocarril que llegó a Montevideo con unos trescientos ochenta evacuados: los otros mil cuatrocientos setenta se fueron quedando con familias que salían a las estaciones del tren a decir que las puertas de sus casas estaban abiertas para recibirlos.

—¡Qué ejemplo! —Erro se ponía el sobretodo—. Si habrá que aprender de la gente…

Mujica asintió y fundió la mirada en la lluvia que caía del otro lado de la ventana.

—Caminar, sentir y hacer con la gente… —aseveró Erro y se ajustó el sombrero.

Salieron juntos a la calle y se perdieron entre los paraguas de la ciudad.

Un avión C-47 de la Fuerza Aérea arriba a la zona de Rincón del Bonete. Cuando se abre la portezuela, desciende Erro junto con otros ministros: habían sobrevolado el país para tener un panorama más claro de los estragos causados por el agua. Primero, por la costa del Río de la Plata, desde Montevideo hacia el oeste, hasta llegar a las zonas bajas de Colonia. Luego, casi cuatrocientos kilómetros al norte, sobre el río Uruguay, para ver desde el cielo las ciudades de Mercedes, Fray Bentos, Paysandú y Salto. Desde allí, cerca de doscientos kilómetros al este para observar la ciudad de Tacuarembó; y ciento treinta al sureste, donde Paso de los Toros corría riesgo de ser absorbida por el río.

Viento y lluvia sobre los ministros, que viven la tensión del momento junto con más de un centenar de técnicos. Los ingenieros acaban de informarles que los diecinueve pozos de tres metros de profundidad ya contienen la carga: persisten dudas sobre los riesgos que supone para la represa la vibración de las aguas tras la explosión de 466 kilos de dinamita.

A las 16:37, el general Enrique Magnani da la orden y el choque eléctrico causa un estallido infernal: una nube de barro, piedra y agua se expande más allá de los doscientos cincuenta metros de altura.

Se abre una brecha de unos sesenta metros que va llenándose de agua: nadie de la delegación gubernamental se atreve a sonreír, hasta ver el gesto de aprobación en los

rostros de los ingenieros.

Los ministros vuelven a Montevideo con incertidumbre.

—¡Me parece que no sirvió de mucho! —le comenta Erro a Mujica.

La operación baja la creciente de seis a un centímetro en la hora. Más lento, el río sigue subiendo contra los muros de la represa. Los técnicos se convencen de que el trabajo ha servido solo para aplazar 24 horas el rebase de la cota.

Bajo lluvia, fuerte viento y con escasa visibilidad se monta un operativo para desalojar a los últimos 157 operarios de la represa. Dos helicópteros estadounidenses y uno argentino, además de los dos uruguayos, van trasladando a los hombres, que se abrazan al llegar a tierra segura.

—Todo esto es muy triste, muy triste —declara, entre lágrimas, un funcionario de más de veinte años de trabajo en Rincón del Bonete.

Las lluvias se intensificaron, y la represa desbordó.

Se dinamitó otra parte del terraplén, pero nada cambió. La sala de máquinas de la central hidroeléctrica fue tapada por las aguas. Bajaban en cascadas y los vertiginosos torrentes serpentearon hasta el puente Centenario, y se lo tragaron. Sus vías férreas, que se extienden al norte por Paso de los Toros, quedaron sumergidas tres metros bajo el nivel del río Negro. La creciente llegó hasta el corazón de la ciudad: más de mil casas inundadas, muchas con los techos bajo el agua.

Al finalizar abril mermaron las lluvias, y la presión sobre las paredes de contención de la represa comenzó a disminuir. Pero el riesgo de rotura se mantenía, según los técnicos civiles y militares que trabajaban en la zona. El campamento que se había organizado en la Estación Chamberlain, al norte de Paso de los Toros, se mantuvo. Había unos tres mil setecientos evacuados que se refugiaban en carpas militares o en los vagones del ferrocarril. Allí también funcionaba el comando de emergencia, integrado por el general Magnani y los coroneles Andrés Gómez y Liber Seregni.

La ayuda humanitaria llegaba a Uruguay desde varias partes del mundo. Diversas personalidades internacionales —de la política, de la cultura— enviaban mensajes de solidaridad. Y algunos viajaron en forma especial o aprovecharon su paso por Montevideo para brindar apoyo…

—¡Qué día mañana! —dijo Pepe, removiendo la yerba del mate con la bombilla plateada—. Llega Fidel Castro, ¿viste?

—Ajá —Nene lo sabía, pero estaba más atento a los últimos ajustes de la bicicleta que reparaba.

—¡Y todo el mundo al aeropuerto! Camiones, autos, motos… —Pepe le arrimó un amargo a su amigo.

—¡Sí, pero yo ando más pelado que ese cable de la luz! —respondió Nene.

Había parado la llovizna y el viento provocaba pequeños chisporroteos en el cableado de alimentación de la única lámpara que por las noches iluminaba la calle.

—Yo tengo —aseguró Pepe golpeando el asiento de la Triumph con la palma de la mano—. Pa la nafta, tengo…

—Ah, si tenés sí…

—Tengo una idea de cómo conseguirla…

Nene cerró los ojos y meneó la cabeza.

—¡Qué iluso! —se reprochó con ironía mientras sonreía.

—Dale, que el otro día pagaste vos —recordó Mujica—. Terminá eso de una vez y acompañame hasta ahí abajo a cobrar unos ramos que vendí ayer, y ya le ponemos nafta a la máquina.

—¡Qué valor el Pepe! —dijo Nene, agachado contra la rueda que reparaba.

Bromas a un lado, la plata no era un problema entre estos amigos: cuando uno tenía, el otro también. A veces Nene le prestaba unos pesos a Pepe, y viceversa. Y si, por cualquier razón, el que recibía el dinero se demoraba en la devolución, jamás había reclamos, pues en algún momento la plata aparecía, para volver a ser compartida.

Nene dio una última vuelta de tuerca con su llave francesa, se paró y dejó la bicicleta contra la pared. Puso las manos sobre los manillares de la moto, pasó la pierna sobre el asiento y se impulsó con los pies hasta dejar la Triumph en la puerta. Le dio arranque y la máquina respondió.

—¡Dale, subí y vamos por esos reales!

—¡Realitos! —aclaró Pepe, mientras se acercaba para subir al lugar del acompañante.

Ya oscurecía. La luz de la calle se encendió, y a los tres segundos, un nuevo chispazo en los cables pelados quemó la única lámpara que funcionaba.

—¡Pa lo que alumbraba! —se despreocupó Pepe. Y paso seguido, hundió la pata en el barro.

—Poquito, pero alumbraba…

Al otro día, Mujica se levantó para armar varios ramos de flores y cargó unos cuantos en la bicicleta de doble canasto que tenía su hermana: algunos en el cesto que colgaba del manubrio y otros en la canasta trasera.

—¡Dale nomás, Titita! —Pepe la ayudó en el primer impulso y su hermana salió a repartir las flores por el barrio. La muchacha, que ya casi cumplía 18 años, iba por las calles disfrutando del aire fresco. Le gustaba que el viento le diera en la cara, pero se cuidaba de no cerrar los ojos por mucho tiempo, la última vez que lo había hecho,

terminó contra un árbol.

—Gracias, Titita —parada en la puerta de su casa, la vecina olía los crisantemos multicolores que más tarde le regalaría a su esposo, con el que solía conversar sentada al costado de la lápida—. Decile a Pepe que están preciosas…

—¡Gracias, doña María! —Titita parecía distraída, miraba de reojo por la hilera de portones, tejidos y muritos de la cuadra.

—Saludos a tu mamá…

Titita asintió y comenzó a retirarse. Cruzó la entradilla de pasto que había sobre la cuneta y bajó a la calle pedregosa. Decidió caminar un poco al lado de la bicicleta, le interesaba ver algo más de aquella escena: una pareja de novios veinteañeros se divertía entre arrumacos.

Ella tenía el pelo del color del trigo, lacio y largo, y un vestido floreado que a Titita le pareció feo, como la rubia. Él sí, estaba bien vestido, y tenía una hermosa sonrisa, y unos ojos verdes que a Titita le encantaron…

La rubia pellizcó a su novio y corrió por el pasillo de la casa para que él la persiguiera, y él se fue detrás de ella, y se perdieron de vista.

Titita se quedó parada en silencio. Luego subió a su bicicleta y se marchó: «¿Algún día me llegará?», se preguntaba mientras pedaleaba rumbo a otra casa. Y de tan compenetrada en sus pensamientos, se iba derecho contra un muchacho que caminaba por la calle de frente a la imparable bicicleta.

—¡Ay, ay, ay! —ella apretó los frenos, y él se hizo a un costado. La bicicleta se clavó al lado del muchacho, coleteó, y cuando Titita se iba al suelo, el joven de buenos reflejos estiró sus manos y la contuvo.

—¡Me querías matar! —él le sonrió y ella lo mismo…

Titita se quedó pensando toda la mañana en aquel encuentro casual y la sonrisa la sorprendía en cualquier lugar.

—La que sola se ríe, de sus travesuras se acuerda… —le dijo Pepe, y le guiñó un ojo.

Ella siguió radiante, barriendo los coquitos anaranjados que caían de la palmera del frente de su casa y tratando de evitar el cruce de ojos con su hermano.

—Se te hace tarde… —le dijo como para sacárselo de encima.

—¡Mmmmmm! —Pepe la miró con suspicacia.

—¡Andá, nene, andá! —le insistió Titita y la sonrisa se le disparó con más fuerza.

—¡Ajá! —se regocijó Pepe—. No me querés decir nada, ¿eh?

Estiró la mano y le palmeó la cara a su hermana, le dio un beso de despedida y salió mirando su reloj de pulsera rumbo a la casa de su amigo. Ya era más de mediodía y el aeropuerto quedaba lejos…

Para Mujica, conocer a Fidel Castro —aunque solo lo viera de lejos— significaba un acontecimiento social y político relevante: era el revolucionario, el luchador, el

guerrillero, el liberador…

Para Nene, se trataba de ir a ver al «personaje» del momento.

La Triumph salió en hora del Paso de la Arena y llegó al aeropuerto de Carrasco unos minutos antes del aterrizaje. A las tres de la tarde de ese 3 de mayo de 1959, Pepe y Nene divisaron en el cielo una nave de la Compañía Cubana de Aviación. La muchedumbre aplaudía y vivaba al comandante Castro. En un minuto el avión tocó suelo uruguayo, y unas doscientas personas lograron abalanzarse contra la escalerilla de la aeronave.

—¡No me digas que todos esos son periodistas! —desconfió Pepe mirando sobre cientos de cabezas desde su altura privilegiada: estaba parado sobre los apoyapiés de la moto que conducía su amigo. Nene, sujeto al manubrio, observaba en qué lugar estratégico ubicar la Triumph para correr con ventaja a la hora en que partiera la caravana de vehículos detrás del auto de Fidel Castro.

Enfundado en su traje militar verde oliva, el revolucionario cubano dio una conferencia de prensa, en la que respondió a todo tipo de preguntas durante cuarenta minutos.

La adrenalina se respiraba en la sala cuando se oyeron los alaridos del conductor del informativo del canal 10, Milton Fontaina: «¡Vos sos un barbudo piojoso, comunista hijo de puta!», le gritó el comunicador derechista —su familia explota y dirige Saeta TV—, además de militante de la Unión Colorada y Batllista, y gran correveidile de la Embajada de Estados Unidos.

Pasaron unos minutos para que los ánimos se calmaran. La seguridad del visitante logró escabullirlo entre la gente y así partió el auto de Castro rumbo al centro de Montevideo.

—¡Por ahí, por ahí! —le indicó Pepe a su amigo.

—¡Mirá cómo paso! —le respondió Nene, y en tres quiebres de cintura se ubicó a dos metros del auto.

—¡Bien, Nene, bien! —Pepe estiraba su cuerpo hacia delante.

—¿Más cerca lo querés? —un quiebre más y la Triumph quedó al lado de la ventanilla. Y ahí estaba el barbudo…

—¡Ey, Fidel, acá, acá! —le gritó Pepe emocionado.

—¡Hermanos! —Castro movía su mano para saludar.

—¡Qué lo parió, Nene, vamos al lado!

—Decile que me regale el gorro…

—Sí, pará, que ya le pido el traje también.

—Sí, dale, un mameluco verde para el taller…

El auto de Castro llegó a la plaza Independencia, el revolucionario bajó y saludó con ambas manos en alto a la gente que se congregaba en las puertas del Victoria Plaza. Luego subió las escaleras hasta adentrarse en el hotel.

Pepe y Nene ya volvían al Paso de la Arena, sobre la ágil máquina de dos ruedas.

—¡Inolvidable, Nene! —dijo Mujica en la puerta de su casa.

—La verdá que sí… —respondió Nene antes de partir a la suya—. Lástima el mameluco, me hubiera venido al pelo…

Castro pidió a las autoridades de gobierno que lo llevaran a sobrevolar las zonas inundadas. Al otro día abordó un avión militar con el coronel Seregni como guía. Desde el aire observó el desastre.

Se atusaba la barba contra el pecho, mientras evaluaba con Seregni las enormes pérdidas para el país y su gente.

Castro hablaba sin dejar de posar sus ojos en los cursos de agua ensanchados, deformes, en los espejos de agua enormes como lagunas.

El avión aterrizó en el campo, y las botas negras del militar cubano —parecidas a las que llevaba Seregni— fueron pisando barro y pasto mojado hasta llegar al campamento de la Estación Chamberlain, donde el visitante comió un asado junto a refugiados y soldados. Luego saludó al Ejército por las tareas de socorro que realizaba. Miraba cómo los militares iban de un lado a otro del campamento repartiendo leche y pan entre las familias: «*Es muy agradable ver al ejército no matando sino ayudando a los campesinos y siendo respetado por todos los ciudadanos*», reconoció.

Un rato después dijo que el pueblo cubano deseaba colaborar:

—Así que voy a depositar veinte mil dólares en la cuenta del gobierno, procedente del Fondo de Reforma Agraria. Será una contribución de los campesinos cubanos a los campesinos uruguayos…

—¡El pueblo uruguayo se lo agradece mucho! —asintió el coronel Seregni.

—A mí no, chico, al pueblo cubano.

—Al pueblo cubano, ¡salú! —respondió Seregni, levantando su vaso.

—¡Salú!

Castro oficializó la donación en la reunión que mantuvo con el Consejo Nacional de Gobierno, y Pepe se alegró mucho cuando se enteró de que el revolucionario había decidido entregar el dinero en manos de un hombre de confianza, el ministro de Industria, Trabajo y Abastecimiento.

—¡Acaba de pasar por el Uruguay un hombre muy importante para América! —le dijo Erro a Mujica en el despacho ministerial.

—¿Hablaron algo de la revolución? —preguntó Pepe.

—Le pregunté, claro, no hubo mucho tiempo de conversar, pero dijo que habían sido dos años de lucha intensa, que por momentos no podían pegar un ojo, ni de día ni de noche, y que el error de la dictadura fue haber subestimado a los rebeldes…

—Por lo que leí, los soldados de Batista se iban pasando a los revolucionarios…

—Sí, a medida que el Movimiento 26 de Julio avanzaba, la gente se iba sumando,

incluso policías y militares. Y él entiende que eso pasó porque la revolución se hizo con el pueblo.

—Ahí está el secreto, ¿verdad?

—Es que nada se puede hacer a espaldas del pueblo, Pepe.

—Nada bueno…

—Vos lo dijiste, Pepe, vos lo dijiste…

Un minuto después, Erro le contó que el Consejo Nacional de Gobierno —con su mayoría blanca— iba a extender el período de medidas prontas de seguridad, porque los consejeros querían aprovechar a controlar las protestas que se generarían por una nueva huelga de los obreros de la carne.

—Pero son unos hijos de…

—Sí, Pepe —interrumpió Erro—, lo son, sí.

—Otra que «medidas buenas»… —se quejó Mujica.

Erro también le contó que, según sus datos, el consejero Nardone —con su séquito ruralista— había entrado en un juego de relaciones turbias y sospechosas con la Embajada de Estados Unidos.

—¿Sabés quién es Howard Hunt? —le preguntó el ministro.

—No —respondió Mujica.

—Figura como primer secretario de la Embajada, pero…

—¿Es de la CIA? —Pepe atrapó la suspicacia en el aire.

—Y… —el gesto de Erro mostraba desconfianza, en realidad casi certidumbre, pero trataba de evitar afirmar algo que no tenía confirmado—. Hunt se reúne todas las semanas con Nardone, una, dos, tres veces…

—¿Qué? —Pepe abrió bien los ojos.

—Como lo escuchás…

—Un anticomunista como Nardone y un agente de la Embajada yanqui no creo que se junten a tomar chocolate y jugar a la lotería.

—No, la cosa debe ser con *whisky* y juegos imperiales.

—¿Y ahora? —Pepe lanzaba una pregunta muy difícil de contestar: qué hacer en estas circunstancias confusas… El ministro necesitaba reunir más datos, todavía no tenía una respuesta.

—Y ahora se vienen tiempos complicados —dijo con cierta vaguedad. Luego le explicó a Pepe que se masticaba un proyecto de ley de reforma cambiaria y monetaria, promovido por el ministro de Hacienda, Juan Eduardo Azzini: prebendas para latifundistas y operadores financieros, devaluación del peso frente al dólar, que pasaría a flotar en el libre juego de la oferta y la demanda, sin regulación estatal de cambio para ningún tipo de producto, política fiscal de espaldas a la contención social de los sectores más pobres, no más controles de importaciones ni de exportaciones, una gran lamida de botas al Fondo Monetario Internacional…

—Pero… —sentado frente a Erro y desorientado con las decisiones de su partido, Mujica abrió los brazos en jarra sobre el escritorio—. ¿Y esto…?

—¡Esto es liberalismo económico despiadado! —respondió el ministro.

—¡Esto es una mierda! —sintetizó el joven.

—Lo es, Pepe, si lo será…

—Una gran mierda…

—Sí, pero no hay que bajar los brazos, muchacho: ¡Tenemos que seguir peleando, Pepe!

Mujica se tomó la militancia con pasión. Y actuó con vehemencia en defensa de las posiciones asumidas por los jóvenes de la agrupación de Erro:

—¡Andá, cajetilla de mierda! —el grito iba dirigido al militante de la Lista 8 y habitante del residencial barrio Carrasco, Luis Alberto Lacalle.

—¡Pero salí de acá, atorrante! —la respuesta fue para el militante de la Lista 41 y poblador del obrero barrio Paso de la Arena, José Mujica.

Al instante las sillas comenzaron a volar y las trompadas se propagaron por toda la sala en la que se desarrollaba una convención de jóvenes herreristas: la trifulca se generó al tratar el tema de la política exterior del gobierno.

—¡Tomá, oligarca imperialista! —la piña iba desde la 41.

—¡Muertos de hambre! —el manazo volvía desde la 8.

Y así iba la gresca hasta que un dedo pacificador bajó la llave de la luz, y como a oscuras era imposible ver a quién se le pegaba, la pelea cesó. La calentura de los contrincantes duró un poco más…

Erro felicitó a los muchachos por su valentía.

Luego el ministro le explicó a Pepe, y le pidió el mayor apoyo de la juventud, para concretar los propósitos que tenía en mente en defensa de la gente, contra los especuladores y oligarcas corruptos. Mujica comprometió el respaldo en todo lo que fuera necesario. Y los planes, que hacían arder las cabezas de los propios consejeros de la alianza herrero-ruralista —en especial de Nardone—, se llevaron a cabo durante el resto del año 1959.

Con ayuda de Mario De Souza, delegado del Ministerio en la Comisión Honoraria del Azúcar, encargada de controlar precios y costos de producción, Erro reveló el intento de soborno del operador norteamericano Alberto McNutt, representante del ingenio azucarero De Lobo y agente del *trust* del azúcar encabezado por los Aznárez.

El joven De Souza fue el que apretó el *rec* del grabador oculto, cuando McNutt ofreció la coima para el ministro a cambio de que este aumentara el precio básico de la tonelada que se debía pagar por la cosecha del azúcar. Con la denuncia llegó el escándalo y la prisión para McNutt, que además era yerno de Serrato, el poderoso empresario de la Ferrosmalt.

Nardone y los grupos económicos involucrados desplegaron todas sus influencias para presionar al Poder Judicial…

—¿Salió McNutt? —preguntó Pepe, desconcertado—. Escuché que la Suprema

Corte lo sobreseyó…

—Y cómo no va a salir —respondió Erro—, si el abogado es el hijo del ministro de la Corte.

El juez Odriozola firmó la orden de libertad: el ladrón de cuello blanco no alcanzó a cumplir siete días completos en la cárcel de Miguelete.

—¡Qué lo parió! —se quejó Mujica.

Erro también mandó a prisión a los empresarios textiles Angenscheidt y Castillo por contrabando de mercaderías; cerró el Almacén Augustower por especulación con el café, y la barraca Río de la Plata por igual maniobra pero con hierro y madera. Confiscó un millón de kilos de azúcar a la Coca-Cola, especulación que beneficiaba a la familia Aznárez. Multó en dos millones de pesos a la empresa de neumáticos Funsa, por paralizar su planta industrial —perjudicando a los trabajadores— alegando falta de materia prima, cuando la almacenaba hasta el techo en depósitos clandestinos.

El ministro bajó el precio del azúcar, de la yerba y de otros productos de primera necesidad, y fomentó el establecimiento en todo el país de filiales delegadas del Consejo Nacional de Subsistencias, para ejercer el control de los precios de venta al público. Para ello también creó comités populares de defensa del consumo, en los que participaban Pepe y la juventud de la 41: visitaban comercios como si fueran clientes —o les pedían a las amas de casa que hicieran las preguntas pertinentes sobre los precios— y de hallar irregularidades, las denunciaban ante el Ministerio.

Erro clausuró también molinos como el de la familia Peirano —vendían harina en un mercado paralelo— y anuló compras millonarias de materias primas a grupos norteamericanos, porque se habían realizado eludiendo las licitaciones.

Era permanente el enfrentamiento que mantenía con el gobierno colegiado, por Erro respaldar a los trabajadores en sus reclamos ante los empresarios en la mesa de negociación de los Consejos de Salarios.

—Hay un grupo de trabajadores de la Unión muy agradecidos por lo de ayer —le dijo Pepe.

Erro se había subido a un cajoncito de madera en plena avenida 8 de Octubre y comenzó a denunciar a los empresarios de esa zona comercial, que ante el Estado hacían figurar a los empleados con un sueldo y les pagaban otro inferior.

—¿Sabés lo que me dijo Echegoyen, cuando se enteró? —Erro puso cara de repugnancia aristocrática e imitó la voz del consejero blanco—: «Mire que no es nada elegante que un ministro esté hablando arriba de un cajón».

La conducta incorruptible de Erro —llegó a cerrar comercios de familiares de dirigentes blancos, lo que era «imperdonable» entre los correligionarios— y su defensa a capa y espada de los intereses del trabajador provocaron el odio de los grupos empresariales, que presionaron al gobierno para que lo destituyeran.

A fines de 1959, se desató la crisis política en el seno de su propio partido. Le pidieron que dejara el cargo, pero Erro se negó:

—¡No renuncio, si quieren que me echen! —respondió al enviado del Consejo Nacional de Gobierno.

Y lo echaron el 8 de enero de 1960.

Ese día miles de trabajadores ofrecen a Erro ocupar el Ministerio de Trabajo para reclamar que se revierta la destitución. El dirigente blanco agradece el gesto, pero les pide que no tomen esa medida de lucha.

—¡Estos viejos de mierda no pueden echarte así nomás! —con su bronca quemándole el cuerpo, Mujica no repara en que acaba de tutear a Erro, que le sonríe a su joven buen amigo.

—¡El costo político corre por cuenta de ellos! —respondió el dirigente—. ¡Nuestra lucha continúa, Pepe! La misma lucha, desde otro lugar…

—¿Y Gianola? —Mujica apretaba los puños—. ¿Decime que no es verdad?

—Sí, es verdad, Pepe.

—No se puede ser tan hijo de puta…

—Me llamó por teléfono, pero no para preguntarme si aceptaba el cargo sino para decirme que ya lo había aceptado: «Es por el bien de la 41, así el Ministerio se queda dentro de la agrupación», me dijo.

—¡Qué traidor! ¡Qué traidor! —Pepe cerró los ojos y apretó los dientes—. Seguro que lo convencieron en el viaje a China: lo mandaste en tu lugar y se quedó con tu cargo…

—Me dijo que el sábado había estado con Haedo en Punta del Este, y que ahí Haedo lo trató con mucho afecto y… —Erro pegó los labios y abrió las manos—. Mirá, ya está todo dicho, no vale la pena seguir revolviendo la mierda.

—Gianola es una mierda.

—No, dejá, que por suerte me dijo que apenas entre al Ministerio, va a sacar una declaración defendiendo mi decencia…

—Pero la concha de su madre.

—Vamos, Pepe —Erro sonrió, se paró y descolgó su viejo saco azul—. Ahora nos tomamos algo fresco y charlamos de cómo vamos a seguir adelante: ¡Tenemos mucho que hacer, compañero!

9

Muchachos bandidos y un títere del Imperio

Apenas sintió el calor en la garganta, la locuacidad de su movedizo compinche del Cerro lo sorprendió por la espalda:

—¿Qué tenés que hacer ahora, aparte de chupar? —le dijo el Loco Naya, que al instante quedó acodado al mostrador, de frente a Mujica, como haciéndole de espejo.

—¡Ja! El muerto se ríe del degollado —respondió Pepe, que con lento movimiento, volvió a mojarse la boca y el mostacho esquelético, antes de mirar al cantinero—: ¡Gallego, servile una a ver si se calma!

—¡Doble, Gallego! —se envalentonó el Loco.

—¿Qué negocio? —preguntó Pepe a su amigo.

—Tengo que ir a una reunión importante.

—Importante.

—Sí, muy importante —el Loco sorbió un trago largo de su copa.

—¿Y de qué…?

—¿De qué, qué?

—¿De qué se trata? —represguntó Pepe.

—Pagá, que te cuento en el camino…

—¡Tas apurao!

El Loco terminó su trago como si fuera agua.

—¡Tenía sed, el hombre! —exclamó Pepe buscando complicidad con el cantinero que, parado frente a la niquelada caja registradora, repicaba los botones con sus dedos mochos de sumar noche y día.

—¡Dejá, dejá! —Naya, cejijunto, se palpó los bolsillos del pantalón—. ¡Gallego, poné todo en mi cuenta, que no tengo cambio!

—¡Aquí tú no tienes cuenta! —respondió el cantinero.

—¡Ah, me olvidaba! —el Loco miró el reloj colgado en la pared—. Estamos llegando tarde, Pepe. ¡Dale, que hay vino y asao!

—¿Dónde?

—En la reunión, ya te dije —el Loco sacó las hojillas para armar un tabaco.

—¡Tomá, Gallego, guardá el cambio! —Pepe dejó la plata sobre el mostrador y empinó el vaso hasta limpiar el fondo.

El Loco salió caminando mientras afinaba el cigarro entre las yemas de los dedos.

—¡Vino y asao! —Pepe siguió los pasos de su amigo—. Es una reunión bien importante, entonces…

—¡Te dije! —el Loco pitó el armado y echó el humo por la nariz.

En el camino, trepando el Cerro, tuvo tiempo de contarle a Pepe los propósitos

del encuentro que se realizaría en un rancho de Villa Verde, una de las zonas más pobres del barrio.

—¡Movimiento de Lucha por Trabajo! —exclamó el Loco, ya sentado en un banco de tablas con pegotes de hormigón—. ¿Qué decís, Pepe?

—¡Fenómeno! —respondió Mujica.

—Entonces, un brindis por el nuevo miembro —dijo el Flaco Belletti, el joven comunista del que Pepe desconfiaba por sus intenciones proselitistas.

Las estrellas se veían más cerca desde aquella altura del Cerro. El aire fresco no llegaba a ser frío, y en todo caso se templaba a medida que bajaba el contenido de la damajuana verdosa, apoyada en el piso. Un cable largo, enganchado al borne del poste de la luz mortecina de la calle, alimentaba una lamparita de 25 *watts* que, atada a un palo de eucalipto plagado de hongos, apenas dejaba adivinar las caras de los jóvenes risueños en noche de anécdotas y sueños.

Así Mujica se rodeó de muchachos más o menos de su edad, que no tenían trabajo formal. Varios de ellos —conocidos de vista por el vendedor de flores de la feria del Cerro— eran expertos en tareas, por lo general nocturnas, que les ayudaban a sobrevivir y a mantenerse en forma física y mental: observación e intuición para descifrar un escenario, agilidad en la escalada y salto de muros o tejidos, destreza para abrir puertas o ventanas, fuerza a la hora de cargar bultos, resistencia y velocidad en la escapada…

—¡Contá alguna tuya! —lo invitó el Sordo Moreno mientras recargaba el vaso de Pepe.

—¿Yo? No, yo no…

—¡Andá! —se rio King Kong con el estruendo y aparatosidad del gorila cinematográfico.

—Pero salí de acá, con esa facha que traés… —desconfió el Chuno.

Pepe lucía pantalón gastado y camisa algo raída, su ropa de trabajo.

—No, no, en serio… —insistió el florista.

—Dejá, Pepe, que no engrupís a nadie… Y lo que hacías en la quinta de Batlle —lo deschavó su amigo el Loco, arrastrando un poco la lengua.

—Ah, pero eso eran unas ramitas de lamberciana…

—¡Viste! —repuso el Loco—. Te hacés el santito, te hacés…

—Es que las viejas te piden verde para adornar los ramos de flores —se defendió Pepe—. Y nosotros le podábamos la cerca que tiene la quinta, pero de afuera nomás. Si hasta los milicos nos veían y no nos decían nada…

—¡Andá! —se rio el Loco.

—Era así, te digo… —Pepe estiró el brazo y Belletti le rellenó el vaso.

—Bueno, bueno —interrumpió el Flaco David, parándose del tronco que le servía de banquito—: ¡Esto no es un concurso de chorros, che!

—¡Callate, Flaco, que vos sos el pior! —le espetó King Kong.

—Eso es aparte —dijo David, ignorando la situación.

Y con aire de maestro de ceremonias, mostrando sus condiciones naturales de actor callejero y gran vendedor ambulante, pidió un brindis para el movimiento de los desocupados del Cerro, y tras recoger una lata de conserva oxidada que estaba tirada contra un cantero de tomates, pasó caminando con la mano extendida entre los presentes…

—¡Vamos, colaboren con la causa, que yo administro! —alegó.

Y como respuesta recibió amagues de trompadas y patadas de todo tipo.

—¡Así nunca vamos a llegar a ningún lado! —se quejó y volvió a su tronco.

Sobre los techos de lata, entre los grandes pedazos de escombro dispuestos para tratar de evitar que los vientos volaran las chapas, unos gatos, dos pardos y uno atigrado, asomaban las cabezas hacia el patio animado por la charla de los jóvenes. Más tarde pelearían a sagacidad algún hueso del que todavía se pudiera roer algo: sus contrincantes, mejor posicionados, muy cerca de la parrilla tirada en la tierra, se rascaban el lomo por las pulgas, jadeantes y babosos.

Pepe repartió algunas grasas entre techo y piso, se chupó los dedos, tomó el último trago de vino y se despidió: comenzó el descenso del Cerro con su amigo el Loco sentado en el cuadro de la bicicleta. Las ruedas iban dibujando un camino viboreado en la tierra floja y áspera.

Dejó al Loco cerca del cementerio y siguió rumbo al Paso de la Arena. Al llegar lo esperaba una discusión, por la hora. Pero no estaba en condiciones de afrontar ninguna queja, ni argumentar nada a su favor: los chiquilines dormían tranquilos, y él también se durmió un minuto después de sacarse la ropa y entrar a la cama.

A la mañana siguiente debía ir a comprar flores al mercado y armar unos ramos para un casamiento en la iglesia de Las Carmelitas, en el Prado.

Esa noche tuvo una pesadilla: milicos, balazos y corridas. Y una voz sin rostro, que le pareció la del Flaco David, lo apuraba a escapar: «aspirina, aspirina», le repetía a los gritos. Pepe no tenía tiempo, corría, seguía corriendo por las calles de la ciudad, sin saber por qué.

Desde el local que habían conseguido alquilar a dos cuadras de la plaza principal del barrio, los jóvenes desocupados del Cerro salieron con antorchas, y muy en lo alto llevaban flameante la bandera del movimiento, a listones horizontales: negro, rojo y verde.

—¡Te toca, Pepe! —le dijo David.

—Ahí voy…

Las puertas del bar se abrieron, y flanqueado por las antorchas de Naya y Belletti, Pepe ingresó con el cajoncito de madera, lo colocó en el piso y —como en algún momento había hecho Erro en la avenida 8 de Octubre— se subió al estradito

popular, ante la mirada incrédula de los hombres que llenaban mesas y mostrador.

—Buenas noches, compañeros parroquianos —saludó Pepe—: somos de la juventud desocupada del Cerro, una juventud olvidada por las autoridades y cada vez más sumergida en la angustia de no tener trabajo. El negro de nuestra bandera simboliza esta vida de miseria y el rojo es el de nuestra lucha, una lucha diaria para salir del callejón que muchas veces lleva al delito: ninguno de estos jóvenes que ustedes ven hoy acá quiere salir a robar —King Kong, David y el Chunobajaron la mirada al piso—, todos queremos vivir de nuestro trabajo, por eso también llevamos el color verde, que simboliza nuestra esperanza…

Había decenas de cantinas en el Cerro, que se iban poblando a partir de las seis o siete de la tarde, a la salida de las fábricas y de los frigoríficos. Vino, caña, grapa, espinillar y cuanta otra bebida alcohólica existiera en el escaparate corrían por las tripas de los trabajadores durante dos o tres horas. El murmullo se escuchaba desde la calle por donde transitaban Pepe y el resto de los muchachos, unidos bajo una bandera e iluminados por el fuego de la protesta, de bar en bar.

Con la suelta de volantes se terminaba el acto de apenas tres minutos por boliche. En el papel se invitaba a los presentes a colaborar con los muchachos, que se proponían concretar dos objetivos algo ambiciosos: el primero, acondicionar unos grandes barcos ferrugientos que habían quedado varados en el puerto después de la Segunda Guerra Mundial…

—¡Queremos salir a pescar y vender el pescado a bajo costo para toda la población del Cerro! —explicaba el Flaco David en otro bar.

—¿Y qué me dicen de ese campo de golf de la oligarquía inglesa? —preguntaba Mujica a los parroquianos de otro boliche—. Si la gente nos apoya, vamos a arar ese gran pedazo de tierra improductiva para transformarlo en una gran chacra que dé de comer papas, zanahorias, boniatos, todo tipo de verduras para todos los vecinos del barrio…

La gente explotaba en aplausos. En general, la idea resultaba encantadora. Pero a la vez era consideraba una locura de parte de unos jóvenes soñadores, a los que no se sabía cómo apoyar…

—Te imaginás —le decía Pepe a David, mientras fantaseaban con la chacra—: un tractor adelante con la bandera de los desocupados y todos atrás tirando papas chicas para que nazcan las plantas…

—¿Y quién manejaría el tractor? —interrumpió el Loco Naya.

—Yo sé —respondió Pepe—, mi abuelo tenía campo…

—Ah, no, mi viejo —saltó el Loco—: vos sentadito y nosotros metiendo pata como locos…

A las nueve de la noche —y nunca más allá de las diez—, el murmullo cesaba y el Cerro se volvía oscuro y silencioso. Los muchachos regresaban al local para

regocijarse entre anécdotas, pan y vino.

—Qué artista el Cioquita, ¿eh? —Pepe miraba las paredes con escenas alusivas al desempleo. Las había pintado un muchacho que desde chico llevaba como apodo el diminutivo del entreala de Nacional, Aníbal Ciocca.

—Pinta bien, pero ¡puta que juega al fúbol! —dijo el Pajarraco, recién llegado a la charla.

—Juega y no se afana las camisetas —ironizó Belletti, entre risas.

—Lo pasado, pisado —se excusó el Pajarraco, dándose por aludido—; además, todo volvió a su lugar, así que no hay que andar protestando como vieja chusma…

—¡Brindemos por ese código de amistad! —Belletti alzó el vaso.

—Te la pasás brindando, Flaco, después los borrachos somos nosotros —le espetó el Negro Pinocho.

—¡Callate, Negro, que ayer perdiste con un enano! —le tiró el Flaco David.

El Negro Pinocho había saltado un murito para robarse un enano de jardín, pero el dueño de la casa lo había enchufado al cable de 220 voltios de energía eléctrica. El enano le pegó una patada al Negro Pinocho, que lo tiró lejos. Y aún con los efectos de la electrificación y del vino que había tomado, el Negro Pinocho se paró en el medio de la calle y lo invitó a pelear:

—Salí pa fuera, hijo’e puta, que te rompo todo —lo desafió.

Y el enano, cobarde, se quedó quieto…

—¡Pero pobre de él si salía, ¿no?! —sonrió Pepe y le palmeó la espalda al Negro Pinocho.

—¡Al fin uno que me entiende! —agradeció el Negro y le chocó el vaso a Mujica.

Pepe dividía su militancia entre la juventud desocupada del Cerro, la juventud de la Lista 41, las luchas obreras y universitarias y los comités de apoyo a la revolución cubana que se empezaban a crear en Uruguay, como respuesta al avasallamiento de Estados Unidos contra las fuerzas de Fidel Castro: el triunfo revolucionario en la Perla del Caribe —publicitado en los viajes internacionales del líder guerrillero— podía dar pie a eventuales levantamientos populares en países cuyos gobernantes eran como títeres, manipulados por los servicios secretos del Imperio yanqui.

El joven Mujica iba hasta La Paz en su bicicleta y ya no tocaba timbre en la puerta de entrada de lo de Erro: abría el portón lateral de la casa y entraba directamente al fondo, donde el diputado blanco solía sentarse a leer a la sombra. Pero si estaba frío las reuniones se hacían en el *living*.

Pepe podía llegar con varios jóvenes de la agrupación a planificar las acciones de la tarea militante. No era imprescindible que el legislador estuviera en casa: Mujica tenía vía libre para usar el *living* como sala de reuniones. Y antes de arrancar, se dirigía a la cocina:

—María Herminia, ¿no nos prepararía un cafecito? —le pedía a la esposa del

diputado.

—Cómo, no, Pepe —el café colado quedaba reposando en una bandeja, y Mujica lo iba sirviendo entre los muchachos, mientras hablaba de la situación política que atravesaban:

—¡Erro está solo en la Cámara, como un francotirador! —explicó Pepe a los demás jóvenes—. Tenemos que apoyarlo más que nunca: su idea, a concretar en los próximos meses, es salir por todo el interior del país, a cada uno de los lugares en los que se presente Nardone, como si fuera su sombra, para desmentirlo y dejarlo en evidencia.

Luis Bonello, Cléber Vázquez y Jorge Machado soplaban el café caliente mientras escuchaban a su compañero:

—Lo de Nardone es una vergüenza —exclamó entonces el joven Mortimer Valdez, mientras le ponía azúcar y más azúcar a su taza—: cada vez más alcahuete de los Estados Unidos…

Benito Nardone había asumido la presidencia del Consejo Nacional de Gobierno, y como muestra de su fidelidad al gobierno yanqui, al otro día se paseó en un lujoso auto descapotable por el centro de Montevideo con el presidente de los Estados Unidos, Dwight David *Ike* Eisenhower.

Luciendo un delicado traje oscuro con finísimas rayas blancas, engominado su pelo hacia atrás, y portando expresión facial y sonrisa mimetizadas con las de Richard Nixon, el uruguayo Nardone parecía sentirse como el mismísimo vicepresidente de los Estados Unidos, mientras el número uno del anticomunismo —flanqueado por agentes de seguridad de cara siniestra y lentes oscuros— se paraba del asiento para saludar, con ambas manos en alto, hacia algunos balcones de los edificios de la plaza Independencia.

Pepe y los muchachos de la 41 habían organizado una protesta callejera para repudiar al imperialista. Agitaban las banderas de Erro, de Herrera, y le gritaban «*negrero*» y «*asesino*», y unos cuantos piropos más de ese tipo…

De vez en cuando, Pepe fijaba los ojos en un receptor que había del otro lado de una vidriera y que transmitía la «*vergonzosa ceremonia*», según palabras del joven.

En una de esas miradas hacia la pantalla, se detuvo en un detalle: en plano bien alejado de la escena principal, se veía al Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres, José Gervasio Artigas, protegido en cadena cerrada por el Cuerpo de Blandengues:

—¡Siempre lejos del tirano, como debe ser! —exclamó Pepe en su bronca. Y esa tarde se fue cantando consignas antiyanquis rumbo al Cerro, donde se quedó hasta la noche compartiendo la mesa con sus amigos de Villa Verde.

—¡Lo que está haciendo Nardone es descarado! —le dijo doña Lucy a Pepe, parada entre los atados de cartuchos—. Erro tiene razón, estamos comprometiendo la

soberanía.

—Estuvo muy bien lo que contó Erro sobre las profecías de Haya de la Torre —repuso Pepe, anudando los paquetes—: cuando Estados Unidos se muestre más complaciente con los pueblos de América latina, mucho más peligroso será…

—¿Fuiste al Palacio? —le preguntó su madre.

—Fui, sí. Estuve un rato en las barras, y después fui hasta el despacho de Erro. ¿Y a que no sabés con quién me crucé?

—¿Con quién?

—Con el yerno del viejo Echegoyen.

—¡Pah! Barbot Pou, otro diputaducho traidor como Gianola. ¿Te dijo algo?

—Me ignoró por completo.

—Lógico, ahora nos quieren hacer ver como la escoria de los blancos, ¡qué ingratitud!

—Dejalos, *mamma*, ya sabemos quiénes son.

—Sí, más vale perderlos que encontrarlos.

—¿Viste las cosas que viene diciendo Erro sobre Cuba? —a Pepe le interesaba hablar de este tema con su madre, pues ella era una gran desconfiada del comunismo y de todo lo que tuviera tufillo a soviético, como Fidel Castro, según su temprana percepción—. ¿Lo escuchaste en la radio?

—Sí, sí, está hecho todo un revolucionario —respondió ella, sonriendo—, y vos vas por el mismo camino, ya veo…

A Pepe se le dibujó la mueca que lo delataba ante su madre.

—Yo creo que Erro tiene razón —dijo entonces el joven—: los Estados Unidos están cercando a Cuba en lo económico y en lo bélico. Las amenazas de Nixon son cada vez peores. Así pasó en Guatemala: primero siembran el terror de una invasión soviética a los países americanos, después se presentan como los salvadores de la libertad, y cuando querés acordar te bombardean y matan todo lo que se mueve por la calle, para reimplantar un gobierno proyanqui.

—Menos mal que eso acá no va a pasar…

—Yo qué sé, vieja —Pepe había hablado de ese tema con el Flaco Belletti, y aunque en general no coincidía con el comunista, se le había despertado cierta preocupación: ¿qué pasaría si mañana gobernaran fuerzas de izquierda en Uruguay?

—Vos creés que sí… —se sorprendió doña Lucy.

—No sé —respondió Pepe, agachado entre los cartuchos, y dejando que su imaginación se fuera lejos…

—Pero si acá ya tenemos un gobierno proyanqui, Pepe.

Mujica sonrió y volvió al presente.

—¡Tenés razón, vieja, tenés razón! —y siguió atando las flores.

—Ahora —doña Lucy se puso las manos en la cintura y miró al cielo—, para cuando te toque ser presidente, no sé cómo va a estar el mundo.

Pepe largó una carcajada y levantó la mirada hacia su madre:

—Qué fe que me tenés, viejita, ¿eh?

—Mirá que todavía guardo tu tarjeta de los catorce años —le recordó ella.

—¡Ah, pero ahí nunca dije que iba a ser presidente!

—No, eso lo digo yo…

Mujica acompaña a Erro amplificando entre los jóvenes las posturas que el legislador asume en el Parlamento contra el pensamiento y las decisiones de Nardone. Discute con el diputado la agenda de presentaciones públicas en Montevideo e interior, donde Erro va desenmascarando los actos de corrupción vinculados con negocios bancarios y de la carne, que involucran a miembros del ruralismo como Juan María Bordaberry, el consejero y banquero Harrison, el propio Nardone y el vicepresidente del Banco de la República, Juan José Gari.

Y también denuncia la trama imperialista que existe tras el inicial préstamo de cien millones de dólares de parte del Fondo Monetario Internacional.

—¡Así que el Fondo exige paz social! —ironizó Mujica en charla con Erro.

—Sí, escuchá lo que voy a decir ahora… —el diputado salió de su despacho hacia la sala con una carpeta bajo el brazo. Mujica caminó por el corredor ambulatorio que rodea el hemiciclo de la Cámara Baja, abrió la puerta y se sentó en la primera fila, apoyando los brazos sobre la baranda del balcón. Abajo, entre los demás diputados, se veía a Erro en su banca, acomodando papeles. Cuando le tocó hablar, el legislador blanco lanzó todo tipo de cuestionamientos contra la decisión de Nardone de aumentar el número de integrantes de las Fuerzas Armadas: en principio el consejero quería dos mil militares más —en su audición radial les llamó sus «camisas verdes», dispuestos a actuar en horas de huelgas, paros y manifestaciones callejeras—, pero en primera instancia se contrataría a unos ochocientos cincuenta.

Nardone ya había ordenado el despliegue de nueve tanques de guerra para disuadir una manifestación de empleados textiles y municipales en la plaza Independencia. Ese era el tipo de paz social que exigía el FMI para abrir el crédito a Uruguay y a otros países del llamado tercer mundo. El engrosamiento del poder militar en los países «amigos» del gobierno de Estados Unidos parecía una cláusula imprescindible para mantener esos fraternos lazos.

«*Las Fuerzas Armadas constituyen en América latina, para no ir más lejos, una inquietud dominante en cada uno de sus pueblos, porque casi constantemente su penetración y sus incidencias están creando profundas intranquilidades, y nosotros no queremos que en nuestro país llegue a ocurrir lo mismo*», advirtió Erro. Y luego de señalar que el FMI pretendía limitar la democracia y cercenar el derecho de huelga, se paró para gritar: «*¡Desgraciado el país que trate de ahogar la exteriorización de este sentimiento de sus trabajadores, y desgraciado el país que*

intente enfrentar a esos trabajadores!».

Mujica y el resto de los militantes de la 41 aplaudieron a rabiar, también hicieron sonar sus palmas los batllistas, socialistas y comunistas.

En julio de 1960, el Parlamento votó la duplicación de la cuota al FMI y Erro habló de un país sojuzgado al imperialismo norteamericano. Por esos días, Mujica estudiaba con pasión todo lo que se vinculara con la revolución cubana: había quedado impresionado con los discursos de Fidel Castro y se preocupaba por estar informado de cómo el gobierno revolucionario hacía frente al ostensible bloqueo económico a la isla de parte de Estados Unidos.

Entonces Erro llamó a Pepe, y le dio la noticia:

—Viste que en Cuba se hace el Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes —le dijo.

—Sí —respondió Pepe.

—Bueno, van a ir más de trescientos delegados de veintipico de países.

—Ajá.

—Y vos sos uno de ellos…

—¿Qué? —sonrió emocionado Mujica.

—Que te vas como delegado de la juventud de la Lista 41, ¿o le tenés miedo a los aviones?

10

El fuego de la revolución latinoamericana

28/7/60 Hotel Habana Hilton

Llegamos a Cuba a las dos de la tarde luego de viajar casi ininterrumpidamente haciendo escalas en San Pablo, Río, Belén, y trasbordar en Caracas (5 a 9) en Delta, con la que estuvimos en Jamaica.

El trato en el viaje fue inmejorable: whisky, champán, caviar, etc., etc. Y en Cuba… increíble. Estamos en el mejor hotel de Cuba, antes de la misma firma del Waldorf Astoria, que es cinematográfico. Loco, te diré que supera en largo a nuestro Victoria.

Nos recibieron con música y fotos, luego nos llevaron a una comida en un parque (antes de los bacanes), Parque Cristal, donde estaban juventudes de todo el mundo, algo maravilloso. Bueno… el tiempo corre y creo que estaremos por lo menos hasta el 15.

Juntame unos 10 dólares y mandámelos a la Habana Hilton, recomendada.

Nene terminó de leer la carta con una carcajada. Plegó la hoja y la guardó de nuevo en el sobre, se sentía contento de que su amigo lo recordara en estos momentos, y lo imaginó entre largas mesas de banquetes, con muchachas de piel tostada y ropas livianas acercándole los manjares, y él, su compinche de siempre, dudando entre las frutas y las aves, para luego decidirse por de todo un poco mezclado en el plato.

—¡Pepe, quién te ha visto y quién te ve! —exclamó y se fue a dormir con la amistad bien guardada en un rincón del Paso de la Arena que ahora se extendía hasta el Caribe.

Un hombre serio entra y camina lento por el escenario de tablas en medio de aplausos, gritos y coros vívidos de la juventud que lo recibe: el Teatro Blanquita desborda, y sigue llegando público. Con sus botas de cuero negro acordonadas a medias que le cubren hasta la pantorrilla, se dirige a los micrófonos de pie: son cinco y de uno cuelga un cartelito de La Voz del INRA, la radio cooperativa que acaba de adquirir el gobierno revolucionario para el Instituto Nacional de Reforma Agraria.

Pepe no lo puede creer, ahí está el comandante Ernesto *Che* Guevara, frente a sus

ojos, con su uniforme militar y las manos a la espalda, en señal de respeto hacia los jóvenes que lo vivan. Se ha cortado un poco el pelo, que apenas le tapa el cuello, mantiene su barba negra, cuidada y puntiaguda bajo el mentón, y lleva el bigotito ralo, como dos pelusas que se abren bajo la nariz para caer al lado de las comisuras de los labios.

Pepe se pasa los dedos entre nariz y boca para sentir sus pinchos nacientes; extraña su vello de ciempiés, pues se le ha dado por afeitarse toda la cara.

Desde abajo se ve al erguido revolucionario secundado por autoridades e invitados especiales sentados y recortados casi a la altura del pecho por una especie de mostrador largo forrado en tela. A sus espaldas, unas muchachas sostienen las astas de las banderas patrias, y de fondo, realzando el cortinado que cubre de techo a piso, el gran cartel del encuentro: «Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes. Por la liberación de América Latina».

«*Compañeros de América y del mundo entero…*», comenzó saludando el Che. Luego mostró su solidaridad con el guatemalteco Jacobo Árbenz Guzmán, «*presidente de la primera nación latinoamericana que levantó su voz, sin miedo, contra el colonialismo, y que expresó, en una reforma agraria profunda y valiente, el anhelo de sus masas campesinas*», derrocado en 1954 por el golpe de Estado respaldado por Estados Unidos; saludó a Pedro Albizu Campos, líder del movimiento independentista de Puerto Rico, «*un hombre libre, a pesar de estar en una mazmorra de la* sediciente *democracia norteamericana*», y también reconoció a la delegación «*que representa lo más puro del pueblo norteamericano*», porque no solamente el pueblo norteamericano «*no es culpable de la barbarie y de la injusticia de sus gobernantes, sino que también es víctima inocente de la ira de todos los pueblos del mundo, que se confunden a veces un sistema social con un pueblo*».

—¡Eso es así! —le dijo Pepe a Reinaldo Gargano, uno de sus compañeros de delegación, integrante del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista uruguayo.

Gargano asintió, pero se lo veía preocupado, mirando de vez en cuando hacia la puerta del teatro: su compañero Julio Louis, secretario general de la juventud socialista, no había llegado y tenía noticias de que había sido detenido en Buenos Aires, junto con otros jóvenes que hicieron escala en esa ciudad, rumbo a Cuba.

En Argentina, lugar de nacimiento del Che, regía el Plan Conintes, un mecanismo de represión contra disidentes, sindicalistas, estudiantes, que el presidente Arturo Frondizi buscaba justificar bajo la alarmante declaración de «conmoción interna del Estado». El aeropuerto bonaerense era zona militarizada y la guardia descubrió que uno de los jóvenes uruguayos llevaba en su bolso un diario con el dibujo de la hoz y el martillo.

Pepe trató de darle ánimo a Gargano. Le palmeó la espalda, y también miró por reflejo hacia la entrada del teatro, atiborrada de gente.

«*Mis brazos y los brazos de toda Cuba están abiertos para recibir a ustedes* —

prosiguió el Che— *, y para mostrarles aquí lo que hay de bueno y lo que hay de malo, lo que se ha logrado y lo que está por lograrse, el camino recorrido y lo que falta por recorrer. Porque aun cuando todos ustedes vengan a deliberar, en nombre de sus respectivos países, en este Congreso de la Juventud Latinoamericana, cada uno de ustedes, y de eso estoy seguro, vino acicateado por la curiosidad de conocer exactamente qué cosa era este fenómeno nacido en una isla del Caribe, que se llama hoy revolución cubana*».

Esa era en efecto la situación de Mujica: tenía una gran curiosidad por conocer de boca de los propios protagonistas cómo era aquello de hacer una revolución, cómo había sido posible que todo se iniciara con un grupo que cabía en un yate de trece metros de eslora, el *Granma*. Y que para peor, de los ochenta y dos que habían desembarcado en las playas cubanas, solo una veintena logró sortear el primer bombardeo e internarse en la selva de Sierra Maestra, desde donde se comandó la lucha contra el dictador Batista y sus ochenta mil soldados.

—Eran veinte locos sueltos —dijo uno de los jóvenes parado al lado de Mujica.

—¡Bueno, los orientales no eran muchos más! —bromeó Pepe al oído de Gargano.

—¡Treinta y tres!

—Y alguno más que no entraba en el cuadro de Blanes —ironizó Mujica.

El Che recorrió el auditorio con su mirada, de derecha a izquierda, para contar algo de su vivencia guerrillera, «*experiencia que puede servir a muchos pueblos en circunstancias parecidas, para que tengan una idea dinámica de cómo surgió este pensamiento revolucionario de hoy*», el de los miembros del nuevo gobierno cubano, «*jóvenes de edad, jóvenes de carácter y de ilusiones*», que fueron madurando «*en la extraordinaria universidad de la experiencia y en contacto vivo con el pueblo, con sus necesidades y con sus anhelos*».

La atención de Pepe ahora crecía con cada palabra del líder guerrillero.

«*Todos nosotros pensamos llegar un día a algún lugar de Cuba y tras de algunos gritos y algunas acciones heroicas y tras de algunos muertos y algunos mitines radiales tomar el poder y expulsar al dictador Batista* —explicó el Che— . *La historia nos enseñó que era mucho más difícil que eso derrotar a todo un gobierno respaldado por un ejército de asesinos, que además de ser asesinos, eran socios de ese gobierno y respaldados en definitiva por la más grande fuerza colonial de toda la tierra*».

Pepe recordó por un momento la conversación que había mantenido con Erro respecto de la intromisión yanqui en los asuntos uruguayos, en la pérdida de soberanía nacional, en el crecimiento suspicaz de las Fuerzas Armadas y la política represiva contra obreros y estudiantes que estaba aplicando Nardone a influjo del FMI: dos días antes, el 26 de julio, en el acto de celebración de la revolución cubana que se había organizado en la avenida 18 de Julio, la Guardia Republicana había golpeado, lanzado gases lacrimógenos, y detenido a decenas de jóvenes que vivaban

a Cuba, mientras algunos consejeros de Estado tomaban *whisky* y condecoraban en tierras uruguayas al dictador paraguayo y aliado del gobierno de los Estados Unidos, Alfredo Stroessner.

Mujica pensaba en estas cosas mientras seguía el discurso del Che. Dibujó entonces una Sierra Maestra en el Cerro de Montevideo. Y la borroneó. Y rehizo otra selva en las laderas del Río de la Plata —a poco de la Colonia Estrella—, a la que se iba acercando junto con otros jóvenes valientes con los que había partido desde la solitaria isla Juncal, en un lanchón destartalado que corcoveaba sobre las aguas marrones… Y la borroneó. No había caso, Uruguay es un país de penillanura, verdes praderas y en todo caso algunos montes, bueno, «algunos montes», pensó.

«*Y fue así como poco a poco cambiaron todos nuestros conceptos*», dijo el Che hablando de la adversidad con la que se habían topado en la búsqueda de sus objetivos revolucionarios. Y era justo lo que Mujica necesitaba escuchar: las ideas no pueden ser rígidas y deben saltar como liebres —tal como le había enseñado el Maestro Bergamín— que no se detienen ante los obstáculos que se le presentan en su carrera. Para Mujica, Uruguay estaba embretado como el ganado que va al matadero, pero a su vez —y más allá de las escenas de ensueño que ahora lo asaltaban— creía en la salida política. Sin embargo, era imposible no transpolar a campo uruguayo las imágenes que iba pintando el Che:

«*Como nosotros, hijos de las ciudades* —dijo el guerrillero y Mujica asintió—, *aprendimos a respetar al campesino, a respetar su sentido de la independencia, a respetar su lealtad, a reconocer sus anhelos centenarios por la tierra que le había sido arrebatada y a reconocer su experiencia en los mil caminos del monte. Y como los campesinos aprendieron de nosotros el valor que tiene un hombre, cuando en sus manos hay un fusil y cuando ese fusilestá dispuesto a disparar contra otro hombre, por más fusiles que acompañen a este otro hombre. Los campesinos nos enseñaron su sabiduría y nosotros enseñamos nuestro sentido de la rebeldía a los campesinos. Y desde ese momento hasta ahora y para siempre, los campesinos de Cuba y las fuerzas rebeldes de Cuba, y hoy el gobierno revolucionario cubano, marchan unidos como un solo hombre*».

Mujica y todos los jóvenes presentes aplaudieron con entusiasmo y se escucharon gritos de «Viva Cuba». El Che se refirió entonces a otro escenario, que para Pepe era mucho más familiar…

«*Siguió progresando la Revolución y expulsamos de las abruptas laderas de la Sierra Maestra a las tropas de la dictadura, y llegamos entonces a tropezarnos con otra realidad cubana, que era el obrero, el trabajador, ya sea el obrero agrícola o el obrero de los centros industriales y aprendimos de él también y también le enseñamos que en un momento dado, mucho más fuerte y positivo que la más fuerte y positiva de las manifestaciones pacíficas, es un tiro bien dado a quien se le debe dar*», sentenció el líder revolucionario.

Y Pepe se quedó pensando en esas palabras del guerrillero, fueron las últimas que

resonaron en su cabeza, ya apoyada en la almohada suave y esponjosa de la fastuosa habitación que ocupaba en el hotel magnánimo que la revolución acababa de expropiar a la Hilton Hotels Corporation.

Con sus treinta pisos y sus seiscientos treinta habitaciones, vista a la bahía de La Habana y al horizonte marítimo del golfo de México, el hotel había sido inaugurado en marzo de 1958, luego de tres años de construcción y veinticuatro millones de dólares de inversión. A los diez meses de la apertura cayó la dictadura de Batista, y aunque hubo negociaciones durante un año y medio, la cadena norteamericana y el gobierno revolucionario no se pusieron de acuerdo, como era de esperar. Durante unos meses, Fidel Castro había establecido su oficina de mando en la *suite* continental, habitación 2324, piso 23, donde desplegaba largas conferencias de prensa y se reunía con personalidades internacionales. Y todos los jóvenes querían ir a ver esa sala, Pepe incluido.

—¡Disculpe! —Mujica, en vueltas por la ciudad, paró a un cubano que caminaba por la calle—. ¿Me podría decir cómo llegar al Hotel Habana Hilton?

—¡Hotel Habana Libre, dirá usted! —respondió el cubano.

—Sí, perdón: ¡Habana Libre! —se excusó Pepe. Ese era el nuevo nombre del hotel nacionalizado.

Las discusiones entre los más de mil quinientos jóvenes que habían asistido al congreso tenían como centro la lucha por la liberación nacional de la opresión imperialista y el progreso de los pueblos americanos.

Pepe, fiel a su forma de comportarse en reuniones de esta naturaleza, prefería escuchar con atención antes de dar su opinión, que no siempre era exteriorizada, al menos en forma de discurso abierto para todos los presentes.

Pronto afloraron los clásicos desencuentros entre socialistas y comunistas que para Mujica rayaban en lo insoportable. Al analizar el discurso profundo de ambos, sin embargo, iba descubriendo que también había coincidencias y desavenencias que parecían pequeñas y superables a la hora de enfrentar al poder oligárquico o imperialista. De hecho, ya desde 1956 existía una corriente que impulsaba un frente democrático de liberación nacional para incrementar fuerzas entre las clases populares y combatir la crisis. Pero el líder socialista uruguayo Emilio Frugoni la había rechazado alegando que el Partido Comunista operaba de esa manera por mandato de la URSS y pretendía un centralismo democrático bajo el poder del imperialismo soviético. Ahora, la revolución cubana agitaba de nuevo esas propuestas y desde una rama del socialismo uruguayo se tentaba la idea de un frente de izquierda, con el que Mujica —sin ser socialista ni comunista— estaba de acuerdo, pues veía a Erro más cerca de ese posible frente que del propio Partido Nacional.

En el congreso, Mujica prefiere hablar entre los delegados más cercanos, uruguayos, argentinos, chilenos, y algunos que por casualidad se han sentado a su alrededor. Citando conceptos anarquistas, los de ayuda mutua, por ejemplo, expresa que le gustan los emprendimientos cooperativos y que detesta la explotación del hombre por el hombre.

—¡Yo no tengo patrones! —ejemplifica—. Trabajo por mi cuenta…

Pero señala que existe una burguesía nacional a la que no es posible destruir, sino marcarle el paso para que respete los derechos de los trabajadores, y a la vez defenderla de ser devorada por las grandes firmas del Imperio y comprometerla en esa defensa nacional.

—¡No se puede matar a un empresario por querer ganar plata! —dice Pepe.

—No estoy tan seguro de eso: son todos unos oligarcas —sostiene un delegado argentino.

—A los oligarcas hay que perseguirlos —acota Mujica—, pero al que con mucho sacrificio pone una empresita, un tambo, vive de una chacra, no, eso no está bien para mí…

Por esto Mujica se ganó algunos reproches de quienes entendían que, como buen delegado del Partido Nacional, estaba razonando lejos de la postura del socialista Vivian Trías, que pregonaba la dicotomía de imperialismo junto a oligarquía nacional contra las clases populares de los países dependientes. Pero en realidad, él no se sentía alejado de esa postura, siempre que se verificara qué se entendía por oligarquía nacional.

Por entonces Mujica se encontraba estudiando las viejas acciones del grupo nacionalista, antiimperialista y antioligárquico Forja, cuyo principal exponente era Arturo Jauretche, quien en los años cuarenta alzaba una bandera con la consigna: «Somos una Argentina colonial. Queremos ser una Argentina libre». Esa *Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina*, de la cual surgieron muchos peronistas, y luego antiperonistas, impulsaba un antiimperialismo concreto contra el avasallamiento de los ingleses. Pepe coincidía además con el llamado de Jauretche de 1955 a superar «*toda bandería y todo sectarismo*», para defender la industria y el agro nacional junto con el poder de compra de las masas populares, porque de sucumbir esos dos sectores productivos ante el «*coloniaje*», los trabajadores ya «*no tendrán ni para pagarse la comida*».

Varios conceptos de este argentino revisionista —a los que Pepe ubicaba dentro de una lógica marxista— le parecían acertados, aunque en forma paradójica lo acusaran de derechista por ello.

Así, Mujica concebía que la nación, y no solo la clase trabajadora, debía enfrentar al Imperio. Y que para ello era necesario una profunda crítica ideológica del viejo orden, destruir mitos que alejaban a las clases medias de los trabajadores, y aglutinar a todos en una gran fuerza nacionalista contra la oligarquía y el imperialismo. Pero también entendía que no era sencillo lograr que la burguesía fuera progresista y se

involucrara en esa lucha, sin pisarles la cabeza a los trabajadores al menor descuido.

Por otro lado seguía repicando en su cabeza —la liebre parecía inquieta pero sin salir de la madriguera— la idea de la lucha armada que la revolución cubana estaba alentando.

—¿A vos qué te parece, hermano? —le preguntó a un delegado bonaerense.

—En Argentina, claro, ni hablar, querido —dijo el porteño—. ¿Y en el Uruguay?

—No lo sé… —Mujica sentía que debía estudiar mejor el asunto.

En Cuba se desarrollaba un sistema de seguridad contra el Imperio yanqui que implicaba entregar armas a los voluntarios que desearan entrenarse. Mujica se interesó por saber de esta política y verificó que eran cientos de miles los cubanos que se presentaban a la milicia.

«*México, Puerto Rico, el canal de Panamá* —enumeraba un cubano que se había alistado y ya portaba su arma—, *no queremos que pase lo mismo aquí*». En declaraciones a la prensa, Raúl Castro, revolucionario y hermano de Fidel, señalaba que había que aprender de Guatemala, «*darle a tiempo las armas al pueblo*», y estar alerta porque el imperialismo yanqui «*nunca ha perdido sus intenciones de dominación sobre América latina*».

Pepe recorrió la ciudad junto con sus compañeros de viaje y pudo observar alegría en las calles: música, bailes y cánticos contra los yanquis y alusivos al triunfo de la revolución, a un año y medio de la caída de Batista, que huyó con cien millones de dólares en las valijas.

Mujica habló con gente del pueblo, en las plazas, en los parques, con los trabajadores de bares y puestos ambulantes, y con los que bajaban de la «guagua», que así se le llama al ómnibus en Cuba. Siempre encontró respaldo al gobierno revolucionario, a pesar de ciertas quejas por problemas cotidianos no resueltos para los que, en general, la misma gente auguraba una pronta solución. Había esperanza, y ganas de trabajar, de comprometerse con la causa, como los jóvenes de secundaria que se alistaban para marchar hacia las montañas donde enseñarían a leer y a escribir a niños y niñas, hombres y mujeres que integraban la gran masa del campesinado analfabeto.

Estas cosas hicieron que Mujica comenzara a enamorarse de la revolución, de lo que significaba para el pueblo. Cuba era popular, caótica y dulce, compleja y subdesarrollada pero feliz de serlo, porque de allí salió el impulso revolucionario.

Luego de conversar con cuanto vendedor de libros veía en la calle —los había por todas partes—, se paró en una vieja estación de combustible y dialogó también con un empleado:

—Sí, claro, chico —le dijo el trabajador—, durante treinta años la Texaco, la Esso y la Shell se encargaban de traer el petróleo crudo desde sus propios pozos que tienen en el exterior, se lo vendían al Estado cubano, y el Estado también les tenía que pagar

para que lo refinaran…

—¿Y el Estado cubano podía vender la nafta?

—¡Qué va, chico! Las mismas transnacionales lo refinaban y lo vendían en sus propias gasolineras como esta que tú ves aquí mismito…

Pepe miró hacia arriba, le llamó la atención un hierro circular, como un aro, posado en la cima de un mástil pintado de blanco.

—Ahí estaba la estrella roja de cinco puntas —dijo el cubano.

—¿Qué estrella? —preguntó Pepe, algo desorientado.

—La de la Texaco, chico.

—¡Claro —Pepe cerró los ojos y sonrió—, no va ser la estrella socialista!

—Mira, cuando llegaron los soldados, yo mismo pedí que me dejaran subir por la escalera para pegarle un buen puntapié al letrero. Y así fue, chico. Cayó redondito, con su «T» y todo, y se hizo añicos contra el piso…

Pepe se informó luego con profundidad de la escasez artificial de petróleo provocada en Cuba por las tres firmas transnacionales, cumpliendo directivas que partían desde Washington, y de la negativa de tales empresas a refinar el petróleo que el gobierno revolucionario había logrado comprar a Venezuela y a la URSS, a un precio más barato: algo más de dos dólares el barril contra los tres que cobraban las estadounidenses Esso y Texaco y la angloholandesa Shell.

Esto violaba la ley de minerales y combustibles aprobada en 1938, que establecía la obligación de refinar el petróleo crudo que fuese suministrado por el Estado cubano. Y cuando las autoridades cubanas comunicaron que la aplicarían para exigir el refinado, el gobierno norteamericano amenazó con reducir y hasta eliminar la cuota cubana en el mercado azucarero estadounidense.

«*Nos quitarán las cuotas, ¡pero con las cuotas que nos quiten tendrán que acabarse de arrancar la careta de explotadores y enemigos de la humanidad!; nos quitarán las cuotas, ¡pero con las cuotas tendrán que arrancarse para siempre la simpatía del pueblo de Cuba!; nos quitarán las cuotas, ¡pero con las cuotas no podrán quitarnos la vergüenza y la dignidad con que estamos dispuestos a morir en nuestra tierra!* —Mujica leía la respuesta de Castro recogida por un periódico local fechado a fines de junio—. *Martí dijo en aquellos versos: "Yo quiero cuando me muera, sin patria pero sin amo…". Y nosotros podemos decir: ¡Sin cuota, pero sin amo; sin americanos, pero con patria! Tenemos patria y no tenemos amo. Y esa patria la tenemos porque la hemos ganado luchando, a pesar de los ejércitos de España y a pesar de los americanos. ¡Nos la hemos ganado luchando, y no habrá quien nos la pueda quitar!*».

El 28 de junio de 1960, el gobierno revolucionario intervino la planta de Texaco, y tres días después las de Esso y Shell. Estados Unidos promulgó entonces la Ley Puñal por la que redujo la cuota azucarera a Cuba. Y el 5 de julio el gobierno revolucionario respondió con la Ley Escudo, que le dio potestades al presidente, Osvaldo Dorticós, y al primer ministro, Fidel Castro, para nacionalizar empresas y

bienes extranjeros —había muchas firmas estadounidenses— mediante la expropiación forzosa.

—¿Y a que no sabés quién apareció en medio de todo ese lío? —le dijo Gargano a Pepe mientras caminaban rumbo al Estadio del Cerro para asistir al cierre del congreso de juventudes.

—¿Quién? —preguntó Pepe, aunque se lo imaginaba.

—¿Y quién va a ser? —ironizó el socialista—: ¡Nikita Kruschev!

—¡Lógico!

—La Unión Soviética ya compró todo el azúcar cubano que Estados Unidos rechaza.

—Se la cambia por petróleo.

—Sí, así parece, y está bien que ayude —dijo Gargano, que se sentía muy contento porque su compañero Julio Louis y los demás delegados detenidos en Buenos Aires habían podido llegar a La Habana. Fueron liberados 24 horas después de la detención, regresaron a Montevideo y luego de algunos días de trámites lograron abordar el avión hacia Cuba.

Ahora, todos subían al palco para invitados especiales que se había dispuesto casi en el centro del campo de béisbol. Las luces del estadio volvieron día la noche de ese sábado 6 de julio. Apenas unas manchas verdes podían verse en la cancha, pues el hormigueo humano iba cubriendo tanto césped como tribunas.

Mujica, Gargano, Louis y otros delegados como Alonso, el comunista Sanseviero, el pelo colorado Echagüe, los sindicalistas Rivero y Toledo y unos cuantos uruguayos más miraban hacia la parte abierta de la herradura, junto con el resto de los congresales: por allí iba a aparecer Fidel Castro…

De pronto, un rugido infernal se apoderó del estadio:

«*¡Paredón! ¡Paredón! ¡Paredón!*», gritaban desde todas partes.

Algunos disidentes habían lanzado panfletos contrarrevolucionarios.

«*¡Paredón! ¡Paredón! ¡Paredón!*».

—¡Pah, loco! —exclamó Pepe.

—Da miedo, ¿eh? —dijo Louis.

—¡Es un infierno! —acompañó Gargano.

Los ánimos se calmaron, y poco después Fidel Castro, vestido con su traje militar verde oliva —ese que Nene pedía para trabajar en su taller del Paso de la Arena—, subió al estrado y abrió los brazos hacia la gente.

La ovación sacudió el «coloso del Cerro» ante el saludo del líder revolucionario a los «*compañeros delegados de las Juventudes de América latina y de todos los países del mundo*», a los «*dirigentes obreros de América*» y al «*pueblo de Cuba*».

Castro resaltó la unión que se había generado entre los pueblos americanos a partir del congreso, puesto que «*lo malo de América no es ningún pueblo, sino que lo malo de América es el sistema implantado al pueblo norteamericano y al pueblo latinoamericano por el imperialismo yanqui*».

Y así llegaron los primeros aplausos, que se repitieron cuando el guerrillero reflexionó sobre las dificultades de comprender por qué «*hombres y mujeres*» de la «*América nuestra*», con mismo idioma, tradición, sangre y sentimiento, «*habíamos vivido tan ausentes*» y «*distantes*», si «*sobre nuestras espaldas llevábamos la misma carga*», en «*nuestros cuellos*» el «*mismo yugo*», y en «*nuestros pies las mismas cadenas*», compartiendo el «*dolor*» de los «*doscientos millones de latinoamericanos explotados y esclavizados por el sistema colonial que sustituyó en nuestros pueblos al coloniaje español*».

Dijo entonces que tras esa «*absurda desunión*» y «*criminal indiferencia*» ante el «*dominio del Imperio*», debía ser «*extraordinariamente*» emotiva la reunión de «*representativos de la juventud de nuestro continente*» que propiciaba Cuba, como un «*acontecimiento único en nuestra historia*».

El primer ministro cubano sostuvo: «*para ustedes es nueva una revolución en este continente y para nosotros es nueva esa unión, es nueva esa solidaridad*», que representa «*la vida misma de la Revolución que ustedes están viendo*».

Fidel Castro crecía en emoción, de su frente comenzó a caer el sudor, y sus frases con la voz un tanto enronquecida, tentaban a una especie de diálogo con los jóvenes y todos los espectadores:

«*Pero ¿es que se había podido concebir una revolución en América?*» —jugó a preguntar en forma retórica a los presentes—. *¡No! Las revoluciones en América estaban proscriptas, las revoluciones en América estaban prohibidas; estaban prohibidas de hecho, y hasta de derecho. El hecho de la dominación material y el derecho que había implantado el Imperio en este continente.*

Las revoluciones no estaban autorizadas en América. ¡Las únicas revoluciones autorizadas en América eran las revoluciones «made in the United States»!

El estadio volvió a rugir. Mujica, Gargano, Louis y los demás uruguayos e invitados extranjeros acompañaban con aplausos.

«*Es decir* —retomó Fidel Castro—, *los golpes de Estado que aquí llamaban "revoluciones", o los movimientos revolucionarios hasta donde estuviera dispuesto a permitirlo el gobierno norteamericano*».

—¡Uhhh! ¡Fuera yankis! ¡Fuera! —los gritos envolvían a la muchedumbre.

Entonces el guerrillero formuló una enumeración de humanos subyugados a los que Pepe iba poniendo ropas, caras y paisajes uruguayos:

«*Los obreros explotados por razón social y económica fundamental son revolucionarios* —dijo Fidel Castro—; *el campesino hambriento y sin tierra es también, necesariamente, revolucionario; el hombre joven es, por temperamento, revolucionario; todo pueblo explotado, toda clase social explotada son, por*

naturaleza, revolucionarios. Pueblos explotados y clases sociales explotadas tenían que ser, necesariamente, revolucionarios. El germen de la revolución estaba en la realidad social y económica de América. Sin embargo, ¿qué derechos tenían nuestros pueblos a hacer revoluciones? Ninguno, porque el derecho a hacer revolución, es decir, el derecho a romper las cadenas es un derecho inmemorial de los hombres…».

Con los nuevos aplausos el primer ministro cubano comenzó a nombrar grupos que actuaban como barreras para que los explotados no pudieran liberarse mediante la revolución: fuerzas represivas que «*impedían la más mínima manifestación de inconformidad, de rebeldía y de protesta*», también las «*castas militares, los ejércitos profesionales, las policías políticas represivas*», las fuerzas gubernamentales que ejercían el «*control monopolista de las armas*», de los «*recursos militares*», de la «*prensa*», de las «*universidades*» y «*centros de enseñanza*», pues se enseñaba «*lo que la camarilla gobernante quería que enseñaran; se escribía lo que la camarilla gobernante quería que se escribiese; se repartía de la renta nacional lo que la camarilla gobernante, al servicio de los privilegios nacionales o extranjeros, quería que se distribuyese*».

Cuánto de esto veía Pepe en la política represiva de Nardone, en los negocios turbios de quienes habían echado a Erro por luchar contra grupos económicos corruptos y por defender a los obreros. Porque la renta de la nación, dijo entonces Fidel Castro, «*la repartían también en tal forma que, si era posible dividiera a los obreros entre sí; si era posible dividiera a los del campo de los de la ciudad*». Y Pepe recordó a los obreros de la Ferrosmalt y su compañera asesinada, a los obreros de la carne y su huelguista muerto de hambre, a los trabajadores rurales de la caña de azúcar y del arroz, con sus familias explotadas hasta lo inhumano —a las que solo conocía a través de crónicas de prensa que él leía en la isla de Montevideo—, y entonces tuvo ganas de gritar: «¡Viva la revolución!». Pero el grito que llegó a carraspearle la garganta no tomó vuelo, quizá por pudor uruguayo, quizá porque necesitaba más temple en sus entrañas…

Fidel Castro crece en su apasionamiento: «*Nadie crea que la revolución surge de las organizaciones campesinas, las organizaciones campesinas estaban absolutamente impedidas en nuestra patria. Nadie crea que la revolución surge de las organizaciones obreras, las organizaciones obreras…*».

La voz del guerrillero patina en la aspereza de sus cuerdas vocales. Resuenan los aplausos…

—¡Fidel! ¡Fidel! —gritan desde todas partes.

Pero el líder cubano parece perder la voz.

—¡Que se cuide, que se cuide! —grita la multitud—. ¡Que descanse, que descanse!

—Yo recobro la voz, yo la recobro —se esfuerza el revolucionario.

—¡Que descanse! —siguen gritando. Pepe y Gargano se miran e intercambian gestos de incertidumbre.

—Sí, no me hagan ruido —pide Fidel Castro—, déjenme a mí, yo recobro mi voz: ¡vamos, colaboren conmigo y no me hagan ruido!… ¿sí?…

—¡Que descanse! ¡Que descanse!

—¡Pah, qué lástima! —dice Pepe.

—Está muy emocionado —acota Louis.

—¡Raúl, Raúl, Raúl! —corea entonces la gente.

—Fidel quiere seguir hablando —informa el locutor por los altoparlantes—. Fidel no quiere irse porque se encuentra fuerte, solo con un poco de afonía…

Raúl Castro, parado al lado de su hermano, da un paso hacia el micrófono: «*¡Queridos compañeros!* —saluda y la ola de aplausos cubre el estadio— . *No es una simple casualidad que esto suceda en momentos que han de ser históricos para Cuba y para la América nuestra, ¡que es la verdadera!*».

Pepe se mira con sus compañeros, en medio del ruido de las palmas.

—¡Algo se viene! —dice, pero parece no ser escuchado por tanto aplauso.

«*No es ni cosa del destino, ni cuestiones de malos augurios* —Raúl Castro alimenta la suspicacia de Pepe y de todo el mundo—: *eso es, simplemente, un ligero revés sin importancia, porque se ha ido una voz por un momento, ¡pero ahí está él y estará!…*».

—¡Fidel! ¡Fidel! —se prolongan los aplausos. Pepe y todos los invitados acompañan el aliento.

Raúl Castro expresa que nunca había visto temblar su mano «*de emoción*» como en estos momentos, y tras señalar que se ha tratado de un «*fugaz instante*» de «*deleite de los enemigos de nuestros pueblos*», levanta un documento para que lo vea todo el mundo…

La expectativa se agiganta.

—¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!

Y Raúl Castro habla de las bondades de su hermano en el combate revolucionario, dice que no tiene nada grave y que debe descansar, y provoca abucheos a Batista. Se dispone entonces a leer «*estas leyes revolucionarias, que es lo que hay aquí hoy*» y pide entre los aplausos que se prepare «*la concentración más grande que jamás nuestra patria haya visto*», para cuando su hermano pueda exponer los argumentos de tales decisiones revolucionarias.

Y mirando el documento que había enseñado a los presentes, lee que por decisión del Poder Ejecutivo cubano, «*la ley número 851, de 6 de julio de 1960, publicada en la Gaceta Oficial de la República, de julio 7, autorizó a los que resuelven para que, mediante resoluciones, dispongan conjuntamente cuando lo consideren conveniente a la defensa del interés nacional, la nacionalización por vía de expropiación forzosa, de los bienes o empresas propiedad de personas naturales o jurídicas nacionales de los Estados Unidos de Norteamérica*».

El rugido del estadio puede escucharse hasta en Tierra del Fuego, más, con seguridad, en las centrales de la CIA, cuyos agentes merodean por toda América

latina, incluido Uruguay.

—¡Cuba sí, yankis no! —grita la gente— ¡Cuba sí, yankis no!

Pepe, Gargano, Louis, todos sonríen, aplauden y recorren el estadio con la mirada.

—¡Fidel, Fidel! —comienza a corear el público—. ¡Fidel, seguro, a los yankis dales duro!

Raúl Castro acomoda el micrófono.

—¡Qué tiene Fidel, que los americanos no pueden con él! —sigue coreando la muchedumbre.

—Una mala noticia para el imperialismo yanki —dice entonces Raúl Castro al público que no cesa en exclamaciones—, porque puede ser que se le vuelva a ir, pero le está volviendo la voz a Fidel.

—¡Fidel! ¡Fidel!

—Vamos a hacer un pequeño esfuercito, él y nosotros —pide Raúl Castro—; él hablando bajito, y ustedes haciendo silencio, dentro de cinco minutos solamente. Mientras, vamos a cantar el himno…

Mujica, parado como los demás, lleva sus brazos estirados hacia la espalda y deja descansar una mano sobre otra, mientras escucha el coro de miles de voces entonar el himno nacional cubano.

Al finalizar el canto, Fidel Castro volvió a los micrófonos —el griterío parecía incontrolable, pero cesó para dejarlo hablar— y argumentó entonces que la nueva ley revolucionaria se había aprobado en respuesta a las medidas constantes de «*agresión económica y política*» de Estados Unidos contra la «*soberanía*», el «*desarrollo y proceso revolucionario*» de Cuba que debía soportar los «*deleznables intereses de los monopolios norteamericanos, que han obstaculizado el crecimiento de nuestra economía, y la afirmación de nuestra libertad política*». Y sostuvo que la decisión estaba «*justificada, por la necesidad que tiene la nación de resarcirse de los daños causados en su economía, y afirmar la consolidación de la independencia económica del país*».

El primer ministro cubano aseveró que la Compañía Cubana de Electricidad y la Cuban Telephone Company han constituido «*un ejemplo típico de monopolios extorsionistas y explotadores que han succionado y burlado durante largos años la economía de la nación y los intereses del pueblo*», que las compañías azucareras estadounidenses «*se apoderaron de las mejores tierras de nuestro país*» amparadas por una enmienda «*ominosa y cercenadora de la economía nacional, que facilitó la invasión al país por el capital imperialista de sus insaciables e inescrupulosos amos extranjeros, que han recuperado muchas veces el valor de lo invertido*», y que las compañías petroleras «*estafaron de manera continuada la economía de la nación, cobrando precios de monopolio, que significaron durante muchos años la erogación cuantiosa de divisas, y en el afán de perpetuar sus privilegios desacataron las leyes de la nación, y fraguaron un criminal plan de boicot contra nuestra patria, obligando*

al gobierno revolucionario a su intervención».

El líder guerrillero afirmó que la revolución cubana «*no se detendrá hasta la liberación total y definitiva de la patria*» y que Cuba «*ha de ser ejemplo luminoso y estimulante para los pueblos hermanos de América y todos los pueblos subdesarrollados del mundo, en su lucha por librarse de las garras brutales del imperialismo*».

Pepe aplaudió a rabiar al escuchar estas palabras.

Fidel Castro comenzó, entre exclamaciones de júbilo de parte del público, a enumerar todas las empresas que se expropiaban: uno, Compañía Cubana de Electricidad, dos, Compañía Cubana de Teléfonos, tres, Esso Standard Oil, S. A., División de Cuba, cuatro, Texas Company West Indian, cinco, Sinclair Cuba Oil Company, S. A., seis, Central Cunagua, S. A., siete, Compañía Azucarera Atlántica del Golfo, S. A., ocho, Compañía Central Altagracia, S. A., nueve, Miranda Sugar States… Y así siguió…

Cuando en el puesto veintitrés nombró a la Guantánamo Sugar Company, la gente comenzó a corear «*se llamaba*» cada vez que se mencionaba a una empresa expropiada. Y al turno de la United Fruit Company, el derrocado presidente constitucional de Guatemala, Jacobo Árbenz, se hizo lugar entre la tribuna, se acercó a Fidel Castro y le dio un fuerte abrazo.

—¡No es para menos! —dijo Pepe, mientras batía las palmas.

Una de las grandes causas del derrocamiento de Árbenz a manos de la CIA, en apoyo a una junta militar, había sido la persecución fiscal y la expropiación de tierras —reforma agraria mediante— a la United Fruit Company, que ejercía el latifundio y el monopolio de la explotación de la banana, entre otros aspectos de producción y comercialización propios de una economía semicolonial cuyos beneficios se veían comprometidos.

Luego de dar a conocer el nombre de la vigésimo sexta empresa expropiada, la Central Ermita, S. A., Fidel Castro recalcó: «*quedan nacionalizadas todas las empresas de la compañía eléctrica, todas las empresas de la compañía de teléfonos, todos los bienes, por supuesto, y empresas de la Texaco y de la Esso* —“¡Se llamaba!”—, la *Sinclair* —“¡Se llamaba!”— *, y, además, los treinta y seis centrales azucareros que tenía Estados Unidos en Cuba*».

—¡Se llamaban! —se animó a corear Pepe junto con el resto del estadio.

—¡Sí, se llamaban! —se sumó Gargano. También gritaban Louis, Echagüe y los demás…

Al otro día, Pepe recorrió las calles de La Habana y se entreveró en las enormes manifestaciones frente a las puertas de algunas de las empresas estadounidenses nacionalizadas.

Al llegar a la céntrica calle Dragones, se veía a los cubanos tomando el lujoso

edificio de la expropiada Cuban Telephone Company:

—¡Miren, miren, el cajón! —avisó Pepe a sus compañeros.

—¡Lo están velando, la puta que lo parió! —exclamó Gargano entre risas.

El muerto que salía en el sarcófago y sobre los hombros de los cubanos era *Tonito Rin-rin*, símbolo de la transnacional.

Los obreros retiraban los carteles de la empresa que ya no era yanki y otros bajaban y rompían los afiches con el logotipo del velado que no parecía descansar en paz.

«*Tonito Rin-rin, se llamaba*», podía leerse en un gran cartel que paseaba por la calle. Y otro que jugaba con la idea de Cuba libre: «*Murió Tonito, pero nació Liborito*».

En la calle Carlos III se velaba a *K-listo kilowatt* de la Cuban Electric Company, un muñeco flaco con el cuerpo rojo y quebradizo —electrificado— y con cabeza de «bombillo» de luz, muy sonriente, que los yankis presentaban a los cubanos como «*su sirviente eléctrico*».

A marcha de pachanga, la manifestación iba recorriendo las calles —Reina, Prado…— mientras juntaba cadáveres para ir velando a todo ritmo. Actores y actrices se habían disfrazado de lloronas y Pepe y los uruguayos se entreveraban como dolientes invitados.

«*Uno, dos, tres, cuatro: hay Fidel pa rato…/ cinco, seis, siete y ocho, Eisenhower, viejo chocho*», coreaban los pachangueros ya pasando por el majestuoso capitolio. Pepe no era lo que se dice un gran bailarín, pero el ritmo movilizaba cualquier cuerpo en aquella procesión mortuoria que se dirigía al malecón.

—United Fruit Company.

—¡Se llamaba!

—Florida Industrial Corporation of New York.

—¡Se llamaba!

—Manatí Sugar Company.

—¡Se llamaba!

El coro crecía en intensidad a cada nombre de empresa fallecida. Y al llegar al embarcadero del Castillo de la Punta, los féretros fueron arrojados al agua.

—¡Qué viaje, *mamma mía*! —exclamó Pepe sentado junto a Louis en el ómnibus que los paseó por la isla. Posaron para la foto en la histórica Catedral de la Habana, construida en el siglo XVIII, y en cuanto otro lugar se les diera en ganas, como a cualquier turista, pues para entonces ya estaban en plan de descanso. Fueron por la ciudad de Matanza y también unos novecientos kilómetros al sureste de La Habana, hasta Santiago de Cuba, bordeando la Sierra Maestra.

Pero en el viaje también pudieron apreciar la pobreza de muchos campesinos, los «guajiros» como les llaman en Cuba, trabajando a sangre y sudor bajo un sol de

cuarenta grados:

—¡La revolución recién comienza, compay! —dijo el guía cubano al advertir el gesto de preocupación de Pepe y de los demás uruguayos.

—¡Claro! —repuso Mujica.

—Esas familias que acaban de ver ahora son dueñas de las tierras que trabajan —alegó el cubano—, antes eran explotados por los yanquis.

El vuelo de regreso fue tan bueno como el de ida a la isla. Pepe tenía ganas de volver a ver a su familia y a sus amigos, y contarles todo lo que había vivido.

«*¡De esto no me voy a olvidar nunca!*», reflexionó, y se durmió entre sus flores y sueños.

Los niños lo vieron y saltaron de alegría. Corrieron a su encuentro y él se agachó un poco, abrió los brazos y esperó hasta que pudo apretarlos contra el pecho.

Y la mujer de la que algún día se había enamorado estaba allí, parada junto a la puerta, con los ojos brillantes. Volvieron a mirarse por un instante, y sonrieron. La puerta se cerró detrás de Pepe, y fue noche serena y de dulce luna la de aquel reencuentro.

La sonrisa de su madre también lo esperaba, y la abrazó y se sentó con ella para contarle anécdotas de viaje y discutir un poco de política. Le habló de la alegría del pueblo, de las posibilidades que se abrían para el cambio hacia una economía que velaría por el más necesitado.

—¿Vos decís que acá hay que hacer lo mismo? —le preguntó doña Lucy.

Pepe sabía por dónde quería navegar su madre, y trató de bajarse del barco.

—¿La revolución como en Cuba? —exclamó como sorprendido—. No, no creo, no, no…

—¡Mmmm! —sospechó su madre sin dejar de mirarlo.

—Cambios, sí, muchos; si no, nos comen los yanquis —deslizó entonces Pepe.

Pero él ya se sentía un defensor «*a muerte*» de la revolución cubana y pensaba que el proceso revolucionario también debería llegar a Uruguay, aunque su gran dilema era el uso de las armas: quizá no era condición ineludible, pensaba, y podría recrearse como un tipo de revolución dentro del propio esquema de la política nacional, la que debería redefinirse en forma radical para lograr cambios profundos a favor del pueblo, en contra del imperialismo y de la oligarquía.

De esas cosas habló con Erro apenas pudo reunirse con él.

A Pepe le había encantado la idea de la reforma agraria: el fin del latifundio, el reparto de tierras a los trabajadores rurales, conceptos que no le parecían importados

de Cuba, pues entendía que debían buscarse en Artigas. Pero también le resultó conmovedor ver cómo los cubanos disfrutaban de haberse liberado de la explotación yanqui con la nacionalización de empresas estadounidenses. Pensó que si bien en Uruguay las empresas de suministros básicos para la población —el agua, la energía eléctrica, las líneas telefónicas, la refinación del petróleo— estaban en manos del Estado, era necesario extirpar otras formas de neocolonialismo, por ejemplo, el que empezaba a madurar con la metida de nariz del Fondo Monetario Internacional y las reverencias del gobierno uruguayo al de Eisenhower.

Todas estas cosas también las habló con sus compañeros de militancia en las reuniones del movimiento de lucha por trabajo de los jóvenes desocupados del Cerro.

En ese ámbito, Rodríguez Belletti se quedó impresionado de cómo el viaje a Cuba había impregnado a Mujica de conceptos revolucionarios emparentados con la dialéctica del partido de Lenin, y sin dudarlo, lo invitó a dar una charla —como secretario general de la juventud de Erro— en la casa de la juventud comunista, en el Cerro.

Ese día, al llegar a la esquina de Bogotá y Prusia, bajó de la bicicleta y se quitó los palillos con los que sujetaba el bajo de sus pantalones para que no se engrasaran ni le molestaran al pedalear. Apagó el pucho —había empezado a fumar casi sin darse cuenta—, lo tiró en el pavimento y lo aplastó con la suela de su mocasín opaco por el polvo de las calles que debía recorrer desde el Paso de la Arena hasta el Cerro. Entonces entró con un andar sereno, como estudiando el lugar, y comenzó a sentirse cómodo con la gente que se acercaba a saludarlo. Tenía previsto realizar un discurso amistoso con los espectadores, explorando en su mirada de izquierda los puntos de encuentro con la juventud comunista —que eran varios, según él observaba, aunque estuvieran en partidos distintos— y sobre todo llevaba un mensaje con mucho de antropológico y metafísico…

«*En la fracción más mínima de segundo desde que hemos nacido, ya empezamos a envejecer…*». Así inició su alegato a favor de la necesidad de los cambios políticos, económicos, sociales en Uruguay, para los que era necesario trabajar sin descanso, pues como en la alegoría de Góngora, la vida de estos tiempos es muy corta —la expectativa de vida era algo más larga que la del siglo XVII, pero para el caso daba igual— y aunque la juventud, la que lo rodeaba, él mismo, por momentos se creyera inmortal, la verdad era otra: estaban envejeciendo en ese mismo instante y no podían quedarse de brazos cruzados a ver cómo se les iba esa vida sin incidir de alguna manera para tratar de mejorarla, en el reparto equitativo de las riquezas, en la profundización de los valores comunitarios, en la hermandad latinoamericana contra el imperialismo, en la práctica de la solidaridad y búsqueda de la justicia social. Para ello «*tenemos que dejar de lado nuestras diferencias y poner el acento en lo que nos une*», porque «*juntos podemos llegar más lejos y acercarnos a la utopía de un mundo libre, sin pueblos explotados*».

Mujica fue muy aplaudido y su discurso conciliador abrigó también algunas ideas

de otros jóvenes, no solo los de la zona, que ya comenzaban a buscar la forma de juntarse para marchar en el sentido justo de las palabras que, en forma coincidente, había empleado el joven político del Paso de la Arena.

Rodríguez Belletti inició los contactos con autoridades del Partido Comunista para que Mujica pudiera viajar al encuentro mundial de juventudes que se realizaría en la Unión Soviética. Y la gestión dio sus resultados: en el mes de setiembre, Pepe volvió a armar sus valijas para abordar el avión, esta vez rumbo a Europa y Asia.

11

La fascinación del mundo socialista

Casi no tuvo tiempo para terminar de contarle a Nene todas las anécdotas del viaje a Cuba, cuando ya su amigo de todas las horas lo llevaba en su Triumph 500 rumbo al aeropuerto de Carrasco.

El avión despegaba a las 13:30, y todavía no salían del Paso de la Arena.

—Llevame acá a la vuelta que tengo que cobrarle unas flores a uno —le pidió Mujica.

—Pero son las 12:00, Pepe —recordó Nene.

—Metele, metele que llegamos.

La moto salió chirriando, y Pepe pudo cobrar lo que le debían. La moto enfiló entonces por Simón Martínez, y Nene se afirmó en el acelerador.

—Pará, pará acá que tengo que cobrarle a otro…

—¡Estás loco!

Pepe bajó de nuevo y logró que le pagaran otras flores adeudadas. Entre cobro y cobro se hicieron las 12:45. Pero aún faltaba una parada más, en lo de otro vecino.

—¿Quéééééé? —Nene se agarraba la cabeza.

Faltando treinta minutos para que la nave levantara vuelo, el dúo se encontraba parado al lado de la moto. Apenas habían avanzado dos kilómetros de los treinta y cinco que debían recorrer hasta Carrasco. La máquina, aunque estaba bien preparada por el joven mecánico, no era mágica.

—Mirá que esto es una moto —ironizó Nene—, el avión te lo tenés que tomar en el aeropuerto.

—Dale, ayudame con la valija, que esta máquina da más que un jet.

Esta vez sí, Nene se calzó los anteojos, Pepe atravesó la enorme maleta entre los dos —lo que atajaba el viento— y salieron echando humo. Más de una vecina, de las que juntaban hojas secas en la puerta de sus casas, protestaban con la escoba de paja en alto en medio de la nube de polvo que dejaban al pasar los motonetistas del Paso de la Arena.

Una estela sonora se estiraba a lo largo de Camino Carrasco. El ronquido del caño de escape, estruendoso pero parejito, era música para los oídos de Nene, que miraba bailar la aguja del cuentakilómetros alrededor del ciento veinte por hora.

Pepe, agazapado tras el biombo de la maleta, levantó la mirada para ver a lo lejos cómo el avión de Líneas Aéreas Escandinavas —SAS, por sus siglas originales— ya estaba en la pista y en posición de despegar. Nene evitó la rotonda y se metió a

contramano, fondeó la moto, y Pepe casi vuela contra los vidrios del aeropuerto cuando el piloto clavó los frenos. El piloto de la moto, porque el del avión ya arrancaba.

—Bajate y corré a ver si paran ese avión —ordenó Nene, que largó la moto y salió corriendo con la maleta a rastras detrás de su amigo que, desesperado, hacía señas incomprensibles ante las funcionarias de la compañía aérea.

Una vez que entendieron la situación del pasajero Mujica Cordano, las jóvenes de SAS lograron algo nada habitual: que el avión regresara a la zona de embarque.

Transpirando adrenalina, Pepe siguió corriendo y pasó de largo por todos los controles del aeropuerto —administrativos, aduaneros, migratorios—, pero no los sorteó solo: consustanciado con su amigo, Nene, que ni documento de identidad llevaba, también atravesó como una ráfaga todos los puestos y llegó hasta la pista.

La puerta de la nave se abrió y al pie de la escalera los amigos se dieron el abrazo de despedida:

—¡Gracias, hermano, gracias!

—De nada, Pepe, dale subite a ese avión…

—Sí, nos vemos pronto.

Pepe comenzó a subir los peldaños metálicos y su amigo a caminar de regreso, a paso lento y satisfecho. Se movía con aplomo cinematográfico, como un agente de misiones especiales que acabara de lograr su objetivo. Y se volvió por un instante hacia su amigo…

—¡Chau Pepe! —lo saludó moviendo la mano en lo alto.

Mujica se dio vuelta justo antes de atravesar la puerta del avión, para intercambiar sonrisas cómplices con su compinche.

—¡Adiós, Nene!

—¡Te tiene que ir de película, Pepe, porque esto yo solo lo vi en las películas! —le gritó.

Una vez en la calle, Nene se paró junto a su Triumph para ver cómo el avión de SAS remontaba hacia los cielos europeos con su amigo el expedicionario.

El itinerario de viaje le marcaba a Pepe un primer destino con estadía en Viena, pero antes, varias escalas. En una de estas, luego de maravillarse con las naves que se veían aterrizar y despegar —un jet Boeing 707, dos Caravelle, un Convair 880—, decidió caminar un poco con la parsimonia que le permitían los horarios de conexión aérea. Al pasar frente a un escaparate se detuvo y eligió una postal. Siempre interesado por la historia, y compenetrado con la idea de libertad, compró la que tenía la imagen de la *Praça dos Restauradores*, que conmemora la independencia de Portugal del Reino de España en 1640.

Una vez en el aire, y observando cómo la tierra continental africana recortaba el océano Atlántico, sacó la postal de su bolso, y al dorso le escribió a Nene:

De paso por Lisboa te saludo cuanto los amigos de siempre. Vamos por Monrovia (Liberia) en África, en vuelo desde Río. Todo marcha perfectamente, aunque estoy verde de andar en avión.

José Mujica

El sobre sellado fue despachado en el correo de la capital portuguesa y llegó unos días después a la casa de Nene, que dejó de reparar una moto y se apresuró a pasarse estopa por las manos para leer las primeras novedades del viajero.

Pepe no andaba bien de amores, y en el viaje parecía dispuesto a tomar decisiones importantes respecto de su presente y futuro: la última discusión de esta pareja que se acercaba y se alejaba en un periplo agotador había sido justo antes de partir hacia Europa, pero desde hacía semanas era recurrente la pelea, por lo que Pepe había hecho —según suponía la muchacha— en su visita a Cuba.

De vez en cuando, Pepe se mostraba dispuesto a la separación definitiva —«¡Esta vez, sí!»—, pero en realidad le costaba asumirlo: «¿Y los gurises?», se preguntaba.

Era evidente que se había transformado en un padre para esos niños, que de chicos habían quedado huérfanos, como él. Le atormentaba la idea de verlos pasar por una nueva pérdida —aunque él no pensaba estirar la pata por el momento, asociaba la idea de alejamiento a la de muerte— y a la vez sentía ganas, a ratos incontenibles, de desatarse para siempre de aquella mujer que había sido la flor más bella de sus sueños adolescentes.

Pepe tenía 25 años y un mundo de sueños renovados. Sus deseos de libertad parecían abrirse en todos los planos de la vida…

14 de setiembre de 1960

En esta ciudad llena de historia, el saludo del compañero de siempre…

Le escribió a Nene al dorso de una postal en la que se aprecia el gótico Rathaus, el edificio del Ayuntamiento de Viena.

Mientras se embebía de historia en recorridas por las orillas del Danubio, con cuentos de sultanes, emperadores, grandes músicos y filósofos, Pepe disfrutaba de la belleza de construcciones emblemáticas, y también de la que veía en algunas jóvenes, latinoamericanas o europeas, con las que se hizo tiempo para socializar. Discutió con alguna de ellas sobre la revolución y juntos se enriquecieron con historias de la Viena capital del Imperio austrohúngaro, relatos de muerte, hambre y desolación durante la Primera Guerra Mundial, y de la reconstrucción de la ciudad en el inicio de la era republicana, en 1918, con una socialdemocracia —unión de socialistas y comunistas

— que gobernó desde la llamada Viena Roja.

—¡Qué impresionante visión comunitaria! —exclamó Pepe al pasearse por el Conjunto Karl Marx-Hof, uno de los grandes bloques de viviendas sociales construidos a fines de los años veinte para las familias proletarias—. ¡Todo el espacio que hay!

Entrando por las arcadas ubicadas bajo la edificación de más de mil metros de largo y seis pisos de altura, podían apreciarse lugares de esparcimiento, muy verdes y llenos de vida, bibliotecas, centros deportivos y juveniles, comercios, policlínica, locales para la atención de preescolares: más de quince hectáreas ideadas para ser compartidas por las familias que ocupaban los mil trescientos ochenta y dos apartamentos.

—¡Esto era impensable antes de la revolución del 18! —dijo el guía. Pepe anotó un dato más, interesante a su forma de ver, en su cuaderno de bitácora revolucionaria.

La Viena Roja se había terminado en 1934 a manos de la dictadura austro-fascista, pero se mantenía vivo —ahora más que nunca— el legado de la «Insurrección de Febrero», esa resistencia de los obreros en huelga general protestando contra la detención de militantes socialistas y combatiendo al ejército, abroquelados en las urbanizaciones municipales como la del Karl Marx-Hof.

—¿Fue la primera resistencia popular contra el fascismo, verdad? —preguntó Pepe, que había escuchado algo por el estilo en una conversación entre veteranos que bebían vodka en el *hall* del hotel.

—Sí, la primera del mundo —respondió uno de los asesores de viaje—: el famoso grito «¡Antes Viena que Berlín!» nació con estos obreros socialistas.

Pepe, como la mayoría de los jóvenes, no conocía la razón de la consigna. Y antes de que alguien preguntara, otro de los asesores lo explicó:

—Es un grito revolucionario asturiano y de otras partes de España contra el ascenso del fascismo al poder —Pepe recreó entonces a su Maestro Bergamín, largo y fantasmal, de pistola en mano, parado junto con sus compañeros en la caja de un camión republicano—: preferían luchar y caer como los socialistas vieneses, antes que no resistir como los socialdemócratas alemanes cuando su partido fue prohibido por los nazis.

—¡Antes Viena que Berlín! —susurró Mujica esa noche, mientras el agua le caía sobre el cuerpo enjabonado. Otra vez estaba pensando en Uruguay y su situación política. Pero era tiempo de despejarse. Sacudió apenas la cabeza mojada, y dio dos pasos hasta quedar frente al espejo. Se miró un perfil, y el otro. Sonrió. Luego salió del baño con la toalla blanca anudada a la cintura. El aroma fresco lo envolvía. Algunas gotas que caían de su pelo ondeado se veían brillar en hombros y pecho por el contraste de luz tenue. Mullida, la alfombra acarició sus pies hasta entrar en la deliciosa cama.

Y amaneció.

El 17 de setiembre ya estaba en la Unión Soviética, y se había quedado tan impresionado con algunos relatos del sometimiento campesino en el autocrático régimen zarista, que al escribirle a Nene fechó la carta en el histórico mes —según el calendario juliano— del triunfo de la revolución bolchevique:

Moscú, 17 de octubre

Nene, estoy en Moscú medio como un zapallo en un carro, pero…

Viajé de Viena en un TB imponente que no se puede comparar ni al Caravelle ni al jet.

Me alojé en la Universidad (algo tremendo). Bueno, mañana saldré a conocer la ciudá, aunque te digo que la edificación es muy típica como todas las viejas ciudades europeas.

Estaré en Praga y en París dos o tres días, aunque me dicen que allí todo es carísimo, y si arreglo la visa americana estaré en Cuba, pues me invitaron los cubanos. (No le cuentes esto a la Peti, por favor).

Nos van a invitar para ir a China pero no tengo ganas ($) porque es por más de un mes.

En cuanto al aspecto femenino te diré que en Viena conocí a dos ecuatorianas —una de ellas irá a Moscú a estudiar—, que me presentaron a unas chicas muy putas, con lo que un poco en francés y lo demás a mano nos resolvimos. Las rusas son unos osos y para colmo no dan ni cinco, a mí… hasta París o Cuba no hay.

Te saludo hasta un día de estos pues me llevan para ir al Ballet (qué te creés).

Pepe

Mujica y sus compañeros de viaje fueron recibidos por representantes del Comité de las Organizaciones Juveniles de la URSS, que tenía casi veinte años de historia: creado en 1941 como Comité Antifascista de la Juventud Soviética, había cambiado de nombre en 1956 y una de sus principales misiones en ese momento era desarrollar la cooperación y establecer lazos amistosos entre las organizaciones juveniles soviéticas y las de otros países. Representaba a la URSS en la Unión Internacional de Estudiantes y en la Federación Mundial de la Juventud Democrática, y era un aspecto clave para la generación de movimientos revolucionarios socialistas en otros países,

cuestión que preocupaba al mundo imperialista occidental encabezado por los Estados Unidos.

Pepe anhelaba vivir la experiencia de una república socialista, pasadas más de cuatro décadas del triunfo de la revolución, y trató de no quedarse con dudas respecto del funcionamiento del Estado, de los aspectos políticos, económicos y culturales.

Por todos lados encontró funcionarios soviéticos resaltando para los jóvenes extranjeros las virtudes de la revolución de Lenin, el cambio que significó la puesta en práctica de la Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, y escuchó la traducción del artículo primero de esa ley máxima de la URSS: «*Rusia se proclama República de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos. Todo el poder en el centro y las localidades pertenece a estos Soviets*». Tal declaración proclamó el fin de toda explotación del hombre por el hombre y el triunfo del socialismo. A Mujica le encantaba esta expresión de liberación del hombre explotado, pero en pocas horas fue descubriendo o verificando lo que le parecían graves fallas del sistema tal como funcionaba en la Unión Soviética.

En primer lugar, no estaba de acuerdo con la falta de libertad de expresión de la que le llegaban comentarios a través de los estudiantes; y ni hablar que cuestionaba entre sus pares latinoamericanos las purgas de Stalin —muerto en 1953— por las que habían sido detenidas, enviadas a la cárcel o a los campos de trabajo forzado, torturadas y asesinadas, millones de personas.

—¡Héroes de la revolución, líderes del Partido, artistas, simples campesinos o militantes, todos ejecutados! —dijo Mujica en ronda de estudiantes—. ¡Yo no estoy de acuerdo con eso!

—La traición se paga —dijo un comunista ortodoxo en el debate.

—No me digas que todos eran traidores: ¿tener discrepancias con el gobierno es ser traidor?

—Eran «enemigos del pueblo y del Partido».

—Ese es un concepto inventado por Stalin para justificar su barbarie.

—En Cuba también se ejecuta a los contrarrevolucionarios.

—Sí, y no me gusta.

—Vos no sos un revolucionario.

—Y vos sos el Che Guevara. ¡Pero andá…!

Cuando estaban por irse a las manos, intervinieron algunos otros jóvenes y los ánimos se calmaron.

Pepe estaba de acuerdo con la etapa menos represiva que parecía haber comenzado con el primer ministro soviético, Nikita Kruschev, quien de todas maneras había participado en las purgas.

Por otra parte, Mujica había considerado muy auspiciante que Kruschev —al menos en el discurso— cuestionara todo el poder que se había concentrado en un solo

hombre, Stalin, y que en forma paulatina recobrara protagonismo la figura del colegiado de gobierno que suponía el Comité Central del Partido Comunista: «*Lenin nunca impuso por la fuerza sus puntos de vista a sus colaboradores*», había dicho el primer ministro en su discurso secreto de 1956, en el que denunció las purgas y el autoritarismo estalinista.

De todas maneras, Kruschev era un personalista. Así lo veía Pepe, aunque destacaba de él la fuerza con la que estaba irrumpiendo en el mundo de las relaciones internacionales, pregonando la coexistencia pacífica con el mundo occidental, pero a la vez hablando a favor de la liberación de los pueblos esclavizados por el colonialismo, y apoyando a los movimientos revolucionarios africanos y latinoamericanos, como en el caso de Cuba.

Por otra parte, si bien estaba de acuerdo con la idea de eliminación de la propiedad privada —para que las tierras fueran explotadas en forma colectiva— y con la de nacionalización de las industrias, como lo había vivido en La Habana, observaba con preocupación cómo podía desdibujarse esa política económicosocial bajo el centralismo soviético: todo el sistema estaba subordinado a la dirección de centro único en Moscú.

—¡La burocracia es monstruosa! —dijo en una conversación del grupo de viajeros.

—La verdad que sí —se sumó uno de los latinos.

—Esto tiene que entorpecer el desarrollo: uno de los rusos dijo medio por lo bajo ayer que el poder real estaba en el burócrata que te sella el papel, y no en las masas trabajadoras que producen los bienes materiales —relató Mujica.

—¿Y en el Uruguay? —repuso uno de sus compañeros coterráneos.

—No digo que en Uruguay no pase algo parecido —contestó Mujica—, pero se supone que acá en la URSS hay un sistema socialista que, como yo lo entiendo, debería servir de otra manera al obrero…

—Pero la industria ha crecido un disparate —dijo entonces otro joven.

—Sí, claro. Me dicen que la producción agrícola se estancó, pero igual es imponente si la comparamos con la nuestra. Ni a escala la podemos comparar…

—Acá, la gente vive mejor que hace unos cuantos años, accede a la salud, a la educación… —comentó un joven comunista—. No sé cómo estarán los campesinos ahora, pero ya no reciben el racionamiento de alimentos, ni mucho menos son esclavos como en la época zarista.

—No, no. Hay cosas muy buenas —apuntó Mujica—. Pero me da la impresión de que la gente no sabe apreciar lo que tiene, yo no sé si sienten la «liberación nacional» de la que se habla…

—¿Por qué? —preguntó una de las muchachas del grupo.

—Me parece que se habla mucho de cultura revolucionaria, pero no han podido eliminar de sus cabezas cosas propias del sistema occidental, como la idea de consumir lo que te quiere vender, y nos vende, el mundo capitalista.

—¿Lo decís por lo de las camisas? —le preguntó una joven.

—Sí, ese es un ejemplo bien claro —respondió Mujica.

La joven le había recordado a Pepe lo sucedido en una de las reuniones con estudiantes soviéticos. Se trató de un momento revelador:

—¿Qué dice? —preguntó Pepe en esa reunión a un muchacho del grupo que dominaba el ruso.

—Dice que te compra la camisa —otro joven, rubio, de unos 25 años, y de la talla de Pepe, le sonreía.

—¿Qué camisa? —preguntó Mujica.

—La que llevás puesta.

—Pero…

—Es una *Porex*…

—Sí, es de plástico e incómoda como la mierda —espetó Mujica.

—Pero acá no hay. Todos están locos por conseguir una de esas…

—¡Qué locura! —exclamó Pepe, que se disculpó por no venderle un emblema del mundo capitalista del que llegaba.

A la joven le había pasado algo por el estilo con una pollera y una blusa de grifa estadounidense.

—Estos muchachos no se dan cuenta del mundo que pueden llegar a construir si corrigen algunas cosas y logran que el socialismo avance de verdad, como una forma de vida que celebre la dignidad humana y la solidaridad entre las personas.

La muchacha lo miraba, encantada. Pero él no lo advirtió en ese momento…

Con la valija en la mano, Pepe se acercó hasta el puesto del correo del aeropuerto de Moscú y despachó otra postal para Nene, en la que se podía ver la ciudad en pleno tráfico, con varios trolebuses y los novedosos ZAZ-965 Zaporozhets, pequeños automóviles para el pueblo soviético, con una carrocería similar a la del FIAT 600.

Estoy a punto de partir para Armenia, y voy luego a China para estar en la celebración de la Revolución, luego volaré por Praga pasando por París al regreso hacia Montevideo.

Como siempre, José Mujica.

Los rusos llevaron a la delegación a la República Socialista Soviética de Armenia. La inmensidad del Ararat —que por entonces aparecía en las primeras planas de los medios internacionales al anunciarse el supuesto hallazgo en ese monte bíblico de la mismísima Arca de Noé— quedó ante los ojos deslumbrados de Pepe.

—¡Qué cerrito, eh! —bromeó.

Luego conversó con algunos lugareños sobre temas agrícolas. Desconfiaba de las grandilocuentes cifras que los guías le presentaban sobre el cultivo de trigo en el koljós —una granja colectiva soviética— que estaban visitando.

—¿Cuántas hectáreas dijo? —Mujica veía más pedregullo que plantíos.

—¡Dos mil! —reiteró el soviético.

—Nos están cagando a versos —comentó por lo bajo.

Fueron luego a una fábrica de motores eléctricos y sintió que los obreros miraban a la delegación con cierto desprecio. Entendió entonces que la «patota» de funcionarios del Partido Comunista que los guiaba no era bien vista por aquellos proletarios.

Pero después tuvieron unos fraternos y muy amenos encuentros con uruguayos, hijos de armenios, que se habían ido a vivir a su patria ancestral. La mayoría eran de La Teja, y eso los acercaba más a Mujica, con el que compartían anécdotas de barrio.

La Embajada de China en Moscú —un palacio majestuoso por el que deambuló el florista del Paso de la Arena— les había proporcionado documentos falsos a los jóvenes viajeros. Los servicios secretos procuraban que en los verdaderos pasaportes de los visitantes no figurara el ingreso a la China socialista, ni el egreso.

Pepe llegó para los festejos del undécimo aniversario de la revolución que encabezó el líder del Partido Comunista Chino, Mao Tse-tung, quien ya había bautizado a los imperialistas yankis como «tigres de papel».

El 1 de octubre hubo desfile militar, fuegos artificiales, fiestas populares y un gran recibimiento para los jóvenes latinoamericanos.

Pepe había visto en Cuba el inicio de los cambios revolucionarios, en la URSS, un estado socialista de más de cuatro décadas, y ahora en Pekín deseaba conocer cómo se desarrollaba la China comunista luego de once años del triunfo del ejército rojo de liberación del pueblo sobre los conservadores del *Kuomintang*, el Partido Nacionalista Chino.

Tras la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial —donde comunistas y nacionalistas lucharon juntos—, se intensificó la guerra civil.

Liderados por el general Chiang Kai-shek, los nacionalistas se preocuparon por proteger las zonas costeras y las grandes ciudades con sus centros financieros e industriales, y los productivos latifundios de arroz y azúcar, dominados por la aristocracia local y las multinacionales. Cedieron terreno en la mayor parte de la China rural donde los comunistas, con base en Manchuria, se hicieron fuertes, pues controlaban en principio una zona de más de cien millones de habitantes, la mayoría campesinos, beneficiarios directos de la reforma agraria iniciada por Mao, a la que se oponía el *Kuomintang* apoyado por los Estados Unidos.

El avance incontrolable del ejército rojo determinó grandes derrotas para los nacionalistas que, mientras Mao proclamaba el 1 de octubre de 1949 el nacimiento de

la República Popular China, huían hacia la isla de Formosa donde, apoyados por el gobierno norteamericano, crearon el estado de Taiwán, al que denominaron República de China.

—¿Cómo se logró un frente popular tan imponente? —preguntó Pepe a uno de los asesores de viaje.

—El partido del proletariado chino aprendió que se debe liberar la lucha armada para combatir la contrarrevolución armada, sea esta externa, como en el caso de los imperialistas japoneses, o interna como la del *Kuomintang*, uniéndose con el mayor número posible de aliados…

—¿Con la burguesía nacional, por ejemplo? —planteó Mujica.

—Sí —respondió el funcionario chino, según la traducción—, una alianza para un frente militar de combate con base fundamental en obreros, campesinos y la burguesía: un gran movimiento de masas organizado por el partido y coordinado con todos los aspectos de la guerra contra el imperialismo, donde es necesaria la formación ideológica, el estudio a fondo de las cuestiones militares, la preparación de todos para el uso de las armas y el compromiso de ir al frente de batalla para defender nuestra filosofía socialista.

—¿Podría decirme cuál fue la importancia estratégica de la guerra de guerrillas? —Mujica no se quería quedar con ninguna duda.

—Esa es una etapa de la guerra, distinta a la de la guerra regular, pero es clave. Si el enemigo se atrinchera sin temor a ser atacado por donde menos lo espera, estaríamos perdidos, por ejemplo, ante una fuerza superior en el poderío armamentístico.

—Ataques por la retaguardia… —dijo Pepe.

—Sí, muy bien. Es necesario organizar unidades y ejércitos guerrilleros, bajo una dirección de guerra de guerrillas. Así se sorprende al enemigo, así lo hizo el Partido Comunista en la Guerra de Resistencia contra Japón, mientras el *Kuomintang* se encargaba de la guerra frontal, la guerra regular.

—Y esa experiencia comunista —acotó Mujica— sirvió luego para la revolución contra los nacionalistas.

—Fue un gran entrenamiento y varios de los puntos esgrimidos por Mao para enfrentar a Japón en guerra de guerrillas se emplearon para la guerra civil…

—A ver… —Pepe era todo oídos.

—Reducción del territorio ocupado por las fuerzas enemigas, expansión de las bases de apoyo de nuestras fuerzas y su firme mantenimiento en la retaguardia enemiga, distracción de las fuerzas enemigas en coordinación con operaciones frontales, desarrollo máximo de las organizaciones del Partido para mantener células en cada aldea…

—¿Y el movimiento de masas? —preguntó otro de los jóvenes.

—Punto fundamental: se desarrolló el movimiento de masas en el mayor grado posible a fin de organizar a todos los habitantes de la retaguardia del enemigo; se

desarrolló al máximo el trabajo cultural y educacional contra el enemigo y se fueron mejorando las condiciones de vida del pueblo en la mayor extensión posible; se crearon condiciones favorables para derrotar al enemigo, con impacto sobre los sentimientos de todo el pueblo y el estímulo moral a las unidades guerrilleras; se preparó un gran número de cuadros dirigentes de la manera más rápida y eficaz…

—¿Y qué puede decir de las condiciones geográficas de China? —al uruguayo Mujica le interesaba este punto, sobre el que ya se había interpelado en Cuba—. ¿Influyeron en la victoria?

—El gran Mao dijo: «*Para que la guerra de guerrillas sea posible, basta una sola condición: un país extenso*».

—Ajá —musitó Pepe: «Punto en contra», pensó el uruguayo que se sorprendía a menudo imaginando una revolución en Uruguay.

Mujica se maravilla con el desarrollo de la economía que se propone China mediante el «Gran Salto Adelante» promovido por Mao: formación de miles de comunas en todo el país que deben producir en forma colectiva y ser autosuficientes, política que considera muy distante a la del centralismo del tipo soviético y sus trabas burocráticas. De todas maneras, es consciente de que las directrices sí son centralizadas y que se ejerce un poder con rasgos verticales, y no tiene oportunidad de conversar con familias campesinas para saber qué piensan al respecto.

Los funcionarios chinos brindan cifras espectaculares en la producción de acero y justifican con los grandes desastres climáticos —las inundaciones del río Amarillo en julio de 1959 y las sequías que le siguieron— el entorpecimiento de un mayor desarrollo agrícola y sobre todo la hambruna que mató a millones de personas. Mujica se distrajo recordando las inundaciones que ese mismo año había padecido Uruguay, y luego se dijo a sí mismo que no eran situaciones comparables: «Por suerte», pensó.

—Pero la abnegación del trabajador chino puede superar todo contratiempo —sostuvo uno de los funcionarios—, y ya verán ustedes cómo esta economía socialista será ejemplo mundial.

Por otra parte Pepe se informa, por medio de fuentes de Pekín, respecto del llamado diferendo chino-soviético, y su visión sobre Kruschev comienza a variar, para adoptar una posición más cercana a la de Mao, en esa tensa cuerda de la política internacional.

Comprende que la URSS pretende mantener la hegemonía del mundo socialista tratando de desconocer a China, pero que a la Unión Soviética le es imposible ignorar al gigante asiático, aunque procura desacreditarlo cada vez que puede.

—China saluda el esfuerzo de Kruschev por salvaguardar la paz mundial —el

funcionario maoísta sonríe con ironía cuando habla— y hasta sus visitas al mundo capitalista, pero los países imperialistas jamás van a aceptar la coexistencia pacífica y, como siempre lo han hecho, amenazarán con su poder militar el campo socialista.

—Está en sus genes —comentó Mujica entre el grupo de compañeros.

—Sabrán ustedes que en la propia URSS acaban de condenar por espionaje al piloto del U-2 derribado en cielo soviético hace unos meses.

—Gary Powers —recordó Mujica.

—«*Júzguenme como a un ser humano y no como a un enemigo*» —una muchacha parafraseó al espía estadounidense en el juicio soviético.

—Y lo condenaron a tres años de cárcel y siete de trabajos forzados —acotó Mujica con algo de sarcasmo.

—No es cierto que la República Popular China quiera la guerra —prosiguió el funcionario maoísta—. Hemos probado lo contrario con nuestras acciones en Corea e Indochina donde hubo ciertos acuerdos, pero los hechos hablan por sí mismos, y nos rehusamos a cerrar los ojos ante esos hechos: los imperialistas norteamericanos nos están agrediendo en forma permanente. Yo mismo podría contar más de treinta resoluciones y discursos de los gobernantes estadounidenses contra China…

—Y la URSS qué ha hecho al respecto —preguntó Pepe.

—Pues la gran mayoría de esos agravios contra nuestro país ni se han mencionado en la prensa ni en los discursos de los soviéticos. Se han callado ante la agresión. Entonces China se pregunta: «¿Hay que callarse ante los imperialistas y mendigarles la paz?».

—Ta complicado ¿eh? —comentó Pepe por lo bajo.

—Si Kruschev se ha mostrado últimamente conteste con la causa de los pueblos coloniales, eso ha sido gracias a la postura firme de China —dijo el funcionario—. El primer ministro soviético estaba más preocupado por promover la coexistencia pacífica con Estados Unidos que por defender los intereses legítimos de un país aliado como el nuestro: olvidó que en el mundo socialista se honra el concepto de «uno para todos, y todos para uno».

—¿China no está en la ONU, verdad? —preguntó otro de los jóvenes.

—Claro que no, y en su visita a Washington, Kruschev pudo haber exigido y obtenido el reintegro de China a las Naciones Unidas, pero no le importó. Parece no importarle que la ONU esté dirigida por imperialistas y que Formosa ocupe el lugar que nos corresponde.

—¿China está produciendo armamento nuclear? —la pregunta de una joven cortó el aire, a juzgar por la cara del funcionario que iba escuchando la traducción del guía.

—No estoy autorizado a dar esa información —dijo el maoísta—: solo les puedo decir que China está preparada para defenderse de cualquier tipo de ataque imperialista, provenga de donde provenga.

—¡Tienen misiles, que no van a tener! —susurró Pepe a la compañera.

El viajero se llevaba una buena impresión de lo que había vivido en China. A

pesar de la pobreza que se veía, el entusiasmo de la gente con la revolución parecía un motor para salir a flote.

Al partir del hotel, ofreció una propina a quien lo ayudaba a cargar las valijas, como se acostumbra en Uruguay. Pero el hombre de ropas muy pobres —que para sujetar su pantalón usaba una piolita como si fuera un cinto— no la aceptó por «dignidad proletaria», según le explicó.

Mujica se disculpó y le sonrió.

En el vuelo de regreso a Montevideo, Pepe leyó un diario viejo que había conseguido en París, y que contenía una declaración conjunta de todos los representantes de los Estados comunistas, donde creyó detectar la mirada china filtrándose en el esquema discursivo soviético:

> *Los partidos comunistas actualmente en el poder en doce países consideran la lucha por la paz como su tarea primordial, y harán todo por evitar una nueva guerra. Creen que en muchos de los países capitalistas la clase obrera puede llevar a cabo la revolución socialista por medios pacíficos pero, al mismo tiempo, tendrán en cuenta que en algunos países los trabajadores necesitan recurrir a métodos violentos. Los doce partidos salvaguardarán su unidad como la niña de sus ojos, y se solidarizarán con todos los pueblos que luchen por el triunfo de la gran causa del marxismo-leninismo.*

Pepe cerró el diario, se arrebujó con su campera en el asiento, y juntando los párpados comenzó a dudar sobre dónde ubicar ahora al querido país al que estaba retornando luego de un nuevo viaje removedor: «¿Es posible la revolución pacífica en Uruguay?», se repreguntó. Y no pudo contestarse. Palabras o frases sueltas como «liberación nacional», «guerra de guerrillas», «movimiento de masas», «socialismo», «imperialismo», «fascismo», «¿Viena o Berlín?», lo sorprendieron entre sueños.

12

La duda: el Che y un primer disparo…

Apenas comenzó el año, Mujica se encontró en medio de las protestas callejeras —un choque de anticastristas, fascistas contra estudiantes y obreros de izquierda—, tras el éxito de la operación de inteligencia de la estación de la CIA en Uruguay, dirigida por Tom Flores, en coordinación con su más fiel títere del gobierno, Benito Nardone: se decreta la expulsión del embajador cubano Mario García Incháustegui y del primer secretario de la legación de la URSS, Mijaíl Samailov, con la acusación de «intromisión» en los asuntos internos de Uruguay.

Flores, Nardone y su esposa, Olga Clérici, Juan José Gari, el senador Juan María Bordaberry, el futuro ministro del Interior Nicolás Storace y el diputado Alberto Heber Usher brindan con champaña en una fiesta de celebración que tiene lugar unos días después en una residencia del barrio Carrasco.

En la otra punta de Montevideo, Mujica se reúne en torno a una damajuana. Se siente renovado luego de sus viajes por el Caribe, Europa y Asia, y busca analizar con sus compañeros del Cerro las posibilidades de una revolución en Uruguay.

—¿Lo qué? —se espantó uno de los muchachos—. ¡Te chupaste todo el vodka de Rusia, hermano!

—No digo que haya que tomar las armas —aclaró Pepe—, solo me pregunto si podemos hacer algo para frenar el fascismo y a la vez avanzar hacia la «liberación nacional»…

—¿Hacia lo qué? —King Kong, de espaldas, afilaba un cuchillo en una piedra para picar un pedazo de asado frío—. El Pepe vino hablando raro…

Mujica se rio:

—Sí, tenés razón: dame otro vaso de vino…

El movimiento de lucha por trabajo funcionaba cada vez mejor. Pepe acompañaba en lo que podía, pero no participaba en todas las actividades puesto que seguía con su trabajo de cultivador y vendedor de flores, militaba en la juventud de Erro, apoyaba las luchas obreras… Pero la barra de muchachos que él también integraba se había ganado el reconocimiento de la gente del barrio: los jóvenes vendían bonos de colaboración para pagar el alquiler del local y habían creado un periódico, *La Antorcha*, del que el Flaco David se negó a ser redactor responsable, aunque tenía buena pluma —más de una vez había sido tentado a escribir en el diario del Partido Comunista—, porque entendió que su «prontuario» le impedía asumir tal responsabilidad:

—No, estás loco, sacame que yo ando regalado —le explicó a Rodríguez Belletti.

Pero las cosas del movimiento iban tan bien que asustaba:

—¡Qué lo parió, este negocio está tomando cuerpo! —se asombró King Kong—: Si el laburo se viene pa acá, yo me voy a ir pal Cerrito'e la Vitoria.

El Chuno Ojeda le palmeó la espalda, que era ancha como la puerta de una heladera.

—Viste lo que vamos a hacer, ¿no? —le dijo Rodríguez Belletti a Pepe.

—¿Lo de la marcha?

—Sí, ¿que te parece?

—Vamo'arriba —lo animó Mujica.

La llamaron la «marcha del plato vacío»: cada persona debía caminar con su plato en la mano en forma de protesta.

A la hora de largada, había no menos de cincuenta policías de la fuerza de choque, enviados por un gobierno temeroso del tumulto de los pobres, que sin embargo habían faltado a la cita.

—¡No llegamos ni a veinte! —se lamentó Rodríguez Belletti.

—¡Tanta hambre parece que no hay! —se mofó un uniformado de azul.

—¡Dejate de joder! —le retrucó uno de los muchachos, que por poco se va a las manos, pero fue contenido a tiempo por sus compañeros. Llevaban las de perder, pero no claudicaron: obligaron a los policías a seguirlos durante esa marcha de unos pocos.

Luego reflexionaron juntos:

—Está claro lo que pasó —sostuvo Mujica—: a la gente no le gusta enseñar su miseria.

—Puede estar cagada de hambre —acotó Rodríguez Belletti—, pero le da vergüenza decirlo.

—Suena lógico…

—Y digno, también —apuntó David.

—Sí, yo creo que esto nos deja una gran enseñanza… —dijo Pepe y no terminó la frase. La imagen de un campesino cubano con un rifle en la mano fue un fogonazo en su mente…

Salió a la calle, se palpó los bolsillos y armó un tabaco con la última hojilla que le quedaba. Esa noche se fue fumando recuerdos cercanos, revolucionarios.

Algunas semanas después, lo que había empezado como una charla diletante en el local del movimiento de lucha por trabajo, con sus bromas e ironías sobre el viejo de la bolsa —el barbudo de Marx, para los entendidos— o el chino borracho —o sea, ese tal Mamao— fue ganando en profundidad. Y aunque no todos se lo tomaban en serio, comenzaron a hablar del mundo que los oprimía, de cómo había privilegiados de autos *colachatas* y otros condenados a comer de la basura, y de si esa desigualdad

había que aceptarla o hacer algo para cambiar…

—¡Yo les afano todo y ya está! —saltó uno de los contertulios.

—¿Pero esa es la solución de fondo? —interpeló Rodríguez Belletti.

—Y depende de cada circunstancia… —intervino el Flaco David con aire doctoral, y todos giraron hacia él para atender su prédica—. El fondo no siempre es lo mejor, si hay perros tenés que afanar por el frente…

David era el gran animador de las reuniones, y el que más acompañaba la propuesta de lucha, fuera esta con o sin armas, pero si era con armas, mejor, porque él ya contaba con la suya: «Mirá cómo la tengo, una belleza», bromeaba con su realidad.

Pepe lo fue a ver a la esquina de la plaza, un día que se transformó en figura del teatro callejero anarquista, cuya influencia en el Cerro era palmaria.

Los ácratas realizaban representaciones teatrales sobre una gran alfombra roja y negra que extendían en los cruces de calles. Y antes de empezar la función, hacían sonar cornetas de lata y ensayaban declamaciones de voz grave para invitar a la gente a pasar al teatro de cuatro esquinas.

Varios de los muchachos de Villa Verde y de otras partes del Cerro participaban de la puesta en escena, y el Flaco David se robaba los aplausos.

—Yo hablaré, pero que fusilen a mi compañero —dijo un David detenido, que se veía amoratado y ensangrentado por la tortura—. ¡Que lo fusilen! Lo quiero ver…

De poderosas botas y uniforme aliñado, con charreteras, el general que lo interrogaba se retira.

La cara del Flaco Davidaparece a través de un agujero en la pared. Su rostro se constriñe ante la segura muerte de su compañero, quien trastornado hasta la demencia por los efectos de la tortura, podía delatar el lugar clandestino donde la organización escondía su arsenal y las acciones de lucha previstas para esa noche.

Suenan los estampidos… David

aprieta los ojos y los dientes.

El silencio…

Se escucha ahora el paso de dos agentes. Ingresan a los alaridos:

—¡Están cortando la luz! ¡Hay huelga, hay huelga!

Y la cara de David recobra la fuerza de la lucha:

—¡No hablaré, no hablaré! —grita—. ¡Dispárenme, dispárenme! Solo lo sabíamos él y yo.

¡Viva la huelga general revolucionaria!

La aclamación es total. Pepe aplaude a rabiar el fin de la obra. Luego se acerca y le da un abrazo a su amigo, que le sonríe, maquillado pero auténtico.

El secreto, obra del español Ramón José Sender, estaba ambientada en la Barcelona convulsionada de los años veinte. Escrita en 1935, y representada por

entonces en el marco del llamado «teatro de guerra» en la Europa de los Franco, Mussolini y Hitler, era más que una inspiración para los momentos que atravesaba Uruguay a principios de los sesenta, con sus luchas obreras y el creciente poder de la represión contra los huelguistas.

Todo se alineaba en un mismo sentido, se iba dibujando el camino de la lucha. Pero salvo por alguna ocurrencia en tono jocoso —el propio David solía interpretarlas—, de las charlas sobre cómo resistir el avance del fascismo no asomaba la idea concreta de formar un grupo armado, hacer la revolución y tomar el poder.

Se trataba de un puñado de jóvenes de barrio, la mayoría sin formación política, unos muchachos que se movían como zorros en la espesura del monte urbano, buscavidas de una cultura callejera bien enraizada en tierra donde siempre azota la sequía económica. Y quizá por ello, también, almas de tierra fértil para el terco brote de ideas rebeldes.

Sin que los jóvenes tuvieran plena conciencia de ello, la discusión entre amigos iba puliendo una filosofía de acción política.

Mujica y Rodríguez Belletti, los más formados en el área de la política partidaria, acercaban sus miradas aunque uno fuera blanco y el otro comunista. Y los demás se fueron comprometiendo también con la resistencia y solidaridad de los obreros, aportando una gran mano, si no las dos para cuestiones logísticas…

En una de las grandes huelgas de la carne que se produjo en esos meses, los trabajadores empezaron a sentir las consecuencias económicas, sobre todo en la falta de alimento para sus hijos. Un grupo de obreros anarquistas comenzó a hablar de expropiación y unos días después los muchachos del grupo de Mujica enseñaban sus dotes para este tipo de tareas y colaboraban en la detención de camiones de los frigoríficos para el reparto de la carne; hasta las familias de los policías recibían una buena cantidad de lo obtenido.

—¡Agente, su familia sabe lo que es el hambre! —el policía asentía frente al obrero—. ¡Vamos, deme la dirección de su casa, y esta tarde le mandamos carne para toda la semana!

Mujica lo había vivido en Cuba, pero esta vez le parecía increíble que la medida de expropiación no la tomara el Estado —que en Uruguay no era revolucionario— sino que se aplicara por decisión y propia mano de los obreros en lucha.

Ariel Collazo, un joven diputado blanco que también había viajado a Cuba, volvió al país enamorado de las ideas revolucionarias. La cúpula de dirigentes del Partido Nacional lo miró con fastidio, y este rechazo terminó por alejar al legislador de esa colectividad política. En abril de 1961 fundó el Movimiento Revolucionario Oriental, o MRO, por su sigla.

A Pepe le agradó la rebeldía de Collazo ante la concepción cada vez más proyanqui de ciertos integrantes del colegiado, sobre todo luego de lo que acababa de pasar en Cuba.

Todos los jóvenes, y los no tanto, que compartían una filosofía de izquierda se habían indignado por la invasión contrarrevolucionaria a la isla, que comenzó el 15 de abril con un ataque de aviones bombarderos estadounidenses, disfrazados con la bandera cubana en el fuselaje.

El canciller de Cuba, Raúl Roa, viajó de inmediato a la sede de la ONU en Nueva York, para denunciar a los Estados Unidos como máximo responsable del ataque, y el gobierno de John F. Kennedy mintió hasta quedar desenmascarado.

El 16 de abril, en el sepelio de los artilleros que fueron alcanzados por las bombas aéreas, Fidel Castro se dirigió al pueblo armado, y Pepe se erizó de pies a cabeza cuando volvió a escuchar la voz agitada del guerrillero, en un discurso histórico:

> *Aquí, junto a los restos de los jóvenes heroicos, hijos de obreros e hijos de humildes, reafirmemos nuestra decisión de que, al igual que ellos, al igual que ellos pusieron su pecho a las balas, al igual que ellos dieron su vida, vengan cuando vengan los mercenarios, todos nosotros, orgullosos de nuestra revolución, orgullosos de defender esta revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, no vacilaremos ante quienes sean, en defenderla hasta nuestra última gota de sangre.*

Esto aseveró el líder cubano. Y luego fue dando vivas a la clase obrera, a los campesinos, a los humildes, a los mártires de la patria, mientras hombres y mujeres respondían con un grito furioso, alzando sus fusiles al cielo.

¡Viva la revolución socialista! —disparó entonces Castro, por primera vez ante el mundo—. *¡Viva Cuba libre! ¡Patria o muerte! ¡Venceremos!*

El desembarco de unos mil trescientos cubanos exiliados, entrenados por la CIA, se produjo el 17 de abril en bahía de Cochinos, del lado sur de la isla. Y en menos de 72 horas, las fuerzas del gobierno revolucionario ganaron la batalla. El festejo de Pepe y sus amigos se hizo sentir por las calles del Cerro. Y los comunistas, como Rodríguez Belletti —y algunos de los jóvenes del movimiento de lucha por trabajo que se habían afiliado al partido—, expresaban doble satisfacción: la de ver cómo los yanquis eran vencidos en Cuba y la de saber que Castro, ahora sí, con todas las letras era un marxista:

—¡Yo sabía, yo sabía! —repetía el Flaco Belletti.

—¿Quién no lo sabía? —fanfarroneó Pepe.

—¡Andá, blanco socialista! —lo provocó el comunista.

—Y ¿quién te dice? —respondió Pepe para la suspicacia de su compañero.

También en abril de 1961 cristaliza la idea de un frente de lucha gremial y se crea la Central de Trabajadores del Uruguay (CTU), aunque la Federación de la Carne no se suma entonces a la organización por diferencias entre sus afiliados: tallaba la idea de «apoliticismo» que defendían los obreros anarquistas. Pero otros gremios se van incorporando, y crece la nueva central, ante el decaimiento de la amarilla Acción Sindical Uruguaya que, sin embargo, aún conservaba cierto poder sobre algunos grupos de empleados.

Pepe apoya la fundación de la CTU y trabaja junto con los gremios unidos, desde la Juventud de Erro, o por cuenta propia.

Para conmemorar el Día de los Trabajadores el Partido Socialista levantó, el 1.º de Mayo, una tribuna en la céntrica plaza Libertad: una gran imagen del prócer de la patria, José Artigas, era acompañada por otras dos algo más pequeñas, una de Fidel Castro y la otra del líder revolucionario independentista del Congo, Patrice Lumumba, asesinado en enero por decisión del imperialismo belga —que procuraba seguir usurpando las riquezas minerales del país africano— en complicidad con la CIA, la cual protegía los intereses de las transnacionales estadounidenses asentadas en esas tierras.

La derecha y la oligarquía uruguaya se escandalizaron por la «profanación» de la figura del Jefe de los Orientales, y una bomba incendiaria fue lanzada contra la Casa del Pueblo, sede del Partido Socialista. En una reunión política para analizar nuevas formas de respaldo a Cuba, Mujica saludó a sus colegas socialistas por la defensa que habían planteado en la plaza para impedir que algunos «fascistas» quemaran las fotografías de Castro y Lumumba.

En el II Congreso Nacional del Movimiento de Apoyo a la Revolución Cubana, que se lleva a cabo en junio, el Núcleo de Escritores, Periodistas y Artistas, el comité de Obreros de Funsa, el del Ateneo Libre Cerro-La Teja, y el Comité de Minas de Corrales, piensan que hay que ampliar los horizontes de los grupos que se unieron para respaldar al gobierno de Castro, y fijar la mirada en la situación de Uruguay: proponen la realización de un «*estudio de la realidad nacional, especialmente el problema del campo*». Es clara la intención de comenzar a evaluar las condiciones revolucionarias que presenta el país.

Pero la moción pierde ante la postura de «no mezclar las cosas» que defienden, entre otros, los comités del Partido Comunista y de sectores del Partido Nacional.

—¿A vos qué te parece? —le pregunta Pepe a Rodríguez Belletti.

—¡Que esto es imparable! —repone el Flaco, y desafiando a su propio partido, desliza—: No sé si hoy no están las condiciones…

—Yo tampoco —coincide Mujica.

El comunista y el blanco izquierdista se miran con complicidad. Pero ese día la charla no pasa del coqueteo con posturas valientes de dos jóvenes enamorados de la revolución.

Cada cual sigue en lo suyo.

La imagen internacional de los Estados Unidos tras su papel protagónico en la invasión a Cuba había quedado dañada. Trató de suturarse con rapidez, y, mostrando el mejor perfil de su cirugía, volvió a escena para presentarse ante Latinoamérica como el gran benefactor del desarrollo de las naciones «hermanas». Apresuró la salida de un plan de ayuda «económica, política y social» para los países latinoamericanos, que en realidad buscaba contrarrestar la propagación de las ideas revolucionarias que brotaban desde Cuba.

Con el nombre de Alianza para el Progreso, el programa financiado por los Estados Unidos para «*mejorar la vida de todos los habitantes del continente*» fue aprobado en agosto de 1961 en la Reunión Extraordinaria del Consejo Interamericano, Económico y Social (CIES) que se desarrolló en la llamada Conferencia de Punta del Este.

Al encuentro en el balneario uruguayo asistieron los delegados de los veintiún países miembros de la Organización de Estados Americanos —OEA por su sigla en castellano y OAS en inglés—; por Cuba se hizo presente Ernesto *Che* Guevara.

Pepe vivió esos días con mucha expectativa por la visita del revolucionario. Siguió por prensa, radio y televisión el transcurso de la conferencia y todos los acontecimientos relacionados con el encuentro internacional.

Pero también se entreveró en los choques con la policía y con algunos fascistas que pretendieron arruinar el encuentro multitudinario, en la explanada de la Universidad de la República, de los que emprendieron o apoyaron una marcha de protesta hasta Punta del Este.

—¡Heroicos compañeros!…

—¡Guambia! —la disertación fue interrumpida por los sablazos policiales.

Y Mujica, como el resto de los muchachos, respondieron con piñas, pedradas y hasta con algún guitarrazo, arma natural de los cantores rebeldes.

—Se la dejaste de sombrero al milico —lo saludó más tarde Pepe.

—Y qué lindo sonó —valoró el artista.

En la mañana del 13 de agosto, mientras el pueblo alemán amanecía dividido por

un áspid de cemento de más de ciento cincuenta sinuosos kilómetros de largo —gobierno soviético por un lado, administración estadounidense, francesa y británica por otro, tal la resaca del poder aliado tras la caída nazi en la Segunda Guerra Mundial—, en tierras latinoamericanas, y con mayor precisión, en Uruguay, las cosas parecían muy distintas. Un conservador de derecha y un comunista guerrillero compartían mañana tras mañana la yerba espumosa, sorbían de la misma bombilla, como símbolo de una hermandad —quizá especial entre argentinos y uruguayos— capaz de superar barreras políticas, tangibles o abstractas. Este estilo de convivencia y respeto entre diferentes aún era posible en un Uruguay que, a pasos de dinosaurio, estaba dejando de ser apacible…

El hecho provocó crónicas repulsivas de diarios como *El Día*. Pepe escuchó una de esas embestidas de prensa en la voz de un locutor de radio Carve: «*¡Qué extraño destino el de algunos hombres incapaces de evitar el regodeo con seres inferiores!*», señalaba el artículo. Y acusaba a Haedo de mezclar «*en sus ágapes oficiales entre gente de bien, a rufianes internacionales, la expresión más baja del crimen y del más infamante agravio a la dignidad de la vida humana. ¡El primer titular del gobierno agasajando al Che Guevara en opíparo banquete sin sentir en sus entrañas el espasmo asqueante del más profundo desprecio a sus crueles andanzas!*».

Pepe sonreía mientras terminaba el café en un bar céntrico. Antes de pagar, oyó una nueva anécdota de Milton Fontaina —el que había increpado a Fidel Castro en la conferencia del aeropuerto—, que esta vez se las agarró con Guevara, tratando de «expatriado» al argentino que había luchado en Cuba y defendía a la revolución: «*Yo no tengo expatrias* —respondió el Che, según leyó luego Pepe en *El Popular*—. *Sepa, señor, que mi patria es mucho más grande que la suya: América es mi patria*».

Mujica salió del bar con su carpeta de cartón. Llevaba un montón de papeles de la juventud de Erro, con quien debía reunirse un poco más tarde, para hablar de una posible reforma constitucional que tenía como objetivo la defensa de la clase trabajadora. Se trataba de una idea del socialista Sendic, que Collazo —líder del recién creado MRO— estaba afinando. Erro ya estudiaba la propuesta, pero necesitaba algo más de tiempo para decidir, aunque Pepe descontaba el apoyo del diputado más progresista del Partido Nacional.

La tarde del 16 de agosto, Mujica se tomó un rato para escuchar y celebrar el discurso del Che.

Cuba se abstuvo de votar la formación de la Alianza para el Progreso, al considerarla «*el principio de una maniobra encaminada a aislar a la revolución cubana*», según dijo el Che en la reunión del CIES. Parado frente al micrófono, y mirando a los ojos al delegado del gobierno de John Fitzgerald Kennedy, Douglas Dillon, describió que a un crecimiento neto anual de 2,5% por habitante «*se requiere aproximadamente un siglo para alcanzar el nivel presente de los Estados Unidos*», al

que si bien calificó como de «*un alto nivel de vida*», entendió que no debía considerarse «*una meta inalcanzable*» ni «*absurda*» para los países de América.

«*No se ataca la raíz fundamental de nuestros males, que es la existencia de monopolios extranjeros que distorsionan nuestras economías y atan, incluso, nuestras políticas internacionales a dictados exteriores*», aseveró el delegado cubano.

Pepe asentía, apoyado sobre la mesa, pegado a una vieja radio de válvulas, de la que salía la voz nítida del Che. Así escuchó al revolucionario cuestionar la idea de pretender solucionar los problemas de América a través de una política monetaria: «*nosotros hemos insistido en que solamente un cambio en la estructura total, en las relaciones de producción, es lo que puede determinar que se creen, de verdad, condiciones para el progreso de los pueblos*», dijo Guevara, mientras Pepe garabateaba espigas de trigo en un papel de estraza.

La política de «*libre empresa*» que se pregonó en la reunión «*filosóficamente es condenada en Cuba, al condenar la explotación del hombre por el hombre*», afirmó Guevara, y Pepe golpeó la mesa en señal de apoyo.

El Che reclamó el retiro de los yanquis de Guantánamo —provincia del sureste cubano donde los Estados Unidos mantienen una base militar desde 1903— y del canal de Panamá. Saludó, sin embargo, que en la cumbre se diera un primer paso para la «*coexistencia pacífica en América*» al admitirse de manera explícita «*la existencia de regímenes diferentes a los que tienen la filosofía de la libre empresa*», lo que interpretó como un reconocimiento de los gobiernos que están contra el sistema de la isla respecto de la «*irreversibilidad de la revolución cubana y su derecho a ser reconocida como un estado independiente, con todas sus peculiaridades, aunque no guste su sistema de gobierno*». Pero aclaró que la Alianza para el Progreso era una respuesta ante la extrema tensión que se estaba viviendo en América y en todo el mundo, la que «*tiende a atacar tan profundamente las bases del régimen imperialista*», y que por ello se intentaba «*buscar solución dentro de los marcos del imperialismo económico*».

Vaticinó entonces que todo sería un fracaso, que las materias primas de los países subdesarrollados bajarían de precio según le conviniese al interés estadounidense, que la alianza «*se convertirá en el financiamiento por parte de los países latinoamericanos de las empresas monopolistas extranjeras*», que el subdesarrollo «*provocará más desempleo*», baja de salarios, proceso inflacionario, y que entonces en casi todos los países de América entrará a jugar «*un papel preponderante el Fondo Monetario Internacional*».

Mujica garabateaba ahora un espiral cada vez más oscuro —recordó que el gobierno nacionalista ya estaba firmando la famosa carta de intención con el FMI—, que se fue convirtiendo en mancha.

En ese trance escuchó la disyuntiva que el Che planteaba a los gobiernos que quedarían acorralados al acogerse al modelo monetarista: por un lado la presión de

los monopolios imperialistas, por otro el de las masas, exigiendo más.

«*Para tomar de verdad un camino, habrá que romper todas las estructuras, volcarse del lado de las masas, e iniciar una revolución completa* —aseveró Guevara— . *Pero no estamos hablando de revoluciones, sino que estamos hablando del camino que pueden seguir los gobiernos, sin que llegue al estallido de los procesos revolucionarios*».

Pepe movió la cabeza de un lado a otro, sabía que el gobierno uruguayo jamás seguiría ese camino, que las fuerzas progresistas, desunidas, estaban lejos de llegar a ganar…

La radio siguió encendida, pero él salió a fumar un cigarrillo. De pronto le sobrevinieron ganas, muchas ganas de viajar hasta Punta del Este, al Hotel Nogaró, sede de la conferencia, o mejor al Hotel Playa, donde se hospedaba el Che, aunque sabía que las medidas de seguridad le impedirían cualquier tipo de acercamiento…

—Hola, señor Guevara. Soy José Mujica, ¿me recuerda?, yo estuve en Cuba…

La luz tenue que se proyectaba a través de la ventana iba aclarando el rostro de Mujica. El Che lo miraba con los ojos entornados, parecía querer recordar. Hasta que le sonrió:

—¡Pepe!, ¿cómo te va, hermano?

—Muy bien, gracias. Sé que tiene poco tiempo y yo quería hacerle una pregunta…

—Sí, ¡cómo no!

El joven movía sus manos nerviosas, se tamborileaba las piernas a cada lado del cuerpo escorzado, como queriendo gesticular.

—Es una pregunta sobre la revolución —lo previno Pepe.

—Sí, adelante, hacela nomás…

—Es la pregunta que todos nos hacemos —los párpados de Pepe comenzaron a tintinear—: ¿A usted le parece que en el Uruguay…?

El largo timbre del despertador impidió que el Che respondiera. Y Mujica se levantó de mal humor.

Esa tarde, la del jueves 17 de agosto de 1961, tendría una segunda oportunidad. Pepe se abotonó la camisa, luego se puso su mejor saco —el único para eventos importantes, el otro había perecido bajo un ataque de polillas— y salió rumbo al centro. Ya había mucha gente en los alrededores de la Universidad de la República.

En las horas previas, algunos opositores al comunismo, hijos de las arengas reaccionarias de Nardone, integrantes de las que comenzaron a llamarse «bandas fascistas» —una de las organizaciones más antiguas era la Liga Oriental Anticomunista (LOA), de estrechos lazos con la CIA, creada incluso antes del triunfo

de las fuerzas revolucionarias cubanas— habían ingresado al edificio amenazando al portero con armas de fuego.

Rompieron los vidrios de la parte trasera del Paraninfo y tiraron al piso y aplastaron bombas de ácido valeriánico para que el olor a podrido se esparciera y empercudiera el lugar de tal manera que hiciera imposible el acto.

Pero un gran grupo de estudiantes limpió el lugar, y el Paraninfo se llenó.

Varios de estos muchachos, que se organizaron en una especie de brigadas de seguridad para el evento, pero que contaban con muy poca experiencia en la materia, advirtieron de todos modos que en los alrededores de la Universidad había algunos jóvenes que se identificaban con la derecha. Pero además, se corrió la voz de que se había visto a otros individuos vinculados al Movimiento Estudiantil para la Defensa de la Libertad (MEDL), una organización anticomunista que en octubre de 1960 —cuando Pepe viajaba por países socialistas— intentó ocupar la Universidad a punta de metralletas, con el apoyo del jefe de Policía de Montevideo, Mario Aguerrondo.

Aunque lo intentaron, no lograron dar con los del MEDL en medio de la noche y de los miles de personas que se congregaban en la zona.

El Che Guevara entra por la puerta del costado, saludando con la mano en alto, y las gradas en anfiteatro parecen cerrarse en una sola masa de júbilo. La juventud vitorea al guerrillero, a Cuba y a la revolución.

El Che está acompañado de algunas autoridades universitarias y del gremio estudiantil, hay dirigentes del Movimiento de Apoyo a la Revolución Cubana, y también está el presidente del Senado de Chile, Salvador Allende.

Las palabras de Guevara son muy cálidas con los estudiantes, y al cabo de un rato de discurso, comienza a responder la pregunta de Pepe, la de todos:

> *La fuerza es el último recurso. La fuerza es el recurso definitivo que queda a los pueblos. Nunca un pueblo puede renunciar a la fuerza, pero la fuerza solamente se utiliza para luchar contra el que la ejerce en forma indiscriminada.*

Los jóvenes aplauden con entusiasmo.

> *Y nosotros —les podrá parecer extraño que hablemos así, pero es cierto —, nosotros iniciamos el camino de la lucha armada, un camino muy triste,*

muy doloroso, que sembró de muertos todo el territorio nacional, cuando no se pudo hacer otra cosa —el Paraninfo se va quedando en silencio—. *Tengo las pretensiones personales de decir que conozco América, y que cada uno de sus países, en alguna forma, los he visitado, y puedo asegurarles que en nuestra América, en las condiciones actuales, no se da un país donde, como en el Uruguay, se permitan las manifestaciones de las ideas. Se tendrá una manera de pensar u otra, y es lógico; y yo sé que los miembros del Gobierno del Uruguay no están de acuerdo con nuestras ideas. Sin embargo, nos permiten la expresión de estas ideas aquí, en la Universidad y en el territorio del país que está bajo el Gobierno uruguayo. De tal forma que eso es algo que no se logra, ni mucho menos, en los países de América*.

Mujica se cruza de brazos y piensa en la represión de las fuerzas de choque enviadas por Nardone para apalear a obreros y estudiantes unidos en manifestaciones; recuerda el asesinato de la obrera de Ferrosmalt…

Ustedes tienen algo que hay que cuidar, que es, precisamente, la posibilidad de expresar sus ideas —prosigue el guerrillero—*; la posibilidad de avanzar por cauces democráticos, hasta donde se pueda ir; la posibilidad, en fin, de ir creando esas condiciones que todos esperamos algún día se logren en América, para que podamos ser todos hermanos, para que no haya explotación del hombre por el hombre, ni siga la explotación del hombre por el hombre…*

Los jóvenes vuelven a aplaudir, pero algunos se ven sorprendidos —se les nota en la cara— por estas palabras. Pepe siente que la respuesta que ha ido a buscar, la que al menos pensaba escuchar, no es la que está saliendo de la boca del revolucionario. Razona, sin embargo, que es lógico lo que dice Guevara, que por más guerrillero que fuese el hombre, no podía llegar de Cuba con su uniforme militar, entrar a la Universidad uruguaya, y ante miles de jóvenes, llamar a tomar las armas: «¡solo a mí se me ocurre!», se reprocha.

Sin derramar sangre —continúa el Che—, *sin que se produzca nada de lo que se produjo en Cuba, que es que cuando se empieza el primer disparo, nunca se sabe cuándo será el último…*

Y estas palabras fueron un presagio.

A la salida, mientras el Che se alejaba ya rumbo al Parque Hotel —donde se hospedaba en Montevideo— la gente se retiraba en forma calma por las calles que circundan la Universidad. Allí, casi en las puertas del IAVA que Pepe tanto quería, alguien tiró del gatillo y se escabulló entre el desconcierto general. El disparo dio en un hombre sonriente y tranquilo que acababa de escuchar al Che en el Paraninfo: el profesor Arbelio Ramírez cayó al piso y ya no se levantó.

Al enterarse de la noticia, el Che Guevara se agarraba la cabeza en la recepción del hotel. Más tarde procuró comunicarse con los hijos del docente asesinado.

«*¡No hay consuelo para esta injusticia!*», dijo antes de partir rumbo a Buenos Aires.

Las especulaciones respecto de que la bala iba dirigida al Che se corrieron por todos lados. Lo cierto es que había un muerto, un asesinado en el Uruguay de la libertad y del respeto de las ideas…

El entierro de Ramírez se produjo el viernes 18 de agosto. Lloró mucha gente, muchos jóvenes con bronca caminaban por las calles detrás del cajón del mártir. La provocación había llegado muy lejos…

Rodríguez Belletti se encuentra a la semana siguiente con Pepe, en el Cerro, y le entrega un ejemplar de *El Popular*, fechado ese día, lunes 21 de agosto. El órgano de prensa comunista denuncia que, en el momento del aterrizaje del Che en Montevideo, fueron vistos tres contrarrevolucionarios cubanos en la zona del aeropuerto de Carrasco: Héctor Garmendia, Raimundo Abella y Tomás Gamba. Y sostiene además que estos individuos se reunieron en la habitación 2006 del Victoria Plaza Hotel con el fascista argentino Nelson Cooper e integrantes de la banda también fascista MEDL.

—¡Estamos rodeados! —sentenció Pepe sin quitar los ojos del diario.

Entre dirigentes juveniles de izquierda ya se comentaba que la noche del crimen algunos jóvenes del MEDL llegaron ebrios a las puertas del hospital Maciel, donde se encontraba el cuerpo del profesor asesinado, y que se los escuchó nombrar a Cooper como uno de los organizadores del atentado.

—¿Este no fue el que le hizo de contacto a Ribas con el agente del FBI? —preguntó Pepe.

—Sí, claro —respondió Belletti—. Acá lo tengo…

El Flaco abre su carpeta sobre la mesa, revisa, y saca un recorte de *El Popular* que denuncia un encuentro entre el teniente del Ejército retirado Julio César Ribas, ahora secretario general ejecutivo de la Asociación de Lucha y Repudio contra los Totalitarismos en América (Alerta) y el agente del FBI, Jules Dubois. El diario sostiene que el yanqui instruyó a Ribas sobre los movimientos que debía realizar

Alerta y cómo ingeniárselas para hacerse de una lista detallada de organizaciones comunistas contra las que había que actuar…

—¡Acá está! —dice Pepe, y lee en voz alta: «*la persona que estableció el contacto Ribas-Dubois sería el señor Cooper, alto funcionario de la Esso —¿solo o también agente del FBI en Uruguay?— y dirigente de "Alerta"…*». ¿Qué te parece?

—La puta que los parió… —dijo el Flaco mientras volvía a guardar los papeles en su carpeta.

Al otro día, algunos jóvenes socialistas con los que Pepe estaba en contacto le mostraron una copia del documento de la Jefatura de Policía de Florida, obtenido hacía ya un tiempo por el diputado D'Elía. Se trataba de una circular distribuida para todas las comisarías del departamento:

Diciembre, 28 de 1960. Circular N.º 40. Sr. Comisario de la Seccional. A pedido de la Asociación de Lucha y Repudio contra los Totalitarismos en América, sírvase informar a la brevedad sobre los siguientes puntos:

Si en jurisdicción de esa seccional existen Asociaciones o Agrupaciones comunistas con especificación de domicilio y personal dirigente; Agrupaciones democráticas como LOA, MEDL, etc., con los mismos datos. Posibilidades de establecer contacto con personalidades democráticas para formar un Frente Común Antitotalitario. Albérico Pérez, Comisario de Órdenes.

ALERTA había sido fundada por personas de los sectores adinerados, del mundo empresarial, como Leopoldo A. Hughes, Arturo Marques, John Henderson, Luis A. Artola y Raúl Fontaina, estos dos últimos explotadores de radio Oriental (CX 12) y radio Carve (CX 16), respectivamente, y socios en Saeta TV (Canal 10).

El acopio de información ameritaba una profunda indagatoria penal —con exhaustiva búsqueda de testigos calificados— acerca de la presunta vinculación entre el asesinato de Arbelio Ramírez y la actuación de las agrupaciones y de las personas que aparecían nombradas en estos documentos y en las investigaciones de la prensa: los cubanos contrarrevolucionarios, Ribas, Cooper, Dubois, ALERTA, MEDL…

Pero nada de eso era de esperar, según entendía un Mujica descreído de la justicia. Y más cuando a fin de año soldados del MEDL y de ALERTA ametrallan un acto comunista y hieren a tres militantes, hecho que a las autoridades parece no importar que se aclare…

Sentado en el fondo de su casa, mirando los cartuchos al sereno, Pepe volvió a meditar sobre las palabras del Che en el Paraninfo:

Porque no hubo un último disparo el último día de la Revolución; hubo que seguir disparando. Nos dispararon, tuvimos que ser duros, tuvimos que castigar con la muerte a alguna gente; nos volvieron a atacar, nos han vuelto a atacar una vez más, y nos seguirán atacando.

La noche fue cayendo, el joven buscaba luz en la oscuridad: «¿Cómo sigue todo esto?», se preguntó. Y las respuestas fueron llegando…

13

Peludos, esvásticas y decisiones

Alentados y liderados por el procurador Raúl Sendic, los cañeros explotados de Bella Unión —un pueblito bien al norte del país, donde la tierra se estrecha entre la frontera brasileña y la argentina— fundaron en el mes de setiembre de 1961, la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA). Sendic, integrante del Comité Ejecutivo del Partido Socialista, ya tenía experiencia en la materia: había hecho campaña por Paysandú, donde en 1957 logró crear el Sindicato Único de Obreros Rurales, y en 1959, la Unión de Regadores y Destajistas de El Espinillar, la clásica bebida nacional.

La UTAA comenzó a reclamar derechos básicos a la empresa estadounidense Cainsa: que a los trabajadores se les pagara con dinero y no con bonos —para consumir productos vendidos por la propia empresa explotadora—, que por lo menos las remuneraciones se ajustaran al salario mínimo rural y que las jornadas de trabajo fueran de ocho horas diarias y no de doce o más…

Pero los directores de la transnacional estaban acostumbrados a actuar como los amos de la tierra, que era trabajada por familias campesinas en un régimen rayano en la esclavitud, por cuanto no estaban dispuestos a ceder ni un paso en las negociaciones emprendidas por Sendic, que se presentaba ante la patronal como asesor legal de UTAA.

Cainsa había sido comprada por los yanquis con el apoyo del gobierno: «*llega la mejor tecnología azucarera del mundo y con ello mayor productividad y el bienestar para los habitantes de Artigas*», se alegaba desde el Ministerio de Ganadería y Agricultura.

Erro le explicó a Mujica que denunciaría la situación ante la Cámara de Diputados.

—Yo ya lo dije —le recordó Erro—: el Uruguay se está «norteamericanizando».

—¿Quiénes son estos? —le preguntó Pepe.

—Son de un grupo hawaiano-antillano, o sea, de capitales norteamericanos; el consorcio pertenece a la American Factors Limitada, de Honolulú.

—¡Unos nenes!

—Esto es parte de la intención aviesa de hacer del Uruguay una colonia norteamericana —insistió Erro.

Fieles a sus modalidades imperialistas, los explotadores de Cainsa buscaron sortear la lucha de los cañeros con todo tipo de presiones para que dejaran de reclamar: amenazas a través de los capataces y hasta de la policía sobornada por la empresa yanqui.

En las semanas siguientes, Sendic realizó algunos viajes de Bella Unión a Montevideo, y se reunió con sus compañeros socialistas y con otros de ideas progresistas: además de explicar la situación de los cañeros para que en la capital también se los defendiera, anhelaba que se concretara la idea de juntar fuerzas políticas en busca de la reforma constitucional en la que había estado trabajando.

Pepe, desde la juventud de la Lista 41 del Partido Nacional, fue uno de los primeros en sumarse al trabajo de aglutinamiento de fuerzas que ya venía realizando el MRO. El diputado Erro aceptó la idea, comenzó a trabajar por la reforma. Y le reveló a Pepe algunos acercamientos políticos que al joven le resultaron esperanzadores.

El diputado Vivian Trías —secretario general del Partido Socialista— vive en la ciudad de Las Piedras. Todos los días sale en su autito y recorre unos seis kilómetros hasta la ciudad de La Paz, donde lo espera el diputado Erro. Juntos, el socialista y el blanco, emprenden el viaje hasta la zona céntrica de Montevideo —en el barrio la Aguada—, donde se ubica el Palacio Legislativo. En ese trayecto de unos cuarenta minutos, entre bromas, anécdotas y discusión política, se dan cuenta de que la barrera de pertenecer a partidos políticos distintos se diluye.

—¡Qué bien estuviste con lo de los Mailhos! —le reconoció Trías.

—Y, un grupo como el de Mailhos, que pague menos de trescientos mil pesos de impuestos…

—Da para sospechar, ¿no?

—Otra que sospechar, están escondiendo toda la plata que hacen.

—No sé si la Oficina de Ganancias Elevadas nos dará los datos que necesitamos.

—No lo creo —sostuvo Erro—, ya sabés el poder que tiene Mailhos en el gobierno.

Trías elogia la valentía y la fuerza de Erro para luchar en la Cámara de Representantes contra el imperialismo, la corrupción y en defensa de la clase obrera. Erro acaba de leer los libros de Trías: *El imperialismo en el Río de la Plata* y *Las Montoneras y el Imperio Británico*, y le dice a su colega que cada día coinciden más en la mirada sobre los grandes problemas del país.

Así comienza un camino de exploración…

—Un Frente Nacional y Popular —dice Erro sentado junto a Mujica en la sede de la Lista 41—. ¿A vos qué te parece, Pepe?

—¡Fenómeno! —fue la respuesta inmediata.

Pero Erro aún no se decidía a abandonar el Partido Nacional.

Provenía de una familia blanca, y hacía muchos años que defendía la divisa de Aparicio Saravia. Pensaba en las enseñanzas de Herrera, con el que recordaba pocas discrepancias, aunque la más grande nunca se la había echado en cara: el viejo se había puesto del lado del golpe de Terra en los años treinta. Erro, que poco antes de ese hecho había visto al caudillo blanco increpar a los yanquis por ocupar Nicaragua y defender la guerrilla de Augusto Sandino, se guardó sus reproches, quizá porque la figura del Herrera posdictadura le resultó cautivante y revolucionaria, la única esperanza de vencer al Partido Colorado enquistado en el poder.

Y ahora que los blancos gobernaban, Erro debía admitir que se sentía como sapo de otro pozo.

—Solo tenés que dar el salto —le dijo Pepe.

Erro lo miró, pensativo, pero no respondió…

—¡Ya sabés, si no te vas, tu hijo y yo no te votamos! —le dijo su esposa durante la cena.

—Bueno, ya tendré que salir a buscarme dos votos por ahí —respondió Erro, sabiendo que Herminia y su hijo Enrique tenían razón.

La Agrupación Nuevas Bases, un grupo minoritario de jóvenes liderados por Helios Sarthou, Marcos Cenetti y el profesor Torres Wilson, se reunió tres o cuatro veces con Erro, por la misma razón.

—¡Perdone, don Enrique, pero queremos plantearle la necesidad de que usted abandone el Partido Nacional y acompañe un gran frente popular! —le dijo Sarthou sintiendo el atrevimiento de sus palabras.

Mujica esperaba fuera del despacho, pero sabía cuál era la propuesta.

—¿Y? —le preguntó a Sarthou cuando salió de la oficina.

—Dijo que lo pensaría —respondió Helios—. Pero bueno, nos escuchó, también nos podía haber pegado una patada en el traste por venir a plantearle semejante cosa…

—No, Erro, jamás haría eso —contestó Pepe.

—Sí, ya lo sé…

—Además, lo está pensando de verdad —explicó Pepe—. Le estamos insistiendo de todos lados…

Por ahora, Erro se había decidido a apoyar la reforma constitucional, aún dentro del Partido Nacional. Por su cabeza pasaba, iba y venía la idea de alejarse y formar

un frente nacional y popular, pero no imaginaba nada parecido a una lucha armada.

Pepe incluía ese punto complejo en las discusiones con sus amigos del Cerro:

—No sé si lucha armada —dijo Mujica—, pero algún cambio grande tiene que haber…

—Ya somos muchos los que pensamos lo mismo —afirmó el Flaco Rodríguez Belletti.

—A mí me gusta la reforma constitucional —sostuvo entonces Mujica.

—No sé si es la vía…

—Por la vía pacífica, es lo mejor que podemos hacer…

—No sé qué decirte…

—Mirá que son cambios profundos —insistió Pepe—: reforma agraria, con una parada de carro grande a los latifundistas y propietaristas; nuevas formas de planificación económica y de comercio exterior; mejoras para acceder a la salud y derecho a la vivienda; leyes obreras para proteger el derecho al salario digno, a cobrar despido, poder jubilarse, claridad para acceder a los cargos públicos; lo de volver al régimen presidencialista no lo tengo tan masticado, pero propone mejores controles de los que hoy existen para el colegiado; posibilidades reales para plantear plebiscitos, y la eliminación de la ley de lemas…

—Todo muy lindo —respondió el Flaco—, ¿pero saldrá?

—Por lo menos, hay que empezar por apoyarla —sentenció Mujica.

La propuesta final de reforma constitucional, que debía ser llevada a un plebiscito mediante la recolección de firmas, surgió de un acuerdo alcanzado a fines de octubre entre el Partido Socialista, el MRO, la Lista 41, la Agrupación Nuevas Bases, el ruralismo disidente, los Social Cristianos Disidentes y la Agrupación Batllista Avanzar. A principios de noviembre, se sumaron el Partido Comunista y el Movimiento «26 de Octubre».

Detrás de la reforma, aun cuando se tratase de grupos de distintos partidos, se encontraba un verdadero frente de izquierdas, que necesitaba madurar…

El imperialismo parecía moverse más rápido. El tórrido verano del 62 deparaba una nueva embestida de Estados Unidos, con el beneplácito de Nardone, encantado de que el hecho tuviera lugar en Uruguay. Habían pasado dos meses desde que Fidel Castro proclamara en forma oficial a su país como un Estado comunista, guiado por la doctrina marxista leninista.

Y de eso se trataba: de echar a Cuba del sistema interamericano, por no seguir los lineamientos del mundo neocolonialista.

La expulsión se produciría el 31 de enero de 1962, en Punta del Este, durante la Octava Cumbre de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la

Organización de Estados Americanos.

Informados del propósito, los jóvenes de la izquierda y de los sectores populares, los integrantes de los comités de apoyo a Cuba, estudiantes de Secundaria, de la Universidad, obreros de la Central de Trabajadores del Uruguay, entre otros, organizaron una marcha:

«*A Punta del Este cueste lo que cueste*», se leía en los carteles de los manifestantes que emprendían el camino desde Montevideo hacia el balneario del departamento de Maldonado. Les esperaba un recorrido de ciento cuarenta kilómetros.

Mujica avanzaba aprovechando la sombra de un amplio cartel de «*No tocar a Cuba*». Ya sentía el dolor en las plantas de los pies, cuando una voz salvadora llamó a parar un rato para comer.

—Sí, sí, algo pa la tripa —Pepe se hizo una caricia circular en la panza mientras caminaba hacia el costado de la carretera.

—¿Solo pa la tripa? —soltó el joven Eleuterio Fernández Huidobro, del MRO—. Pa la garganta también hay…

—¡Pero cómo no! —la mueca de Pepe le alumbró la cara bajo las ramas del monte al que iban ingresando—. ¡Venga ese trago!

Terminada la manducatoria y aliviada la sed, volvieron a la ruta.

—¿Che, qué le pusieron a la comida? —preguntó Pepe con un nuevo masaje circular sobre la barriga.

—¿Estaba bastante bien, no? —apuntó el Flaco Belletti.

—Sí, sí, pero tengo un dolorcito… —Pepe no terminó la frase cuando ya salía corriendo hacia la espesura del monte—. ¡Ay, ay, ay!

Detrás de Mujica corrieron socialistas, comunistas, anarquistas…

—¡Nos cagaron!

—La verdá que sí, Pepe —respondió Huidobro agachado contra un árbol.

La diarrea fue general, por el purgante que los anticomunistas lograron volcar en los grandes tachos de comida. Pero Mujica, Belletti, el también comunista Ruben Sassano y Eduardo Pinela, del MRO, resultaron además afectados por la estricnina, un veneno capaz de matar. Debieron sobreponerse a fuertes dolores de cabeza y musculares, agitación, espasmos nerviosos y dificultades respiratorias.

La marcha llegó lo mismo y la protesta se hizo sentir, pero la exclusión de Cuba se concretó:

«*La adhesión de cualquier miembro de la OEA al marxismo leninismo es incompatible con el Sistema Interamericano…*», sentenció el documento de expulsión.

México fue el único que votó en contra de la resolución. Brasil, Argentina, Bolivia, Chile y Ecuador se abstuvieron. La mano uruguaya se levantó firme, a unos

cuarenta grados de la línea horizontal de la mesa e inclinada hacia la derecha, tiesa, como en el vergonzante saludo.

—¡Fascistas de mierda! —se quejó Huidobro.

—No lo repitas, Ñato, que me cago otra vez —respondió Pepe.

Ya avanzado el verano, pero con una sensación térmica de más de cuarenta y cinco grados en tierras del departamento de Artigas, el enfrentamiento entre la patronal de Cainsa y los «peludos» —que así se autodenominan estos trabajadores zafrales de la caña de azúcar— entró en una ebullición incontenible.

Los cañeros de UTAA habían declarado la huelga y junto con sus familias acampaban en el monte, a la vera del arroyo Itacumbú, a unos quince kilómetros a través de los campos, de las plantaciones de Cainsa. Ya iban dos meses de conflicto gremial, pero la firma extranjera se las había ingeniado para seguir adelante, con el apoyo de la gremial amarilla CSU. Un camión con rompehuelgas —guiado por un *jeep* policial— atravesaba todas las madrugadas el puente de Itacumbú rumbo a los campos de Cainsa. Los peludos en huelga decidieron parar el camión para conversar con quienes se dirigían a las plantaciones, a fin de explicarles los motivos de la lucha y la situación por la que estaban atravesando sus familias.

Cinco cañeros se pararon en línea y a lo ancho de la carretera, a unos trescientos metros del puente. Al ver a lo lejos las luces, entre la nube de polvo, comenzaron a mover los brazos en alto en procura de que se detuviera el camión, que esta vez no llegaba con custodia policial. Por el contrario, el conductor aceleró y casi atropella a los trabajadores.

—¡Ahora! —gritó entonces el peludo Ataliva Castillo.

Y como estaba planificado, otro grupo de cañeros atravesó un tronco entre las barandas del puente, y lo clausuró.

El camión debió frenar, pero arriesgó una maniobra hacia la banquina que casi lo dejó ruedas para arriba, aunque logró estabilizarse y buscó salir del lugar a campo traviesa. De entre los árboles y matorrales surgieron unos trescientos cañeros armados con garrotes de monte nativo y se enfrentaron a los rompehuelgas, que de todas maneras lograron huir.

Por razones de supervivencia para las familias, el campamento se trasladó a la ciudad de Bella Unión, pero nada parecía avanzar en la lucha.

Por ello, Sendic convocó a una asamblea urgente en el monte de Itacumbú, a la luz de la luna. En la noche, cientos de cañeros se reunieron para escuchar a quien se iba transformando en un líder:

—Compañeros, la huelga se está perdiendo —lanzó Sendic—; las plantaciones están trabajando con los rompehuelgas organizados en el sindicato amarillo. Todas las gestiones realizadas en Montevideo fracasaron. Ante esta situación a la que nadie quería llegar, la última esperanza que tenemos es endurecer nuestra posición…

—¿Y qué propone usté Sendí? —preguntó uno de los cañeros más veteranos.

—Tenemos que ir directamente a las plantaciones y reclamar ahí mismo todo lo que Cainsa debe a los trabajadores; tenemos que exigir que paguen por todo el trabajo que ustedes han hecho sin cobrar lo que corresponde. Compañeros, yo les pido que me acompañen. ¡Peleemos todos juntos, compañeros!

Un grito de guerra alborotó la noche en el monte.

Los policías apostados en los portones de Cainsa se vieron sorprendidos por un ruido ensordecedor que se les acercaba, y se asustaron: furia de pies firmes avanzando sobre la tierra, brazos enérgicos de expertos en el uso del machete, voces unidas en el clamor de justicia.

Uno de los peludos más entusiastas, el *Cachorrinho* Julio Vique, saltó el portón y lo abrió desde adentro. Los guardias nada pudieron hacer para impedir el paso de los trabajadores.

Todo un día de espera transcurrió, y los directivos de la empresa no aparecían. Acampados, bajo lluvia, los cañeros pasaron la noche en vigilia. A la mañana siguiente, el comisario los amenazó con llevarlos a la cárcel si no se iban de allí, pero nadie se movió. Por la tarde, llegó el gerente norteamericano, con aire aristocrático, y subió a su oficina, rodeado de guardias. Dio la orden para que los principales jefes de la plantación y el contador de la empresa se reunieran con él.

Mister Henry escuchó a Sendic, y luego pidió que los peludos fueran subiendo a su oficina en grupos de veinte. No era para pagarles, sino para leerles una declaración en la que Cainsa prometía estudiar los reclamos, siempre y cuando se retiraran de inmediato de la planta…

La respuesta no necesitó de análisis: a las cinco de la tarde del 3 de abril de 1962 los cañeros de UTAA tomaron todas las instalaciones de Cainsa, y nadie pudo frenar la ocupación.

El aire altivo de *Mister* Henry se desvaneció, y en presencia del contador, de los jefes de la plantación y de los cañeros ocupantes, debió negociar con Sendic.

El ejército rodeó las oficinas, y al caer la noche, los capataces de Cainsa apuntaron las luces de unos cuarenta tractores hacia el edificio tomado. De no prosperar la negociación, los peludos estaban dispuestos a romper la caja fuerte de la oficina:

—¡Todos sabemos que ahí hay mucha platita! —amenazó el decidido peludo Nelson Santana.

Estaban dispuestos a todo, también a enfrentarse al ejército que los sitiaba. Pero el ingreso de los soldados podría poner en peligro a los jerarcas de la empresa norteamericana.

A la medianoche, luego de algunas llamadas telefónicas nacionales e internacionales, en la cara de *Mister* Henry se dibujó una sonrisa nerviosa.

—*Okey, no problem!* —dijo el *sir* del azúcar—. ¡Propuesta aceptada, *Mister* Sendic!

El acuerdo fue firmado ante el juez de paz de la zona y cada uno de los peludos cobró en esa semana miles de pesos que se le debían. Nunca habían visto tanta plata junta.

Sendic les pidió que algo de dinero fuera invertido en una colecta para organizar una marcha hacia Montevideo, donde reclamarían la aprobación de una ley de ocho horas para el trabajador rural, y la creación de una Bolsa de Trabajo que funcionara como un respaldo para que los cañeros en ningún momento padecieran la situación de quedar totalmente desamparados por la falta de empleo.

Las noticias llegan a Montevideo y Pepe festeja, con sus compañeros del Cerro, con socialistas e integrantes del MRO, esta conquista de Sendic y los peludos.

El 24 de abril parten de Bella Unión unos doscientos cañeros con sus familias. Son más de quinientas personas, si se suman mujeres y niños. Llegan a Montevideo el 4 de mayo y acampan en las cercanías del Palacio Legislativo: el sótano del local de la Central de Trabajadores del Uruguay, ubicado en la calle Venezuela, les sirve de refugio. Quedan a la espera de una sesión parlamentaria que vote la ley de ocho horas y el resto de los reclamos cañeros. Pero la Cámara nunca llega al cuórum a la hora de tratar el asunto…

Pepe y los muchachos de la Lista 41, los del MRO y los de la ANB, socialistas, comunistas, anarquistas, batllistas, socialcristianos, independientes y centenares de estudiantes —sobre todo de la FEUU— se acercan al campamento a colaborar con las familias de los cañeros. Todos resisten un embate policial que blandiendo cachiporras pretende correr a los peludos.

Se preparan ollas populares, se consiguen alimentos, ropa, medicamentos. Pepe se siente muy motivado por la solidaridad que la juventud está demostrando. Todos rodean a Sendic y entablan largas charlas de política, aunque el procurador socialista es de pocas palabras. Más bien escucha, no solo con los oídos sino con sus ojos serenos y amigables. Luego, con tranquilidad, dispara tres o cuatro frases de lógica pura, palabras que en realidad son teoremas, con premisas claras, y conclusiones precisas de acuerdo con el escenario político, económico y social del país. Al menos así es como los jóvenes que se sientan a su lado perciben su mensaje, que por peores y reveladores que sean los diagnósticos jamás es apocalíptico, sino de aliento hacia esos muchachos que —les transmite— pueden lograr cambios importantes si se unen en la lucha por los oprimidos y olvidados del sistema.

A Pepe le gusta escucharlo, él también es de los que van tratando de asimilar las preocupaciones y desvelos del otro, antes de expresarse.

Y en una de esas charlas, Sendic confiesa un secreto ante un reducido grupo de militantes de izquierda que se han comprometido con la lucha cañera —uno de ellos es Pepe, otro Huidobro, Belletti, Pinela, hay algunos más—, una idea que los trabajadores rurales vienen analizando, un plan para el cual necesitan del apoyo de los jóvenes montevideanos:

—Estos hombres y sus familias necesitan tierra para trabajar sin ser explotados;

allá en Artigas, en un rincón entre el río Uruguay y el límite con Salto, hay una estancia abandonada, improductiva, que tiene unas veinticinco mil hectáreas. Si ustedes nos ayudan la vamos a ocupar…

La expresión de los jóvenes lo dice todo: ¿cómo poder ayudar?

—Si la clase obrera, los militantes como ustedes, los estudiantes, hacen suya esta lucha, tenemos posibilidades —prosigue Sendic—, porque Montevideo es la caja de resonancia de lo que podamos hacer allá en esas tierras cerca de Colonia Palma. Con ustedes, los obreros, la izquierda unida por esta causa, haciendo público el apoyo, exigiendo la expropiación para que los peludos puedan vivir de su trabajo sin patrones, sin imperialistas…

—¡Necesitamos la tierra para trabajar! —apunta el cañero Nicolás *Colacho* Esteves.

Los jóvenes se comprometen con la causa y quedan en ir cumpliendo ciertas tareas, reservadas, desde sus grupos políticos, para que la ocupación de los peludos pueda concretarse en el mes de setiembre. La idea no es hacer algo a escondidas de su militancia partidaria, sino ganar el compromiso de la izquierda, sea esta socialista, comunista, popular…

Pepe, además, mantiene una afinidad particular con Sendic: pertenecen a grupos políticos que se están acercando cada vez más.

Mujica también debe atender otros asuntos, que mantienen en vilo a la agrupación de Erro. La «*Concentración Popular de la Lista 41*», que ha sido dentro del herrerismo la «*más poderosa y numerosa de todo el país*» en las elecciones de 1958, decide comunicarle al presidente del Directorio del Partido Nacional, Martín Echegoyen, que «*no acompañará ni votará lista alguna, ni directa ni indirectamente, en la que figure el señor Nardone o sus paniaguados*».

Echegoyen no responde ni una palabra. Y el 22 de mayo Erro decide hablar:

—Señor Echegoyen: le voy a decir la verdad, y de frente, como corresponde. Usted la necesita…

El diputado pronuncia un enérgico discurso, sin pelos en la lengua, contra la actitud del Directorio y su presidente:

> *Pero es que ese silencio culpable señala una carencia de razones y su directa responsabilidad en los sucesos que hoy están marcando un hecho claro: la destrucción histórica del herrerismo, en beneficio del señor Nardone. Y es usted, doctor Echegoyen, quien ha asumido la tarea desgraciada, penosa y terrible de ser el vergonzante sepulturero de Luis Alberto de Herrera y de su legado político.*

Al otro día, Erro es citado a la sede del Directorio. Pepe llama a toda la juventud de la Lista 41 y juntos arrancan hacia la Ciudad Vieja. A las nueve de la noche la plaza Matriz —hacia donde da sus puertas la casa del Partido Nacional— tiene gente hasta colgada de los árboles. Las fuerzas de choque policiales se ubican en forma de barrera, hay varios agentes de policía vestidos de civil que se mezclan entre los manifestantes —algunos son identificados y repudiados—, los tanques de agua y gases lacrimógenos se muestran amenazantes.

—¡Qué doloroso! —dice el diputado al llegar y ver el despliegue policial—. ¡Esto fue la casa de Herrera!

—¡Viva Erro! —grita Pepe cuando Erro va subiendo por las escalinatas de la vieja casona.

Y la plaza cimbra con el coro.

Adentro, los integrantes del Directorio se hablan al oído, observan con preocupación las caras de susto de los funcionarios que miran por los resquicios de las persianas hacia la muchedumbre enfervorizada: analizan suspender la reunión por miedo a represalias.

—Acá está el pueblo, aprendan de una buena vez a andar junto a él. No le teman —les espeta Erro.

La reunión siguió adelante, y el secretario del Directorio le dio la palabra al dirigente convocado. Erro ratificó todo lo que había dicho y decidido su agrupación: «Abandonaron a Herrera, en lo interno y en lo internacional, manchando su memoria, implorando dólares, enajenando la dignidad nacional y la soberanía». Fue responsabilizando a todo el Directorio por la afrenta a la divisa de Aparicio Saravia y acribilló a Echegoyen con una sarta de argumentos políticos e insultos que iban coloreando de verde al «honorable» presidente.

—Ahora quisiera una respuesta —anunció Erro—: ¿El Partido Nacional va a integrar sus listas con Nardone y sus candidatos ruralistas?

Silencio.

—¿Me están expulsando del herrerismo?

Silencio.

El Directorio pretendió cambiar de tema, y Erro insistió en que se le respondiera.

El doctor Ferreira Brugulat dijo entonces:

—El Directorio es un órgano deliberativo y adoptará resoluciones cuando lo crea conveniente.

Erro se levantó de la mesa y caminó hacia la puerta:

—¡Quédense con el intruso! —gritó antes de salir—. Nunca volveré a pisar esta casa que ustedes han mancillado. El miedo se ha vuelto una institución dentro de este lamentable Directorio.

Al verlo aparecer por las escalinatas la congregación se estremece, para nerviosismo policial. Pepe se le acerca junto con otros jóvenes, están expectantes por las «caras raras» que ven merodeando en el lugar. Erro se para frente a la gente y con voz firme, comunica:

—Que se queden con el retrato, con los símbolos y con los *colachatas*. Nunca más volveré a entrar en esa casa porque está vacía de nacionalismo. Quédense ustedes con el intruso —dice mirando hacia los ventanales del Directorio—: eso significa compartir la entrega del país a la voracidad del imperialismo extranjero. Nosotros vamos al encuentro del pueblo pues a él nos debemos.

Y ahí comienza la trifulca general. Las fuerzas policiales, con palos y balas. Los manifestantes, con lo que tienen a mano. Y entre los gases lacrimógenos, relumbra una punta acerada que un matón intenta clavar en el pecho de Erro…

—¡Guardaaaaa! —grita Pepe y se abalanza, junto con otros jóvenes, sobre el asesino.

Unos nudillos macizos colorean la oreja del agresor y lo desestabilizan: liga una cuantas patadas en el culo, hasta que logra huir en medio de la batahola.

En estos primeros meses de 1962, el pueblo montevideano respira violencia: atentados con explosivos contra la editorial comunista Ediciones Pueblos Unidos y contra la sede de la Legación de la URSS en Uruguay; también son atacadas varias instituciones judías.

El MEDL, ALERTA y otras organizaciones similares siguen pregonando odio y acción contra el comunismo. Y también se despliegan las bandas nazi fascistas declaradas, como la Liga Artiguista, el Movimiento Progresista La Escoba, el Frente Estudiantil de Acción Nacional (Fedan) o la Liga Oriental Antisemita (Loas).

ALERTA se la pasa formulando llamamientos públicos en los medios de derecha, que resultan sugestivos: «*¿No ha llegado la hora de que todas las fuerzas que garantizan el orden que vivimos procuren cohesión para resistir y destruir los oleajes que arrastran tras sí los nuevos bárbaros? Ciudadano: mañana puede ser demasiado tarde!*». Y más que eso, llega a invocar a las Fuerzas Armadas, a las que considera «*último respaldo de nuestra democracia*», a fin de que sigan «*de cerca y con atención*» los acontecimientos.

Los medios de izquierda —*Época*, *El Popular*, *Marcha*, entre otros— denuncian el accionar violento de estas organizaciones. El diario *Acción*, que sigue bajo el mando de Luis Batlle, responsabiliza de las agresiones con explosivos a los «*nazi fascistas*» MEDL, ALERTA, LOAS y FEDAN, y denuncia que junto con la organización argentina Tacuara se encuentran ejecutando un «*plan de atentados conjuntos en ambas márgenes del Plata*».

Es que el primer día de junio de 1962, hubo en la capital uruguaya manifestaciones pronazismo: en la plaza Libertad y en la rambla montevideana algunos grupos se congregaron para rendir homenaje al genocida Karl Adolf Eichmann —responsable de la llamada «solución final» contra los judíos en la Segunda Guerra Mundial—, que había sido ejecutado el día anterior en la cárcel de Ramla en Israel, luego de que los servicios secretos israelíes lo capturaron en Buenos Aires, donde trabajaba como operario de la Mercedes Benz Argentina.

—¡Pero hay que estar mal del balero! —Pepe, indignado ante la información de la manifestación nazi, comentó el hecho en ronda con dos dirigentes socialistas; uno de ellos era Sendic.

—¡Hay que tener mucho cuidado con estos monstruitos! —le respondió el procurador, sereno, antes de chupar el mate, junto al fuego del campamento cañero—. Esta democracia está muy podrida…

—¡Si estará! —acotó Pepe, sentado en un cajón, con la espalda arqueada hacia delante y los antebrazos apoyados sobre las piernas—. Estos fascistas están pidiendo a gritos a los milicos…

—Sí, y hay rumores… muchos rumores… —recalcó Sendic—. Demasiados…

—Erro anda atrás de más información —le confió Pepe.

A pesar del intenso frío de junio, las familias de los cañeros permanecen en los alrededores del Palacio Legislativo. Los esfuerzos de algunos legisladores como Erro y Trías en apoyo a los manifestantes de Bella Unión parecen en vano: la mayoría parlamentaria sigue sin encontrar el momento adecuado para votar una ley que beneficie a los trabajadores rurales.

Entre tanto, la gremial amarilla CSU —la misma que había organizado a los rompehuelgas en Cainsa— se encarga de difamar a los cañeros: hace trascender en la prensa de derecha que los peludos habrían alquilado niños para traer a Montevideo a mostrar una falsa desdicha, que lo de pago en «bonos» es una mentira, así como el trabajo de doce horas, que las patronales están dispuestas a retomar a los sindicalistas de UTAA y ellos no quieren trabajar, que los cañeros viven en casas con heladera, tocadiscos y todo tipo de electrodomésticos, y que han llegado a Montevideo con prostitutas…

No hay lugar para los descargos de los cañeros en la prensa de derecha. Y con la sangre en el ojo, el 6 de junio los peludos encabezados por Sendic avanzan por la avenida Agraciada hacia la zona más céntrica de Montevideo. Van con documentos que prueban sus penurias económicas y a pedirles cuentas a los difamadores, quienes a puertas cerradas se refugian en la planta alta de la sede de la CSU.

—¡Salgan a dar la cara! —les gritan.

—¡Manga de cagones! —se encolerizan.

Rompen los vidrios y entran. Los difamadores se esconden donde pueden, pero

algunos no logran escapar a la pelea.

—¡Ya está, ya está, vamos compañeros! —grita Sendic.

—¡Salimos, salimos, compañeros! —los peludos se retiran.

—¡No corras! —le dice Sendic a Vique mientras lo toma del hombro. Ahora caminan, Sendic sabe que en cualquier momento llegará la policía, y lo natural sería que los detuvieran a todos.

No esperaba, sin embargo, que al estar ya en la calle surgieran tiros desde las ventanas superiores de la sede de la CSU. La señora Dora López, que pasaba por el lugar rumbo a sus clases de enfermería, recibe un balazo y queda tendida en el piso, muerta. Los cañeros incendian el local amarillo.

Los detienen. El Poder Judicial actúa con diligencia: treinta y seis peludos —entre ellos Sendic y Vique— marchan a la cárcel. Los asesinos de la mujer, no.

Los cañeros que no fueron a prisión y sus familias —también las de aquellos encarcelados— vuelven a Bella Unión con las manos vacías y la congoja a cuestas. Sin embargo, Sendic valora que el hecho de estar encarcelados los deja en el centro de la atención pública, también sus reclamos están en boca de todo el mundo.

La Federación de Estudiantes Universitarios declara su «*solidaridad*» con los reclamos de los peludos, se manifiesta en contra de la «*cortina de propaganda falaz*» que recae sobre los trabajadores rurales, y llama «*a todas las fuerzas sindicales y populares*» a aunar esfuerzos «*en torno a la movilización de denuncia y esclarecimiento*» de los hechos.

Pepe se mueve junto con los estudiantes, integrantes de la juventud de Erro y otras agrupaciones juveniles de la izquierda. Hay reuniones en varios centros políticos, donde se analiza cómo protestar contra la detención de los campesinos y exigir su liberación.

Una de las reuniones se lleva a cabo en el Ateneo Libre del Cerro y La Teja, que también realiza una convocatoria a las fuerzas populares para luchar en forma activa por la libertad de los cañeros y contra las torturas policiales.

Pepe ayuda en la búsqueda de datos sobre la situación de detención; su red de amigos del Cerro tiene contactos con presos de la cárcel de Miguelete: «*Estuvo brava la cosa* —le informan—, *pero los peludos aguantaron bien. Ahora, no pasa nada*».

—¡Los molieron! —Erro golpea la mesa.

Su enojo es también el de Trías.

—¡Vamos para allá! —responde el socialista.

Sus voces se escuchan en el Palacio Legislativo. También la del diputado socialista Germán D’Elía:

—¡Los están torturando!

Pero la mayoría rechaza la apertura de una investigación parlamentaria. Solo los medios de izquierda respaldan sus reclamos y argumentos.

A Trías le preocupa mucho la salud de su compañero Sendic.

—¡Está bien! —le informa Erro, que acaba de hablar con Pepe—. Está escribiendo una carta contando cómo se dieron los hechos en la CSU…

Antes de llegar a la cárcel, Sendic puede intercambiar algunas palabras con el encargado de guardia de la Jefatura de Policía de Montevideo, Alejandro Otero.

Expone sus argumentos en defensa de los cañeros ante el uniformado de azul. Otero no arriesga comentarios contra la lucha de los trabajadores rurales, sí contra sus formas de protesta.

—Yo creo que usted me entiende —le dice Sendic, mirándolo a los ojos.

El policía no abre la boca, salvo para decir que ya pueden llevarse al detenido.

—Este hombre no es cualquiera —confió luego Otero a uno de sus colegas—. Y tiene algo respetable: trata de ayudar a esa gente, a su modo, pero trata de ayudarla…

Los días de junio van pasando. Han sido liberados algunos peludos, pero Sendic y los dirigentes más importantes de UTAA siguen en Miguelete. Afuera se analizan decisiones importantes en aspectos político-partidarios.

En la noche del 28 de junio, la asamblea extraordinaria de la Lista 41 desbordó la sede de la agrupación. La esquina de Rondeau y Cerro Largo se llenó de banderas de Erro, de Herrera y de Aparicio Saravia.

Erro había recorrido el país consultando en cada ciudad, en cada pueblo al que pudo llegar, qué camino debía seguir. Y esa noche, ante la pregunta decisiva, se escuchó un estruendoso: «*Sí*».

—Sí, nos vamos —gritó Pepe junto a su madre, blanca de toda la vida. Y la abrazó por su valentía.

La Agrupación de Erro ya no pertenecía al Partido Nacional.

Unas semanas después, la Lista 41 de Erro y la 90 del Partido Socialista se fusionaban en la 4190. Quedaba conformada la Unión Nacional y Popular, también integrada por la Agrupación Nuevas Bases; el Frente Avanzada Renovadora —con Eduardo Paysée González y Omar Bianchino, escindidos de la Unión Cívica—; el Movimiento Ruralistas Disidentes, encabezado por José Claudio Williman y Methol Ferré; Grupo Res Non Verba, de Cléber Vázquez; el Movimiento Juvenil 8 de Enero, liderado por Walter Martínez Gallinal, y también algunos cristianos e independientes.

La Corte Electoral le prohibió a la nueva colectividad política el uso de la palabra «Nacional» que a su juicio correspondía a los blancos, y el nombre definitivo fue entonces: Unión Popular.

No habían prosperado las negociaciones para una alianza más amplia de la

izquierda debido a las diferencias persistentes entre socialistas y comunistas.

Se formó, no obstante, otra coalición, el Frente Izquierda de Liberación, Fidel, que remite con claridad al líder de la revolución cubana. Se trata de la Lista 1001, que integra al Partido Comunista, MRO, Agrupación Batllista Avanzar, Movimiento Batllista 26 de Octubre, Comité Central Obrero, Comité Universitario, Movimiento Nacional de Trabajadores de la Cultura, Comité por la Unidad de la Izquierda de Paysandú, Grupo de Izquierda de Maldonado, a los que se suman también independientes escindidos de los partidos blanco y colorado. Este otro frente de izquierda es presidido por el exnacionalista, Luis Pedro Bonavita.

En estos últimos meses de 1962, se intensifica la campaña política: la elección nacional se realizaría el 25 de noviembre. Y en paralelo, las bandas fascistas propagan terror…

La noche del 6 de julio, Soledad Barrett, de diecisiete años, es secuestrada del corredor de una casa ubicada en la calle Canelones 2253, donde trabaja como niñera y empleada doméstica.

La joven es paraguaya, hija del militante del Frente Unido de Liberación Nacional, Alex Barrett, que lucha contra la dictadura de Stroessner.

Tres hombres la fuerzan a subir a un auto:

—Así que te gusta abrir la boca —le dice uno mientras le tapa los labios y los ojos con las manos—, ahora vas a abrir bien esa boca, comunista hija de puta…

El auto corre veloz. Soledad ya no tiene la cara tapada, y exige ser liberada, en vano.

—Ahora vas a gritar: ¡Viva Hitler! —le ordena uno.

—No, nunca —dice ella.

Enceguecido, saturado de adrenalina, pega su boca a la cara de la secuestrada:

—Si no querés que te matemos, gritá: ¡Viva Hitler!

—No.

—Ah, no querés —uno de los hombres le descubre las piernas a Soledad y la aprisiona contra el asiento. Le desgarra la ropa interior, mientras otro, con una hoja filosa, comienza a realizarle cortes en el muslo. Cuando termina, Soledad tiene una cruz esvástica tatuada en sangre y carne.

—Hacela gritar: ¡Abajo Fidel! —pide uno desde el asiento delantero—. Y si no, hacele el tajo en las tetas…

—Ya está bien, ya está bien —se opone uno que la sujeta—. Con esto alcanza…

Y la lanzan del auto en las cercanías del Jardín Zoológico, en el barrio Villa Dolores.

Tendida en la calle, se para. Seca sus lágrimas, mira hacia el frente, y con su pierna ultrajada, camina…

Se inicia una campaña de prensa desde la derecha para desacreditar a Soledad, se la trata de fabuladora y conspiradora comunista. *El Día*, que responde a la Lista 14 del Partido Colorado, lidera la campaña, pero también se prestan *La Mañana* —de los colorados riveristas—, el *Diario Rural*, del consejero Nardone. Y el diario nacionalista *El País* publica una fotografía de la joven en una manifestación comunista, lo que provoca una gran polémica en tanto la instantánea había sido tomada por los servicios de inteligencia policial o por integrantes de grupos fascistas.

La izquierda responde en sus medios, sobre todo contra *El Día* y *El País*: difunde que la joven había sido fotografiada por Rodolfo Kubota, al que sindican como integrante del MEDL y agente de la Embajada estadounidense.

En medio de los ataques cruzados por el caso de Soledad, el joven Elbio Ferrer Saravia —sobrino bisnieto de Aparicio—, presidente del Movimiento Blanco Estudiantil y militante del MEDL, denuncia haber sido agredido el 14 de julio, y que le dejaron la piel tatuada con una hoz y un martillo. La imagen parece dibujada más que hecha a punta de cuchillo, pero esto no se aclara.

Es golpeado y tatuado con una esvástica el joven médico argentino Máximo Handel. Y la cruz nazi también aparece en muslo y espalda de un redactor del diario blanco *El Debate*, Eduardo Rodríguez Ayala, conocido militante anticomunista.

Todo se vuelve muy confuso, quién atenta contra quién. Proliferan las denuncias de jóvenes que presentan heridas en forma de tatuajes con esvásticas u otros símbolos políticos. La policía entiende que casi todos los casos son simulados.

Pero los hechos adquieren gran dimensión en la sociedad: es el comentario de padres, madres, hijos e hijas en las mesas familiares. Se teme por las adolescentes, estén o no involucradas en cuestiones políticas. El terror se ha instalado, y se propaga.

Y el caso de Soledad no tiene avances en las investigaciones.

—Pero ella reconoció a uno —apunta Pepe en charla con algunos estudiantes de la FEUU.

—Pedro Andrade Arregui, vinculado a La Escoba —le confirma uno de los muchachos.

—Amigo del fascista de Omar Díaz.

—Sí, el que quiere ser presidente —ironiza una joven, pues el Movimiento Progresista Nacional La Escoba se presentará a las elecciones nacionales con Díaz como candidato.

—Sí, ya sé —afirma Pepe— y anda coqueteando con la juventud peronista, también.

—Esos dos andan con los nazis de Tacuara, que se divierten atacando sinagogas y cementerios judíos con pintadas de esvásticas y otras estupideces por el estilo —dice un joven que se muestra bien informado sobre la actualidad argentina.

—Parece que no tienen nada mejor que hacer —acota Pepe y cambia el tema de la charla porque se le hace tarde y ha ido a conversar con los estudiantes sobre la situación de los cañeros, que ya han recobrado la libertad, pero necesitan que se los siga apoyando. Y, en forma especial, les advierte que la libertad del país está en riesgo, que Nardone mantiene contactos con la CIA, promotora del reciente golpe de Estado en Perú, y que el consejero Harrison se ha reunido con altos mandos militares para que pensaran si no era tiempo de darle «*un descanso a la democracia*».

Los muchachos quedan con los pelos de punta. Pepe ya los usa así desde hace rato —dice que ya nada de lo que pueda pasar en el país le asombra— aunque de vez en cuando se los peina hacia atrás dejando colar las hebras ondeadas entre sus dedos. Es su forma de «hacer pinta».

—¡Vamos, que Erro va a hablar de esto ahora en el Palacio! —los invita. Y varios de los jóvenes y las jóvenes lo siguen y se sientan junto a él en las barras de la Cámara de Representantes.

—El clima de intranquilidad sigue existiendo, y creemos que esta noche hay que dividir al Parlamento en dos corrientes: los que estamos dispuestos a defender la legalidad y los que están contra la legalidad; porque en el trasfondo de todo esto se está intentando, indirectamente, dar un golpe de Estado y avasallar las instituciones, y todo esto es muy grave —denuncia Erro desde su banca.

El caso Soledad Barrett muere en un cajón del Poder Judicial.

El joven artiguense de veintitrés años Pedro Álvaro Andrade Arregui, alias Carlos Rojo —así se hace llamar en cartas que dirige a la juventud peronista—, es llevado ante la justicia. Pero por falta de pruebas —según se entendió— lo dejan en libertad. Su anticomunismo es acérrimo, nunca lo niega, como su relación con La Escoba. Pero se muestra como un ángel a la hora de responder por la triste situación que atravesó Soledad, de la que, por supuesto, dice no saber nada.

—¡Por el amor de Dios! —se lleva las manos al pecho.

Más tarde deja caer que su camino está en el sacerdocio: «el padre Pedro, ¿suena lindo no?».

El 11 de setiembre, Pepe se dirigía a la sede de Rondeau y Cerro Largo, donde mantendría una reunión con jóvenes socialistas —entre ellos Julio Louis, compañero de viaje a Cuba—, con quienes ahora formaba parte de la Unión Popular. Al llegar vio caras de preocupación, y le contaron del atentado que había sufrido un local del Partido Comunista ubicado a dos cuadras de allí.

Un grupo anticastrista había detonado una bomba y las flamas ardieron, lo abrasaron todo: Olivio Raúl Píriz era ajeno a lo que pasaba en la política del país, no sabía de comunistas ni de imperialistas, de revolucionarios ni de dictadores, y

tampoco de la existencia de las bandas fascistas que lo asesinaron. Usaba pañales y chupete, tenía cinco meses. Murió con todo su cuerpo quemado.

Más allá de toda esta violencia fascista, hay otras actitudes —y estas dentro de la izquierda— que desconciertan a Mujica.

Esa mañana de fines de octubre, se encuentra tomando un mate amargo, tan amargo como el sentimiento que lo ataca al meditar sobre su actividad política.

Acaba de terminar, al menos por ahora, la denominada crisis de los misiles, esos cohetes soviéticos descubiertos en Cuba para escándalo de los Estados Unidos. Él no sintió el mundo amenazado por la guerra nuclear, quizá porque en el momento le preocupaban más las cosas nativas: qué diferencia había entre morir por los efectos de una bomba nuclear o morir de desnutrición, porque aquello podía ser espantoso, pero cuánto más que la agonía de un niño, solo piel y huesos porque un padre trabajador rural, explotado como esclavo por las empresas imperialistas, no puede darle de comer.

Él estaba a favor de la reforma constitucional que buscaba mejorar la calidad de vida de la clase trabajadora, pero no se había llegado a la cantidad de firmas mínimas para someter el proyecto a plebiscito, y eso porque no se quería mezclar la campaña electoral de la incipiente Unión Popular con la de iniciativa de reforma; él se había comprometido, como los demás jóvenes y militantes que hablaron con Sendic, a apoyar desde Montevideo la ocupación de las tierras por parte de los cañeros, pero no era cierto que los frentes de izquierda —la Unión Popular ni el FIDEL— hubieran movido un dedo a favor de la medida, y en todo caso se les había mentido a los peludos que esperaban contar con ese respaldo, y al final debieron suspender la ocupación.

El apoyo real al plan de los cañeros asumido por Pinela, Huidobro, Carlos *el Loco* Rivera Yic, Gabino Falero, Leonel Vidal, Mario Robaina, Carlos Flores, Omar Puime y otros jóvenes de la base de La Teja que militaban en el MRO les costó la expulsión de ese movimiento que se integraba al FIDEL.

Pepe y Sendic se mantuvieron en la Unión Popular.

El líder cañero no quería que el apoyo a UTAA dividiera a la izquierda, aunque en realidad ya estaba dividida desde que los socialistas ortodoxos rechazaron la «unidad sin exclusiones» que buscaba el Partido Comunista, y que hubiera permitido la creación de un gran frente de izquierda para las elecciones de noviembre del 62. Y dentro del Partido Comunista los líos no eran menores: un grupo de jóvenes liderado por Julio Arizaga y el Flaco Belletti recalentaba las asambleas en el local de Bogotá y Prusia. Se habían declarado prochinos y los ortodoxos sovietistas se los querían comer. La separación se veía ineludible y así comenzaron a bosquejar una nueva organización, la que se llamaría Movimiento de Izquierda Revolucionaria, el MIR.

Los orejanos del grupo de Pinela —era él quien había organizado a la juventud de La Teja en un pujante núcleo político y social que fue a dar al MRO y que ahora estaba fuera del movimiento— comenzaron a reunirse en el rancho del Loco Rivera

Yic, detrás del Cerro, para decidir cómo seguían la lucha…

Varios de estos muchachos, a su vez, tenían contacto —y compartían los disgustos de la política— con Mujica, Belletti y otros jóvenes, en algunas esquinas del Cerro y de La Teja.

Todos sabían que de alguna manera iban a apoyar a los cañeros, que el 3 de noviembre en asamblea realizada en Bella Unión decidieron presentarse ante el Instituto de Colonización a solicitar la expropiación de la estancia de Silva y Rosas, esa de veinticinco mil hectáreas en las cercanías de Colonia Palma que hubieran ocupado de no fracasar el apoyo político.

Pepe siguió apoyando a Erro en el fin de la campaña electoral. Ya habían conversado de la desconfianza con que muchos socialistas los miraban, por haber llegado desde el Partido Nacional.

—¡Hay socialistas que están aconsejando votar al Fidel! —le dijo Pepe.

—Sí, ya lo sé —respondió Erro, apesadumbrado—. Pero tenemos que echar el resto, Pepe.

—Claro que sí —lo alentó Mujica, y cumpliría con ello. Aunque presentía que una liebre estaba a punto de saltar de su cabeza hacia un destino incierto, y que él saldría corriendo detrás de sus patas veloces, no para atraparla sino para verla correr…

Y llegó el domingo 25 de noviembre de 1962.

Una de las papeletas de votación tenía en lo alto una faja naranja con letras en crudo, donde se leía: «Partido Unión Popular. UP. 4190». También en naranja, el dibujo central de un Uruguay de contornos rectilíneos, y una especie de sol del mismo color resuelto con veinticuatro rayos de puntas cortas, dispuesto como sacabocado del sur del mapa, donde se ubica Montevideo y parte de su entorno. José Pedro Cardoso era el primer candidato al Senado, su suplente, Vivian Trías, segundo suplente, Germán D’Elía, y tercero Andrés Cultelli. En el segundo lugar de candidatos titulares a la Cámara de Senadores figuraba Erro. Y en el quinto, volvía a aparecer Trías.

En la lista de titulares a diputados por Montevideo, Erro iba a la cabeza, seguido por Trías. El «procurador Raúl Sendic» se encontraba en el séptimo lugar, y en el octavo, Walter Martínez Gallinal, cuyo suplente era el «señor José Mujica Terra», aunque debió haberse impreso «Cordano», pues «Terra» era el segundo apellido de su padre. Pero a Pepe no le molestó, en todo caso se trataba de un azaroso —o quizá no tanto, en política nunca se sabe— recuerdo a la familia paterna. «Mujica Terra» también era el séptimo candidato a la Junta Departamental de Montevideo.

En la madrugada se conocieron los resultados: volvió a ganar el Partido Nacional.

Logró el apoyo de quinientos cuarenta y cinco mil personas, es decir el 46,5% del total de sufragantes. En segundo lugar quedó el Partido Colorado con el 44,5%.

La agrupación más votada fue la conservadora Unión Blanca Democrática —de la derecha más recalcitrante—, cuya consigna de campaña era: «O gana la UBD, o todo sigue como está».

Para la izquierda, las elecciones resultaron un fracaso, los dos frentes juntos no llegaron a sesenta y ocho mil votos, pero además, estaban separados.

La Unión Popular, con apenas veintisiete mil votos —un 2,3%—, no llegó ni a una banca en el Senado, y obtuvo solo dos escaños de diputados, uno por Montevideo y otro por Canelones. El de la capital correspondió a Erro, y en el de Canelones asumió su suplente María Soares de Lima, al incumplir el acuerdo político y no cederle la banca al socialista Vivian Trías. Y como rancia frutilla de una torta agria, la legisladora renunció a la Unión Popular y se afilió al Partido Nacional.

El Fidel consiguió casi cuarenta y un mil votos —3,5%—, por cuanto llegó a una banca en el Senado, ocupada por Enrique Rodríguez, y tres de diputados: Ariel Collazo, Rodney Arismendy y Luis Pedro Bonavita.

—Yo no entiendo cómo la gente no te acompañó —se lamentó Mujica ante Erro.

—Así es la política, Pepe.

—Así parece… —Mujica se lo quedó mirando, perdido en los ojos de aquel hombre íntegro. Erro interpretó el momento.

—Me querés decir algo más, ¿verdad?

—Sí… —a Pepe se le erizó el cuerpo—. Vengo a darte un abrazo…

Y tras sentir el calor del apretado saludo, se lo dijo:

—Me voy. No puedo seguir. Siento que por acá no va…

Erro le sonrió con esfuerzo, con ternura y comprensión. Y mantuvieron una charla cordial, como siempre. El somero balance político les hizo caer en algún lamento, sí, pero sin darse cuenta se encontraron hablando de sueños, proyectando utopías que deparaban unión en la lucha, desde el lugar en que a cada uno le tocara estar…

—¡Chau, Pepe, contá conmigo, siempre!

—¡Gracias, don Enrique, compañero!

14

Fusiles, flechazos y un hacha de mango corto

Mujica sabía que por el lado electoral los cambios que se proponía la izquierda tradicional no llegarían. Pero tampoco tenía resuelta su duda sobre la lucha armada para llegar al poder, como tantos otros jóvenes de su entorno.

Por las afinidades que mantenía con el Flaco Belletti —Pepe sí había adherido a la mirada del movimiento prochino y su lógica refrescante, ante la anquilosada ortodoxia soviética— se sumó al MIR, conformado con mayoría de integrantes escindidos de la Unión de la Juventud Comunista.

Este grupo buscaba definir cómo seguir en la lucha; algunos hablaban de crear un partido nuevo, pero a Mujica le gustaba la idea de movimiento, aquello que había aprendido en China sobre la construcción de un gran frente revolucionario, al que se le diera formación ideológica y militar, para defender la filosofía socialista. Y, en este caso, además, prepararlo para enfrentarse a la represión policial y militar que dispondría el poder político y la oligarquía contra las clases trabajadoras y los movimientos sindicales y estudiantiles, y como autodefensa ante «todo lo que se pudiera venir» en Uruguay.

—¿Vos pensás que los golpistas se van a quedar tranquilos? —ironizó Pepe en una conversación callejera con David, que también se unía al MIR.

—¿Lo qué? —se rio el Flaco—. La oligarquía quiere mano dura…

—Hay que estar preparados, entonces —apuntó Mujica.

—Yo, ya sabés… —David se palpó la pistola que escondía bajo su campera.

—¡Tranquilo, Yul Brynner!

—Cuando quieras, te enseño.

—Estoy listo…

El Loco Rivera Yic tenía una peluquería llamada El Rulo Lacio —de cuya puerta colgaba un cartel que advertía: «No se atienden ni milicos ni carneros»—, ubicada en la avenida Carlos María Ramírez, frente a la plaza Lafone.

Un día, después de su trabajo, bajando por la calle Heredia rumbo a su rancho y casi al llegar al cruce con José Mármol, el Loco Rivera creyó estar ante un buen lugar donde establecer un local para las reuniones de los echados del MRO, que ahora no tenían nombre. Pinela, Huidobro y los demás se referían a su grupo por un apócope, quizá hasta por timidez de pronunciar la grandilocuente palabra completa, así que eran integrantes de la «orga». Eso, entre ellos, para los demás eran los muchachos de la «comunidad» que se reunían —luego de las fructíferas negociaciones del Loco—

en esa casa de paredes revocadas de arena y pórtland, tan humilde como la mayoría de las que había en La Teja.

El local de la «comunidad», que pretendía pasar por club social, constaba de una pieza bastante cómoda a nivel de la calle, y otra abajo, como de sótano, engalanada por un billar.

Pepe y los muchachos del MIR no tenían local. El Movimiento de Lucha por Trabajo se había desmembrado y con ello cerrado su lugar de reuniones en el Cerro, aunque algunos de los jóvenes de Villa Verde seguían en la vuelta: de vez en cuando se sumaban a alguna jornada de militancia sindical, y nunca faltaban a los asados y comilonas de olla, exuberantes, y de vino malo pero a discreción. El MIR le alquiló la pieza de arriba a los de la «orga», que empezaron a reunirse en la de abajo. Por las noches, Huidobro, Pinela, Robaina —que se había conseguido un ranchito al lado del «club social»— y todos los demás miembros de su grupo de La Teja confluían con Pepe, el Flaco Belletti, el Canario Arizaga, Germán Vidal, Jorge Torres, José *el Gaucho* Moura, Ruben Sassano, Luis Magallanes, Mario *el Termo* Etchenique, el Poroto Sergio Benavídez, entre otros.

Unos deliberaban por un lado y otros por el otro, pero los temas a tratar eran muy similares: apoyo a los cañeros, sí, ¿pero cómo?, a los sindicatos, formas de organización, ¿lucha armada?, ¿solo Uruguay o buscar relación con Argentina y Brasil?, mecanismos de «autodefensa», financiación…

Y en esto último, gran mano dieron los muchachos que llegaban a jugar al billar, incluidos varios de Villa Verde: entre carambola y palo, el mobiliario de la «comunidad» fue mejorando con rapidez, también la vajilla, y hubo mejor alimento y de vez en cuando unas cuantas botellas —a veces damajuanas— de bebidas espirituosas.

—Sí, sí, eso estará bastante bien —dijo el Negro Pinocho—, pero como la huelga de la carne…

—¡Pah! —expresó Belletti—. Ni me digas, que en el Partido casi me matan…

—Pero, qué lujo ¿eh? —recordó Pinocho—. Todas las mañanas una aceitunita, un pedacito de queso. Al mediodía uno del bueno pa tomar…

Los muchachos del grupo de desocupados del Cerro —los expertos digamos— habían «hecho un Manzanares» para colaborar con la alimentación de los huelguistas de la Federación de la Carne. Repartieron bastante, pero un *stock* de productos de todo tipo —azúcar, arroz, harina, café, galletas, latas variadas, dulces, alguna que otra bebida, y más, mucho más— abarrotaba el local del Partido Comunista de Bogotá y Prusia.

—¡Enrique Rodríguez me quería comer vivo! —se rio Belletti.

Ahora, los muchachos del billar, los de La Teja y los del Cerro se fueron convirtiendo en los grandes maestros de los jóvenes —de los de arriba y de los de abajo— en el arte de abrir puertas, sin llaves. A veces con herramientas sutiles, otras con métodos un poco más bruscos…

Para entonces los dos grupos habían decidido que debían conseguir armas: no pensaban tanto en la revolución como en la necesaria autodefensa, en la respuesta a la represión, sobre todo luego de que algunos fueron apaleados y cayeron presos por entreverarse en las manifestación de los obreros de la UTE —Usinas y Teléfonos del Estado—, que se habían declarado en huelga y cortaron el suministro de energía eléctrica.

El gobierno aprobó las medidas prontas de seguridad, y luego de intensas reuniones entre las autoridades políticas, del Ejército y de la Jefatura de Policía de Montevideo —como el general sediento de golpe, Mario Aguerrondo—, surgió el plan de restablecimiento de la luz y de represión a mansalva. Cientos de detenidos, algunos heridos por los balazos, atontados por los gases lacrimógenos, pasaban además por las cachiporras, piñas americanas, y algunos por las picanas eléctricas, dado que ya se usaba ese método de tortura en Uruguay.

—Cuando anden en esas vueltas no tienen que comer nada —dijo un experimentado ladrón de la zona.

—¿Por? —preguntó Mujica.

Huidobro miró a Pepe con cierto aire fanfarrón porque ya tenía el dato.

—Porque si te agarran y estás débil, con la primera picana te desmayás y te dejan de torturar —el hombre ya había caído varias veces.

Los muchachos fueron golpeados pero no les tocó la picana.

—¡Nos salvamos porque Dios es grande! —exclamó Huidobro, de formación católica.

—¡La religión es el opio de los pueblos! —replicó Belletti, cuya *Biblia* era la de Marx.

—Da lo mismo, lo bueno es que no pasó de unos golpes —intervino Mujica, gran conciliador—. ¡Vamo'a tomar un vino!

Ahora Pepe pasaba algo más de tiempo en La Teja, digamos que hasta la madrugada no volvía al Paso de la Arena —de temas de pareja, ni hablar…—, pero sus vueltas por el Cerro, por militancia y porque seguía vendiendo flores en la feria, se mantenían. Así se enteró de que un grupo de anarquistas, casi todos obreros de la carne, también se estaba preparando: habían resuelto construir bombas, y ya tenían una que asustaba por lo grande y poderosa que se veía. Pero Mujica decidió no involucrarse, al menos en forma directa, con ese grupo. Los anarcos sabían que en las reuniones de la «comunidad» —conocían tanto a los de arriba como a los de abajo— se estaba rumbeando hacia el mismo lado… Y también suponían que los reunidos en La Teja no habían logrado conseguir las armas que pretendían: en vano quisieron llevarse unas almacenadas en un juzgado. Luego probaron vendiendo juguetes en la feria: tenían la ilusión de pasar de revólveres de plástico a «pistolas de verdad» —esto último no tenían por qué explicarlo a las clientas—, pero no resultó un buen

negocio.

A su vez, en el norte, a unos seiscientos cincuenta kilómetros de Montevideo, los peludos de UTAA definían que no podían enfrentar la represión de las balas —pistolas, revólveres, metralletas— sin el armamento adecuado. Debían conseguir algo más que machetes, porque tenían la idea de ocupar las tierras de Silva y Rosas y Valentina Palma de Miranda, en el mes de octubre. Y era sabido que una vez adentro, llegarían los camiones repletos de las ya conocidas fuerzas de choque.

Gracias al impulso precursor de Eduardo Pinela, y a la buena voluntad de quienes venían haciendo sus aprontes por separado, se va formando el «coordinador» de estos grupos con mentalidad revolucionaria. La sede para esta coordinación era el local de La Teja.

En las tertulias del grupo de Pinela —y en la peluquería del Loco Rivera Yic— se mencionó un par de veces que la Sociedad Tiro Suizo de Nueva Helvecia, en el departamento de Colonia, guardaba una buena cantidad de armas en su local, las que usaban los socios para practicar tiro al blanco. El dato certero pertenecía al médico Mario Naviliat, anarco, oriundo de Colonia Suiza, cuyo padre había sido presidente del Tiro Suizo.

Sendic de vez en cuando se daba una vuelta por la «comunidad» puesto que allí se reunían, en un grupo y en otro, aquellos que se habían comprometido a respaldar a los cañeros en la ocupación de tierras: están en época de zafra y a los peludos de UTAA no se los contrata, hay acuerdos entre la patronal y la CSU para trabajar con aquellos a los que el Loco Rivera Yic no les cortaría el pelo.

En uno de esos encuentros, se le planteó a Sendic el asunto del Tiro Suizo, que ya había sido estudiado a fondo —con viajes al lugar, mapeo, horarios, rutinas— por integrantes de los dos grupos de la «comunidad» y otros militantes allegados y comprometidos.

Poco después, el Ñato Huidobro y Sendic viajaban rumbo a Colonia en la que alguna vez había sido una hermosa Harley Davidson: ya no lo era cuando llegó a manos del joven procurador socialista que nada entendía de esos bichos a motor, y la llevaba por las rutas atada con alambre y marrón de la tierra de los caminos que recorría entre el sindicato de Bella Unión y los de Paysandú. Noble, la máquina se les incendió en la ciudad de Libertad, a cincuenta kilómetros de Montevideo, y apagada a camperazos, arrancó como si nada hubiera pasado y los llevó el resto del camino —unos setenta y cinco kilómetros más— hasta Nueva Helvecia.

Tras unas cuantas vueltas por la zona del Tiro Suizo y varias preguntas respecto del plan inicial para hacerse de las armas que le presentó el joven comunitario, Sendic aceptó la propuesta. Y luego de algunos ajustes de táctica y estrategia, el 31 de julio de 1963, se activó la operación.

El MIR da su apoyo en planificación, coordinación y transporte: Pepe no participa en forma directa, pero se encuentra al tanto de la situación. Intervienen en la acción ejecutiva miembros del grupo de Pinela, Sendic, el socialista Jorge Abellá, y un argentino que ha llegado a Uruguay hace un par de meses, huyendo de la policía por sus andanzas con el grupo Tacuara. Su nombre es Joe Baxter, y ha dejado de lado el antisemitismo original de su organización y creado, junto con otros compañeros de su país, un ala de izquierda: el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, que se asume como parte de la resistencia peronista. Usa el nombre falso Salvador Ballesteros y vive en la casa de los Pérez Iriarte —familia amiga del representante de Perón en Uruguay, Alberto Campos—, ubicada en 26 de Marzo y Buxareo, en el elegante barrio Pocitos, muy cerca del Buceo, donde el argentino frecuenta un bar con aire de barrio, al que también concurre Huidobro.

El ingreso al Tiro Suizo se hace en la madrugada, luego de verificar que ya no queda nadie adentro, es decir que ya no estuviera ninguno de los afiliados y policías locales que por las noches tenían partidas de juego clandestino, con buen dinero por medio.

La zona es suburbana, pero hay edificaciones al frente y un hotel, bastante luminoso, al lado del club. Los incipientes revolucionarios entran por los fondos, aplican bien las ganzúas y palancas en puertas, ventanas, vitrinas: las clases de los muchachos del Cerro y La Teja estaban dando resultados. Empaquetan unos treinta fusiles Mauser —al menos veinte sin cerrojos, los que se guardaban en la comisaría del pueblo—, un par de carabinas de precisión, un fusil Martini, y cerca de cuatro mil proyectiles calibre 7 milímetros. Son siete las cajas de armamento que van sacando por una ventana, y se retiran por donde entraron, hacia campo abierto.

Se introduce la mayor parte del cargamento en un Renault, pero el joven argentino se pierde con un paquete en la oscuridad.

Mientras Rivera Yic, Leonel Vidal y Huidobro parten en el Renault con el grueso de las armas, Pinela sale en busca del porteño Baxter y lo encuentra exhausto, bajo un árbol, con todo el armamento a cuestas. Logran subir todo en el Fusca de Naviliat y salen rumbo a Montevideo.

El Renault llega al contacto a cuatro kilómetros, donde esperan Sendic y Abellá. Traspasan los paquetes a una camioneta —cuya dueña es Lucía Stoppa, compañera del Canario Arizaga— y las armas parten rumbo al norte. Vidal se va con Sendic y Abellá, que toma el volante. Mientras el Loco Rivera Yic y Huidobro vuelven a Montevideo.

La noche estaba serena. La furgoneta que llevaba las armas para los trabajadores rurales había recorrido más de cien kilómetros a gran velocidad, y al dejar atrás la

ciudad de Trinidad, en el departamento de Flores —donde nació Sendic—, pasó lo que Jorge Torres dijo que iba a pasar si no cambiaban una de las cubiertas, lisa como la piel de una cereza.

Con la explosión del neumático, la camioneta dio varias vueltas en el aire más allá de la banquina y cayó en el campo. Salvo por algún moretón y algo más —Sendic fue a dar a un colchón de cardos—, los intrépidos muchachos le hicieron un firulete a la muerte. La camioneta quedó entre pastizales por donde ahora había un reguero de municiones y fusiles.

Aún no había amanecido cuando, palpando el terreno, debieron juntar las armas para envolverlas en unas frazadas y esconderlas entre unos arbustos. Sendic caminó unos kilómetros hasta un almacén rural que conocía y tuvo suerte de que no lo conocieran a él. Dio las explicaciones del accidente y le prestaron el teléfono para comunicarse con Paysandú. Así logró que su amigo, el odontólogo Humberto González Perla, saliera a auxiliarlo. Sendic volvió al lugar del accidente, y mientras esperaba a su amigo sanducero, acordó con Abellá y Vidal que estos debían volver a Montevideo para dar cuenta de la situación y planificar una buena historia de fachada: la camioneta de la esposa de Arizaga era un desecho.

Los pertrechos envueltos en frazadas fueron cargados en el viejo Buick del odontólogo.

—Sí, son armas —le admitió Sendic en el viaje a su amigo socialista.

—Pero…

—Es parte de un plan loco que tenemos: hacer una revolución en el norte, en combinación con Brizola.

—¡Ah! —el odontólogo no habló más del asunto.

Estaba más o menos al tanto de que el socialista Leonel Brizola libraba una campaña en contra del gobernador de Rio Grande do Sul, Ildo Meneghetti, del Partido Social Democrático, que en ancas de la oligarquía conservadora apoyaba el proceso rumbo al golpe de Estado por parte de los militares brasileños, respaldados, como no podía ser de otra manera, por fuerzas estadounidenses.

Lo cierto es que más allá de que fuera o no cierto lo que decía Sendic, había contactos con Brizola de parte de algunos integrantes de la «comunidad»: la idea de la revolución del sur, con campesinos de Uruguay, Brasil y Argentina, era parte del análisis político, sobre todo en el MIR.

Pepe y Erro habían hablado largo y tendido de la situación brasileña. El diputado había viajado a ver a Brizola y en las conversaciones que mantuvieron coincidieron en que el camino hacia el golpe de Estado en Brasil y en Uruguay ya se había emprendido, y se debía frenar uniendo a las fuerzas de izquierda latinoamericanas.

Las armas transportadas por Sendic y González Perla quedaron escondidas en el local del Partido Socialista de Paysandú. Sendic se fue a su casa donde Nilda, su esposa, le curó las heridas.

Al otro día le pidió ayuda a sus amigos sanduceros Raúl Cavillón y Ricardo

Volpe, y dos días más tarde, simulando ir de caza, se desplazaron en una camioneta hacia el sur y en límite con el departamento de Río Negro, en las inmediaciones del paso de la Balsa, sobre el arroyo Negro, enterraron, envueltos en nailon, diez fusiles con cerrojos y municiones.

En Montevideo, el 13 de agosto, un gran golpe sacudió hasta las lágrimas a los muchachos de La Teja: Eduardo Pinela se había caído de un andamio mientras trabajaba en uno de los pisos más altos del Hospital de Clínicas.

—¿Muerto? —Mujica pensó que se trataba de una broma de mal gusto.

—Sí, Pepe, muerto.

El féretro llegó hasta la «comunidad» y allí los jóvenes que lo seguían —también algunos otros— se juraron honrar el anhelo revolucionario de su amigo fallecido.

El local pasó a llamarse Base Eduardo Pinela, y su grupo, Movimiento de Apoyo al Campesino (MAC), como se leía en una de sus libretas de apuntes y sueños.

En el mes de setiembre, a un agente policial de Nueva Helvecia, que vivía en Flores y estaba en sus pagos de vacaciones, le resultó curioso el cuento de unos obreros sobre una camioneta volcada el 1 de agosto —y abandonada por unos cuantos días— y un par de tipos cargando un auto con quién sabe qué cosas envueltas en frazadas. La fecha coincidía con la del robo del Tiro Suizo, así que fue hasta el lugar del accidente, averiguó por aquí y por allá…

—¡Dicen que el hombre encontró un cerrojo de un fusil! —comentó luego uno de los obreros.

—¡No!

—Sí.

—Mmmm…

A la semana estaban presos el odontólogo González Perla, Cavillón, Volpe, y otros tres sanduceros que marcharon en la redada. Sendic se escabulló y pasó a la clandestinidad, lo mismo que los otros dos que aquel día iban en la furgoneta con la rueda lisa: Leonel Vidal y Jorge Abellá.

El alerta cundió entre los dirigentes más combativos de UTAA, los miembros del MIR, del MAC, de la Federación Anarquista del Uruguay (FAU), que en función de la discusión colectiva de lo sucedido —de lo que podía suceder en adelante— y de la solidaridad con los clandestinos, comenzaron a afianzar su integración en el «coordinador».

También se estaban integrando independientes, y alguno —como el ingeniero Jorge Manera— que militaba en el Partido Socialista y exploraba, con conocimiento de su partido, formas de crear un aparato de autodefensa que, para su modo de ver las cosas así como para varios integrantes de la juventud socialista, significaba estudiar

también las posibilidades de una revolución armada.

Para Sendic eran días de viajes soterrados por el país: de Rivera a Salto, de Paysandú —donde nacía su segundo hijo— a Uruguaiana, en Brasil, ochenta y cinco kilómetros al noreste de Bella Unión…

Pepe, Torres, Vidal y varios de los jóvenes del MIR buscaban lugares para ocultar a los clandestinos: una de esas casas solidarias fue la de Luisa Cuesta. Su hijo, Nebio Melo, también era del MIR.

Pero además Pepe y David se habían hecho grandes compañeros, sobre todo por las noches cuando salían a realizar pequeñas acciones clandestinas cuyo resultado —sumado a lo que conseguía el resto del grupo— permitía pagar el alquiler de un nuevo local que tenía el MIR y mantener las necesidades básicas del movimiento revolucionario.

Era una fresca noche de primavera, que en un rato cambió a fría y ventosa como las invernales. Caminaban los jóvenes por una calle de vidrieras luminosas, y vieron a un indigente durmiendo, tapado con harapos, bajo el alero de uno de los locales comerciales, el que tenía menos luz y le permitía mantenerse en las sombras, escondido con su vergüenza de no ser por no tener…

—¡La puta madre! —exclamó el Flaco David—. Mirá ese tipo…

—Sí, lo conozco, siempre anda por acá —Pepe revolvió el bolsito que usaba colgado del hombro y sacó un pedazo de pan que dejó al lado del hombre dormido.

—Vos fijate —dijo David mientras seguían caminando entre remolinos de hojas de plátanos—, si serán hábiles estos burgueses: te dicen que tenés que ser pobre pero honrado.

Pepe lo miró y le iba a hacer un comentario, pero prefirió dejar que su compinche completara el pensamiento.

—Arriba de la desgracia de ser pobre, tener la doble desgracia de ser honrado —aseveró David—. Vos podés estar cagado de frío en la calle y pasás frente a las vidrieras de García Lamela, ¿y qué hacés cuando ves esos sobretodos, esos sacones gruesos?

—Y…

—Y nada —prosiguió David—, en vez de romper el vidrio y abrigarte, no, seguís de largo.

—Es verdad.

—O pasás muerto de hambre frente a una rotisería y ves un enorme pavo trufado, pero no te lo robás, pasás de largo y seguís cagado de hambre como ese tipo.

Doblaron al llegar a la esquina y en dos minutos estaban en el lugar elegido. Pepe se introdujo en un recoveco donde no le daba la luz, que era prácticamente nula, y

extrajo de su bolsito un hacha de mango corto, sencilla, pero bien afilada. Miró a su compañero, parado a unos pasos, y al recibir las señas de que todo estaba en orden, comenzó a dar golpes bastante precisos en la puerta. El método de la ganzúa no era el fuerte de Pepe…

El Flaco David tenía ojos de lince así que Mujica se sentía seguro. Pero esa noche su compañero no había advertido que, en un lugar oscuro de la vereda, había un hombre parado. Hasta que lo vio…

—¡Ey, qué hacés ahí! —David se le fue encima—. ¡Hijo de mil putas, alcahuete!

El hombre, espantado, boquiabierto, pegó un salto hacia atrás y corrió a pata pelada. Sus chinelas quedaron en el lugar.

—Este parece que no tenía frío —dijo el Flaco al ver el calzado en el cordón de la vereda—. A mí me quedan chicas…

—¡Dejáselas, que capaz que las vuelve a buscar! —dijo Pepe cargando el bolso, ahora más grande y pesado—. Y dame una manito si querés…

David le sonrió y se puso al hombro la bolsa que ya había llenado.

Se perdieron en la noche, sin apuros, pero con la mirada atenta. La moto estaba a unos pasos, y Mujica la dejó ir por la bajada. Recién al final del tobogán de asfalto se escuchó el rugido del motor, que no era el de otros tiempos: «Esto suena a podrido, el Nene tiene trabajo», pensó entonces.

Pepe brindó a fin de año con Huidobro. Festejaban la exitosa acción de muchachas y muchachos, casi en su totalidad del MAC, que se habrán acordado de aquellos precursores de Villa Verde y asaltaron un camión de Manzanares para repartirlo todo en el cantegril (en Argentina sería la «villa miseria») de Martínez Reina. La operación abrió el camino de los llamados «comandos del hambre», que robaban a los ricos para darles a los pobres. Estos flechazos de los jóvenes revolucionarios hacia el corazón del pueblo les valió el apodo de Robin Hood.

Y el primer día del año 1964 también celebraron todos —algunos con vino en Montevideo, Sendic con caña brasilera más allá de la frontera— el robo de armas de la Aduana de Bella Unión por parte de algunos muchachos de la dirigencia de UTAA: once fusiles y siete bayonetas.

El 20 de febrero arrancó la segunda marcha de peludos a Montevideo por el reclamo de tierras para trabajarlas. Los del MIR, entre otros, realizaban una marcha paralela, armados, abriéndose paso entre maizales y matorrales cercanos a la ruta. Custodiaban a los manifestantes, pero también a Sendic, que iba siguiendo la marcha a cierta distancia, entre los montes.

Hubo enfrentamientos con el ejército apenas salieron, y la consigna «Por la tierra y con Sendic», que brotó de UTAA, aparejó el enfrentamiento con los comunistas que, un poco por la exaltación de la figura de un socialista y otro poco por discrepar con la apología de la ilegalidad —no les caía en gracia lo de expropiación—,

terminaron por retirar el apoyo de su aparato político.

Ante la denuncia de los peludos, el plenario intersindical comenzó a analizar el caso de los comunistas, y estalló la polémica. Los sindicatos autónomos, como los de la carne, los textiles, artes gráficas, y los estudiantes apoyaron a los manifestantes con todas sus fuerzas.

No hacía mucho habían muerto dos niños a causa de la desnutrición en el norte rural. Y eso, en vez de sensibilizar a la clase política toda, les sirvió a los reaccionarios para vilipendiar a las madres que integraban la marcha: no faltó quien propuso sacarles a sus hijos —hubo campañas de prensa y de políticos locales de derecha— alegando que «usaban a los niños» como escudos de sus «falaces» historias sobre seres explotados por el imperialismo. Lo cierto es que los niños comían más en las marchas, para las que se conseguía buena cantidad de alimentos gracias a la solidaridad de los grupos comprometidos con la lucha de los cañeros. Cuando regresaban a su cotidianidad en los pagos del norte, los niños pedían carne, pero no había.

La marcha llegó el 11 de marzo. El mismo día, el presidente brasileño João Goulart, apodado Jango, anunciaba ante ciento cincuenta mil personas —y millones de televidentes— la nacionalización de las refinerías de petróleo y la expropiación de tierras a los latifundistas para iniciar la reforma agraria, lo que desató la última arremetida golpista.

Los campesinos uruguayos seguían a la espera de una ley similar respecto de la tierra. Se instalaron en un local de la calle Cuñapirú, frente al Mercado Modelo, y muy cerca del Palacio Legislativo.

Pepe aplaude a Erro, quien realiza una vigorosa defensa de los cañeros en la Cámara de Diputados: «*El azúcar es demasiado amargo, para quienes laborando con intensidad para una mejor cosecha, se encuentran con la explotación que hacen del hombre, otros hombres como los que representan a los intereses del monopolio norteamericano en* CAINSA*, es decir la*American Export*,que sin otra finalidad que la de un lucro rápido, logrado de cualquier manera, persiguen y hacen la vida imposible a cientos de trabajadores. La caña se vuelve así no un canto de alegría y esperanzas para el trabajador y su familia, sino una tumba*», asevera el legislador, y expresa «*la necesidad urgente no solo en darles tierras a los trabajadores, sino también una vivienda decorosa y un estatuto laboral acorde con las nuevas realidades sociales y económicas que se perfilan en el país*».

Mujica espera a Erro y lo saluda, hablan de la situación social que atraviesan los cañeros acampados en Montevideo.

—¡Esto viene mal, acá afuera! —le dice Pepe.

—Sí, ya sé.

—Los milicos están como locos, y hay muchos gurises en la vuelta…

Cada vez que los peludos se aglomeran frente al Parlamento, en los días de reunión de la Comisión de Ganadería y Agricultura —la que debía agilizar la expropiación legal de tierras—, aparecen las fuerzas de choque: los policías con armas de todo tipo, los peludos a pedrada limpia bajan a unos cuantos. Pero varios son heridos: a Colacho Esteves le dan un sablazo en la cabeza, y además lo meten preso veinte días. Ana María Silva, una joven de catorce años que acompaña la marcha, recibe un balazo en una pierna y queda renga.

—¡Murió Nardone, ¿viste?! —le dijo Pepe a su madre el 25 de marzo.

—Sí, ya sé —contestó ella—, qué se le va a hacer…

—Nada, dejarlo como está…

El 30 de marzo, un Sendic con pelo y bigote teñido mira por la ventanilla hacia abajo y divisa el campo de aviación de Melilla. Cierra bien su valija y se acomoda en el asiento mientras espera el aterrizaje. La avioneta es pilotada por Ruben Ribero, ayudante de Goulart, quien se había prestado para trasladar a Sendic por aire en varias ocasiones. Esta vez lo lleva de Tacuarembó a Montevideo.

En la aduana, un funcionario sospecha del documento de identidad que le presenta el hombre recién arribado y, algo nervioso, decide retenerlo y llamar a la policía. Sendic mira hacia afuera y le hace un gesto a un hombre que lo mira fijo. No se conocen, pero es Manera, que entiende y pone en marcha el motor de la camioneta. Sendic corre, y así como se mete, Manera arranca a toda velocidad, ante la cara de asombro del funcionario. La valija, con material de izquierda, planificación agraria y otros escritos importantes para el prófugo, se queda en el aeródromo.

Manera establece contactos con dirigentes del MIR que en forma rápida consiguen una casa para ocultar a Sendic. Es el apartamento de una de las compañeras del grupo, Violeta Setelich, en el playero barrio del Buceo. Allí, sentado en el balcón, Sendic escucha la noticia del golpe de Estado a Goulart, propinado por los militares brasileños con el apoyo del gobierno de Lyndon Johnson y su CIA, que bautizó la operación como «Brother Sam». Jango se refugia en Uruguay, y una nueva dictadura de la mano armada del «tío y hermano Sam» castiga a América latina.

La moto de Pepe aguantó todo lo que pudo, pero ahora se encuentra en el taller de Nene:

—¿Recién ahora me la traés? —había sido la reacción del amigo mecánico cuando lo vio llegar.

—Pero si es para una ajustadita nomás…

Nene le había dicho «treinta veces» que se la llevara antes de que pasara lo que temía: Pepe no sabía si le había fundido el motor o qué otra bobada de ese tipo tenía…

Aquella tarde fue hasta el taller de su amigo, pero la moto no estaba pronta —la bobada era grande—, y Nene le prestó la suya, como de costumbre…

—Tas nervioso —lo interpretó el mecánico—, ¿qué te pasa?

—Nada, nada… —Pepe le sonrió con una mueca artificial, como de yeso—. Un poco apurado, nomás…

—Si no me podés decir, mejor no me digas…

—No pasa nada, Nene —Pepe ya arrancaba la Triumph 500—. Tengo que hacer unos mandados para la vieja, que está un poco cascarrabias…

—Tu vieja cascarrabias, ¡no! —bromeó Nene y le arrancó una sonrisa a su amigo alterado.

Pepe voló hasta la casa, donde lo esperaba el Flaco Belletti. Luego salieron como en un cohete hacia el local que el MIR había conseguido justo frente al campo de aviación de Melilla.

—¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! —exclamaba Belletti al bajar de la moto.

—¡Dejate de joder!

—Termo —Belletti miró a su compañero, que sacaba apuntes en un cuaderno—, haceme acordar que nunca más tengo que subirme a una moto con el Pepe.

—Ningún problema —retrucó Mujica—. Te volvés a gamba, y chao.

—Ya está todo listo —interrumpió Sassano—, en diez minutos tendrían que estar acá…

Pepe salió a dar una vuelta por si las moscas, pero aquel lugar del Montevideo rural estaba tan tranquilo como de costumbre.

A los treinta minutos ingresó el auto de Manera, con un invitado de lujo:

—¡Hermano! —Pepe le dio un abrazo a Sendic. Lo mismo Belletti y el resto de los compañeros del MIR.

—¡Qué lindo este lugar! —opinó el clandestino.

—Mejor que te guste —le dijo Manera—, porque por un tiempito capaz que…

—¿Y qué le vamo a hacer? —se resignó Sendic—. ¡Muchas gracias por esta ayuda, compañeros!

—Nada que agradecer, acá estamos pa cuidarnos entre todos —apuntó Mujica.

Sendic le sonrió y le palmeó la espalda. Un rato después, la ronda de mate sirvió para ponerse al día con la información del norte y del sur. Sendic se quedó en el local de Melilla, pero siempre tenía ganas de volver al apartamento de Violeta. Y volvía.

Ahí se hacían las reuniones del coordinador, que estaba funcionando a pleno. Además de MIR, MAC, UTAA, FAU —cuyos representantes son los hermanos Gerardo y Mauricio Gatti, Juan Carlos Mechoso y León Duarte—, ya son varios los jóvenes socialistas que han llegado con Manera: Julio Marenales, Tabaré Rivero Cedrés, Jesús

Rodríguez Recalde, Héctor Amodio Pérez, Alicia Rey, Edith Moraes, Elsa Garreiro, Pedro Lerena, Ismael Bassini.

Y día tras día la idea revolucionaria iba creciendo en esas charlas que tenían como centro al Bebe Sendic, que así empezaban a llamarle sus compañeros y compañeras.

Así le llamó Violeta y él volvió a enamorarse.

Y una tarde, la del 11 de junio de 1964 —mientras la marcha de peludos acampaba—, desde el balcón de aquel apartamento, ubicado en un edificio de la esquina de Arrascaeta y Rivera, Sendic supervisó a los tiros el robo al Banco de Cobranzas, que había en planta baja, cuando sus compañeros Julio Vique, Nelson Santana y Ataliva Castillo se vieron en problemas con la policía al retirarse con el dinero.

Todo arrancó mal. A Vique se le disparó el arma antes de entrar al banco y rompió un vidrio. No hirió a nadie, pero se alertó todo el barrio. Había cinco empleados y tres clientes, todos con las manos en alto. Los peludos exigieron las llaves de la caja fuerte —tenían un cóctel molotov por si había que usarlo— y una vez frente a la puerta blindada, el gerente se demoró un poco en abrirla.

Un ómnibus de la línea 142 pasó por el lugar y unos pasajeros se dieron cuenta de que estaban asaltando el banco, avisaron al guarda, y el conductor pisó el acelerador hasta la calle Comercio, una cuadra arriba, donde avisaron a dos policías apostados en la esquina. Estos corrieron, revólver en mano, hacia el local atracado, y se toparon con los tres peludos que escapaban con ciento cinco mil pesos en bolsas. Ahí se produjo un tiroteo, y Sendic, sin que los policías se percataran, comenzó a dispararles con su pistola desde el balcón de Violeta.

Los cañeros lograron subir y arrancar el Volkswagen verde, escarabajo, robado un día antes, y ahora con matrícula falsa. Tenían el dinero en las bolsas y la adrenalina en el pecho. Subieron por la calle Verdi hacia la plaza de los Olímpicos, donde un patrullero los interceptó y se produjo un nuevo tiroteo. Vique tenía 24 años y una herida en el cuello cuando lo atraparon. Lo llevaron a los golpes hasta el Hospital Pasteur. Castillo, de 33 años, y Santana, de 23, fueron esposados y trasladados a la Seccional 25, luego a Investigaciones para ser interrogados.

—¡Acá falta uno! —gritó el policía, como si supiera—. ¿Cómo se llama el que falta?

—No sabemos.

—Lo conocimos en un bar, ahí en Yatay y General Flores.

—Sí, nos dijo que era fácil, que él tenía todo muy bien estudiado, y que nos pagaría veinte mil pesos si hacíamos el trabajo.

—Y con eso nos podíamos dejar de vender bonos para darles de comer a nuestras familias acampadas, con las que luchamos por tierra para trabajar, contra el imperialismo y…

Arreciaron los golpes y patadas de todo tipo contra los declarantes.

Luego el juez Armando Tommasino los procesó, y encarceló en Miguelete.

Manera también estaba en la zona del robo, como apoyo. Logró meterse en una casa y aparentar ser un vecino que salía de su hogar. Sendic debió abandonar el apartamento de Violeta, que ahora estaba «quemado» como si le hubieran tirado el molotov en el *living*.

Intentó rescatar a Vique del Hospital, pero cuando llegó hasta la sala dispuesto a abrir fuego contra quien se le opusiera, al joven peludo ya lo habían trasladado.

La crónica roja titulaba: «En busca de un misterioso cuarto hombre».

El coordinador ardió: la acción del robo al banco pergeñada en solitario por Sendic —y algunos de sus hombres de confianza— significaba una roca caída sobre el acuerdo básico que los grupos habían alcanzado para apoyar a los cañeros en la marcha. Se le cuestionaba, sobre todo, haber expuesto a dirigentes sindicales de UTAA, que ahora estaban presos, y así echar por tierra el esfuerzo en las negociaciones que otros miembros del sindicato de peludos, como Colacho Esteves, estaban realizando para tratar de apaciguar los ánimos a fin de ya no ser reprimidos por las fuerzas de choque y obtener algún resultado en el Parlamento. El Partido Comunista había vuelto a apoyar a los cañeros y cumplía un destacado papel en estas negociaciones, que se desbarrancaron. El histórico dirigente comunista, Héctor Rodríguez, estaba hecho una fiera. El enojo también provenía del socialista José Díaz, que era el asesor legal de UTAA: todos los días iba a tomar mate con Sendic al apartamento y sin embargo este no le había dicho nada del plan de asalto. Tampoco a otro socialista como Guillermo Chifflet, que le llevaba el diario al clandestino y se quedaba con él charlando de política. Desde la FAU se le cuestionaba mezclar todo; el problema no era cometer un asalto a mano armada —ese tipo de acciones son históricas entre anarquistas—, sino haber olvidado el valor sindical que tenían aquellos dirigentes de UTAA.

En el MIR también hubo cuestionamientos de este tipo; pero el grupo más cercano a Mujica apoyaba a Sendic y su decisión de pasar «a los hechos» en acciones importantes.

—Es que Sendic, en el fondo, es un anarquista —afirmó Pepe.

—¿Te parece? —se sorprendió el Flaco Belletti.

—Él organiza bien a los trabajadores, pero su método no es el de un socialista típico; es más radical, más ácrata, y eso me gusta…

—¡Pero si vos sos blanco! —lo molestó el Flaco—. Ah, no, cierto que te considerás anarquista.

—¿Cómo que me considero? —saltó Pepe—. Mi pensamiento es anarco, desde chico nomás. Y haber trabajado con Erro me enorgullece, también soy blanco. Pero mirá que me estoy volviendo marxista… —a Pepe se le encendió la sonrisa con mueca incluida.

—¡Ah, bueno, bueno! —el Flaco Belletti se sentó, cruzó las piernas y abrió los brazos—. ¿Qué te puedo decir? ¡Bienvenido camarada!

—No, no, no confundas —lo cortó Pepe—. Después de ese viaje a la URSS, que

te agradezco, tengo bien claro que nunca voy a ser del Partido Comunista. La burocracia que vi, el acomodo político que palpé, me crisparon. Y me refiero al dirigentismo, no al pueblo comunista, que es otra cosa…

—¡Pero dejate de joder! —Belletti iba saliendo hacia la cocina—. Voy a traer el mate…

—Lo que pasa es que acá criticar a la Unión Soviética es como estar del lado del imperialismo.

—Yo la critico, ya ves —se defendió el Flaco, maoísta.

—Ya sabía que en el fondo eras un imperialista encubierto —lo embromó Pepe—: ¡Dame ese amargo!

—¡Tome! —Belletti le alcanzó el mate—. Para mi compañero blanco-anarquista-marxista.

—Marxista, heterodoxo, sin encasillamientos, para nada escolástico, librepensador…

—¡Tomá pa vos y pa tu tía Gregoria!

Luego volvieron a hablar del asalto al banco del Buceo, y de que ellos —los que estaban en el MIR— también tenían que hacer «algo grande», pero sabían que algunos integrantes se oponían. Les quedaba, sin embargo, la posibilidad de adoptar la modalidad de Sendic y preparar una acción con un grupo más reducido.

Además, Manera, Rivero Cedrés, Amodio Pérez y Rodríguez Recalde —es decir, parte del grupo de socialistas— habían robado, el 24 de abril, unos quinientos cuarenta kilos de dinamita de la cantera Nueva Carrara de Pan de Azúcar, en el departamento de Maldonado. Eran unos dos mil quinientos cartuchos colocados en veinticuatro cajas, que cargaron en un *jeep* Land Rover y luego enterraron en las arenas del balneario Bella Vista, bajo unos tamarices, que servían de referencia para cuando debieran desenterrarlos: pensaban que ese material serviría para volar un puente en caso de tener que frenar un avance de fuerzas militares, pero al publicarse la noticia del robo comenzó a especularse con que un grupo guerrillero pretendía dinamitar Montevideo. La acción fue realizada con pleno conocimiento de Sendic.

Las discusiones internas del coordinador por el caso del robo al Banco de Cobranzas debieron pasar a un segundo plano: las dictaduras en Brasil y la atmósfera represiva en Argentina —Arturo Frondizi había sido depuesto por los militares, que dejaron en el poder por un rato a José María Guido y luego permitieron el ascenso al gobierno de Arturo Illia, a quien mantenían a raya— y la cada vez más asfixiante relación entre el gobierno uruguayo y el «Tío Sam», de la que surgían datos sobre reuniones secretas entre autoridades, agentes de la CIA y mandos militares y policiales, estaban dejando al país al borde de un golpe de Estado.

Así lo analizó Mujica junto con sus compañeros del MIR, de la FAU, del grupo de socialistas, y del MAC, en la base que ahora llevaba el nombre de Eduardo Pinela.

Al otro día, Mujica volvió al Parlamento para ver a Erro y a los legisladores comunistas denunciar la gestación de una conspiración golpista. Y de allí se fue a ver a un grupo de estudiantes universitarios, para dialogar con ellos sobre las nuevas decisiones de los trabajadores: el movimiento obrero que apoyaba a los peludos, gremios como el Congreso Obrero Textil, el Sindicato de Artes Gráficas, el de Funsa, entre otros, habían llegado a un acuerdo con la CTU para convocar a una Convención Nacional de Trabajadores, con la idea de una mayor coordinación para la lucha. Y como premisa de la unión se votó la realización de un paro general «antigolpe», a cumplirse el 17 de junio.

Ya por la noche, Mujica terminó tomando una copa solitaria en un bar del centro. Estaba cansado y necesitaba distraerse. No se le ocurrió mejor idea que repasar los diarios que había en la mesa de enfrente, junto al vaso impávido de un hombre que dormía sentado, con la barbilla pegada al pecho.

El Día, La Mañana y *El Diario*: «prensa colorada y cipaya», murmuró Pepe antes de empezar a leer, un poco de cada medio. Antes, pidió otro espinillar para tragar las noticias.

La Jefatura de Policía de Montevideo, en manos del coronel Ventura Rodríguez —que sigue los lineamiento de su predecesor, Mario Aguerrondo—, había salido a señalar que las advertencias sobre un «golpe» eran infundadas y que «*no obstante el carácter falaz e interesado de las noticias*» que adjudica a «*mentalidades antipatrióticas*», los servicios policiales habían tratado de averiguar si algo raro estaba ocurriendo «*siendo siempre sus resultados negativos*». Buscaba desmentir «*toda participación*» de personal policial en la «*preparación de actos contrarios a la Constitución*» y negaba «*toda vinculación entre los militares en funciones en esta Jefatura y sus restantes camaradas del Ejército, dirigida a tan indignas finalidades*». Pero además, anunciaba que «*el señor jefe de Policía de Montevideo, el día martes 16 y miércoles 17 de junio, entre las horas diez y once, atenderá en su despacho en presencia de un escribano público, designado por el Ministerio del Interior, a toda persona civil o militar, profesional, estudiante o simple ciudadano, que tenga en su poder cualquier tipo de información y quiera formular denuncia concreta, bajo su responsabilidad, sobre cualquier acto o hecho que pueda significar alteración o peligro de alteración del orden público, de lo cual dará trámite a los poderes Ejecutivo y Judicial, a sus efectos*».

—¡Ah, pero ya mismo voy pa ahí! —exclamó Mujica.

—¿Adónde, compadre? —curioseó el hombre de enfrente, con un ojo entreabierto y el otro cerrado.

—A la Jefatura: ¿me acompaña? —bromeó Pepe.

—Me acaban de soltar… —balbuceó el parroquiano y su cabeza volvió a caer hacia delante.

Pepe ya había leído mucho, hasta cómo la prensa se mofaba de una muchacha de veinte años que acudió al llamado del jefe de Policía y le relató que había recibido una carta de una amiga de Artigas a la cual alguien, que no supo identificar, le había contado en una conversación telefónica que se venía un golpe de Estado. Era demasiado. Pagó y se fue a la parada del ómnibus, ya era hora de que pasara el último de la noche para el Paso de la Arena.

El miércoles 17 de junio, Mujica salió a la calle con los obreros y estudiantes para manifestar bajo la consigna central: «soluciones sí, golpe no».

Por la noche concurrió a una reunión del coordinador —que ahora podía juntarse en diversos lugares, pues varios se suponían vigilados en sus movimientos— donde se trazó un plan de rescate para los tres cañeros presos, que serían trasladados en ferrocarril a la cárcel de Artigas.

Pepe conocía bien que los trenes debían hacer un alto antes de cruzar por la ciudad de Santa Lucía —distante unos 60 kilómetros al noroeste del centro de Montevideo—, esperar un cambio de luces, y luego avanzar. Ese sería un buen punto para rescatar a los peludos.

—Unos tienen que viajar como pasajeros, lógico —dijo Pepe.

—Hay que conseguir varios autos de apoyo…

—Pero el dato fundamental —apuntó Mujica— es enterarse del día y la hora exacta en que los van a llevar para Artigas. Si fallamos en eso, fracasa toda la acción.

Todos se pusieron de acuerdo, y comenzó el trabajo de campo, y la espera…

Pepe recordará una y otra vez los pasajes de aquella charla secreta cuando se encuentre tirado en un catre, mirando el techo húmedo de un ambiente oscuro y agobiante, en medio de un olor al que deberá acostumbrarse. Luego rememorará cómo ha llegado hasta allí…

15

La casa de un ladrón

—Pepe, arrimate que te cuento cómo es la cosa —le dijo Germán Vidal.

Mujica se había parado. Respiraba el aire fresco de esa tarde de invierno otoñal. No se veían nubes y el sol entibiaba. La brisa llegaba del sur y el mar dulce estaba apenas inquieto en la bahía del Cerro que tenía a sus pies. Miraba a través de la ventana del apartamento del Flaco Belletti, en la calle Turquía y Carlos María Ramírez.

—Cerrá ahí y vení, Pepe —le insistió el Termo Etchenique.

Mujica se acercó, pero dejó la ventana abierta. Nunca se sintió cómodo en lugares cerrados.

—Hablemos bajo —pidió.

David le arrimó una silla y Belletti completó el cuarteto en torno a la mesa, sobre la que había un mapa de esos que se conseguían en las estaciones de servicio.

—La Esso colaboró con esto —bromeó David y lo desplegó.

—El hombre llegaría por acá —Vidal recorrió con el dedo la calle Lavalleja hasta llegar a Acevedo Díaz, donde se ubicaba el depósito de la textil Sudamtex, de la que era operario.

—Sí, ese es el recorrido que hace —confirmó Belletti, que conocía la empresa porque había trabajado en la sección de control de producción.

—La idea es pararlo, sacarle el portafolios y rajar… —explicó Vidal.

—No hay problema —aseguró Pepe.

—Hay que ir en moto —apuntó el experimentado David—: es una zona muy céntrica, no es lo mejor usar un auto…

Todos miraron a Pepe.

—La vendí, estaba hecha mierda —respondió Pepe—. ¿Cómo piensan que pagué las primeras cuotas del camioncito? Pero…

—No, Pepe, en bicicleta ni se te ocurra —el humor del Flaco David nunca faltaba.

El martes 30 de junio Pepe se apareció temprano por la casa de Nene. El Zorzal Criollo cantaba como todas las mañanas desde la ventana del tallercito.

Pan caliente y mate. Pepe prefirió no comer.

—¿Estás a dieta? —Nene mordía el coco del pan flauta—. ¡No me digas que volvés a las rutas!

Mujica se palpó la barriga, ya no tenía el vientre tan liso…

—Mirá que si entreno un poco, pa una doble San Jacinto estoy…

—Ah, pero mañana mismo hablo con Atilio —Nene era el acompañante oficial de la selección uruguaya de ciclismo, dirigida por Atilio François—: le digo que tengo un pibe nuevo…

—Un novicio absoluto —afirmó Pepe, que ese día, en verdad, se sentía un novato.

—… que veinte años no es nada —entonó Nene acompañando a Gardel.

—Veinte no, pero veintinueve… —sonrió Mujica.

—Tamos viejos, Pepe —se resignó Nene, un año mayor—. Pa la bicicleta, tamos viejos.

—Pah, yo tengo la Peugeot ahí, la miro, la miro, pero…

—Mejor la moto, ¿no? —apuntó Nene.

—Por eso mismo venía…

—¿Qué, ya rompiste el camión?

—No, no, anda bien, pero está cargado de flores hasta la manija y tengo que hacer unos trámites en el centro —nada de lo que decía dejaba de ser verdad, el asalto parecía algo sencillo—. Voy y vengo…

—Agarrala, ahí está…

—Gracias, Nene.

—¡Cuidámela, eh —le advirtió el mecánico—, que está recién encerada!

—Como siempre —aclaró Pepe.

—¡Andá, andá, antes de que me arrepienta!

Pepe saludó a Nene con una guiñada y arrancó por las calles del Paso de la Arena. Fue ahí, al ir saliendo del barrio, que sintió un nudo en el estómago, no por hambre —tampoco se sentía débil aunque no aceptó el pan caliente en atención a las clases teóricas de «chorro»— sino porque le invadió el temor de que algo saliera mal y que su amigo de toda la vida quedara, «de garrón», en medio de un gran lío.

Todavía no se sentía preparado para «robar» una moto con fines de usarla en una «expropiación», que así empezaban a llamarle los muchachos a este tipo de acción: la plata no era para beneficio propio, eso sería «robo», a secas. Se asaltaba para financiar la causa revolucionaria o la autodefensa del pueblo.

A las dos horas, la encerada moto de Nene —ahora sin matrícula— tenía los guardabarros, el tanque y los caños cubiertos con papel de embalaje y de diario, estaba atada con piolines, alambre enroscado, y tapada de barro.

—¿Y eso? —el Termo Etchenique no lo podía creer.

—¡Así es como va! —se impuso Pepe.

A la hora indicada, Pepe y David —en el asiento trasero— llegaban a la zona de la Universidad de la República, a dos cuadras del objetivo. Bajaron por Acevedo Díaz, pasaron frente al IAVA, y observaron que en la puerta de la fábrica Sudamtex

había unos empleados. Siguieron de largo, dieron una vuelta, y al volver a pasar ya no se veía gente en el lugar.

El Termo Etchenique andaba en otra moto, como apoyo, pero sin acercarse a la fábrica.

Era la hora en que el contador debía llegar con el portafolios…

—¿Cómo era, Luguetti, Duguetti? —preguntó Pepe, algo nervioso.

—Yo qué sé —respondió David—, lo único que me preocupa es que no viene…

La moto, de muy rara apariencia, siguió dando vueltas cortas, entrecortando la marcha en las cercanías de la fábrica.

La gerencia de la textil había tomado el recaudo de montar una guardia especial de dos operarios para ese último día del mes, en que el contador debía retirar unos veinte mil pesos del banco y volver a la empresa a fin de pagar los sueldos.

—¡Ahí viene! —llegaba un Volkswagen escarabajo. Se le fueron encima…

—¿Quéééééé? —el tipo no era el contador.

—¡Mierda!

El hombre se fue horrorizado.

Los funcionarios de la guardia especial advirtieron los movimientos sospechosos de una moto aún más sospechosa, y al dar aviso a la administración de la fábrica, desde allí se telefoneó a la policía.

—¡La cana, la cana! —advirtió Mujica con el corazón a mil.

—Dale por ahí, por ahí —le indicó el Flaco.

—¡La puta madre! —la Triumph 500, envuelta para regalo, avanzó. Pero los patrulleros la seguían de cerca. Etchenique quedó lejos.

Cuando David echaba mano a su arma, la moto trastabilló, y aunque Pepe la dominó, la policía ya estaba encima…

El Flaco se bajó y corrió como le daban sus piernas —que le daban mucho—, fue directo hacia un grupo de niños que se encontraba frente a una escuela, y al cruzar el monte de túnicas blancas se escurrió de los policías, que se quedaron con las ganas de tirar del gatillo…

Pepe ni amagó a sacar su revólver, que quedó con las seis balas en el tambor.

Los policías lo inmovilizaron contra un árbol. Las manos a la espalda. Le patearon las piernas, lo desarmaron y esposaron…

—¿Quién es el otro?

—No sé.

Primera piña en los riñones.

—¿Quién es el otro hijo de puta?

—No lo conozco.

Lo subieron a las patadas en el patrullero, derecho a la Seccional séptima.

—¡Nombre!

—José.

—¡Nombre completo, carajo!

—José Alberto Mujica Cordano.

—¡Edad!

—Veintiocho —mintió, pero no por coqueto.

—¡Ocupación!

—Feriante.

—¡Estado civil!

—Casado —nunca había ido al registro civil, pero estaba diciendo la verdad.

Cuando el escribiente terminó de armar la planilla con los datos básicos, lo interrogó un oficial:

—A ver, Mujica…

—Lo primero que quiero decir es que la moto es de un amigo que nada tiene que ver en todo esto —el policía lo dejó proseguir, pues parecía un detenido con ganas de hablar—. Yo se la pedí prestada y él no sabía nada de lo que yo iba a hacer.

—Muy bien, ya veremos eso más tarde…

—¡Le pido por favor! Él no tiene nada que ver.

—Bueno, bueno, está bien, tranquilícese —el oficial hablaba con voz calma—. Usted no tiene antecedentes penales, Mujica. Vende en la feria, ¿qué vende?

—Flores.

—¡Muy bien! Compra y vende flores…

—Las cultivo.

—¡Pero qué bien! Usted es un labrador, Mujica —y tras decir esto al oficial le cambió la cara—: ¿Por qué mierda, entonces, le dio por salir a robar?

—Tenía la idea de comprar una chacra para plantar, y no robar más…

—Pero qué lindo, una chacra para cultivar sus flores, pero comprada con guita afanada.

—Los pobres no tenemos pa comprar una chacra.

—¡Hay que ser pobre pero honrado, Mujica! —gritó el oficial, y Pepe se acordó del Flaco David y una levísima sonrisa apareció en su cara.

—¡¿Pero de qué se ríe, imbécil?! —el policía lo zamarreó y casi lo tumba contra el suelo—. Usted se la va a pasar un buen tiempo a la sombra. ¡Vamos! ¡Déjese de pavadas y dígame quién es el otro!

—Un tipo de la vuelta, no lo conozco muy bien…

—Mujica, usted quiere que le demos palos. ¡Usted se está ganando los palos, Mujica! —gritó.

El interrogatorio continuó en ese tono, y fue creciendo en intensidad…

Esa misma tarde la información llegó a los cronistas policiales, que con sus libretitas en mano anotaban cada dato que les parecía interesante. Así, el vespertino de crónica roja *El Diario* señaló en su tapa: «*Un viejo delincuente que desde hace tiempo manteníase inactivo intentó asaltar en compañía de un feriante a un cobrador*

de Sudamtex, cuando llegaba con dinero para el pago de obreros. Los sujetos utilizaron una motocicleta a efectos de huir rápidamente del lugar, en Lavalleja y Acevedo Díaz. Sus movimientos fueron percibidos por personal de la firma que dio aviso a autoridades de la Seccional 7.ª y se frustró el golpe, deteniendo los policías a uno de los atracadores, José Alberto Mujica Cordano, oriental, casado, de 28 años. Se encuentra prófugo quien planeó el golpe, Ruben Anchetta».

El diario *El País* le dio poca trascendencia al hecho, en las noticias policiales breves, con el título: «Asaltantes frustrados». Informó sobre la detención de Mujica, «*habiendo logrado fugar Ruben Anchetta. El hombre al que se le atribuye el planeamiento del "golpe" que no llegó a concretarse, y que posee varios antecedentes por hurto*».

No hubo asociación entre el hecho y la actividad política. Eran tiempos en que *El País* solía burlarse de las posibilidades revolucionarias, en sueltos que se pretendía irónicos: en la sección «El Mundo es Ancho y Ajeno» se planteaban ciertas informaciones de esta manera: Luego de violentar la puerta principal de la casa ubicada en la calle tal, «*los cacos hurtaron dos pistolas, un revólver y otras cosillas. ¡Cuidado con los guerrilleros!*», o, «*un segundo guerrillerito, por su parte, se apropió de un revólver calibre 44, del interior de un automóvil*». Y luego de relatar otros robos diversos, se avergonzaba: «*De esta forma les damos motivos a nuestros hermanos del norte a que sigan pensando que aquí somos todos indios*».

Pepe seguía en el catre, se había adormecido. Le parecía haber soñado con el rescate de tres peludos, pero no estaba seguro de su coherencia en ese momento. Ahora volvía a mirar el techo húmedo. Apenas podía moverse, tenía moretones por todos lados, bajo la ropa, ahí donde el represor pega, tortura, para que la marca quede oculta.

—¡Tranquilo! —le dijo el hombre con el que compartía la celda, sentado en el otro camastro.

Pepe cerró y abrió los ojos para asentir.

—El dolor se va, lo que importa es lo que pasa por acá… —afirmó el hombre mientras se llevaba el dedo a la cabeza.

Pepe pretendió esbozar una sonrisa —que el otro preso comprendió—, y dejó caer sus párpados para volver a descansar.

Había llegado al Establecimiento de Detención de la calle Miguelete, y en la oficina de recepción de la cárcel se encontró con este recluso, un tipo que andaba en el delito común, y conocía a Pepe del barrio. El hombre miró al encargado de guardia:

—En mi celda hay lugar —le dijo.

—No hay problema —aceptó el administrativo.

Al hombre le tenían cierto respeto en Miguelete, no andaba en revueltas ni

complicaba a los vigilantes, salvo que alguno lo molestara y entonces lo arreglaba cara a cara, pero sin alardes, a veces solo con palabras, quizá severas, implacables, al oído.

—Ellos saben que hoy estoy acá, y mañana allá, en la calle por la que caminan.

Visto así, el tipo daba escalofríos, pero eso era con la guardia y en ciertas ocasiones. Por lo demás, era un hombre tranquilo y buen compañero del resto de los presos, de «los que valen la pena», aclaraba.

Fue él que le informó a Mujica, la mañana del 15 de julio, que se había muerto Luis Batlle Berres.

—¿En serio?

—Como te digo…

Mujica se levantó con esfuerzo, se sentó en el camastro y no habló por un buen rato.

Repasó los días en que le vendía flores para «salvarlo» de sus travesuras nocturnas, lo vio salir caminando como un vecino más a pasear el perro desde su casa en Camino de las Tropas hasta la cancha de Cerro, rememoró todo lo que él —Pepe — y sus compañeros del IAVA le habían gritado en la cara en las primeras huelgas estudiantiles, en la campaña electoral, y también recordó que a pesar de las diferencias políticas, Batlle Berres le había pegado una patada en el culo al golpe de Estado. Entonces, sintió que se había quedado con las ganas de encontrárselo un día en el barrio para decirle: «Mire vecino, a mí se me fue la mano en algunas cosas que pensé y dije de usted». No en todas, algunas puteadas se merecía, pero ahora, mirándolo en retrospectiva —y comparándolo con lo que estaba pasando en el país— hubiera sido bueno reconocerle que «lo suyo no fue tan malo».

El preso de la cama de al lado ayudó a Pepe a levantarse. Recorrieron una y mil veces los pasillos de baldosas grises que dividían los celdarios de aquel edificio construido en 1880 para albergar a trescientos cuarenta reclusos. Dieron vueltas por el patio, cerrado, vigilado, pero a veces soleado. Le señaló de lejos las celdas de castigo para «domar a los revoltosos», heladas, húmedas, oscuras, antes tapiadas, y luego humanizadas con «un tragaluz de morondanga». Le mostró la cocina que ahora funcionaba a gasoil y que había costado treinta y cuatro mil pesos de los de 1960, el equipo de refrigeración de once mil pesos, también comprado ese año, con una capacidad para mil doscientos kilos de carne, a la que nunca se llegaba: «los milicos se llevan la mitad», le informó. Y sobre todo, le reveló los signos y códigos que le permitieron a Pepe entender cómo funcionaba aquel mundo hermético, con una población heterogénea de cerca de mil personas.

—Mirá, aquellos de allá no sirven para nada —le enseñó en el recreo—. Estos de acá son buena gente: pungas, descuidistas, ladrones de oficio, como yo.

—¿Y aquel chiquilín? —Pepe miraba a un muchachito de unos dieciocho años

que acababa de llegar. Andaba solo, absorto, con los ojos trágicos.

—Ese está loco, fue el que hizo descarrilar el tren el año pasado: veinticinco muertos y como ochenta heridos. Rompió la caja de seguridad y cambió el rumbo de las vías. ¡Qué locura!

—¿Y a esos los conocés? —le preguntó Pepe.

—Los canarios de Bella Unión —respondió el recluso—. ¡No tenían ni idea de cómo robar un banco! ¡Solo a ellos se les ocurre!…

Vique, Santana y Castillo le sonrieron a Pepe. Los vio de lejos, un par de veces. Estaban en la otra parte de la cárcel. Ninguno de los tres tenía idea de que Mujica era miembro del comando de rescate que se había organizado. Y que ahora nada podía hacer porque estaba tan preso como ellos.

Al poco tiempo, el plan de rescate fracasó. El encargado de pasar el dato del día y la hora del traslado

no lo pasó.

—¡Yo sabía, yo sabía! —se quejó Pepe sin darse cuenta.

—¿Qué sabías?

—Nada, hablo solo como los locos.

Su compañero de celda lo miró feo.

—Se me están marchitando las flores, allá en el barrio —se le ocurrió.

Vique, Santana y Castillo marcharon, sin interrupciones de ningún tipo, rumbo a unos jaulones que se usaban como celdas en Artigas. Les esperaban más de cinco años de penitenciaría.

Sin aquel dato fundamental de fecha y hora, todos los estudios, de escenarios, tiempos, movimientos sincronizados, transporte, evacuación del grupo de rescate resultaron vanos.

La bronca era tremenda en la interna del coordinador. Y en ese momento comenzaron a entender que la doble militancia les jugaba en contra. Estar a las órdenes de un grupo político y a la vez dentro del coordinador podía provocar este tipo de desinteligencias, que se traducían —según pensaban algunos, Mujica incluido — en falta de compromiso con las decisiones del órgano colectivo.

—¡Así no se puede seguir! —reflexionó Mujica, caliente, pero por lo bajo.

—Tenés razón, Pepe —dijo Belletti en igual tono, del otro lado de la mesa—. Eso tiene que cambiar…

Pero todavía no era tiempo.

—¿Cómo estás vos? —le preguntó el visitante.

—Ahí voy, ahora bastante bien, pero me masacraron…

—¡Vamo’arriba, compañero! —lo animó el Poroto Benavídez.

—Les quiero pedir un gran favor —dijo entonces Mujica.

—Sí, Pepe, lo que quieras…

—¿Pueden ir a mi casa —a la casa de mi vieja— a regar las flores? No las puedo perder, porque si no la familia… —Pepe se entrecortó—. ¡Vayan! Háganme ese

favor…

—Claro, Pepe, tranquilo —afirmó Belletti—. Hoy mismo vamos por ahí…

Le dio a entender luego que el Flaco David estaba bien escondido. Y Mujica sonrió.

Su compinche se había ido al norte del país. Lo tenían por delincuente común, pero no por revolucionario. Lo mismo que a Pepe, quien debía guardar el secreto —como en la obra de Sender que había protagonizado David en el Cerro—, y tragarse todas las amarguras, entre ellas, quizá la peor, la de su madre, que estaba cumpliendo cincuenta y ocho años.

—¿Qué es todo esto, Pepe? —le preguntó doña Lucy, con los ojos estrellados—. Decime que todo es un error, que te están confundiendo…

Pero Pepe bajó la cabeza.

—¡No, Pepe, no!

Su hijo la miró con los ojos tristes y le imploró:

—¡Perdón!

Ella sintió que el pecho se le quebraba como el hielo cuando el punzón lo atraviesa. Pero estaba enmascarada por el enojo:

—¿Qué pasó contigo, Pepe? —le inquirió.

—No sé qué decirte…

—¡Vos sos muy vivo para equivocarte así!

Doña Lucy se fue, empujada por el dolor. Y al llegar a la casa enmudecida, abrazó a su hija y lloraron juntas, conservando el silencio.

Esa noche no pudo dormir. Pensaba en aquel niño inteligente y dulce, en ese joven trabajador y solidario, en el luchador social, en el dirigente político. Y desconfió de todo, de ella misma, de su capacidad para ser madre, pero también de las palabras que había escuchado en la cárcel, de boca de su hijo…

Con la caída en prisión, Pepe sentenció en forma definitiva su relación de pareja. Al Poroto Benavídez le había tocado ir hasta la casa en la que vivía Mujica con la «petiza» y los tres niños:

—Te vengo a decir que Pepe cayó preso.

—¿Cómo?

—Sí, es difícil de explicar, pero…

Y toda la historia que siguió refería a un «delincuente común», a un muchacho que se había equivocado en la vida…

Acordaron ir a ver a un abogado.

El Poroto consiguió un dato:

—¡Andá a hablar con Tornaría, Martín Tornaría! —le dijo un hombre empapado en esos asuntos—. Con ese sale todo el mundo…

—¡Ojalá, ojalá!

Tornaría los recibió en su oficina de la Ciudad Vieja.

—¿Tentativa de rapiña? ¿Primario? —sonrió el abogado.

—Sí.

—¡Tranquilos, se puede arreglar!

—¿Le parece?

—Sí, pibe, yo con veinte mil pesos saco a cualquier chorro…

Si hubieran concretado el robo al contador de Sudamtex, el dinero les hubiera dado justo para pagar el abogado «sacachorros».

—¡Qué hijo de puta! —se fue diciendo el Poroto por las calles de la Ciudad Vieja.

La «petiza» fue a ver a Pepe, y no hizo falta hablar mucho para entender que ya no habría más reencuentros ni perdones. Ella se quedaría en la casa, con los niños, quizá por un tiempo, hasta ver adónde podría mudarse. Él debería encontrar un lugar donde vivir cuando saliera de la cárcel.

Pepe lo comprendió y dejó ir a aquella muchacha a la que tanto había querido, y cuyos hijos alguna vez lo llamaron «papá».

En el Paso de la Arena, Nene evitaba cualquier tipo de conversación con respecto a su amigo. Todos le preguntaban, todos querían saber, lo que él no sabía…

—La verdad, no quiero hablar —decía cuando alguien insistía.

Trabajaba sin parar. Y de vez en cuando se sentaba en un banquito y se quedaba con la mirada fija en la moto, perdida en esa maldita moto, que ojalá nunca se la hubiera prestado…

Aquella tarde el hermano de Nene llegó con la información de que Pepe había tenido un «accidente» o «algo» le había pasado con la moto… Y Nene salió de inmediato hacia la comisaría. Al ingresar, vio su Triumph parada contra la pared:

—Buenas tardes, señor. Yo soy el dueño de esa moto…

—¡Ah! ¿Así que usted es el dueño? ¡Métanlo pa dentro a este! ¡Métanlo pa dentro! —ordenó el oficial sin que mediaran más explicaciones.

Nene pasó la noche en el calabozo. Interpretó rápidamente que el problema de su amigo no era por un accidente. A la mañana siguiente le explicaron que «el detenido Mujica Cordano» había aclarado la situación de la moto y de su dueño.

—¡Ahora vaya hasta el juzgado a declarar!

Le devolvieron la Triumph y después de pasar por la sede judicial, donde ratificó lo que ya había relatado Pepe sobre el préstamo de la moto, volvió a su casa, apesadumbrado.

Y ese sentimiento le atacaba cada tanto, en ratos de soledad en su taller.

No le afectaba haber dormido en el calabozo, ni los interrogatorios por los que había pasado, él no tenía nada que esconder. Nunca le importó saber en qué

cuestiones políticas andaba metido su amigo, si militaba con fulano o con mengano, trataba de no meterse en su vida de pareja, ni en sus asuntos familiares —«yo no pregunto, él sabrá qué hacer», se decía—, nunca le pedía explicaciones porque respetaba lo que decidiera aunque no concordara con él, pues la amistad siempre estuvo más allá de sus diferencias. Pero esto lo desconcertaba de tal manera que no sabía si encerrarse en su dolor o ir a partirle la cabeza a su amigo, por gil…

Y aunque por momentos le asaltaba el impulso feroz, se quedó con sus lamentos, sin pedir explicaciones, asumiendo que la vida se encargaría de aclarar las aguas o enturbiarlas para siempre.

—¡Todavía no lo puedo creer! —dijo un día que por casualidad encontró unas fotos de los años alegres de bicicleta y escapadas, siempre juntos, hasta donde les dieran las piernas, hasta el fin de las rutas…

—¿Qué le habrá pasado? —preguntó la mujer de Nene, que lo sorprendió en sus recuerdos.

—Nada. Se torció —Nene iba guardando las fotos en una bolsita—. Hizo una cagada, qué otra cosa le va a pasar…

—No te sigas haciendo el duro, aflojate un poco —le pidió ella mientras lo abrazaba—. Él se equivocó, se portó mal contigo, ya sé. Pero cuando lo agarraron siempre dejó bien claro que vos no tenías nada que ver, la propia policía te lo dijo…

—¡Qué mierda! —se lamentó Nene.

—Dale, dejate sentir —ella le acarició la espalda—. Sacá todo ese dolor. Es tu amigo de toda la vida, y lo querés, lo querés mucho…

Nene no se dejó ver la cara, salió hacia el baño y se encerró en su amargura. Y en ella se quedó…

A pocas cuadras de allí, los compañeros del MIR miraban hacia todos lados en la esquina de la casa de Pepe. Caminaron despacio y entraron por el corredor, hacia el fondo. Estaba todo cerrado. Pronto se encontraron entre cartuchos y flores multicolores, decaídas.

Dieron unas vueltas por el predio y encontraron agua, baldes, regadera y manguera.

—Vos a los cartuchos y yo a los claveles, que son más delicados —dijo el canario González, decidido. Belletti le hizo caso, el canario era su compañero de trabajo en el Ministerio de Ganadería y Agricultura, y sabía lo que hacía, al menos provenía de Tacuarembó, donde se supone que alguna vez había plantado alguna que otra cosa.

—¡Sale agua! —avisó el Poroto Benavídez y abrió el grifo al que había conectado la manguera.

Y así empezó la tarea, hasta que un grito de la calle los interrumpió:

—¡Andate de ahí! —la vecina de enfrente era familiar del Canario—. ¡Andate, que esa es la casa de un ladrón!

—¡Shhhh! —el Canario se llevó el dedo a la boca pidiendo silencio—. ¡Tranquila, tranquila!…

—¡Andate de ahí, no seas bobo!

—Pará, calmate, por favor… —el Canario no sabía qué hacer.

—¡Te digo que ahí vive un ladrón! —una mano delgada descorrió apenas la cortina. La hermana de Pepe estaba detrás de la ventana.

—¡Andá y hacé callar a esa mujer! —ordenó el Poroto Benavídez.

Y el Canario salió a hablar con ella.

El Flaco Belletti volvió a ir alguna vez a la casa del Paso de la Arena, pero ya se estaba marchando al norte —a pedido de Sendic— para militar junto con los peludos. El Canario prefirió colaborar en otro lado para evitar nuevos escándalos. Y Benavídez le terminó dando una gran mano a Pepe.

—¡No sé, doña, la verdá que no sé! —el Poroto removía la tierra.

—Sí, cuando les conviene ustedes no saben nada —reprochó doña Lucy—. Nunca saben nada…

—Disculpe, pero tengo que terminar, que se está viniendo la noche.

—La noche ya se les vino hace rato.

—¡Por favor!

—¡Qué falta de respeto! —iba refunfuñando doña Lucy hacia la cocina—. ¡Con la patria! ¡Con los blancos de ley! ¡Con Aparicio! ¡Con Herrera! ¡Con Erro!…

Y así siguió hasta que Benavídez la dejó de oír, no porque ella hubiese terminado de rezongar, sino porque subió el volumen de la Spica que se había conseguido «para no soportar a la vieja».

Benavídez iba todas las semanas —a veces a diario— a transplantar claveles a la casa de Pepe. El arte de los japoneses que Mujica había aprendido —cómo hacer para que los claveles crezcan con tallos rectos, sin deformaciones— parecía no ser problema para el Poroto.

—Varas sanas, buenos brotes —le contaba Benavídez en la visita.

—¡Gracias, compañero!

También le dejaba a Pepe algunos paquetes de comestibles que los muchachos del MIR le enviaban a su primer preso. Germán Vidal le daba un billete de un peso a Benavídez para cada visita a la cárcel. Esa era la contraseña con la guardia:

—Mi credencial —el Poroto le entregaba a la mujer de azul el documento de tapas duras.

Ella lo recibía sobre una caja abierta. Luego abría la credencial como si le importara examinar la fotografía o los datos de identidad, y dejaba caer el billete que había dentro.

—¡Correcto, pase! —respondía entonces.

Así lograban entrar a ver a sus familiares y amigos todos aquellos que no tenían autorizada la visita. El número de visitantes autorizados era muy restringido, por razones lógicas. Al final del día no podía haber menos de cien pesos en la caja, so

pena de arresto.

El 8 de setiembre, el Consejo de Gobierno votó la ruptura de relaciones con Cuba. Pepe se enteró de la gran manifestación por 18 de Julio, en contra de la medida, que terminó con decenas de detenidos, manifestantes y policías heridos, porque algunos jóvenes fueron a parar a Miguelete.

En esos días también llegaron los cuentos de las bombas molotov lanzadas contra las oficinas de la OEA —promotora de la decisión del gobierno uruguayo—, en la planta de Coca-Cola, en la sede del Citibank, y en otras empresas que representan al imperialismo, lo mismo que en las casas de los consejeros de gobierno que votaron a favor del rompimiento con Cuba.

En el coordinador se generó una gran polémica por el uso de bombas; muchos entendían que se trataba de una acción antipopular y que debía ser empleada solo en circunstancias extremas, pero eso quedaría a criterio de cada grupo.

Mujica recibió información muy parcial sobre estos hechos a través de sus compañeros más allegados dentro del MIR.

Sendic y otros dos integrantes de UTAA, Anacleto Silveira y Juan Bentín, recorrían las tierras agrestes de Silva y Rosas, bordeando el río Uruguay. Cruzaron en bote hacia el lado argentino y fueron detenidos el 13 de setiembre como «guerrilleros».

Los socialistas Manera, Marenales y Alberto Giménez fueron apresados cuando pretendían robar un banco en Larrañaga y San Martín. Y llegaron a la cárcel donde ya estaba Mujica.

—¡Por apurados, por no hacer las cosas como se planean! —protestaba Marenales.

—Hay que mejorar en sincronización —el ingeniero Manera realizaba anotaciones incomprensibles para los demás. Al menos para Mujica eran indescifrables. Marenales, sin embargo, docente de Bellas Artes, podía entablar una conversación científica con Manera sin mayores complicaciones.

—La del revólver con luz sí que es buena —alabó Mujica al ingeniero.

—Una simple pistola de entrenamiento —respondió Manera, frío como el metal. Había logrado un mecanismo similar al láser para que, al tirar del gatillo, una luz se encendiera en el lugar exacto donde hubiera pegado la bala.

Detrás de los muros de Miguelete sucedían, al final del año, hechos relevantes para el futuro del país y de la lucha revolucionaria.

El dirigente ruralista Juan José Gari —ahora que Nardone está muerto— pasa a

ser un informante mejor calificado por la CIA, que se mueve con sigilo por Montevideo: «Aún no es momento para el golpe», transmite. Come, bebe y ríe junto con lo más conspicuo de la ultraderecha, en una cena que brinda en su mansión en reconocimiento al general Aguerrondo.

Ya hay miembros de los grupos vinculados al coordinador que recorren el interior rural del Uruguay —Lavalleja, Maldonado, Tacuarembó, entre otros departamentos —, para descubrir una Sierra Maestra desde donde lanzar la revolución.

Tabaré Rivero anda con un libro bajo el brazo. Es *Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz. Una tarde, leía y releía una página de la obra, y se dijo: «este es el nombre». Pronto se juntó con los compañeros que tenía más a mano en la «orga» y lo propuso: *Tupamaros*.

Abrió el libro y en voz alta y clara, como para ser bien escuchado, leyó el porqué: «*Los tupamaros figuraban en primera línea; y, sabido es que bajo ese dictado irónico era como distinguían a los criollos o nativos los dominadores, comparándolos con los adeptos del animoso cuanto infortunado Túpac-Amaru, dividido en pedazos al furioso arranque de cuatro potros, y aun a los innumerables próceres de la independencia de Sudamérica —sin excluir a sabios ilustres, que sufrieron otro género de suplicio—, el de arcabuceo por la espalda*.

A esos tupamaros que sumaban las dos terceras partes del grupo, uníanse algunos zambos y negros cimarrones, vestidos de andrajos, que vagaban desde hacía tiempo en compañía de las fieras, menos crueles con ellos que sus amos».

Leonel Vidal, un buen estudioso de la revolución artiguista, coincidía porque por «tupamaros» era conocido uno de los grupos más rebeldes y valientes del ejército del prócer oriental: no eran más de cien hombres aquellos que, el 28 de febrero de 1811, habían liberado la villa de Mercedes y Santo Domingo de Soriano: un grito a orillas del arroyo Asencio que encendió la «*admirable alarma*», el inicio de la revolución oriental en la campaña, contra la dominación española.

Y a Fernández Huidobro le encantaba porque se había enamorado de la canción —y de la muchacha que había conseguido el disco— del poeta Osiris Rodríguez Castillo: «Cielito de los tupamaros».

Y se la pasaba cantando, en el rancho de Robaina —el dueño del tocadiscos— y cuando volvía a su casa en el Buceo, a veces de la mano: «*Yo vide una águila mora/ volando sobre un chilcal/ y era el alma cimarrona/ campeando la libertad/ Cielo, mi cielito lindo/ danza de viento y juncal/ prenda de los tupamaros/ flor de la Banda Oriental*».

Durante la Convención de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, en el Paraninfo —allí donde había hablado el Che—, y en las calles de los alrededores, donde Arbelio Ramírez se volvió inmortal, los jóvenes recogían ese noviembre de 1964 unos volantes titulados «T. N. T».

«Tupamaros No Transamos», comunicaba el papel que también tenía dibujada la estrella de cinco puntas con una «T» en el centro, que comenzó a verse pintada en los

muros de Montevideo.

La policía de Artigas había viajado hacia Argentina para interrogar al clandestino Sendic, que quedó detenido en ese país junto con sus compañeros de UTAA, a la espera de un pedido de extradición de la justicia uruguaya. Al peludo Juan Bentín no hay manera de identificarlo, no usa documentos, nadie los encuentra en Uruguay:

—Mi nombre es Ramón Pedroso, ya le dije —responde Bentín a la policía.

Sendic se ríe en silencio de la picardía del peludo.

El plazo para el pedido de extradición vencía el 29 de diciembre. Al otro día los tres uruguayos fueron liberados porque el oficio no llegó a tiempo.

Pepe pasó las fiestas en Miguelete, esperando poder salir pronto, pues el delito de «tentativa de rapiña» por el que fue procesado como «delincuente común» alentaba una excarcelación provisoria en los primeros meses de 1965.

16

La célula tupamara

Le avisaron de sopetón.

—Juntá tus cosas que te vas —le dijo el guardia.

—¿Ahora?

—¿Qué? ¿Te querés quedar?

—No, no, no. Ya mismo me voy —la sonrisa de Mujica le dio luz a la celda.

Abrazó fuerte a su compañero, y salió por donde ocho meses antes había entrado.

Volvió a la casa de su madre, que era también su casa…

Se movió con cautela por el barrio —me deben mirar como a un «chorro», pensaba—, pero no sintió el rechazo de su gente cercana ni de los vecinos que lo vieron crecer en el Paso de la Arena. Ni el hombre que le había vendido el camioncito le reprochó que se hubiera atrasado en las cuotas por estar preso. Fue a hablar con él, y el tipo no se hizo problema alguno. Pronto le pagó con el trabajo de la tierra y la venta de flores.

Donde sintió un poco de distancia, quizá, fue de parte de algunos compañeros de los grupos que integraban el coordinador: ellos bien podrían preguntarse qué cosas pudo haber dicho Mujica mientras estuvo preso. Pepe lo entendió, aunque no todos le hicieron «el vacío», y en todo caso la desconfianza que pudo existir no tardó en disiparse.

Apoyó una nueva marcha de los peludos que llegó desde el norte: los cañeros no habían mejorado sus condiciones de vida y mantenían sus reclamos, ahora con el desaire orgánico del Partido Comunista, que reprochaba la presencia de «pistoleros» entre los miembros de UTAA —en alusión al robo del Banco de Cobranzas— y el enaltecimiento de la figura de Sendic, clandestino y socialista.

El coordinador, luego de unos meses de estancamiento y distancia ostensible —uno de los motivos del enfriamiento fue la desaparición de unas armas «expropiadas» y luego enterradas en la arena, de las que «nadie» sabía «nada»— volvía a juntarse porque los acontecimientos sociales, económicos y políticos así lo disponían. Se habían decretado medidas prontas de seguridad —algo así como vivir en estado de sitio— por parte del gobierno, cuyas fuerzas de choque, dirigidas por el ministro del interior Adolfo Tejera, apaleaban a los peludos. Crecían las denuncias públicas de preparativos para un golpe de Estado: la izquierda junto con los batllistas eran voceros de estas acusaciones fundadas en diversas reuniones entre gobernantes civiles fieles a la CIA y los militares que se declaraban golpistas en la interna de las Fuerzas Armadas: Aguerrondo, Ribas, Alberto Ballestrino, y hasta el propio ministro de Defensa, un general llamado Pablo Moratorio, entre otros individuos.

La inflación se disparaba —el dólar pasó de veintidós pesos en 1964 a sesenta y cuatro en 1965— y se desataba una crisis financiera gigante con el quiebre del Banco Transatlántico del Uruguay, cuyo directorio se había robado más de quinientos millones de dólares de sus clientes y del estatal Banco de la República mediante autopréstamos fantasmas y otras maniobras delictivas, lo que incluía coimas a más de una veintena de políticos blancos y colorados, de acuerdo con revelaciones documentales en poder de la policía.

Mujica, recién reincorporado a la lucha en la calle, asistía a este momento en que los encontronazos filosóficos y políticos entre los grupos del coordinador se hacían a un lado ante la gravedad de la situación. De esa manera, la frase pintada por el Loco Rivera Yic en las paredes de la Base Pinela y que fue atribuida a Sendic recobraba su vigor: «*Las palabras nos separan, la acción nos une*».

El compromiso de Pepe con la causa armada —lo había pensado bien en las horas de encierro y se cultivó bastante más en la teoría revolucionaria internacional— no tenía vuelta atrás. Estaba decido a «echar el resto» si era necesario, pero también comprendió que no podía andar «regalado» por la vida como un diletante de sueños de libertad. Debía estar preparado, estudiar, entrenar, e ir progresando en el campo de la revolución según se lo permitieran sus medios, conocimientos y destrezas.

Todo esto, por supuesto, luego chocó contra la realidad apremiante, y debió tomar atajos y animarse a aprender más que nada en los hechos, porque el tiempo que le debía dedicar a su trabajo como cultivador y vendedor de flores, y la colaboración como «apoyo» de las actividades ilegales del MIR, no le permitieron quizá leer todo lo que hubiera deseado, ni llegar a ser el guerrillero formado que hubiese pretendido para el día en que el grito de la revolución —como el de aquellos tupamaros de Artigas— retumbara en todo el país, y en ese puñado de valientes, pocos pero bien montados, el pueblo viera el alma cimarrona en pos de la libertad.

Todo esto era muy lindo en noches de guitarra y poesía, pero la coyuntura lo obligaba a jugarse en forma más concreta y asumir los riesgos que estaban a su alcance en ese período que siguió a la salida de la cárcel. Durante ese tiempo, sobre todo hasta fines de 1966, se transformó en un especialista en «enterrar matutes» y «pertrechos».

Varios de sus compañeros del MIR, que actuaban en conjunto con el grupo de argentinos encabezados por Joe Baxter y José Luis Nell Tacchi —ocultos en Uruguay como integrantes del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara y en estrecho contacto con el Movimiento Revolucionario Peronista—, realizaron varias acciones que reportaban armas de todo tipo, dinamita, municiones, equipos de comunicación, vestuario para camuflarse, y hasta vehículos rápidos y livianos. Algunos de estos elementos llegaban incluso como contrabando que cruzaba el río Uruguay en chalana y desde el litoral uruguayo bajaba hasta Montevideo.

Mujica aprovechó algunas de las ediciones de la Vuelta Ciclista del Uruguay para que las «encomiendas» llegaran sin despertar sospechas. Había recordado cierta modalidad que usaba uno de sus compañeros ciclistas, cada vez que el recorrido de la competición pasaba por lugares cercanos a la frontera, y otras enseñanzas que le había dejado el barrio: «Artigas también era contrabandista», se dijo un día y enterró a pico y pala un bolsón de pertrechos.

Pepe cumplía bien con la tarea asignada, encontraba los lugares adecuados para ocultar todo lo que llegara a sus manos, y eso implicaba no solo zonas agrestes o descampadas —montes, arenales, campos con ciertos resguardos— sino también casas de algunos conocidos de la zona, que no siempre sabían todo lo que contenían los paquetes, cajas o envoltorios amorfos.

Sus compañeros solían referirse a él —en clave, un poco en broma, un poco en serio— como el «florero». Jugaban con la deformación del nombre de su oficio para significar que además de cavar la tierra para plantar flores, también lo hacía para guardar las armas en grandes tarros hundidos bajo la superficie. En ese caso los pétalos de las flores de diversas especies —Magnum, Smith & Wesson, Colt, Mauser, FAL, Star, PAM— quedaban ocultos.

Una tarde, en su camioncito pagado en cuotas fue hasta un arenal y con un par de compañeros de tareas desenterraron dos motos que se habían conservado bastante bien bajo la arena.

Las cargaron en el camión y salieron. Pero en medio del camino:

—¡La puta que los parió! —Mujica chocó un auto.

—¡Vamos, vamos! —los compañeros se bajaron a hablar con el enfurecido conductor chocado, mientras Pepe, de manera sigilosa, seguía su camino con las motos robadas.

Las condujo hasta el «club», un local clandestino que el «coordinador» tenía en la calle José L. Terra y Garibaldi. En realidad era un taller mecánico abierto al público, pero donde se acondicionaban y adaptaban vehículos —chapa, pintura, cambio de matrículas— para las acciones de los grupos. El camioncito entraba y salía del taller como el de un cliente más. El vehículo del florista fue de gran ayuda «legal» para el movimiento revolucionario que se estaba gestando.

Por esos días, el general Liber Seregni se despedía así de su esposa, Lilí Lerena:

—Bueno, vuelvo de tardecita —le dio un beso.

—Son las siete de la mañana: ¿a dónde vas? —Lilita lo miró desconfiada.

—A dar un paseo por el parque Rivera.

—¡Mirá vos!

—Tu sobrino me pidió que fuera un rato —sonrió el general.

—¿En qué andarán ustedes? —Lilita sacudió la cabeza—. ¡Andá, andá! Muy cerca del parque arbolado del este montevideano, la

casa de Pedro *el Tacho* Lerena estaba con todo pronto.

—¡Buenos días, general! —los muchachos se veían algo nerviosos.

—¡Buenos días! —respondió Seregni.

—Bueno, tío, acá estamos… —Pedro le mostró el plantel.

—Así que necesitan un poco de instrucción militar —Seregni puso cara de general.

—Sí, más o menos.

—No, las cosas se hacen bien o no se hacen.

—Sí, perdón, general.

—Bueno, siendo así, comencemos…

Y allí estaban los incipientes revolucionarios con un instructor de lujo.

Por entonces, también Amodio Pérez llegaba muy tarde a una reunión con Marenales —que ya había sido liberado junto con Manera de la cárcel de Miguelete — y otros de sus compañeros, en el taller clandestino.

—Me detuvo la policía —dijo Amodio, algo agitado.

—¿Quéééé? —se espantó Marenales.

—Sí, me interrogaron en la Jefatura, pero me soltaron enseguida…

—¿Cóóóóómo? —Marenales sentía que el local y la organización estaban en peligro.

—No pasa nada —repuso Amodio—: fue por una cocina que compré de segunda mano y el tipo que me la vendió resultó que era un reducidor de cosas robadas. Lo detuvieron y saltó mi nombre en el papel de compra que le firmé…

—¡Pero…!

—Tranquilo, nadie sospechó nada…

—Qué cosa más rara, ¿no? —musitó Marenales.

Poco después, Amodio Pérez aparecía con un fichero completo del personal de la Guardia Republicana: nombres, cargos, direcciones. Nadie le preguntó cómo lo había conseguido, respetando el código tupamaro de información compartimentada.

Pero a Marenales no le cerraban las cuentas: sabía que la exesposa de Amodio trabajaba en la casa de El Pinar donde el Mossad —los servicios secretos israelíes— habían matado, el 23 de febrero de 1965, al acusado de ser un asesino nazi, Herberts Cukurs. El hombre había viajado desde San Pablo, en Brasil, tras recibir un telegrama que lo invitaba a trasladarse a Uruguay a fin de cerrar un negocio.

Marenales estaba al tanto de ciertas amistades de Amodio, en el barrio Reus —conocido en Montevideo como el «barrio de los judíos»— donde el joven vivía desde niño. La prensa nacional e internacional hablaba de un «cómplice» uruguayo para esta operación reivindicada por el Mossad, y Marenales sospechaba de Amodio: «este fichero lo cambió por su trabajo en el caso Cukurs», pensó. No tenía pruebas, solo ataba cabos. Pero no le gustaban los misterios de Amodio, que sin embargo dentro de

la organización era considerado un cuadro importante, de gran capacidad militar, en la estrategia y en la acción. Y también, un gran «adulador» de Sendic.

Mujica estaba bastante alejado de los detalles de estas circunstancias que se vivían en la dirección. Ahora afianzaba lazos y trabajo con otros integrantes del movimiento.

Una noche de reunión distendida, Baxter le dijo a Mujica que estaba cumpliendo años. Era un 24 de mayo. Pepe lo saludó y le comentó que él había cumplido cuatro días antes, el 20, aunque era cinco años mayor que el argentino. Brindaron por sus jóvenes vidas repletas de «esperanzas» y por el triunfo de la revolución, que todavía no tenía una forma definida en Uruguay, quizá era algo más clara en Argentina, un país con la dictadura militar en la puerta.

Baxter le contó a Pepe cómo había conocido a Perón en el fugaz viaje que había hecho a Madrid, donde el general se encontraba exiliado:

—Me contaron que luego de la visita que le hice —sostuvo Baxter—, el general dijo que yo era un muchacho fantástico: «parece capaz de hacer él solo la revolución». Eso dijo de mí…

—Modestia aparte, ¿no?… —ironizó Mujica.

—Dejate de cuentos, Gordo —le tiró Etchenique— y pasame el pan que tenés ahí…

El asado, exquisito, conseguido con los compañeros anarquistas —con quién si no en el Cerro—, estaba picado y pronto para comer. Y todos metieron diente.

Luego Baxter habló de su pasaje por China, de la medalla al valor que le había otorgado Ho Chi Minh por su combate en Vietnam contra los yanquis, de su charla con Ben Bella en Argelia, y de cómo había logrado acostarse con la sensual actriz estadounidense Ava Gardner.

—¡Seguro que lo dejó a Sinatra por vos! —Etchenique echaba más leña al fuego —. ¡Andá Gordo!

—A Sinatra no se le paraba, pero a este argentino que ven acá…

—¡Tampoco! —lo primereó Mujica.

Lo cierto es que la estrella de cine era dueña de un lujoso apartamento de altos, en un dúplex de la calle del Doctor Arce, en España. Su vecino de abajo —que solía quejarse de las ruidosas y desenfrenadas fiestas que por las noches brindaba la actriz — era el general Perón.

—¡Y la dejé para venir a comer un asado con ustedes! —remató Baxter.

—¡Ah, pero qué carne, hermano! —dijo Mujica.

—¿La de Ava? —Baxter cerró los ojos—. ¡Hermosa, Pepe, hermosa!

Podía ser algo fanfarrón, pero el argentino no era un improvisado en el combate ni en la estrategia revolucionaria: sus viajes le habían permitido foguearse en entrenamiento a sangre y fuego en campos de batalla que para los muchachos

tupamaros eran desconocidos. Y su aporte en ese sentido a la causa revolucionaria uruguaya en ciernes no fue menor.

La noche se hizo vino y charla serena en torno al calor de las llamas. Nell se acercó con su vaso y luego de contar algunas vivencias de su entrenamiento junto con algunos de sus compatriotas en la Academia para Cadetes Extranjeros en China, comenzó a reflexionar sobre los pasos que él y su grupo habían dado en Argentina como guerrilleros.

Nell era uno de los responsables del asalto al Policlínico Bancario de Buenos Aires, realizado el 29 de agosto de 1963, donde obtuvieron cerca de catorce millones de pesos argentinos, que luego Baxter se encargó de cambiar —eran como cien mil dólares de la época— en el mercado brasileño y en el uruguayo.

Habían llegado en una ambulancia disfrazados de enfermeros, y esperaron a que llegara la camioneta de la remesa con el dinero para el pago de salarios. Cuando tres funcionarios policiales y dos del Policlínico se disponían a trasladar la plata en dos grandes bolsones, escucharon un grito: «¡Quietos, esto es un asalto!». Pero uno de los policías pareció reaccionar y la metralla de una PAM se esparció sobre ellos: murieron dos gendarmes, las otras tres personas quedaron heridas, y una de ellas perdió una pierna.

—Yo les disparé —admitió Nell al calor del fuego—. No me lo puedo sacar de la cabeza.

Se hizo silencio. Mujica se lo quedó mirando, se encontraba frente a un tipo que había matado y estaba viviendo su trauma. Y entonces asumió de manera algo más cercana y tangible que la causa revolucionaria podía implicar la muerte, propia y ajena, la de un enemigo, la de un compañero y la de gente que «nada tenía que ver» con el enfrentamiento, como bien lo estaba relatando el joven argentino. Todo eso tenía que quedarle claro a Pepe.

—¡La puta! —exclamó, antes de sorber un trago más de su vino—. ¡Cuánto cuesta la vida!

—Cuesta, cuesta mucho —dijo Nell.

—Nadie está hablando de abandonar la causa, ¿no? —preguntó Jorge Cataldo, uno del grupo de los argentinos.

—No, no se trata de eso —respondió Nell—. No me hagan caso: son cosas mías…

Luego se apartó un poco y se quedó contemplando el fuego.

Mujica se le arrimó, y si su boca se abrió fue tan solo para dejar correr el líquido tinto por la garganta. Lo estaba acompañando, quizá, sin saberlo, en un viaje a través del río de llamas reflejado en los ojos de Nell, ojos que brillaban como si estuvieran tapados con monedas.

Pepe estaba nervioso porque el auto no llegaba, y no pasó nunca a buscarlo. Por

eso se perdió la reunión multitudinaria que se realizó en una casa de Parque del Plata —un balneario descampado a mediados de los años sesenta, a unos cincuenta kilómetros al este de Montevideo—, que congregó a todos los grupos del coordinador, también a representantes de los partidos políticos vinculados de alguna manera a esa «orga» y a integrantes independientes.

Se juntaron para decidir cómo seguir la lucha, y se expusieron de manera abierta al menos tres posturas definidas: dejar de actuar como grupos separados en coordinación y crear una nueva organización; fundar una nueva organización pero como «brazo armado de la izquierda»; mantener el «coordinador» pero con un reglamento más estricto que tratara de evitar los incidentes y la confrontación entre los grupos.

En esa reunión, un grupo dentro del MIR —los que habían participado en la «expropiación» de armas que desaparecieron del pozo en el que estaban enterradas— planteaba un asunto espinoso:

—Todo muy lindo, pero que aparezcan los fierros —dijo uno de ellos en medio del debate—. ¿Dónde están los fierros?

—Compañero, es importante ese reclamo y hay que atenderlo —se le explicó desde la mesa que moderaba la discusión—, pero ahora estamos tratando otros puntos…

—¡Que aparezcan los fierros! —el hombre seguía golpeando la mesa.

Al final se decidió fundar una sola organización que concentrara todos los recursos humanos y materiales —ya no más «coordinador», salvo con otras organizaciones—, se votó su estatuto de funcionamiento, así como la creación de una dirección única llamada Comité Ejecutivo, integrada por Raúl Sendic, Tabaré Rivero Cedrés, Eleuterio Fernández Huidobro y un representante que designaría el MIR.

El contenido de la decisión era de carácter provisorio hasta que se convocara una Convención Nacional por parte del Comité Ejecutivo, en la que también se adoptaría posición respecto del nombre formal de la nueva organización: por ahora, algunos se decían Tupamaros, pero no todos.

—¡Bueno, muy bien, así me gusta! —dijo el hombre que reclamaba «los fierros».

También se aprobó la formación de una comisión para averiguar qué había pasado con las armas desaparecidas.

Según el estatuto, «*la organización aspira a ser la vanguardia organizada de las clases explotadas en su lucha contra el régimen*» y trata de «*guiar al pueblo uruguayo por el verdadero camino de su liberación, junto a la de todo el continente americano*».

Y entre otros puntos, expresa que quien pretenda ingresar deberá contar con la aprobación del Comité Ejecutivo, órgano que también deberá prestar su consentimiento si la persona luego desea alejarse.

Cada miembro debe asumir el compromiso de participar en la vida política de la organización y luchar por el cumplimiento de sus resoluciones; militar en el lugar, momento y de la manera que la organización lo indique.

Observar la disciplina, ser sinceros y honrados, sin permitir que nadie omita o desvirtúe la verdad. El carácter de la organización es clandestino, por lo tanto su estructura deberá adaptarse a su carácter.

El organismo base de la organización es la célula; esta puede constituirse en cualquier lugar, el mínimo de miembros que pueden integrarla es dos.

Cada célula debe tener un responsable y un suplente nombrados por el Comité Ejecutivo. Este tendrá facultades para —entre otros asuntos— establecer jerarquías militares dentro de la organización, dividir la organización en sectores y delegar atribuciones, establecer el grado de autonomía de cada sector y su forma de conducción y funcionamiento.

La máxima autoridad de la organización es la Convención Nacional, en la que deben estar representados todos los organismos y miembros, mediante participantes elegidos por las células, y deberá reunirse al menos cada dieciocho meses.

La compartimentación de información es uno de los principios fundamentales de la organización: debe practicarse aun entre los integrantes y para tareas de un mismo organismo, a todos los niveles, y es el responsable de la célula o el Comité Ejecutivo los que deciden qué cosas son compartimentadas. La información no compartimentada debe ser proporcionada en forma orgánica por parte de la dirección a todos los organismos y compañeros.

Se da lugar a la discusión, pero una vez adoptada una decisión hay que cumplirla en forma obligatoria; las directivas de los organismos superiores son obligatorias para los inferiores; asimismo, la minoría deberá cumplir con lo decidido por la mayoría.

Los que incumplan el programa o reglamento o las resoluciones, los que incurran en el divisionismo, los que atenten contra la célula, evidencien falta de honestidad y sinceridad, o difundan calumnias; los que incurran en la indiscreción, los vicios, la traición, todo cuanto dañe a la organización y a su autoridad ante el pueblo, los que pierdan materiales de la organización debido a negligencia, al uso indebido, en actividades ajenas a la militancia tupamara serán sancionados, según la gravedad del hecho.

Las sanciones son: censura, obligación de entregar los materiales en su poder o a su cargo, separación del cargo que ocupa, separación de la organización, expulsión, medidas especiales.

Por último, los recursos financieros de la organización estarán constituidos por: las contribuciones mensuales de sus miembros, proporcionales a sus ingresos, según la escala que fijará la célula; donaciones y otras actividades o campañas que los organismos correspondientes acuerden realizar.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Mujica al leer el reglamento. Pero de inmediato surgió una discusión con la mayoría de sus compañeros del MIR, que pretendían una organización de otro tipo.

—¡Hay que crear un partido marxista-leninista y maoísta! Y nosotros, los del MIR, estamos bien preparados para ello —retrucó Julio Arizaga—. La nueva organización debe ser el brazo armado de este nuevo partido…

—¿Te parece que podamos hacer una guerrilla como la de China?

—Por supuesto…

—¿Una guerrilla rural?

—Sí, claro, ¿para qué tenemos a tantos compañeros explorando en el interior del país?

Eso era verdad, muchos eran los del MIR que se habían dedicado a esta búsqueda, y en algunos casos creyeron encontrar lugares adecuados: esa Sierra Maestra uruguaya.

Pero a Pepe no le convencía la estructura de un partido. Aunque respetaba mucho la organización que había adquirido el MIR, entendía que se caería en los mismos errores de la izquierda tradicional, y que al fin de cuentas la burocracia partidaria deglutiría el trabajo de campo, el de ese brazo armado del que se hablaba. Con la paralización en los hechos de esa organización clandestina —pensaba Mujica—, sería imposible la conquista de las masas para viabilizar la revolución.

Pepe veía una nueva bifurcación de caminos en su lucha…

En el marco de la represión que supone el «estado de sitio» en Uruguay, son detenidas cientos de personas. Cae Belletti como dirigente cañero y la policía lo tortura; los represores pretenden obtener información sobre Sendic. El Flaco queda más de veinte días incomunicado.

También atrapan a Arizaga, que termina en la Jefatura de Policía de Montevideo.

—¡Vas a cantar —le gritan— o vas a salir muerto!

Parado contra una pared, con los brazos extendidos y las piernas abiertas, siente cómo un represor tira desde la nuca la venda que le cubre ojos y nariz, lo que le provoca asfixia. Luego sobreviene golpe tras golpe, y la sesión sobre el colchón de alambre…

En su informe para los servicios secretos estadounidenses, Philip Agee, espía de la CIA en Uruguay —está en el país desde el 22 de marzo de 1964—, relata que tienen infiltrados en el Partido Comunista, alguno con contactos en el MIR, y que el inspector de la Policía Antonio Píriz Castagnet le dijo que «*el subdirector de Investigaciones, inspector Juan José Braga, fue quien ordenó y supervisó las torturas. Se proponía con ello obtener información acerca del MIR y de los*

tupamaros, cuya identidad y estructura organizativas se desconocen todavía».

Por si hiciera falta —está escribiendo a sus superiores, ningunos novatos en torturas—, explica que «*por lo general, según Antonio, al individuo se le cubre la cabeza con un capuchón y se le ata a una cama y a continuación se le aplica la picana (un generador eléctrico manual) a los órganos genitales*».

—Esto no pasa desde hace tiempo —le dijo Agee a uno de sus compañeros de tareas.

—¿Cuánto tiempo? —sonrió sarcástico su colega.

—Al menos desde la época de Tom —respondió el espía—. Flores aquí en la estación y Aguerrondo en la Jefatura de Policía eran una combinación feroz: la tortura se hizo habitual con los detenidos políticos.

—Pero con los delincuentes comunes siempre pasó…

—Seguro, se aplica todo el tiempo —admitió Agee—. Por ello suelen herirse antes de ser detenidos, para pasar los primeros días en el Hospital y no en la Jefatura.

La presencia más o menos velada de la CIA en Uruguay existe al menos desde 1950 —segundo mandato del presidente yanqui y ferviente anticomunista Harry Truman—, y se dirige desde la Sección Política de la Embajada de Estados Unidos. Pero a principios de los sesenta su injerencia en el país se ejerce también en otros planos, a través de una institución máscara: la Agencia para el Desarrollo Internacional, cuyo pretexto es la asistencia técnica y colaboración económica, y a la que en forma coloquial todos llaman «la Misión Económica».

Hasta 1965 el organismo funciona con cuatro divisiones: Educación, Agricultura, Finanzas y Programación. Pero este año, la CIA busca una mejor forma de inmiscuirse en las cuestiones de acción emprendidas por grupos políticos, y así crea la División de Seguridad Pública, que se instala en el primer piso del edificio de la Jefatura de Policía de Montevideo.

El primer jefe de esta división, a la que de inmediato se conocerá como «la Misión», es Adolph Sáenz, oficial del FBI. Se trata de un espía que, en principio, realiza un trabajo de diagnóstico, a la espera del asesor que enviará la «Compañía» para formar un «moderno equipo de Inteligencia uruguayo» bajo control estadounidense. Por ahora, los servicios de la CIA consideran que la práctica de la tortura que se estila en Uruguay es «rudimentaria» y esperan sofisticarla…

Las denuncias sobre el caso Arizaga se volvieron comprometedoras para el gobierno. El juez vio el estado de salud del detenido y, espantado, lo dejó en libertad. Pero la policía lo retuvo para no quedar expuesta ante los signos de tortura que presentaba el joven.

Al tiempo logró salir y se reencontró con sus compañeros del MIR. Cuando

volvieron a verse con Pepe se produjo una mirada comprensiva, recíproca. Mujica no había sido interrogado como detenido político sino como delincuente común, pero ambos corrieron la misma suerte represiva…

Para entonces las relaciones políticas se habían enfriado: el MIR se estaba retirando para conformar su partido. Pepe se quedaba en la nueva organización, que se consolida en el verano de 1966, cuando la Convención Nacional —reunida en Pinar Norte— confirma su fundación y le otorga su nombre definitivo: «Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros», cuyas siglas serán en principio MLN-T.

Los hermanos Gatti, Mechoso y Duarte, representantes anarquistas en el «coordinador», no se incorporaron al nuevo movimiento revolucionario; permanecieron militando en la Federación Anarquista Uruguaya.

El MLN —que así también comenzaron a firmar los muros y volantes junto a la estrella de cinco puntas con la «T» en el centro— se conformó en su forma esencial con integrantes del MAC, del entorno más cercano a Sendic dentro de UTAA, y del núcleo de militantes socialistas cuyo compromiso con la acción clandestina en el «coordinador» los fue desligando de su partido.

Pepe quedó entre los muy pocos del MIR que se sumaron al MLN.

Había perdido a su grupo original de acción y, quizá por ello, le costó un poco insertarse de manera aceitada en la nueva organización.

Pero buscó la forma de acompañar el proceso revolucionario y un tiempo después se encontraba apoyando a una célula clandestina dirigida por Jesús Rodríguez Recalde, conocido como Coquito, que vivía junto con su compañera en un local ubicado del otro lado del puente de la barra de Santa Lucía.

La célula respondía a un sector de la organización atendido por Amodio Pérez, que era el contacto con el Comité Ejecutivo.

Amodio habitaba una casa en las inmediaciones de avenida Italia y Comercio, hasta donde llegaba Coquito luego de atravesar toda la ciudad. Allí se enfrascaba, más de una vez, en discusiones cerradas con Amodio.

—¡No nos estamos entendiendo! —le confió un día a Pepe, pero la lealtad de compañero le impidió brindarle más información a Mujica.

Con el tiempo decidieron que lo mejor era trasladar el local del oeste hacia el este, y así Rodríguez Recalde y su compañera pasaron a alquilar una casa en la calle Barradas. Por cuestiones de distancia, a Mujica se le complicó seguir trabajando con fluidez en apoyo de esta célula. Y aunque trataba de mantenerse en la acción, en ciertos momentos perdía el «contacto».

Hasta que una tarde, ya varios meses después de la creación formal del MLN, dio con un viejo compañero del coordinador y de los primeros integrantes de la dirección del movimiento tupamaro, que ahora operaba en la base: Tabaré Rivero Cedrés, cuyo nombre de guerrillero o «yuto» —según la jerga tupamara— ahora era Ismael, como

el del libro de Eduardo Acevedo Díaz.

Rivero Cedrés también había tenido problemas con Amodio Pérez: lo acusó de deshonesto ante la falta de dinero en el grupo que compartían. Luego, la compañera del recriminado, Alicia Rey, denunció a Rivero Cedrés por acoso sexual.

—Ya saben por qué está pasando esto ¿no? —dijo Rivero Cedrés en reunión de dirección.

—Es muy difícil la situación —respondió Huidobro.

—¡Si me tienen que dar de baja, háganlo nomás! —repuso Rivero Cedrés—. Pero aviso desde ya que esta pareja va a dar problemas…

Sendic y Huidobro decidieron que pasara a trabajar en la base.

Ahora Ismael, con parte del grupo proveniente del Partido Socialista, y junto con Baxter, Nell, Cataldo, que se movían con extraordinaria soltura en el mundo «clande» uruguayo, estaban por realizar una acción de «expropiación» en la zona del Paso de la Arena. Fue cuando se encontró a Mujica. Lo vio llegar con su camioncito cargado de flores.

—¿Cómo que no tenés contacto? —le preguntó Ismael.

—No, me quedé un poco tirao —sostuvo Pepe.

—¡Ya mismo lo arreglamos!

—El Flaco David tampoco —apuntó Mujica.

—¿Tampoco? ¡El Flaco también, entonces! —con un guiño, Ismael desapareció por una calle lateral.

Al otro día, Mujica concurrió junto con su amigo del Cerro al «contacto» en una zona de la costa montevideana. Así era la forma dispuesta por la organización para el reclutamiento: se le aproximó Marenales, que ahora tenía el alias de Timoteo.

Todo quedó arreglado en cuestión de minutos. Pepe y David pasaron a conformar una célula del MLN.

El Flaco llegó un día con una muchacha, recomendada por «allegados» al movimiento, a fin de que se sumara a la célula. Se llamaba Jessie Macchi y era muy joven.

—¿Me estás jodiendo? —Pepe se espantó ante su amigo al conocer ciertos datos de la «enviada». Había estudiado en el Instituto Crandon, era hija de un coronel y secretaria de un gerente estadounidense de la empresa Alcan Aluminio del Uruguay.

—A mí tampoco me cierra —repuso David.

Le pusieron pruebas de todo tipo: cometían operaciones menores —alguna expropiación de autos, pequeños «achaques» de muy poca monta— previendo un eventual final en la cárcel y luego sondeaban el ambiente para saber si la policía los estaba siguiendo.

—¡Cómo mete esta gurisa! —debió admitir Pepe al verla en acción.

—¡Qué misterio! —el Flaco se rascaba la cabeza.

Las dudas se les terminaron de disipar cuando averiguaron que Jessie era hermana de la esposa de Germán *Pato* Vidal, el viejo compañero del MIR, ahora también tupamaro.

—¡Los misteriosos éramos nosotros! —concluyó Pepe y rieron con David.

Mujica había ingresado de manera formal en la lucha armada que comenzaba a llevarse a cabo tras el convencimiento de que no se vislumbraba otro camino para enfrentar la crisis nacional, la opresión ejercida por la clase dominante, oligarca y corrupta, sobre la clase trabajadora, y la amenazante situación reflejada en los países vecinos, que acrecentaba las posibilidades de una invasión extranjera al modo estadounidense, apenas se desarrollara la resistencia de la nueva organización.

Pepe se mostraba de acuerdo con que la guerrilla fuera urbana, por las condiciones geográficas que presentaba el país. Esto ya lo había conversado con Torres, su compañero del MIR, ahora también tupamaro, quien aportó varias de estas tesis que el nuevo movimiento hizo suyas. Coincidían en que en la izquierda tradicional no podían buscarse las respuestas para la coyuntura del país, pues para ellos era «reformista» y no revolucionaria.

A Pepe, que por entonces celebraba la creación formal de la Central Nacional de Trabajadores (CNT) por la que también él había peleado, le gustaban mucho las formas mancomunadas de lucha y trabajo, y le caía muy bien lo de la autogestión, tanto para la organización como para la vida.

Recordaba aquellos viejos papeles anarquistas que había leído de adolescente y apoyaba esa idea de ayuda mutua, solidaria. Incluso como mecanismo de financiación de las células…

David terminaba de cargar el camioncito de flores, mientras Mujica tomaba el volante.

El Flaco saltó luego a la caja para mimetizarse con los pétalos: llevaba una especie de camisa hawaiana.

—¡Por la liberación nacional! —exclamó Pepe.

—¡Fenómeno! —David se acomodó entre los claveles.

—¡Por la construcción de una patria socialista! —siguió Pepe.

—¡Bárbaro! —apoyó el Flaco—. ¡Pero arrancá que nos van a ver, chambón!

—¡Dale Pepe, que ya está! —Jessie se había sentado a su lado, en la cabina del camión.

—Sí, sí…

—¡Arrancá tarado, qué me mirás! —ella sonrió—. ¿Nunca viste una mujer de

minifalda?

—Como vos, ninguna…

Con su mueca vívida en la cara, se tomó un instante para mirarla a los ojos. Jessie mantuvo el reto hasta que pestañeó y miró hacia delante, a través del parabrisas.

—No hay caso —suspiró entonces sin perder la sonrisa—, los hombres son todos iguales…

—¿Quién te dice? —Pepe le acercó la palabra al oído—. Capaz que conmigo te llevás una sorpresa…

—¡Sorpresa nos va a dar la cana, si no nos vamos!

—¡Arrancá, pelotudo! —escuchó desde afuera.

Entonces destrabó el freno y dejó ir el camión por la bajada, hasta que al final de la pendiente encendió el motor, lo único que le quedaba por encender…

Las flores robadas de algunos invernaderos o siembras abiertas que Pepe bien conocía le proporcionaron algo de dinero a la célula. Con la plata de los ramos vendidos, compraron un revólver, como para empezar…

Unos meses después, Pepe andaba siempre con una flor a mano para Jessie. Ella la aceptaba de vez en cuando, si estaba de ánimo para cortesías de ese tipo. De lo contrario, recurría a la ironía:

—¡Solo a mí se me ocurre hacer la revolución con un florista!

Era una mujer de fuerte carácter, decidida, comprometida con la causa, que aun en las situaciones más tensas y arriesgadas del mundo revolucionario, no dejaba de ser sensual y cautivadora a los ojos de Pepe. A los de Pepe y a los de todos los revolucionarios que la conocían o querían conocerla.

La relación amorosa entre estos dos compañeros de célula se volvió intensa, tanto más cuanto más adrenalina corría por su sangre, y fue mucha la que corrió a partir de la última semana de 1966.

17

Congoja, quiebre y reorganización

El núcleo más fuerte de los tupamaros había «expropiado» ese año unos cinco mil dólares de la sucursal Uruguaya del Banco La Caja Obrera y algo más de siete mil de la sucursal Paso de la Arena del Banco Popular. El MLN también sustrajo unos diez fusiles Mauser con bayonetas —además de dieciocho uniformes militares, que luego fueron devueltos por no ser iguales a los de las Fuerzas Armadas uruguayas— de una carpa en la que se ponía en escena una obra de Mauricio Rosencof, escritor, guionista, director teatral y exmilitante comunista que había afianzado lazos con Sendic luego de viajar al campamento de UTAA para escribir un artículo periodístico que terminó en libro: *La rebelión de los cañeros*. Algunos guerrilleros habían lanzado artefactos explosivos —de una magnitud moderada, que no buscaba matar sino causar efectos propagandísticos— en varias empresas multinacionales, en la casa del coronel Aguerrondo y de otros represores con cargos en el gobierno.

La noche de la elección nacional, el 27 de noviembre, aprovechando la distracción de las fuerzas de seguridad a cargo de la custodia del acto cívico, los tupamaros lograron desvalijar la Armería El Cazador, en pleno centro de Montevideo: diez bultos que contenían unas veinte armas largas —rifles y escopetas—, casi cincuenta revólveres, cerca de diez mil municiones, decenas de balizas, faroles, linternas y más de quince uniformes policiales se escurrieron en la madrugada del domingo.

Pepe se regocijó leyendo los diarios tras la gran acción del MLN, lo que matizaba su bronca por el resultado electoral: había ganado la Presidencia de la República el general Oscar Gestido, candidato del Partido Colorado —el vicepresidente electo era Jorge Pacheco Areco—, como complemento de la aprobación ese mismo día, y por un 75% de los votos, de la llamada «reforma naranja» que no solo terminaba con la forma colegiada de gobierno para volver al sistema presidencialista, sino que le otorgaba al presidente una suerte de peligrosos superpoderes.

—Un golpe de Estado a la uruguaya —comentó Huidobro al ir saliendo del tallercito de la calle José L. Terra, en cuyo balcón flameaba la bandera de la centro-derechista Unión Cívica.

—Golpe fue el de allá —se lamentó Baxter, otro de los artífices del robo a la armería, preocupado por la suerte de su país.

Se estaban cumpliendo seis meses del derrocamiento del presidente Arturo Illia, quien había decidido revocar la proscripción de Perón, y terminó cayendo en manos

de las Fuerzas Armadas argentinas, que designaron dictador al excomandante en jefe del Ejército, Juan Carlos Onganía.

—Acá somos más retorcidos para los golpes —afirmó Huidobro.

—Elegantes.

—Sí —repuso Huidobro—, nos encantan los golpes de alta costura.

El fin de año de 1966 los tupamaros no tenían nada que celebrar. Era difícil superar la congoja. Pepe asistió a una reunión clandestina donde logró enterarse de todos los detalles que desencadenaron la tragedia.

Antes de ponerse a la orden para apoyar en lo que fuese necesario, escuchó en silencio cómo habían sucedido los hechos:

El 14 de diciembre los tupamaros se robaron una camioneta Chevrolet, celeste, con caja cerrada, del jardín de una casona ubicada en Yaguaneses y la rambla de Punta Gorda, mientras los dueños disfrutaban de un asado en el fondo. La llevaron al tallercito de José L. Terra, para acondicionarla. Por entonces había mucho trabajo en el local de camuflaje. Se le hicieron algunos retoques —como el cambio de careta— para disfrazarla con rapidez y se preocuparon de blindar la puerta trasera con hormigón. El encargado del taller, sin embargo, no había quedado convencido de la efectividad de las modificaciones —con más tiempo los cambios hubieran sido otros — y sobre todo se lamentó de que sus compañeros debieran llevarse la camioneta el jueves 22, aun cuando el hormigón de blindaje no había fraguado: «no está sólido», comentó. Pero la economía del MLN venía de mal en peor y había que usar el vehículo en un operativo de finanzas: el pago de salarios y aguinaldos de Funsa, cuyos trabajadores tenían un «sindicato fuerte» que, según analizaron los tupamaros, les permitiría reclamar y cobrar sus haberes, aunque la empresa hubiera sido objeto de una «expropiación».

La camioneta servía de apoyo en la operación —con cinco hombres dentro—, junto con otra muy bien camuflada, en la que iban dos tupamaros. También actuaban en el plan un auto legal, una moto, un grupo concentrado en un local estratégico…

Cuando se dirigía hacia su puesto de espera —de acuerdo con el plan—, la camioneta fue identificada por uno de los invitados a aquel asado en Punta Gorda, que avisó de inmediato a la policía.

—¡Guarda, que se armó lío! —advirtió uno de los tupamaros que iba en el asiento delantero al resto de sus compañeros. Circulaban por Propios hacia el norte, rumbo a la rotonda que hay en General Flores. Allí un patrullero, con las puertas abiertas, se había atravesado en el camino:

—¡Alto! —gritó el policía.

Y la camioneta acelera de frente, esquiva la patrulla por la izquierda, a contramano, para tomar la avenida General Flores hacia el centro. Gira hacia la derecha en bulevar Artigas, ya con el patrullero detrás, al que los tupamaros arrojan

granadas de baja intensidad, pero capaz de hacer daño si dan en el objetivo, lo que no consiguen. La otra camioneta y la moto de los revolucionarios comienzan a perseguir al patrullero. Una caravana avanza a los balazos cruzados por bulevar Artigas. Ya van once cuadras de alto voltaje —los tupamaros usan pistolas Mauser 7.63 y una Uzi 9 milímetros— cuando la camioneta perseguida pega un giro de volante hacia la izquierda —queda en dos ruedas— por la calle Enrique García Peña, y de nuevo a la izquierda en la esquina de Antonio Machado. Veloz, sigue una cuadra hasta la avenida Burgues, donde se divisa un baldío que se comunica por los fondos con la calle Ramón Márquez.

—¡Ahí, ahí! —la idea era huir a las corridas.

Un frenazo. Algunos tupamaros saltan de la caja. La careta de la camioneta queda contra el tronco de uno de los plátanos que se elevan en las veredas de Burgues.

—¡Yo los cubro!

—¡Y yo!

Varios guerrilleros corren por el campo y huyen por los fondos. Carlos Flores y el argentino Nell Tacchi son los que se quedan resistiendo los balazos para permitir el escape.

Llegan patrullas de refuerzo y el combate se vuelve desparejo.

Como en una invasión de langostas de plomo, viajan rectas y mortales las municiones de los policías. Una lleva un destino preciso, y da en la cabeza de Flores, que cae sin remedio. Una lágrima caliente y roja brota desde el agujero que tiene en la frente y recorre en el último aliento la piel lisa de su mejilla, hasta detenerse, para siempre.

El primer tupamaro muerto en combate, ese jueves 22 de diciembre de 1966, tenía veintitrés años, era casado y padre de tres niños.

Nell logró huir.

Paró una moto enseñando su Uzi. Se hizo llevar rumbo al centro. Al bajarse, subió a un taxi y pidió ir hasta la playa Pocitos, donde se quitó la ropa y se tiró en la arena como si le importara broncearse: logró enterrar la Uzi y se quedó horizontal, mirando al sol, transpirando la muerte de un compañero. Unas horas después llegó al apartamento de Arrascaeta y Rivera, el mismo en el que había vivido Setelich con Sendic hasta poco después del asalto del Banco de Cobranzas en la planta baja. El apartamento pasó a ser —lo fue por pocas horas más— centro del grupo argentino y de la malograda e infausta operación de los tupamaros, que ahora se abrazaban y lloraban en silencio.

La policía allana la casa de Flores, en La Teja, y encuentra diez armas cortas y documentación del MLN. Cae la Base Pinela y el local de la calle José L. Terra:

descubren explosivos, armamento y mapas de la red de cloacas montevideana que los guerrilleros vienen estudiando como posibles caminos para movimientos seguros y eventuales escapes por medios subterráneos. Detienen personas en las oficinas del diario *Época*, medio que difunde las opiniones de los grupos revolucionarios y sirve de base de reuniones a los tupamaros. Los apresados en estos lugares son torturados en la Jefatura de Policía de Montevideo.

Y en la madrugada del 27 de diciembre, las patrullas llegan hasta la chacra del Sauce, donde los guerrilleros mantienen un local rural bajo la cobertura de un criadero de pollos.

El encargado del lugar era el tupamaro Mario Robaina, quien había vuelto a la chacra luego de cuatro días de alejamiento, pues le pareció que la policía no había dado con ese escondite, y pensó que varios de sus compañeros ocultos a salto de mata podrían llegar hasta allí para refugiarse.

El jefe de Radio Patrulla, Antonio Silveira Regalado, entró al rancho pateando la puerta y a punta de pistola, pero su arma se quedó encasquillada luego del primer tiro. En la noche, desde afuera, y a través de la pared de lata, el comisario Justo Rodríguez Moroy comenzó a disparar.

Robaina resultó herido de gravedad y decidió pegarse un tiro en la sien.

Murió también Silveira Regalado.

El fallecimiento del policía fue adjudicado de inmediato a los tupamaros. Pero a la cúpula del MLN había llegado información anónima que contradecía esa versión. Pepe se enteró de ello en la reunión clandestina. Tanto él como el resto de los congregados ignoraban, sin embargo, quién había suministrado aquel dato sobre las balas que mataron al jefe de Radio Patrulla.

No muy lejos de donde estaban reunidos los tupamaros, otros individuos también hablaban del tema, pero en inglés.

El agente de la CIA, Manuel Hevia Cosculluela —un cubano que trabajaba en la estación de los servicios secretos estadounidenses en Montevideo—, sabía explotar sus contactos en la Jefatura de Policía.

—¿Tú te crees eso que dice el diario? —le preguntó a uno de sus colegas espías.

—¿Tú tienes otra información?

—Silveira Regalado murió por los tiros alocados de Rodríguez Moroy —afirmó Hevia.

El cubano también sabía otros pormenores, que no comentó con el yanqui.

Aquella madrugada funesta había sido detenido en la chacra el tupamaro Wilson José González Rodríguez, que se sumó a la lista de capturados por la policía en esos días.

Dos de los aprehendidos —a quienes la policía atribuía mayores conocimientos de los hechos vinculados al escondite del Sauce— no solo debieron soportar la tortura

habitual en la Jefatura, sino que fueron dispuestos contra un paredón.

El dedo apretó el gatillo, pero del arma policial no salió el disparo.

—¿Se te encasquilló? —se burló un oficial—. ¡Ja, ja, ja!

El juez José Pedro Púrpura se encontraba en el lugar.

En la oficina del primer piso de la Jefatura, el nuevo «asesor de investigaciones» de «la Misión», William Cantrell, tomaba notas, clasificaba policías —destacaba a los habilidosos y a los bien dispuestos para ejercer la tortura— y realizaba diagramas: comenzaba a esbozar el «nuevo equipo de Inteligencia uruguayo» bajo tutela de la CIA.

El oficial norteamericano había sido militar destacado en Alemania y Liberia, agente secreto del gobierno estadounidense y, como tal, guardaespaldas del asesinado John F. Kennedy.

Ahora Cantrell se inmiscuía como miembro de la CIA en los procedimientos policiales, y buscaba imponer sus planes de *razzias* y peinadas masivas para detener subversivos. Andaba en la calle como un oficial uruguayo más: le gustaba la acción.

El pedido de captura para —entre otros— la mayoría de los principales dirigentes tupamaros, y el necesario ocultamiento de otros revolucionarios que corrían peligro de ser detenidos, intensificó el trabajo de la célula de Pepe en la búsqueda de locales para cobijar a los clandestinos. Mujica, Jessie y David servían también de correo entre quienes se encontraban perseguidos y el mundo más allá de los muros del escondite.

Los diarios publicaban los nombres de los «sediciosos» requeridos: Rivero Cedrés, Marenales, Manera, Heraclio Jesús Rodríguez Recalde, Gabino Falero, Omar Díaz Calderón, María Elsa Garreiro, entre otras personas que pertenecían o estaban vinculadas a la organización. Los integrantes del grupo de «los porteños», aunque no todos eran bonaerenses, también estaban siendo buscados: Nell, Baxter, Jorge Andrés *el Pata* Cataldo, Ruben Daniel Rodríguez Primon y Patricio Errecalde, que habían abandonado el apartamento de la calle Arrascaeta antes de que fuera allanado y la policía se incautara de armas, siluetas para practicar tiro al blanco y manuales de guerrilla.

El primero en salir del país fue Baxter, hacia Cuba; luego otros.

Nell Tacchi, primer jefe de Milicias del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, y Jorge Eduardo Rulli —integrante de los primeros Comandos de la Resistencia por el regreso de Perón, fundador del Ejército Peronista de Liberación Nacional y luego miembro del Movimiento Revolucionario Peronista, creado en agosto de 1964— se quedaron en Montevideo como contactos de las fuerzas revolucionarias entre Uruguay y Argentina. Ambos compartían la idea de que «nadie que se diga marxista puede estar fuera del peronismo». Pero ahora, marxismo también significaba para ellos apoyar la lucha tupamara en Uruguay, como otros

argentinos lo hacían desde el exterior, de la manera que podían. La ayuda de algún otro guerrillero peronista también buscó llegar desde el otro lado del estuario. El primer intento resultó fallido: el argentino Silvio Halperin fue detenido en el aeropuerto de Carrasco cuando pretendía ingresar con una metralleta PAM, dos cargadores y municiones de diverso calibre.

Como paradoja, Sendic, clandestino desde 1963, terminó dando cobertura en el rancho de paja y madera al que se fue a vivir con Violeta en Solymar, dos cuadras al norte del kilómetro 23 de la Ruta interbalnearia, levantado en la espesura del monte, a los fondos de otra casa, lejos de la mirada de los curiosos.

—¡Bienvenidos a la cabaña! —los recibió Sendic. El rancho, que había tenido el orgullo de construir sobre cuatro palos enclavados en la arena, parecía irse a pique en cualquier momento.

El ingeniero Manera lo estudiaba de un ángulo y del otro mientras fumaba su pipa, pues no encontraba el porqué científico de que aquella edificación, más inclinada que la torre de Pisa, se mantuviera en pie. Para dejarlos tranquilos, Sendic, alias Rufo, la ató a un árbol con un alambre.

—¡Un espectáculo! —sentenció frotándose las manos.

Pero no todos podían alojarse allí, eran muchos los que corrían peligro —otros estaban hacinados en un sótano de la calle Gonzalo Ramírez— y debían ser distribuidos en diversas casas.

Pepe fue uno de los que más se movió para conseguir lugares adecuados y en pocos días una gran red solidaria estaba a disposición de los buscados.

Si bien la Federación Anarquista apoyó a los perseguidos desde un principio, sin condiciones de ningún tipo, poca fue la ayuda que se recibió en forma orgánica del Partido Socialista, que solo ofreció refugio para los que aún estaban afiliados a esa colectividad política. El MRO miró para otro lado. El MIR no podía hacer mucho, pues también era una organización que empezaba a ser perseguida: allanaban sus locales y las casas de los militantes. Pepe saludó la actitud de algunos de sus excompañeros que de todas maneras dieron una buena mano en forma personal, hasta que pudieron. Algunos cayeron presos y junto con los tupamaros —y con otros de organizaciones políticas pequeñas contra las que no había pruebas de ningún tipo— terminaron bajo los choques eléctricos de la picana, en Jefatura o en Radio Patrulla, y enchalecados, atados y colgados de los brazos, durante días, en las alturas de la Seccional 12.

—¡Vas a confesar o te quedás a vivir ahí!

Desde el techo un escupitajo pegó justo en el uniforme azul recién planchado.

La tortura se intensificó. «Pero te lo llevaste puesto», murmuró el atormentado.

Además de la ayuda anarquista, lo que resultó fundamental para ocultar a los tupamaros clandestinos fue la solidaridad del Partido Comunista.

Pero muchas casas abrieron sus puertas, muchos autos trasladaban gente requerida, algunos de los benefactores ni siquiera tenían vinculación con partidos ni movimientos políticos. Una masa de simpatía hacia los tupamaros estaba naciendo…

—¿Será por lo de Manzanares? —se preguntó Macchi.

—Es porque el país está como el traste —respondió el Flaco David.

—Hay gente que se está arriesgando por pura gente, nomás —dijo Mujica—. El Uruguay es algo especial, será jodido para muchas cosas, pero…

Y entonces Pepe recordó la voz del Maestro, con sus lentes de grueso vidrio y su boquilla elegante, echando humo entre las palabras sabias que ahora volvían desde aquel café frente a la Universidad:

—¡Pero ese es nuestro país! —sentenció Mujica.

Ante la represión y las torturas, varias organizaciones políticas y sociales crearon el Comité Nacional de Defensa de los Derechos Individuales y las Libertades Públicas, que condenó en forma reiterada las atrocidades del gobierno y sobre todo la creación —a pedido de Alberto Heber en reunión con mandos de las Fuerzas Armadas y de la Policía— de un Comando Represivo. Esa era una de las medidas que, según palabras del ministro de Defensa, general Pablo Moratorio, era necesario adoptar porque «*debe terminarse de una vez por todas con los excesos de libertad que existen en el país*…».

Mujica estuvo en fluido contacto con Erro en estos tiempos, que además de brindar una mano para ayudar a los «muchachos presos», debía preocuparse de la suerte de los refugiados brasileños que había en Uruguay —y que él siempre apoyó— porque también estaban siendo objeto de represión.

Erro había perdido la banca en las elecciones de 1966: rehusó ser candidato a la Presidencia por el Partido Nacional, pues se lo ofrecieron varios nacionalistas arrepentidos de aquella expulsión a uno de los dirigentes más apreciados por Herrera. Y se presentó a los comicios con la Unión Popular —ya sin alianza con los socialistas —, pero no obtuvo los votos suficientes para quedarse en el Parlamento.

—¡Hay cosas que no entiendo! —le dijo Mujica—. El Uruguay se pierde a un gran legislador…

—Tranquilo, Pepe, tranquilo —Erro siempre sereno en estos casos—. De alguna manera vamos a salir, ya vas a ver…

Y salió a vender libros. Creó un sello editorial para poder sobrevivir, porque se negó a percibir una jubilación privilegiada como parlamentario.

—¡Lo tuyo es un ejemplo, don Enrique! —le reconoció Pepe.

—¿Y lo tuyo? —Erro le hizo un guiño.

—¿Lo mío? —Pepe sonrió—. Bien, normal…

Erro no mascaba vidrio, y nunca había creído aquella historia del «delincuente común» que quiso robar a un contador de Sudamtex. Pero guardó un prudente silencio…

A principios de 1967 varios revolucionarios se escondieron en casas de familia,

en Montevideo y en el interior del país. Y un núcleo de dirigentes de relevancia dentro de la organización se alojó en una casa que había conseguido el excomunista, periodista y dramaturgo Mauricio Rosencof. Era una residencia amplia que sirvió durante mucho tiempo para el esparcimiento del mundo de los artistas al que estaba vinculado Rosencof, quien por otro lado ya era un cuadro activo del MLN, desde que había hecho el contacto de estilo con el tupamaro Andrés Cultelli.

La organización estaba desbaratada en cuanto a locales, armamento, con revolucionarios presos. Pero en el «Apartamento 1», que así le llamaban a aquella casa del parque Batlle, en las inmediaciones de Rivera y Soca, un grupo de cerca de veinte tupamaros comenzaron a reconstruir la lucha: fueron intensos los debates, la convivencia solidificó el equipo, hubo autocrítica, se adoptaron resoluciones y se planificó una larga lucha revolucionaria político-militar, mediante el uso de las armas, con una concepción de liberación nacional, como uno de los focos de la liberación continental y latinoamericanista.

Hasta las cercanías de aquella residencia llegó una noche un cañero, agotado por el viaje, convencido de su misión. Había recorrido más de seiscientos kilómetros para entregar una humilde colecta organizada por los peludos de UTAA, que también estaban siendo reprimidos, detenidos y torturados por la policía. Aun así, llegaba el apoyo para los tupamaros clandestinos.

—No es mucho, pero…

—¡Juancito, hermano! —a Sendic se le nublaron los ojos—. Esto es mucho más que plata: ¡acá está la fuerza solidaria de los compañeros! ¡Los peludos están con nosotros!

—¡Siempre, Raúl! —apuntó entonces Bentín—. Aquí estoy para lo que sea…

La primera misión del cañero fue verificar si el rancho de Sendic en Solymar estaba siendo vigilado por la policía. Durante días se la pasó merodeando, pero parecía estar a salvo.

Los tupamaros que se reorganizaban —con la elaboración de planes diversos, documentos teóricos para la acción, formación de columnas guerrilleras, construcción de nuevos locales— celebraron aquel dato aportado por el cañero. Y pronto realizaron viajes clandestinos hasta el rancho al que lo nombraron local número «Uno».

De paja y palo —y lo que estuviera a mano— se fueron construyendo otras guaridas entre los montes de la zona circundante a Montevideo, locales a los que comenzaron a bautizar con el número Dos, el Tres… El Cuatro ya fue una casa alquilada, pequeña pero coqueta, cerca del rancho de Sendic, donde pasaron a refugiarse Fernández Huidobro y su compañera, aquella dueña del disco de

Rodríguez Castillo, con la que caminaba de la mano cantando el «Cielito de los tupamaros», y que se había mantenido oculta en el sótano de Gonzalo Ramírez. Su nombre, Graciela Jorge, quien fue creciendo en compromiso, como otras mujeres y otros hombres de la organización, con cada paso que iba dando el movimiento desde que funcionaba como coordinador.

Esta evolución fue también la que vivió Pepe, un militante legal pero indiscutible como tupamaro, que entre su labor en la célula y su trabajo de florista fue profundizando sus conocimientos sobre teoría de la lucha armada en diversas partes del mundo:

La Guerra de Argelia y sus formas de combate para obtener la liberación de Francia en 1962, mediante una lectura meticulosa del libro del ecuatoriano Carlos Aguirre, *Argelia, Año 8. Crónica de una larga lucha*, publicado en 1963.

La lucha armada en los años cuarenta de la organización paramilitar sionista Irgún, encabezada por Menachem Begin, contra las fuerzas de ocupación británica en Palestina, que lo trataban de grupo terrorista.

La Guerra de Chipre al mando del general Georgios Grivas, que aplicaba la guerra de guerrillas para evitar la anexión de la pequeña isla al Estado de Grecia. El chipriota, que se había ido de joven a estudiar a Atenas, acumuló primitivos aprendizajes combatiendo con el ejército griego —al ser enviado al Asia Menor— en los años veinte, cuando observaba cómo los turcos invadidos lograban causar mucho daño a la avanzada colonialista, atacando en pequeños grupos y golpeando en diversos puntos estratégicos, incluso detrás de las líneas del invasor. Grivas tomaría ese ejemplo para luchar como líder de la organización EOKA —pocos guerrilleros divididos en células— contra el gobierno chipriota-británico, a fines de los años cincuenta. Ejecutaba acciones permanentes, en el lugar menos esperado, por sorpresa, más de una a la vez, que provocaban confusión y cierta desesperación en el ortodoxo ejército de Gran Bretaña desplegado en Chipre, acostumbrado a la guerra de frentes y no a la caótica —aunque bien planificada— guerrilla urbana propuesta por Grivas, que no tenía el propósito de derrotar a las fuerzas opositoras sino lograr su desgaste, su desmoralización, mediante el uso «político» de sus acciones militares, que fueron conquistando la simpatía y el apoyo de cierta masa originaria de la isla y obligaron a una transacción diplomática internacional.

—Este tipo era un genio —dijo Mujica hablando en un encuentro con Huidobro.

—Lo logró en una isla más chica que Paysandú —acotó su compañero.

Ambos habían leído sobre Grivas y su estrategia, pero también respecto de las guerrillas en Indochina, Irlanda, Israel, Filipinas, Malasia, Argelia, Grecia, y profundizado sobre lo de China —*El arte de la guerra* de Sun Tzu, y la guerra de guerrillas en las áreas urbanas—, Cuba y otros movimientos revolucionarios latinoamericanos. Todo esto lo podían encontrar en *La Guerra de la pulga. Guerrilla y contraguerrilla*, obra escrita en 1965 por el periodista norteamericano Robert Taber, y cuya versión llegó a manos de los tupamaros.

Aunque también releyeron a Marx, y al Che Guevara, quien en el contexto de liberación en toda América latina se había ido a combatir a Bolivia con la idea de crear un nuevo foco revolucionario en el continente. Para sorpresa de los tupamaros, hubo una invitación de parte del secretario general del Partido Comunista de Uruguay, Rodney Arismendi, a fin de que los guerrilleros uruguayos —a quienes se creía diezmados en su intento armado local— se trasladaran a la selva para combatir junto con el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia.

Así como el Che invitaba a los obreros y campesinos de aquel país, pareció extenderse aquella propuesta: «*las guerrillas del ELN te esperan con los brazos abiertos*».

—Este nos quiere mandar a pegar tiros a otra parte…

—¡Linda manera de sacarnos del medio!

De ese tenor eran los comentarios de los tupamaros tras la reunión, pero de todas maneras discutieron el asunto, y la dirección decidió que el MLN-T debía preparar la «situación revolucionaria» de la que hablaba el Che, pero en Uruguay. Sin embargo, dejaron en libertad de acción a quien quisiera emprender el viaje —al menos uno se disponía a salir hacia la selva—, compañero al que le darían «todo el apoyo» al alcance del movimiento.

Pepe reflexionó sobre este aspecto y entendió que su lucha estaba en el país, aunque lo uniera al Che el mismo objetivo de liberación. Se quedó con una frase del «revolucionario de patria grande», que se proponía cumplir: «*Donde quiera que esté un proletario, tiene la obligación de luchar en la medida de sus fuerzas contra el enemigo común*».

Con la instalación del local número Cinco, una hermosa casa alquilada en la calle Río de Janeiro y la Rambla de Lagomar —Nell se vistió con su mejor pinta porteña para negociar como funcionario de Naciones Unidas ante el arrendador portugués—, donde se pensaba montar un laboratorio para la falsificación de documentos, se completaban las bases de una reorganización estructural y logística en la zona este, muy cerca de Montevideo. Y comenzaba la misma tarea pero del lado oeste de la capital, dominios del florista y tupamaro «legal» Mujica.

Un terreno más bien chico, del otro lado del puente sobre el río Santa Lucía —que divide Montevideo del departamento de San José— pasó a ser el Seis, destinado a un taller de radiocomunicaciones. El Siete sí era de grandes dimensiones —tres hectáreas—, tenía un rancho amplio venido a menos y se ubicaba del lado montevideano, en Rincón del Cerro, cerca de Pajas Blancas.

Pero las investigaciones policiales ganaban información con base en *razzias* y tortura de militantes que se iban sumando para apoyar a la organización. Así, un mal día —quizá bueno, si se considera que no hubo detenidos—, los tupamaros obtuvieron una información certera: sus locales del este estaban a punto de caer, y

debieron desalojar a las corridas. Todos pasaron a concentrarse en la chacra de Rincón del Cerro —el Siete—, y luego de un tiempo algunos pocos volvieron al Dos, único local del este que parecía a salvo.

—¡Tanto trabajo, para esto! —se quejaba Huidobro.

—¡A jodernos, por no ser más inteligentes! —refunfuñaba Marenales con la sartén por el mango mientras la granulada harina de maíz se quejaba en el aceite hirviendo.

La dirección del MLN decidió unos días después cambiar el tono de la política que estaban empleando para crecer. Si bien se mantendría la búsqueda y apertura de locales y su aprovisionamiento para la guerrilla, se asumiría una actitud más agresiva desde el punto de vista de la conquista de apoyo político, no aún en las masas sino entre los acotados sectores que se consideraban cercanos luego del gran golpe de diciembre de 1966. Y también, poniendo el acento en la acumulación de capacidad operativa para volver a la acción, en forma renovada, con aprendizajes de los errores, que de todas maneras —y los tupamaros lo sabían— se seguirían cometiendo como parte viva de la lucha.

Así se formalizó la creación de dos columnas.

La Uno, a cargo de Sendic y Huidobro, que se movería más que nada en el este, atendería el interior del país, los contactos políticos y sindicales, aunque también debería desarrollar infraestructura técnica.

La Dos, dirigida por Manera y Marenales, desde la zona oeste, que se especializaría en cuestiones técnicas y buscaría lograr con premura capacidad operativa, por lo que contaría con los militantes más aptos para esas tareas.

Ambas columnas tendrían vasta autonomía, mantendrían información compartimentada —incluso habría información que no podría circular entre una y otra— y buscarían crear infraestructuras operativas por separado, en función de que si una columna caía, la otra podría continuar la lucha por sí misma.

Por entonces tenía lugar en La Habana la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que pretendía coordinar los movimientos revolucionarios del continente, como una especie de internacional revolucionaria de América latina.

Grandes problemas suscitó entre los grupos de izquierda uruguayos este encuentro, sobre todo respecto a quiénes participarían de la delegación. El FIDEL acaparó el Comité Nacional, y quedaron fuera de la convocatoria la FAU, el MIR, el Movimiento de Unificación Socialista Proletaria (MUSP) y el propio MLN-T. Por gestiones del chileno Salvador Allende, logró viajar a último momento el Partido Socialista, que junto con el MRO y el Movimiento Batllista 26 de Octubre —minoría en la delegación, pero plegados a la mayoría de la conferencia—, eran los únicos grupos uruguayos proclives a la lucha armada en el continente. Fue esa la decisión de

fondo que se adoptó en la conferencia.

En su discurso de cierre, Fidel Castro señalaba: «*Nadie se haga ilusiones de que se conquistará el poder pacíficamente en ningún país de este continente, nadie se haga ilusiones; y el que pretenda decirles a las masas semejante cosa, las estará engañando miserablemente. Esto no quiere decir que hay que agarrar un fusil mañana mismo, en cualquier sitio y empezar a combatir. Pero no se trata de eso, no se trata de eso. De lo que se trata es de la pugna ideológica entre los que quieren hacer la revolución y los que no quieren hacerla, es la pugna entre los que la quieren hacer y los que la quieren frenar*».

Castro criticó con dureza la actitud de países socialistas que habían prestado ayuda financiera a gobiernos imperialistas, y en especial cuestionó a la Unión Soviética. Ante estas palabras que despertaron aplausos, el líder comunista uruguayo Rodney Arismendi permaneció de pie y con los brazos cruzados.

—¡Viste esta foto! —Pepe le mostraba *Marcha* a David.

—¡Uh! Está que hierve.

La fotografía acompañaba un artículo del periodista Carlos María Gutiérrez, que luego de terminada la conferencia le hizo una entrevista a Castro.

—¡Fidel dijo que no! —contó Pepe, hojeando el semanario de los viernes.

—¿Que no qué? —el Flaco se armaba un refuerzo de mortadela.

—Que en Uruguay, lucha armada, no…

—Que se vaya a cagar —David solía ser directo—. A ver, dame ese coso…

El Flaco tomó *Marcha* y leyó cómo el revolucionario cubano, en principio, lanzaba palabras de desaliento: «*Tu país no tiene condiciones geográficas para la lucha armada* —le decía Castro a Gutiérrez—. *No tiene montañas. No hay selvas. Allí no puede desarrollarse una guerrilla*».

Pepe le pidió a su compañero que se fijara en lo de la guerrilla urbana:

—Acá dice que…

—Que «*teóricamente, eso es posible*» —completó la frase Mujica—. Pero seguí leyendo…

Y David continuó: «*Ustedes tienen en el Uruguay una masa combativa y politizada* —reconocía Castro—. *Yo creo que, visto así, ustedes poseen ciertas condiciones. Pero una insurrección armada, ahora, no duraría en tu país ni dos días. Están entre dos colosos; los hacen sándwich inmediatamente. No, en el Uruguay eso no puede hacerse*».

—¡Sándwich! ¡Ja! —desaprobó el Flaco, y le pegó una gran mordida a su pan con mortadela.

El MLN, único movimiento que había asumido la lucha armada y se encontraba clandestino en Uruguay, sentía que no podía «perder el tiempo» en esas discusiones de OLAS: necesitaba reorganizarse y esa era su preocupación fundamental. Pero al

regreso de la conferencia, proliferaron voces a favor de la lucha armada desde grupos que antes se oponían. Y eso favorecía el trabajo de los tupamaros, al poder moverse en un clima más acorde con sus intenciones…

Y las condiciones fueron más favorables cuando se intensificó la represión. La economía iba de mal en peor. Las esperanzas de la gente en el presidente Gestido se iban diluyendo. Y la CNT llamaba a paro general…

Fue en esas vueltas que Pepe se enteró de una noticia que le apretó el pecho.

—¡No! ¡No! ¡No! —Mujica apoyó los codos en la mesa y se tapó los ojos—. ¡Será posible!

Lo era: el Che Guevara había sido capturado y ejecutado en Bolivia.

El 10 de octubre la fotografía recorría el mundo: tendido en una parihuela —apoyada sobre el gris y sucio cemento de unas piletas mortuorias—, se veía al guerrillero con el torso desnudo y el rostro inerte, enseñado por un militar que le levantaba la cabeza para que las cámaras certificaran la muerte de la que tanto orgullo parecía sentir el oficial.

Había sido detenido el 8 de octubre, tras ser herido en combate. Luego el ejército boliviano lo fusiló en el pueblo La Higuera, siguiendo instrucciones de la CIA.

En la Jefatura de Policía de Montevideo, Cantrell compartía la «grata» noticia —aunque el agente yanqui tenía más datos de los que revelaba— con algunos de los policías uruguayos que estaba reclutando para formar el nuevo equipo de «Información e Inteligencia».

—Uno menos —dijo uno de los más alcahuetes que rodeaban al espía.

—Un pez grande —respondió Cantrell con su acento extranjero—. *A big fish and dead!* ¡Ja, ja, ja!

Y todos respondieron con risotadas, sin entender demasiado lo que decía el yanqui, salvo el agente Nelson Bardecio, que no perdió la oportunidad de acercarse más al jefe.

—*Congratulations, Mr. Cantrell!*

Un grupo de policías vestidos de civil —los «tiras» formados por Adolph Sáenz— llegó entonces a la oficina de Cantrell y también comentaron el hecho. Luego destacaron la nueva adquisición de autos para la tarea de investigación: trescientos Ford Falcon, y un nuevo y poderoso arsenal, todo proveniente de Estados Unidos. El gobierno hizo esta adquisición a influjo de «la Misión», que amenazó con retirar la ayuda económica al país, si como sugería el informe del director del Instituto de Enseñanza Profesional, teniente coronel Ramón Trabal, se compraban vehículos y armas a otros países. Trabal, un militar conservador y constitucionalita, entendía que diversificar las compras ayudaba a Uruguay a liberarse de ciertas presiones internacionales y a moverse con autonomía para adoptar decisiones en el campo internacional. Al teniente coronel lo cesaron en el cargo y quedó sin mando dentro

del Ejército.

El lunes 9, el gobierno de Gestido había decretado Medidas Prontas de Seguridad para combatir las acciones gremiales y así fueron detenidos en pocas horas más de cuatrocientos sindicalistas. La tortura volvió a hacer estragos en la Jefatura de Policía de Montevideo. Se censuró la salida de algunos diarios para que no informaran de los hechos, y varias audiciones políticas fueron silenciadas.

El martes 10, los militares ocuparon el Instituto de Profesores Artigas y unas doscientas personas entre docentes y estudiantes marcharon detenidas.

Ante la política que emprendía el gobierno, renunciaron los ministros de Economía y Finanzas, Amílcar Vasconcellos —en contra de los lineamientos del FMI —; de Industria y Comercio, Zelmar Michelini; de Trabajo y Seguridad Social, Enrique Véscovi; de Obras Públicas, Heraclio Ruggia; y el director de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto, Luis Faroppa.

El 11 de octubre se llevó a cabo el paro general y hubo choques con las fuerzas represivas. Luego de un buen tiempo de aporreo y tortura, el lunes 23 de octubre se levantaron las Medidas Prontas de Seguridad. Y el 6 de noviembre, la gran noticia: como parte de la política exigida por el FMI, el gobierno devaluó el dólar, de 99 a 200 pesos.

El 29 de noviembre la policía llegó por error —buscaban a dos ladrones que fugaron en una moto— a uno de los locales tupamaros reconstruidos en el este. Se produjo un tiroteo y quedaron heridos un guerrillero y un agente.

—¡Cayó un milico! —uno de los tupamaros ganaba terreno.

—¡Hay que atender a ese hombre! —dijo luego Fernández Huidobro. El policía recibió la misma atención que el revolucionario. Y salvó su vida.

El local quedó marcado, obsoleto. El repliegue volvió a ser hacia el oeste: el Siete —base de operaciones de la columna 2— parecía ser el local más seguro. Los demás estaban cayendo en manos de la policía.

A esa chacra de tres hectáreas los tupamaros comenzaron a llamarla Marquetalia, como la zona liberada por las fuerzas revolucionarias colombianas: allí entrenaban, formaban a los nuevos guerrilleros, practicaban tiro, montaron un taller de armería, un laboratorio de explosivos y otro de documentos de identidad, camuflaban vehículos, y servía de refugio a decenas de clandestinos. Era como el gran «berretín» de la organización, pues según la jerga tupamara así se denominaba todo lugar — habitación simulada, sótano, pozo, mueble de doble fondo, entre otras posibilidades — que sirviera para ocultar, de acuerdo con sus dimensiones y características, armas, documentos, provisiones, vehículos o incluso personas.

—¡Simulacro de defensa! —gritaba de pronto Marenales.

—¡La puta madre! —Huidobro iba a tomar el primer mate.

Pero todos salían hacia sus puestos y trataban de cumplir con sus órdenes preestablecidas. En general algo fallaba, para protesta de Timoteo, que muchas veces —y ganándose algo de recelo machista— ponía como ejemplo de disciplina y buena respuesta militar a María Elia Topolansky, alias la Parda, a quien confiaría la responsabilidad de dirigir la defensa del local en momentos en que él estuviera fuera de la chacra.

María Elia supo ganarse su lugar en Marquetalia: en medio de una discusión en la que sintió que los hombres la estaban relegando por el hecho de ser mujer, tomó un pedazo de carbón y se pintó unos bigotes para pedir por enésima vez la palabra. Se hizo escuchar, y le dio una lección a sus compañeros.

La Parda había pasado a la clandestinidad junto con su esposo, Leonel Martínez Platero, alias Javier, luego que su apartamento en el barrio Sur fue allanado. Ellos lograron huir en una moto, pero en el operativo fue detenido y preso el argentino Nell.

El 6 de diciembre muere de manera repentina el presidente Gestido. Los análisis de la izquierda intelectual señalan que el fallecimiento del mandatario abre las puertas, y en el peor escenario económico, político y social, a lo más reaccionario del Partido Colorado.

Asume la Presidencia de la República Jorge Pacheco Areco.

El 7 de diciembre vuelve a publicarse *Época* luego de diez meses de ausencia, por crisis económica en el medio, y política entre los grupos de la izquierda amplia, que se servía de sus páginas para su prédica, fuera esta más o menos revolucionaria. Ahora aparecen más unidos —un gran acuerdo inicial entre la FAU, el MIR, el MRO y el PS— y anuncian que el medio servirá de apoyo a los propósitos revolucionarios aprobados en la conferencia de OLAS, en La Habana.

Luego de meditarlo bien y creyendo tener la fuerza necesaria para volver a la acción —la situación del país así lo ameritaba, según sus propias conclusiones—, los tupamaros acuartelados en Marquetalia deciden romper el silencio en el que se habían sumido desde el golpe sufrido en diciembre de 1966.

Ese 7 de diciembre publican, en el primer número de *Época,* una «carta abierta» a los policías con los que se habían tiroteado el 29 de noviembre, pero los destinatarios finales eran más que esos agentes que enhoramala llegaron aquella noche al local. Entendían que la prensa de derecha había tergiversado los hechos y querían aclarar los tantos, y de paso dar la señal de que el MLN-T estaba vivo y listo para el combate:

> *Con respecto al futuro queríamos decirles: el 29 de noviembre nosotros tratamos por todos los medios de encontrar una salida a la situación antes de*

tener que tirar. Y ello fue así porque no somos delincuentes comunes; porque nuestra lucha no es contra los agentes policiales. Nuestra lucha es contra quienes utilizan las instituciones armadas y a quienes las integran para reprimir al pueblo y sostener sus privilegios. El mismo pueblo que conforma y paga dichas instituciones. Contra ellos sí, apuntan sin vacilaciones las miras de nuestras armas y apuntarán también contra quienes asuman su defensa consciente o inconscientemente.

Hemos iniciado una lucha en la que nos va la vida. Lucha que se detendrá solo con la victoria o la muerte. Y lo hemos hecho porque consideramos criminal la indiferencia ante la situación de nuestro país, o las escapatorias más o menos elegantes a la obligación de asumir responsabilidades con respecto a esta situación.

Porque tenemos profunda fe en el pueblo uruguayo, del cual hemos salido y al cual hemos visto engañar y explotar impunemente. Fe en que ese pueblo se levantará pronto junto a nosotros.

—¿Quedó muy bien, no? —comentó el Flaco David.

—A mí me gusta esta parte —repuso Pepe—: «*De ahora en adelante las cosas van a ser mucho más claras: con el pueblo o contra el pueblo. Con la patria o contra la patria. Con la revolución o contra la revolución*».

Pacheco clausuró *Época*. También *El Sol*, y proscribió a todos los grupos políticos legales que habían revelado su postura revolucionaria: FAU, MIR, MRO, PS… Allanó sus locales, detuvo y torturó a decenas de dirigentes políticos, sindicalitas, obreros, estudiantes… A los jóvenes, además, los reprimió con gases lacrimógenos, balas y apaleamiento, por quejarse de la suba del boleto.

A fines de diciembre, Sendic volvió de Cuba: había viajado invitado para relatar la experiencia tupamara, y a su vez solicitar ayuda económica y armas para los tupamaros. Los cubanos seguían sin ver las posibilidades de una guerrilla urbana. Le indicaron a Sendic que no podían colaborar con las armas solicitadas porque la Unión Soviética «no regala nada» y la economía cubana no estaba en las mejores condiciones de apostar a la guerrilla en Uruguay. Sendic volvió algo molesto, había discutido mucho con los isleños, que le proporcionaron algo de dinero al MLN, pero no mucho más. Le recomendaron unirse al Partido Comunista —esto irritó al Bebe, que se creyó en medio de una sugerencia capciosa— y aunar esfuerzos con los revolucionarios argentinos.

La noche de fin de año de 1967 se ven los clásicos fuegos artificiales en el cielo, suenan las «bombas» y otros tipos de petardos en los barrios y poblados. Esa noche lo último que deseaban los tupamaros era que algo de lo que llevaban en la caja les explotara. Salían desde el kilómetro 110 de la Ruta 9 con más de quinientos kilos de gelignita que habían extraído de la Cantera Blanca, en las afueras de Pan de Azúcar. La estrella de cinco puntas quedó pintada en la pared del polvorín y los volantes dispersos por el lugar llevaban la firma del *Comando Carlos Flores*.

El material quedó enterrado en las arenas del balneario Bella Vista hasta mejor oportunidad de trasladarlo a Marquetalia.

El 3 de enero del nuevo año, los diarios difundieron un comunicado del MLN: la población puede estar tranquila «*porque poseemos expertos en el manejo de explosivos que sabrán utilizarlos adecuadamente y, además, porque ningún hombre honesto puede temer los atentados que con ellos perpetraremos*».

Sentado entre flores, Mujica estudia ese verano el último documento interno que sintetiza la situación y proyección del MLN:

> *1. Constituimos en este momento un grupo armado conocido amplia y públicamente como tal, que podríamos decir, atraviesa una etapa intermedia entre el grupo conspirativo y la guerrilla en acción. Sin haberse lanzado en abierta lucha contra las fuerzas represivas ha procesado acciones que han concitado la prosecución de estas. Estas acciones no siempre se pueden clasificar como de «propaganda armada» para las masas. Como decíamos, sobre todo en las últimas acciones, este panorama se ha comenzado a modificar.*
>
> *2. Por las condiciones del país, por la situación del Continente, por la expectativa creada a nuestro alrededor de pasar a una etapa posterior de lucha, que en nuestro caso es la instalación del foco armado operante, al menor plazo posible.*
>
> *3. Lanzar un foco armado que pueda inscribirse en la estrategia de «crear muchos Vietnam» significa un foco de tal importancia como para absorber toda la capacidad represiva de las Fuerzas Armadas vecinas y al imperialismo. Que no pase lo que en otros focos armados que no logran este objetivo y mantienen intacta la capacidad represiva de estas fuerzas no solo para represiones tipo Santo Domingo, sino para pensar en acciones de mayor envergadura, como puede ser una invasión a Cuba.*
>
> *4. Debemos prepararnos, pues, para una guerra en gran escala, no para el atentado o el petardo. Esto significa una actividad silenciosa y paciente*

para crear los elementos materiales necesarios para sostener una lucha de gran envergadura con pertrechamiento suficiente como para soportarla largo tiempo.

5. Prepararnos para la guerra de guerrillas prolongada significa crear muchas bases para la lucha armada urbana y crear zonas para la lucha rural. Significa crear un respaldo mínimo de población para un contingente que lancemos en la ciudad o en el campo.

Significa muchos talleres que estén en condiciones de preparar armas y explosivos, no ya para la lucha de una semana sino para meses de actividad incesante, significa poner a punto un complejo sistema de comunicaciones radiales, escritas y personales, implica tener montado un servicio de propaganda y captación, pertrechamiento. Preparación de combatientes. Construir fachadas y coberturas para nuestras bases, etc. Hay todavía mucho trabajo perseverante y silencioso, para hacer que el foco armado en el Uruguay sea posible.

6. Desde luego que además del trabajo silencioso tendremos el otro, crear una base popular significa que habrá que procesar acciones que conciten la simpatía popular; pertrecharse significa que habrá que salir a veces a la luz pública en acciones. Además salir a la luz pública no dependerá solamente de nosotros: un golpe de Estado, un ataque al MLN —para no poner más que dos hipótesis— nos puede obligar a actuar antes de lo previsto. Pero en cualquier caso, siempre es la eficiencia de nuestro trabajo de hoy lo que decidirá si mañana podremos salir golpeando con éxito o no.

Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros).

Su relación amorosa se había desvanecido, él lo presintió en aquel momento crucial…

Pepe se enamoró de Jessie y durante todos esos meses que compartieron sintió el amor de su compañera. Pero hubo algo, un dolor, una bala anidada en el pecho, quizá, cómo saberlo, una herida, eso sí, una herida que estaba cicatrizando.

Ya había pasado un buen tiempo desde el día que la vio partir: ella estaba en Cuba y él se había quedado solo. Jessie había viajado a entrenarse y a explorar inciertos caminos, tal vez allá, quién sabe…

—Es muy linda Cuba —le dijo aquel día—. Yo la conocí hace algunos años, cuando apenas había triunfado la revolución…

—¡Ojalá me guste lo que vea ahora!

—Te va a gustar —la tristeza de Pepe se veía en sus ojos—. Yo sé que sí…

Un beso de despedida los fue alejando.

—Nos vemos a la vuelta —dijo ella.

—Claro, nos vemos.

—¡Cuidate mucho, Pepe!

—¡Vos también!

—Yo voy a estar bien.

—Sí, claro que sí —le sonrió Pepe.

Y se fue caminando despacio, con un cigarro amargo, y un final abierto para los dos.

Pepe seguía durmiendo varias noches en el apartamentito que Jessie tenía en Colombes y Asamblea, en el barrio Malvín: el último del corredor abierto. Y manejaba el coqueto Ford Prefect que la joven le había dejado.

El autito lo llevaba hasta el Paso de la Arena —pues no renunciaba a trabajar como florista y a veces se quedaba en su vieja casa— y también hasta Carrasco, donde mantenía el contacto con la célula de Coquito Rodríguez Recalde, en el local de la calle Barradas.

Pepe vivía ahora la separación de Jessie con serenidad, como parte natural del mundo de la lucha.

Se había cultivado en la teoría guerrillera y buscaba mejorar su entrenamiento. Se sentía capaz de volver a la acción en las instancias más riesgosas, ahora con mayor sabiduría. Estaba creciendo como hombre y como revolucionario.

Se preparaba en cuerpo, mente y espíritu, ya sea en Marquetalia, en su casa de la calle Simón Martínez o en su puesto de vendedor de flores del Cerro. Estudiaba los planes y las responsabilidades que le deparaba la renovada lucha del MLN.

Mujica estaba listo para actuar en el peor escenario…

18

Frenos engripados

La lluvia cae, copiosa, sobre todo el país en este inicio del invierno de 1968. La gente alienta la esperanza de que culminen las restricciones que ha impuesto UTE. Pero el presidente del ente energético, Ulysses Pereira Reverbel, sostiene que el agua no es suficiente para el funcionamiento normal de la represa de Rincón del Bonete.

El agua cae, sigue cayendo, más, cada vez más. Pero es insuficiente. Las familias protestan, por lo bajo, si es posible en la intimidad más absoluta.

—Este Reverbel me parece que…

—¡Shhhh! —la vecina codeó a don Mario, un viejo abnegado que vivía recordando las proezas de don Pepe Batlle, y le susurró—: ¡Lo pueden escuchar!

—¿Le parece? ¿Quién? —preguntó el viejo bajando la voz.

—No sé, pero yo que usted no hablaría de estos temas en la cola —la mujer improvisaba una sonrisa para disimular lo que parecía una conversación prohibida.

Al llegar a la ventanilla, el viejo no pudo evitar mirar de reojo al militar que custodiaba el local de UTE con el fusil cruzado sobre el pecho.

—¡Acá tiene! —dijo al cobrador y puso sobre el mostrador todo el dinero que le había dejado su hija sobre el bargueño del comedor, antes de irse a la fábrica.

Con el recibo perforado en una mano y apoyándose en el bastón de madera con la otra salió emulando al «varón del tango», Julio Sosa: «*Camouflage/ apariencias engañosas/ que no dejan ver la cosas/ como son en realidad…*».

Ha pasado un mes y medio desde la gran devaluación decretada por el gobierno, que premió las maniobras de los poderosos especuladores. Estos habían comprado billetes verdes a rolete entre el lunes 22 y el viernes 26 de abril, y lograron enriquecerse cuando el lunes 29 el dólar pasó de 200 a 250 pesos.

Esta nueva estafa social disparó hacia las nubes los precios de los productos de la canasta básica y empobreció aún más a las familias trabajadoras, que dependen de ingresos fijos. Esta «inoportuna», «apresurada», «inconveniente» y «dañosa» medida para la economía nacional —tal como lo precisó la Comisión Investigadora del Poder Legislativo— fue adoptada tras la infidencia de algunos actores del gobierno, que revelaron la noticia de la inminente devaluación en los círculos de poder económico, y es muy probable que se beneficiaran ellos mismos de aquel dato trascendente. El hombre al que apuntaron todas las miradas acusadoras era considerado un aliado de Pacheco, tenía cuarenta años, fue diputado a los treinta y uno, candidato presidencial en 1966, derrotado por Gestido dentro del Partido Colorado. Provenía de una familia política de larga data: su nombre, Jorge Batlle, hijo de «Luisito», el que era vecino de Mujica.

—La infidencia de Jorgito, tu amigo del barrio, Pepe —lo pinchaba Marenales.

—¡No me jodas! —respondía Mujica—. Que todavía me tengo que aguantar a algunas viejas que me compran flores hablando bien de él, solo porque es un Batlle…

La inflación de 1967 había sido de 136%. El salario real bajó entre 25 y 40% en los últimos diez años. Y seguía en descenso, precipitado.

En junio el boleto común subió de 12 a 16 pesos, pero este se podía usar dentro de una zona restringida: norte, centro, sur. Un pasajero debería pagar 22 pesos si se le ocurría, por ejemplo, ir desde el barrio norteño Sayago hasta el Buceo, en el sur, porque atravesaría tres zonas.

El litro de leche pasó de 22 a 34,50 pesos. El litro de aceite de girasol suelto tendría que costar 70 pesos, pero no se conseguía porque las aceiteras solo expendían envasado y la botella podía alcanzar los 100 pesos. Un kilo de costillas costaba 188 pesos, y si se viera a alguien pedir lomo al carnicero, se podría inferir sin duda que esa carne no sería servida en la mesa de una familia obrera, puesto que el precio de ese corte ascendía a 234 pesos por kilo.

Un obrero gráfico de Salto ganaba menos de cinco mil pesos mensuales y un peón de la construcción en Montevideo podía superar por poco esa cifra.

Por ello, los gremios de trabajadores y estudiantes convocaban a paros y huelgas y salían a la calle a protestar. Pero las manifestaciones eran reprimidas a garrotazos y disparos de arma de fuego por las fuerzas de choque.

La represión era sanguinaria. Siete jóvenes manifestantes fueron alcanzados por los tiros de la policía.

—Los estudiantes baleados anoche constituyen un hecho mucho más grave de lo que pude presenciar recientemente en los alrededores de La Soborna de París —sostiene el rector de la Universidad de la República, Oscar Maggiolo—. Quiero dejar constancia de que la policía francesa actuó con brutalidad, pero en ningún momento hizo uso de armas de fuego.

—¿La manifestación de ayer se puede comparar a la de mayo en Francia? —preguntó el periodista.

—Lo de ayer fue injustificado si se piensa que en París se incendiaron más de cien automóviles y se levantaron más de doscientos mil adoquines. Nada, absolutamente nada, justifica la agresión de ayer —respondió el rector.

—¿Sabe usted qué tan graves son las heridas causadas?

—En la noche de ayer recorrí los hospitales donde están internados los estudiantes heridos y pude verificar que las heridas todas son de bala. Se pone en evidencia que por la altura que alcanzó a los cuerpos, del tórax al pie, han hecho disparos no para intimidar, sino para hacer blanco en los manifestantes —contestó

Maggiolo.

La vida uruguaya se encuentra tutelada por las nuevas Medidas Prontas de Seguridad decretadas por Pacheco —ya es la segunda vez que las dicta desde que asumió—, pero ahora arremete con mayor intensidad contra los trabajadores que luchan agremiados y los estudiantes que salen en forma masiva a la calle a protestar por sus derechos.

El ministro del Interior, Eduardo Jiménez de Aréchaga, entiende que con las Medidas Prontas de Seguridad se quiere evitar la paralización de los servicios en organismos industriales y comerciales del Estado y en otros de carácter público que resultan esenciales para el país. Considera que de esa manera se busca defender el orden público del clima de violencia que se ha desatado en las calles por quienes —según él— no representan los auténticos intereses de la clase trabajadora.

Los diarios son vigilados y si cometen transgresiones —es decir, si se atreven a aproximarse a la verdad u opinan contra las decisiones del gobierno— serán clausurados. Los medios que quieran evitar las sanciones deben ajustarse a los comunicados oficiales librados por el Ministerio del Interior, a las 12:00 y a las 20:00 horas. No se puede brindar información sobre paros, huelgas, manifestaciones ni ocupaciones de lugares de trabajo.

Las Fuerzas Armadas cumplen las órdenes del presidente, y salen a proteger edificios públicos que el gobierno considera importantes, y que pueden ser objeto de represalia social: marineros armados custodian las instalaciones de la refinería petrolera de la Ancap —Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Pórtland— y patrullan el recinto portuario. Los soldados del Ejército resguardan las estaciones y subestaciones de energía de UTE.

Los empleados públicos son conminados a trabajar; si no se presentan serán sancionados e incluso destituidos. El hambre arrecia en los cantegriles, que crecen diariamente por el decaimiento económico de los barrios obreros.

Una dama de ropas finas y sofisticado peinado posa para los fotógrafos. Parece congelado el momento en que entrega la carpeta a la joven directora del Hogar.

—¡Pero qué buena mujer! ¡Margaret E. Knight! —dice Pepe con el diario en la mano e improvisando un fingido acento inglés.

—¿Esa no es la vieja de la «Agencia yanqui»? —pregunta su compañero tupamaro agachado junto al parachoques de la Chevrolet verde.

—Por eso mismo. La Agencia para el Desarrollo Internacional nos va a salvar a todos. El altruismo estadounidense no tiene límites —afirma Pepe—. Ayer esta buena señora entregó 99 800 pesos al Hogar Amanecer.

—El de los huérfanos —apunta el tupamaro que acaba de destornillar la matrícula

de Canelones A 77 607.

—En dólares serían… ¡Como 400 dólares! ¡Qué lo parió! —Pepe tira el diario sobre la mesita de herramientas del taller clandestino—. Van a comprar camas, colchones, sillas, mesas, de todo… ¿Qué más podemos pedir?

—¡Ah! Si es por pedir, pido una buena catrera. Con este laburito, el lumbago me está matando —el experto en camuflajes ajusta la nueva chapa de Montevideo: 461 771.

—Si querés la llamo y le digo si puede donar algo para el MLN —ironiza Pepe.

—¡Pero…! —el hombre de mameluco se tiraba ahora bajo el vehículo—. Si estuviera cerca de un teléfono la llamaba yo mismo a doña Margaret.

—Bueno, no importa —bromea Pepe—. Igual tarde o temprano algo le vamos a expropiar.

—¡Exprópiense un par de llaves nuevas, que estas están a la miseria! —se queja el mecánico mientras ajusta tuercas bajo la camioneta.

—Perdón, ¿pero cuántas horas te faltan para terminar?

—¡Ah, pero te atacó el apuro! —repone su compañero saliendo a la superficie—. ¡Ya está! Salgan a probar estos frenos, que los tuve que ajustar porque estaban en las últimas…

—¿Pero para qué? ¡¿Quién es el experto acá?! —sonríe Pepe.

—¡Ah, ahora me dorás la píldora! ¡Tómense los vientos! Y pruébenla bien, que después no hay reclamos…

Hace frío: seis grados a las siete de la tarde. Y la lluvia cae, sigue cayendo. Pereira Reverbel aparece nuevamente en la televisión: trata de explicar que el agua que llega del cielo no alcanza para la generación de energía eléctrica que requiere el país y que UTE está trabajando para mejorar el servicio y poder afrontar el problema con mayor eficacia, en el futuro.

De hecho, la UTE se dispone a comprar turbinas para la Central Batlle y ha recibido una buena oferta de Checoslovaquia. Una empresa que se especializa en el rubro planteó que podría enviar el material a Uruguay por ciento diez mil dólares. Sin embargo, surge una firma competidora española —de la que no se conocen antecedentes en el sector energético— que ofrece vender las turbinas a UTE por más de ciento ochenta mil dólares. La elección parece sencilla: Pereira Reverbel no lo duda. Decide comprar el material a la empresa española.

Don Mario se agarra la cabeza cuando su viejo médico le cuenta esta novedad en el consultorio. Ambos votaron a Gestido, y repudian las acciones tupamaras, pero esta información se ha ventilado gracias a esos jóvenes subversivos.

El presidente de UTE es uno de los consejeros de Pacheco, impulsor de la aplicación de Medidas Prontas de Seguridad, reconocido perseguidor sindical y típico integrante de la oligarquía gobernante.

Pacheco piensa que la represión brutal no juega en su contra —la mayoría de las familias uruguayas no está compuesta por agitadores y los medios de comunicación están sometidos a la censura—, pero le preocupa la situación económica que sí puede afectar su imagen y la del gobierno que heredó hace seis meses por la muerte del presidente elegido en las urnas.

Acaba de recibir el apoyo de la Unión Industrial Uruguaya, que festeja la represión sindical, pero eso no es de mucha ayuda: los empresarios no representan al pueblo.

A fines de junio, recibe el dato de que en el último año el costo de vida aumentó 167% pero sabe que la gente no precisa de tal información —que será ocultada por el oficialismo— para confirmar el padecimiento económico cotidiano.

Trata de dar señales a la población de que sus decisiones cuentan con apoyo de un amplio espectro político. Recibe al nacionalista Echegoyen —representante del ala más reaccionaria del Partido Nacional— y le ofrece conformar un gobierno de coalición. Pero Echegoyen rechaza el planteo, aunque brinda su apoyo a la política represiva y promete respaldar algunas medidas concretas para enfrentar la caída de la economía. Pacheco convoca luego a Batlle.

Con pantalón claro y sobretodo negro —similar al que usaba su tío abuelo, José Batlle y Ordóñez—, el ahora líder de la Lista 15 sube las escalinatas de la residencia de Suárez, en una mañana despejada, que permite disfrutar de la tranquila zona del Prado montevideano.

Una vez sentados en los nobles sillones de estilo, comienza la charla:

—¡Diga usted, señor presidente!

Pacheco le cuenta sus planes y Batlle se muestra partidario absoluto de la política emprendida por el gobierno. Incluso le sugiere al mandatario que habría que intensificar las Medidas Prontas de Seguridad.

Desde el diario *Acción* y radio Ariel, medios de los que se encarga desde la muerte de su padre, el dirigente no solo defiende al Partido Colorado y su manera de gobernar en esa coyuntura, sino que ha emprendido una campaña de flagelación política contra los sindicatos y los estudiantes que manifiestan en las calles.

—¡Cuente conmigo, señor presidente!

Batlle se compromete ante Pacheco a seguir llevando la voz oficial del gobierno, lo que implica ocultar información y en más de una oportunidad mentir en forma descarada.

En la última semana de junio, el gobierno decreta la militarización de los funcionarios del Banco República y del Banco Central —son unos cinco mil— y amenaza con decretos similares para los demás sectores de la administración pública. Se busca así que los funcionarios obedezcan cual militares las órdenes de los «superiores» y trabajen sin realizar paros ni huelgas. Los que protestan quedan sometidos a disciplina y jurisdicción penal militar: son arrestados por insubordinación.

Las huelgas proliferan y la represión policial y militar se endurece: un helicóptero sobrevuela permanentemente la ciudad para avistar manifestaciones espontáneas y activar de inmediato los operativos de las fuerzas de choque que disolverán la agitación a los tiros.

Los trabajadores pierden muchos jornales —ya han perdido demasiado salario real— y se vuelve insostenible el mantenimiento de las familias obreras. Para el diario *Acción* y otros medios afines al gobierno, reina la «*tranquilidad*» en toda la República.

El gobierno admite entonces «*la situación creada en el país por el alza incesante de los precios de bienes y servicios, y el agudo desequilibrio económico caracterizado por un proceso inflacionario que ha venido acelerándose progresivamente*», y decreta, el viernes 28 de junio, el congelamiento de precios y salarios al nivel alcanzado dos días antes, miércoles 26.

Acto seguido, y apoyado por Pereira Reverbel, dispone la intervención de UTE y también de la Administración de Ferrocarriles del Estado, AFE, organismos que —de acuerdo con la Constitución de la República— deben funcionar con autonomía respecto del Poder Ejecutivo. Ya no será así…

Además, decreta la militarización de los funcionarios de Subsistencias, el organismo estatal que expende artículos de consumo de primera necesidad, y que a la vez actúa como regulador de precios de tales productos.

Ese fin de semana, la policía detiene a cincuenta y un empleados bancarios por el solo hecho de encontrarse en una reunión gremial.

Pacheco prepara su discurso para el lunes 1 de julio. Y llega el día…

La Chevrolet verde rebasa un ómnibus de Amdet y se afina entre un Fusca ronco y un flamante Renault Mini 4. Mujica mira el reloj de la plaza…

—¡Apurá que no llegamos! —pide Pepe.

—¡Aquellos ya deben estar en la radio! —apunta Carlos Rodríguez Ducós.

—¡Pero qué gato de mierda! —exclama Leonel Martínez Platero mientras el felino callejero salta al cordón de la vereda.

—¡Guambiaaaaaa…! —el grito acompaña el chirrido de los frenos.

La televisión está encendida en la redacción del diario *Acción*. Entre otros «reclames», el Canal 10 insiste sobre el éxito de un muñeco electrónico que empieza a conquistar a los televidentes: el Topo Gigio.

Uno de los redactores habla telefónicamente con el subjefe de la Dirección de Investigaciones, Walter López Pacchiarotti, sobre el asalto al Banco La Caja Obrera —sucursal de Justicia y Nicaragua— perpetrado el jueves 27.

—¿Está claro que eran «tupas»?

—No hay duda. Primero, porque atendieron a la mujer que se desmayó. Usted sabe que eso no lo hacen los delincuentes comunes. Segundo, porque los empleados reconocieron a Amodio Pérez y a Martín Falero.

—¿Un millón y medio?

—¡Un millón seiscientos mil! —cuando la conversación termina, el periodista cuelga el tubo y sale con sus anotaciones hacia la máquina de escribir. Pero se detiene ante el televisor porque ya empieza el discurso de Pacheco por Cadena Nacional.

—¡Peñarol sube la cuota a 180! ¡Ochenta pesitos más! —grita un periodista deportivo que ingresaba a la sala con su libreta en la mano. Llega de hablar con el presidente aurinegro, Gastón Güelfi.

—¿Qué argumentos te dio el contador? —pregunta el editor de la página deportiva.

—Me dijo: «¡Dejate de congelación, la Asamblea de Peñarol es soberana!».

—¡Hay que destacarlo! —se relame el editor—. Se va a armar un lío…

—¡Shhhhh! —chistan los redactores de la sección política—. La imagen de Pacheco ya se veía en la tele…

«*Uruguayos: el problema básico de las sociedades humanas es el de la supervivencia de las instituciones sociológicamente organizadas. El orden social se puede lograr por imposición de la autoridad o por el consenso de los integrantes del cuerpo social*», el presidente está enfocado en primer plano. Con el ceño fruncido, hace gala de su característico gesto adusto, y se dirige a la gente con voz rígida y solemne.

—¡Subí, subí la radio que no oigo! —ordena don Mario a su hija, sentado junto al bargueño, en su apartamento de la calle Camacuá.

Por la vereda caminan tres individuos apurados…

«*Si una sociedad es agredida tiene el deber de responder a la fuerza con la fuerza* —continúa Pacheco—, *aplicaremos todo el peso de la ley militar para sancionar a los malos uruguayos…*».

—¡Pero qué hijo de puta! —se escucha en el interior de miles de casas. Aunque en otras se saludan las palabras del mandatario.

Don Mario ha dejado de escuchar. Tiene la mirada lejana, en su juventud batllista, y sonríe cuando del otro lado del vidrio ve pasar a una «barrita» de tres muchachos. Por alguna razón, se encuentra parecido al del bigotito que mira su reloj: «Yo también vivía apurado a los treinta y poco…».

Pepe, Leonel y Carlos están llegando al edificio del diario *Acción*. Van de lengua afuera.

—¡Te dije que los frenos estaban engripados! —recalca Mujica mientras palpa su arma bajo la ropa.

—¡Pero qué choque! ¡Pah, mirá la hora que es! —se queja Martínez Platero.

Ya están frente al número 583.

—¡Es acá! ¡Vamos! —dice Mujica y se mete. Leonel y Carlos cierran el paso. El ingreso de los tupamaros es impetuoso.

Minutos después el estruendo acalla el bullicio de la redacción. El edificio queda sin luz. Pacheco ya no habla en la tele del diario *Acción*…

En el Paso de la Arena también se escucharon explosiones, pero bastante más poderosas. Las bombas destrozaron el transmisor y dañaron la torre de emisión de radio Ariel. La planta emisora, ubicada en Camino de Las Tropas y Simón Martínez, dejó de transmitir la voz oficial.

Los tupamaros lograron llevarse varios aparatos de transmisión de exteriores, con los que se podía interferir comunicaciones radiales y posiblemente telefónicas. La voladura dejaría a radio Ariel sin transmitir por varios días.

—¿Viste cómo volaron la radio, Lucy? —preguntó Chichita al pasar.

—Sí, escuché… —respondió la madre de Mujica, que barría el patiecito de entrada. Al terminar puso la escoba bajo el brazo, entró a la casa por el camino lateral, y se quedó contemplando a su hijo.

Pepe agachaba la espalda, azada en mano, removiendo la tierra para plantar. La humedad de aquel invierno lluvioso favorecía el crecimiento de algunas flores.

Con las botas semienterradas, Mujica se dio vuelta y vio cómo su madre lo miraba de lejos, con una mano en la cintura y la otra apoyada en el palo de la escoba.

Pepe le sonrió con aquella mueca que ella conocía bien.

—¡Ah, m'hijo! ¡Qué será de tu vida…! —suspiró y entró a la cocina.

Titita ya había extendido el mantel sobre la mesa, ahora se disponía a colocar vasos y cubiertos y el pan que tanto le gustaba a Pepe. El aroma de los porotos invitaba a apagar el fuego. Ese día comerían juntos, en familia, una vez más…

Por la noche Mujica meditaba sobre la lucha, sus acciones, sus razones. Pensaba también en algunas palabras que alguna vez le había escuchado decir a su vecino, el fallecido Luis Batlle, el que tantas veces desde el diario *Acción* y la radio Ariel se opuso a las medidas reaccionarias votadas por integrantes de su propio partido.

La casa estaba en silencio, doña Lucy y Titita ya dormían y él, apenas iluminado por una pequeña lámpara portátil, fue acariciando el lomo de los libros hasta parar el dedo en aquel libraco blanco editado por Alfa. Lo retiró del estante y se sentó pensativo frente a la tapa. La foto de su vecino, mirando al horizonte, con el puño izquierdo cerrado, parecía cobrar vida: *Luis Batlle Berres, pensamiento y acción.*

Lo abrió y fue hojeando la obra hasta parar en la página 236. Entonces leyó:

Artigas fue un revolucionario; un revolucionario en el orden político, un revolucionario en el orden social, un revolucionario en el orden económico. En el orden político advirtió y predijo para América lo que todavía los pueblos americanos no han podido alcanzar. Pero Artigas, además, luchó por el hombre necesitado, luchó en favor de darle la tierra al trabajador, porque para él la tierra debía ser del que la trabajase porque así iba a provocar mayor beneficio al país.

Además, entendió que tenía que luchar por el desvalido porque no podía dejar desatendida a esa clase necesitada. Eso lo hizo hace ciento cuarenta años y toda la política social de nuestro país está dirigida en ese sentido; en esa materia podemos decir que somos un país revolucionario.

—¡Ah, pero qué coincidencia! —susurró Pepe con su ironía habitual.

Avanzó un poco más en la página, para leer otras reflexiones de su vecino:

Hace algunos años se pretendía decir por algunos que era peligroso que nuestro país se convirtiera en una revolución social y hoy estamos viendo que este país, que quiso ser libertario social, es el único que vive en paz y en libertad y, en cambio, los otros, que no se atrevieron a dar ese paso, están hoy sufriendo, porque sufren guerras violentas entre ellos que no se sabe a dónde podrán llegar y en las cuales uno no llega a descubrir cuál puede ser la hora de la paz y cuál podrá ser la hora de la violencia para todos.

Pepe meditó un rato sobre esta última frase, y miró su reloj. Ya era tarde, debía dormir porque tenía que levantarse muy temprano, no podía llegar tarde a la cita. Sin embargo, el libro merecía un rato más de lectura:

Hemos sido unos libertarios; somos unos libertarios para nuestras leyes sociales, buscando la justicia para nuestros trabajadores, buscando que nuestro pueblo no sufra; entiendo que no es posible que haya gente que tiene mucho y a su lado quien no tenga nada. Una sociedad así no puede caminar porque no se puede caminar habiendo desvalidos y gente humilde al extremo, al lado de quienes tienen por demasía. Eso no es ni garantía de orden, ni garantía de paz, ni seguridad de tranquilidad.

En ese sentido hemos dirigido nuestra legislación y hemos alcanzado conquistas que muchos pueblos no tienen, pero, además, tenemos que decir

que no hemos hecho un alto, no creo que hayamos solucionado todo; por el contrario, sentimos que hay mucha gente desvalida y a la que no se le ha protegido en sus derechos, debiendo ir, por consiguiente, en su socorro con apresuramiento porque si no la atendemos ella puede tener una mala opinión de nuestra organización social y, en lugar de ser amigo, puede transformarse, con justicia, en un enemigo peligroso.

No había duda de que aquellas palabras le llegaban muy hondo a Mujica, quien sorbió un poco de agua, antes de leer el último párrafo:

Los jóvenes no resisten la injusticia, protestan contra ella, les hiere sus almas de niños y se levantan contra ella, con pasión. A los jóvenes les digo: estudien todas las soluciones que quieran, lean todos los libros que quieran, no les teman a ninguna idea, no, pero defiendan su libertad con puños y dientes, que si la pierden no van a tener días de felicidad, sino por el contrario, van a volverse días difíciles…

Pepe verificó la fecha del discurso: 29 de octubre de 1950. Luego cerró el libraco.

Luis Batlle Berres —el padre de Jorge, el que ahora apoyaba a Pacheco en las medidas de represión— se quedó sobre la mesa de luz, con su puño izquierdo cerrado y su mirada perdida en un futuro que ya había llegado al país.

Mujica se durmió. Al amanecer comenzaría un nuevo día de lucha, y no sería uno cualquiera…

19

¡Pegale un tiro, te digo!

—¡Pero estos vagos qué se creen! —gritó Pereira Reverbel apretando la horquilla del teléfono. Del otro lado, un gerente hablaba desde la subestación de la Aguada, por una de las pocas líneas que todavía funcionaban. El local acababa de sufrir un «siniestro».

—Pusieron los cables a tierra y quemaron receptores y retransmisores telefónicos… Fueron seis, los tengo identificados…

—¡Échelos! ¡Échelos a todos del forro! ¡Vagos! ¡Comunistas! —gruñó el presidente interventor de UTE, y colgó con furia.

Los funcionarios acusados fueron destituidos. Habían reaccionado ante la nueva medida del gobierno que, aconsejado por Pereira Reverbel, decretó también la militarización de los trabajadores de UTE, OSE y Telecomunicaciones.

Los supermercados Disco y Devoto desoyen el decreto de «congelamiento» y suben los precios de sus productos. La gente, con sus salarios congelados, denuncia la suba llamando al 9 46 96, teléfono del Departamento de Contralor de Subsistencias, ahora dirigido por el coronel Méndez, el militar interventor impuesto por el gobierno. Se atienden miles de llamadas.

El gobierno decide arrestar por diez días a los gerentes de esos supermercados, aunque los dueños de las firmas no son detenidos. Los locales se cierran también por diez días.

Hay inspecciones militares en los comercios, mutualistas, clubes sociales. El gobierno busca demostrar que lo controla todo y que hará respetar el congelamiento de precios como un beneficio para la población, que a la vez no tendrá aumentos de salario. El ojo del gobierno está en todos lados, pronto para señalar al culpable…

En la calle Dante N.º 2020 se ve ingresar a cientos de hombres. El Poder Ejecutivo les ha ordenado que se presenten en forma inmediata. Se les extiende un formulario con un membrete del Centro General de Instrucción de Oficiales de Reserva. Lo firman y reciben órdenes precisas para engrosar las filas de la represión en el Ejército. Se sumarán como jefes, oficiales o clases. La escena es similar en la calle Washington N.º 98 a donde concurren los reservistas formados en el Centro de Instrucción de la Marina.

El hogar es un sagrado inviolable —sostiene la Constitución—, pero violado por

orden del presidente Pacheco. Las casas son allanadas por militares y policías a punta de metralleta, de día o de noche, prescindiendo de orden judicial que respalde tales medidas. Se llevan a cualquier persona que los represores consideren sospechosa.

—Es de noche, no pueden entrar en mi casa —se defiende un padre de familia que conocía las leyes.

—¡¿Ah, no?! —la respuesta del oficial incluye palos y arresto.

Las familias viven asustadas, las comisarías, las Jefaturas de Policía, y otras varias oficinas estatales de todo el país se encuentran abarrotadas de detenidos.

La Central Nacional de Trabajadores pide que la Asamblea General intervenga para crear una comisión legislativa que solucione el problema: «*durante estos días se entra a los sindicatos y a los hogares sin orden judicial; se mantienen presos decenas de ciudadanos, que no han cometido delito alguno ni han sido sometidos a proceso, y se congelan los salarios, derogando leyes y rompiendo contratos por decisión administrativa*», sostiene el comunicado firmado por José D'Elía, Enrique Pastorino y Héctor Rodríguez, integrantes del Secretariado Ejecutivo de la CNT.

La respuesta del gobierno llega pronto. Militares armados como para la guerra allanan la Central de Trabajadores. Se incrementan los detenidos. Ya son cientos los bancarios arrestados, y otros tantos los estudiantes.

Se desata la huelga en UTE y Pereira Reverbel destituye a decenas de funcionarios que protestan contra la intervención. Lo mismo sucede en los bancos públicos y otros organismos.

En la calle se organizan manifestaciones por la defensa de las libertades cercenadas. La Facultad de Medicina es cercada por la policía: más de cien estudiantes resisten dentro de la casona de la avenida General Flores, pero otras decenas son apaleados en la calle. Unos ochenta huelguistas de UTE también son detenidos y castigados.

Los que protestan, obreros o estudiantes, van cayendo a los calabozos. Son humillados, golpeados y pasan días, semanas, detrás de las rejas.

«*El Poder Ejecutivo envió al Parlamento el más reaccionario, antiobrero y fascista proyecto de ley sobre salarios y huelgas que se conozca en la historia del Uruguay…*», declara la Mesa Representativa de la CNT, que insiste en obtener apoyo parlamentario para enfrentar el problema. Pero el respaldo no llegará.

La Central de Trabajadores decreta un paro general y mantiene la lucha gremial, pero las protestas callejeras decaen. La represión ha sido brutal y se mantiene latente.

Los funcionarios detenidos por adoptar medidas gremiales son encerrados en cuarteles, al mediodía se los lleva en camiones militares hasta el lugar de trabajo y a la hora de salida se los vuelve a conducir a los calabozos de las unidades del Ejército.

Detrás de las rejas, obreros, estudiantes, jubilados, escuchan las risas histéricas de los que blanden las armas del poder autoritario.

Mujica aprieta los frenos de la Chevrolet verde.

—¡Un lujo! —dice y reemprende la marcha hacia el berretín—. ¡Mañana no nos puede fallar!

Estaciona, baja y pide a sus compañeros que se levanten bien temprano.

La noche avanza. Está nublado. Mujica camina por calles mojadas, tapizadas de coquitos marrones y arrugados que el viento arrancó de los paraísos.

Trata de no hacer ruido al entrar. Destapa la olla y ve su cena. Recalienta la comida y se sienta a la mesa, tranquilo.

El zumbido del viento llega con fuerza para retirarse como un soplo calmo, y volver intenso, una y otra vez, en aquella noche invernal.

El sonido apenas perceptible de la cuchara arrastrada por el plato de hojalata esmaltada delata la presencia de Pepe. Ya todo está en calma para doña Lucy.

Bocarriba, con las piernas estiradas y las manos entrelazadas bajo la nuca, Mujica fija la mirada en una pequeña mancha de humedad dibujada en el techo. Así repasa el plan y medita sobre la importancia de la inédita acción: un golpe político, una medida popular, pero riesgosa —¿la gente entenderá?—, un peldaño más en la ascendente lucha por la liberación.

Hasta ahora se sabe que los tupamaros roban armerías y bancos —en los últimos meses sucursales del Banco La Caja Obrera, del Banco de Cobranzas, del Banco Español, entre otros— para solventar su lucha, y que también se apoderan de mercaderías de grandes empresas que luego reparten en los cantegriles. Pero esto es diferente.

Mañana todos hablarán de los tupamaros, para bien o para mal…

Sindicalistas y dirigentes de izquierda que mantienen contacto con el MLN han sido alertados de que, una vez ejecutado el operativo, se desatará una gran represión.

La «Operación Pajarito» ha sido diseñada, estudiada y simulada —incluso en campo real— hasta en los más mínimos detalles, o al menos eso creen los jóvenes revolucionarios, que de todas maneras ya van aprendiendo una regla de oro: siempre hay lugar para los imponderables.

A las siete de la mañana del miércoles 7 de agosto, siete tupamaros —entre ellos Pepe— están prontos para la acción. Un rato después parten hacia el sur de la ciudad: la Chevrolet verde marcha serena, perfectamente ajustada. Deben sortear un embotellamiento de tránsito, pero logran llegar sin sobresaltos al lugar fijado.

A la hora indicada, cada uno de los siete tupamaros toma su puesto. Pepe usa un impecable traje oscuro, con corbata a la moda. Tiene el cabello bien peinado; su afeitada es perfecta alrededor de sus bigotes finos, recortados con precisión sobre toda la extensión del labio superior.

—¡Sos un *dandy*, eh! —bromea Marenales mientras se acomoda la gorra policial.

—No puedo decir lo mismo de vos —replica Pepe—, y menos con esos pantalones.

Unos minutos antes de las 9:00 cuatro tupamaros se encuentran en la vereda: Rivero Cedrés y Coquito Rodríguez Recalde en la parada del ómnibus, Mujica y Marenales a unos metros de distancia enfrascados en una discusión: el que lleva el uniforme policial quiere detener al civil por alguna razón que la gente que espera el ómnibus no alcanza a comprender.

—¡Le digo que me tiene que acompañar, señor! —los ademanes del agente son elocuentes.

—Pero yo le digo que no voy nada —Pepe se arregla el saco—. ¡Esto es una falta de respeto!

Todos, de reojo, observan hacia la puerta del lujoso edificio de ocho pisos ubicado en Rambla Wilson 517 casi Caracé, frente al Club Nautilus.

Se supone que debe llegar el auto de UTE para trasladar hacia su oficina, como todas las mañanas, al presidente interventor del ente, Ulysses Pereira Reverbel.

Pero el que estaciona, a tan solo diez metros de la puerta, es un camión de mudanzas y varios empleados comienzan a transportar muebles hacia un edificio contiguo.

—¡Pero qué cagada! —musita Pepe observando el inusual despliegue de gente en el lugar. Nada de esto había pasado en los simulacros.

Tres tupamaros, que sirven de apoyo a la acción, observan la escena desde la camioneta verde.

A las 9:08 llega el Chevrolet azul, modelo 1956, que recogerá al presidente de UTE. El chofer, Nicolás Galdós, estaciona frente a la puerta del lujoso edificio. Del auto baja Miguel Ángel Rey, el secretario de Pereira Reverbel. Sube las escaleras y toca timbre en el apartamento 001. Conversa brevemente por el portero eléctrico, ingresa al departamento de la planta baja, y sale enseguida. Al volver al auto, abre la puerta trasera y se acomoda en el asiento para esperar a su jefe.

A las 9:10 sale Pereira Reverbel, camina dos pasos y se palpa el lado izquierdo del cuerpo: ha olvidado su revólver en la mesita de luz. Pero decide seguir sin el arma…

Comienza a bajar por las escalinatas vistiendo una impecable gabardina *beige* de amplias solapas, abierta sobre su traje gris con pañuelito en el bolsillo superior y corbata a rayas en tonos sobrios.

Los dos tupamaros que están en la parada avanzan hacia el auto azul que espera al presidente de UTE: Rivero Cedrés va por la puerta delantera y encañona al chofer, Rodríguez Recalde por la trasera hace lo mismo con el secretario. Procuran sacarlos del vehículo, mientras el policía Marenales y el civil renegado Mujica interceptan a

Pereira Reverbel.

—¡Ustedes están equivocados! —les advierte el jerarca—. ¡Yo soy el presidente de UTE!

—¡Acompáñenos, por favor! —le dice Mujica, y lo toma de un brazo, pistola en mano, para llevarlo al auto. Pereira Reverbel no opone resistencia.

Sin embargo, el chofer Galdós —un tipo corpulento y fuerte— y el decidido secretario Rey enfrentan a los otros dos tupamaros dentro del auto.

El chofer trata de torcer con una mano el cañón del revólver con el que le apunta Rivero Cedrés y con la otra procura sacar su arma de la cintura.

Rodríguez Recalde, a punta de metralleta, no puede obligar a salir del auto al secretario, que se resiste tirándose al piso del vehículo y agarrándose de los asientos, mientras patalea contra el tupamaro que no quiere expulsar una ráfaga de municiones.

Llegan Mujica y Marenales con Pereira Reverbel: la idea era que para ese momento, el chofer y el secretario ya estuvieran fuera del auto, pero se tienen que adecuar a las circunstancias. Marenales va por una de las puertas para ayudar en la inesperada lucha contra Rey, mientras Mujica mete al presidente de UTE por la otra puerta trasera.

—¡No me maten —suplica Pereira Reverbel—, no me maten!

—¡Cállese, y quédese quieto ahí! —le ordena Mujica empujándolo hacia dentro del auto.

El presidente de UTE no se mueve del asiento trasero, mientras Pepe acude a ayudar a su compañero en el forcejeo que continúa también en la parte delantera del vehículo. Manotazos, puteadas, hasta que Rivero Cedrés advierte que el pulpejo carnoso de la mano del chofer oficial ha quedado sobre el caño, y aprieta el gatillo de su 45.

Suena el disparo…

—¿¡Qué hacés, che!? —le recrimina Pepe—. ¡Me vas a pegar a mí!

La bala hiere al chofer en la mano, rebota en el volante y pega en el parabrisas redondeado. Lo astilla pero no alcanza a romperse.

—¡Sacalo, sacalo! —grita luego Pepe mientras se pasa al asiento de atrás, donde sigue el lío.

Rivero Cedrés al fin puede hacer salir al chofer, que queda tendido en el medio de la calle, con la mano sangrante. Aun así, el funcionario intenta acudir a su revólver, pero el tupamaro le vuelve a apuntar con la 45. Entonces, el hombre deja su arma en el suelo, se levanta y cruza la calle para marcharse.

Con Rivero Cedrés al volante, el Chevrolet azul arranca a toda velocidad. Pero atrás, el secretario del presidente de UTE sigue aferrado al asiento luchando ahora contra Marenales, Rodríguez Recalde y Mujica, que no lo pueden controlar. Pereira Reverbel no lo ayuda mucho, más bien está paralizado.

El auto, que parece volar, sale de la rambla y se adentra en el barrio por la calle Caracé hacia la zona de Villa Biarritz. Por las ventanillas traseras se puede observar

el entrevero de manos y piernas. Rey es chiquito de tamaño pero una fiera para la lucha. No hay forma de que ceda…

—¡Pegale un tiro! —grita Rivero Cedrés aferrado al volante—. ¡Pegale un tiro, que este tipo nos va a hacer matar a todos!

—¡Aflojá, carajo, aflojá! —le grita Pepe al empecinado secretario.

—¡Pegale un tiro, te digo! —las cubiertas del auto chirrían en la rotonda de la plaza.

Rey puede zafarse, logra manotear su pistola…

—¡No, hijo de puta! —Rodríguez Recalde se ve en la mira, y luego grita de dolor.

Han sonado dos estampidos: uno, de la bala que hiere al tupamaro, y otro, de la pistola de Mujica, que al ver a su compañero en peligro, tira del gatillo y le pega un tiro entre pecho y abdomen al secretario de Pereira Reverbel.

El jerarca aprieta los ojos, y las manos contra el pecho, mientras el auto se desplaza por la calle Benito Blanco hacia el este.

El vehículo oficial, ahora guiado por los tupamaros, vuelve hacia la rambla y sigue por esa vía siempre rumbo al este. El secretario Rey se encuentra tirado en el piso del auto, lleva las piernas afuera —los tupamaros no pueden cerrar la puerta ante la fuerza del renegado— y va puteando, bajo los pies de los secuestradores.

Detrás, a menos de cincuenta metros, marcha la Chevrolet verde en la que se ve asomar la cabeza de Rodríguez Ducós por la ventanilla, vigilando el escenario. Van pasando las cuadras y al fin logran cerrar la puerta del coche oficial.

Mujica observa ahora por el parabrisas trasero.

—¡La cana! ¡Ahí viene la cana! —grita Pepe mientras ve cómo se acerca un *jeep* de la policía por detrás de la camioneta de apoyo.

—¡Algo más puede pasar! ¡La puta que los parió! —Marenales gira la cabeza hacia atrás sin dejar de pisar a Rey.

Pepe calza bien su pistola entre las manos, ya se prepara para el enfrentamiento. Marenales toma la metralleta y se ubica en mejor posición.

El *jeep* avanza. En la Chevrolet verde todos tienen sus armas preparadas, pero con las manos abajo. Mujica y los demás tupamaros se tensan al extremo. El *jeep* ya se encuentra a tiro de la camioneta verde…

—¡Aguanten! ¡Tranquilos! ¡Vamos a rebajar un poco…! —dice Martínez Platero y la camioneta desacelera su marcha. El *jeep* se aproxima a treinta metros, veinte, diez…

Las caras de los militares ahora se aprecian con claridad: van conversando, distendidos, incluso sonrientes. Y pasan de largo, sin advertir lo que sucede.

—¡Nos salvamos de chiripa! —suspira Mujica, que ahora afloja su mano.

Sonríen los tupamaros de la camioneta verde y también los del auto azul de UTE. Ya están dejando atrás la rambla de la playa Pocitos y se desvían por el camino que

conduce al puertito del Buceo.

Cerca de los ranchos de pescadores, precisamente frente a un depósito de la constructora Amalfi —un lugar poco transitado—, los revolucionarios abren la puerta trasera del auto e intentan bajar a Rey, que aún tiene fuerzas para resistirse.

Rivero Cedrés deja el volante, se baja y ayuda a sus compañeros jalando al secretario de UTE de las piernas. Rey cae y luego se recuesta contra un montículo de tierra, mientras los tupamaros reemprenden la marcha hacia el este.

En esos momentos sale de la empresa constructora un Fusca con dos personas que, al ver al hombre tirado, bajan para ayudarlo y lo suben al Volkswagen.

—¿Qué le pasó? ¡Lo vamos a llevar al Hospital!

—No, no… sigan a aquel auto…

—No, usted está herido…

—No, les digo que sigan al auto. Soy el secretario del presidente de UTE. Lo están secuestrando en ese auto…

El coche azul conducido por los tupamaros ya se iba por la rambla, y el Fusca sale a su alcance. Pero detrás del escarabajo se ubica la camioneta verde de los guerrilleros.

—¡Ah, pero este tipo es de fierro! —dice Rodríguez Ducós mientras observa a Rey dando indicaciones dentro del Fusca—. ¡Pisala, que hay que apretarlos!

—¡Ahí vamos! —responde Martínez Platero—. ¡Ya la chocamos una vez, así que…!

Ruge el motor de la brillante Chevrolet verde por la rambla del Buceo, en persecución del Fusca.

Los tres autos giran en la «curva de la muerte», contra la punta rocosa de la playa, y la carrera se empareja. Suben por el camino lateral del cementerio hacia la avenida Rivera y se internan en el barrio. Casi al llegar a la calle Melitón González, el conductor del Fusca ve cómo la Chevrolet verde se le sitúa al lado…

—¡Ahora! —grita Rodríguez Ducós. Y el parachoques de la camioneta se incrusta en el lateral trasero del escarabajo, que se va contra el cordón de la vereda.

La espectacular frenada despeja cualquier duda sobre el último ajuste que se le había hecho a la Chevrolet en el taller tupamaro. El Fusca, abollado, queda en el lugar.

Los tupamaros siguen su camino en un Land Rover y cambian varias veces de vehículo rumbo al noroeste.

Al pasar frente al monumento a José Batlle y Ordóñez, le aplicaron un somnífero a Pereira Reverbel y este sufrió un ahogo que puso nerviosos a todos. Uno de los tupamaros debió asistirlo con respiración boca a boca, hasta que recuperó el aire.

Ya en La Teja se cruzaron con varias patrullas policiales que llevaban las sirenas abiertas. Siguieron hasta el oeste y volvieron a cambiar de auto cerca de Santa

Catalina. Finalmente salieron por la Ruta 1 hasta introducirse en la zona del parque Lecocq, cerca del puente sobre el río Santa Lucía.

Para realizar el tramo final del viaje y llegar a la casa de cobertura acondicionada de acuerdo con el operativo de secuestro, debieron cruzar la calle Simón Martínez: el lugar en el que se encerraría al presidente de UTE se ubicaba a siete kilómetros de la casa de Pepe.

Era un local semirrural, a pocos metros de la planta emisora de radio El Espectador. Se trataba de la base de la recién creada Columna 3 del MLN-T formada, entre otros, por un grupo de cristianos, uno de empleados bancarios y otro organizado por Mauricio Rosencof, que integraba el comando de esta nueva estructura tupamara junto con Julio Listre, Julio Roccatagliata, y la Parda, María Elia Topolansky. En ese momento, Mujica respondía a esa columna revolucionaria.

Pereira Reverbel es llevado a una habitación interior, aislada, a la que los tupamaros llaman «jaula». Cuatro guerrilleros encapuchados custodian al secuestrado de la denominada «Operación Pajarito».

Cerca de las 10:00 de la mañana, varias emisoras reciben un sobre azul con el comunicado del MLN Tupamaros que explica las razones del secuestro de Pereira Reverbel.

El papel está mimeografiado y firmado por el «Comando Mario Robaina Méndez». Es la primera vez que aparece la firma de este comando en un comunicado, a un año y medio de la muerte del tupamaro que resistió en la chacra cercana al Sauce.

El contenido general del documento es similar al que fue difundido —sin firma de comando alguno— cuando se produjeron los atentados de radio Ariel y del diario *Acción*, pero ahora se habla de un secuestro: *«Hoy el Sr. Pereira Reverbel ha sido detenido por decisión del MLN (“tupamaros”)»*, se titula la misiva que va dirigida a la «*Opinión Pública*».

Se realizan consideraciones sobre la situación económica y política del país y sobre las medidas represivas que acorralan a la gente, y que determinan la lucha revolucionaria. Luego se esgrime una advertencia, que se irradia en varias emisoras montevideanas:

«*El señor Pereira Reverbel, en nuestro poder, garantizará con su persona la integridad física de nuestros compañeros y de todos cuantos hoy son perseguidos. En consecuencia, no intenten buscarlo porque comprometen la seguridad e integridad física del detenido. El señor Pereira Reverbel será puesto en libertad sano y salvo, cuando las autoridades de nuestro movimiento lo estimen oportuno, y siempre y cuando se hayan respetado las advertencias antedichas*», lee el locutor en la radio.

Los tupamaros escuchan y festejan.

El Chevrolet azul de UTE, matrícula 3-097, apareció a las 11:45 en la calle Caracas, a quince metros de la avenida Rivera. Un vecino declaró a la policía haber visto bajar al hombre que iba al volante, de lentes oscuros, gruesos…

—También vi a otro, un policía. ¡Bah…! Llevaba la casaquilla azul de policía, pero me llamó la atención que tenía pantalones claros —explicó el vecino—. ¿No era policía, verdad?

—No señor, era un sedicioso —respondió el agente—. ¿Si lo viera, usted lo podría reconocer?

—Ah, mire… ¡La verdad que no…!

A las 12:15 una llamada anónima avisó a la Seccional 22 que la Chevrolet verde había sido encontrada en la zona de La Tablada —a unos ocho kilómetros del local donde se encontraba Pereira Reverbel—: la policía fue de inmediato, pero solo perdió el tiempo por una falsa pista.

A las 12:30 un oyente telefoneó a radio Sarandí para decir que acababa de ver la camioneta en el barrio Colón. Desde la emisora se llamó a la policía, que salió hacia el lugar indicado.

La *pickup* verde, brillante, apenas con una magulladura leve en el parachoques, fue hallada en la avenida Garzón, parada frente al 1809, casi en la esquina de Mato Grosso. Tenía barro y arena blanca adheridos a los guardabarros.

—Esta anduvo por la playa —comentó un vecino curioso entre los que rodeaban al funcionario de la Policía Técnica.

—Le agradezco que se retire —dijo el oficial, pero apuntó la presunción en su planilla.

La policía confirmó que las chapas eran falsas y lograron ubicar al hermano del verdadero dueño.

—¡Víctor, apareció tu camioneta! —el hombre llamaba desde Montevideo—. La usaron los tupas para secuestrar a Pereira Reverbel.

—¿Lo qué…? —se escuchó del otro lado del tubo, en una oficina de Buenos Aires—. ¿Está sana?

—¡Pero hermano… si hasta le hicieron los frenos!

Ya son las 18:38. El sol se oculta, aunque la puesta no se ve. Está nublado. Mujica enfunda las manos en los bolsillos de su abrigo y camina entre la gente, que comenta el hecho del día. Le gustaría quedarse a escuchar, pero no puede detenerse. No hoy.

Sabe que su compañero herido se recupera. Y lee en *El Diario* de la noche que el secretario del presidente de UTE —al que Mujica le había pegado un tiro— solo había sido «*rozado por una bala que le hirió en el pecho*» y que el estado de salud del hombre «*no reviste peligro*».

Esta información relaja un poco sus nervios. Pensó en aquella conversación que había mantenido con el porteño Nell —ahora preso en el Penal de Punta Carretas—

respecto de la muerte siempre latente, de que aún tratando de evitarlo, es posible matar en un enfrentamiento de la lucha revolucionaria.

En el diario aparecen las caras de aquellos que la policía ha identificado como «*principales comandos tupamaros*», y que nombra como: «*Julio Marenales, Gabino Falero, Eleuterio Fernández Huidobro, Graciela Jorge, María Elsa Garreiro, América García Rodríguez, Héctor Amodio Pérez, Heraclio Jesús Rodríguez Recalde, Alberto Andrade Giménez, Violeta María Roque Setelich, Alicia Renée Rey Morales*». La lista es incompleta, y el apellido «*Mujica*» no figura en ningún lado, pero eso no quiere decir que esté a salvo. Deberá cuidarse más a partir de ahora…

El viento del sur le pega en la cara, está frío y comienza a lloviznar. A lo lejos se oyen sirenas, se oirán con frecuencia durante varios días, ya lo sabe.

La noche ha caído, Pepe ya está bajo techo. Sentado junto a una luz tenue, mastica un pedazo de pan y se queda mirando sus dedos rojos a través del vaso de vino que tiene en la mano. En silencio medita sobre lo que vendrá…

En los días siguientes el gobierno intensifica la represión. Por orden del Poder Ejecutivo, en la madrugada del viernes 9, y sin orden judicial de allanamiento, las fuerzas policiales irrumpen en el edificio central de la Universidad de la República, en la Facultad de Arquitectura, en la de Agronomía, en Medicina y en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Alegan que buscan a Pereira Reverbel.

Durante el asalto a las instituciones de enseñanza los represores destruyen todo lo que encuentran a su paso, documentación y materiales docentes que generan pérdidas de varios millones de pesos. Las autoridades universitarias responsabilizan al presidente Pacheco y a sus ministros, «*sobre todo a aquellos que ostentan título universitario*», por este hecho «*que no tiene precedente en el país, ni en los más despóticos gobiernos que ha padecido la República*».

No todos los medios se atreven a difundir el comunicado del Consejo Directivo Central de la Universidad de la República. El semanario *Marcha* lo publica íntegro: «*actos como el denunciado muestran que una vez más el gobierno, incapaz de tomar las medidas para gobernar el país, está decidido a todo tipo de violencias con el fin de mantener a la República en un estado de artificial intranquilidad*», sostiene el comunicado. Y concluye que «*la Universidad de la República, fiel a su tradición, condena enérgicamente el atropello policial y proclama la necesidad de la unión de las fuerzas nacionales interesadas en salvar al país de la violencia, del desgobierno y de la inmoralidad, así como de abrir el camino de progreso que reclama la enorme mayoría de la población*».

De inmediato, un comunicado firmado por el coronel Alberto Aguirre, militar que ahora comanda la Jefatura de Policía de Montevideo, establece la censura previa para todos los comunicados que surjan de la Universidad de la República.

Los jóvenes se encuentran cada vez más unidos en la defensa de sus derechos.

Entre las agrupaciones que lideran las protestas se encuentra el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), de concepciones marxistas-leninistas, influidas por Guevara, Trotsky y Mao, que reivindican la figura de Artigas como defensor de «*los más infelices*».

Las enormes manifestaciones estudiantiles contra el asalto a la Universidad son enfrentadas a los tiros por las fuerzas represivas. Decenas de estudiantes son heridos y varios hospitalizados, uno con una bala en la cabeza.

Pepe seguía su vida de florista, y de vez en cuando se quedaba en el Cerro después de la feria. A veces volvía por las noches, para conversar con algún amigo, entre lo legal y lo clandestino.

En el bar de Grecia y Prusia había bastante gente al caer aquella tarde, y en una de las mesas departía con un par de parroquianos el diarero más renombrado del barrio, un catalán famoso más por su pasado que por su trabajo actual, con el que Pepe charlaba en forma ocasional.

Su nombre era Pedro Boadas Rivas, el viejo anarquista: con sus compañeros de lucha, Tadeo Peña, los hermanos Moretti, Agustín García Capdevila, habían robado en 1928 el Cambio Messina, como parte de las acciones de «expropiación» para distribuir el dinero donde la lucha sindical y anarquista lo necesitara. Y en 1931, junto con Miguel Arcángel Roscigno —al que le decían Roscigna— y otros luchadores ácratas, se fugaron de la cárcel de Punta Carretas por un túnel excavado desde la falsa carbonería que se había instalado frente a la prisión: Carbonería El Buen Trato.

Pepe lo conocía de la vida en el Cerro. Se acercó a la mesa, con su copa en la mano, para mirar de reojo un diario de los que Boadas tenía sujetos bajo una piedra contra el alféizar de la ventana:

—¡Si quieres leer, léelo, hombre! —le dijo el español.

—No, no, miraba nomás.

—Pues, como quieras —respondió Boadas y siguió hablando con sus amigos sobre los tupamaros y el secuestro de Pereira Reverbel.

—¡Ta bien engayolado ese hijueputa! —afirmó uno de los departientes.

—No, yo no estoy de acuerdo con el secuestro, hombre —cortó el viejo anarquista, y Mujica paró la oreja—. Nosotros, si alguno molestaba, lo matábamos y ya, pero nada de quitarle la libertad…

—¡Ah, qué fácil lo decís! —contestó el otro parroquiano, sentado al lado de Boadas.

—Sí, así son mis ideales —el ácrata hablaba con firmeza—. No voy a cambiarlos a esta altura de mi vida. Todavía recuerdo al tano Faccia Bruta: fue a ver a Roscigna a la cárcel y le dijo: «Vengo por una pregunta: ¿te levantó la mano ese Pardeiro?». «Sí, me la levantó». «Nada más, ese no vuelve a levantar la mano nunca», le respondió el

tano. Se levantó y se fue. Y dos días después el comisario Luis Pardeiro terminó muerto a balazos.

—Ese Pardeiro era otro hijo de puta —apuntó un viejo del Cerro acodado al mostrador, que en su juventud había pasado por las torturas de la Jefatura de Policía de Montevideo. Y conocía los rumores de cómo el comisario habría amenazado a Roscigno: «Voy a traer a tu mujer y te la voy a hacer montar por los milicos en presencia tuya. Y no vas a poder chillar para no pasar vergüenza…», lanzó el veterano en medio de la charla.

—Sea como sea —apuntó el diarero—, Pardeiro no le levantó la mano nunca más…

Pepe pidió una vuelta para la mesa de Boadas y se sentó al costado. La conversación se animaba.

—Pero lo del túnel fue grandioso —tiró entonces Mujica.

—Eso lo pudimos hacer porque siempre estuvimos comprometidos con la causa. Yo, incluso, me quería fugar de Miguelete, donde nos habían encerrado antes, pero Roscigna me frenó, porque sabía que nos iban a trasladar a Punta Carretas, y allí la cosa ya estaba planificada…

—¿Y cómo fue todo? —a Pepe le interesaba saberlo de boca de un protagonista.

—Oye, que es una historia muy larga —Boadas se mostró algo reticente.

—¡Dele, que una cosa de esas no pasa todos los días! —le pidió Pepe.

Boadas terminó por contar la hazaña en la confianza de los amigos de aquel bar de Grecia y Prusia.

—El que dirigió la construcción del túnel fue Gino Gatti, que había sido capitán de ingenieros del Ejército italiano. Lo hizo con gran precisión: cincuenta metros desde la carbonería de Solano García. La tierra se iba sacando en el reparto del carbón y se tiraba con disimulo en las canteras de Pocitos…

—¡Qué lo parió! —Pepe no salía de su asombro.

Y ya no interrumpió hasta que el anarquista terminó su gran historia. Para concluir, Boadas comentó que habían dejado un cartelito en el túnel, que mostraba sus ideales de la lucha: «*Son ácratas aquellos que lo demuestran con los hechos y no con las palabras*».

Pepe se fue hacia el Paso de la Arena meditando, lleno de historia y memoria viva, quizá más viva de lo que se podía imaginar…

Pereira Reverbel lee tirado en la cama. De vez en cuando se levanta para usar la silla. Se arregla las solapas, cruza las piernas y mira a los encapuchados, mientras anular, mayor e índice de su mano derecha repican inquietos sobre la mesa, reproduciendo el sonido de un caballo al galope.

Entonces conversa con los tupamaros que lo custodian, y trata de convencerlos de que están equivocados.

—Lo de ustedes es una locura, muchachos. ¡Entréguense!

—¿Usted cree que en el Uruguay existe la justicia? —preguntó, capcioso, el tupamaro encapuchado, Eleuterio Fernández Huidobro.

—¡Pero cómo no! Por supuesto. La justicia militar es excelente…

—Pero usted cómo explica que tres cañeros estén desde hace cuatro años presos por expropiar un banco, mientras usted…

—¡Robar, querrá decir, robar!

—Expropiaron un banco para que cientos de cañeros sometidos puedan comer, mientras usted, que asesinó a un canillita por la espalda, no estuvo ni dos meses en la cárcel.

La contundencia de la afirmación paralizó al presidente de UTE.

—¿Asesino yo, asesino yo? —comenzó a repetir Pereira Reverbel en medio del llanto.

El hecho era cierto. Sucedió en Artigas, en la madrugada del lunes 30 de enero de 1961. Mató de tres disparos a un joven de veinte años, Francisco Arangúdez, distribuidor de *La Escoba*, medio por el que se sintió ofendido Pereira Reverbel. El vendedor no quiso dejar de vender esa edición del semanario…

Cuando se serena, el presidente de UTE vuelve al tema de los cañeros. Él se siente con autoridad local para opinar sobre el asunto porque ha sido legislador por el departamento de Artigas, y además es estanciero…

—Los que se quedan a trabajar en Bella Unión no la pasan mal —argumenta con seguridad Pereira Reverbel, como si conociera al dedillo aquella situación.

—Pero, claro… —replica Fernández Huidobro—. Por eso los hijos de los peludos se mueren de hambre, por eso recorren seiscientos kilómetros reclamando un pedazo de tierra para trabajar…

—¡Ah, no! —el jerarca endereza la espalda y golpea la mesa—. Los que vienen a protestar a Montevideo son unos vagos, esos no quieren trabajar. Son agitadores, holgazanes…

Parece natural que no se pongan de acuerdo. El antagonismo crece cuando surge el tema de la revolución cubana.

—¡El comunismo es la peor plaga del mundo! —afirma Pereira Reverbel.

El otro tupamaro de guardia, Hébert Mejías Collazo, también encapuchado, aprovecha a bajar la púa sobre un disco negro que gira en una especie de gramófono: se escucha la Internacional Socialista y la voz de Fidel Castro, figura revolucionaria que desencadena la ira del jerarca.

—¡Cínico, cínico! —espeta el presidente de UTE con cara agria.

Afuera, la ciudad sigue hirviendo.

El gobierno moviliza a tres mil efectivos entre personal de la Policía, del Ejército, de la Marina y de la Fuerza Aérea. Las *razzias* estremecen a todos los barrios. Hay

cientos de detenidos, sin razón legal.

Los gremios estudiantiles y los de trabajadores —sobre todo el de UTE— saludan el secuestro de Pereira Reverbel, en tanto fiel representante del gobierno «*oligarca y represivo*».

Pero los operativos policiales y miliares crecen y avanzan en forma peligrosa. Por poco dan con el gran berretín que los tupamaros tienen en Pajas Blancas, la chacra Marquetalia. Y la «jaula» está a punto de ser descubierta, cuando los militares rodean la planta emisora de radio El Espectador.

—¡Ahí vienen! —se escucha.

—¡Todos a sus puestos! —con la orden, los tupamaros se apostan para la defensa de la base. Pero los militares no divisan nada sospechoso…

Las manifestaciones estudiantiles no se detienen y subyace el peligro de vida para los jóvenes que salen a protestar en las calles. Mujica observa con mucha preocupación este punto. Y recuerda que el comunicado tupamaro advierte, en forma genérica pero advierte, que Pereira Reverbel puede llegar a morir como respuesta a las represalias del gobierno.

—¿Estamos en condiciones de asumir un muerto? —pregunta Pepe en un diálogo con integrantes del comando. El Ñato Huidobro también coincide con esa preocupación.

Los helicópteros rasgan el cielo de un lado a otro, como halcones hambrientos en busca de su presa, mientras las bandadas de vuelo rastrero, azules y verdes, irrumpen masivamente en las casas rompiendo y lastimando todo lo que encuentran, como en las escenas más violentas de la película de Hitchcock *Los pájaros*, que ya había sido estrenada en Montevideo.

En ese peligroso escenario, el MLN toma la decisión de abrir la jaula:

—¡Hay que liberar al pajarraco!

—¡Ya es tiempo!

El MLN considera que el efecto de propaganda se cumplió y que la medida ha caído bien entre estudiantes y trabajadores a quienes se busca impulsar a la lucha contra la oligarquía, el capitalismo y la represión. El operativo de liberación del secuestrado se realizará el domingo 11.

—¡Radio El Espectador, buenas noches! —el sereno siempre atendía el teléfono con las mismas cinco palabras.

—Buenas noches, páseme con Prensa, por favor.

—Sí, enseguida, señor.

—Prensa… —la voz grave del informativista de turno retumbó en el auricular.

—¡El presidente de UTE está en un Land Rover, en Cataluña y Ramón Anador!

—¿Quién habla?

—Habla un N. N. ¡Ya tienen la primicia, si salen ahora lo van a encontrar!

El tupamaro cortó la comunicación: eran las 21:40 de un domingo fresco y perezoso. Pero el dato le sacó la modorra al periodista: rápido de reflejos, telefoneó al director de informativos de la radio, Hugo Infantino, quien vivía en las cercanías del Estadio Centenario, a una cuadra y media del lugar donde —según aquella voz misteriosa— habían liberado a Pereira Reverbel.

El presidente de UTE ya había salido del *jeep* y cruzado la calle Vidal y Fuentes, tambaleándose: aún le duraba el mareo, pues los tupamaros le habían aplicado dos inyecciones —una en el muslo y otra en la mano— para dormirlo y subirlo a la parte trasera del vehículo robado, donde fue tapado con nailon y el abrigo del propio jerarca.

Pereira Reverbel tocó el timbre en la primera casa que divisó —en la chapa del frente lucía el número 3149— y fue atendido apenas lo reconocieron.

Infantino llegó corriendo hasta el ombú de Ramón Anador y pudo divisar el *jeep* con las puertas abiertas. Poco después dio con la casa de dos plantas y murete blanco en la que se encontraba Pereira Reverbel.

Infantino, excitado, sacó su libreta de apuntes.

—¡Esto es una bomba! —exclamó.

—¡No, por favor!

—¡Tranquila, señora, tranquila! Me refiero a la noticia, son cosas de periodistas…

Unos minutos después se interrumpía la programación habitual de El Espectador, para que explotara la información: pasadas las diez de la noche, el tranquilo y poco iluminado barrio del parque de los Aliados —la gente no se acostumbraba a llamarlo parque Batlle— se atiborró de policías, periodistas, camarógrafos y decenas de curiosos atraídos por los *flashes* de los fotógrafos y las luces de la televisión.

Pepe se quedó escuchando la radio hasta la medianoche: se sentía tranquilo porque la operación había terminado con éxito, y sin muerto.

—¿Cómo se siente? ¿Qué le hicieron?

—¡No me judearon! —sostuvo el presidente de UTE ante las primeras preguntas.

Esa noche Pereira Reverbel reposó en la residencia presidencial de Suárez y Reyes, y al día siguiente almorzó con el presidente Pacheco.

Por la tarde, la del lunes 12 de agosto, se produjo una manifestación relámpago frente a las puertas de la Facultad de Veterinaria, y un policía de la Seccional 9.ª disparó al vientre del estudiante Líber Arce. El joven murió dos días después.

El jueves 15, decenas de miles de personas caminan detrás del cajón que guarda el cuerpo del mártir estudiantil. Parece el sepelio más grande de la historia del país. La congoja es absoluta, y la impotencia también.

—¡El que tenía que haber muerto es el hijo de puta de Pereira Reverbel! —grita una joven con uniforme liceal, que participa de la marcha junto con sus compañeros de clase.

—¡Apoyado!

Luego de la inhumación, pasadas las 8:00 de la noche, centenares de manifestantes arrasan con todo lo que encuentran por la avenida 18 de Julio: rompen los vidrios de los bancos, tiendas, supermercados, diarios, confiterías, y algunos protagonizan saqueos.

La policía se mantiene al margen; el gobierno no quiere otro muerto, al menos ese día. La Universidad de la República y la Federación de Estudiantes Universitarios rechazan los desmanes y deslindan responsabilidad.

El 20 de setiembre una manifestación estudiantil es reprimida con ferocidad por orden del gobierno.

La marcha avanzaba desde la Universidad de la República hacia el centro cuando en 18 de Julio y Minas apareció un ómnibus de la Policía Metropolitana, varias camionetas comerciales particulares, algunos *jeeps* y patrulleros, que transportaban decenas de policías de la Jefatura, Radiopatrulla y unos cincuenta de la Guardia Republicana. Atacaron el avance de la manifestación con granadas de gases, y abrieron fuego directo contra los estudiantes, con metralletas y escopetas de dos caños.

Decenas de estudiantes cayeron heridos, algunos por impactos directos de las bombas de gases, otros por las balas y las perdigonadas.

Los estudiantes respondían con piedras y algunos lograron refugiarse en la Universidad. Pero la policía comenzó a disparar sus armas contra el edificio universitario. En el primer piso algunos practicantes de Medicina atendían a los heridos: uno se estaba muriendo. Las fuerzas policiales impidieron el ingreso de ambulancias, ni accedieron al traslado del joven en grave estado. Los estudiantes intentaron sacarlo sobre una puerta improvisada como camilla, agitando camisas blancas pidiendo tregua al ataque. Y la fuerza de choque les respondió con nuevas ráfagas de sus metralletas.

El cuerpo médico que atendió más tarde al estudiante de Ciencias Económicas, Hugo de los Santos, de 20 años de edad, certificó que había llegado muerto: «*un proyectil de tipo metralla le atravesó el tórax lesionándole el corazón y produciéndole una hemorragia intrapericárdica que, de haber sido atendida con prontitud, no hubiera sido mortal*», señala el comunicado del Sindicato Médico del Uruguay.

Añade una lista de la situación de salud de decenas de jóvenes heridos, varios de ellos graves, que llegaron a diversos hospitales y sanatorios. La ficha de Susana, una estudiante de la Escuela de la Construcción, indica: «*Femenino. 27 años, ingresa sin conocimiento, herida de perdigón en tórax sin orificio de salida, herida de perdigón en región carotidea izquierda con perforación de estómago y en miembro inferior izquierdo. Susana Pintos. Universidad del Trabajo. Fallece a la hora 3 por hemotórax de tres litros en el Hospital de Clínicas*».

Decenas de miles de personas asisten al sepelio de ambos estudiantes. Los gremios convocados por la CNT y otras organizaciones sindicales concurren en forma masiva. Y se llama al paro general.

El gobierno de Pacheco clausura los centros de enseñanza y ordena su custodia militar, lo mismo que la sede de la CNT y de la Asociación de Empleados Bancarios del Uruguay.

Rigen las Medidas Prontas de Seguridad, se apalea a miles de obreros, se los detiene en unidades militares de todo el país, incluso en un buque que se usa como «cárcel flotante». Los funcionarios públicos que realizan paro son arrestados y enviados a cumplir instrucción militar: la primera tanda es de ciento veinte empleados de UTE. Se ejerce la censura previa a los diarios y se clausuran medios como el vespertino *Extra* que dirige el izquierdista Federico Fasano.

Pacheco amenaza de manera permanente con disolver las Cámaras: legisladores de su propio partido lo cuestionan con dureza, como el senador Zelmar Michelini.

Los tupamaros ya no están solos, pues se han sumado otros movimientos guerrilleros, con los que se mantienen contactos: las embrionarias Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales (FARO) —brazo armado del MRO—, que reciben ayuda logística de miembros de las también incipientes Fuerzas Armadas de Liberación argentinas, como Ramón Torres Molina. La lucha armada de la FAU se realiza a través de la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales (OPR-33). El MIR, del que se desprendió Mujica, sigue actuando, al igual que otros grupos quizá no tan importantes, pero con actividades clandestinas destinadas a golpear al gobierno.

Durante 1968 se asaltaron diez bancos, no todos por parte del MLN. Y también la tesorería del Hotel Casino Carrasco, que sí fue obra de los tupamaros.

Mujica sigue con sus flores, y también con las armas. Participa como apoyo en varias expropiaciones, y es uno de los principales encargados de atraer gente de los movimientos estudiantiles para convertirla en cuadros del MLN. Se lleva bien con la juventud, la estudiantil y la obrera. Se lo puede ver con sus ropas austeras en las concentraciones de trabajadores, hablando pausado y con gestos de cariño hacia quienes lo rodean. Pero debe ser muy perspicaz y selectivo en su trabajo. Es uno de los contactos —desconocidos— que con ansias esperan muchos jóvenes. Aquellos a quienes se les ha erizado la piel ante las pintadas que aparecen en los muros de la ciudad: «*Ármate y espera*».

La trascendencia pública del secuestro de Pereira Reverbel —y la represión

sanguinaria del gobierno de Pacheco— han despertado aún más la disposición de jóvenes a ingresar en la lucha revolucionaria.

Hay grupos de jóvenes que se arman y realizan pequeñas acciones clandestinas, con la expectativa de que alguien de los tupamaros los descubra e incorpore a la organización. Están atentos y buscan acercarse de cualquier manera al MLN.

Pepe sabe que ahora más que nunca debe ser muy cuidadoso en la selección de jóvenes, porque el esnobismo también pesa.

—Yo estoy listo para ser un guerrillero —suelta un joven muy ansioso en una ronda de estudiantes en torno a una olla popular—. Tengo todo lo necesario: físico, agilidad y buena puntería; solo falta que los tupas me descubran…

Mujica sonríe, pero saca la pata del lazo: habla de temas políticos en general. El joven se retira hacia otra parte del campamento, quizá en busca de ese contacto que no llega.

Cuando el tema de los tupamaros resurge en la charla, Pepe larga su posición:

—¡Miren que no debe ser tan sencilla la vida de un guerrillero! —sugiere sin identificarse como tupamaro y tomando distancia de su verdadero rol—: No creo que sea cosa de salir a pegar tres tiros para poder darse dique, diciendo: ¡Mírenme todos acá, soy un tupamaro, soy un tupamaro!

Pepe hace reír a los estudiantes, pero no reclutará a ninguno del grupo. No los «descubre» y tampoco lo descubren a él.

En otros casos, en charlas íntimas, explica a algunos jóvenes que están asumiendo una gran responsabilidad, les pregunta si están dispuestos a aceptar ciertas reglas de oro —como la compartimentación— y les advierte que al ingresar al MLN corren el riesgo de ser detenidos y pueden llegar a ser torturados.

A pesar de los cuidados, el crecimiento en la cantidad de reclutados es tan grande que la dirección del MLN piensa crear siete columnas, porque además Sendic es partidario de la descentralización de la acción, en contra de los principios leninistas de concentración de poder. La idea era que cada columna se desarrollara como una unidad orgánica y autónoma, que pudiera seguir funcionando en la lucha aun cuando el resto de las columnas cayeran.

—¿Te parece, Bebe? —le pregunta Huidobro.

—¡Hay que dejar a la gente hacer! —responde Sendic.

—Pero ahora…

—¡Ustedes parecen unos samuráis, no dejan que la gente nueva gane experiencia!

Amodio Pérez —apoyado por su compañera Alicia Rey— había comenzado a quejarse de que no era considerado para los puestos relevantes dentro de la organización. Ambos amenazan con salirse del MLN y terminan por presentar carta de renuncia, que debe ser considerada por la dirección.

—¡Sí, esta es la oportunidad de que se vayan! —esgrime Marenales.

Ya había acopiado más datos sobre comportamientos inadecuados de Amodio: era el único que no practicaba la austeridad, fumaba pipa con tabaco holandés, tomaba

del mejor *whisky* escocés y Rivero Cedrés había vuelto a denunciarlo por faltante de dinero. Sendic y Huidobro lo sabían, pero les parecían cosas menores o no comprobadas. Aunque al final, una charla profunda con Marenales resultó determinante.

—¡Ta bien, hay que evacuarlos! —dice Sendic—. Ellos hablan de irse a la Argentina, bueno, hagámoslo bien: no se olviden de que saben muchas cosas…

Se comunica la decisión. Y se produce un escándalo: Amodio trina, pues su idea era forzar a la dirección a que lo ascendieran.

Al tiempo que un grupo de seguidores de Amodio intercede por él ante la dirección, suceden algunos hechos inesperados: el 8 de octubre capturan a Marenales, Leonel Martínez Platero y Carlos Rodríguez Ducós, en un tiroteo, mientras viajaban en una camioneta.

La organización se resiente.

El 13 de octubre, vecinos de Pajas Blancas alertan a los bomberos sobre un incendio de importantes dimensiones. Se está quemando el gran berretín: los tupamaros rescatan todo lo que pueden pero saben que es insuficiente. Pronto la policía descubre restos de armas y autos quemados, un polígono de tiro, entre otros elementos del MLN: la base Marquetalia ha caído.

La organización se debilita demasiado.

En ese contexto, la dirección decide evitar cualquier nueva fisura: Huidobro y Sendic deciden que Amodio pase a integrar la dirección del MLN.

Esa noche, Amodio festeja —a escondidas de la austeridad— con su pipa perfumada y su garganta llena de malta escocesa. Ha llegado donde quería…

La conformación de las siete columnas previstas desde el simposio tupamaro de setiembre se ve trastocada; algunas —como la 4— no tienen tiempo ni de comenzar a construirse, pues la policía aprehende a varios tupamaros en diversos golpes contra el MLN.

También es descubierto, el 10 de diciembre, el rancho donde vive Sendic, en Pando. Se trata de la base más importante de la columna del interior.

Cambiando los números originales, en algún caso, quedan operativas las columnas 1, 5, 7, 10 y 15.

Desde la dirección, Fernández Huidobro supervisa la 1, la 5 y la 10, de Montevideo. Amodio, la 15, también de la capital. Y Sendic, la 7, del interior.

En estos momentos Pepe ya integra el comando de la columna 15: Coquito Rodríguez Recalde no soportó la relación con Amodio, y había pedido un pase a otro sector de la organización, pero recomendó a Mujica para que ocupara su lugar, lo que fue aceptado por la dirección del MLN.

Pepe comanda las acciones de la columna 15 junto con Alicia Rey y otros dos compañeros legales. Pero el trato con Amodio no demora en tensarse. Y si bien

Mujica sobrelleva el personalismo del ahora integrante de la dirección del MLN, no sabe cuánto podrá soportarlo…

Jessie había vuelto al país y Pepe se rencuentra con ella, que pasa a integrar un grupo de acciones militares del movimiento. Reverdecen los sentimientos en un Mujica enamoradizo, que todo lo vive con intensidad. Pero el amor y la incertidumbre propia del revolucionario van de la mano…

Al final de 1968, la situación es muy compleja para los tupamaros por las sucesivas arremetidas que vienen padeciendo. Se adoptan entonces medidas de urgencia para salvaguardar a militantes y los pertrechos que se han podido rescatar; pero corren riesgo de caer en manos policíacas armas, municiones y equipamiento.

Pepe es uno de los encargados de «enterrar» algunos de estos pertrechos, algo que ya ha hecho decenas de veces en los últimos años. Han sido muy certeros los golpes del Departamento de Inteligencia y Enlace de la División de Investigaciones a cargo del comisario Alejandro Otero, por cuanto esta vez, más que nunca, Mujica debe encontrar un lugar seguro…

20

La vida clandestina

La mañana veraniega está muy calurosa. La Orquídea ya abrió, pero han llegado pocos clientes.

El dueño del comercio indica que hay que remojar los pimpollos y reacomodar las glicinas en la vidriera.

Un rato después entra una vecina, doña Elvira. Pide un consejo para su jazminero porque ya no sabe qué hacer con las hormigas. Se queda conversando un rato, pero recuerda que debe regresar a su casa porque tiene que preparar la comida para su hijo, que al mediodía llega de la curtiembre.

Afuera, el sol parece rajar el pavimento de la calle Grecia. Doña Elvira se arregla el pañuelo de cabeza y sale a paso agitado. Camina cinco o seis metros, y cuando se dispone a cruzar la calle, casi choca contra el forastero que hace un rato da vueltas por la zona. Ella ya lo había visto merodear, y no le gusta su aspecto. Se lo queda mirando, hasta que el hombre entra a la florería.

El cliente nunca visto sonríe:

—Ando buscando unos lindos claveles y me recomendaron venir a La Orquídea.

—Le recomendaron bien…

—En realidad, me dijeron: «la florería de Refreschini». ¿Es usted, verdad?

El vendedor lo miró con cierta desconfianza, pero no tenía motivos para mentirle…

—Sí —contestó, y al ver la sonrisa que la respuesta causó en el hombre, presintió que algo andaba mal—. ¿Cuántos claveles le preparo?

—Una docena, blancos, por favor.

—Bueno.

—Está lindo para ir a la playa. Ayer no tanto, pero hoy el agua está preciosa —comenta el cliente como si viviera en el Cerro.

—Sí, la verdad que sí —responde Refreschini, que apronta el ramo de claveles pero no continúa la conversación, algo raro para un comerciante de sus características.

Mientras el vendedor hace su trabajo, el hombre observa detenidamente el local. Mira sobre todo las paredes, entre los estantes, el piso, entre las macetas, y debajo de la mesa sobre la que trabaja Refreschini, al que ya retrató en su memoria.

El forastero está bien afeitado y no usa bigotes. Su camisa blanca tiene una pequeña mancha de tinta en el bolsillo, donde seguro suele colgar su bolígrafo.

Apenas se le nota bajo el holgado saco *sport* que luce con los botones desprendidos. Es gris oscuro, como su pantalón muy bien planchado, rectilíneo. No usa bolso, maletín, ni cartera de ningún tipo, tiene las manos libres. Pero introduce la derecha bajo el lado izquierdo del saco en un movimiento rápido, muy rápido, que sorprende a Refreschini. Así extrae una billetera de cuero negra.

El comerciante ha quedado pálido.

El forastero sonríe mientras abre la billetera para pagar las flores.

—¡Muchas gracias, José! —le dice y le extiende la mano esperando el saludo.

—Veo que también sabe mi nombre de pila…

—Sí, claro, me lo dijo la vecina que me recomendó venir…

—¿Qué vecina? —se anima a preguntar Refreschini.

—Una que me encontré a mitad de cuadra. No me dijo cómo se llamaba, ni yo se lo pregunté, no sea cosa que me malinterpretara… Ya sabe cómo son las mujeres: ¡ja, ja, ja! —la risa suena falsa en los oídos de Refreschini—. Mire si me ligo un cachetazo…

El vendedor se ve forzado a sonreír.

El sugestivo cliente huele las flores y suspira.

—¡Hasta mañana! —dice entonces al darse media vuelta para abrir la puerta.

—¿Mañana vuelve? —pregunta, inquieto, Refreschini.

El hombre se da vuelta por un instante:

—Es un decir, amigo —su mirada no es amistosa, por más que sonría—. No soy de regalar tantas flores, pero nunca se sabe…

Los claveles quedaron marchitándose en el asiento trasero del Maverick que el misterioso hombre abordó al doblar la esquina. El forastero abrió la guantera y sacó una libreta en la que trazó un croquis del local comercial, con los detalles que había observado. Debajo anotó: «Florería La Orquídea / Grecia 3752 / José Refreschini del Castillo (dueño)».

El auto dio algunas vueltas. Atravesó Rusia, Suecia, Austria y enfiló por la calle China, donde el conductor disminuyó la marcha al pasar frente al número 1737.

Una muchacha barría el patio detrás del murito. Miraba al piso y se quejaba de que el patrón no le hubiera cambiado aquella escoba de paja gastada. Pero por un instante resurgió de su abstracción y miró hacia la calle. El hombre del auto le sonrió, cómplice, y ella agachó la cabeza y se fue rápido hacia dentro.

—¡Mamá! ¿Qué hacía tu novio hoy en lo de Refreschini? —inquirió la muchacha al llegar a su casa. Tenía las manos en la cintura y los ojos clavados en la nuca de su madre, quien no dejaba de lavar los platos—. ¡Contestame!

—¡Ah, yo qué sé, nena! —repuso la madre ya saliendo hacia el comedor.

—¡Le contaste! —insistió la joven, que la perseguía—. ¡Le contaste lo que te dije!

—Pero yo… —titubeó la madre.

—¿Vos estás loca? Y ahora, ¿qué hago?

La muchacha no pudo hacer nada más. Ya había visto y contado demasiado.

El viernes 3 de enero dos autos de Inteligencia y Enlace y uno de la Metropolitana estacionaron frente a la casa del florista. Derribaron la puerta y encontraron el berretín: tres ametralladoras PAM, con municiones, seis kilos de gelignita y un transmisor de onda corta del Ejército. El dueño no estaba en casa y tampoco en la florería.

Refreschini tomaba y apoyaba el pocillo en el plato, una y otra vez, lejos del barrio, en un sucucho amigo, entre el humo del cigarrillo. Así, afloró el recuerdo:

—No creo que sea el lugar más seguro, Pepe.

—Te lo pido por favor, hermano. Son unos pocos fierros —dijo Mujica a su amigo.

—Sí, por eso, no es un bagayito, son fierros —respondió Refreschini abriendo sus brazos para simular el largo de las metralletas.

Pepe se calló.

Refreschini caminaba de un lado a otro, sabía que se estaba metiendo en un lío más complicado que el de esconder algún matute menor —bolsos o paquetes con algunos productos contrabandeados— como los que ya le había guardado a su amigo. Dudó entonces hasta de lo que contenían aquellos bultos de otras «gauchadas». Sobrevino un silencio…

Hasta que el indeciso florista, tras un chasquido resignado, miró a Pepe y le dijo:

—Hay que hacer esto rápido, antes de que alguien se dé cuenta.

—Gracias, hermano. Me estás dando una gran mano, gracias —contestó Mujica.

A pesar de que las armas eran pocas, la ayuda era grande, no solo porque la policía estaba reprimiendo en puntos clave de la organización: la represión contra los particulares también se acentuaba. Un militar retirado había asesinado al obrero municipal Arturo Recalde en una manifestación por aumento de salario, y un tal Comando Oriental Anticomunista atacaba a trabajadores y militantes de izquierda.

Tal vez no pesó tanto la identificación ideológica —Refreschini no era tupamaro ni revolucionario, quizá era hasta un poco conservador, pero de izquierda— como la amistad cultivada entre el propietario de La Orquídea y el productor de flores.

La noche estaba clara y eso complicaba un poco, pero el trabajo se cumplió con diligencia: las armas quedaron escondidas en la casa de la calle China. Los amigos se despidieron con un abrazo y todo se mantuvo en calma. Hasta que la policía dio con el berretín…

—Eso no es de mi esposo, es de un conocido de la zona…

—¿Cómo se llama ese conocido? —preguntó el comisario Justo Rodríguez Moroy.

—Le dicen Pepe…

—¿Pepe cuánto?

—Pepe Mujica, creo.

Ahora Refreschini estaba en una encrucijada: no podía volver a su casa, ni a su trabajo. No podía parar de revolver el café, ya frío, como si estuviera batiendo huevos.

Pepe tampoco estaba en condiciones de ofrecerle ayuda, pensó, en todo caso la policía ya habría establecido los nexos entre el florista del Cerro y el del Paso de la Arena.

—¡La puta que lo parió, estoy cagado!

A esa hora Mujica estaba sentado en el wáter del apartamentito de Colombes y Asamblea, ajeno a todo lo que pasaba en el Cerro. Pero la costumbre de escuchar radio Montecarlo, una emisora siempre interesada en las noticias policiales, lo estremeció: «*Espectacular operativo policial en el Cerro. Montecarlo informa desde el lugar de los hechos…*».

Pepe no tardó en subirse los pantalones, y mientras se ajustaba el cinturón, escuchó: «*Gracias. Nos encontramos en la calle China donde la policía, mediante un recio y eficaz allanamiento, acaba de incautar un arsenal, con poderosas ametralladoras y explosivos como para dinamitar toda una manzana…*».

—¡Qué exagerado! —rezongó Pepe, mientras se apresuraba a meter lo imprescindible en un bolso.

«*Se busca afanosamente al dueño de la casa, quien se apellida Refreschini* —continuó el periodista—. *Nosotros seguimos a las principales unidades policiales: vamos para lo de Mujica Cordano…*».

—¡¿Ya?! —exclamó Pepe, quien abrió la puerta y se echó a correr.

Era probable que los hombres de azul se dirigieran a la casa de Mujica en su viejo barrio, pero también podría tratarse de una sutil trampa: no sería la primera vez que se largaba una información falsa para despistar. Quedarse en aquel apartamento de Malvín significaba rifarse la libertad. En cualquier escenario, lo más atinado era refugiarse en otro lugar…

—¡Menos mal que ando con guita! —lanzó palpándose los bolsillos. La venta de flores de aquel fin de año había sido un éxito.

La policía no lo encontró en el Paso de la Arena, pero continuó la búsqueda, por todos lados, día y noche.

Los investigadores obtuvieron varios datos —hubo amenazas, veladas o no, ante

personas del barrio a fin de que colaboraran— pero no daban con el fugitivo.

Sin embargo, tras la información de lo que consideraban una buena fuente, montaron un gran operativo: a las 05:00 de la mañana autos policiales y un camión del Ejército marchaban por el repecho de la calle Simón Martínez. Al llegar al camino del Fortín giraron a la derecha hasta parar frente al número 2032.

Con todos los hombres en posición de combate, irrumpieron en la casa de Mamorou Haruta, el amigo japonés de la juventud de Pepe.

—¿Dónde está Mujica? —espetó uno de los uniformados apuntándole al Harta con la metralleta.

—No, Mushica, no ta ca…

—¡Cantá, chino de mierda! —gritó otro, mientras varios policías y militares registraban hasta el último rincón de la chacra.

La mujer de Haruta, también japonesa, no entendía bien el español. Lloraba y temía por su hijo, que tenía tres años.

No encontraron a quien buscaban, pero no podían marcharse con las manos vacías…

—¡Nos va a tener que acompañar! —le dijo el jefe del operativo a Haruta.

—¡No, no lleva, no! —imploraba la señora japonesa, con su hijo en brazos.

—¡Este señor no sale más! —recibió por toda respuesta, mientras detenían a su esposo.

Haruta fue llevado al cuarto piso de la Jefatura de Policía, donde lo interrogaron a fondo, sin entender que el florista decía la verdad: Mujica le compraba flores de vez en cuando; pero él, Haruta, no había escondido a ningún fugado.

La esposa del detenido salió hacia la Embajada de Japón, y logró una intervención diplomática:

—¡En Japón, no izquierda, no tupamaros! —le dijo el embajador al jefe de Policía.

Al Harta lo soltaron a la medianoche.

El miércoles 8 de enero —al quinto día de fugado—, el florista de la calle China decidió entregarse a la policía y hacer valer su condición de hombre trabajador, al que habían sorprendido en su buena fe.

—Refreschini, usted se puede ir de acá a su casa, o ya sabe… —amenazó el policía en la sala de interrogatorios—. ¡Depende de usted!

—No sé de qué me habla, ya le dije que no soy tupamaro.

—¡Vamos, Refreschini! ¡Usted y Mujica estaban por dar un golpe!

—¡No! ¡Yo solo vendo flores!

Un rato después, el interrogado admitía que algunas veces había escondido productos contrabandeados por Mujica desde Argentina…

—¡No lo voy a negar! —prosiguió—. Yo le guardé las cosas. Pero él me dijo que

eran repuestos de autos, y yo le creí…

—¡Ja, ja, ja!

El juez procesó a Refreschini por asistencia a la asociación para delinquir, un delito de los considerados «livianos», en tanto deparaba pocos meses de reclusión.

Desde esos primeros días de 1969, Pepe Mujica vivió en la clandestinidad. Había actuado como revolucionario legal —con períodos más o menos activos— durante más de seis años. Ahora, la nueva situación le imponía mayores cuidados como guerrillero, y profundos desafíos en su vida cotidiana, quizá lo más complejo de afrontar.

El Flaco David también pasó a ser «clande», pues desde hacía un tiempo su principal refugio era el apartamento de Colombes y Asamblea.

Había llegado para poner un toque de humor a ciertas horas de encierro, cuando era necesario retraerse por los avatares de las acciones guerrilleras.

—¿Pero esto qué es? —se espantó el Flaco al despertarse una mañana en aquel apartamento de Jessie.

—Modigliani, creo —respondió Pepe, restregándose los ojos.

—Pero ¡dejate de joder! —El Flaco se levantó y dio vuelta el cuadro de las mujeres de cuello largo que ofrecían sensualidad a la habitación—. ¡A mí poneme una mina de almanaque para ver!…

Ahora trataban de sortear los embates de la policía, que los perseguía.

Pepe buscó refugio en la casa alquilada por Coquito Rodríguez Recalde y su compañera Edith Moraes, en la calle Barradas, donde ya se había escondido en horas de semiclandestinidad. Pero pronto entendió que ese lugar tampoco era seguro.

La policía estaba cerca, lo sabía. Había pasado con disimulo —oculto en un auto legal— por la esquina del apartamento de Jessie.

—¡Cayó! —aseveró Pepe y el compañero que manejaba el vehículo asintió—. Hay tremenda ratonera…

Caras policiales de civil merodeaban por el lugar, como gatos al acecho…

El 9 de enero, poco después de que Mujica se marchara de allí, el local de la calle Barradas también fue allanado. Rodríguez Recalde y Moraes tampoco se encontraban en la casa. La policía halló un arsenal, 40 kilos de gelignita y «*literatura sediciosa*».

Pepe y David anduvieron a calle y monte toda una noche y a la mañana decidieron llegarse hasta La Paz. El portón tenía el candado puesto, así que Mujica tuvo que tocar timbre.

Doña Herminia abrió la puerta.

—¡Pero Pepe, pasá m’hijo, pasá! —la esposa de Erro se sorprendió—. ¡Y vos también, entrá, entrá!

Mujica y el Flaco llegaban con tierra hasta el último pelo.

—No queremos ensuciar…

—¡Por favor, muchachos! —una vez que pasaron, doña Herminia cerró la puerta —. ¿Qué les pasó?

—Nos andan buscando…

—Pero m’hijo, ¿comieron?

La cara de Mujica lo dijo todo:

—¡Qué van a comer! —doña Herminia siguió por el corredor—. ¡Vengan, vengan! Pasen a bañarse, que ya les doy ropa de Enrique y les preparo algo de comer.

—No, no queremos molestar…

—¡Qué esperanza! —la anfitriona ya bajaba pijamas de su esposo.

Pepe y David se bañaron y almorzaron, mientras conversaban con Erro.

—¡Se les complicó la cosa, muchachos!

—Está bravo —Pepe no paraba de tomar sopa. Luego vendría más comida.

Le contaron a Erro sus planes, mientras doña Herminia les lavó toda la ropa y la colgó al sol.

—¡Ahora tienen que dormir bien! —les dijo luego y se puso a tender la cama de su dormitorio.

—¿No querrá dormir acá don Enrique? —le preguntó Pepe.

—¡Acostate, acostate tranquilo! —Erro pasaba hacia la cocina, en el fondo.

David durmió en el *living*.

Cuando la ropa se secó, por la tarde, se vistieron y lustraron bien sus zapatos.

—Los milicos andan mirando así, para abajo —le contó Pepe a doña Herminia—. Ellos dicen que los «ciudadanos» llevan los zapatos bien lustrados. A los que tienen los zapatos sucios, muy embarrados, los meten pa dentro, porque dicen que esos que andan caminando todo el día son tupas.

—Y tienen razón —acotó David.

—Y sí, la verdá que sí —sonrió Pepe.

Cuando cayó la noche, los tupas disfrazados de «ciudadanos» partieron hacia nuevos rumbos. Iban en busca de un «contacto» de la organización.

El encuentro resultó eficaz y hasta muy grato: se resolvió que fueran a visitar a Sendic. El Bebe estaba pasando unas buenas vacaciones en el balneario más importante del país.

—¿En qué andará el Bebe? —se preguntaba el Flaco en el viaje.

—No sé, pero en alguna ha de andar…

Llegaron a Pinares de Punta del Este. La casa alquilada por Sendic —con los documentos falsos de siempre— tiene nombre: El Limbo. Allí se hospeda con Violeta, que ya está por tener su segundo hijo con el líder cañero clandestino, aquel al que un día de 1964 escondió en su apartamento de la calle Arrascaeta.

—¡Qué vida, ¿eh?! —dice Mujica un rato después, estirado en un perezoso.

—¡Ah, sí! —David chupa una naranja—. ¡Así da gusto ser tupa!

Cae la tarde. Sendic sale con alpargatas blancas, pantalones celestes y una guayabera muy colorida:

—¡Voy a dar una vuelta! —comunica.

Pepe y David entienden que sus palabras no suenan a invitación. No es para que le propongan: «¡Pará, que vamos contigo!». Por el tono, y su rápida salida, les está diciendo que se queden ahí donde están, que él tiene que hacer sus cosas.

Sendic va con las alpargatas en la mano, pies en la arena, eligiendo posibles lugares donde enterrar los pertrechos: armas, municiones, agua…

Un poco más tarde, Mujica decide dar un paseo de clandestino: usa *short* y camiseta de Peñarol.

—¡Esto más bien es para el Ñato! —dice mientras se mira los colores aurinegros tan queridos por su compañero tupamaro.

—¿No había de Cerro? —le pregunta el Flaco.

—Con una de Cerro, en Punta del Este, voy en cana antes de cruzar la calle.

Han llegado otros tupamaros para realizar un cursillo de armas y seguridad, que ya culmina. La casa se presta para este tipo de entrenamiento, y también para hacer un buen asado.

Con el fuego encendido y la carne a punto, el anfitrión de guayabera descorcha una botella de vino para brindar.

—¡Venga ese trago! —dice Mujica mientras apronta el vaso.

—¡Acá no estamos festejando nada! —interrumpe el joven tupamaro Jorge Zabalza. Y se extiende en un alegato de disciplina militar que deja a todos boquiabiertos.

—¿Este pibe habla en serio? —susurra Mujica al oído del Flaco David.

—Parece…

—… y por lo tanto creo que no corresponde tomar alcohol —concluye Zabalza.

—¡Muy bien, si usted lo dice! —el anfitrión le pone el corcho a la botella, y el asado sigue sin vino.

—¡Abstemio, el gurí! —sonríe Mujica en complicidad con Sendic, y llena su vaso de refresco.

Unos días después regresaron a Montevideo.

Pepe y Jessie se han dando cuenta de que su relación de pareja no es posible.

Ella se había enamorado en Cuba de un guerrillero venezolano, apodado el Chino, que luego de cumplir con su entrenamiento y cierta estancia en la isla debió volver a su país para pelear contra el gobierno de Raúl Leoni, en las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, brazo armado del Partido de la Revolución Venezolana, dirigido por Douglas Bravo. Al poco tiempo el hombre murió en combate.

Pero ni esa relación ni las fugaces que pudo haber mantenido Pepe mientras Jessie se encontraba en Cuba pesaban como motivo de alejamiento.

—Es que…

—No le demos más vueltas: la realidad nos ha puesto barreras —reflexionó él.

Lo que los separaba era la vida clandestina que debía llevar Pepe, cuando Jessie aún era «legal».

—Yo no me arrepiento de nada —le sonrió él antes de despedirse.

—Yo tampoco.

—¡¿Compañeros, en la lucha, como siempre?! —le propuso.

—¡Como siempre! —afirmó Jessie y le dio un beso en la mejilla.

El 14 de febrero de 1969, a la hora 18:15, el Comando Líber Arce del MLN irrumpió en la oficina central de varias financieras clandestinas —Cipsa, Safemar, Raymaunt, Garramen, entre más de quince sociedades fantasmas— que operaban con la fachada de una agencia de viajes. Todas eran colaterales, el lado oculto, del Banco de Crédito.

Los tupamaros actuaron con rapidez: se llevaron toda la documentación que encontraron —seis jugosos libros de contabilidad— luego de revisar a fondo el cuarto piso del edificio ubicado en la avenida 18 de Julio y Médanos. En la planta baja funcionaba la sucursal céntrica del Banco de Crédito, a la que se accedía por una gran puerta. Pero por otra, también amplia, un cartel invitaba a pasar a un cambio, a una agencia de viajes o a la financiera Monty, que al igual que el estudio del Dr. Ham se ubicaba en el cuarto piso. Allí y en los pisos superiores —conectados con la sucursal bancaria— se desarrollaba la actividad ilegal.

Uno de los accionistas mayoritarios del banco —y por tanto responsable de la Monty y de las demás financieras clandestinas— era el ministro de Ganadería y Agricultura, Carlos Frick Davies.

La idea original de los tupamaros era extraer, además, una buena suma de dinero de las cajas fuertes, que en ciertas fechas, cuando llegaban las remesas, reventaban de billetes. Pero el plan debió cumplirse antes de lo previsto porque la detención de miembros de la asociación de estudiantes de Arquitectura —entre estos un joven «legal» pero afín al MLN— ponía en riesgo la operación: una de sus integrantes trabajaba medio horario, como administrativa, en aquel cuarto piso, verdadero centro de la actividad paralela y clandestina que llevaba la casa bancaria de capitales nacionales.

Esa estudiante y asistente contable de medio turno hacía ya más de un año que era tupamara. Su nombre, Lucía Topolansky. Era hermana melliza de la Parda María Elia y cuñada de Leonel Martínez Platero. Lucía sabía muy poco de contabilidad —lo suyo era el dibujo, la construcción, la Historia del Arte—, por cuanto no alcanzaba a entender con profundidad la actividad ilegal que se desarrollaba frente a sus ojos,

pero sí estaba segura de que era una «rosca» para delinquir y favorecer a integrantes de la «oligarquía» empresarial y política.

—La plata viaja en avioneta. Tienen oficinas en la frontera…

—¿Ah, sí? —el tupamaro experto en actividad financiera toma nota.

—Rivera, Melo —prosigue Lucía—, también van y vienen de San Pablo, de Buenos Aires… En las libretas contables se ponen códigos que tapan los nombres de los empresarios…

—¿Quiénes son?

—Muchos… —Lucía menciona solo algunos nombres que recuerda y explica que se hacen transferencias a Panamá, a Bahamas…

> *Capitales hacia el exterior. Esta es una de las vías por las que se desangra al país y se enriquece a un puñado de especuladores, mientras el pueblo soporta el peso de la crisis que con estas y otras actividades ellos mismos han provocado. El pueblo, la «justicia» y el Parlamento, el gobierno sabe todo esto. Y ha quedado impune (caso del Banco Transatlántico, Banco Italiano, Banco Regional, infidencia en la última devaluación, etc.). Contra esto no hay ni habrá medidas de seguridad, ni represión, ni cárcel. En esto están quienes gobiernan.*
>
> *El Movimiento de Liberación Nacional pregunta: ¿Por qué dicha «empresa» y/o la policía no han denunciado aún públicamente lo sucedido? ¿O será porque las actividades que desarrolla son delictivas e implican a conocidos hombres públicos, ministros y gobernantes?*

Los tupamaros debieron salir a denunciar el asalto ante el ocultamiento del gobierno: además de llevarlo a la prensa en correo anónimo, soltaron volantes con ese texto impreso a mimeógrafo.

Al final habían logrado sacar de las cajas fuertes una suma no mayor a los veinticinco mil dólares, que igual servirían «*para solventar los gastos de la lucha del pueblo oriental*», pero revelaron decenas de sociedades fantasmas, una docena de empresas nacionales involucradas —Arrozal 33, Banco de Cobranzas, Pieri Campomar, Agrotex, Gasparri hermanos, entre otras—, las corresponsales bancarias o financieras extranjeras en el Caribe, Europa, Estados Unidos, y una lista de «*clientes e implicados*» en las operaciones paralelas: «*Carlos Frick Davies, Jorge Batlle, Venancio Flores, Ulysses Pereira Reverbel, Isidoro Vejo Rodríguez, Walter Pintos Risso, Santiago Ham, Dante Chiarino, Damboriarena, Salvador García Pintos, E. Algorta Scremini, Pérez Noble, D. V. Albornoz, José Aldao, Luis*

Artagaveytia Piñeyro, Julio Ambrois, Francisco Ferreira, Arturo Ham».

La repercusión en la sociedad entonces sí se hizo sentir:

—Lo de esta flaca es un golazo —exclamó Pepe.

—Y… ¿qué querés? —María Elia llegaba a la reunión clandestina—. Es mi hermana melliza.

—Será muy melliza —Mujica se dio vuelta para sonreír con su mueca pícara ante la Parda—, pero yo creo que es mucho más linda que vos…

El 18 de febrero se había concretado el plan diseñado en la casa balnearia El Limbo, donde Mujica y el Flaco David habían pasado unos días de veraneo clandestino: Sendic, el joven Jorge Zabalza, Nicolás Esteves, Lucas Mansilla, César Long, Félix Bentín y Ataliva Castillos se habían llevado doscientos veinte mil dólares del casino San Rafael, de Punta del Este. El asalto más grande de los tupamaros y de la historia del país —según señalaba la prensa— que en algún momento llegó a llamar «*los siete hombres de oro*» a estos tupamaros intrépidos, que actuaron en complicidad con el subjefe del casino, Horacio Griecco.

El dinero que se repartió entre las distintas columnas del MLN dio un gran respiro financiero a la organización y sirvió para montar una buena infraestructura de base para la lucha revolucionaria.

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: ¡revélanoslo! Diez años aún después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: «¡No; no ha muerto! ¡Vive aún! ¡Él vendrá!». ¡Cierto! Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas…

Introducción de *Facundo. Civilización y barbarie*, de Domingo Faustino Sarmiento, Buenos Aires, 1874
(Primera edición, Santiago de Chile, 1845)

21

El comandante Facundo

La dirección del MLN designa a Mujica como miembro del comando de la 10 y responsable militar de esa columna. Se trata de un comandante que sigue cultivando sus flores, pero en otras tierras. Su primera misión es formar un buen aparato de acción armada. Y pone todo su empeño en lograrlo.

Ahora una pequeña mesa y dos vasos de vino acercan los recuerdos, algunos viejos, otros no tanto. Pepe y Ruso —el responsable político de la columna— reviven anécdotas:

—¡Te juro que cuando vi todo ese arsenal arriba de la cama se me apretó el culo! —se rio Mujica.

Lo habían llevado al inexpugnable «Apartamento 1», la casa del parque Batlle en la que se escondió el primer grupo numeroso de clandestinos tras los tiroteos y muertes de diciembre de 1966. Pero cuando llegó Pepe, una vez nombrado comandante militar de la 10, el dormitorio era un polvorín…

—¿Y con qué querías armar el aparato militar? ¿Con cartuchos de tu huerta? —lo embromó Rosencof.

—Pero impresionaba, hermano. ¡La mierda!

El Ruso le sonrió y recordaron los días en que Pepe y el Flaco David, apenas clandestinos, debieron esconderse también en el «Apartamento 1».

Rosencof les había brindado ese refugio —con cobertura de *bulín* por el que desfilaban hombres y mujeres del mundo artístico— y se daba una vuelta a diario para ver cómo se encontraban.

—¿Y qué querés que te diga? —decía Pepe—. Queremos salir…

—¡Aguanten un poco más!

—Yo aguanto, pero traete un asadito, Ruso —el Flaco no perdía las mañas.

—La cosa no está para churrasquear —respondió Rosencof. Saludó y se fue.

Pero al llegar a la esquina de Rivera y Soca, le entró el remordimiento y se metió en la carnicería. También compró una botella de vino. Al final, Pepe y David churrasquearon.

La charla de Mujica y Rosencof prosigue hasta la madrugada. Hablan de la coyuntura del MLN, de la columna que comandan y de aspectos personales en el marco de la guerrilla.

Pepe se encuentra requerido por la policía, ya no es un tupamaro «legal». Pero en estos meses de 1969 no siente una especial persecución: eso era para algún «pesado»,

pero él estaba siendo buscado por el «entierro» de unos «fierros».

—Lo mío es muy menor —afirmó Pepe.

—Depende de cómo se mire… —repuso Rosencof del otro lado de la mesa.

—Yo no soy un Amodio…

—No —saltó el Ruso—, vos sos el Pepe, un tipo de cabeza política, un comandante que ha ayudado mucho en la construcción de la gran columna que tenemos hoy.

—Hay un poco de pica con la 15, vos ya sabés…

—Sí, sí. Mirá, yo no estoy de acuerdo con ciertas cosas —respondió entonces Rosencof—. Las acciones militares son importantes, y Amodio es muy bueno para eso. Pero la cabeza política siempre tiene que estar presente. La acción por la acción no conduce a nada: yo sé que los compañeros de la 15 dan lo mejor de sí, pero a veces me parece que se les va la mano. ¡Vos me entendés!

—¿Cómo no te voy a entender? Ahora…, los tipos hacen pim-pum-pam y te sacan la acción como sea.

—Sí —admitió el Ruso—, son muy efectivos, sin duda, pero…

Pepe recordaba siempre que el Flaco David, su compinche de tantas noches de vino, hacha y palanca, el escapista, el actor callejero, su amigo vivaracho del barrio, militaba en la columna 15.

—De todas maneras —dijo entonces—, a pesar de las diferencias, tenemos que estar muy unidos…

—Por supuesto —respondió el Ruso, y luego le sonrió—. Vos siempre zurciendo, Pepe.

—¡¿Y qué le vamo'a hacer?!

—Sabés lo que me dijo el Bebe, el otro día: «*la 10 es la columna más fraterna*». El compañerismo es fundamental para el grupo. Y en eso vos tenés mucho que ver, Pepe.

—Gracias.

—Gracias a vos.

Mujica había formado un buen grupo de acción para realizar varias operaciones militares: lo integró con aquellos compañeros que, además de sus atributos para actuar en situaciones de alto riesgo en la calle, mantuvieran un compromiso político claro con los fines revolucionarios del MLN.

Algunas acciones eran ordenadas por el comando de la organización, otras dispuestas por Pepe, como comandante militar de la columna 10.

De las últimas incorporaciones al MLN que había logrado en sus rondas por las manifestaciones estudiantiles y obreras, se destacaba la de una pareja muy joven, que jugaba con los niños de los trabajadores de la carne.

La pareja se encontraba en el campamento de los trabajadores del Frigorífico

Anglo, que habían llegado en una marcha desde Fray Bentos y acampaban en el Cerro.

Allí se veía a un muchacho de menos de 35 años que daba vueltas por todo el predio, mate en mano, conversando un rato en cada parada, con los obreros, con los estudiantes, con los voluntarios que llegaban a apoyar la huelga.

Ese día se preparaba un concierto en el campamento de resistencia: cantaban Los Olimareños, un dúo incipiente. Celeste Zerpa y José Pérez Lutz, junto con otros jóvenes, habían ido con la idea de recrear a los niños del campamento. Y mientras Celeste, en medio del bullicio infantil, fabricaba pelotas de trapo, Pepe se arrimó al fogón donde estaba Pérez Lutz.

El acercamiento no fue casual, Mujica ya tenía buenas referencias de ese joven:

—¡Es guapo y comprometido, no te vas a arrepentir!

La recomendación provenía del gremialista de los frigoríficos, Artigas Sánchez, considerado el mejor orador del sindicato autónomo de la carne.

Pepe asintió, confiaba en aquel viejo luchador social.

Y entre mate y mate, Mujica y Pérez Lutz abordaron el tema de la situación que vivía el país: la coyuntura política y económica, la represión, las huelgas, la necesidad de luchar…

Al ver la sintonía que José mostraba ante sus comentarios, Pepe le confió que la lucha requería de un compromiso profundo de quienes estuvieran dispuestos a sacrificar los aspectos personales, y tomar ciertos riesgos familiares, en función de una defensa colectiva de los más necesitados.

—¿Cómo podemos ayudar? —preguntó Pérez Lutz.

—Una de nuestras mayores necesidades hoy es poder contar con lugares de resguardo para aquellos que puedan necesitarlo. Estoy hablando de lugares que no llamen la atención, por ejemplo casas, casas de familia.

—Alquilamos un apartamento chiquito en Malvín, y mi compañera tiene tres hijas chicas —explicó José—. Tengo que consultarlo con ella.

La charla de Pepe siguió por ese rumbo con algunos selectos participantes del campamento, pero la mayoría —si bien apoyaban o simpatizaban con la lucha insurgente de los tupamaros— no estaban dispuestos a prestar su casa como cobertura de la guerrilla.

Celeste dijo que sí. Su decisión surgió espontáneamente, como un reflejo, como un misterio. Sus hijas tenían ocho, cinco y cuatro años.

—Muy bien —agradeció Pepe—: ¡Yo soy Facundo!

Pepe había elegido ese nombre de guerrillero por Facundo Quiroga, el controvertido caudillo argentino, tan aguerrido, temible y violento para enfrentar y castigar al oponente en la batalla, como sensible y resuelto por la humanidad a ciertas horas triunfales en que pudiendo tomarse revancha contra su gran enemigo, el coronel

Gregorio Aráoz de La Madrid —quien había torturado a la madre de Quiroga, haciéndola barrer en la plaza pública con los pies encadenados—, optó por enviarle a su familia, con escolta militar para asegurarse de que llegara sana y salva a su casa.

Facundo, traicionado mártir federal, fue emboscado y muerto en 1835 de un tiro en la cabeza —luego acuchillado y lanceado— por quien al ser atrapado y antes de recibir el balazo del fusilero gritó, para quien lo quisiera escuchar, que Juan Manuel de Rosas había sido el asesino de Quiroga. Pero esto nunca fue aclarado…

Mujica adoptó el nombre de un «tigre» de los llanos argentinos, vilipendiado por el unitario, proyanqui y antilatinoamericano Domingo Faustino Sarmiento en su dicotomía «civilización y barbarie».

Ahora, Facundo, el uruguayo, se movía sinuoso en el cemento urbano de Montevideo.

Al día siguiente al encuentro del campamento en el Cerro, otro integrante del MLN llegó hasta el número 1468 de la calle Piedras de Afilar, a cuatro cuadras de la playa Malvín.

—¡Vengo de parte de Facundo!

—¡Adelante! —la pareja lo esperaba.

La casa ofrecía un lugar adecuado para los tupamaros: un apartamento al fondo de un largo pasillo, con patios que permitían ensayar escapes de emergencia, y una azotea accesible por la que se podía acceder a los techos de las casas de los vecinos. En ese momento, Celeste y José supieron un poco más sobre el MLN, y su necesidad de descentralizarse por razones de seguridad.

Al otro día amaneció soleado y caluroso.

Pepe se remangó los pantalones, y calzó los pies en los pedales: en la clandestinidad también, muchas veces, prefería la bicicleta. Llamaba menos la atención y se podía meter por ciertos lugares a los que una patrulla le era imposible acceder. Pero esto eran suposiciones, planificación de escapes, no lo había confirmado en la práctica.

Recorrió varios kilómetros hasta llegar a Malvín. Dio unas vueltas por el barrio, tranquilo como de costumbre. Bajó por 18 de Diciembre y movió el manubrio hacia la izquierda para tomar Piedras de Afilar, observó el baldío que había frente a la casa, y siguió hasta la esquina de Rimac. Giró 360 grados y cinco segundos después frenó, se bajó y puso la bicicleta al hombro para subir por la escalera de entrada, que zigzagueaba hasta la puerta principal. Ingresó al corredor, pasó el apartamento uno, el dos, y llegó hasta la última puerta. La bicicleta quedó en el pasillo.

Pepe, José y Celeste conversaron un largo rato en el ambiente familiar de aquel hogar: Mariela, Rossana y Verónica —las niñas de la casa— correteaban, cantaban y reían todo el día.

Pepe contó algunas de sus experiencias de la lucha social, habló de sus desvelos,

pero sobre todo de las esperanzas que depositaba en la organización, en la resistencia y en la acción directa contra la represión económica y política amparada por formas oligárquicas de gobierno.

Y si bien esos fueron los conceptos que transmitió, no habían sido esas sus exactas palabras. Mujica ya aplicaba entonces su prosa metafórica, por momentos misteriosa, que obliga a escuchar y a pensar, si se pretende entender el mensaje profundo.

Celeste confió en él de inmediato. Le parecía haber encontrado al guía que le ayudaría a canalizar sus inquietudes libertarias.

La idoneidad de Mujica en el entramado y vigorizado de las relaciones humanas generalmente despertaba la idolatría de las personas que lo rodeaban. Pero su conquista no era solo una cuestión de palabra, que sí fue siempre su herramienta fundamental. Sus compañeros también destacaban el tono afectivo de sus gestos, el compromiso permanente con su comunidad —llámese familia, organización, columna, grupo, equipo—, y la autoridad real que podía ejercer un jefe sin medallero, un sólido dirigente con los pies en la tierra, que lograba muchas veces componer o restaurar lazos debilitados, ensayando actos que escapaban a las estructuras clásicas de un guerrillero de la época.

También esto le valió cuestionamientos de algunos compañeros tupamaros que veían en él a una especie de político armado y no a un guerrillero tradicional, entendiendo por tal a aquel de concepciones militaristas por sobre las demás características personales.

Estas diferencias de criterio en las acciones que emprendían los tupamaros serían motivo de permanentes diferencias, confrontaciones y ciertos recelos, entre los «duros» y aquellos llamados peyorativamente «blandos».

Pepe explicó a aquellos jóvenes —José tenía apenas 20 años y Celeste 26— que los actos que deparaba la lucha de los tupamaros implicaban varios riesgos, incluso de vida, y que debían considerar ese punto con claridad.

Celeste entendió que aquella era una oportunidad para pelear por el futuro de sus hijas —aunque muy pocos en su entorno familiar lo comprendieran— y que no podía negarse al llamado.

Pepe les pidió entonces que mantuvieran su rutina de trabajo y de familia, sobre todo a la hora de relacionarse con los vecinos y con el barrio, como si nada nuevo hubiera pasado en sus vidas.

Sin embargo, todos sabían que las cosas podrían cambiar de un momento a otro: aunque algunos militantes confiaran con pasión en ganar la revolución en poco tiempo, tal vez algunos años, la esperanza se reflejaba en un futuro incierto, pero la hostilidad se encontraba en cualquier momento, a la vuelta de cualquier esquina. Y eso incluía el riesgo de desgarro familiar y la muerte, la muerte posible.

Pepe, José y Celeste seguirían conversando y actuando —como Facundo, Goyo y Eugenia— durante estos años de una lucha cada vez más compleja.

A propósito del nombre de guerra de Celeste, nació de un diálogo de sordos o quizá de precavidos.

Llegado el momento, la nueva integrante del MLN debía hacer su primera acción en la calle. Un contacto simple, de trasiego de información. Pepe le preguntó entonces cómo quería llamarse.

—Fernanda —respondió segura.

—Bueno, ya se lo comunico al compañero con el que vas a hacer contacto.

Al cabo de un rato, Pepe volvió para decirle que estaba todo arreglado.

—¡Tenés que llegar puntual! —le recordó Mujica.

—¿Sí, pero qué tengo que hacer? —consultó Celeste, preocupada por su inexperiencia.

—Nada, esperar. Te vas a dar cuenta cuando te digan «Eugenia».

—¿Cómo «Eugenia»?

—Sí, ¿vos no me dijiste «Eugenia»? —y así quedó. No siempre los nombres de combate eran elegidos por los aspirantes a guerrilleros, pero las distracciones también jugaban su papel.

El retirado apartamento de la calle Piedras de Afilar se fue transformando en cobertura segura de los tupamaros, aunque seguro no había nada en esos tiempos. Sus inquilinos, Celeste y José —Eugenia y Goyo— ofrecían una fachada perfecta: madre, padre e hijas. Ella, una simpática docente de enseñanza secundaria, en los colegios Jesús María y Latinoamericano. Él, un empleado bien trajeado de la empresa privada Agromax. A la vez, criaban a tres niñas muy queridas en el edificio y en la cuadra. La casa pronto sería, para la columna 10, uno de sus principales «cantones», que así preferían llamarle los integrantes del grupo comandado por Facundo. Les parecía algo más fraternal, un lugar para compartir la lucha, no exento de la disciplina propia de la organización, de la formación política y militar, pero con el aire de un compañerismo entrañable.

Facundo le explicó a Eugenia que allí se impartirían cursos, que ella también debía seguir: ideológicos, estratégicos y físicos.

Mujica era uno de los instructores. Comenzaron con la lectura de documentos, por ejemplo los más básicos, como el estatuto de la organización, luego las «*30 preguntas a un tupamaro*», una guía para el guerrillero confeccionada por Sendic en clave de autorreportaje.

Pregunta y respuesta número 12:

> *La importancia que le da el Movimiento a la preparación para la lucha armada, ¿implica la afirmación de que un combatiente no se puede*

improvisar?

La lucha armada es un hecho técnico que requiere, pues, conocimientos técnicos, entrenamiento, práctica, materiales y psicología del combatiente. La improvisación en este terreno se paga onerosamente en vidas y fracasos. El espontaneísmo que propician los que hablan vagamente de la «revolución que hará el pueblo» o «las masas» o es mera dilatoria o es dejar a la improvisación, justamente, la etapa culminante de la lucha de clases. Todo movimiento de vanguardia, para conservar ese carácter en el momento culminante de la lucha, debe intervenir en ella y saber encauzar técnicamente la violencia popular contra la opresión, de modo que se logre el objetivo con los menores sacrificios posibles.

Y así se analizaban todos los documentos que iban surgiendo del comando del MLN.

—La única vía para la liberación nacional y la revolución socialista será la lucha armada —Pepe leía ante un auditorio expectante—. No hay casi posibilidades de radicalización de la lucha de clases que no desemboque en la violencia. Las verdaderas soluciones para nuestro país implican un enfrentamiento directo y violento con la oligarquía y sus órganos de represión. La lucha armada no solo es posible en Uruguay sino imprescindible: es la única forma de hacer la revolución.

—Estoy de acuerdo —interrumpió uno de los recién incorporados al Movimiento.

—¡Qué suerte, así seguís leyendo para todos! —la gravedad de aquellos contenidos dejaba espacio también para el matiz de la distensión. Las ocurrentes salidas de Mujica ayudaban a conservar un clima de convivencia «familiar». Así lo veían aquellos jóvenes que hacían sus primeras armas, en todo sentido.

Muchas veces el pequeño *living* de la casa se usaba como sala de rudimentarios cursillos de karate o de defensa personal, donde también se aprendían algunos pasos básicos para quitarle el arma a un policía —acción frecuente de los tupamaros en la calle— procurando evitar el enfrentamiento a los tiros, la violencia innecesaria.

Varios de los cursos eran impartidos por Horacio Ramos, quien contrariamente a lo que pudiera sugerir su apodo —el Gorila— diseminaba entre sus compañeros una carga afectiva tan enorme como su cuerpo.

Este gigante, cuyo nombre de guerra era Sebastián, algún día se había preparado para convertirse en sacerdote católico. Ahora luchaba por sus ideales libertarios y en cumplimiento del Evangelio de San Juan: «*No hay amor más grande que el de aquel que da la vida por los amigos*».

Este mandato cristiano era compartido por otro integrante de la columna 10, que en algún momento también pudo haber usado la sotana: Raúl Gallinares, alias Martín.

Y, quizá, por todos aquellos que no eran católicos ni cristianos, sino judíos,

panteístas —algo por estilo parecía revelar Pepe en su relación con la naturaleza—, sin religión, o religiosos de «*ninguna religión revelada*», como luego de su etapa comunista se asumía el descendiente israelí conocido como el Ruso Mauricio Rosencof, quien ya había cambiado su alias original, Caruso, por el de Leonel, y era el responsable político de la columna 10.

También llegaban a la casa el Polaco Amílcar Fernández, alias Juan, Carlos *el Negro* Tasistro, Ledis Castro, alias la Petiza Diana, y varios jóvenes que estaban aún en etapa de fogueo para apoyar acciones militares o recibir cursos políticos. También se «enterraban» los «fierros» que la columna iba expropiando.

Mujica, fiel a su trabajo de toda la vida, se ocupó de proponer lugar y forma de los principales berretines del apartamento: enormes jardineras elevadas en los patios, contra la pared, de cuya altura caían rebosantes las flores que él mismo llevaba —a veces en bulbos, otras en semillas— desde el Paso de la Arena.

El aroma floral impregnaba los ambientes. Al salir de la cocina, el colorido de pétalos, sépalos, estambres y pistilos causaba una sensación esplendorosa. Carmín, blancas, violáceas, amarillas se mostraban las rosas, los jazmines, gladiolos, cartuchos. De estos últimos también había bajo la superficie, y de todo calibre, junto con las armas largas envueltas en papel, trapos y nailon —para protegerlas de la humedad— que se disponían contra la pared interna pintada con membrana asfáltica y oculta por los ladrillos a la vista.

Llegado el momento, el berretín se abría por un falso bloque de ladrillos ubicado en el lateral de la jardinera, y aparecían los largos tallos metálicos que nacían desde las culatas enraizadas.

Si se trataba de una acción planificada con tiempo, el Gorila Ramos iba dos o tres días antes a limpiar meticulosamente las armas, encerrado en uno de los dormitorios. Pero si la situación urgía, cada cual sabía qué hacer para evitar las demoras.

De todas maneras, siempre antes del «operativo apertura» del berretín, alguno de los visitantes —que por otra parte eran muchos y a toda hora— debía subir a la azotea a «tomar sol» o el «fresco», según fuera el clima, para vigilar que los vecinos no estuvieran colgando ropa o cosa por estilo.

Si todo estaba en orden se procedía al reparto. Celeste era la encargada de entregar en mano rifle, metralleta, pistola o revólver y una bolsita de balas a cada uno. El armamento podía salir del berretín del patio o del ropero de doble fondo que estaba en su cuarto.

Pepe le había encomendado esa tarea a la anfitriona, por el cuidado extremo que imponía el escenario: en la casa vivían niñas. Las hijas de Celeste nunca llegaron a ver un arma —siempre se quedaban jugando o conversando con alguien en otra habitación—, aunque sí la escucharon.

El estampido paralizó el ambiente.

La bala rebotó contra el parqué y se incrustó contra la cama. Los ojos incrédulos de todos miraban a Marquitos —Juan Carlos Larrosa— que con el mismo reflejo con

el que había apretado el gatillo del 38, atinó a decir: «*quise comprobar si estaba cargada*».

Celeste corrió, abrió la puerta y salió al *living*. Así vio cómo el «tío Leonel» había abrazado a las tres niñas y comenzaba a narrarles una de aquellas historias fantásticas: «*Y la hojita iba volando…*».

En marzo fue detenido Griecco, el subjefe del asaltado Casino San Rafael.

En abril, el Poder Ejecutivo aceptó de manera formal la renuncia del general Liber Seregni, quien ya hacía unos meses se había ido para su casa por discrepar con la forma autoritaria de gobierno. En ese camino se encontraban también el general Víctor Licandro y algunos otros militares jefes de región, o de cierto rango, considerados demócratas.

Pacheco comenzó a ocupar los cargos vacantes con integrantes de la Logia Tenientes de Artigas —apadrinada desde su creación en 1965 por el general Aguerrondo, el de tantos planes de golpe de Estado—, en cuyo seno ascendieron en poder algunos militares de nombres a recordar: Julio César Vadora, Esteban Cristi, Luis Vicente Queirolo, Alberto Ballestrino, Amaury Prantl, los hermanos Rodolfo y Eduardo Zubía.

El 7 de julio, en cinco operativos, los tupamaros lograron desarmar a ocho policías. Si bien en la columna 10 estaba muy presente lo de entrenarse para no herir a nadie, un grupo de otra columna no siguió —o no pudo seguir— las recomendaciones: Germán Garay, un viejo policía, terminó muerto.

El gobierno sacó toda su represión a la calle —la policía se regía ahora por la disciplina militar— y se asestaron golpes muy duros contra todo lo que pudiera vincularse a los «tupamaros». De hecho, Pacheco prohibió por decreto el uso de esa palabra en los medios de comunicación, y la prensa comenzó a usar otras: sediciosos, subversivos, terroristas, extremistas… Algunos lo tomaban con ironía: «los tucutucu», «los innombrables», «los que te dije»…

Terminaron detenidos varios de los tupamaros que asaltaron el Casino San Rafael: el joven Zabalza, Long, Ataliva, Colacho Esteves, entre otros integrantes del MLN.

La huelga general dispuesta por los bancarios determinó una nueva y feroz arremetida por parte del gobierno. Los guerrilleros de FARO comenzaron a detonar artefactos explosivos en varios bancos y la dirección del MLN les pidió «prudencia» en esas acciones porque la colocación de bombas le daba un sesgo «terrorista» a la lucha armada.

El 27 de julio, el Poder Ejecutivo decretó la militarización de nueve mil empleados bancarios. Y aunque la Asamblea General levantó la medida el 5 de agosto al considerarla un atropello a la libertad, Pacheco reinstaló su decreto al otro

día. Dispuso el acuartelamiento de tropas militares, como nueva amenaza a la democracia.

Y la mano dura del presidente era celebrada por la mayoría de los banqueros, en tanto su negocio debía seguir funcionando.

A fines de agosto la huelga se había resentido de tal forma —pesaban las detenciones, el apaleamiento, las necesidades económicas— que se preveía una nueva derrota sindical bajo un gobierno autoritario.

El contexto dio lugar a una nueva acción del MLN: el 10 de setiembre fue secuestrado el presidente de la Asociación de Bancos, Gaetano Pellegrini Giampietro, que además era directivo de la empresa Seusa, editora de los medios derechistas *La Mañana* y *El Diario*.

La represión se acentuó aún más. Y era necesario adoptar ciertos recaudos…

El primer tupamaro clandestino que se ocultó en el apartamento de la calle Piedras de Afilar llegó con la cara tapada, solo miraba hacia abajo a fin de poder ver por dónde caminaba, cuidadosamente guiado por un compañero.

—Por acá, rápido que ahora no hay gente —el corredor estaba despejado.

Celeste abrió la puerta, saludó y esperó las indicaciones.

—Él es un compañero clandestino y no sabe dónde está, hay que ponerlo en una habitación y no te puede ver la cara —así llegó Héctor Juambeltz, el muchacho que había alquilado el apartamento de la calle Caonabó 255, en Nuevo París, donde los tumaparos retenían al secuestrado Gaetano Pellegrini Giampietro.

Por razones de seguridad para la organización, un clandestino no podía identificar la casa ni a la persona que actuaba como cobertura de un local o cantón del MLN.

—Bueno, súbanlo por la escalera —desde ese momento el clandestino pasaría a dormir en el cuarto de las niñas y se convertiría en un tío más, al que todos llamarían Canario.

Las hijas de Celeste se habían adecuado a compartir una especie de comunidad: la compenetración con la situación que les tocaba vivir era tal que un día Mariela, la menor de las niñas, alertó que una de las reglas de convivencia podría llegar a quebrarse:

Celeste se dirigía al cuarto con el almuerzo para el clandestino y, como siempre, cantaba mientras subía por las escaleras —«*Mambrú se fue a la guerra/ chiribín-chiribín-chi-chín…*»— para indicarle a Juambeltz que no la mirara. Pero Mariela, que jugaba siempre —cartas, ludo, veo-veo— con aquel joven y paciente tío, advirtió que este no se había percatado de la inminente presencia de su madre en el cuarto, y entonces gritó: «¡Date vuelta Canario, que ahí viene mi mamá con la comida!».

Había colaborado con su familia, aunque no entendiera aún por qué era necesario asumir aquel extraño comportamiento.

Juambeltz tenía 23 años, y la clandestinidad lo había alejado de su entorno

familiar, barrial, universitario, y recluido por seguridad en una pequeña habitación de una casa que no sabía dónde quedaba.

El riesgo de la depresión se volvía constante en tales circunstancias, y para los integrantes de la columna apostados en ese cantón era necesario ayudar al compañero a sobrellevar su situación. La sola presencia de las niñas lo ayudaba. Pero su aflicción era innegable.

Mujica sentía en carne propia lo que aquello implicaba: no poder hablar con una madre, un hermano, un amigo, el alejamiento de una novia. Por ello, al llegar al apartamento lo primero que hacía era preguntar por el estado de Juambeltz y luego subía a charlar con él.

El aliento constante al clandestino y los permanentes gestos que buscaban levantar el ánimo del grupo ante situaciones adversas era otra de las características que se le reconocían a Facundo.

Así como Juambeltz, también debió pasar por aquellas circunstancias y por aquel cuarto infantil el militante Pablo Mirza —el «rulitos» que divertía a las niñas con sus estrafalarios peinados— hasta que se le encontrara un lugar con mayores comodidades para esconderlo.

Una semana después del secuestro de Pellegrini Giampietro, una denuncia que no pudo dejar de filtrarse a la prensa —el gobierno lo hubiera querido— terminó por revelar el hallazgo de equipamiento muy sofisticado en una mansión en la calle Ellauri 945, comprada por la sociedad fantasma Yapita SA. Era el que había instalado la CIA para montar espionaje en la Embajada soviética y en otras sedes diplomáticas. La investigación contó con todas las barreras posibles de parte de ciertos círculos de poder, tanto en el Poder Ejecutivo como en la Policía, y ni hablar de la presión de la Embajada estadounidense. El final de archivo de las actuaciones por falta de pruebas resultaba previsible…

Era un momento propicio para concretar un plan diseñado por Mujica, y que sería ejecutado por el grupo militar de la columna 10. Había recibido información calificada de que el ultraderechista juez penal José Pedro Púrpura —aquel que había asistido a los simulacros de fusilamiento en la Jefatura de Policía y que se le sabía vinculado al grupo de «simpatizantes» de la CIA en Uruguay— guardaba un material muy importante en su lujoso apartamento de Pocitos.

Llega el martes 23 de setiembre:

—¡Diga!

—¡Buenas tardes! —el saludo por el portero eléctrico sonó amable—. Telegrama para el doctor Púrpura.

La puerta del ostentoso edificio de la calle Scoseria 2870 se abrió. El juez se

había mudado con su familia hacía dos meses: ahora vivía en el *penthouse* del octavo piso.

El comandante Facundo, Goyo, Gorila y una compañera de la columna 10 subieron por el ascensor. Al llegar al piso indicado, verificaron que el campo estuviera descubierto y salieron hacia la puerta del apartamento.

—¡Tranquilo pibe, entrá! —encañonaron al hijo del juez apenas abrió.

Mientras el gorila y la revolucionaria se ocupaban de encerrar en una habitación a la esposa e hijos del magistrado, el comandante Mujica, secundado por el Goyo Pérez Lutz, iban rumbo al escritorio.

—¡Qué hermoso lugar para leer! —dice Mujica.

Y Púrpura queda pasmado al ver que le están apuntando con pistolas.

—¿Qué es esto? ¡Ustedes no saben quién soy yo! —reacciona el hombre desde su sillón.

—Claro que lo sabemos, señor juez —le espeta Mujica—. Lo sabemos muy bien.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Esta es una acción de copamiento y expropiación del MLN, y usted sabe bien por qué venimos —la mirada de Pepe es penetrante, habla con severidad—: ¡Vamos, levántese de ahí y entregue las armas que tiene escondidas!

—Se equivocan…

—¡Vamos, le digo! —la proximidad de la pistola le hace temblar las piernas al juez.

Varias armas largas, con mira telescópica, revólveres, pistolas sofisticadas, municiones comienzan a salir del escondrijo.

Mujica ordena a Púrpura que entregue también la plata: hay doscientos mil pesos al menos.

Registran la casa: el magistrado siente en carne propia cómo es un allanamiento clandestino de los que padecen miles de hogares de obreros, sindicalistas, estudiantes, por parte de las fuerzas represivas que él apoya.

Los tupamaros levantan algunos documentos del escritorio, un grabador y unos prismáticos. Los meten en los bolsos donde ya están las armas y la plata. Cortan la línea telefónica y se retiran del apartamento. Abajo los esperan dos vehículos. Rosencof en una camioneta azul y blanca. Amílcar y Gallinares en el auto de apoyo.

Cargan todo en la camioneta, y salen en dirección a la Rambla. Rosencof se encarga de trasladar el cargamento al apartamento que alquila en la calle Joaquín Núñez, en Punta Carretas.

Más tarde miran las declaraciones de Púrpura por TV:

—No, las armas las tenía por *hobby*, nomás —descomprime el juez amigo de la CIA—. No soy un coleccionista, eso es muy costoso.

Flanqueando a Púrpura se encuentra personal de Inteligencia de su confianza: los

subcomisarios Pablo Fontana y Raúl Benítez, y el oficial Walter Fernández.

—La plata era la que tenía para los gastos del mes —alega Púrpura—. Había un poco más porque mi esposa acababa de recibir un giro…

Los doscientos mil pesos que le extrajeron —quizá había algo más— equivalían al salario bruto mensual de al menos veinte obreros del interior del país.

Fontana ponía mala cara ante cada pregunta.

—No, los vi sí, pero no… no me pregunte eso —respondió el juez—. Eran jóvenes, bien vestidos, eso es lo que les puedo decir. Todo lo demás es para una investigación en otra esfera…

Al terminar la entrevista, la hija de Púrpura —una niña— les contó a los periodistas que la mujer que había estado con ella tenía perfume Marcel Rochas.

—¡Así que usás perfume francés! —le dijeron en el cantón.

—¡Ojalá! —se sonrojó la guerrillera.

—Sea lo que sea, huele bien, compañera —la animó Pepe—. ¡Estuviste muy bien, hoy!

El Ruso Rosencof llamó luego a Pepe y lo invitó a sentarse:

—¡Esto es para vos, en reconocimiento por esta exitosa operación! —le expresó.

Entonces descubrió un revólver Colt Chief 38 Especial que relucía sobre la mesa.

—¡Pah, qué lujo! —se sorprendió Mujica.

—¡El arma del vientre!

—Le dicen, sí…

Se trataba de un arma especial para ser oculta entre la ropa, de cañón corto, doble acción, y unos seiscientos gramos de peso. Algunos expertos recomendaban llevarla metida bajo el cinturón, cerca del vientre, otros argumentaban que se trataba de un revólver para disparar a corta distancia, por ejemplo, en el vientre del enemigo, de ahí los posibles orígenes de su denominación.

En todo caso, ese Colt «de bolsillo» era ideal para un clandestino en guerrilla urbana, donde usar un arma bien oculta, sobre todo durante el día, resultaba esencial.

Mujica tenía una noble pistola Star 9 mm a la que cuidaba mucho, aunque en ciertas oportunidades prefería la legendaria Colt 45, con un alcance óptimo de eficacia a setenta metros del blanco.

Pero no todo salía tan limpio en las acciones del MLN.

El 26 de setiembre el movimiento guerrillero intentó asaltar al coleccionista de armas César Guidet, un experto instructor de tiro que había impartido clases en la Policía y en las Fuerzas Armadas, con las que guardaba estrechos vínculos.

Tupamaros de la columna 15 llegaron a las 6:30 de la mañana a una florería de la calle General Flores 2687, casi Vilardebó, en el barrio Goes, donde el coleccionista tenía su arsenal. Guidet acababa de abrir su comercio cuando ingresaron tres hombres, lo encañonaron y le exigieron entregar las armas. En principio no opuso

resistencia, pero luego de adentrarse en el local —siempre siendo apuntado por los guerrilleros—, sacó con rapidez un revólver del cajón de su escritorio y alcanzó a disparar tres veces contra sus oponentes, antes de caer muerto por la respuesta a balazos.

Al mediodía, otro grupo actuó con distinta planificación: averiguó que el coleccionista de armas y empresario Luis Alberto Bruzzone no estaba en su casa de la calle Luis de la Torre 468. Uno telefoneó a la hija, y haciéndose pasar por funcionario de una empresa, le comunicó a la joven que le llevarían unos papeles para su padre. Al llegar, ella les abrió la puerta y terminó encañonada.

—¡Quedate tranquila y no te va a pasar nada!

Lo mismo le dijeron a la madre de la joven cuando la encontraron en la cocina.

En veinte minutos se llevaron carabinas, rifles, escopetas, revólveres, pistolas y municiones. Mientras unos registraban la casa en busca de «*documentos interesantes*», otros conversaban con las mujeres sobre la política de gobierno y la razón de las acciones del MLN.

Salieron, abordaron un taxi —el Mercedes Benz, negro, matrícula 350 910— y fueron dejando atrás las calles del barrio Pocitos.

Pasaron unos días.

Mujica se lamentaba ahora en la soledad por la detención de su compañera de lucha, Jessie Macchi. Pensaba en la tortura que debería estar padeciendo. Pero necesitaba concentrarse y seguir adelante, no cometer atropellos, pues eso le podría costar muy caro a la organización. La revolución se imponía a los aspectos personales, aun cuando lo embargara el dolor…

Un tiempo antes Mujica se había salvado de ser atrapado en un apartamento de un ambiente que Jessie tenía en la calle Uruguay, entre Ejido y Olimar, en pleno centro de Montevideo. Se quedó con la sensación de que lo habían visto salir de allí, la última vez que se reunió con un representante de la izquierda dentro del Ejército, el coronel Pedro Montañez. Este tipo de encuentros clandestinos para el trasiego de información eran frecuentes entre jefes guerrilleros y oficiales enfrentados al ala golpista de las Fuerzas Armadas. Mujica se reunió tres o cuatro veces con Montañez en el apartamento de aquella joven «sospechosa», hija de un oficial del Ejército.

Los golpes certeros de la policía obligaron a Pepe a moverse aún con mayor cuidado por las calles de la ciudad. Fue cambiando de lugar —una noche por acá, otra por allá—, y pronto volvería el tiempo de la acción: se acercaba una fecha clave, y los tupamaros planificaban una operación sin precedentes…

22

Salió la grande: ¡la desgracia!

El sol asoma lento por las praderas del Paso de la Arena. Los primeros cantares de gorriones, dorados y mixtos sonorizan el baile suave de los gladiolos y margaritas que se mecen por la brisa fresca de la primavera.

Pepe quiere seguir corriendo entre las flores, persiguiendo mariposas, dando vueltas a la palmera gigante, con los pulmones inflados de tanto aire límpido.

—¡Pepe, a comer! ¿Dónde estás?

—¡Estoy acá! ¡Ya voy, mamá! —se sorprende diciendo entre pestañeos.

El áspero motor de un Fusca y el ruido creciente de la ciudad lo sacan de la cama.

«¿Cómo estará la vieja?», se pregunta con las manos en jarra mientras el agua le pega en la cara y se escurre por la pileta de aquel apartamento en el que se esconde.

Apenas termina de vestirse, suena el timbre. Sobresaltado, se parapeta al costado de la puerta, hace silencio, trata de escuchar. Se anima a estirarse hasta la mirilla. No ve a nadie afuera.

Pasan los minutos. El timbre no vuelve a sonar…

Una hora después, Mujica debe salir para encontrarse con un contacto. Abre la puerta del apartamento con manos de algodón y se asoma despacio. Silencio en el corredor. Cierra y camina con lentitud.

Al pasar frente a las otras puertas, teme que lo asalten por la espalda. Decide apurar el paso y llega a la puerta de salida. Su ánimo se tensa, aún más. La vereda es un lugar propicio para ser identificado, detenido, baleado…

Pero tiene que abrir. Observa el entorno detrás del vidrio y finalmente sale. Un hombre lo mira detrás de un árbol, una anciana lo escruta mientras camina con la chismosa, una mujer embarazada parece tener rayos x en los ojos, un niño, sí, también lo vigila desde el triciclo…

Camina, uno, dos, tres pasos… una cuadra, dos…

De a poco, los músculos dorsales van perdiendo rigidez. Sigue el camino, pero da algunos rodeos, según las caras que ve. Al final entra en la casa y espera.

A los pocos minutos se escucha el ronquido de la moto. Atisba por la ventana y ve a Gallinares. Entonces sale mirando con cierto disimulo a su alrededor, lo saluda y sube al asiento trasero. Parten a marcha serena. Gallinares no sabe a dónde van.

—Tenemos una cosa muy linda para hacer dentro de unos días —le dice Pepe.

—¿Expropiación, copamiento, propaganda?

—Todas al mismo tiempo —Pepe se ríe.

—¿Todas?

—Sí, agarrá ahí a la derecha y metete por la paralela a 8 de Octubre. ¡Ja!, 8 de

Octubre. ¡Mirá, justo qué calle! —lanza, y Gallinares no entiende nada—. Después dale nomás, que vamos hasta Pando.

En el camino, Pepe le va contando el plan que ha sido discutido y decidido por el comando del MLN: tomar la pequeña ciudad de Pando. Copar su comisaría, el cuartelillo de Bomberos, el Banco República, el Banco Pan de Azúcar, el Banco de Pando, y la central telefónica de UTE.

Actuarán cuarenta y nueve tupamaros, divididos en seis equipos. A la columna 10 le fue asignada la tarea de tomar la UTE y cortar la comunicación de todo el pueblo, a fin de evitar, o al menos dilatar, las posibles denuncias ante las fuerzas represivas de la zona y de Montevideo.

La acción se concibe, en lo medular, como una demostración de fuerza y de las posibilidades que tienen los tupamaros de lograr objetivos importantes: se trata del operativo más ambicioso del MLN desde su creación, y busca —con mayor espectacularidad que el resto de las acciones realizadas— alentar al pueblo a que se involucre de alguna manera en la lucha.

Es una acción de propaganda armada, de pertrechamiento: se piensa obtener dinero de los bancos y armas de la comisaría, instituciones que deberán ser copadas. Y también es un homenaje al guerrillero Ernesto *Che* Guevara, al cumplirse dos años de su asesinato en Bolivia.

La toma de Pando está prevista para el miércoles 8 de octubre de 1969.

—Aprontate, porque volvés a ponerte el traje —le dice Pepe a Gallinares, exempleado bancario, mientras dan vueltas por la tranquila ciudad del interior, muy cercana a la capital del país.

—¡Quién nos ve! ¡De funebreros! —responde Gallinares.

Por esos días, en el centro de Montevideo, un joven elegante y de modales refinados conversa con el encargado de la empresa funeraria Martinelli.

—El tío era de Soca —explica el muchacho—. Vivió sesenta años en Buenos Aires, pero no había día que no extrañara su tierra.

—Esas cosas siempre pasan —lo comprende el empleado—: uno se va, pero el corazón queda…

—Al fin terminamos la sucesión. Ahora queremos traer sus cenizas para cumplir con su voluntad, para que descanse en su pueblo.

—Lo entiendo: ¿en qué tipo de servicio están pensando? —pregunta el encargado.

—No sé, algo acorde con la circunstancia —el joven parece dudar un poco, pero

luego se despacha—. Una carroza de buena clase, pero no muy ostentosa, y si puede ser cerrada, mejor.

—Mire, creo que lo ideal sería la carroza americana: es de categoría, pero no lujosa, y justamente es cerrada —responde el funcionario mientras le enseña la foto.

—¡Ah, la carroza que tío hubiera contratado! —responde el joven, con algo de humor negro, del que el funebrero no se percata.

—¿Cuántos remises desearían? —le pregunta.

—Estamos pensando en seis, porque somos varios. Acá subirían unas doce o catorce personas, casi todos los sobrinos. Pero habría que levantar a otros parientes en Empalme Olmos.

—Muy bien, no hay problema —contesta el empleado, mientras completa la planilla del servicio—. ¿Me puede repetir el apellido del difunto, por favor?

—¡Antúnez Burgueño!

El nombre era de lo mejor. Lo había elegido Rosencof dando vueltas por el cementerio de Soca y observando los lujoso panteones que ostentaban las familias adineradas del pueblo. Y había pegado en el clavo, porque los Antúnez y los Burgueño representaban el estamento encumbrado de Soca y de Pando.

—¡Apellidos oligarcas! —apuntó Gallinares cuando Pepe le contó.

—Seguro, por eso a nadie le va a llamar la atención.

La moto ya enfilaba por la Ruta 8 para salir de Pando.

De pronto Mujica pide a su compañero que aminore la marcha. Están llegando al kilómetro 29 de la ruta. Allí se ve el edificio del Instituto Rubino, un centro de investigación sobre fiebre aftosa. Pero no eran vacas lo que había enfrente, en todo caso, viejos «zorros» de las rutas: un puesto de la Policía Caminera.

—Esa Caminera ahí no me gusta nada —comenta Pepe.

—Sí, está fulera…

—Yo acá le pondría un carro con la rueda rota, y dos o tres compañeros que hicieran como que lo están arreglando.

—Sí, no estaría mal —apunta Gallinares—. Por las dudas…

—Si los compañeros ven algo raro, le hacen el apriete a los milicos acá mismo —enfatiza Mujica.

En otras visitas de planificación, Pepe le hará el mismo comentario a Rosencof. Y plantearán el problema y la propuesta del carro ante el comando.

La idea es desechada porque se considera que puede generar suspicacias.

Unos días antes de la fecha fijada para el operativo, Pepe y Gallinares recorrieron la calle Río Negro y entraron a una gran ferretería. Observaron el escenario —parecía que no había peligro— y se pararon a un metro del mostrador. Cuando salió el

vendedor, Pepe dio un paso adelante y actuó…

—¿Qué tal? —saludó—. Necesito una tenaza o una pinza grande, de buen corte.

—¿Como para qué?

A Mujica no le gustó la pregunta.

—Como para cortar —dijo, seco.

—¿Cortar alambre, cable eléctrico?

—Que sirva para todo —Pepe no quería ser más preciso—. Pero grande.

—¿De mango largo, quiere usted? —el vendedor requería más datos.

—Sí, exactamente.

—Mire, acá tengo una muy buena —el hombre la bajó de la estantería—. Tiene el mango perfectamente aislado, como para cortar cable grueso.

—¡No se hable más! Seguro que esta me va a servir —respondió Pepe, impertérrito, mientras abría y cerraba la pinza imaginándose en la central telefónica de Pando.

Gallinares no perdió la oportunidad de tomar la pinza y recortar un poco el aire —como a Pepe, le encantaban las herramientas—, y en unos instantes dio el visto bueno.

Pagaron y se fueron con la bolsa, observando nuevamente el entorno.

El miércoles esperado, 8 de octubre, amanece despejado.

El agua cae humeante al costado de la bombilla. Pepe chupa, una vez más, la pócima verde y amarga. Aparenta estar tranquilo, pero busca controlar los nervios: es un día muy especial.

El tiempo corre…

El sol calienta de a poco la mañana. A las diez y media, el cielo está celeste, espléndido.

El paseo de la Unión está de parabienes. Aquellos que han tenido la suerte de cobrar sus salarios suelen comprar más a principios del mes. Los vendedores de la avenida 8 de Octubre tratan de aprovechar estos días. Pepe anda entre la gente que camina por la zona.

Un niño de túnica blanca parece atontado por el televisor Punktal que hay en la vidriera. Está apagado, pero él se imagina viendo una de vaqueros, con muchos, muchos tiros.

La madre le tironea de la mano.

—¡Vamos, que es tarde! —le dice a su hijo. Ella ni se ha fijado en el cartel de oferta: con tan solo veinte mil pesos de entrega, más veinticinco cuotas de cinco mil, se lo podría haber llevado.

Ningún televisor, cualquiera sea su marca o modelo, nuevo o usado, está dentro

de sus posibilidades económicas.

Pepe sigue adelante.

Entre el murmullo callejero sobresalen los voceos de algunos ambulantes —«¡Hay caramelos!»— que van subiendo a los ómnibus con sus pesadas tablas rebosantes de bolsitas de masticables, frutados, de menta, de dulce de leche. Y también se cuelan las risas de las barras de estudiantes que pasan para el Liceo.

Pepe llega y se sienta con buena vista a la puerta y a la ventana.

Mocasines negros, medias de algodón blancas, largas, casi hasta las rodillas, y la falda por encima, muy por encima, de las rodillas.

La mirada de Pepe y la del Polaco Amílcar —que ya llegó— acompañan a la joven hasta que otra imagen semejante se cruza ante sus ojos tras la ventana del boliche. El desfile parece interminable. La distracción es momentánea. Pepe se rasca la cabeza, y vuelve en sí.

Las mesas se van ocupando.

—¡A caballo, dos! ¡Una familiarrrrrrr! —grita el mozo—. ¡Ya estoy con ustedes, caballeros!

—¿Qué vas a tomar? —le pregunta Pepe a su compañero.

—No sé… una gaseosa —responde Amílcar, no muy convencido.

—¡Pero no, m’hijo! —replica Mujica—. ¡Tómese un vino guerrero! ¡Algo que lo haga entrar en calor!

A motivador no le ganaba nadie en estas huestes de boliche.

Quizá no era la hora más adecuada para mojar los labios en aquel líquido retinto y algo ácido que casi se desbordaba del vaso. Salvo en el caso de que uno fuera revolucionario y estuviera por copar una ciudad a punta de metralleta.

—Hoy es un día muy importante: si todo sale bien, vamos a demostrar que podemos —reflexionó Mujica.

—¡Por la revolución! —dijo Amílcar levantando su vaso.

—¡Salú, compañero! —respondió Pepe mientras los cristales chocaban.

—¡Ahhjjjj! —se escuchó.

El vidrio ya traslúcido, pero con restos violáceos adheridos como hongos, sonó contra la fría mesa cuadrada.

—¡Al final te gustó! —ironizó Pepe.

Por suerte para la lengua y el estómago, ya era la hora de partir.

Rosencof tenía el auto pronto. Pepe y Amílcar salieron del bar y subieron. El viaje hasta Empalme Olmos había comenzado.

En la esquina de Canelones y Médanos se iba agrupando la familia del finado Antúnez Burgueño.

Para un taxi. Gallinares se baja y da la vuelta al vehículo para abrir la puerta trasera: aparece entonces un ramo de flores y, luego, una joven vestida de negro.

Tiene los ojos húmedos. El gentil primo le extiende la mano a la sobrina más llorona del difunto.

Se produce un silencio entre los familiares: surge la caja plomiza, pequeña pero solemne que —se supone— contiene al muerto en polvo. La sostiene otro de los sobrinos, que esconde bajo su saco la chismosa en la que había cargado la urna hasta Rivera y Soca, lugar donde abordó el taxi junto con el primo gentil y la prima llorona.

Lo habitual es que la empresa fúnebre se encargue de los trámites de traslado de la urna, y de acondicionarla —cepillado, cera, brillo— para cuando llegue la familia de luto.

En Martinelli, sin embargo, no se dio mayor trascendencia a aquella excentricidad de traerla en un taxi: el tío era muy querido, quizá sus sobrinos deseaban acompañarlo el mayor tiempo posible.

Ahora va la caja mortuoria a paso lento entre el cortejo doliente. Y un funcionario de Martinelli sale al encuentro:

—¡Por acá, por favor! —indica y luego ayuda a acomodar la urna en el coche fúnebre.

En ese momento algunos entrecruzan miradas al ver que la carroza no es completamente cerrada: tiene muchos vidrios a manera de ventanillas.

—Perdón, pero esta no es la carroza americana —reclama uno de los jóvenes al funcionario.

—Sí, le pido disculpas —responde el encargado—. Tuvimos un problema mecánico de último momento con la carroza americana y por eso acondicionamos la «Catalina».

Gallinares salió rápido por la calle Médanos, y entre caminata apurada y trote lento, recorrió tres cuadras hasta la avenida 18 de Julio. Al ver la tienda entró y compró varios metros de tela negra, pues ahora había muchos vidrios que tapar.

Al llegar la hora, la Catalina se ubicó al frente, para presidir el cortejo. Detrás, cinco Cadillacs negros, en los que se veía una decena de jóvenes deudos.

Así, la pompa marchó serena por las calles montevideanas. Los autos cedían el paso, las viejas —y no tanto— se persignaban ante el espectáculo mortuorio.

En los Cadillacs las primas lloraban abrazadas, los primos, serios, algunos con las miradas añubladas y extraviadas en el paisaje.

—¡Qué bueno que era el tío! ¡Toda una vida de caridad! —sollozaba una de las sobrinas.

—¡Y cómo jugaba al básquetbol! ¡Qué doble ritmo, qué doble ritmo tenía! —comentaba otro mientras los demás agachaban la cabeza y se tapaban la boca para contener la risa. El chofer asentía, como si viera al tío driblar para hundirla en el aro. Asentía como siempre, calcando el gesto en cada cortejo, pero en este caso el tío parecía de verdad fantástico, y lo era…

La marcha va saliendo de la capital. Y al pasar frente al cuartel de camino Maldonado, el milico de guardia se cuadra como por reflejo. Duro como una estaca lleva su mano derecha, tiesa, hacia su sien y queda congelado. Los deudos se codean para que nadie se pierda el espectáculo. El regocijo es general.

El cortejo avanza ya por la Ruta 8 y aumenta la velocidad hasta unos 50 kilómetros por hora. Gallinares sigue estudiando y memorizando los diestros movimientos del chofer: los Cadillacs tienen cambios automáticos.

Al pasar por la entrada de Pando, la tensión crece. La marcha debe seguir por la ruta un poco más, hasta Empalme Olmos, en el kilómetro 36,500, donde esperan otros familiares, y luego —según lo acordado en Martinelli— continuar hasta el cementerio de Soca.

Ya se divisa a los otros sobrinos al costado de la carretera. Son seis, siete. Ninguno lleva flores, pero casi todos portan bolsos largos.

La columna lúgubre se detiene. Algunos dolientes bajan y hay más abrazos, besos, y nuevas lágrimas.

Pepe, de negro, elegante, saluda con rostro compungido, acorde. Amílcar y los otros familiares hacen lo propio. Hablan por unos instantes y acuerdan los próximos pasos. Suben y se reanuda la marcha.

—Tenemos que seguir hasta el kilómetro 40, para levantar al tío Pascual —indica uno de los jóvenes. El chofer de la Catalina asiente, y le siguen los coches oscuros.

Avanzado el cortejo, de la carroza fúnebre surge tenebrosa una mano envuelta a medias en venda blanca…

Entonces, uno de los enlutados que viaja en el coche inmediato, exclama:

—¡El tío!

Descolocado, el chofer del auto fija los ojos al frente, posa la mirada en aquellos dedos largos que desde la Catalina agitan el lienzo al viento.

Es la señal: la marcha vuelve a detenerse.

Una Volkswagen Kombi que un rato antes había rebasado al cortejo se encuentra estacionada en la banquina. De la camioneta se ve salir al tío Pascual.

—¡Este, tío no es! —farfulle el encargado y cruza miradas desconfiadas con el chofer de la carroza. Algo raro está pasando: el tío Pascual es demasiado joven.

En la carroza y en los cinco Cadillacs se escucha entonces la misma frase:

—¡Somos Tupamaros!

Gallinares le explica al chofer que en realidad van hacia Pando, donde realizarán una acción.

—Pero… pero… bue… bueno… —se traba el conductor—. ¿Y quién va a conducir?

Estaba claro que el chofer no quería ser protagonista de un operativo del MLN.

—Manejo yo —contestó Gallinares—, ya vi cómo se hacen los cambios.

Los seis choferes y el encargado son invitados a bajar. No hay necesidad de mostrar las armas. Una vez cacheados —por las dudas—, los funcionarios son inmovilizados —con esposas caseras— por los tupamaros.

Una simple observación permite estimar que hay un problema de espacio. La carroza americana no solo era cerrada, también era amplia. La Catalina no reunía ninguna de esas características, así que las telas que compró Gallinares para tapar los vidrios quedan enrolladas. Deciden subir a los funcionarios a la Kombi, y permanecen vigilados por tres guerrilleros.

Gallinares se acomoda la gorra de chofer y se ubica al volante del Cadillac. Otros tupamaros proceden igual. Pero uno de los coches no arranca, no hay manera, y queda abandonado en el lugar, mientras el cortejo pega la vuelta por la Ruta 8 para regresar a la entrada de Pando.

El coche de la columna 10 está completo: Pepe, Gallinares, Amílcar, Diana, el Goyo Pérez Lutz y el Gorila Ramos.

En la ciudad ya esperan, dispersos, más de treinta guerrilleros.

Todos están listos, con sus armas. Y llevan envuelta la bandera tupamara, que es la de Artigas —tres listones horizontales, azul, blanco, azul, sobre los que se ve una banda roja cruzada en diagonal desde el ángulo superior izquierdo al inferior derecho— pero con una estrella de cinco puntas bien en el centro, amarilla, que contiene la «T» en negro. Fue la que diseñó Mario Rivero Cedrés —hermano de Tabaré—, y que su madre cosió listón por listón.

Falta media hora para la una de la tarde: todavía no es el momento de actuar.

El Cadillac de la 10 marcha hacia el cementerio de Pando. Al llegar, faltan veinte minutos.

Los deudos salen del auto y atraviesan lentamente el portal sombrío. Gallinares espera, sentado al volante, como debe hacer un chofer de cortejo fúnebre.

Los jóvenes depositan las flores para el tío Antúnez Burgueño en una cripta ajena.

Al retornar solo faltan diez minutos. Gallinares los ve llegar y baja, se alinea la corbata, se cierra el saco y quita una pelusa rebelde de la manga derecha. Parado con la impronta del momento aciago, estira la mano y abre la puerta del coche.

—¡Adelante, señor! —le dice a Mujica con un ademán.

—¡Esto se va a saber, esto se va a saber! —Pepe se traga la sonrisa.

Ya están todos en el Cadillac.

El auto arranca, despacio. En tres minutos queda frente a la UTE, en 18 de Julio y César Piovene, donde bajan sus ocupantes, que esperan. Faltan cinco para la una.

Gallinares recorre cinco cuadras y estaciona frente a la Comisaría. Espera la señal. Uno, dos, tres minutos. Es la una… pero no hay novedades. Se impacienta…

Por detrás se acercan dos hombres con uniformes de la Fuerza Aérea. Llevan a un tercero detenido. Los oficiales le aprietan el brazo, quizá fue sorprendido *infraganti delito*. Pasan así el umbral de la Comisaría.

La señal fue dada. La Comisaría de Pando está siendo copada.

A pocos metros, cuatro tupamaros irrumpen en el Cuartelillo de Bomberos.

Gallinares sale entonces con las luces encendidas por el camino preestablecido, pasando por los principales puntos de acción. Usar los faroles durante el día no era normal, por cuanto aquello fue lo acordado como señal general.

Al verlo pasar, los demás compañeros saben que ha comenzado el operativo y empiezan a actuar, según el plan. Un grupo al Banco Pan de Azúcar, otro al Banco de la República, un tercero al Banco la Caja Obrera de Pando, y el cuarto al Banco Ítalo Americano, donde se procuran finanzas para la organización.

La columna 10 también entra en acción.

Se adelanta una pareja por la puerta de la calle 18 de Julio. Ella luce una elegante chaqueta de piel; él, un impecable traje oscuro.

—Tengo que hacer una llamada —dice Diana a la empleada que atiende detrás del mostrador.

—Por esa cabina, por favor —responde la funcionaria, y al volver su mirada hacia el frente ve cómo irrumpen los hombres de negro.

—¡Somos de Inteligencia y Enlace! —dice Pepe al tiempo que muestra, de lejos, una supuesta identificación policial—. ¡Hay una denuncia de bomba en la oficina!

Surgen caras de espanto.

—¿Qué hacemos? —entran en pánico las funcionarias—. ¿Qué hacemos?

—La bomba estaría en la sala de máquinas —afirma Pepe ya en camino al lugar —. Todas ustedes vayan hacia el fondo, que nosotros vamos a inspeccionar…

Aunque lo apropiado hubiera sido desalojar el local en caso de bomba, aquella mentira piadosa de Mujica permite que las empleadas acudan solas al lugar de retención, sin necesidad de apuntarles con las armas. Pero a nadie le gusta quedar encerrado si un artefacto explosivo, de quién sabe qué magnitud, puede estallar a unos metros.

Algunas de las mujeres se ponen muy nerviosas, y más cuando Amílcar cierra filas tras ellas. La puerta de la pequeña oficina se tranca. Empleadas y clientas quedan pálidas.

—¡Somos tupamaros, quédense tranquilas que no les va a pasar nada! —intenta explicar Amílcar. No es fácil.

En el salón principal, Pepe ya ha dado la orden de subir a la azotea para cortar los cables. Con la flamante pinza de mango largo, suben Goyo y Gorila y se abocan a destrozar cuanto hilo metálico existe.

Pero de pronto se oyen gritos abajo…

Algunas empleadas que aún quedan en el salón principal de la central gritan despavoridas. Gorila deja a Goyo con los cables y desciende a las corridas.

Abajo, la dama del saco de piel, que ha salido de la cabina, extrae una metralleta del bolso y pide silencio…

Gorila piensa que el problema es en la sala del fondo y —con toda su grandeza— entra de improviso.

—¿Está todo bien? ¿Está todo bien? —grita con la cara desencajada y la metralleta calzada.

El alarido femenino es unánime.

Una de las mujeres, embarazada, parece desvanecerse, pero es atendida por algunas funcionarias y vuelve en sí.

Amílcar agradece a Ramos su preocupación, pero le pide —¡por favor!— que salga…

El corte de cables en la azotea parece no ser suficiente para cumplir la misión. Falta desactivar los acumuladores de energía. Se intenta ubicar al responsable de Telecomunicaciones, pero no aparece. Pepe decide entonces llamar a varios empleados que se encuentran reducidos, para conversar con ellos en el patio.

Afuera del local todo está en orden. Gallinares espera con los ojos bien abiertos. Si en algún momento ve una moto con un compañero haciendo flamear un pañuelo blanco debe avisar que el copamiento concluyó y que deben emprender la retirada.

Pero la que se aproxima es una señora. Camina apurada, nerviosa, enojada. Al verla, Gallinares sale y se para al lado de la puerta del auto.

—¿Qué le pasa, señora?

—Tengo que llamar urgente a Montevideo y no tengo teléfono.

—Ah, ¡quién sabe lo que puede haber pasado! —comenta—. Lo mejor es que pregunte adentro.

Gallinares valoró que la mujer no complicaría las cosas. Cuando entró a la UTE, la señora fue retenida con las demás personas.

Pepe intenta persuadir a algunos empleados ya reunidos en el patio.

—Compañeros, les queremos pedir ayuda para cortar los acumuladores —Mujica habla sereno—. Esto no es contra ustedes, todo lo contrario, compañeros. Los tupamaros luchamos por una vida mejor para los trabajadores. La lucha es contra la oligarquía, contra la injusticia del gobierno…

—Acá somos todos empleados: hay mujeres —se atreve a decir uno de los funcionarios—. Le pido que nadie salga lastimado…

—Claro, compañero. Nadie debe salir lastimado. Cortamos los teléfonos y nos vamos, pero tenemos muy poco tiempo antes de que llegue la policía. Si nos ayudan a cortar los acumuladores, rápido, podemos evitar un tiroteo con la policía.

—¡Están por acá! —interrumpe otro empleado y guía el camino.

Pepe agradece la comprensión y allá va Ramos con la pinza de mango largo…

Gallinares mira el reloj y agita su pierna derecha, como si pedaleara una máquina de coser. De pronto asoma por la esquina un camión que rápidamente para frente a la UTE. Se abre la puerta y salta un policía a la vereda, y luego corre hacia la central telefónica.

—¡Ah, la mierda! —Gallinares ve cómo el uniformado ya entra a la UTE. Sabe que tras la puerta de entrada hay un compañero pronto para reducir a quien llegue de improviso, pero…

Decide acercarse al chofer del camión.

—¿Qué pasó? —le pregunta. Y ahí mismo advierte que el camionero lo mira con desconfianza.

—¡No sé, no sé! —responde apurado el conductor, que pone reversa y sale presto.

El policía abre la puerta de la UTE y entra veloz…

—¡Un teléfono, un teléfono —grita desesperado—, que los tupamaros están atacando la comisaría!

—¡Entregá el arma! —le ordena Pepe apuntándole de frente.

El grito frena al agente, que ya ha sido rodeado por las metralletas.

—¡Nosotros también somos tupamaros!

El policía levanta los brazos y es desarmado. Luego es conducido, con las manos a la espalda, hacia la oficina en la que se encuentran encerrados funcionarios y algunos clientes, que siguen llegando.

Hay mucho ruido dentro del local…

Amílcar trata de tranquilizar a la gente explicando que ellos no son delincuentes y que nadie saldrá lastimado.

—¡Esto no es contra ustedes, es a favor del pueblo! —repite.

No es fácil de entender, las retenidas están nerviosas, sobre todo una señora:

—¡M'hijo, yo no puedo quedarme mucho tiempo acá!

—Quédese tranquila —contesta Amílcar— esto es por unos pocos minutos.

—¡Pero cómo que me quede tranquila! —retruca subiendo el tono—. ¡Yo no me quedo nada tranquila! Yo no sé si usted sabe, joven, que…

—¡Calma, señora! —interrumpe el policía reducido, que se para al lado de Amílcar como si él también estuviera custodiando la puerta, y comienza a ayudar al tupamaro en el diálogo con los encerrados.

Era posible que el uniformado actuara así no por convicción ideológica sino por actitud profesional, pero en cualquier caso ayudó a que todo se desarrollara en mejor clima. Incluso fue él quien sugirió que se habilitara otra oficina porque los clientes seguían apareciendo, y los tupamaros seguían reteniéndolos. Todos llegaban a

reclamar por sus teléfonos, y ya no se podía ni respirar en aquella habitación. La idea era buena, y fue aceptada.

—¡Ahí vienen más! —dice Diana.

—¡Esto nunca lo previmos, qué error! —se reprocha Facundo.

Con el último cable cortado, el operativo dentro de la UTE está por concluir. Ya nadie puede comunicarse telefónicamente. Goyo y Gorila reatan cables sueltos con varios metros de alambre de cobre, simulando la conexión de un artefacto explosivo.

En el *hall* central de la telefónica llueven los volantes: cuestionan al gobierno y recuerdan el segundo aniversario del asesinato del Che Guevara.

—¡Viva la revolución! —se escucha.

La puerta del local se abre y comienzan a aparecer Pepe, Goyo, Gorila, Amílcar, Diana…

Apuran el paso hacia el auto. Gallinares los espera, pronto. Y al subir le dice a Pepe:

—¡Mirá que no pasó la moto del pañuelo!

—No importa. ¡Nos vamos igual! ¡Acá ya está! —contesta Pepe.

Pero cuando van a emprender la marcha, ven llegar a otro policía.

Llega a paso tranquilo, como ajeno a la situación. Pero Pepe, Goyo, Gorila y Amílcar deben volver a bajar para no dejar ningún cabo suelto.

Lo abordan y en unos segundos le quitan el arma, ante el asombro de los estudiantes de la Escuela Industrial de enfrente, que se cuelgan del alambrado para observar el *show*.

Los tupamaros llevan al policía hasta dentro de la UTE y lo dejan junto a los demás, y con las mismas advertencias: no salir por diez minutos.

Otra vez en el coche, parten hacia el cementerio, lugar fijado para el encuentro a la finalización del operativo. En el camino, al costado de la estación, ven un Cadillac con las cuatro ruedas pinchadas. Al cruzar la vía del tren, otro con impactos de bala en las puertas.

—¡Ay, Dios mío! —se angustia Gallinares.

—¡Acá se armó! —afirma Pepe.

Ninguno ha escuchado tiros desde la UTE. Pero los hubo, tanto que un vecino había abordado con urgencia un ómnibus 7A de la empresa Copsa y le pidió al chofer que lo bajara en la parada de la Ruta 8, frente al Instituto Rubino: corrió a avisar al Móvil 57 de la Policía Caminera.

Ningún carro con la rueda rota entorpeció el camino: el Móvil alertó por radio a la Central de Policía Caminera y a Radio Patrulla. El operativo represivo ya estaba en marcha.

Al llegar al cementerio, el Cadillac de la 10 se encuentra con otros coches chamuscados por choques, por balazos…

Había gente esperando ser levantada. En el auto conducido por Gallinares ya iban siete, pero cargan a un par de compañeros de otras columnas y se reubican en el cortejo fúnebre que comienza a salir por camino Las Piedritas rumbo a camino del Andaluz.

El cortejo de salida va guiado por la Catalina. Detrás, el Cadillac de la Columna 10. Y luego, otros cinco vehículos —alguno obtenido en Pando— en los que viajan decenas de tupamaros, entre ellos, uno herido por accidente en el interior del Banco República.

La Kombi —que aún traslada a los funcionarios de Martinelli— también integra el cortejo.

Atrás queda Pando, tapizada de volantes. Y en lo alto flamea la bandera tupamara izada por los revolucionarios en la ciudad tomada.

Pero también queda un hombre herido de gravedad, un parroquiano del Bar «U» que miraba el tiroteo y fue alcanzado por las balas. Su apellido —¡qué ironía!— es Burgueño.

La marcha fúnebre ahora no es tan lenta, pero se ve recargada: hay más gente de la prevista en cada coche.

A los diez kilómetros se avista un monte, majestuoso. El cortejo se detiene y los tupamaros hacen bajar a los empleados de Martinelli. Los choferes van pasando hacia el costado de la ruta y uno, que observa cómo iban dañándose los autos, se da vuelta hacia Gallinares y le reitera:

—¡Cuidámelo!

Gallinares asiente con la cabeza. El auto de la columna 10 estaba intacto.

Los guerrilleros se redistribuyen en los coches y en la Kombi. Del Cadillac de la 10 no entra ni sale nadie. La marcha se reinicia.

—¡Chau, hermanos! —gritan algunos tupamaros a los choferes mientras los saludan moviendo la mano. Los empleados de Martinelli respiran aliviados y comienzan a caminar por la ruta.

El cortejo avanza por camino del Andaluz a no más de sesenta kilómetros por hora: la velocidad del más rápido es la del más lento. Marchan a paso de carroza hacia el destino…

Recorren cinco kilómetros y pasan la entrada a la ciudad de Suárez, sin problema. Pero tres kilómetros después, al divisar el llamado cruce de Cassarino, se distinguen

dos figuras humanas.

—¡Guambia, que ahí está la cana! —avisa Mujica a sus compañeros.

Al costado de la carretera se ve a un uniformado de la Policía Caminera haciendo señas de «Pare». Y a su lado otro, con una ametralladora. Son del Móvil 58.

Desde la carroza vuelve a salir una mano, esta vez para indicar a los de atrás que van a seguir de largo.

Todos se preparan.

Mujica quita el seguro de su arma y la calza entre las manos, pero pide calma. De esa forma Pepe trata de amalgamar los temperamentos y de evitar cualquier reacción personal, nerviosa, que pudiera desencadenar un desastre. A la vez, se encuentra listo para lo que venga…

«Bueno, me llegó la hora: acá sí voy a tener que disparar», piensa Amílcar mientras estira el caño de su metralleta hasta que asoma por la ventanilla. Si estuviera solo sería capaz de entregar el arma antes de herir a alguien, así lo sintió siempre, solo que ahora hay que jugarse la ropa por los compañeros.

Gorila y Goyo también sacan a relucir, sutiles, las astas de fuego. Apuntan hacia el cielo, pero los dedos acarician el gatillo.

Gallinares se aferra al volante y a la vez que pisa el acelerador, se hunde de manera instintiva en el asiento, previendo la lluvia cruzada de balas.

La carroza avanza. El policía hace nuevas señas, ahora más rápidas. La carroza acelera, se estimula, se acerca. Las señas son desesperadas. La carroza va a fondo…

El policía de la metralleta se coloca de perfil —la marcha no se detiene—, se prepara con su arma. La carroza y el coche de la columna 10 quedan a tiro…

Y así llega el momento decisivo:

—¡Uuufffff!

El policía apunta la metralleta hacia el suelo y se hace a un lado de la ruta, junto con su compañero.

—¡Qué lo parió! —se escucha dentro del Cadillac.

Los más prevenidos mantienen por unos segundos a los uniformados en la mira, hasta que se alejan.

A partir de ahí no saben con qué se pueden encontrar tras cada repecho, a la vuelta de cada curva.

El cortejo continúa otros seis kilómetros por camino del Andaluz. Allí paran y los coches se dividen. La Catalina y dos autos —entre estos el Cadillac de la 10— toman por Osvaldo Rodríguez y, a su vez, a los pocos minutos, se subdividen.

El coche de la 10 sigue raudo hacia Cuchilla Grande, buscando la salida a Montevideo.

El auto avanza sin problema. Han elegido el camino más largo, rodeando la ciudad por la zona de Colón. Con el paso de los minutos, un aire de algarabía se contagia entre los revolucionarios de la columna 10. Pepe se mantiene callado. Adrenalina no le falta, pero se muestra tranquilo.

Descubre entonces que la pinza de mangos largos aún está en el coche. Y en dos segundos toma la herramienta y la lanza por la ventanilla.

—¡No! —se lamenta Gallinares, por reflejo—. ¡Qué lástima!

—¡Ah, te la querías guardar de recuerdo! —ironiza Pepe.

—¡Qué lástima! —repite Gallinares, y sonríe.

A Pepe también le surge una sonrisa mientras deja que su mirada corra hacia el horizonte despejado.

En la zona de Cuchilla Grande se van bajando del Cadillac. Algunos abordan un auto chico color aceituna, otros corren por el repecho hasta camino Antares y toman un coche blanco.

Unos minutos después aparece una camioneta Ford azul de la Guardia Metropolitana —la clásica «chanchita»— que pone a todos de nuevo en alerta. Pero el vehículo policial sigue de largo a toda velocidad…

—¡Pisala, que no llegás! —ironiza el Goyo Pérez Lutz mientras se da vuelta para ver cómo se aleja la «chancha». Ríe con sus compañeros, algo nerviosos.

Gallinares debía abandonar el Cadillac en un lugar tranquilo —lo deja en Instrucciones y Antares— y luego establecer un contacto de seguridad para informar a la dirección del resultado primario del operativo realizado por la 10.

Amílcar se va al Banco Hipotecario. Parado al lado del reloj, introduce la tarjeta de trabajo a fin de marcar su ingreso. Había pedido tres horas para «hacer trámites» —los había realizado en Pando— y volvió holgado de tiempo.

Pepe y otros de sus compañeros se bajaron frente al monumento de Luis Alberto de Herrera y se metieron en un bar. Pidieron cerveza y brindaron por la misión cumplida.

Todo había salido muy bien —evalúan—: a cada trago una anécdota, con detalles de lo que acababan de vivir.

Pero la radio, siempre encendida en el bar, desmoralizó el ambiente.

A dos voces, los informativistas, relataban la «*espectacular*» y «*exitosa*» operación policial en Pando: varios tupamaros detenidos y algunos «*gravemente heridos*».

—¡La puta que lo parió! —exclamó Pepe llevándose la mano a la frente.

—¡Estos hijos de puta —bramó Pérez Lutz— seguro que los están moliendo a tiros!

Y no se equivocó. Solo le faltó precisar, aunque quizá lo imaginara, que los represores estaban ejecutando a sus compañeros.

Los diarios de la tarde informaron de la muerte de dos «*extremistas*». En realidad eran tres los tupamaros muertos: Jorge Salerno, Alfredo Cultelli y Ricardo Zabalza, el hermano de aquel joven «abstemio» que ahora se encontraba preso.

Aunque esos diarios no lo informaban, Salerno y Cultelli fueron acribillados a balazos mientras se rendían con las manos en alto. Zabalza había sido detenido por un agente y entregado a un auto de la Guardia Republicana. El agente volvió al combate y al regresar hacia el auto, Zabalza yacía bocabajo. Tenía un orificio de bala en la nuca.

En todos estos casos hubo testigos que confirman la masacre.

Poco antes, Salerno había compuesto unos versos, que luego se hicieron canción: «*América latina ya lo está gritando/ es la liberación la que se va acercando/ pues hay en nuestros pueblos una inmensa fe/ la senda está trazada/ nos las mostró el Che*».

Y su amigo, el joven poeta Ibero Gutiérrez, ese día de muerte le escribió un poema: «*Estás caído*».

«*Estás pues, allí dormido/ Con las veinticuatro primaveras/ Y la boca semiabierta/ Y el traje oscuro/ El cabello confundido con el pasto…*».

Carlos Burgueño, el parroquiano del bar de Pando, también murió. Balas extraídas de su cuerpo coinciden con las que usaba la policía, pero el episodio resultó muy confuso. La muerte fue atribuida a los tupamaros.

Las torturas a las que están siendo sometidos los detenidos en la Jefatura de Policía son ocultadas a la gente: golpes de puño, patadas o culatazos en la cabeza, quemaduras con cigarrillos por todo el cuerpo, picana eléctrica en los testículos, en el corazón, en el paladar.

Mujica y sus compañeros no necesitan recibir esa información por los diarios.

—Muertos, torturados, ¡un saldo de mierda! —se lamenta Pepe mientras se escabulle entre la gente.

En el bar, la radio sigue encendida. Por sus parlantes se escucha la voz de un niño que canta: «*¡… quinientos diecisiete, premio número uno!*». Y el locutor, de acuerdo con los números que se asocian a los sueños, enfatiza: «*Salió la grande: ¡la desgracia!*».

23

Asaltos de amor

Los tupamaros Arapey Cabrera, Enrique Losano y Jorge Iglesias fueron internados en el Hospital Militar por las heridas recibidas en el enfrentamiento con la policía en Pando.

Estos y los otros dieciséis detenidos en el momento del escape de la ciudad tomada terminaron procesados por la sede penal. Les adjudicaron «*atentado a la Constitución en grado de conspiración*» por pertenecer al MLN, además de otros varios delitos.

Pero antes pasaron por la sala de torturas instalada en la nueva Dirección de Información e Inteligencia, creada luego de un largo trabajo del agente de la CIA, William Cantrell, detrás de la máscara de «la Misión» estadounidense. Para entonces, el nuevo jefe de la División de Seguridad Pública de Uruguay —en sustitución de Adolph Sáenz— era el experto en técnicas avanzadas de contrainsurgencia, Dan Anthony Mitrione, un egresado de la Academia Nacional del FBI que había asesorado durante algunos años a la Policía brasileña en técnicas de tortura.

Elegido por «la Misión», el ahora jefe de la Dirección de Información e Inteligencia era el inspector Antonio Píriz Castagnet.

Los tupamaros sometidos a la nueva institución policial fueron: Élida Baldomir, Olga Barrios Camacho, Miguel Coitiño, Yamandú Rodríguez Olariaga, César Puig Iturralde, Germán González Romay, Conrado Fernández Cabeles, Elbio Cardozo Rodríguez, José Solsona, Juan Carlos Rodríguez, Ruben García Bianchimano, Nibia González, Augusto Grégori, Arturo Dubra, Eleuterio Fernández Huidobro y Jesús David Melián.

—¡Pobre Flaco! —se lamentó Mujica—. ¡Pobres, todos!

—Los deben estar masacrando —apuntó el Ruso, con los codos sobre la mesa y las manos entrecruzadas—; quedamos muy mal parados, Pepe, estamos muy golpeados…

—Nos la dieron duro, durísimo…

—Y nos siguen dando como en bolsa —anotó Rosencof.

La policía allanaba varios locales, los tupamaros iban cayendo a diario.

—¿Viste lo de Sassano y Etchenique? —Pepe recordó a sus viejos compañeros del MIR, detenidos unos días antes de los hechos de Pando y sometidos varios días a torturas, las que luego serían denunciadas en el Parlamento—. Todos deben estar pasando por lo mismo… ¡Qué cagada!

—Sí, lamentablemente, sí —asintió Rosencof—. Me dicen que están dando picana a mansalva…

Mujica se quedó suspendido en sus pensamientos por unos instantes, y luego sostuvo:

—Los milicos creen que estamos muertos.

—¿Y cómo estamos? —lo apresuró Rosencof.

—¡Estamos jodidos! —admitió Pepe—. ¡Bien jodidos! Pero ¿muertos?… cuando estemos muertos. ¡Ahora, no!

Una tibia sonrisa amaneció en la cara de los comandantes Facundo y Leonel.

—¡Vamo'arriba! —se animaron—. ¡Vamo'arriba!

—Mañana vamos a mostrarles que no largamos la toalla —Facundo desplegó un papel en el que se leían nombres, teléfonos, direcciones y otros datos relevantes—. Mañana mismo van a saber que estamos bien vivos…

El teléfono sonó en el Bar Sarandí.

Los empleados de la oficina hicieron el pedido de todas las tardes. Y Julio, el mozo, con su atuendo blanco y moñita negra, salió con la bandeja cargada. Bajó una cuadra por la calle Misiones, cruzó Buenos Aires, y al llegar al edificio Excelsior, subió al segundo piso.

—¡Bien ahí! —lo recibieron.

—Un cafecito por acá… —el mozo comenzó a servir.

Puso la bandeja bajo el brazo y sacó la cuenta. Esperaba la propina —eran las 18:30— cuando llamaron a la puerta:

—¿Sí? —respondió el funcionario.

—¡Vamos, adentro, rápido! —los guerrilleros, con el comandante Facundo a la cabeza, entraron a punta de pistola y cerraron tras sí la puerta del escritorio.

—¡Somos tupamaros! —comunicaron.

El mozo no podía creerlo: «justo a mí», pensó. Se lamentaba por haberse demorado con el pedido, de salir un segundo antes se hubiera librado del problema. Ahora se encontraba encerrado en el baño junto con los cuatro empleados de la financiera Etcheverrigaray, que era clandestina, aunque él nada tenía que ver con tal actividad ilegal: «Puta que me parió».

—¡Pah, hoy estamos de suerte! —festejó el Goyo Pérez Lutz.

La caja estaba llena de billetes. El dato de los bancarios —una pareja del MLN— había sido bueno.

—¡Embolsen todo, rápido! —ordenó Facundo. Luego comenzó a guardarse toda documentación que encontraba: no había tiempo para examinarla en detalle. También un pasaporte, que nunca estaba de más.

El Gorila Ramos echó un vistazo más a los encerrados en el baño. Su corpulencia intimidaba, su arma también. Les sonrió.

Con las bolsas cargadas de dinero, los tupamaros fueron saliendo de la oficina.

—Saludos a Etcheverrigaray y a Petcho —ironizó Facundo ante los funcionarios

—. Díganles que hagan la denuncia cuando quieran…

Se repartieron las bolsas y salieron de a uno. Iban vestidos con buenos trajes, como cualquier ejecutivo de la Ciudad Vieja. Se mezclaron entre la gente. Había mucho tránsito a esa hora por las angostas callecitas del centro financiero de Montevideo. Lo mejor era caminar. Y así se alejaron del lugar, con casi siete millones de pesos. Un poco a pie, otro en ómnibus.

Luego Facundo se encontró con Leonel, encargado de «enterrar» la plata: diecisiete millones de cruceiros, diez mil dólares, un millón doscientos mil argentinos, un millón ochocientos mil pesos uruguayos, y monedas.

—¿Dónde te metiste? —recriminó el encargado del Bar Sarandí.

—¡No sabés lo que me pasó!… —Julio no perdía la cara de susto.

Pero los días pasaron y no había noticias del asalto. Los tupamaros se encargaron de telefonear a la policía para denunciar el hecho, y aun así nada trascendía…

—¡Hicieron mutis! —exclamó Mujica.

—¿Sacamos el volante? —le preguntó Gallinares.

—¡A todo color! —le respondió Pepe.

El mimeógrafo había sido superado en esta ocasión: el volante se hizo en imprenta, tenía fondo verde y letra grande y clara.

También se enviaron cartas a la prensa: el martes 21 se difundió la noticia.

—Dígame, Freire —el policía se rascaba la barbilla—, ¿usted estaba ahí en el momento del asalto?

—Sí, señor —admitió Julio y contó lo que había vivido luego de servir el café aquella «maldita tarde» en la que se demoró con el pedido.

El volante denunciaba que la financiera clandestina Etcheverrigaray —escritorios 12 y 15 del segundo piso de Misiones 1361— también traficaba oro de la mano del señor Petcho. Se trataba de un experimentado hombre de cuello blanco, fundador del Banco Atlántico luego integrado al fraudulento Banco Transatlántico del Uruguay, cuya quiebra en 1965 desencadenó una de las más grandes crisis financieras del país.

Petcho se había esfumado hacia el exterior cuando se las vio feas. Se decía que actuaba desde la ciudad de Buenos Aires, con otro socio, en un escritorio de la calle Florida y Sarmiento. Y que otro miembro de la organización atendía la oficina de Río de Janeiro hasta que se vio acorralado por Interpol —en medio de una investigación por tráfico de lingotes— y se lanzó desde lo más alto de la azotea para morir con la cabeza contra el suelo.

A partir de la información recabada por Mujica y su grupo militar de la columna 10, se descubrió que altos ejecutivos de la financiera clandestina viajaban en forma permanente a Europa y a las Bahamas, hacia donde también giraban capitales, y que la sociedad fantasma estaba envuelta en maniobras con negocios inmobiliarios en Punta del Este.

Mientras Diego Etcheverrigaray negaba todo, la policía detenía a un integrante de su financiera tratando de escapar a Brasil con cien millones de cruceiros en la maleta.

Ese mismo día, el comisario Alejandro Otero tomaba uno de los volantes verdes y se lo mostraba a Fernández Huidobro:

—Pero ¿cómo? —le preguntó—. ¿Esto también lo hicieron ustedes, Ñato?

—¡Ah, yo creo que sí, comisario! —sonrió Huidobro, satisfecho por el trabajo de sus compañeros afuera. La guerrilla seguía viva, a pesar de algunas nefastas consecuencias del golpe de Pando.

Otero seguía siendo «director» pero del ahora Departamento de Inteligencia y Enlace. La rebaja de categoría se debió a la formación de la nueva Dirección de Información e Inteligencia dispuesta por la CIA. El comisario —contrario a las torturas— pidió que Fernández Huidobro fuera trasladado a su despacho. Le tenía cierto aprecio, porque sabía de su comportamiento leal en el campo de batalla: recordaba que había ordenado atender al agente herido en el tiroteo de El Pinar, en 1967, y estaba al tanto de que en Pando impidió que le dispararan a un policía que se había quedado sin balas y se refugiaba tras un auto.

—¡Cómo te dejaron, Ñato! —le dijo al verlo llegar.

—Ya ve usted —le respondió el tupamaro.

Luego lo interrogó, mano a mano, en un desafío de inteligencias, limpio.

En la calle, Facundo y su grupo volvían a una nueva acción de expropiación y demostración de fuerza.

—¡Guarda con la Embajada! —pidió el comandante dentro del auto.

Pasaron frente a la sede diplomática estadounidense, siempre bien vigilada, por la esquina de Agraciada o por la de Mercedes. Dieron una vuelta y se detuvieron lejos de aquellas miradas.

Desde allí veían lo mismo: cómo la gente entraba y salía de las oficinas de la compañía de ómnibus CITA. Su objetivo estaba al lado.

—¡Ahora, vamos! —ordenó Facundo.

—¡Vamos! —se animaron todos.

Veinte minutos después se iban con el dinero del banco.

—¡Un kilo, hoy jugamos un kilo! —alentó a su equipo al despedirse.

Pepe volvió a su refugio. El televisor estaba encendido, eran casi las siete de la tarde y en el canal 4 terminaba el programa «La gran jugada».

En el corte se anunciaba un capítulo imperdible de «El amor tiene cara de mujer».

Se rio de la frivolidad, pero también porque le pareció que eso era cierto, lo podía sentir. Se había vuelto a enamorar, esta vez de una joven de veinte, que esa noche lo esperaba en el Cerro. Estaba loco por ella. Se llamaba Cristina, pero le decían Lucy,

como a la madre de Mujica.

—Tu hermano anda bien —le contó doña Lucy a su hija—. ¡Bah, eso es lo que dice esta carta que encontré en la puerta!

María Eudoxia sonrió con alegría.

—¡Tampoco es para festejar! —refunfuñó su madre—. Tengo un hijo prófugo, ¡qué barbaridad!

Doña Lucy entró a su cuarto apretando la carta en la mano, y se recostó un poco.

—¡Que Dios lo acompañe, siempre! —rogó.

Y cerró los ojos, con la carta apretada contra su pecho.

Como en el caso de la Monty, los grandes delincuentes de guante blanco que la columna 10 dejó en evidencia la sacaron barata: algunos ejecutivos fueron presos, pero el poder —como de costumbre— jugó su papel. La Suprema Corte de Justicia removió jueces que se mostraron dispuestos a ir hasta el hueso en asuntos de esta naturaleza, y además, llegado el caso, tenía la posibilidad de conceder el sobreseimiento por «gracia» en la visita de cárceles.

El fiscal del Crimen de primer turno, Fernando Bayardo Bengoa, hizo todo lo posible por entorpecer y luego archivar las investigaciones.

Además de descubrirse una defraudación millonaria —denunciada hasta el cansancio por el sindicato— de parte del grupo de textiles liderado por Mariano Berenbaum, los bancos continuaron haciendo su juego con paralelas clandestinas.

Las financieras no necesitan mantener encaje de garantía, evitan el impuesto a la actividad bancaria, funcionan con personal, aparato y dinero del banco, cuyo grupo de accionistas dominante puede desviar las utilidades económicas, escamoteándolas a otros accionistas y eludiendo el fisco. La mayoría de las financieras ilegales operan en Uruguay pero con asiento en el exterior: trafican dinero, oro, invierten en turbios negocios inmobiliarios… Habían sido prohibidas por ley tras la quiebra del Banco Transatlántico, y hasta por un decreto de 1966; pero nada de eso contuvo la corrupción. Mercantil, Comercial, Créditos, UBUR, Holandés Popular, Cobranzas, Caja Obrera, San José y Palestino fueron algunos de los que aparecieron en una lista de bancos con financieras clandestinas publicada por *El Popular*.

—¡La joda es tremenda! —exclamó Pepe, cerrando el diario en el apartamento de la calle Piedras de Afilar. Había pasado un rato a ver cómo seguía todo.

El Canario Juambeltz ya había sido alojado en otra casa: viejos militantes del MRO ayudaron también en esta ocasión.

El 15 de noviembre, los tupamaros mataron al integrante de la Guardia Metropolitana Carlos Zembrano, quien —según las averiguaciones del MLN— había ejecutado en Pando al joven Salerno.

El secuestrado Pellegrini Giampietro fue liberado el 21 de noviembre, una vez que la empresa Seusa realizó una donación, tal como lo exigieron los tupamaros, de treinta mil dólares para una escuela de Villa García, que rechazó el dinero por orden de Pacheco, y otra de igual monto que llegó a la Caja de Auxilios de Obreros y Obreras del Frigorífico Nacional, instalado en el Cerro.

Los detenidos en una casa de Colón —Mejías Collazo, Elena Quinteros, América García, un joven llamado José Díaz y Jaime Machado— habían pasado por la picana, lo mismo que los hermanos Yacir y Sergio Da Rosa Silveira, a quienes Píriz Castagnet y el grupo de torturadores de la Policía vinculaban con el secuestro de Pellegrini Giampietro.

El Flaco David, Jessie, Huidobro, Manera, Marenales, Zabalza, Martínez Platero, Rodríguez Ducós y muchos otros compañeros de Pepe se encontraban tras las rejas. Pero él sentía cada vez más que la revolución era posible…

Con los asaltos a un importador de armas de la Ciudad Vieja y a la casa de «compra-venta» Ferretjans, en el barrio Goes, el comandante Facundo y los suyos finalizaron las grandes acciones de 1969: las arcas de la guerrilla se iban recuperando, lo mismo que el arsenal.

El enamoradizo revolucionario se había sentado en una silla del local de Piedras de Afilar, mientras contaba los minutos para encontrarse con su novia en un apartamentito de la Ciudad Vieja. Allí, a Pepe le parecía vivir un amor explosivo, mucho más que los cartuchos de gelignita que guardaba en el dormitorio. A fin de año se lo veía apasionado por Lucy, quizá el amor adolescente que no había tenido…

Pero antes de que llegara la hora de salir al encuentro de su amada, una de las niñas de la casa de Malvín lo sorprendió.

El crecimiento inesperado de la familia —tupamaros todo el día— significaba más afecto para las tres hijas de Celeste, pero las niñas habían perdido espacios de intimidad, y en algún momento resultaron afectadas por ciertos prejuicios enquistados en la mente de algunos predicadores revolucionarios ortodoxos.

La forma de vivir era austera: la eliminación de gastos superfluos se llevó algunos placeres del consumo normal a los que, como niñas de clase media, estaban acostumbradas. Uno de los clásicos era tomar agua en vez de la «bebida del Imperio».

A las niñas, la Coca-Cola les parecía más rica que el líquido elemento, pero no era ese el problema. Un cúmulo de hechos generados por cómo se vivía en la casa las hacía sentir alejadas del disfrute que otros niños podían tener, y no se trataba de problemas de dinero sino de la rigidez de ciertas concepciones filosóficas.

Pepe vivió el desborde de la situación.

Las niñas subieron por la escalera de entrada e ingresaron al corredor. Una radio reproducía las palabras del presidente Pacheco Areco en su mensaje de fin de año: «*El ejercicio abusivo de derechos y libertades llevó a nuestra sociedad al borde de la parálisis económica; y a servicios esenciales al borde del colapso. Mi gobierno no*

tuvo otra alternativa que disponer las Medidas Prontas de Seguridad, en respuesta al deber constitucional de defender y asegurar el orden público y la tranquilidad interior…».

Al avanzar por el pasillo las chiquilinas comenzaron a sollozar. Pero nada tenían que ver aquellas lágrimas con el mensaje del mandatario. La situación se volvió más angustiante cuando pasaron por la puerta entreabierta del apartamento dos, del que refulgían tonos rojizos y amarillos centelleantes.

Al verlas llegar, Pepe dejó el mate sobre la mesa y estiró sus brazos para contenerlas.

—¿Qué les pasa?

—¡Es que en todas las casas hay un arbolito de Navidad, menos en la nuestra! —exclamó Verónica, la mayor de las niñas.

Celeste observaba a pocos metros, con angustia. No quería que sus hijas atravesaran por ese sufrimiento, pero entendía que aquel producto no estaba en la lista de gastos del MLN.

Estaba segura de que ese árbol empinado de coloridas luces y chirimbolos —que tantas veces había armado cuando niña, junto con sus padres— era símbolo de repudio para lo que ella consideraba un guerrillero tipo, o así se lo habían hecho saber.

—Pero ¿por qué tus hijas no tienen árbol de Navidad? —le preguntó Mujica.

—¡Qué sé yo!… Me pareció que…

—¿Pero cuál es el problema? —respondió Pepe, mientras se llevaba la mano al bolsillo—. ¡Tomá, esta plata es para que compren el árbol más lindo que encuentren!

Verónica apretó los billetes con fuerza y todas saltaron de alegría. Estaba claro que Mujica no era el guerrillero tipo, también para aquellas niñas que lo tenían por tío Facundo.

Celeste sentía que Mujica habilitaba a sus compañeros a ser individuos, personas, y no solo soldados o militantes que se diluían en la masa revolucionaria. Pero ella tenía buenas razones para no haber comprado el árbol ni algunas otras cosas.

Hubo algún dirigente que llegó a su casa para impartir cursillos esporádicos, quien, cual escriba, parecía recitar las tablas de la verdad de un guerrillero. Así, el sermón pasaba por la canonización del marxismo y el apego absoluto a la austeridad, algo que Celeste tenía muy claro.

—¡No se puede comprar helados! —sentenció alguien alguna vez.

Los *habitués* de la casa, en general, no hacían de aquello un problema, a pesar de que cuestionaban la simpleza del planteo. Evaluaban que aquel individuo desconocía el compromiso asumido por la columna 10, muchas veces y simplemente porque la escasa trayectoria del nuevo mando medio —o medio mando— no le permitía conocer a fondo las características de un grupo.

Muchas veces, los muy jóvenes ascendían con rapidez por las circunstancias propias de la lucha: ocupaban los lugares de dirigentes maduros que caían presos o a

quienes la clandestinidad les restringía los movimientos.

Así que Goyo, Gallinares, Ramos, entre otros, a veces lo criticaban, y otras lo ignoraban o saldaban el hecho con algún comentario irónico: «¡Helados ni cervezas, compañero!».

Todos sabían que la cebada espumosa de vez en cuando era consumida —en el fragor de la lucha o en el breve descanso de la acción— al igual que otros líquidos, fueran nacionales o importados, con limón, con o sin hielo, seco o no tanto, amable o guerrero, si la ocasión lo ameritaba.

Los sueldos de los revolucionarios «legales», que cumplían con sus trabajos más allá de la guerrilla, iban a parar al MLN. Y la gente de la casa estaba de acuerdo con aquel sistema.

Todos eran solidarios con las necesidades de los compañeros, y no había gastos innecesarios.

—Las niñas tienen que sentirse lo mejor posible, Celeste —le dijo Pepe—. Para ellas todo esto debe ser muy difícil…

—Creo que sí —respondió ella—. Se han adaptado, pero…

—Ellas son parte de la revolución, compañera —Mujica sonrió con su mueca—. ¿Si no es para ellas, para su futuro, para qué carajo estamos luchando?

Celeste se emocionó con aquellas palabras, que sentía como propias.

—¡Ahora vayan por ese árbol de Navidad, y decórenlo juntas, como tiene que ser!

El tío Facundo les dio un beso a las niñas y se fue pedaleando, hasta perderse de vista. Otros amores lo esperaban…

24

Lágrimas y sangre tiñen el piso

El 5 de enero de 1970, el comandante Facundo se la pasó arriba de su camioncito cachilo, repartiendo juguetes entre sus compañeros de la columna 10.

—¡Llegaron los Reyes Magos! —Facundo lo disfrutaba—. ¡Tomá, para los tuyos, Negro!

—¡Vos estás loco! —Carlos Tasistro no lo podía creer.

—¡Dale, que esto les va a encantar! —un *buggy* grúa y una hamaca, de madera.

—Gracias, hermano —Tasistro lo abrazó, y se fue con los juguetes en la moto con la que solía evacuar a Mujica de algunas acciones de expropiación u otras operaciones del MLN.

Muñecas, autos, trompos, casitas, paletas, juegos de caja: había de todo en las bolsas de Pepe. Muchos de esos juguetes, que llegarían a manos de los niños la mañana siguiente, habían sido creados con cariño y dedicación por otro compañero, al que le llamaban el Manco, carpintero y especialista en la construcción de berretines.

El alias de Tasistro era Negro Felipe, un tupamaro «legal» que conservaba su puesto de bancario y se especializaba en teoría marxista, además de practicar karate y aikido: sus cursos eran de los más completos en lo político y en lo físico. Se sentía como pez en el agua en la columna 10 porque las acciones se discutían con filosofía política, y valoraba mucho el humanismo de Mujica y su exhaustiva verificación de los planes que precedían a los operativos:

—¡De ninguna manera, esa acción no se puede hacer! —les dijo Facundo un día.

—Pero…

Mujica hizo un pequeño círculo en una de las calles del mapa que había desplegado sobre la mesa. Marcó así un punto a cien metros del objetivo: media cuadra hasta la esquina y otra media hasta el lugar señalado con tinta azul.

—¿Ustedes qué creen que puede pasar si la cosa se atrasa y tenemos que agarrarnos a los tiros a la hora de salida de los niños de la escuela que hay justo acá? —el dedo de Mujica tapaba ahora el círculo dibujado en el mapa.

Este tipo de planificación muchas veces se realizaba en el apartamento de Tasistro, un primer piso con balcón a la calle, en un edificio de la calle Bauzá. Lo consideraban seguro —quizá con cierta inconsciencia— porque un oficial del Ejército vivía en el segundo piso y otros dos en los apartamentos del fondo.

—¿Quién va a pensar que estamos acá? —dijo el Negro Felipe.

—Justo en la boca del lobo… —apuntó Facundo.

A los diez minutos de este diálogo paró frente al edificio un camión del Ejército

cargado de soldados.

—¡M’hijo, los milicos! —advirtió la madre del Negro Felipe mirando por la ventana del balcón.

Facundo tanteó su arma y se parapetó al costado de una ventana. Por las rendijas de la persiana podía observar el camión verde, del que nadie bajaba:

—¡Deben estar esperando la orden! —avisó.

—¡Puta madre!

—¡Ahí bajan!

Uno de los militares dio un salto y quedó en la vereda.

—¡Es el vecino, m’hijo!

El oficial saludó con la mano mientras el camión seguía su rumbo.

Con el nudo aún en la garganta, decidieron ir saliendo con disimulo del apartamento y proseguir la reunión en un bar de Villa Dolores.

Ya sobre la medianoche, solo quedaban Facundo y el Negro Felipe sentados a la mesa, en un rincón con buena vista hacia las dos puertas: siempre trataban de juntarse en bares con más de una posibilidad de escape. Pidieron la penúltima.

Facundo quería plantearle dos temas a su compañero.

El primero:

—No estuviste bien en separar a ese muchacho del grupo, eran cuatro para todo, y ahora están muy angustiados, muy desanimados —le reprochó.

—Lo tuve que cambiar a servicios porque lo iban a identificar —explicó el Negro Felipe, al que Facundo le había confiado ciertas tareas de organización—: el aspecto físico del tipo es como un faro, no podía seguir en acciones militares.

—¡Fue un error! —recalcó Facundo.

—Pero ¿qué querés que hiciera?

—Ya te dije, Negro: primero, la persona —aseveró el comandante—. Desde el punto de vista militar, tenés razón, pero desde el punto de vista humano, no. Son cuatro amigos, que siempre estuvieron juntos, que se animan unos con otros, se dan fuerza para hacer las cosas…

—Sí, yo qué sé… —el Negro Felipe se rascaba la cabeza.

—Si falta uno —prosiguió Facundo— es como si les cortaras un brazo, una pierna…

—Ya sé que es difícil, pero…

—Mañana, andá y disculpate con ellos —le pidió el comandante—. Decíles que fuiste vos el que los separó, y volvé a juntarlos. En todo caso, pasalos a la columna de servicios, pero a todos juntos.

—Mañana lo hago.

—Así me gusta, Negro —Facundo tomó un trago, satisfecho, y volvió a hablar—. Mirá, si queremos cambiar a la sociedad, tenemos que empezar por el hombre. Primero, comprender al hombre, después recién podemos tratar de cambiar la sociedad. Lleva tiempo, pero si no, no vamos a cambiar nada…

Luego Facundo le confió que estaba preocupado por una pareja de novios que pertenecían a la columna 10 y que se habían separado: quedaron enemistados.

—¡Hay que ver si los podemos volver a juntar! —sostuvo.

—¡Pero dejate de joder! —se rio el Negro Felipe—. ¡Vos, en vez de comandante, tendrías que poner un consultorio sentimental!

—No, no, te hablo en serio. Es muy importante lo que te digo: aunque lleve tiempo, hay que tratar de que las cosas no queden mal…

—Te vas a volver loco, Facundo. ¡Poné un criterio y que se ajusten todos, y ya está!

—No, hay que hablar con ellos. Es fundamental: si no se puede recomponer, que por lo menos queden en buenos términos.

—¡Vos me metés en cada bailes! Yo no sé…

—Negro, la separación de pareja es muy fuerte, te tira muy abajo —Facundo se veía reflejado en aquellas palabras—. Y el ser humano no se puede romper, el quiebre del ser humano es lo peor…

El Negro Felipe tomó un trago y largó una carcajada:

—¿De qué te reís?

—De lo que un día nos dijo la Parda, cuando te nombraron comandante: «*Miren que va a llegar uno de los "viejos" de la "orga": ¡Un duro!*», nos dijo.

Mujica compartió la risa.

—Duro voy a quedar si sigo chupando —Facundo sacó la plata para pagar la cuenta—. ¡Vamos, que mañana hay mucho laburo!

En el verano de 1970, comenzaron los primeros asaltos del año y se produjo el rescate, por parte del MLN, de dos de sus militantes que habían sido detenidos por la policía en un operativo frustrado, en el Buceo. Los guerrilleros analizaban —dentro y fuera de la cárcel— los nuevos planes para golpear a la oligarquía y para responder con violencia a la «*jauría carnicera*» que azotaba a los revolucionarios: el 2 de enero había fallado un atentado contra el comisario Juan María Lucas, un torturador entrenado en Washington por Dan Anthony Mitrione. Sobrevivió al disparo de un francotirador del MLN.

En la Jefatura de Policía se ensamblaba una fase de represión metodológica y sistemática, con adiestramiento experto impuesto por «la Misión» estadounidense. Y para ello se necesitaban ciertos cambios internos.

El lunes 19 de enero, el gobierno decidió separar de su cargo al comisario Alejandro Otero y enviarlo como director de estudios de la Escuela Nacional de Policía. Durante varios años había sido jefe del Departamento de Inteligencia y Enlace de la División de Investigaciones —órgano tradicional de la Policía uruguaya al que en principio se había encomendado el combate al MLN—, y era quizá el policía que acopiaba mayor conocimiento de la guerrilla tupamara. Pero no estaba de

acuerdo con el tipo de represión que se ejercía desde la Dirección de Información e Inteligencia.

Otero era un policía clásico, que luchaba contra los tupamaros con metodología legal: los perseguía, se tiroteaba con ellos, los aprehendía, era riguroso y sagaz en los interrogatorios; pero estaba en contra de someter a tormentos a los detenidos.

El comisario Otero había actuado tratando de mantener cierta distancia del trabajo de los yanquis enquistados en la propia Jefatura de Policía. Pero era hora de sacarlo del medio. La nueva fase de «la Misión» no admitía un investigador que rechazara la tortura como método para los interrogatorios.

—¡Alejandro, qué macana!

—¡Ustedes son unos monstruos! —le dijo Otero a Píriz Castagnet.

Al fondo de la escena se veía, risueño, al subdirector de la nueva «Inteligencia», el inspector Aldo Conserva y a otro de los fanáticos de la tortura, el comisario José Pedro Macchi.

Dan Anthony Mitrione vive en una acogedora residencia de dos plantas en la calle Pilcomayo 5393, esquina Itú, frente al arroyito del Molino, en el barrio Malvín. Pero ha conseguido una casa, muy cerca de allí, que él considera apropiada para impartir sus cursos especiales: tiene también dos pisos, garaje de ingreso directo al interior del domicilio, y vecinos distantes. Se ubica en la calle Rivera.

Allí asisten policías de la Dirección de Información e Inteligencia, algunos incluso graduados en la Academia de Policía de Washington —donde Mitrione enseña «técnicas» de última generación—, participantes de otros cursos locales brindados por «la Misión», y algunos miembros del Ejército. Se acomodan en una sala acondicionada en los sótanos de la casa.

La sala tiene aislamiento acústico, nada de lo que pase allí dentro, a puertas cerradas, puede escucharse desde afuera: lo ha probado con un tocadiscos a todo volumen y hasta disparando una Magnum.

Los alumnos observan al maestro, que ya ha vivido medio siglo, cuenta con quince años en la actividad policial y diez en «la Misión» de «cooperación» yanqui con países del tercer mundo. Es rubio, peinado hacia atrás, con ojos inexpresivos protegidos por lentes de vidrios limpios, y se maneja con la precisión de un cirujano cuando demuestra sus conocimientos.

El espía Manuel Hevia Cosculluela se encuentra presente entre los asistentes. Se ha ubicado en el fondo de esa especie de anfiteatro, pero desde allí puede observar con claridad. Ya ha visto varias veces el procedimiento, día tras día…

La noche está serena cuando el agente de nacionalidad cubana sale a respirar el aire del mar —lo necesita— y camina hacia su auto para marcharse. Al llegar a su apartamento, se afloja la corbata y deja que su cuerpo caiga sobre la cama.

Se queda con la mirada perdida y luego cierra los ojos: pronto se ve en la sala de

tortura. Le invaden los gritos, el llanto, el horror; sacude la cabeza y salta de la cama, no quiere dormirse así.

Apronta un trago y se decide a escribir cómo asesinaron en aquel sótano a tres indigentes y a una mujer de acento fronterizo, a los que no pudo identificar: «*No hubo interrogatorio, sino una demostración de los efectos de diversos voltajes en las partes del cuerpo humano, así como el empleo de un vomitivo —no sé ni por qué ni para qué— y otra sustancia química. Los cuatros murieron*». Hevia vuelve una y otra vez con el recuerdo a la casa de Malvín y se queda pensando en dos detenidos políticos que no sabe identificar: los ve desnudos, tendidos, maniatados a los cuatro ángulos de la mesa, estirados de brazos y de piernas abiertas, sacudidos sus cuerpos por los choques eléctricos.

—¡Higiene, exactitud, economía de esfuerzo! —repetía Mitrione mientras llevaba la punta metálica contra los testículos de la víctima, que se arqueaba entre espasmos desgarradores.

Luego, con delicadeza, le cedía la picana a José Pedro Macchi para que realizara su práctica.

—¡Te voy a reventar la pija! —fue lo primero que lanzó el policía.

—Comisario, es más apropiado si nos referimos a esas partes por su nombre correcto.

—Pero si es un pichi de mierda…

—Le rogaría que mantuviera la digna disciplina del buen funcionario policial.

El presidente Pacheco había conversado con el embajador de Estados Unidos, Robert M. Sayre, en un cómodo sillón floreado, donde repasaron la importancia de «la Misión» para la «seguridad pública» del país. Con la presencia de Mitrione en Uruguay, el gobierno abría las puertas a los tiempos más sanguinarios del terrorismo de Estado.

Tras un tiroteo que tuvo lugar el 12 de febrero en el balneario Cuchilla Alta, fue capturado otro de los viejos miembros de la organización, Tabaré Rivero Cedrés, el Ismael tupamaro. Fue detenido junto con su compañera, también integrante del MLN, Ana María Castagnetto, y otros dos militantes, Yamandú Cabrera y Marcos Suárez. El agente Alfredo Pallas resultó muerto en el enfrentamiento.

Pepe lamentó la caída de uno de los primeros comandantes del tiempo en que la organización todavía no tenía nombre.

Los detenidos quedaron en manos del subcomisario torturador Pablo Fontana, quien poco antes había tenido que abandonar una de las clases dictadas por Mitrione en la casa de la calle Rivera: el cuerpo de la víctima desnuda temblaba, los choques eléctricos la sacudían, la muerte se veía en sus ojos. Fontana salió a los vómitos de la

sesión de tortura.

El miércoles 4 de marzo amanece claro, pero los nubarrones se van acercando…

Los dos jóvenes del Batallón Florida —histórica división revolucionaria contra el imperialismo brasileño y luego triste partícipe de la guerra que aniquiló a Paraguay— están inmutables, uno a cada lado de la gran puerta de entrada al palacio de las leyes, como siempre: encorsetados en casaca verde con cordones de honor blancos cruzados sobre el pecho, mangas azules y puños verdes, y de guantes albos, como sus pantalones. Con la cara atrapada bajo el morrión en forma de cono de cima chata, con los mismos colores del uniforme, visera corta y penacho caído al frente, pasan las horas verticales, rígidos, reposando ambas manos sobre la carabina apoyada en el piso. Todo lo registran, nada los conmueve.

Pero al ver al general subir por las escaleras, no pueden controlar el sudor de sus cuerpos duros y ocultos, y se vuelven aún más tiesos, más firmes…

«¡Al fin pasó!», parecen decir los ojos del de la izquierda, que mastica una vez más sus palabras.

«¡Qué suerte, creo que ya me conoce!», sonríe sin sonreír el de la derecha, regocijado por su nueva oportunidad de posar entumecido ante el ministro de traje militar.

Ahora el día continúa, impasible. Por la circunvalación del Palacio Legislativo pasan, como siempre, miles de vehículos durante las horas rígidas.

Los dos guardias del Florida miran, paralizados, enajenados: un Volkswagen Fusca hacia el centro, un Buick hacia el este, otro hacia el norte; un Mercedes Benz negro, que sube a un pasajero; una «chanchita» policial rauda, y un Torino ágil pero sin prisa, que conduce Gallinares y que oculta a Pepe, al que ellos no conocen. Ven también un largo Leyland, dos, decenas, llenos de gente. Un Jeep a cielo abierto, y pegado, otro Leyland, pero con pasajeros a la fuerza, custodiados por hombres de casco y uniforme verde. Atrás otro Jeep. A distancia tres, cuatro estruendosas motonetas, ajenas, pero a tiro de un «ropero» cerrado de la «Metro», con caras recortadas por las rejas de la ventanilla. Al rato pasa un Dodge enorme, de Conaprole, perdiendo un hilo de leche de alguna botella rota. Un Ford de vidrios oscuros, sinuoso, amenazante, que rebasa a otro camión Dodge pero de Manzanares, lento, pesado, que seguro recién inicia el reparto por los almacenes, y quién sabe por dónde más…

Dentro del Palacio, la Comisión Permanente espera escuchar el mensaje marcial del hombre más duro del gabinete de Pacheco. La discusión está equilibrada aunque

parece que habrá votos para el levantamiento. Contra ello habla el ministro de Defensa:

—Si se levantaran las Medidas Prontas de Seguridad se volvería al caos —asevera el general Antonio Francese—. Como prevención, como un llamado al razonamiento y a la conciencia, digo que en último extremo, también por mandato constitucional, los elementos destinados a mantener el orden en el país son a la postre las Fuerzas Armadas, y volverán a tener que actuar conmigo, sin mí o con quien sea.

Se escuchan rumores de desaprobación entre algunos legisladores; otros asienten, con movimientos de cabeza, como actores de pantomima.

El militar sigue hablando, ahora con tono más imperativo.

—¡Esto es una guerra, señores! Es una guerra con sus características muy particulares, lo que autoriza a no publicitar ciertas informaciones que son el fundamento de los planes de guerra que hay que ejecutar.

—¡Se están invocando pretextos, nada más! —comenta el senador nacionalista Wilson Ferreira.

—Tenemos identificadas a personas de gran valía profesional y política que se encuentran en caminos que consideramos desviados —esgrime Francese—, y al hablar de personas nos referimos también a agrupaciones…

El ministro busca sembrar temor entre aquellos dirigentes que de manera eventual puedan mantener algún tipo de relación con la guerrilla. De hecho, se está refiriendo a «*profesionales y políticos*» que están acercándose para formar un nuevo partido —o quizá una conjunción de partidos— de izquierda con un nombre que apunta a las masas: barajan la posibilidad de llamarlo Frente Amplio.

La Comisión Permanente decide, por seis votos contra cinco, levantar las Medidas Prontas de Seguridad. Los legisladores de la mayoría salen satisfechos del Palacio. Se respira una brisa constitucional…

Las nubes arreboladas indican que es hora de arriar la bandera. La guardia del batallón Florida se retira del Palacio.

Uno de los soldados —imposible ahora precisar si es el de la izquierda o el de la derecha— aborda un ómnibus repleto. Continúa parado y tieso, como siempre. Al bajar va pisando el barro, entre niños descalzos y gritones, que corretean por los pasadizos que llevan a los ranchos.

Llega a su puerta, descorre la cortina y entra. Sobre la mesa hay varios paquetes de fideos, leche en polvo, harina, azúcar…

La mujer lo mira, quiere sonreír pero se contiene como si fuera ella una guardia del Florida. Por detrás aparecen tres niños, de caras y patas sucias, que se pelean por contar la novedad.

—¡Papá, papá… hoy vinieron los tupas! —lanza uno.

—Sí, llegaron en un camión gigante y empezaron a bajar de todo…

—Nosotros corrimos con mamá, y agarramos todo eso…

El padre los mira, callado, como siempre; después los abraza, en silencio.

En la residencia presidencial de Suárez y Reyes, Pacheco ya tiene escrita una nueva resolución del Poder Ejecutivo. Esa misma noche, la del 5 de marzo de 1970, los ministros van pasando de a uno por la mansión para firmar el documento.

A las 4:30 de la madrugada, el prosecretario de la Presidencia logra entregar la resolución del Poder Ejecutivo a la secretaría de la Comisión Permanente. El funcionario ya esperaba el papel oficial, que acusa al Poder Legislativo de no considerar «*las circunstancias de hecho, las causas o motivos, que determinaron la aplicación de dichas Medidas Prontas de Seguridad*».

El decreto alega que la decisión de la Comisión Permanente «*carece de toda motivación; no se han expresado ni existen causas jurídicas que la fundamenten. En consecuencia, es jurídicamente inválida*».

Así, Pacheco, que se jacta de tener dos únicas armas —«*la honestidad y la ley*»— le pega un tiro a la decisión del Poder Legislativo. Una bala más contra la libertad: la democracia tiene la espalda contra el paredón.

El domingo 8 de marzo, la televisión está encendida como siempre en el bar de la calle 21 de Setiembre. Las imágenes muestran los identikits de las doce tupamaras que acaban de fugarse de la cárcel de Mujeres, justo en el Día Internacional de la Mujer: se fueron por detrás del altar, en medio de la misa matinal de la iglesia de la prisión, mientras algunas de sus compañeras cubrían la fuga a punta de pistola. Se metieron en una ambulancia de la empresa Luis Moro y se marcharon escoltadas por un falso patrullero.

—¡Mirá vos! —el cajero del bar no sale de su asombro.

—¡Audaces, las muchachas!

No hay mucha gente, así que el mozo se queda mirando un poco más: ya vienen los goles del fin de semana.

Pepe y el Polaco Amílcar brindan por la grata noticia sobre las compañeras. Ya se habían enterado, pero verlo por la tele reaviva su regocijo y complicidad.

Entre las escapadas está Jessie Macchi, aquel amor de Mujica, y la Parda María Elia. Esto lo alegra aún más: «*La conspiradora que hoy logró fugar de la cárcel de mujeres* —prosigue el presentador de noticias—, *es hermana melliza de Lucía Topolansky Saavedra, a quien la policía busca intensamente por numerosos golpes*».

—¡Son idénticas! —dice el Polaco mirando la tele.

—No, Lucía es más bonita —replica Mujica—, tiene un no sé qué…

—Ah, pero ¿te enamoraste?

—No, si ni la conozco —se ríe Pepe—. Además, ella tiene su compañero, y yo también tengo la mía, que me debe estar esperando con una buena cena, así que no me puedo demorar mucho…

—Mmmmmm…

Dos vasos con espuma, y uno que espera. La mesa siempre es de tres.

La tele sigue encendida. La Dirección de Información e Inteligencia cuestiona la «*falta de seguridad, inexplicable, de la prisión*» y señala que la organización a la que han asestado «*duros golpes*» sigue creciendo, y que por ello comenzarán a ejecutar de manera «*urgente*», nuevas y «*más severas medidas*».

En los medios se nombra una y otra vez a las autoridades y «*destacados*» policías de Inteligencia: Píriz, Conserva, Macchi, también a los comisarios Justo Rodríguez, Juan María Lucas, y al subcomisario Pablo Fontana, todos entrenados por Mitrione. Pero de esto último no se informa.

Es habitual que la policía pida a ciertos mandamases o «cronistas amigos» que tal o cual información se difunda de una u otra forma, para «colaborar» con la «*lucha antisubversiva*». Los diarios que responden al gobierno están a la orden. Los otros —los que aún no fueron clausurados— son perseguidos por informar u opinar contra «*los intereses de la patria*».

A la prohibición de emplear ciertas denominaciones para referirse a la lucha armada y a sus luchadores, se añaden nuevas censuras: «comando», «extremista», «terrorista», «subversivo», «célula», «delincuente ideológico», «delincuente político», entre otras tantos proscripciones. Sí se puede usar «delincuente» a secas, o «reo», quizá «maleante» o «malhechor».

—¿Por qué? —preguntó un osado periodista en la conferencia de prensa.

—Se trata de una disposición del Ministerio del Interior para llevar a conocimiento de la prensa que se debe combatir esa especie de romanticismo o mito que se ha originado, calificando de la forma indicada ciertos hechos —respondió el subjefe de Policía de Montevideo, Eleazar Agosto.

Luego de una hora, Pepe sale del bar de la calle 21 de Setiembre, con *El Diario* bajo el brazo —todo sea por despistar— y se pierde entre las calles de Punta Carretas.

En las páginas interiores del vespertino, junto con los nombres Raúl Sendic, Héctor Amodio Pérez, Raúl Bidegain, Juan Pablo Schroeder, Lucas Masilla, Alberto Candán —quien había reemplazado a Pepe cuando este se fue de la columna 15 a la 10—, se puede leer: «*José Mujica*», entre los principales tupamaros buscados por las fuerzas represivas.

Por ello, prefiere que lo llamen por su nombre guerrillero. Pero es sabido que el Uruguay es muy chico: «los uruguayos somos pocos y nos conocemos todos», se suele decir por verdad nacional. El revolucionario del Paso de la Arena no escapa a la regla.

Al llegar a la esquina, justo al lado de una parada donde algunas personas esperan

el ómnibus, el comandante queda de buenas a primeras, cara a cara, con su amigo de la adolescencia, Renzo Pi.

—¿Pepe, cómo estás? —pregunta emocionado Renzo, y adiós al nombre de guerrilla.

—Estoy bien, gracias —contesta por lo bajo el sorprendido Facundo—. Pero mejor seguí…

—Sí, claro, entiendo —asiente el amigo—. ¡Cuidate mucho!

Mujica le sonríe, como en aquellos tiempos hermosos, mientras Renzo reemprende la marcha.

Pepe camina un poco más por las calles de plátanos, y de pronto se ve sentado en la mesa del Mercado del Puerto tertuliando sobre la lucha por la libertad junto con sus compañeros de Humanidades y el Maestro Bergamín.

«¡Quién lo diría…!», piensa Mujica mientras expulsa el humo del armado.

Se pregunta si algún día deberá acudir a los hábitos, como el Maestro republicano: «¡¿Quién me ve a mí, vestido de monja?!», se ríe.

Por ahora, la afeitada del bigote alcanza, concluye, da la última pitada y tira el pucho contra el cordón de la vereda, antes de dar vuelta en la esquina porque le parece distinguir, a lo lejos, las luces de una sirena policial.

Esa noche llegó a resguardo y hojeó el diario antes de meterse en la cama. Alcanzó a leer en voz alta que se aprontaban medidas «*más duras*» para combatir a los innombrables.

—¿Más todavía? —preguntó Lucy, que salía del baño.

—Sí, más —repitió Pepe.

Y cuando ella le sonrió, con su pelo mojado y los ojos frescos, él ya no pudo seguir hablando de lo que podría pasar mañana, o dentro de un rato.

—Lo importante es que esta noche estamos juntos —le dijo.

Y la abrazó hasta el amanecer.

El lunes 23 de marzo, Pepe llegó al bar de Larrañaga y Monte Caseros junto con Antonio Hermida, uno de sus compañeros que cumplía tareas de apoyo para ciertas acciones del MLN.

Al ingresar, Mujica divisó un lugar bastante discreto, en un rincón del local, al lado de la peluquería. Allí se sentaron.

No hacía frío pero se habían mojado un poco con una de las primeras lluvias otoñales. Cuando el mozo se acercó pidieron café y esperaron. Luego ingresaron otros dos militantes de logística, Walter Sanzo —responsable de la columna de servicios de la 10— y Tabaré Curbelo, que prefirieron combatir el fresco de la mojadura de otra manera.

—Una añeja, doble.

—Muy bien —dijo el mozo—. ¿Y el señor?

—Grapa con limón.

—Ya veo que andan con sed —ironizó Pepe mientras revolvía el café con aire de prolijo ejecutivo de importante firma de plaza.

De algo por el estilo se trataba aquella cita.

Una vez servidos, la charla se inició por temas circundantes al asunto central de la tarde: el plan para la expropiación de las libras esterlinas de Mailhos.

La Sucesión Horacio Mailhos ocultaba en su local de la avenida 8 de Octubre miles de libras esterlinas «Rey Jorge», que eran las de mayor cotización en el mercado —once dólares por libra— y que habían sido ingresadas al país evadiendo el pago de impuestos.

Administraba la firma Luis Eduardo Mailhos, y uno de sus empleados más antiguos, el tenedor de libros Roberto Barbeito Filippone, era justamente el contacto que aquella tarde lluviosa esperaba Mujica.

Mientras lo aguardaba, Pepe daba indicaciones en torno a algunas prolijas hojas de papel desplegadas sobre la mesa. No se trataba de un mapa ni cosa burda similar, aquel no era lugar para tal análisis. Sí había algunos nombres de policías y matrículas de autos de los que el MLN buscaba información.

Tal despliegue de hojas no debería llamar demasiado la atención, salvo para algún ojo muy atento: los cuatro individuos que conversaban a propósito de esos papeles estaban muy bien vestidos. Pepe había llegado con un elegante pilot y usaba un buen saco *sport*, los demás hasta tenían traje y corbata. La mayoría lucía de esa forma entre las quince personas que se encontraban en el bar. El punto en contra quizá fuera que Mujica y sus compañeros no eran *habitués* de aquel boliche.

El teléfono sonó en la mesa central de la Jefatura de Policía de Montevideo. Y se escuchó una voz masculina. El hombre, que no se identificó, denunció:

—¡Hay cuatro subversivos en el bar La Vía, en la esquina de Larrañaga y Monte Caseros! Están en la mesa del fondo, a la izquierda…

—Enseguida mandamos una patrulla —respondió el operador.

La alerta partió a través de la radio policial y fue escuchada en un patrullero de la Brigada de Choque, a cargo del oficial de la Seccional 8.ª, Juan Demiczylo. El policía tomó la radio y respondió que se encontraba cerca del bar y que se haría cargo del operativo. Cuando colgó, el agente José Artigas Silva, chofer de la patrulla, ya rumbeaba hacia el lugar, a alta velocidad pero con la sirena apagada.

A los pocos minutos la patrulla llegó al boliche. Demiczylo se sacó la gorra, la dejó en el asiento y le pidió a su compañero que le cubriera el paso. Entró al local enfundado en un pilot azul —que no dejaba ver su uniforme— y se dirigió cautelosamente al mostrador donde encaró al propietario, el gallego Jesús Bastos.

—¿Usted llamó a la policía?

—No, señor… ¿Qué pasa?

—¡Denunciaron que acá hay sediciosos! —apenas terminó de pronunciar esas palabras se fue encima de los cuatro tupamaros—. ¡Documentos, por favor! —pidió con voz imperativa.

Y llegó el momento de la verdad…

Mujica metió la mano en la cartera, y a un tiempo, sacó su pistola Colt 45 y se paró como un resorte para encañonar a Demiczylo.

—¡Quedate quietito! —lo amenazó.

—¡No me tirés, no me tirés! —el policía tenía las manos bajas, al costado del cuerpo, y el caño en su panza, aunque ese día Pepe no había llevado la «pistola del vientre» que le había regalado el Ruso.

—¡Ustedes rajen! —ordenó Mujica a sus compañeros, y estos fueron alejándose entre la gente. Con su cuerpo lateral frente al policía encañonado, Pepe intentaba darles el tiempo suficiente para que lograran escapar del lugar.

En unos instantes el cañón flotante de la Colt 45 retrocedió. Mujica sabía que de esa manera el arma se bloquea y no se puede gatillar —no tenía intenciones de matar al policía—, pero Demiczylo también lo advirtió. Y cuando se disponía a manotearle la pistola, Pepe lo empujó con el caño sobre la barriga y corrió hasta atravesar la puerta lateral.

—¡Hijo de puta! —Demiczylo se incorporó y fue tras él desenfundando su arma —. ¡No corras, cagón!

El policía que se había quedado en la patrulla disparó su revólver, y Mujica fue alcanzado por las balas. Respondió con su pistola y logró herir al agente Artigas Silva, pero cayó al piso. Quedó tendido sobre su sangre.

Los funcionarios corrieron hacia él para inmovilizarlo. Desarmado y herido, abrió los ojos para verse encañonado por aquel policía de mano temblorosa.

—¡Tranquilo, tranquilo, ya estoy arrestado! —dijo Pepe.

—¡No me des órdenes, hijo de puta!

—¡Se te va a escapar un tiro! Ya me agarraste…

—¡Callate la boca, tupamaro de mierda!

—¡Nooooo!

Los estampidos del revólver se escucharon una y otra vez.

Mujica volvió a sentir cómo el plomo le agujereaba el abdomen. Dos, tres, cuatro… ya no importaba. Estaba inconsciente. Moría sin remedio.

Varios vecinos del barrio observaban atónitos, y algunos se animaron a insultar al policía asesino. Mujica, con seis perforaciones en el cuerpo, fue cargado, y descargado en el Hospital Militar, ubicado a pocas cuadras del hecho.

Al agente Artigas Silva le vendaron la pierna en la enfermería; a Mujica lo recibió

el jefe de cirujanos de guardia, Omar Guerrero, que ordenó llevar al herido de inmediato al quirófano.

El cirujano puso en funcionamiento a su personal más calificado. Guerrero era un buen médico con rango militar, pero también un hombre de izquierda, que sumaba sus fuerzas contra lo que consideraba un régimen autoritario.

—¡Enfermero, presione ahí! ¡Que no pierda más sangre! —indicaba mientras sus ayudantes cortaban la ropa ensangrentada del moribundo.

Los jirones del pantalón de Mujica quedaron en el piso, y los recogió la policía. El bolsillo no había sido alcanzado por las tijeras. De allí extrajeron la cédula de identidad que portaba el tupamaro: «*José Antonio Mones Morelli*».

Desnudo sobre la camilla del quirófano, Mujica se encontraba a la buena de Dios, en el que no creía.

Afuera, sus compañeros se iban enterando del desastre. Poco después del incidente las radios informativas daban la noticia, y así la conocieron varios integrantes del MLN.

«En un eficaz operativo llevado a cabo por la Brigada de Choque de la Jefatura de Policía de Montevideo, resultó gravemente herido un sedicioso que integraba una conocida organización de conspiradores. El hecho de sangre tuvo lugar en el bar y parrillada "La Vía", sito en avenida Larrañaga 2751 esquina Monte Caseros. Se desconocen por el momento los datos filiatorios del maleante…».

El Polaco Amílcar se encontró con un compañero que le dio información parcial sobre el tiroteo en el bar La Vía. Amílcar sabía que Mujica se iba a reunir con otros compañeros en ese boliche, así que salió presuroso en busca de Mauricio Vigil, un tupamaro «legal» de la columna 10 con aspecto universitario —estudiaba Ingeniería —, que tenía una motoneta. Lo encontró en la esquina de Constituyente y Jackson.

—¿Qué pasó? —preguntó Mauricio.

—¡Facundo!… —la cara pálida del Polaco presagiaba lo peor—. ¡Lo boletearon!

—¡¿Qué?!

—Hace unas horas, en el bar La Vía…

—¡No, no puede ser! ¡No! ¿Qué pasó?

—No sé. Cayó la cana al boliche. Pidieron documentos. Él estaba embagayado, creo.

Mauricio se tapaba los ojos.

—¿Estás seguro de que lo limpiaron? —insistió.

—¡Sí!

—¿Pero cómo? —a Mauricio le temblaban las manos—. ¿Cómo pasó?

—No sabemos bien: un par de tiros.

Amílcar le pidió a Mauricio que fuera hasta el bar para averiguar mejor.

Vigil salió a toda velocidad. Una vez en el barrio La Blanqueada desaceleró, y a

lo lejos divisó una «chancha» y un patrullero, con varios policías alrededor.

Eran los de la Policía Técnica, que acababan de encintar el lugar donde había caído Mujica. Sobre sus cabezas se podía distinguir los clásicos carteles circulares de Pepsi que cubrían prácticamente toda la fachada del bar, parrillada y también almacén La Vía, tal como se leía sobre la puerta de entrada, por la avenida Larrañaga.

Mauricio dejó estacionada la moto y caminó hacia el boliche. Al acercarse escuchó el bullicio de los vecinos que habían salido a la esquina para comentar el hecho trágico de la tarde. Algunos niños representaban la escena del tiroteo, apuntando con la mano, cual revólver, y señalando el piso de baldosas rústicas donde había caído el tupamaro.

Los policías vieron a Mauricio, y este ya no podía recular sin quedar en evidencia… Siguió caminando y enfiló hacia la puerta del bar, mirando la escena como un curioso más. Pero dos policías le salieron al paso…

—¡Documentos, por favor!

—Mire que solo vengo a tomar un café antes de ir al trabajo —se le ocurrió a Mauricio ante la mirada incrédula de los uniformados—. En media hora tengo que estar en el Hospital de Clínicas.

Los policías lo miraron de arriba abajo. Su aspecto era el de un prolijo estudiante —camisa planchada, lentes de aumento, peinado con raya al costado, bigotes bien recortados, sin sombra de barba— pero bastante despistado. ¿A quién se le puede ocurrir ir a tomar un café a un bar en el que acaban de acribillar a un tipo? Además, tupas con aspecto de estudiante eran casi todos, por cuanto aquella no era la mejor cobertura…

Al final los policías lo dejaron en paz, y él pidió un café, e hizo la pregunta de rigor.

—¿Qué pasó?

—¡Limpiaron a un tupa! —contestó el mozo mientras le pasaba un paño a la mesa.

—¿Murió? —Mauricio parecía no entender. Trataba de que el hombre de atuendo blanco y negra moñita relativizara lo que estaba diciendo…

—Lo remataron ahí en la vereda: le dieron como veinte balazos —exageró el mozo al tiempo que retiraba tazas de café en su bandeja de aluminio—. ¿No vio el charco de sangre que quedó en el piso?

Vigil tomó un trago largo y se quedó en silencio: no podía explicarle al mozo quién había muerto…

«¡No sabe lo que dice… es como la muerte del ángel!», se lamentó mientras sentía la borra del café en la garganta. Parecía fuera de sí…

Dejó pasar unos minutos; el dolor oculto se lo iba carcomiendo.

«¡Mataron a mi comandante!», se repetía, incesante, mientras su mirada erraba por el cielo gris tras el marco de la ventana.

Puso plata sobre la mesa y salió entre la gente, con la frente en alto. Llegó a la moto, cabizbajo. La hizo arrancar y partió con la sensación de no estar en aquel momento ni en aquellas circunstancias. Negaba, quería sentirse ajeno, pero en su mente repicaba el sufrimiento.

«¡Mataron a mi comandante!», el ronquido furioso de la moto se agravó.

Mauricio se reunió con Amílcar y este, también acongojado, informó de la muerte del compañero Mujica al comando del MLN.

El ruido permanente del apartamento de Piedras de Afilar se cortó, como el aire. Celeste —o Eugenia, como le había puesto Pepe— lloró abrazada a Goyo. La noticia iba recorriendo los cantones. Los compañeros de la columna 10 escayolaban el alma, como podían. Se había muerto el guía…

El dolor de la muerte llegó al Paso de la Arena. Madre y hermana lloraban a Pepe, el barrio también.

Vigil se fue a su casa y se tiró en la cama. Lloviznaba. Ya caía la noche.

—¡Hoy más que nunca, hay que seguir! —repetía Mauricio—. ¡Apretar los dientes y seguir!

La voz calma, el gesto ceñudo y la sonrisa cómplice de Pepe deambulaban por la habitación silenciosa. La guitarra lloró entonces una milonga triste. Así nació «Para Facundo vivo»:

Tú no sabes hermano
quién ha caído.
Hemos dejado a Facundo,
hermano,
por el camino.

He pasado despacio
por aquel sitio
donde gotitas de sangre,
limpia,
tiñen el piso.

Sangre que por sus venas
ayer corría.
¿Hoy no podremos juntarla,
hermano,
y darle vida?

Solo te has muerto Facundo,
entre soldados,
sin que ningún compañero

pudieras
tener al lado.

Bendita la tierra sea
que te ha parido.
Con gente así como vos
haremos
algo muy lindo.

Mis hijos sabrán quién fuiste,
por quién luchabas.
No faltarás en los libros,
Facundo,
después del alba.

Tú no sabes hermano
quién ha caído.

La madrugada oscura dejaba entrever ahora los grises opacos del amanecer. En el Hospital Militar, la lámpara escialítica seguía encendida. La joven ayudante miraba una vez más los ojos irritados del cirujano, que seguía pidiendo concentración, ahora para la sutura.

El corazón de Mujica… latía.

En el corredor del hospital, entre túnicas blancas y uniformes verdes se movían los contactos camuflados de la columna 10. Algunos, médicos, otros, enfermeros, pero también militares. Los había hasta con charreteras.

La noticia de la «resurrección» se expandió veloz, boca a boca, llamado a llamado, y se sembró la esperanza.

Los titulares de los diarios no eran muy alentadores: «*Sedicioso Mujica se debate con la muerte en el Militar*». Pero había dejado de estar muerto, y eso ya era un avance.

Mauricio saltaba de alegría.

La madre y la hermana de Pepe se abrazaban en la espera; quizá alguien pudiera brindarles algún dato.

A las salas donde se encontraran detenidos políticos nadie podía entrar, salvo personal autorizado del hospital, guardias o jerarquías militares, y en todo caso algún juez penal.

Del otro lado de la pared, a doña Lucy igual le surgió una sonrisa, muy leve; dormitaba cansada y veía a su niño correr entre las flores de la vieja casa del Paso de la Arena.

Al despertar aceptó ir al encuentro de un compañero de Pepe, enviado por la organización:

—¡Mi hijo está muy mal! —le informó al tupamaro Marcelo Estefanell.

—Lo siento mucho, señora.

Ella guardó silencio. Se habían sentado en una confitería de la avenida 8 de Octubre, frente al Instituto Crandon, a cuatro cuadras del Hospital Militar.

—No me lo dejaron ver. Solo tengo el parte médico…

Estefanell miraba las manos cuarteadas de la madre de Pepe, que se secaba las lágrimas.

—¡Tranquila, se va a reponer! —trató de consolarla el joven tupamaro.

—¡Ojalá, m'hijo! —suspiró ella.

Estefanell le agradeció la información y se retiró. Ella volvió a paso cansino hacia el hospital.

Pepe fue trasladado a la sala de cuidados intensivos. Ya no tenía el bazo, y la costura del abdomen era gigantesca. Respirador artificial y ojos cerrados, suero e inconsciencia. Así transcurrieron las primeros días posoperatorios. El «contacto» dentro del hospital pasaba diariamente el parte médico y militante: la columna 10 seguía paso a paso la evolución del paciente Mujica.

Pero también seguía adelante con el plan que debía haberse ajustado aquella tarde funesta en el bar La Vía. Habían pasado doce días, los suficientes para cerrar los preparativos.

La noche del sábado 4 de abril transcurre tranquila, como el ambiente en la sede del Departamento 2 de Información e Inteligencia, especializado en el combate a los tupamaros. La llovizna molesta, hay poca gente en la calle.

Pasadas las 21:40 comienzan a aparecer algunos autos que van parando, por unos instantes, a una cuadra del local policial. De esa manera, Roberto Barbeito Filippone —el hombre que nunca pudo reunirse con Mujica en el bar La Vía— y otros diecisiete tupamaros van llegando al céntrico caserón de los Mailhos. Se trata de una espectacular mansión con varias puertas de acceso —por las avenidas 8 de Octubre y 18 de Julio y también por las calles Colonia y Acevedo Díaz—, quizá previstas como salidas o entradas de «emergencia»…

Barbeito Filippone, como viejo empleado de la firma, entra primero a la casa —por el lado de 8 de Octubre 2285— y explica a los caseros que esa noche se encuentra allí por un contrabando de *whisky* que deben descargar en el local, lo que no sorprendió a José ni a Araceli, la pareja de veteranos españoles.

La columna 10 entra en acción: Lalo Gallinares y el Ruso Rosencof, «Diana», Miguel Ángel *Cristo* Olivera y el Gorila Ramos.

Una vez dentro, Rosencof les dice la verdad a los caseros y no oponen resistencia: durante varias horas charlan en la cocina sobre la vida de pobres y ricos, de oprimidos y opresores, de delincuentes sociales y de chorros de alta sociedad. Delia, la hija del matrimonio español, es una quinceañera que escucha con atención.

—Nuestra lucha también es por gente como ustedes —argumenta Gallinares—, y sobre todo por los que no tienen nada.

—Yo no justifico la violencia —responde Delia—; igual creo que es muy injusto que haya gente tan rica mientras otros se mueren de hambre…

Los de la columna 10 van hasta el acceso trasero de la mansión y abren la puerta para que entre el camión con el ingeniero Juan Almiratti, Bandera Lima y militantes de la columna del interior. También está el integrante del comando del MLN Efraín Martínez Platero.

Una vez en el patio interno y con el portón cerrado, el chofer debe hacer malabares para colocarlo marcha atrás, entre árboles, plantas y canteros, y arrimarlo cerca de cincuenta metros hasta una de las puertas interiores de la casona.

El trabajo dura varias horas. El problema mayor es levantar «la burra», una caja fuerte de más de mil doscientos kilos, oculta en un habitáculo secreto y estrecho —al que se accede al descolgar un lujoso cuadro—, donde los Mailhos esconden las libras esterlinas.

Con herramientas e ingenio, más que con fuerza bruta, los tupamaros logran subir la «burra» al camión y partir rumbo al campo con los primeros claros del amanecer. Allí la abrirán con tranquilidad y extraerán el oro: veinticinco mil libras «Rey Jorge» por un valor de entre doscientos setenta y cinco mil y trescientos mil dólares. También se llevan seis mil pesos de otra caja fuerte, una veintena de armas entre largas y cortas, y varios documentos comprometedores sobre los negocios *non sanctos* de la familia Mailhos, una de las más acaudaladas del país.

Cuando volvieron los miembros del portentoso grupo familiar se encontraron con una alcancía para niños en el agujero donde ya no estaba la «burra». Y en el pizarrón donde Gustavo y Julio Mailhos habían anotado lugar y duración de sus últimos viajes a Punta del Este y París, el viejo empleado sedicioso de la prestigiosa empresa, apuntó: «*Roberto, abril 4 de 1970, hasta la victoria siempre*».

Los diarios de la tarde del domingo 5 califican como «*robo del siglo*» la acción de los «*conspiradores*» contra la multimillonaria empresa tabacalera, y de otros rubros ocultos.

Además de hacerse con el botín de guerrilla, el MLN había dejado al descubierto las maniobras de la administración Mailhos. La Comisión Investigadora de Delitos Económicos, a cargo del abogado Miguel Ángel Cossini, tuvo que ocuparse del caso

que deparaba la fijación de una millonaria multa. Pero antes de que adoptara cualquier decisión, llegó el fallo de la justicia.

El juez de instrucción de segundo turno Antonio Grille procesó con prisión, el lunes 6 de abril, a Luis Eduardo Mailhos, por defraudación impositiva, al comprobar que las libras de oro ahora en poder de los tupamaros habían sido ingresadas de contrabando, a fin de no pagar el impuesto al patrimonio.

El magistrado entendió que Mailhos había cometido un acto fraudulento con la intención de obtener un enriquecimiento indebido, a expensas de los derechos del Estado a la percepción de los tributos. Se trataba de un fraude: se había engañado a los funcionarios de la Administración Fiscal, y esa conducta delictiva se penaba con seis meses de prisión a cuatro años de penitenciaría.

En el Hospital Militar una sonrisa leve pero inconfundible volvió a dibujarse en la cara de Mujica, que apenas podía moverse. Lo habían pasado a la cama del fondo de una sala amplia, donde también se encontraban internados algunos viejos militares.

Allí se enteró de que el 13 de abril un comando de la columna 15 acribilló de nueve balazos al inspector Héctor Morán Charquero, luego de una persecución automovilística con tres autos por la Rambla Wilson, que finalizó en la avenida Cachón.

Morán, supervisor de Vigilancia y Hurtos y Rapiñas, y jefe de una Brigada Especial para indagaciones complejas de los delitos cometidos por los guerrilleros, había torturado hasta el borde de la muerte al telegrafista de la Marina y también tupamaro Rodebel Cabrera. El juzgado de 4.º turno indagaba al inspector por este y otros casos de tortura: el informe forense había comprobado gravísimas quemaduras en el cuerpo de Cabrera, producidas por la picana eléctrica.

El MLN había asumido como «*verdadero culto de la organización*» una política de «*represalias contra la tortura, el asesinato, muerte de militantes*» —entre otras situaciones graves—, la que debía «*llevarse adelante con justicia pero sin contemplaciones*».

Por eso la columna 10 había decidido perseguir a los responsables del «*ataque criminal*» contra el comandante Facundo: se investigaba respecto de aquel que lo había acribillado en el piso cuando el tupamaro se encontraba indefenso, y se tenían pistas sobre un agente policial llamado Leandro Villalba, quien —según la información obtenida por los revolucionarios— había dado la voz de alerta para que los represores llegaran hasta el bar La Vía. Esto quedó confirmado cuando verificaron que el propio Villalba contó en un programa de radio cómo había actuado ese día en el boliche de Larrañaga y Monte Caseros, del que era asiduo concurrente.

Los jóvenes que aquella tarde se encontraban reunidos con Mujica —Hermida, Sanzo, Curbelo y otro que la policía vinculó al hecho, Máximo Santos Anchetta— habían sido detenidos, procesados y enviados a la cárcel por el juez de instrucción de

primer turno Daniel Pereira Manelli.

Este magistrado, que había archivado el caso de la famosa «*infidencia*», era considerado un «*experto en tupamaros*» —de acuerdo con la prensa de derecha—, y se encontraba entre ceja y ceja del MLN por su forma de actuar en los expedientes penales que involucraban a los guerrilleros.

Acaparaba las investigaciones más importantes respecto de los «*facciosos*», y era catalogado por los revolucionarios como un miembro activo de la política represiva del gobierno desde su cargo en el Poder Judicial: inventar pruebas contra los «*conspiradores*» para remitirlos a la cárcel y pasar por alto las conductas de torturadores o asesinos policiales eran sus dos características sobresalientes, según el MLN.

A esos cuatro jóvenes, Pereira Manelli les imputó el delito de asistencia a la asociación para delinquir: entendió que se dedicaban a «*tareas periféricas*», como trámites, averiguaciones sencillas, compra de comida u otros artículos para el MLN, y que solían guardar algunas armas de la organización en sus casas.

Las familias de los tupamaros procesados sabían que poco podían hacer por ellos más que acompañarlos. Madres, esposas o compañeras, hijos y hermanos llegaban los días de visita, pero no tenían posibilidades jurídicas reales para lograr acelerar la firma de un decreto de libertad. No porque faltaran abogados dispuestos a defender sus derechos, sino porque estos profesionales también chocaban contra las barreras del poder autoritario, que se acentuaba.

La familia que residía en el 1012 de la calle Pereira de la Luz no era de aquellas. En su caso —el del procesado Mailhos—, más que las posibilidades jurídicas, que le sobraban, pesaba la influencia propia del poder económico.

Luis Eduardo Mailhos tenía 75 años, estaba viejo. Había varios viejos presos, con penas de meses o años por cumplir, pero estos eran «chorros comunes». Mailhos, en todo caso, era un señor ladrón de cuello duro. El 20 de abril se fue por donde entró. Pasó 14 días en la cárcel. Todo un escarmiento.

A Facundo le quedaban varias semanas de internación en el Hospital Militar. Había perdido el pelo y el dolor abdominal no cesaba. Pero tenía la picardía intacta: no dejaba pasar la oportunidad de ser galante:

—¡Por suerte me ha tocado la enfermera más linda de todo el hospital!

—¡Mirá, mejor acostate ahí, que si te agarro yo sí que te mato! —ella parecía desafiarlo.

—¡Ojalá! —avanzó él—. Si supieras lo que aguanta este cuerpito…

—Por lo menos seis balazos —sonrió la enfermera.

—¡Y qué te parece!

—Que me voy a ver a otro paciente.

—Pero volvé en un rato, que si no, no me puedo dormir.

—En un rato vengo a ver si todavía estás acá…

Esas palabras fueron sintomáticas. Facundo se había ganado la simpatía de la enfermera, que estaba dispuesta a colaborar en la fuga del paciente enamoradizo.

Ella mantuvo contactos fuera del hospital con un integrante del MLN.

La columna 10 preparó varios planes para rescatar a Facundo de la sala: mapearon el lugar, se infiltraron, y esperaban el momento adecuado, valorando que la precaria situación de salud del comandante era un inconveniente.

Antes de que pudiera concretarse la acción de rescate, los militares olfatearon las intenciones y reforzaron la guardia. El operativo nunca pudo llevarse a cabo.

Pereira Manelli procesó a Mujica, el 25 de mayo de 1970, por los delitos de atentado a la Constitución, asociación para delinquir y encubrimiento. El juez nunca indagó al policía que pretendió ejecutar al detenido cuando este se encontraba tirado en la vereda del bar La Vía.

Cuatro días después, los tupamaros festejan el gran golpe del Bebe Sendic y su columna del interior con el apoyo de otros revolucionarios, en especial del marinero Fernando Garín. Habían irrumpido en el Centro de Instrucción de la Marina, redujeron a los efectivos navales, y se llevaron ciento noventa carabinas, ciento veintiséis fusiles, ciento ochenta revólveres, cincuenta pistolas, dos ametralladoras de pie, dos metralletas, noventa granadas de demolición, otras ciento treinta de gas y humo, unos setenta mil proyectiles, equipos de radio, máscaras antigás…

—¡Qué lo parió! —exclamó Mujica en la cama del fondo.

—¡Lo parió y pico! —el asombro era general, incluso entre algunos viejos militares internados.

Apenas logró incorporarse, el paciente subversivo se paseaba con lento andar por la gran sala del hospital, con su bata larga y el suero colgando a un lado, brindando sonrisas y guiñadas para los jóvenes tupas que había internados: uno de ellos era el Negro José López Mercao, que tenía veinte años y el maxilar destrozado. Él y el cañero tupamaro «Félix» Bentín usaban armas recién obtenidas del Centro de Instrucción Militar cuando el 31 de mayo se toparon con la policía y se armó el tiroteo.

A López Mercao le pegaron varios balazos y ya en el piso lo quisieron rematar con un disparo a piel tocante, en la boca, pero atinó a mover la cabeza cuando el policía apretaba el gatillo para ejecutarlo. A Bentín, fuera de combate al quedar malherido, le arrancaron un ojo con una cantonera.

El 1 de junio, como represalia contra los intentos de ejecución, los tupamaros ametrallaron por debajo de la cintura a policías que se encontraban en la puerta del canal 4.

Por miedo a algún tipo de acción de esas características en el Hospital Militar, pasaron a López Mercao y a Bentín a una pequeña sala bien custodiada. Y a Mujica

lo mandaron, con los puntos colgando de su abdomen, al Penal de Punta Carretas.

El Polaco Amílcar volvió una noche al bar de 21 de Setiembre. Con Pepe siempre consideraron que aquel era un boliche discreto, en el que no levantaban sospechas. Un lugar seguro para contactarse y eventualmente planificar alguna acción.

Una vez más retiró la silla y se sentó junto a dos compañeros. Otra vez tres.

El mozo de siempre se acercó y observó las caras. En el lugar de Mujica se había sentado otro muchacho. Entonces, dirigiéndose a Amílcar, preguntó interesado:

—¿El otro compañero… cayó?

El «solapado» Amílcar solo pudo estirar los labios a manera de sonrisa como cuando era descubierto —«¡pica!»— en el patio de la escuela.

Cada cual tomó su trago, rápido, y se levantaron de la mesa. Antes de salir, Amílcar saludó con calidez al mozo. Ya no podían volver.

25

Mitrione, Nixon y Peirano Facio

Mientras Pepe se iba adaptando a su nueva situación de preso en el Penal de Punta Carretas, afuera ya eran varios los policías y militares recibidos —algunos con honores— de los cursos especiales brindados por Mitrione.

Los que pasaban por la casa de la calle Rivera aprendían del «*técnico*» estadounidense que el «*interrogatorio es un arte complejo*», con varias etapas: un período de ablandamiento, de golpes y vejámenes usuales; luego un tiempo de humillación a fin de que el detenido sienta su indefensión, lo que se realiza con golpes e insultos; después golpes en silencio, absoluto silencio; y recién allí el interrogatorio, en el transcurso del cual el dolor solo será causado por el instrumento de tortura que se emplee. Por si hiciera falta, Mitrione se lo explicó con mayores detalles al cubano Hevia, un día de cielo plomizo en el invierno de 1970.

—Dolor preciso, en el lugar preciso, en la proporción precisa elegida al efecto — aseveró.

—Claro, entiendo —respondió el cubano.

—Pero siempre hay que dejarles una esperanza, una remota luz… —la mirada de Mitrione se perdió en el oscuro horizonte que veía tras la ventana de su casa.

—No siempre sobreviven… —apuntó entonces Hevia.

—¡Una muerte prematura significa el fracaso del técnico!

—Seguro.

—Al inicio se debe realizar un examen médico exhaustivo al detenido para valorar su grado de resistencia —explicó Mitrione—. También es necesario conocer qué tipo de personalidad tiene, y cuál es su situación política.

—¿Su situación política?

—Seguro, es muy importante saber con antelación si podemos permitirnos el lujo de que el sujeto muera.

—Pero que muera luego de hablar…

—Exactamente —asintió Mitrione—. Ante todo, eficiencia. Jamás dejarse llevar por la ira. Debe ser un trabajo limpio, con la perfección del artista.

Fue la última charla que mantuvo con el espía Hevia.

Como parte de las represalias directas contra la «*represión criminal*» se creó el «*Plan Satán*». Fue diseñado dentro del Penal de Punta Carretas, y aprobado luego por la dirección del MLN que se había conformado afuera: Sendic, Efraín Martínez Platero y Amodio Pérez.

—Secuestrados en «*cárceles del pueblo*» —Fernández Huidobro tiraba la idea.

—¿Para qué? —preguntó uno de los tupamaros, un tanto desconfiado.

—¡Para pedir a cambio nuestra liberación, papá! —el Ñato paró de escribir por un rato para tomar el mate que le cebó el compañero, al que ya le gustaba la idea.

—Hay que elegir bien a los «chanchos» —así le llamaban entonces a los secuestrados.

—Si somos eficaces —apuntó el Ñato Huidobro— ponemos en jaque a la Presidencia, al Parlamento y a la Justicia: una buena amnistía para todos los presos políticos, incluso para los que no son tupas…

Mujica meditaba en su celda. Pasaba bastante tiempo reposando porque las heridas aún lo aquejaban. Estaba de acuerdo con el «*Plan Satán*» y había conversado con el Ñato de lo apropiado que les parecía a ambos no caer en la trampa de plantear exigencias contra plazos perentorios, que los obligaran a tomar decisiones drásticas respecto de los secuestrados: la idea era llevar el asunto a un verdadero plano de negociación, donde el gobierno se sintiera cada vez más presionado por las circunstancias. Estaba claro que los tupamaros deberían estar preparados para soportar el aún mayor endurecimiento de la represión que se desplegaría. Pepe se quedó reflexionando un poco más sobre estos aspectos…

Pensó en el crecimiento gigantesco que había tenido el MLN. Calculaba que la organización clandestina tendría por lo menos dos mil personas actuando en la calle, unos cinco mil si contaba a los que participaban de forma legal, y estimaba una influencia en distintas áreas de la sociedad de quizá treinta mil personas.

La imagen de la Base Pinela se le atravesó ante los ojos, aquel puñado de militantes de los comienzos le sonreían. Él estaba ahí, unos años más joven, soñando la revolución.

Aquella idea de Mao sobre la conquista de las masas parecía estar cumpliéndose en Uruguay.

A la hora del recreo salió hacia el patio, caminó lento, y de pronto —entre los casi cien tupamaros presos en ese momento— se vio sentado junto a Huidobro, Marenales y Manera. Y un poco más allá estaban Rivero Cedrés y Rodríguez Ducós. Y en la otra punta su gran compinche, el Flaco David. También Leonel Martínez Platero y el argentino Nell Tacchi.

—¿Qué te pasa, Pepe? —le preguntó Huidobro.

—Nada, pensaba en cómo estará todo afuera…

—Y, se está haciendo mucha cosa, ¡muchísima! —la inflexión del Ñato sonaba a advertencia.

—Sí, parece que nos hemos hinchao como con levadura.

—¡Imponente hinchazón!, diría yo.

Pepe habló un rato más sobre la cantidad de acciones que se habían realizado en

el primer semestre de 1970 —ya iban más de treinta y cinco relevantes y cientos de las más simples— y respecto de los problemas que podría estar afrontando Sendic, como uno de los pocos «*líderes políticos*» de la «*orga*» que no estaban presos.

El propio crecimiento del movimiento y su forma de actuar, aquella idea de autodeterminación de cada columna bajo cierto centralismo de dirección se estaba desdibujando. Las acciones se multiplicaban sin control: expropiación, copamiento, propaganda armada, pertrechamiento, desarme de policías, operaciones del tipo Robin Hood, hostigamiento a la oligarquía, represalias contra policías: «*Tamos saturando todo: ¿Hacia dónde vamos?*», se preguntó Mujica una vez tirado en el camastro de la celda. Mao había conquistado a las masas pero también logró guiarlas con un ejército poderoso por su calidad y por su fuerte y claro compromiso político.

Pepe se levantó de la cama olvidando herida y dolor, buscó un papelito que guardaba enrollado en un hueco de la pared, y con la punta de un grafo diminuto le escribió una carta a Sendic: «*Somos grandes, pero no fuertes, somos un elefante…*».

La preparación para ejecutar el «*Plan Satán*» avanzaba cuando el 30 de junio detuvieron a Amodio Pérez mientras manejaba un *jeep*. Pasó por la Jefatura de Policía, fue procesado y enviado al Penal.

—El *jeep* estaba quemado, quise coimear a los milicos pero no agarraron —explicó.

—¿Y las libras de Mailhos que tenías? —le preguntó Marenales.

—¡Ja! —Rivero Cedrés se rio con ironía, a distancia, pero como para hacerse escuchar.

—Quedaron bien guardadas… —Amodio miró con desdén a Rivero Cedrés.

El 31 de julio —tres días después de haber secuestrado al juez Pereira Manelli—, los tupamaros esperaban a Mitrione muy cerca de su casa.

Eran las 8:15 cuando el Opel Rekord del Ministerio del Interior, conducido por el sargento Manuel Emilio González, llegó a la casa del agente estadounidense, que ya esperaba en la puerta.

Mitrione se sentó al lado del conductor y partieron hacia el centro por la calle Pilcomayo. En la primera esquina giraron a la izquierda, por la calle Alejandro Gallinal, hacia la rambla de Malvín. Pero antes de recorrer una cuadra y llegar a la esquina de Aconcagua, una camioneta *pickup* Internacional —conducida por Andrés Cultelli, quien iba acompañado por Jorge Torres— se fue de frente contra el auto de Mitrione y lo chocó con violencia del lado de la puerta del conductor.

Otros dos tupamaros, «Beatriz» y «Darío», estaban parados en la esquina y se fueron encima del vehículo chocado. Beatriz rompió el vidrio con la metralleta, encañonó a Mitrione y lo hizo salir. Torres redujo al sargento González y lo desarmó.

Mitrione fue conducido hasta una camioneta Ford con toldo —donde esperaban Hugo Dermit y Carlos Hernández Machado—, que se encontraba estacionada a pocos metros. Le ordenaron subirse a la caja y acostarse bocarriba. Y en ese momento a «Darío» se le escapó un tiro que dio en el pecho del agente estadounidense.

—¡Cuidado, que lo necesitamos vivo! —protestó «Beatriz».

—Por mí no van a sacar nada —repuso Mitrione con la voz exigida por el dolor del balazo—. A mí me entregan…

El agente estaba pensando en un canje por dinero como en el secuestro de Pellegrini Giampietro, pero el MLN tenía otras intenciones.

En la Curva de Maroñas —ocho kilómetros al norte del lugar del secuestro— trasladaron a Mitrione a una camioneta Kombi camuflada como ambulancia, donde «Felipe», estudiante de Medicina, le prestó los primeros auxilios al herido. Recorrieron otros cuatro kilómetros hasta las inmediaciones de camino Carrasco y Bolivia, donde levantaron a otro secuestrado: el cónsul brasileño Aloysio Marés Dias Gomide, primer secretario de la Embajada de Brasil, sorprendido en su casa del barrio Carrasco Norte por un comando de la columna 15, en el que participaban el Nepo Adolfo Wasem, y Henry Engler, alias Octavio.

La «ambulancia» se dirigió entonces a un local del barrio Pérez Castellano.

La Kombi con los secuestrados bajó por la rampa y se introdujo en el garaje hasta quedar dentro de la vivienda, luego las puertas de madera se cerraron. Mitrione y Dias Gomide permanecerán cautivos en el apartamento de Centenario 4115, entre Juan Sebastián Elcano y El Cairo, a menos de dos cuadras del Museo de la Aviación, una dependencia de la Fuerza Aérea Uruguaya.

Cuando un grupo de tupamaros asaltó una farmacia para llevarse material de esterilización y medicamentos, la Embajada de Estados Unidos advirtió la situación y difundió que Mitrione era alérgico a la penicilina. Los revolucionarios con conocimiento de Medicina tuvieron en cuenta ese dato, mientras curaban la herida del «técnico» de «la Misión».

En el dormitorio donde se alojó a Mitrione, un tupamaro le preguntó al agente secuestrado por el «*importante*» trabajo que realizaba en Estados Unidos:

—Bueno, no creo que lo fuera. El problema es qué se considera importante. Era consejero, consejero. Habituado a enseñar a los hombres que venían a estudiar a Estados Unidos las últimas técnicas. Eso se ha venido haciendo durante los últimos veinte años, por lo menos, con gente de Irán, de Túnez.

—¿Aprenden? —consultó el tupamaro.

—Aprenden algunas cosas. No pueden aprender todo porque las sociedades son diferentes. Lo más importante es que aprendan las nuevas y las mejores maneras de hacer las cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Hum, hum.

Los tupamaros tenían información de que Mitrione había formado escuadrones de la muerte mientras estuvo en Brasil, entre 1960 y 1967, como consejero de «la Misión» en ese país. Y que en ese campo había trabajado junto con Sérgio Fleury, jefe del Departamento de Orden Político y Social (DOPS) brasileño. El secuestrado dijo a los guerrilleros uruguayos que solo fue «*asesor de la Policía Militar*» y que «*trabajaba en entrenamiento*».

«*Nosotros buscamos la manera más pacífica de hacer las cosas para que sea mejor*», sostuvo.

—¿Qué dice de su trabajo en Uruguay?

—Es más o menos lo mismo, más o menos lo mismo. Tenemos una oficina en Jefatura y trabajamos con el Ministerio del Interior y el jefe de Policía. Allí, en Jefatura. Trabajamos en comunicaciones con el interior, para los departamentos del interior. Especialmente en la red básica: telecomunicaciones.

—¿Cree que los policías aprenden muy rápido en Uruguay?

—No sé. Creo que los jóvenes uruguayos son muy inteligentes. Creo que es mejor que cualquier otro lugar de Latinoamérica, porque hay mejor sistema de educación, tienen escuelas. Lo único que veo malo es el poco deseo de trabajar más, de tener mejores trabajos. Pero se les paga poco. Sí, mal pagados. Sí, ayudaría que les paguen.

—¿Qué puede decir de esos tipos como Morán Charquero?

—No lo conocí bien, no trabajé con él. Lo conocí cuando fue a Estados Unidos, porque fui al aeropuerto a decirle adiós. Lo vi cuando volvió, pero no trabajé con él ni con otro hombre de Canelones que fue a la escuela al mismo tiempo.

Mitrione pareció no recordar su nombre, los tupamaros lo desconocían: los policías Romeo Damiano Gandini y Carlos Washington Grau habían viajado con Charquero para ser entrenados por el Programa de Seguridad Pública, según averiguaron más tarde.

Le recordaron al secuestrado cómo lo trataron desde que fue herido.

—Fueron muy amables. Debo decir eso.

—Quiero decir que muchos médicos lo cuidaron y tenemos todo lo necesario para evitar sorpresas. No nos gusta matar para nada, pero lo haremos si es necesario, y matamos a Morán Charquero con una sonrisa. Sabíamos que hacíamos algo que nuestros compañeros agradecerían. Era un torturador. Hay muchos y los vamos a matar a todos.

Luego de un rato, los guerrilleros uruguayos volvieron sobre el tema de Brasil. Le preguntaron a Mitrione por su relación con el Departamento de Orden Político y Social: «*¿Con el DOPS? Oh, bueno, creo que… el DOPS… No sabía mucho en esos días. Es la Policía política ¿no?*».

Los tupamaros sonreían bajo sus capuchas.

El agente estadounidense reflexionó:

—La violencia en Brasil es aún más fuerte que en Uruguay, en Guatemala…

—Se acepta, ¿no? Quizá la vida humana sea más barata que acá. Estoy seguro de que Uruguay es diferente. Pero acá también se tortura —aseveró el tupamaro—. En Brasil es horrible. Me gustaría matar al señor Fleury.

—¿Lo conoce a Fleury? —le preguntó el otro tupamaro que lo custodiaba.

La cara de Mitrione parecía decir que no sabía a quién se referían…

—Es el jefe de Policía del escuadrón especial.

—¿En Río? —Mitrione entornaba los ojos para preguntar—. ¿Cómo se llama?

—Estuvo acá enseñando cuatro o cinco meses atrás, ¿sabe? —el tupamaro le refrescó la memoria—. El escuadrón de la muerte.

—¿Sí? —Mitrione se desentendía.

—No pudimos encontrarlo.

—Pero me encontraron a mí, ¿eh?

Los tupamaros emitieron comunicados para informar que Pereira Manelli sería «*juzgado por la justicia revolucionaria*» y que a cambio de la liberación de Mitrione y Dias Gomide se planteaba la libertad de la totalidad de los presos políticos, unos ciento sesenta, quienes deberían llegar a México, Perú o Argelia antes de que se dejara libres a los dos secuestrados extranjeros.

La presión de Brasil, pero sobre todo la de los Estados Unidos, recayó sobre el gobierno de Pacheco, que aunque desplegó una ola avasallante de represión de parte de la Policía y del Ejército —con hasta quinientos allanamientos diarios—, no daba con la llamada «cárcel del pueblo».

El presidente se tambaleaba en el cargo, y crecía la expectativa de negociación.

—¡Vamos bien, vamos bien! —opinó Mujica en el recreo.

—Le hicimos tres goles, ahora hay que saber aguantar el partido todo el tiempo que sea necesario —repuso Huidobro en términos futboleros.

El miércoles 5 de agosto, los tupamaros liberaron a Pereira Manelli: «*a pesar de los cargos en su contra, comprobados por sus propias declaraciones, que hemos grabado*», aclararon.

De esa manera el MLN demostraba tener buena voluntad de diálogo: «*no es necesario matar a nadie*», se deslizaba entre los círculos de poder político.

Pero envalentonados con la posibilidad de voltear a Pacheco —algunos legisladores colorados y blancos hicieron saber a los tupamaros que apoyaban la caída del mandatario—, la dirección del MLN decidió comunicar ese miércoles 5 de agosto que el plazo para el canje por los presos políticos expiraba el viernes 7 a las 24:00 horas: de lo contrario «*damos por concluido el caso y haremos justicia*», desafiaron.

—¡La cagamos! ¡La cagamos! —saltó Mujica al enterarse en el patio de la cárcel.

—Pusieron un plazo, ahora te quiero ver… —el Ñato cruzaba y descruzaba los brazos.

—Había un plan, un plan a seguir… —se quejaba Pepe.

—El plan se fue a la mierda —aseveró Huidobro—. Si vence el plazo es evidente que hay que cumplir.

En la mañana del viernes 7, los guerrilleros secuestraron a Claude Fly, un estadounidense asesor del Ministerio de Ganadería.

Pero un poco más tarde, los tupamaros recibieron un golpe inesperado: en un apartamento de la calle Almería, en Malvín, cayó toda la dirección del MLN, con Sendic a la cabeza.

El gobierno de Pacheco festejó, pero aún le quedaba por resolver el gran problema de los secuestros.

El plazo venció.

El sábado 8, el MLN difundió un comunicado alertando que la vida de los secuestrados dependía de la integridad física de los detenidos: el gobierno había solicitado al Parlamento la suspensión de las «garantías individuales» y a la Suprema Corte de Justicia que habilitara la inoculación de pentotal sódico —conocido como el suero de la verdad— a los guerrilleros que estaban siendo interrogados.

El presidente estadounidense, Richard Nixon, decidió enviar a través del Departamento de Estado de ese país un telegrama secreto a su embajador en Uruguay, Robert M. Sayre. Fechado el domingo 9 de agosto, el documento señalaba:

«*Nosotros asumimos que el gobierno uruguayo ha considerado utilizar la amenaza de matar a Sendic y a otros prisioneros clave del MLN si Mitrione es muerto. Si esto no fue considerado, usted debería elevarlo de inmediato al gobierno uruguayo*».

A continuación Sayre se reunió con el canciller uruguayo Jorge Peirano Facio y luego respondió al gobierno de Estados Unidos, también por documento secreto:

> *1. Hasta recibir el telegrama de referencia, no teníamos información de que el gobierno uruguayo hubiera considerado hacer efectiva tal amenaza.*
>
> *2. Le mostré al ministro de Relaciones Exteriores el mensaje contenido en el telegrama de referencia.*
>
> *3. El ministro de Relaciones Exteriores afirmó que este tipo de gobierno no permite tal acción.*
>
> *4. El ministro de Relaciones Exteriores añadió que él entendía que, a través de medios indirectos, se amenazó a estos prisioneros con que miembros del «Escuadrón de la Muerte» (escuadrón de la muerte ilegal y privado) emprenderían acciones contra los familiares de estos prisioneros si se mataba*

a Mitrione.

Nada sabían los tupamaros de esta comunicación. Pero el gobierno de Pacheco, asesorado durante un año por Mitrione como jefe de la División de Seguridad Pública en Uruguay, ya había formado un escuadrón de la muerte, su brazo clandestino para la represión.

En la noche de ese domingo 9, los guerrilleros aplicaron un potente sedante al agente estadounidense, que lo durmió. Luego lo metieron en un auto, abrieron las puertas del garaje y subieron la rampa. Se internaron en las calles del muy oscuro barrio Puerto Nuevo: «*Por América latina, por sus muertos y torturados, por su liberación, su independencia*», proclamaron, y lo ejecutaron de cuatro balazos.

Su cuerpo apareció al otro día en el interior de un Buick celeste y blanco, estacionado en la calle Lucas Moreno, a un kilómetro y medio de la «cárcel del pueblo» de la avenida Centenario.

El MLN mantuvo en cautiverio a Fly y a Dias Gomide en otros locales.

El gobierno acusó el golpe e intentó negociar con los guerrilleros. El ministro de Educación y Cultura, Carlos Fleitas, se reunió con Sendic en la Jefatura de Policía, para plantearle que si el MLN liberaba a los secuestrados, el gobierno levantaría el «estado de excepción» que regía en el país, se autorizaría la publicación de una proclama al movimiento revolucionario, los detenidos de la organización pasarían a la órbita de la justicia, y se liberaría a todos aquellos que habían sido arrestados sin pruebas que ameritaran procesamientos, en el barrido de allanamientos hechos en el marco de la represión bajo Medidas Prontas de Seguridad.

Sendic pensó que no era mal comienzo para una negociación, pero respondió que el asunto debía discutirlo con los «viejos» de la organización presos en Punta Carretas.

El ministro del Interior, general Antonio Francese —había asumido en abril de 1970 tras dejar la cartera de Defensa—, dio la orden a las autoridades del Penal: Sendic, Huidobro, Manera, Marenales, Amodio, Mujica eran parte de los quince que discutían en una celda abierta, a modo de sala de reuniones.

La noticia de las negociaciones se filtró a la prensa: la reveló el periodista Néber Araújo en radio Carve. El gobierno cambió de parecer, y en vez de negociar hizo recrudecer la represión.

En veinte días, las fuerzas policiales y militares realizaron diez mil allanamientos —según informaban los diarios—, no se salvaron clubes deportivos, hospitales ni iglesias; las detenciones crecieron por cientos.

—¡Esto no fue casual! —sospechó Huidobro.

—Está claro que el gobierno está dividido —apuntó Mujica—; algunos tiene sed de sangre…

Uno de los que celebraron el fracaso de las negociaciones —según supieron los tupamaros— fue el jefe de Policía de Montevideo, coronel Guillermo Rivero.

El subsecretario del Interior, Carlos Pirán, dio la «buena nueva» a un grupo de jóvenes ultraderechistas que llegaban hasta su escritorio.

—¡Esto sigue! —les comunicó.

—¡Tenemos todo pronto, doctor! —respondió el joven Miguel Sofía.

Una hora más tarde el «fotógrafo policial», Nelson Bardecio, ingresó al Ministerio y le entregó al oficial Pedro Walter Freitas un sobre cerrado para el subsecretario. Freitas era una especie de «secretario» de actividades del «grupo», que en su momento le había hecho de chofer a Mitrione, cuando el estadounidense llegó al aeropuerto de Carrasco, y quería conocer el polígono de tiro y las demás instalaciones de entrenamiento de la Policía uruguaya.

Bardecio volvió al estudio fotográfico Sichel —un local que había alquilado con los viáticos que desde el Ministerio del Interior eran destinados al «grupo»— y esperó la llegada de los demás integrantes de la misión. Se trataba de algo bastante sencillo: infiltrarse en una manifestación de estudiantes «revoltosos» y mancharlos de pintura para que luego la policía los detuviera.

Al otro día, Pirán abrió el sobre y leyó los nombres de una lista que le había dejado Bardecio, estudió la propuesta y dio el visto bueno.

El movimiento de jóvenes ultraderechistas y de policías reclutados para el «grupo» se intensificó en la casa fotográfica y en el entorno del despacho del subsecretario del Interior.

Freitas detestaba el aire fanfarrón del Gordo Bardecio, con su cuello duro y trajecitos de alpaca que cambiaba todos los días: solía pensar que por haber sido el más grande «alcahuete» de Cantrell en el trabajo que realizaba la CIA en el país, el «gordito» se creía un James Bond uruguayo.

Tampoco le caía en gracia el pituco Sofía, un «niño *bian*» de la Juventud Uruguaya de Pie, la JUP pachequista que andaba metida entre los estudiantes para «cazar» a los pichones de sediciosos.

Le tenía cierta desconfianza a un tal Federico Bacher, que según le dijeron era un austríaco que espiaba para los ingleses. A Freitas le gustaba escuchar las conversaciones que se producían allí, cerca de su escritorio, entre estos miembros del «grupo» que él también integraba. A veces participaba de las charlas: así un día se enteró del curso de contrainteligencia policial al que iban a asistir Bardecio y otros del «*escuadrón*» —palabra que tenía prohibida, pero que a veces manejaban en clave — en la «escuela Halcón» de la calle Moreno, en Buenos Aires. Y de otras tantas cosas que sucederían más tarde…

26

Las heladeras y el fresco aire de la Historia

Ante la embestida represiva de Pacheco, la dirección del MLN que se había formado fuera de la cárcel —ahora sí, los viejos estaban todos presos— aprobó el «Plan Cacao» y comenzó una ola de atentados con bombas contra instalaciones policiales, empresas multinacionales, restaurantes o clubes identificados con la oligarquía.

—¡Esto es una locura! —el enojo de Sendic era plausible.

—La idea original no estaba mal, pero se está yendo todo a la mierda —apuntó Mujica.

—¡Estoy mandando parar todo! —señaló Sendic.

Afuera la situación parecía incontrolable.

El 17 de setiembre, el MLN propuso la liberación de los secuestrados Fly y Dias Gomide a cambio de la publicación de un manifiesto. Pacheco reiteró que su gobierno «no negociaba con delincuentes» y prohibió a los medios que se difundiera. Esto enfureció al gobierno brasileño, que ya realizaba tratativas para pagar un rescate por el cónsul. La propuesta tupamara incluía el cese de las acciones armadas si se liberaba a los presos políticos, se restituían las garantías individuales, se retomaba a los empleados públicos destituidos durante las huelgas y se levantaba el decreto de congelación de salarios.

—¡La demostración de debilidad no es aconsejable! —sostuvo Pirán.

—¡Yo creo lo mismo! —respondió Francese.

Ese fue el asesoramiento que recibió Pacheco. Los enfrentamientos continuaron.

Por entonces, Sendic se mostró partidario de que el MLN apoyara la conformación de un gran conglomerado de izquierdas que ya tenía nombre: Frente Amplio.

—¿Apoyar a la izquierda burguesa? —le reprochó Amodio Pérez—. No, ni loco…

—¿Seguís pensando que la revolución se hace en dos patadas? —ironizó Sendic.

—Yo apoyo al Frente Amplio —dijo Mujica—, y estoy seguro de que toda la columna 10, también.

—La columna 15 no va a apoyar nada —remató Amodio.

Y así se suscitaron los problemas —dentro y fuera de la cárcel—, tal como lo reflejaba ese diálogo entre presos. Sendic y Mujica tenían un pasado común de militancia política: habían intentado crear, junto con el blanco Erro y el socialista

Trías, aquel frente grande de los partidos progresistas, que fracasó en 1962. Pero ahora veían una segunda oportunidad.

—¿Y para qué nos hicimos torturar y matar? —preguntaba un tupamaro reacio a la idea.

—Esto no implica abandonar la revolución —respondía Mujica—, sino explorar nuevos caminos que nos acerquen a ella…

Sendic, Huidobro, Manera, Marenales, Bentín, entre otros, también buscaban convencer a sus compañeros presos de apoyar a la nueva fuerza política. Afuera, Rosencof había quedado en minoría dentro de la dirección del MLN, integrada a esa altura por un miembro de cada columna. Él, por la 10, apoyaba al Frente Amplio. Pero el Nepo Wasem, de la 15, y Nelson Berreta, alias Frutos, de la columna del interior, estaban en contra.

El 29 de setiembre, una bomba del MLN detonó en el Club de Bowling de Carrasco, uno de los lugares donde se reunía la juventud adinerada. En el atentado murieron los dos tupamaros que maniobraban el explosivo y varias personas quedaron heridas, entre estas, la más grave, con su cuerpo quemado al extremo, la cuidadora del boliche, Hilaria Quirino Ibarra, una trabajadora de cuarenta y ocho años, con cuerpo y mente en ruinas, para siempre.

La concepción militarista y accionista había cobrado fuerza por sí misma: los atentados siguieron a pesar de la oposición de Sendic y de los demás «viejos», incluido Rosencof.

Un día después, entre los cientos de allanamientos, la policía dio con un local en el que se fabricaban armas y descubrió a un grupo de tupamaros. Se produjo un tiroteo y al final las fuerzas represivas detuvieron a tres hombres y dos mujeres del MLN: uno de ellos era Enrique Erro, hijo.

Pepe se sintió algo responsable de aquella situación. El hijo del dirigente blanco, al que tanto aprecio le tenía Mujica, se había hecho tupamaro por su influencia.

—¡En qué baile te metí, eh! —Mujica se acercó al muchacho.

—Ya sabés, lo que hice lo hice a conciencia y compromiso —le respondió Erro hijo, que por un instante dejó de pelar papas.

Pepe le sonrió y le pasó la mano por la cabeza.

—Ahora la vieja dice que vos me *tupamarizaste* —lo embromó el joven.

—¡Qué santa, tu madre! —le dijo Pepe.

Luego comenzó a revolver la gran olla de la comida en la cárcel. A veces Mujica ayudaba un poco a Erro en la cocina, pero el arte culinario no era su fuerte.

La madre de Pepe y la de Enrique hacían largas colas para poder ver a sus hijos en el Penal de Punta Carretas: «*Traigan más verdura, más fruta, que acá hay muchos*

presos con hambre», les pedía Enrique. Y ellas se organizaron con otros padres para ayudar de ese modo.

—¿Cómo estás? —Pepe no podía quitarse el sentimiento de culpa al recibir a su madre.

—¡Estoy como puedo estar! —dijo ella—. ¿Cómo estás de tu herida?

—Ah, no te preocupés, ando bastante mejor —le mintió Pepe.

—Voy a protestar acá, para que te curen como la gente —doña Lucy no perdía su energía.

Ahora tenía sesenta y cuatro años, y Pepe le veía el rostro cansado, veteado de amargura.

—No te hagas más mala sangre, *mamma* —le habló con voz serena, trató de calmarla—. Estoy bien; de verdad, estoy bien.

Trataba de evitar los temas políticos, pero lo asaltó la tentación de saber qué haría su madre en caso de que Erro decidiera integrarse al Frente Amplio.

—Yo soy blanca —respondió ella—, y nunca voy a dejar de serlo…

—Yo también —quiso acompañarla Pepe.

—Mirá, mejor hablemos de otra cosa…

Mujica se quedó sin saber la respuesta.

Marcha publica, el viernes 7 de octubre, el llamado de un grupo de ciudadanos —entre ellos los propios integrantes del semanario— a formar un frente popular integrado por todas las fuerzas de izquierda.

El 23 de diciembre, el MLN difundió su «*Declaración de adhesión al Frente Amplio*». En la discusión interna los tupamaros acordaron que sería un «*apoyo crítico*». Se encontró esa fórmula para tratar de que la organización no se partiera: «*No creemos que en el Uruguay, hoy, se pueda llegar a la revolución por las elecciones*…», señala el documento.

Se planteó que eso era imposible con la radio, la televisión y el 90% de la prensa en manos de capitalistas, y además, todos censurados por el gobierno. Daba cuenta de que en el último año «*más de once mil trabajadores*» habían sido encarcelados: «*dudamos que se avengan a entregar pasivamente el gobierno a sus prisioneros y torturados de ayer*», si es que el Frente Amplio ganaba la elección. De todas maneras, «*el MLN entiende positivo que se forje una unión de fuerzas populares tan importantes, aunque lamenta que esta unión se haya dado precisamente con motivo de las elecciones y no antes*», cuando los destituidos, torturados, presos y asesinados «*debieron habernos unido en un mismo frente contra un enemigo común*».

«*Al apoyar al Frente Amplio lo hacemos en el entendido de que su tarea principal debe ser la movilización de las masas trabajadoras, y de que su labor*

dentro de las mismas no empieza ni termina con las elecciones», asevera la declaración.

Había cesado la ola de atentados con bombas, aunque hubo al menos diez luego de la funesta explosión del Club de Bowling de Carrasco.

Como estrategia política en el inicio de una campaña electoral, el gobierno decidió por entonces levantar la clausura de algunos medios y dejar de censurar ciertas palabras para referirse a los tupamaros, entre otras medidas que no alcanzaban a desmarcarlo de la impronta autoritaria con que ejercía el poder.

Pacheco quería ser reelecto, pero para ello debía reformarse la Constitución: aprontaba un plebiscito que le permitiese seguir en el sillón presidencial. Esto debía votarse el mismo día de la elección nacional, en el mes de noviembre. Por las dudas de que la reforma no fuera aprobada en las urnas, el líder colorado ya peinaba a un candidato que le parecía fiel a sus ideas, el ministro Juan María Bordaberry. Había sido miembro de la Liga Federal Ruralista, luego senador por el Partido Nacional, y después, pasando a filas del Partido Colorado —en tiempos en que Frick Davies caía en desgracia por el escándalo de la financiera Monty—, titular del Ministerio de Ganadería y Agricultura del gobierno de Pacheco.

El 5 de enero de 1971, mientras varios comandos tupamaros asaltaban camiones de leche y robaban juguetes en comercios para repartir todo entre niños de los «cantegriles», el MLN difundió otro comunicado en el que se insistía sobre su disposición a negociar no solo la liberación de Fly y de Dias Gomide sino sobre el cese del enfrentamiento armado. Pero el gobierno reaccionó con desplantes hacia la organización.

Tres días después, el movimiento guerrillero secuestró al embajador británico Geoffrey Jackson.

El canciller Peirano Facio concurrió a la sede diplomática inglesa, en la calle Canning, frente al parque Batlle, en visita oficial a la esposa del embajador secuestrado: «*No puedo decir nada por el momento. No quiero hacer comentarios, salvo expresar que lamento este suceso*», dijo el ministro al lado de su guardaespaldas policial. Luego subió al auto y se fue.

Más tarde, el subsecretario de Relaciones Exteriores, Américo Ricaldoni, responderá algunas preguntas de los periodistas:

—Señor subsecretario, ¿el gobierno mantendrá su línea tradicional de no negociar con terroristas?

—No hay ningún cambio en la política del gobierno en la materia.

Pacheco debió interrumpir sus vacaciones en el Parque Nacional Santa Teresa, un balneario del este, gestionado por los militares, a trescientos kilómetros de Montevideo.

Setenta y dos horas después del secuestro de Jackson, a Mujica le llegó la noticia de que la columna 10, luego de meses de planificación, vigilancia y seguimiento, ejecutó de varios balazos a José Leandro Villalba, el cabo de policía que lo había delatado en el bar La Vía.

A la medianoche del domingo 10, Villalba, de 31 años de edad, se despidió de sus amigos y se retiró de ese mismo bar de la calle Larrañaga. Caminó una cuadra por Monte Caseros, y al llegar a la esquina de Echeandía escuchó una voz:

—¡Leandro Villalba!

Al darse vuelta, recibió descargas desde varias pistolas de 45 milímetros. Y cayó muerto.

Los tupamaros tiraron volantes sobre el cuerpo del policía: «*Así pagan los delatores*», advertía bajo la estrella de cinco puntas con la «T» en el centro.

En el funeral, el inspector Pedro Herrera Calo pronunció un discurso:

Con los ojos abiertos llenos de asombro, volcados hacia el venero de la eternidad venimos a despedir a quien hasta ayer fuera un modesto compañero de labor y desde hoy es una figura pura, un símbolo, un mártir más, en esta oscura, cruenta y terrible lucha que mantienen la Policía y las Fuerzas Armadas del país contra sombras timadas, que no vacilan en arrogarse el derecho de matar en nombre de una ideología que solo se ha manifestado hasta ahora por medio del crimen aleve.

Curiosa lucha esta, señoras y señores, donde los que caen son los más humildes, los que no supieron sino de deberes, los que mordieron la pobreza y sufrieron el frío y el hambre, mientras que sus verdugos pertenecen a una extracción social plena de comodidades, donde solo han sabido reclamar derechos desde que dieron el primer vagido de la vida.

Lo rescatable de esta triste época que le ha tocado a nuestra patria es, precisamente, el holocausto de estas vidas preciosas de humildes funcionarios, que han quedado en el camino en aras de la concordia y del amor…

Más tarde, el inspector volvió a la Jefatura de Policía, donde sus compañeros de generación —Píriz Castagnet, Conserva, Macchi, Lucas, Galán— procuraban obtener datos sobre el hecho bajo el «tratamiento especial» que en aras de la concordia y del amor se les aplicaba a los detenidos políticos.

Pepe se había pasado meditabundo en los últimos días, mucho más de lo habitual. La revolución lo golpeaba por otro flanco. Se encontraba herido, lastimado en un lugar donde las intervenciones quirúrgicas no resuelven nada. Otra vez la vida que llevaba, a veces clandestino, a veces preso, le quitaba un amor. Lucy, la muchacha del Cerro por la que había enloquecido como un adolescente, lo había dejado.

Cuando cayó Pepe, ella estuvo escondida varios meses en un cantón de la

columna 10, asustada como para no salir ni a la puerta, sola, muchas veces sola. De pronto llegaba su madre, doña Aurora, con un paquetito de masas, luego de que Tasistro le hiciera dar mil vueltas en la moto, y caminar otro tanto, por aquí, vuelta allá, para que la señora —por su seguridad y la de todos— no supiera adónde iba ni en qué lugar se encontraba. Algunos días la joven compartía el refugio con unos pocos muchachos de la organización. Pero no siempre.

Quizá fue así, en esa vida también desesperante para ella, que se enamoró de otro integrante del MLN, y para mayor enredo, hermano del gran compañero de Pepe, Goyo Pérez Lutz.

—No sé qué decirte —se disculpaba Goyo, que ya había caído preso.

—Nada, muchacho, ¿qué me vas a decir?

—Te juro que cuando encuentre a mi hermano, lo deshago. Esas cosas no se hacen…

—No, vos no te metas en esto —le pidió Mujica—. Vos no tenés nada que ver…

—No, no, pero…

—Así es la vida, así es mi vida… —con esas palabras, sintió un dolor que lo atravesaba desde el pecho a la espalda, mucho más fuerte que el de un balazo: él tenía cómo comparar. Entonces suspiró y optó por dejar de revolver la herida—. Hablemos un poco de tus cosas…

—No sé si es momento —Goyo le sonrió con timidez—, pero te quería contar que Celeste está embarazada.

—¡Felicitaciones, hermano! —Pepe le dio un abrazo.

—Si es varón, se va a llamar Facundo.

Pepe asintió con una gran sonrisa.

—¡Ojalá que pueda vivir en un mundo mejor! —auguró Mujica.

—Para eso luchamos, comandante —lo reconoció Goyo—. ¿No es así?

—Es así, claro que es así. ¡Luchamos para eso, compañero!

Pepe habló un rato más y dejó que la felicidad de su amigo se expandiera en el aire de aquel patio al que tanta alegría le faltaba. Luego le palmeó la espalda a Goyo, ensayó su mueca pícara y se retiró caminando lento hacia su celda.

Mujica se enteró el lunes 18 de enero que —en medio de los cientos de allanamientos dispuestos por el gobierno en busca del secuestrado embajador británico— había caído la melliza que le gustaba.

La foto de «la Flaca», morocha y de pelo largo, aparecía en la tapa de todos los diarios: «*Detuvieron a Lucía Topolansky, líder del Movimiento Tupamaro*».

—A ver prestame —Mujica pedía un diario de los que a veces circulaban de contrabando en el Penal.

—¡Tomá, después pasalo!

—¡Mirá lo que es! —le salió decir al ver la tapa. Y de inmediato reaccionó al

sentir que estaba cometiendo una frivolidad con una compañera que con seguridad a esa hora estaba siendo torturada—. ¡Pobre muchacha!

Lucía ahora estaba rubia y tenía el pelo corto. Así se veía a la «*entregadora del asalto a la financiera Monty*» en las páginas interiores del diario.

La joven, de 26 años, fue capturada en la casa de la familia Amodei, en la calle Tomás Gómez 3576, entre Magariños Cervantes y Tiburcio Gómez, en el barrio Buceo.

El tupamaro «legal» Carlos, «el turco» Amir y la señora Elsa Paulós —que daba cobertura en su casa a la perseguida— también fueron detenidos. Su hijo Silvio Amodei, de diecinueve años, logró sortear el allanamiento y ya no volvió a su casa. Pero luego lo atraparon.

Lucía fue arrestada por el Departamento 6 de Información e Inteligencia al mando del comisario torturador José Pedro Macchi. Pero al principio no sabían a quién habían detenido.

—¡Documentos! —exigieron los policías vestidos de particular.

—Somos estudiantes, estamos acá estudiando —les dijo Lucía.

Portaba un documento falso a nombre de una estudiante del interior. Los agentes se comunicaron con Jefatura y desde allí se les informó que el nombre que figuraba en la cédula de identidad correspondía al de una joven «fichada» por participar en una marcha de los cañeros.

—Nos va a tener que acompañar —le indicaron.

El error de la columna de servicios que proporcionó ese documento a Lucía le costaría caro a la melliza, que ya se había transformado en responsable de un grupo militar de la columna 15.

Cuando le preguntaron por su domicilio, Topolansky les dijo que vivía en una pensión. Y la llevaron en el patrullero hasta la dirección que ella indicaba.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor —saludó la dueña de la pensión—. ¿Qué pasa?

—¿Esta señorita vive acá?

La mujer miró a Lucía e intuyó la situación por la que atravesaba.

—Pero, señor… mire esta joven… yo no les puedo permitir que…

—Ta, ta, tranquila señora —la dueña de la pensión trataba de ayudarla, pero Lucía no quería que se metiera en problemas.

—Pero m’hija…

—Mirá, se me acabó el verso —admitió Lucía al policía.

—¿Y quién sos vos?

—¡Averigualo!

Una vez identificada, le adjudicaron la participación en un atentado a la General Motors y la intervención en el secuestro de Geoffrey Jackson; la interrogaron de manera insistente sobre el día que —según los policías— ella y otros tres tupamaros ingresaron a punta de revólver a la casa de la familia Rippe, en Potosí 2023, en el

barrio Carrasco, para llevarse un lujoso Peugeot 404, de color verde oscuro, que luego se usaría para trasladar al embajador británico hasta una «cárcel del pueblo».

Lucía negó todo, al igual que otra detenida en esos días, Teresa Labrocca.

Los tupamaros emitieron un comunicado para tratar de salvaguardar la integridad física de las jóvenes, que no fueron llevadas ante la justicia en tanto regía la supresión de las «garantías individuales» en el país hasta el 20 de febrero, por lo que la Policía podía mantener en sus instalaciones a los detenidos a fin de realizar interrogatorios a fondo, sin necesidad de brindar explicaciones a la sede penal.

Información e Inteligencia montó una conferencia de prensa «especial» para mostrar que las jóvenes no habían sido torturadas.

—¡Tené mucho cuidado con lo que decís! —le advirtieron antes de salir al «escenario».

Topolansky ingresó. Vestía pantalón vaquero azul, camisa celeste y sandalias marrones. En las raíces de sus hebras cortas y rubias asomaba el castaño oscuro de su cabello original.

La joven quedó bajo los *flashes* de las cámaras fotográficas, y se cubrió el rostro.

—¡Lucía, quítese la mano de la cara! —le ordenó el comisario Macchi.

La joven obedeció pero se mantuvo mirando al suelo.

—¡Levante la cabeza!

Y sin dejar que los periodistas hicieran su trabajo, el propio comisario formuló las preguntas:

—¡¿Usted fue torturada?! —la voz imperativa de Macchi retumbaba en la sala policial.

—No.

—¡¿Fue sometida a algún tipo de presiones?!

—El trato fue muy bueno.

—¡¿Por qué entonces el grupo sedicioso que usted integra denuncia que fue objeto de apremios?!

—¿Qué puedo saber yo, desde acá adentro? —respondió la joven.

Una funcionaria policial caminó hacia la detenida, le subió las mangas de la camisa y le ordenó que extendiera los brazos hacia delante, para mostrar que no había rastros de tortura.

Una sonrisa leve surgió en la cara de Lucía. Macchi no llegó a percibirla.

—Muy bien, señores: ¡se ha terminado la reunión! —cortó el comisario.

Y se retiró con la joven por los pasillos que conducían al centro de interrogatorios de la Dirección de Información e Inteligencia.

Topolansky termina procesada por el juez Gervasio Guillot, que le imputa el delito de «*atentado a la Constitución en grado de conspiración*» al pertenecer al MLN, pero no se le comprueba participación en el secuestro ni en otras acciones

puntuales. El magistrado le dice que quiere investigar el caso de la financiera Monty —que duerme en un cajón tras la presión del poder político— y le pregunta si ella está dispuesta a ayudarlo.

—¡Claro, por supuesto! —responde.

—¡Ahí falta mucho por hacer! —apunta Guillot.

Pero la indagatoria vuelve a truncarse por la barrera que impone en el caso el fiscal Bayardo Bengoa.

Lucía pasa a la cárcel de la calle Cabildo.

Pepe sigue en Punta Carretas, defendiendo el apoyo del MLN al Frente Amplio, con la preocupación de no saber si Erro, su político de confianza, se integrará o no a la nueva fuerza de izquierda.

El Frente Amplio se funda el 5 de febrero: Partido Socialista, Partido Comunista, Frente Izquierda de Liberación, Partido Demócrata Cristiano, Movimiento por el Gobierno del Pueblo - Lista 99, Movimiento Blanco Popular y Progresista, Movimiento Socialista, Movimiento Herrerista - Lista 58, Grupos de Acción Unificadora, Movimiento Revolucionario Oriental, Partido Revolucionario Trotskista, y el Comité Ejecutivo Provisorio de los ciudadanos que formularon el llamado del 7 de octubre de 1970, suscriben el acta fundacional.

Mujica se siente preso como nunca: quiere ir a pedirle a Erro, como blanco, que se embarque en esta cruzada «*por el bien de la patria*».

—No puede quedarse afuera —se lamenta.

—No sé qué decirte, el viejo es así, vos lo conocés bien… —responde Enrique.

—¡Es el mejor dirigente que hay dentro de las fuerzas de izquierda!

—Pero a terco no le gana nadie…

—¡Lo tenemos que convencer! —Mujica aprieta las manos—. ¡Lo tenemos que convencer!

Busca hacerle llegar su mensaje, pero en ese momento advierte, presume, olfatea, que Erro está moviendo las piezas del tablero como lo ha aprendido de Herrera. Recuerda las conversaciones que había mantenido con el dirigente durante los últimos tiempos —no muchas, pero jugosas— y sonríe por la sabiduría y la maña del político que su madre le había presentado un buen día.

Delegados del MLN se reúnen con el dirigente más solicitado del momento, en su casa de La Paz. Pero también Wilson Ferreira Aldunate le pide a Erro su retorno al Partido Nacional y le ofrece la candidatura única a la Intendencia de Montevideo.

—¿Qué vas a hacer, Enrique? —le pregunta Herminia.

—Por ahora, tomarme un mate.

—Vos sabés lo que tenés que hacer —las palabras de su esposa sonaban a rezongo.

—Por supuesto, voy a hacer lo que diga la gente…

Erro tenía una posición asumida, pero como viejo político, eterno caminante de barrios y pueblos, con su mezcla de picardía y sentimiento popular, entendió que debía generar ese espacio donde la muchedumbre pudiera expresarse. Un acto que concentrara la atención del sistema político y lo catapultara desde el inicio como uno de los líderes en la carrera electoral…

El miércoles 10 de febrero congregó a miles de personas en la esquina de Rondeau, Cerro Largo y Agraciada. Luego de una oratoria de las de su estilo, vivaz y emotiva, se leyó la propuesta del Comité Ejecutivo Nacional de la Unión Popular, a ser considerada por los presentes, la que finalizó con una frase tajante: «*Por todo lo expuesto, entendemos que nuestro lugar histórico está en el llamado Frente Amplio*». Y la gente irrumpió en vivas y aplausos.

Las ocho manos que quedaron contra el cuerpo se perdieron, insignificantes, entre las cerca de cuatro mil que se levantaron para apoyar el ingreso al Frente Amplio.

Una de las manos en alto era la de *Lucila C. de Mujica*, tal como firmaba la madre de Pepe.

La Unión Popular se sumó, el 11 de febrero, a la nueva fuerza de izquierda.

El 21 de febrero los tupamaros dejan en libertad al cónsul brasileño Dias Gomide, y el 2 de marzo al asesor agrícola Claude Fly. La liberación se enmarca en el apoyo que el MLN da al Frente Amplio en una campaña electoral donde la organización participará con el Movimiento 26 de Marzo, una especie de brazo «legal» de la guerrilla —aunque las condiciones del país lo inhiben de una legalidad absoluta—, que se funda a influjo del desempeño de la recién creada columna 70, hija del trabajo político de la columna 10. Resulta preponderante la tarea de Rosencof en esta formación política, pero también el trabajo que Pepe y otros de sus compañeros logran hacer dentro de la cárcel, diseminando razones políticas e incentivando —en visitas donde reciben a líderes jóvenes— la militancia legal. Algunos terminan por salirse del MLN, a muchos otros les cuesta comprender la nueva situación coyuntural, y se enojan, pero cambian su rol dentro de la organización.

—¡La revolución no es pegar tres tiros! —le explica Pepe a un joven—. El trabajo militante para que la izquierda asuma espacios de poder y contrarreste las imposiciones de la oligarquía gobernante también es hacer la revolución.

—Pero ¿hacer pegatinas?

—Sí, papel y engrudo pueden ser más fuertes hoy, en esta campaña electoral, que cualquier operación de expropiación, copamiento, secuestro…

Lo cierto es que el MLN también siguió operando en su forma clásica y clandestina. Además de mantener cautivo al embajador británico Geoffrey Jackson, hubo otros secuestros durante 1971: el fiscal Guido Berro Oribe, otra vez el integrante del directorio de UTE, Ulysses Pereira Reverbel, el industrial Ricardo Ferrés, el exministro de Ganadería y Agricultura, Frick Davies…

El secuestro del diplomático inglés acelera cambios en el gabinete de Pacheco. Para mediados de año, el ministro de Defensa es Federico García Capurro y el del Interior, el brigadier general Danilo Sena. A esta cartera ha llegado como subsecretario Armando Acosta y Lara, un ultraderechista, exinterventor de Educación Secundaria, y líder de la JUP y sus andanzas clandestinas.

Desde la oficina del subsecretario del Interior o en el «estudio fotográfico» Sichel se preparan asuntos más complejos que «quemar» estudiantes para que sean detenidos. El escuadrón de la muerte sale a la calle en busca de presas indefensas, nada de enfrentamientos con alguna columna del MLN o cosa por el estilo. Es mejor golpear sin correr riesgos.

Así, el 17 de julio integrantes del brazo clandestino del gobierno de Pacheco esperan al estudiante Abel Ayala a la salida de su hogar, el pensionado de la iglesia del Cerrito, lo secuestran, lo torturan y su vida y cuerpo desaparecen para siempre. Era un estudiante de tercer año de Medicina y agente de segunda —a los efectos administrativos, pues ocupaba un puesto en el área policial de la Administración Pública— encargado de Relaciones y Asesoría de Servicios de Sanidad Policial. Tenía 27 años y había nacido en Rivera, de donde conocía al tupamaro Mario Píriz Budes, alias Tino.

Su padre y hermano lo buscaron por cielo y tierra. El mar, quizá el mar se lo llevó…

Una semana después, el Instituto de Enseñanza de la Construcción velaba a uno de sus estudiantes: el joven Heber Nieto había sido asesinado por una bala certera disparada con un rifle Winschester modelo 70, calibre 225, de los que «la Misión» estadounidense importaba para la Dirección de Información e Inteligencia y que eran usados por el escuadrón de la muerte.

El 30 de julio había gran algarabía en el MLN por la fuga de treinta y ocho tupamaras de la cárcel de Cabildo —entre estas, Lucía Topolansky— en operación que se denominó «La Estrella».

Fue un plan armado desde fuera de la prisión: cavaron un túnel que comunicaba el dormitorio de una casa de la calle Constitución y Nueva Palmira hasta la red clocal, y otro, desde esa cañería subterránea hasta el piso de una de las celdas de la cárcel.

Cuando las presas escucharon los tres golpes desde abajo, respondieron con otros tres. Y el taladro bajo tierra fue abriendo el boquete. Así comenzaron a fugarse, eran las dos de la madrugada.

Iban con calzado deportivo y una pollera remangada sobre sus pantalones, reptando por el túnel hasta salir a la cloaca. Allí les dieron una linterna a cada una y recorrieron un kilómetro agachadas por el caño de un metro y treinta centímetros de

altura. Al ver la boca del otro túnel cavado se fueron introduciendo hasta salir a la superficie, en el dormitorio de la casa en la calle Constitución.

Estiraron su pollera y se sacaron el pantalón, les dieron calzado limpio y un arma a cada una. Y fueron saliendo en camionetas, desde el interior del garaje, hacia la vida en la calle.

Eran las cuatro de la madrugada cuando Rosencof y Engler cerraron el portón de la casa, una vez que todas se marcharon.

Un día después, el escuadrón de la muerte secuestró, torturó y asesinó al joven Manuel Ramos Filippini. Le pegaron doce balazos, los primeros dirigidos hacia sus brazos, para quebrarle los huesos, luego al tórax y al cráneo. Su cadáver quedó en las rocas de Kibón en la playa Pocitos, rodeado de panfletos de quienes se adjudicaban el crimen: «Comando Caza Tupamaros - Grupo Oscar Burgueño». El escuadrón de la muerte revelaba su identidad.

Ramos Filippini había estudiado en el IAVA y estuvo preso junto con el joven Ibero Gutiérrez en el Penal de Punta Carretas; lo encontraron con volantes del MLN y lo procesaron por «asistencia a la asociación para delinquir». Salió de la cárcel en junio y el escuadrón lo mató el 31 de julio.

—¡La guerra sucia está entre nosotros! —reflexionó el Ñato.

—Son unos hijos de puta, pero ¡guarda! —advirtió Mujica—, nos quieren crear un enemigo que desvíe nuestra atención…

Ñato se lo quedó mirando, parecía comprender bien lo que decía su compañero.

—Ya veremos qué hacer con estos matones —acotó Pepe—, pero si entramos en una guerrita contra el escuadrón podemos perder de vista la cancha grande, la lucha contra la oligarquía y el imperialismo.

No terminaban de considerar la situación cuando el 17 de agosto sobrevino la nueva embestida del escuadrón. Héctor Castagnetto da Rosa salió de su casa a las 8:00 de la mañana. Vendía discos y artesanías en la feria de Tristán Narvaja. Por aquellos días se encontraba muy contento porque un grupo de artesanos lo había invitado a emprender una gira por todos los países de Sudamérica.

El escuadrón lo secuestró en avenida Italia y Propios, lo llevaron a una casa de El Pinar, lo torturaron, lo ejecutaron e hicieron desaparecer su cuerpo.

Su hermana Ana María era militante del MLN y había sido capturada en el tiroteo de Cuchilla Alta, junto con Tabaré Rivero Cedrés. Su otra hermana, Blanca, estuvo detenida dos meses, en 1969, por tirar unos volantes contra la financiera Monty, y luego de salir de la cárcel se fue de la casa y pasó a vivir clandestina. Él también cayó, en octubre de ese año, cuando fueron a buscar a Blanca y no la encontraron en la casa: ante los policías que lo interrogaban se declaró un antiimperialista y lo encerraron en el Instituto Álvaro Cortés del Consejo del Niño, pues tenía diecisiete años. Cuando vio que la mayoría de los cerca de cuatrocientos adolescentes presos

eran analfabetos, pensó en hablar con las autoridades a fin de que le permitieran dar clases diarias a los muchachos para que aprendieran a leer y escribir, porque al establecimiento llegaba un solo maestro cada quince días.

Lo liberaron antes. Un tiempo después el escuadrón se acordó de él y terminó con su vida. Pero no con su historia…

A fines de agosto, en el Penal de Punta Carretas todo iba viento en popa, lo que es decir para el caso, tierra en bolsa.

Luego de varios planes de fuga, diseñados e incluso iniciados afuera de la cárcel, parecía que uno ejecutado desde dentro —con cierto apoyo del otro lado del muro— podría llegar a dar resultado. Los presos tupamaros estaban bien organizados. No era para menos: habían creado la Comisión Aspirina, que evaluaba todas las propuestas de fuga que llegaran a sus manos desde la inteligencia, creatividad y picardía de los reclusos.

El mejor plan que tenían por el momento era excavar un túnel desde dentro del Penal —lo que ya parecía una locura— a partir de la celda 73 de la planta baja, a ras del suelo. El conducto subterráneo debería pasar por debajo de los cimientos del edificio, del patio —llamado corredor 23—, de la muralla perimetral; atravesar vereda, calle y vereda, y salir al interior de una casa de enfrente a la cárcel, ubicada en la calle Solano García.

En ese llamado piso uno —de planta baja— se alojaban los «comunes». Y en esa celda en particular, la última de la hilera, contra el corredor 23, ya se hospedaba Arión Salazar.

Arión era un preso aislado de casi todo el mundo, cuyas actitudes, gestos, miradas, despertaban la burla de los demás, solo por la ingenuidad de aquellos débiles mortales ignorantes de que él, así como lo veían, con su andrajosa bufanda —hiciera frío o cuarenta grados a la sombra del calabozo—, se encontraba más allá de lo profano, pues era hijo de Poseidón, dios del mar, rey de las tormentas, agitador de terremotos por las fuerzas de las aguas, y de Deméter, diosa de las grandes praderas tiernas, de la tierra fértil: era él un fantástico caballo alado con el don de la palabra, que así como sirvió a Heracles para vencer en la Hélide y salvó a Adrasto de Argos de perecer en la guerra de los Siete contra Tebas, estaba dispuesto a proteger el viaje de los tupamaros por el inframundo —dominado por su peligroso tío Hades— hasta el otro lado de la muralla.

—¡Gracias, Arión! —reverenciaron los tupas.

—Yo también voy —respondió él, por las dudas.

El problema más complejo que tenían los revolucionarios —ya en posesión de llaves apropiadas para abrir las celdas— era cómo reducir a toda la guardia del sector sin que se diera alarma, mientras los presos iban saliendo por el túnel, en cuya puerta era seguro que se produciría una aglomeración de reclusos ansiosos por partir: la jugada se veía muy arriesgada.

Una tarde Pepe se encontraba callado, enmudecido, enclaustrado en sí mismo, mientras sus compañeros de celda, el Loco José Alberto Iglesias y el Cabeza Milton Mongaburen, parloteaban como cotorras acerca de sus conocimientos históricos del Penal, a partir de los cuentos de viejos reclusos que surtían de anécdotas —motines, incendios, duelos de puntas aceradas, fugas— las interminables horas de encierro en aquella prisión.

—¡Pah, era el rey del boquete ese loco, vo! —comentó el Cabeza.

—Bueno, el Omar dice que estas paredes están hechas con ladrillo de campo pegados a cal y arena nomás —contó el Loco—, y que están tan podridas que donde les caiga un poco de agua se deshacen…

—¡Mirá vos! —repuso el Cabeza.

Y ahí fue cuando el absorto Pepe emergió de las profundidades de su propio pozo oscuro y haciéndose a la luz, preguntó:

—¿Será verdad?

Los tres se miraron, ojos saltones y boca abierta, y sin mediar palabra comenzaron a buscar lo imprescindible para comprobarlo. Cabeza, con un alambre, raspó la pintura desgastada de la pared hasta ver la juntura vertical del ladrillo. Loco, en vez de cebar el mate, llenó una taza de agua tibia para mojar la arenilla que iba cayendo. Pepe se paró en la puerta para tapar la mirilla por la que los guardias podían husmear.

Trapo mojado, una pasada, una raspada.

—¡Sale, sale!

—Sí, sale —la arenilla iba cayendo y profundizando la hendidura.

—Ta, no sigas más —lo paró Pepe—. Con eso alcanza, limpiemos la mugre…

Taparon con un poco de yeso del que usaban para manualidades, lo ensuciaron con cenizas de cigarrillos, se sentaron sobre los camastros, y los tres rieron a los susurros. El gran hallazgo —lo de Albert Einstein era un poroto al lado de semejante descubrimiento— les cambió el humor, sobre todo el de Pepe.

Los revolucionarios se encontraban encerrados en los llamados pisos dos y tres. Si lograban comunicar la hilera de celdas de cada uno de estos pisos a través de los agujeros en las paredes linderas ya no habría que reducir a la guardia. El escape podría hacerse en el silencio de la noche, uno tras otro, ordenados en tránsito fluido que evitaría las aglomeraciones en la puerta del túnel.

Irían pasando de boquete en boquete y al llegar a la última celda de la fila

descenderían por la perforación en el piso. Los que estuvieran, como Pepe, en el tercero, se tirarían en caída vertical por el hoyo de la 265 a la 169, en el segundo; de allí a la 73 en el primero —que era la planta baja—, y luego directo al túnel subterráneo.

Pepe, Loco y Cabeza lograron un alambre más elaborado, y fueron cautelosos antes de dar el informe correspondiente. En el recreo del corredor 23, Pepe se le acercó el Negro López Mercao, el joven que había visto moribundo en el Hospital Militar, y que ahora se alojaba en la celda contigua:

—Che, mirá que vamo'a hacer un berretín en la paré —le dijo—. Si sienten ruido, somos nosotros…

—¡Ta, ta, dale! —en el encierro aquel, dejar hacer era una forma de acompañar al otro en su forma de sobrellevar la vida. López Mercao no se explicaba el porqué de tremendo berretín, pero si Pepe o cualquiera de sus compañeros le hubiera dicho: «Mirá que precisamos meter un elefante en tu celda», él habría contestado de la misma manera: «¡Sí, dale nomás!».

—Che, mirá que vamo'a pasar pal'otro lado —acotó luego Pepe—. Te vamo'a dar un poquito de yeso pa tapar.

—¡Dale tranquilo, nomás!

Fueron probando, y aumentando la apuesta cuando vieron que era posible…

—Che, les vamo'a dar una sierrita pa que nos ayuden…

Y ahí el Negro López Mercao y sus compañeros de celda, el Flaco Julio Listre y el Lechón José Lopardo, no se preguntaron más nada. El trabajo comenzó a ambos lados de la pared.

El corte por las hendiduras era posible —y bastante rápido— si se seguía el dibujo de la silueta de los ladrillos: cuatro verticales de diez centímetros de alto cada uno, y dos horizontales, de cuarenta de largo por unidad.

Por la forma de montura de los ladrillos, se lograba un agujero dentado con un espacio central de cuarenta centímetros de alto y sesenta de base, por donde podía pasar un cuerpo humano: salía un bloque entero de ocho ladrillos. Pepe y López Mercao se dieron la mano a través de la puerta abierta en la pared y volvieron a cerrarla. Le llamaron «heladera».

Con punzones y sierras de alambre trenzado pero de mejor calidad, fruto del trabajo en la herrería del Penal, y en medio del ruido del recreo, se fueron haciendo las heladeras en todas las celdas necesarias, mientras los tupamaros encargados de la fajina en la planchada —la limpieza en el pasillo al que daban las puertas de las celdas— montaban vigilancia moviendo escobas y escurriendo trapos de piso en los baldes.

Entre tanto, se seguía cavando el túnel de unos cuarenta metros desde la celda de Arión: casi cinco metros verticales para llegar más abajo del cimiento del edificio, unos diez relativamente horizontales para quedar fuera de los límites del Penal, luego una leve pendiente de casi veintidós metros hasta quedar bajo la casa, y tres metros

verticales para salir a la superficie.

Los cálculos eran bastante precisos porque los tupamaros habían conseguido un plano detallado del Penal enclavado en Punta Carretas.

Mujica confiaba a pleno en el ingeniero Manera, que dirigía la obra desde dentro, y en quien lo hacía desde afuera, el ingeniero Juan Almiratti, que además de buen calculista había demostrado ser un escapista digno del arte de Houdini, cuando unas semanas antes logró burlar a la guardia del juzgado al que fue conducido desde la cárcel, y se fue caminando de la sede penal y después corriendo por las calles de la Ciudad Vieja. Los dos eran tan buenos que se sacaban chispas trenzados en debates sobre su especialidad, en los que ninguno daba el brazo a torcer porque, además, ambos eran tenaces enamorados de su profesión: ingenieros tupamaros.

«Manera y Almiratti vendrían a ser como los Gino Gatti de los tupas», pensó Pepe una noche de recuerdos anarquistas, en los que se dio un paseo por los bares del Cerro y se vio entre copas, barajas y billar, con personajes tan estimados como ese diarero ácrata al que una vez le escuchó decir que era posible escaparse por un túnel subterráneo desde el Penal de Punta Carretas.

Boadas Rivas lo había logrado en 1931, y Pepe, cuarenta años después, tenía la esperanza de seguir sus pasos hacia la libertad…

La tierra que se extraía del túnel era embolsada y escondida en ciertas celdas, bajo las camas, disimulada con sábanas, mantas, colchas…

Pero todo esto no se podía hacer sin la complicidad de la guardia.

—¡Todo el poder a Luquini! —sonrió Mujica al ver pasar a sus compañeros rumbo a la oficina.

—¡Contaste bien! —iba diciendo uno.

—… cuatro, cinco, seis lucas —respondió el otro, contando los billetes violetas de a mil pesos.

El apodo de Luquini lo tenía bien ganado el encargado de la guardia.

Ya se había comprado un buen juego de dormitorio, una cocina, y ahora necesitaba unos arreglitos en la casa. Mientras cobrara, a Luquini no le importaba mucho saber de qué hablaban esos tipos en las reuniones que él les dejaba mantener en alguna celda abierta: «Que discutan de política nomás, que yo me voy con las luquitas en el bolsillo», se regodeaba.

Negocios son negocios, así que si la plata estaba, él cumplía con el pedido de hacer una requisa cada treinta días, y otras «sorpresivas», pero arregladas con los tupamaros de tal manera de saber a qué celda entrar y dónde encontrar algunos papelitos «subversivos» y algún ejemplar de *Marcha*, para quedar bien ante las autoridades.

En agosto hacía frío. Pepe, con su sobretodo negro, largo hasta los pies, deambulaba como la muerte por los pasillos y recovecos más sombríos.

—¡Ahí viene! —temblaban algunos.

—¡No, a mí no! —le huían.

Era el encargado de comunicar quién se iba y quién no en aquella operación de fuga a la que habían denominado «el Abuso».

Para entonces, ya había cerca de cien que se sabían protegidos por el caballo alado de Arión Salazar que los transportaría más allá del inframundo hasta ver la luz.

Muy pocos lugares quedaban, y el «no» era mucho más frecuente que el «sí». Por ello, cada vez que el hombre de negro se dejaba ver, el terror acechaba…

La semana previa a la fuga, llegó el abogado Mario Dell'Acqua al Penal y pidió para hablar con López Mercao.

—¡Bueno, Negro, te vas el viernes! —le dijo sonriendo y satisfecho por haber logrado la libertad de su defendido. Pero López Mercao quedó estupefacto. La fuga se proyectaba para la noche del sábado.

Después de tanto esfuerzo clandestino —bolsas de tierra, alambres trenzados, clases de refrigeración, ingenio para la estiba, habilidad manual para el yeso, simulacros, sustos, entrenamiento—, se iba a ir por la puerta grande, por la legal, y no por el túnel de la libertad.

El joven de veintiún años se sintió frustrado: quería ser parte de la mística que supondría aquella histórica fuga. Entonces, aún perturbado por las palabras de su abogado, y pretendiendo simular un aire de sabiduría y tranquilidad imposible, respondió con voz calma:

—Mario, ¡aguantala! —el abogado abrió los ojos y su rostro fue dibujando la sorpresa: nunca le había pasado que un preso a punto de ser liberado pidiera quedarse en la cárcel.

—Pero ¿de qué me hablás?

—Y… capaz que es mejor esperar, a ver si afloja un poco lo de las medidas prontas de seguridad… —le salió decir al joven tupamaro mientras observaba cómo la cara de su abogado pasaba de la sorpresa al gesto de incertidumbre suspicaz.

Entonces López Mercao insistió con dislocados y repentinos argumentos:

—Fijate… los milicos… los cuarteles… yo no quiero salir para Chile… cuando salga quisiera quedarme acá, bien… qué sé yo…

El abogado cerró su maletín, le dio la mano al Negro y salió de la sala masticando un chicle que no era de vidrio. Un rato después hizo llegar la noticia a uno de sus colegas de mayor confianza y así el dato deambuló y llegó a la planchada del piso 3.

En el recreo, Mujica caminó hacia el joven tupamaro:

—¡Tengo que hablar contigo! —aseveró Pepe, con grave expresión facial.

—¡Claro, je, je! —sonrió López Mercao mientras seguía al hombre de negro en medio del barullo de los demás presos, ajenos a tan complicada coyuntura.

—¡¿Vos estás loco?! —le tiró Mujica.

—Es que…

—¡Es que, nada! —el enojo de Mujica podía respirarse—. Otro ya hizo lo mismo que vos. Y el abogado se va después a una asamblea como de trescientas personas y escucha que uno de sus colegas doctores dice: «¡Cómo estarán los presos en Punta Carretas que no quieren irse!».

—No, pero yo… —a López Mercao no le salía una frase íntegra.

—¡No te das cuentas de que esto está atao con piolines! —le hizo ver Mujica.

—¡Ta, ta, bueno, si querés pasame pal'otro lado y ya está! —contestó el joven, cejijunto y entrompado.

—No, no te voy a pasar nada pal'otro lado —al final Pepe contempló al joven que lo había ayudado a confirmar la eficacia de las heladeras. Fiel a su estilo, Mujica prefería este tipo de jóvenes comprometidos y animados para dar la lucha afuera, donde se necesitaba valor y decisión: si alguien a punto de irse en libertad optaba por arriesgarse a salir por un túnel, bien podría perseguir los laureles de decir: «Yo me fugué en el Abuso», pero también mostraba que estaba dispuesto a perderlo todo —si las cosas no salían como se planificaban— y eso revelaba un apego muy grande a la filosofía de acción política del MLN. En todo caso, el Negro López Mercao le caía bien, pero de todas maneras le aclaró—: ¡Y conmigo no te hagás la víctima! Porque vos sos muy vivo, sos de los compañeros más vivos que tenemos…

Pepe le arrancó una sonrisa al joven tupamaro.

El trabajo de excavación del túnel, que había comenzado el 11 de agosto, concluyó con éxito el jueves 2 de setiembre: la obra se detuvo cincuenta centímetros bajo la superficie de la casa de Solano García 2535. Estaba todo pronto para la fuga…

Ese día, miles de jóvenes velaban los restos del estudiante Julio Spósito, de 19 años, asesinado la tarde anterior en medio de una manifestación en las afueras del Palacio Legislativo contra el dueño de la empresa Cicssa, *Mr* Brown, convocado al Parlamento para que explicara por qué razón se le había ocurrido vigilar el trabajo de los obreros de su fábrica de cartón paseándose con una escopeta.

Las fuerzas de choque hicieron lo de siempre: fueron al enfrentamiento con los estudiantes lanzando agua desde sus «guanacos», bombas de gases lacrimógenos, apaleando jóvenes para detenerlos y llevárselos en los «roperos», y usando sus armas de fuego no solo para disuadir.

Al flaco rubio de bigotes largos y amarillentos de tabaco le pegaron un balazo en la espalda mientras corría de la mano con una compañera para refugiarse en la Facultad de Medicina. Sus compañeros lo tendieron sobre un pizarrón a manera de camilla, lo cargaron en el auto del decano, Pablo Carlevaro, que lo llevó hasta el Hospital de Clínicas, mientras dos estudiantes intentaban reanimarlo en el asiento trasero. Pero no volvió de la muerte.

El nerviosismo en el Penal crecía, incesante. La fuga fue acordada para el sábado 4 a la hora 22:00. Pero un rato antes, un abogado llegó a la cárcel y logró que los guardias le permitieran, fuera de la hora habitual, hablar con su defendido, un tupamaro.

—¡Se suspende hasta mañana!

—¿Cómo?

Más allá de las razones estratégicas de quienes asumían la responsabilidad extramuros, la bronca entre los «fugables» era muy grande esa noche: ayudaba a atemperar el frío que corría a través de las heladeras abiertas en todas las celdas.

El momento fue aprovechado por Mujica, Sendic y Huidobro para conversar sobre cómo actuar afuera con respecto al escuadrón de la muerte:

Pepe se mantenía en su postura:

—Yo ya dije que si entramos en una guerrita contra el escuadrón nos desviamos del objetivo —anotó.

—Sí, pero algo tenemos que hacer igual —repuso Sendic—; demos una señal clara…

—Que no sigan por ese camino —apuntó Huidobro.

—No nos van a dar ni cinco… —arguyó Pepe.

—Entonces, sin entrar en ninguna guerrita, les tenemos que pegar duro —respondió Sendic.

—Yo no digo que no —aclaró Pepe—; no podemos dejar que sigan matando a mansalva, pero debe ser una respuesta en el marco de una estrategia global, como ya lo hemos hablado…

—Los planes están armados —recordó Huidobro.

—Veamos qué pasa afuera —sostuvo Sendic.

—Veamos —concluyó Pepe.

Luego fumaron un cigarro de espera…

La noche del domingo 5 comenzó «el Abuso»: una silenciosa columna de hormigas se movía…

Pepe atravesó la heladera de su celda, la 269, y fue haciendo el camino: 268, 267, 266, 265. Se tiró por el agujero en el piso y cayó en la 169, y de allí, por el otro hoyo, hasta la 73. El túnel abierto lo esperaba, dejó que un compañero terminara de entrar y se metió.

Descendió casi cinco metros por los peldaños verticales, sus manos iban saboreando la tierra húmeda como la de su vieja casa. Tocó el fondo, se agachó y quedó en posición horizontal. Fue arrastrándose en muy leve caída por casi diez metros, y al sentir que comenzaba la pendiente, de ligero ascenso, se supo atravesando la muralla de la cárcel y su fuerza se recargó.

Sus movimientos eran coordinados: antebrazo izquierdo y derecho —vientre y pelvis a ras del sueldo— sincronizados con el impulso de sus piernas, que iban rozando las paredes finas y terrosas. El jadeo de tantos hombres en hilera, avanzando en aquel largo y reducido espacio, le dificultaba la respiración.

A mitad de camino, cuando llevaba recorridos casi veinte metros y reptaba en el mayor de sus ahogos, una corriente fresca enviada desde otros tiempos le dio en la cara y le inflamó los pulmones de aire libertario: el túnel de los tupamaros se encontraba con el que habían excavado los anarquistas cuatro décadas antes. El viejo Boadas Rivas le sonreía desde aquel cruce de caminos, y lo alentaba a completar la travesía subterránea en honor a una consigna renovada: «*Son tupas aquellos que lo demuestran con los hechos y no con las palabras*».

Atravesó los bajos suelos de la calle Solano García, los de la vereda, los del jardín, y ya bajo la casa, su cara se dio contra el rincón de barro, estaba llegando al final. Se incorporó y trepó en vertical los últimos tres metros, hasta asomar la cabeza por el agujero, como un topo.

La luz de la sala lo iluminó pero más la sonrisa de los compañeros que lo ayudaron a salir.

—¿Te acordás de mí?

—¡Pero, hermano! —Pepe abrazó al Lalo Gallinares.

Era uno de los tupamaros de apoyo que habían copado la vivienda de Solano García. Debieron explicarle la situación a la dueña de casa y la acompañaron en una amena charla, en la larga espera, café mediante. La mujer miraba con la boca abierta cómo, del boquete que le habían hecho en el *living*, hombres y más hombres iban saliendo, sucios, agitados, alegres…

De allí, los fugados debían pasar hacia los fondos de una vivienda en refacción y luego cruzar a la casa contigua —también ganada por los tupamaros— con salida a la calle Joaquín Núñez, por donde debían salir en autos y camiones.

En esa casa estaba como apoyo Lucía Topolansky, contenta por la libertad de tantos militantes, y con ansias de reencontrar a su compañero, uno de los escapados, Armando Blanco Katrás.

Ella, entre otras, se encargaba de ir repartiendo ropa, armas y balas a los evadidos.

La algarabía crecía en la madrugada, tanto que Mujica mandó a parar:

—¡Silencio, estamos en una operación militar, carajo!

Ya clareaba el lunes 6 de setiembre de 1971 cuando la operación llegaba a su fin.

Con «el Abuso», volvían a la libertad todos los viejos de la organización: Pepe, Sendic, Marenales, Manera, Huidobro, Amodio, Rivero Cedrés… También varios jóvenes líderes, como Zabalza, el Nepo Wasem, Alberto Candán… Y muchos otros tupamaros dispuestos a continuar la lucha.

El MLN en pleno estaba de nuevo en la calle. Se habían escapado ciento seis guerrilleros y cinco presos «comunes» —que ante los revolucionarios se habían

comprometido a no volver a delinquir—, entre ellos Arión Salazar y su compañero de celda, Carlos Lapaz Caballero, el que mejor sobrellevaba la vida fantástica del hijo de Poseidón.

Al final, así como Heracles y Adrasto de Argos, los tupamaros debían agradecer al Gran Arión por haber abierto sus alas para transportarlos sanos y salvos más allá del inframundo carcelario.

27

Caño de escape

Con casi la totalidad de los tupamaros en libertad —los que quedaban presos, en general, habían sido procesados por delitos de menor entidad, lo que preveía una pronta excarcelación—, el MLN adoptó algunas decisiones relevantes: el jueves 9 de setiembre, unos minutos antes de las ocho de la noche, sonó el timbre en la sacristía de la iglesia San Francisco de Asís de los Padres Capuchinos. Cuando el párroco abrió la puerta se encontró al embajador británico, Geoffrey Jackson, que le sonrió.

El liberado portaba un mensaje de los revolucionarios.

El documento recordó que hacía un año los tumaparos habían iniciado una lucha por la liberación de los presos políticos y que mientras el gobierno negociaba con ellos sin llegar a un acuerdo, en una actitud «*hipócrita*» el presidente Pacheco planteaba en forma pública: «*no negociaré con delincuentes*». Los guerrilleros reiteraban la consigna: «*habrá patria para todos o no habrá patria para nadie*», y argumentaban que con las fugas de La Estrella y el Abuso se había ganado una batalla, pero no la guerra, y que se seguiría peleando hasta la liberación de todos los luchadores sociales. El mensaje apuntaba a las «*falsas*» acusaciones de muertes adjudicadas al MLN y negaba que se buscara impedir el normal proceso de las elecciones nacionales. Al reclamar «*un terreno de garantías que hoy no existen*», se insistía en que «*el combate por el restablecimiento de estos derechos y garantías es la bandera de ese pueblo nucleado en la coalición antioligárquica que es el Frente Amplio*».

Se recordaba que habían sido «*asesinados a mansalva*» Ramos Filippini, Nieto, Spósito, y «*secuestrados Castagnetto y Ayala*».

Y se advertía: «*la oligarquía, a través del aparato represivo, y con los ecos de la prensa que no fue clausurada, organizó los escuadrones que secuestran familiares de presos, asesinan estudiantes, torturan, realizan atentados dinamiteros contra militantes sociales y locales del Frente Amplio. No hemos querido responder a estas provocaciones torpes para que el clima de este período no se enrarezca aún más. Pero hay un límite. No se puede asesinar impunemente por tiempo indefinido. Si insisten en ese camino, nuestra respuesta, que saben bien que podemos dar, se hará sentir. Y golpearemos con toda la Fuerza del Poder del Pueblo contra todos los responsables cuyos nombres y direcciones tenemos: la del oligarca que desde el gobierno o entre bastidores instigó esta política; la del cagatinta que desde la prensa se presta a la campaña de infamias y mentiras; las de los jerarcas policiales que comandan y organizan los escuadrones; las de los integrantes de los DAN y de los LYS, nuevas denominaciones para nuevos escuadrones de viejos agentes policiales*

instruidos por los sucesores de Mitrione. Se lo decimos bien claro: si siguen transitando el camino que han comenzado a recorrer, nuestra respuesta será implacable. Ténganlo presente. Nunca hablamos en vano».

La furia de Pacheco y de su séquito porque los tupamaros habían dejado en ridículo al gobierno aceleró el proceso hacia la represión militar. La misma noche del 9 de setiembre, en reunión con el ministro de Defensa, Federico García Capurro, y el del Interior, Danilo Sena, el mandatario resolvió por decreto: «*dispónese que los mandos militares del Ministerio de Defensa Nacional asuman la conducción de la lucha antisubversiva. Los Comandos del Ejército, Armada y Fuerza Aérea estructurarán el Plan de Operaciones Antisubversivo a desarrollar por las Fuerzas Armadas conjuntamente con la Policía y ejercerán la dirección de ejecución del mismo…*».

Hasta entonces eran las fuerzas policiales las que dirigían el enfrentamiento contra los tupamaros, con una participación puntual de los militares. Pero ahora las Fuerzas Armadas, en cuyo seno se habían formado y crecido grupos golpistas, entrenados en combate y tortura para la «guerra final» por el poder, salían a la calle…

Pepe usaba ahora el alias Emiliano, un nombre de guerra que tenía desde hace tiempo en su reservorio y al que más de una vez había debido apelar en otros tiempos. Era un homenaje a Emiliano Zapata, el héroe de la revolución mexicana, valiente libertador, asesinado a traición en 1919 por quienes se le acercaron como compañeros de lucha.

Descendiente de campesinos y labrador, Zapata había vivido en carne propia la humillación de los latifundistas, y a Pepe le gustaba su entereza, y lealtad a la causa hasta las últimas consecuencias:

> *Yo pertenezco, señor, a una raza tradicional que jamás ha degenerado ni ha podido traicionar las convicciones de una colectividad, y las de su propia conciencia; prefiero la muerte de Espartaco acribillado a heridas en medio de la libertad, antes que la vida de Pausanias encerrado vivo en una tumba por su madre en representación de la patria.*
>
> *Quiero morir siendo esclavo de los principios, no de los hombres.*

Esto escribió Zapata, el 7 de abril de 1913, al traidor de la revolución mexicana, general Pascual Orozco, Jr., que lo había invitado a deponer las armas y unirse al cortejo triunfal del dictador general Victoriano Huerta.

—Ya estamos listos, Emiliano —le informó uno de sus compañeros.

Mujica sonrió escorzado sobre la camilla del hospital clandestino, un local acondicionado por los tupamaros para curaciones complejas e intervenciones quirúrgicas. Lo llevaron allí inmediatamente después de la fuga —lo acompañó Efraín Martínez Platero—, porque se le había generado una eventración a partir de las cicatrices quirúrgicas. Tenía muy mal aspecto aquella protuberancia en la parte superior izquierda de su abdomen y le provocaba un intenso dolor en la zona que circundaría el bazo, ya extirpado durante la operación que le salvó la vida en el Hospital Militar.

Un hombre de elegante vestir —pantalón y saco *sport* al tono, oscuros, camisa blanca almidonada— toma por las asas un maletín de cuero marrón y mira las agujas de su reloj mientras camina por el corredor rumbo a la puerta: «Es la hora», se dice.

Pronto aborda un auto a resguardo de miradas curiosas.

—¡Cómo le va, doctor!

El hombre es médico, profesor universitario y experto en el tipo de cirugía que necesita Pepe: si por esos días le sucediera algún problema de gravedad al presidente de la República o alguna de las máximas autoridades de gobierno, sería a él a quien se recurriría para salvarle la vida.

Pero ahora viaja en auto conducido por jóvenes tupamaros que lo trasladan —con su clásico maletín acampanado que contiene su instrumental quirúrgico— hasta el hospital guerrillero, donde lo espera un comandante revolucionario.

Ingresa al local clandestino y saluda con sobriedad.

Se prepara con calma. Habla con su joven equipo de ayudantes, que ya han esterilizado todo cuanto fuera posible, y da unos pasos hasta quedar al lado de Emiliano. Saluda al guerrillero y le explica algunos pormenores de la intervención quirúrgica…

—Tranquilo —le transmite serenidad, ya con el tapabocas y los guantes de látex calzados.

Emiliano cierra los ojos; queda dormido por la anestesia general.

Al despertar el médico ya no estaba, pero la operación resultó exitosa.

—Te viene a ver en unos días —le informaron.

Mujica se fue recuperando y a fines de setiembre ya estaba listo para dejar el hospital clandestino, aunque no para el riesgo de la acción armada.

Un grupo de tupamaros —entre los cuales se encontraba Emiliano— pasó a alojarse en un escondite, en la calle Tayuyá 1494, entre la avenida Rivera y Caramurú, en el barrio Punta Gorda: la residencia era la del arquitecto Antonio Mallet Sosa, que trabajaba en UTE, y les prestó cobertura.

Para llegar al escondrijo debían caminar más allá de la casa del fondo —la de Antonio Daniel, hijo del arquitecto—, entrar a un galpón que se usaba como taller, levantar una tapa bajo una banqueta recostada a la pared, y descender por un espacio muy estrecho a la habitación subterránea de casi cinco metros de largo por tres de ancho y dos metros de altura.

Pepe bajó con cierta dificultad los cinco peldaños de la rudimentaria escalera vertical, hecha con tablas horizontales clavadas sobre dos parantes.

El sótano estaba acondicionado con camas cuchetas, mesa y sillas, despensa, armario —allí tenían las armas, cortas y largas—, pileta, cocinilla y un sistema de ventilación en una de las esquinas. Si emergían del escondite, podían acceder al fondo de la casa, verde y arbolado, con pinos de ramas desplegadas, una parrilla, un largo banco de asiento y respaldo de tablillas, mesa y sillas de jardín hechas en hierro, tres galponcitos —uno con canilla en la puerta, ideal para el aseo— y un ruidoso gallinero en un rincón.

Antonio Daniel Mallet tenía 22 años y recién se había casado. Los primeras semanas de su matrimonio las vivía con un grupo de tupamaros bajo el comedor de su casa, pues hasta allí llegaba el sótano al que los clandestinos accedían por el taller del fondo.

Transcurrían días de tregua armada. Los protagonistas del MLN en ese momento eran la columna 70 y el 26 de Marzo, que se encontraban en campaña —pegatinas, pintadas, reuniones con políticos frenteamplistas, otras clandestinas con grupos de jóvenes en edad de votar— a dos meses de las elecciones nacionales.

El brazo «legal» del MLN no había presentado candidatos —no quería entrar en competencia con los aliados políticos—, pero tenía sus preferidos dentro de la nueva fuerza de izquierda:

—¡Hay que votar a Erro! —recomendó Pepe. Por supuesto que él, en sus circunstancias, no podía llegar a la mesa electoral y presentar su credencial para sufragar—. Hay que hacer campaña por Erro…

Algunos de sus viejos compañeros de orígenes socialistas no terminaban de convencerse.

—Es el político más antiimperialista y antioligárquico que tenemos: nunca nos va a defraudar…

La dirección del MLN terminó por hacer algunas recomendaciones en las que se promovía el voto a Erro, pero no se trató de algo formal, era más un «boca a boca» que una orden tajante. Consideraban que el socialista Vivian Trías, el comunista Enrique Rodríguez, el democristiano Juan Pablo Terra o el batllista Zelmar Michelini, entre otros, también podrían aportar a la causa.

Los viejos de la organización —Sendic, Huidobro, Marenales, Manera…— se mostraban abiertos en ese aspecto, y en todo caso, ya no integraban la dirección del

MLN. Sin renunciar a sus responsabilidades históricas, transmitieron que se dedicarían a hacer «*un poco de base*», lo que implicaba seguir los planes estratégicos discutidos y decididos desde la cárcel pensando en una lucha de larga duración. Dejaron esos puestos de mando mayor en manos de quienes los venían ejerciendo: el Ruso Rosencof o «Leonel»; Engler, alias Octavio; Donato Marrero, alias Mauro, y se reincorporó el Nepo Wasem, que era de los recién fugados.

Luego se discutió si debía haber un quinto miembro y aparece como candidata —por la insistencia de Mauro— la Negra Alicia Rey, compañera de Amodio.

Rosencof brega por la integración del Ñato Huidobro. Pero Mauro, que a todas luces aparece como un vocero de Alicia Rey, se opone de una manera que llama la atención del Ruso; después de todo, el histórico Huidobro no necesitaba credenciales para asumir la dirección.

Al final se transa en que el nuevo miembro sea el Tino Píriz Budes, aquel que llegó de Rivera —de donde conocía al luego desaparecido Abel Ayala—, y que en junio de 1970 pidió entrar a la columna 15 alegando ser un hombre desocupado y de convicciones socialistas. En poco más de un año era comandante del MLN.

Sendic y otros tupamaros apoyaron el escape por el litoral del porteño Nell Tacchi —otro de los fugados de Punta Carretas— hacia su país, donde también era buscado: desde allí seguiría la lucha.

El Bebe fue a reorganizar el interior, donde los cañeros estaban peor que antes: con Bordaberry como ministro de Agricultura eso era lo esperable. Pero además, Sendic pretendía aplicar el «Plan Tatú» diseñado en la cárcel tras una idea de Zabalza, en función de la estrategia de la guerra de Chipre, donde el general Grivas había dispuesto la construcción de escondites semirrurales, bajo tierra, para ocultar gente durante el día, la que luego actuaba por las noches.

Así como el tatú, ese mamífero acorazado americano, excava madrigueras subterráneas, los tupamaros comenzaron a construir sus «tatuceras» bajo los campos, cerca de ríos o arroyos, en el entorno de montes y pueblos.

El llamado accionismo —la ola de operaciones que se realizaba, quizá por un exceso de militarismo— representaba un problema difícil de contener: el crecimiento cuantitativo del MLN implicaba que tras una acción tupamara, a las fuerzas represivas no les costara demasiado adoptar represalias eficaces, pues hacia donde apuntaran siempre lograban golpear en algún sector de la organización: «*Un elefante es difícil de esconder*», reflexionaba Mujica.

Con las tatuceras, Sendic buscaba una forma de repliegue más seguro para quienes ejecutaran una acción. Lo concebía como un plan para un combate de largo aliento. Unos cincuenta hombres —entre ellos, el Flaco David, el gran compinche de Pepe— habían sido seleccionados en el Penal de Punta Carretas para que, tras la fuga, viajaran al interior del país y concretaran el Plan Tatú: construcción de los refugios y

descentralización de los escenarios de batalla que ahora también serían llevados a diversas partes no urbanas de Uruguay.

En la ciudad, el grupo de Mujica vivía asimismo bajo tierra.

Pasaron los días y Pepe —no podía quejarse— comenzó a comer bien. Necesitaba reponer fuerzas tras la operación y esa parrilla en el fondo era un espectáculo. Trabajaban junto con Rivero Cedrés y Efraín Martínez Platero en el acondicionamiento de las armas que iban llegando al escondite. Y entre limpieza de caños, lubricación de piezas, ajustes de precisión y calidad, alguna que otra carne —algo que en la cárcel escaseaba, por el robo de cierta autoridad— aparecía en los platos: asado, cuando no pucheros, guisos de gallina, tucos y estofados le fueron rebosando el estómago, y quizá, de manera involuntaria, esa comida pretendía llenar el vacío que sentía en varios aspectos de la vida…

Lejos de su familia, falto de amor, y con una sensación de encierro clandestino que no sabía bien a dónde podía conducir, Mujica pasaba horas diagnosticando el trabajo del MLN, y solo llegaba a la conclusión de que se estaban quedando sin estrategias para la lucha armada.

Tenía ciertas expectativas de que una buena votación del Frente Amplio mejorara la situación para dar un paso firme hacia la revolución: ese cambio de mentalidad en la gente rumbo a la conformación de una sociedad diferente, que buscara la eliminación de la explotación del obrero, el fin del poder oligárquico, la unión solidaria de ciertas clases sociales —trabajadores y pequeña burguesía nacional—, para cerrarle las puertas al imperialismo…

—Creo que estoy soñando demasiado —se encontró diciendo una tarde de reflexión sobre estos temas, mientras limpiaba un viejo fusil Springfield.

—A mí me pasa, también… —Rivero verificaba la mirilla de un M1 Garand.

—Los hombres construimos a partir de los sueños —poetizó Mujica.

—¿Y las mujeres? —saltó Élida Baldomir, que se encontraba revolviendo la olla —. Ni se te ocurra hacer el chiste de la cocina, porque ya mismo te encajo cuatro balazos.

—No, no, compañera —se defendió Pepe—. Con los que me dieron me alcanza…

—Ustedes, los grandes machitos —prosiguió Élida—, no se dan cuenta de que las mujeres…

—Sí, yo me doy cuenta —la atajó Pepe—: la mujer es muy importante, en todo, y en especial en esta lucha urbana que estamos librando. Mi primer comandante fue una mujer…

Pepe recordaba así a María Elia Topolansky, que para entonces se había despegado del MLN: formaba parte ahora de un pequeño grupo nacido del riñón tupamaro al que se denominó Microfracción, de mirada trotskista, que no estaba de acuerdo con la conducción de la organización. La dirección del MLN lo consideró

una traición, por ambiciones de poder dentro del aparato armado.

—¡Ni me hables de la Parda! —pidió Rivero Cedrés.

—Yo creo que esa compañera y otros van a recapacitar —auguró Pepe.

—No pensaron que la división nos debilita a todos…

—Sí, claro, pero yo creo que ella ya se dio cuenta —Mujica parecía saber algo más de lo que contaba—. Y la hermana de la Parda sigue militando con nosotros…

A Pepe se le atravesó la imagen de Lucía, flaca y de pelo largo, morocha, carilinda…

—¿La viste con la ñata operada? —le preguntó Rivero Cedrés, y luego miró a Élida, que se pasó la mano por la nariz—. Quedaron todas iguales…

—Sí, parece que había un molde único —se rio Mujica y volvió a ver a Lucía pero de pelo corto y con la cara algo cambiada con aquella cirugía que los tupamaros practicaban a los clandestinos, por razones de seguridad—. Pero mal no le quedó…

—En lo estético no, a ninguna, pero ella respira con algo de dificultad —contó Élida, que se había fugado dos veces de la cárcel de Mujeres, la última junto con Lucía.

—¡Qué bien huele eso! —Pepe cerró los ojos para olfatear.

—Ya está —Élida apagó la hornalla de la cocinilla—: ¡Ustedes sirven, y después lavan los platos, bien lavaditos!

Pepe y Rivero Cedrés se miraron con picardía:

—Ya escucharon, ¿no? —lanzó entonces Pepe, mirando a Ruben Bentacour y a Oscar Puig, que leían estirados en las camas.

—¡Nos cagaste bien, viejo! —admitió Puig, que se tapó la cara con la revista que tenía en las manos.

A las 2:30 de la madrugada del martes 19 de octubre, quedaba muy poca gente en el bar de la avenida 18 de Julio 1807: el dueño de la cervecería, un mozo y un canillita.

—¡Quedate quieto o te lleno de plomo! —el propietario, que contaba el dinero de la caja, el empleado y el diarero, se vieron encañonados.

El dueño pretendió entrar en conversación con los delincuentes y recibió un golpe en la cabeza con la culata de una pistola. Terminó encerrado en el baño junto con el mozo y el vendedor de diarios.

—¡Todo a la bolsa, metele! —ordenó el que parecía más experimentado.

—¡Hay buena guita! —decía otro mientras embolsaba los billetes.

El tercero se encargaba de bajar varias cajas de cigarrillos de la estantería.

—¡Salimos, salimos!

Los tres ladrones subieron al Volkswagen, matrícula C 5843, y el motor roncó furioso mientras echaba humo por 18 de Julio.

La retirada fue demasiado aparatosa. A los pocos minutos sonó el teléfono en la

Jefatura de Policía y se denunció el robo con detalles, incluso el número de la chapa del auto.

Los atracadores iban contando la plata:

—¡Acá hay medio millón! —reía uno en el asiento trasero.

—¡Te dije, te dije que era buena guita! —prendieron puchos y se mandaron un buen trago.

Hasta que en Duvimioso Terra y Palmar los detuvo la policía.

—¡Marchamos!

El Departamento 2 de Información e Inteligencia dio cuenta de que se habían recuperado trescientos mil pesos de los robados:

—¿Y los otros doscientos? —preguntó el dueño del bar.

—Era lo que había —respondió lacónico, el policía—. ¡Agradezca que los agarramos!

—Sí, gracias, señor…

Otros agentes verificaban la documentación que portaban los hombres atrapados:

—Daniel Alberto Bartesagui Silveira.

—Soy yo.

—Yo no lo creo —saltó otro policía que revisaba los ficheros—: Vos sos Carlitos…

—Me cagaron —musitó el interrogado.

—Carlos Lapaz Caballero.

—Mirá vos, cazamos a uno de los fugados…

—¡Qué lindo documento te hicieron los tupas!

Lapaz cerró la boca.

—Los tupas como vos, Carlitos —un oficial de Inteligencia se lo llevaba al interrogatorio en la «sala privada».

—¡Yo no soy tupa! —aclaró.

—¿Ah, no?

—Para nada —reiteró Lapaz—. Formamos una alianza circunstancial para la fuga y punto.

A primera hora de la mañana, varias patrullas y camionetas del Ejército llegaban a la casona de la calle Tayuyá 1494. Los militares fueron directo al fondo de la residencia.

—¡Los tenemos! —gritó un oficial. La voz se escuchó desde la boca del sótano —. ¡Salgan de a uno con las manos en alto o son hombres muertos!

Los tupamaros atinaron a tomar las armas, pero era en vano…

—¡Acá adentro nos cocinan! —advirtió Mujica.

—Bueno —dijo Rivero Cedrés—, otra vez en cana…

—Otra vez —remató Pepe.

Y fueron saliendo con las manos a la vista.

—¡Qué error! —se lamentaba luego Mujica—. ¡¿Cómo confiamos en este personaje?!

—Gambusa de pura cepa, qué otra cosa podíamos esperar —respondió Rivero Cedrés.

El rapiñero Lapaz Caballero ya estaba preso.

El juez Daniel Echeverría procesó a Mujica, Rivero Cedrés, Efraín Martínez Platero, Baldomir, Puig y Bentacour por los delitos de «*autoevasión, encubrimiento de rapiña y tenencia de explosivos*».

En el sótano, los militares encontraron unas cincuenta armas de las robadas del Centro de Instrucción de la Marina, material para armar bombas caseras —del tipo molotov—, uniformes militares y policiales y decenas de pares de calzados de cuero obtenidos en el asalto a una zapatería.

El arquitecto Mallet fue remitido por «*encubrimiento de autoevasión*». Su hijo Antonio Daniel por el mismo delito y por «*asociación para delinquir*». La esposa del joven tenía menos de 18 años, por cuanto pasó a la órbita del juez de Menores.

Así como Mujica, por esos días iban cayendo otros tupamaros, entre ellos Zabalza. El joven llegaba desde la columna del interior, descentralizada en varios departamentos. Traía consigo un balazo en el abdomen y un informe que hubiera querido transmitir a Sendic, pero jamás pudo llegar desde Paysandú al campamento del Queguay donde se encontraba el dirigente histórico.

—El Tino y el Mauro me mandaron vigilar —relató Zabalza, pues el encargado de seguirle los pasos, Ángel Yoldi, se lo había confesado al desobedecer la orden.

—¿Y eso? —se desconcertó Mujica.

—Ya nos habían querido frenar el Plan Tatú —la bronca de Zabalza caía en cataratas—. Nos trataban de convencer de que nos quedáramos agrupados en Montevideo, pero Sendic los mandó a cagar y tuvieron que aflojar.

—¡Mmmm! —Pepe se rascaba la barbilla.

—El Tino y el Mauro le están haciendo el juego a Amodio —sentenció Zabalza, sembrando sospechas.

—Esto huele fulero…

Amodio Pérez no integraba en aquel momento la dirección del MLN, pero más que nunca parecía tener el poder que había procurado desde siempre, quizá ya lo ejercía desde la cárcel, impartiendo directivas a Mauro y a su compañera, Alicia Rey, a cargo de la columna 15.

Cuando todos los «viejos» volvieron a la libertad, el riesgo de quedar en un segundo plano se veía como lógico: eso no le podía pasar justo a él, que se hacía

llamar Ernesto como alias de guerrillero. Y aun cuando aquellos optaron por no integrar la dirección, la ascendencia de los históricos, y en especial del Bebe era inobjetable: opacar la figura de Sendic —según las elucubraciones de Zabalza— era una de las metas de Amodio.

Lo conversó con Mujica y le envió una carta a Huidobro, que junto con Marenales atravesaban por problemas similares pero en el «Collar», un plan de ciertas semejanzas con el «Tatú», a concretar mediante berretines y locales que conformaran un cinturón de defensa en torno a Montevideo.

Huidobro sospechaba que Mauro lo estaba vigilando.

El dato también llegó a oídos del ingeniero Manera, que dirigía el «Plan Gardiol»: la profundización del relevamiento y mapeo de la red cloacal como vías de tránsito y escape para los tupamaros.

El Tino Píriz Budes, que como integrante de la dirección había quedado a cargo de la supervisión de la columna del interior, se la pasaba viajando hacia el norte, para estar cerca, bien cerca del Bebe Sendic, que solía planificar sus acciones y movimientos sin rendir cuentas a nadie.

A Píriz Budes se le atribuía una memoria de elefante, y en la carretera iba preguntando a quienes lo acompañaran sobre lugares exactos de locales, tatuceras, poder de armamento y cantidad de militantes por zona del interior del país. Al peludo Santana le llamó la atención que incluso pidiera información compartimentada, algo que no se contemplaba en los documentos elaborados como base de funcionamiento del MLN.

—En estos momentos necesitamos saber con qué resistencia contamos —se justificó el Tino.

Santana guardó silencio.

—Pero estamos bien, estamos bien —adujo entonces Píriz Budes.

En el Penal de Punta Carretas se analizaba el grado de poder paralelo que ostentaba Amodio, sea por su accionar directo o por su influencia sobre Mauro, en la dirección, y sobre su compañera Rey.

—¡Vieron! —Rivero Cedrés «trillaba» en el patio de la cárcel junto con Pepe y Zabalza—. Yo dije hace mucho tiempo que esa pareja iba a traer problemas, y nadie me escuchó…

—¡Capaz que tenés razón! —le respondió Pepe.

Caminaron un poco más en el recreo y volvieron a sus celdas.

Mujica vivió en prisión las elecciones nacionales del 28 de noviembre.

La reforma constitucional no resultó aprobada, por cuanto Pacheco no pudo ser reelecto, pero de todas maneras había vuelto a triunfar el Partido Colorado, con

seiscientos ochenta y un mil votos: el nuevo presidente de la República era Juan María Bordaberry.

Los blancos se ubicaron segundos, a unos trece mil votos del ganador, y denunciaron fraude electoral, sin éxito.

El Frente Amplio, cuyo candidato a la Presidencia era el general Liber Seregni, obtuvo trescientos cuatro mil votos. Logró cinco senadores y dieciocho diputados.

La Unión Popular había sido uno de los sectores más votados de la nueva fuerza de izquierda: Erro llegó al Senado, y resultaron electos diputados Juan Chenlo, Walter Martínez Gallinal, Luis Imas, Jorge Durán e Isidro Etchegoyen; todos viejos conocidos de Pepe.

En los últimos meses del gobierno de Pacheco, hubo un endurecimiento de la represión: los grupos del escuadrón de la muerte repartían amenazas y atentaban contra las casas de políticos, dirigentes de izquierda y algunos del Partido Nacional. Los militares comenzaron a interrogar a detenidos, añadiendo sadismo, ferocidad, a los métodos enseñados por Mitrione. Y Bordaberry ya planificaba llevar las cosas al Estado de Guerra.

Sendic puso fin entonces a la «tregua» asumida con anterioridad a las elecciones.

En la noche del 30 de diciembre, ejecutó cuatro grandes acciones de copamiento y pertrechamiento: en un aeropuerto militar, un destacamento policial, una radio y una cantera de calcita. Lo hizo al frente de su columna del interior, a la que denominó «Leandro Gómez» en honor al rebelde caudillo blanco que en defensa de Paysandú murió acribillado, en 1865, por las fuerzas del colorado Venancio Flores, durante el alzamiento contra el presidente Bernardo Berro.

«*Han pasado cien años. Poco ha cambiado el país para los pobres: en los rancheríos y en los cantegriles el frío atraviesa las paredes y el guriserío tiene que dormir abrazado a los perros para abrigarse*…», plantea Sendic en la proclama de Paysandú, el primer día del año 1972. Les habla a los desamparados, a los olvidados del sistema, les cuenta cómo los ricos pueden robar, estafar al pueblo sin que nada les pase, mientras que «*revientan a palos*» y «*lo pudren en la cárcel*» al que roba o carnea una oveja de una estancia para darles de comer a sus hijos «*muertos de hambre*». Arremete contra «*la nueva actividad del Ejército, que tortura*». Y al gobierno, que se ha negado a la pacificación, y a la oligarquía, les advierte: «*Queda pues, exclusivamente sobre sus hombros la responsabilidad de haber desencadenado esta guerra civil. Y en esta guerra van a temblar, porque el pobrerío no tiene otra cosa que perder en esta batalla que un hambre muy vieja, y ustedes, los ricos, van a dormir inquietos*».

En el Penal de Punta Carretas, la represión de parte del jefe de la guardia, Rodolfo

Leoncino, se vuelve insoportable para los tupamaros. El apodo que hacía años se había ganado, «Guiso e tripa», por robarse la carne destinada a la comida de los presos para luego venderla al igual que el pan y la leche, parece un juego inocente comparado con lo que sucedió una noche caliente de enero:

—¡Le dio un infarto, abran que le dio un infarto! —pedía a gritos un preso al lado de su compañero que al caer en *shock*, golpeó la cabeza contra la pileta y sangraba tendido en el piso de la celda—. ¡Se está muriendo! ¡Vengan, por favor!

Pepe, Zabalza, todos los presos comenzaron a gritar y a golpear las puertas de sus calabozos para reclamar asistencia. Pero Leoncino respondió:

—La enfermería abre a las seis de la mañana.

Al otro día, cuando los guardias abrieron la celda, el recluso estaba muerto.

Mujica, Zabalza y Efraín Martínez Platero —los tupamaros de mayor ascendencia dentro de la cárcel, sin contar a Amodio— se reunieron a deliberar sobre el asunto.

De allí surgieron las bases del «Plan Corcho», una operación de represalia.

La mañana del 27 de enero, un comando de la columna 15 cumplió la orden de la dirección: esperó en la puerta de la casa de Leoncino y lo mató a balazos.

Esta ejecución se enmarcaba en los planes de represalias que adoptó el MLN en esos primeros meses de 1972. Otra de las acciones buscaba enfrentar la embestida parapolicial y paramilitar de los agentes del gobierno: luego de analizarlo durante diez meses, el 24 de febrero los tupamaros secuestraron al «gordito» de los trajecitos de alpaca, Nelson Bardecio, denunciado en forma secreta como integrante del escuadrón de la muerte.

El Ruso Rosencof, de viaje por Cuba a fin de solicitar ayuda económica y armas para los tupamaros, había atendido a un hombre cubano que insistía en entrevistarse con el uruguayo. El nombre del individuo era Manuel Hevia Cosculluela, quien se presentaba como un agente cubano que había logrado infiltrarse en «la Misión» estadounidense en Uruguay. Relata el trabajo de la CIA y de los funcionarios contratados por el gobierno yanqui para adiestrar a la Policía uruguaya y formar escuadrones de la muerte. Brinda una lista de nombres, de hechos criminales, y de operaciones realizadas a partir de órdenes nacidas en la propia estructura del gobierno de Pacheco.

El MLN va confirmando los datos y decide encerrar a Bardecio en una «cárcel del pueblo» del barrio la Aguada, muy cerca del Palacio Legislativo, para someterlo a un interrogatorio.

Un día después detienen a Amodio Pérez, que llega al Penal con su natural aire de suficiencia. Pepe y Zabalza lo están esperando para escrutarlo.

—¡Va todo muy bien! —alega Amodio.

—¿Te parece? —Zabalza y Mujica se miraban de reojo.

—Claro que sí —Amodio fumaba en pipa.

Y cuando en la charla surgió el nombre del Bebe, el reintegrado al Penal mostró la hilacha:

—Dejá a Sendic donde está, con los peludos allá en el norte, que con esta dirección ganamos la revolución —fanfarroneó Amodio.

El «Ernesto» tupamaro acababa de ser interrogado por el jefe del Servicio de Información de Defensa, Ramón Trabal, pero no lo comentó con sus compañeros. También había desaparecido un rollo de fotografías de guerrilleros en clandestinidad —esencial para fabricarles documentos— que debía haber sido resguardado por Amodio…

Mujica elabora un informe crítico sobre las posturas del recién llegado y lo envía a los otros «viejos» que operan fuera del Penal. Zabalza hace lo mismo.

Los tupamaros realizan un simposio el 16 de marzo, donde cae sobre las figuras de Amodio y de Alicia Rey una tormenta de cuestionamientos. También son muy criticados Píriz Budes y Donato Marrero.

—¡Estos son los testaferros! —dice Rosencof al oído del Ñato. Luego hace una autocrítica por no haber logrado imponer, desde la dirección que ocupaba, la lucha ideológica por encima del «accionismo» militarista que provenía de la columna 15.

Aunque el tema no se trata en forma abierta, a Rosencof le pesa haber dado vía libre —al igual que el resto de la dirección— a que sus compañeros reunidos en la estancia Espartaco decidieran, a fines de 1971, la suerte de Pascasio Báez. Se trataba de un peón que sin proponérselo había descubierto una tatucera en aquel campo. Píriz Budes, responsable del interior desde la dirección, impulsó la decisión de dar muerte al peón. Engler, otro de los integrantes del Ejecutivo, pudo haberse negado pero no lo hizo. Wasem tampoco. El hombre fue asesinado con una inyección de pentotal.

El simposio decide desplazar de la dirección a Píriz Budes, Marrero y Wasem, este último pasa a integrar el Estado Mayor, órgano de comandantes por debajo del Ejecutivo.

La nueva dirección queda conformada por cuatro miembros: Rosencof y Engler —que ya ocupan esos cargos—, Huidobro y Candán Grajales.

Se pospone cualquier decisión sobre Amodio ante la inminencia de una nueva evasión de la cárcel.

La renovación del trabajo en las cloacas había revivido una vieja posibilidad de fuga, «el Gallo», proyectada mucho antes que «el Abuso», pero frustrada por una tormenta que en febrero de 1971 dejó al descubierto herramientas y otros enseres empleados por el MLN dentro de los caños cercanos al Penal de Punta Carretas.

La ejecución de Leoncino instaló un aire de respeto y temor de parte de la guardia hacia los tupamaros, que ahora tenían mayor libertad de movimiento dentro del predio de la cárcel.

A las siete de la mañana del 12 de abril, ocho tupamaros —número máximo de

pacientes permitido— ingresaban al Hospital Penitenciario de Punta Carretas para ser atendidos por el odontólogo.

Los hermanos Viña —el Negro y el Muerto—, dos presos comunes que habían integrado la famosa banda de asaltantes del Mincho Martincorena, tomaban mate con vista preferencial al hospital.

—¡Ocho tupas juntos! —dijo el Negro.

—Qué raro, ¿no? —se sumó el Muerto.

Entonces vieron correr hacia el hospital a otros cuatro guerrilleros que —cual camilleros— llevaban envuelto en una frazada al también tupamaro Lopardo, sangrando por la boca. Y ya no lo dudaron:

—¡Vamos, vamos! —se dijeron.

Voló termo y mate y se largaron a toda velocidad detrás de los revolucionarios.

—¡Tranquilo, que acá nadie sale herido! —le decía Pepe al odontólogo.

Todos estaban armados con cortes caseros, y «apretaron» a los ayudantes de enfermería: los ataron con sábanas y vendas. Otros presos colaboradores del hospital esperaban mejor vida…

—¡Ya está, ya está! —el agujero en el piso se había abierto.

—¡Vamos, saliendo de a uno! —dio la voz Pepe.

—¡Rápido, vamos! —apuró Zabalza.

Y fueron escabulléndose por el túnel —excavado desde afuera— que conducía a la cloaca.

Además de Mujica y Zabalza, eran de la partida Rivero Cedrés, Efraín Martínez Platero, Amodio, Yoldi, Lopardo —al que le habían dado un trago de sangre para que hiciera gárgaras y se la derramara desde la boca—, Antonio Más Más, Sergio da Rosa, Yamandú Rodríguez Olariaga, José Calviño, Marcos Soarez, César Long, Elbio Cardozo y Héctor Quartiani. Diez reclusos «comunes», uno de ellos, el «Negro» Ovidio Viña, también lograron meterse por el agujero.

El «Ernesto» tupamaro fue el primero en mandarse por el boquete.

Cuando le tocó el turno a Pepe, se encontró de nuevo en la oscuridad que precedía la luz de un día libre. Recorrió el túnel que en diagonal atravesaba el muro de los fondos de la cárcel y llegó a la cloaca de la calle Guipúzcoa, continuó unos metros hasta encontrar el caño en pendiente que recorre la calle Porto Alegre rumbo a la rambla, se aferró al carrito de hierro cóncavo —como la forma del caño— y se largó como un chiquilín por la bajada:

—¡Buenooooo! —los rulemanes embalaban de forma inusitada por las paredes del caño— ¡Voyyyyyyyyyy!

—¡Te tenemos! —dos tupamaros de apoyo lo cazaron de los brazos antes de que cayera al caño mayor.

—¡Uffffffff!

—¿Estás bien?

—Estoy, estoy. ¡Sigan!

Asido el último de los velocistas, comenzó la marcha con linternas por uno de los laterales del caño maestro bajo la rambla costera de Punta Carretas.

Marchan en fila india detrás del guía que lleva los planos: recorren varias cuadras, luego suben al ramal, cien metros por aquí, vuelta a la derecha, doscientos por allá, vuelta a la izquierda, y así se van alejando de la zona…

Detrás del último fugado, Coquito Rodríguez Recalde iba poniendo pilas a unos artefactitos de aspecto amenazante, con luz roja intermitente, que adhería a las tapas bocatormenta por las que se podía acceder desde la calle. Ningún policía ni militar de las fuerzas de choque se animaba a abrir hasta que el comando del Ejército especializado en explosivos se hiciera presente para desactivar las «bombas».

Algunos presos comunes decidieron abrir una tapa a pocas cuadras de la cárcel y salir a la calle: tenían las horas contadas.

Pepe, agitado, movía su cuerpo con agilidad, a pesar de su gordura. El aire, algo nauseabundo, mejoró un poco cuando llegaron al gran caño cuadrado del sector pluvial. Recorrieron unas cuantas cuadras más, y al final:

—¡Es por acá! —dijo el guía.

E introduciéndose por un caño más pequeño ya fueron respirando el aire fresco de la superficie: salieron directo al interior de una casa en el barrio Villa Dolores, a unos cuatro kilómetros del Penal de Punta Carretas.

Cagados de pies a cabeza, fueron bañándose y cambiándose de ropa. Fumaron un pucho y cenaron con brindis por la nueva fuga.

Afuera, a lo lejos, se escuchaban las sirenas de las patrullas y camionetas militares.

Algunos duermen allí y al otro día se van por las cloacas a diversos locales de cobertura. Pepe se aloja en esa casa de Villa Dolores, con un grupo que también integran Amodio y su compañera, Alicia Rey.

Mujica piensa mantener los ojos bien abiertos ante las actitudes de «Ernesto». Pero son tiempos apremiantes y vertiginosos, que no contemplan el análisis sino la acción rápida para salvar la vida…

Honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere.
Vivir honestamente, no dañar a los demás, dar a cada uno lo suyo.

DOMICIO ULPIANO, inicios del siglo III
(Los tres principios del Derecho Romano Clásico —y base de una vida irreprochable — contenidos en el Digesto de Justiniano, 533 d. C.)

28

Hipólito y Papagayo

En la «cárcel del pueblo» del barrio la Aguada, Bardecio ha sido interrogado por Leonel, quien se presentó ante el agente como «el fiscal del pueblo». Hizo las preguntas detrás de una lámpara que daba de lleno en la cara de Bardecio:

—¿Conoce usted a Miguel Sofía?

—No, no sé quién es.

—Qué raro, porque en esta foto usted aparece a su lado —el Ruso le presentó la instantánea y las mentiras de Bardecio comenzaron a derrumbarse—. ¡Mire qué abrazados y sonrientes están!

El agente reconoció al integrante de la JUP y dijo que el alias de Sofía en el escuadrón de la muerte era «José».

Al final los tupamaros entregaron un cuaderno y un lápiz al secuestrado para que escribiera cuanto supiese del aparato parapolicial y paramilitar que andaba en las calles.

Bardecio brindó nombres de los integrantes del escuadrón de la muerte, incluidos policías, militares, civiles, políticos gobernantes, agentes estadounidenses —no todos, se reservó el de Cantrell— y algunos personajes paraguayos, como el médico Pedro «Crosa Cuevas», cuyo verdadero apellido es «Closa Cuevas».

La información corroboraba datos que habían sido aportados por el agente cubano Manuel Hevia Cosculluela. La fachada del escuadrón de la muerte —denominado Comando Caza Tupamaros— en el Ministerio del Interior era la «Oficina de Estadística, Contralor y Difusión», donde se desempeñaba el inspector Pedro Walter Freitas, al que Bardecio llamaba «Fleitas», y el inspector Jorge Grau.

Desde la Dirección de Información e Inteligencia formada por «la Misión» estadounidense actuaban, entre otros, el inspector Víctor Castiglioni, los comisarios José Pedro Macchi, Hugo Campos Hermida, los subcomisarios Oscar Delega, Raúl la Paz… También había militares como el general Juan Pedro Ribas, el coronel Walter Machado, los capitanes Pedro Mato, Mario Risso, Ernesto Motto, Jorge Nader. La coordinación política iniciada por Carlos Pirán pasó luego a manos del subsecretario del Interior, Armando Acosta y Lara.

En el cuaderno que le dieron los tupamaros, Bardecio hizo un relato del secuestro y desaparición del joven Héctor Castagnetto, caso en el que se autoinvolucró, además de señalar a «Sofía» alias «José», «Crosas», «Fleitas», «Delega», «Acosta y Lara».

En una parte el agente policial sostiene: «*Por lo que sé, el Comando Caza Tupamaros está integrado por Crosas, Sofía, el oficial inspector Fleitas, como enlace, Delega y los dos funcionarios entrenados en Brasil. De estos, cuyo nombre*

no recuerdo, sé que pasaron al Departamento 5» de Información e Inteligencia. Luego cuenta que «*Crosas y José desaparecieron pocos días después de lo de Castagnetto, y tras cobrar una gruesa suma de dinero en el Ministerio dijeron que viajaban a Brasil, pero a José lo vi en Montevideo al día siguiente de las elecciones festejando el triunfo*» de Juan María Bordaberry.

En la madrugada del lunes 28 de febrero, el escuadrón de la muerte torturó —le quebró las costillas, las falanges, le quemó el pecho— y mató de varios disparos al joven Ibero Gutiérrez, el poeta que había escrito aquellos versos tristes para su compañero Salerno, caído, con la boca semiabierta y su pelo confundido con el pasto, tras el balazo de la ejecución en las afueras de Pando.

Ahora él yacía bajo un árbol mustio, a unos metros del camino de las Tropas y camino Melilla, con un cartel colgado al cuello: «*Vos también pediste perdón. Bala por bala. Muerte por muerte. Comando Caza Tupamaros*».

Había sido Ibero el que llegó hasta el estrado del primer acto del Frente Amplio, el 26 de marzo de 1971, con un mensaje de salutación de los presos políticos para la nueva fuerza de izquierda.

El escuadrón saludaba con este asesinato el advenimiento del nuevo presidente, que el 1 de marzo de 1972 apareció en el balcón de la Casa de Gobierno, con la banda uruguaya cruzada sobre el pecho, junto a su mentor, Pacheco Areco.

Una vez verificado que los fugados se encontraban a salvo, los grupos tupamaros destinados a tomar represalias contra integrantes del escuadrón de la muerte, en el llamado «Plan Hipólito», actuaron el viernes 14 de abril.

A las siete y diez de la mañana mataron al subcomisario Oscar Delega. Viajaba por Luis Ponce y avenida Rivera en un Maverick policial cuando lo acribillaron. Las balas alcanzaron a su chofer, Carlos Leites, que también murió.

A las nueve y diez, en la calle Roosevelt de la ciudad de Las Piedras, otro grupo terminó con la vida del capitán de corbeta Ernesto Motto, a fuego de metralleta.

Sobre las diez y veinte, desde una ventana de la iglesia Metodista, dos francotiradores descargaron sus balas contra el subsecretario del Interior, Armando Acosta y Lara, que murió en la puerta de su casa, en la calle San José.

Resultó fallida la acción contra Miguel Sofía en el barrio Cerrito de la Victoria. El miembro de la JUP y del escuadrón se salvó por poco, cuando a las 12:30 la policía detectó la camioneta de los integrantes del MLN que debían ejecutarlo en General Flores e Industria. Se produjo un tiroteo a dos cuadras de allí, en Nicolás de Herrera y Francisco Pla, y cayeron muertos los tupamaros Nicolás Gropp y Norma Pagliano. Había comenzado la respuesta…

A las 14:00, las denominadas Fuerzas Conjuntas —es decir militares y policías— se presentaron en la casa de la calle Amazonas 1440, casi Aconcagua, en el barrio Malvín: al frente del Departamento 5 de Inteligencia policial iba el integrante del escuadrón de la muerte, comisario Hugo Campos Hermida, y al mando del Batallón Florida se presentó el capitán Carlos Calcagno. El operativo era coordinado por el

director de Información e Inteligencia —y también miembro del escuadrón de la muerte—, inspector Víctor Castiglioni.

Colocaron en posición la ametralladora «punto 30», de 14 kilos de peso y más de un metro de largo, con su cinta de 250 cartuchos. Y al escuchar la orden agujerearon la fachada de la casa, de piso a techo, de pared a pared. Luego ingresaron y acribillaron a balazos al escribano y tupamaro «legal» Luis Martirena. También mataron a su esposa, Ivette Giménez. Ninguno estaba armado.

Cuando el tartamudeo calló, se desangraba en silencio el Ñato Huidobro, escondido junto con el contador David Cámpora, alias Esteban, en un berretín disimulado entre el cielo raso de madera y el techo de dos aguas. Sabían que si se entregaban serían ejecutados.

Ñato se iba muriendo ante la desesperación de Cámpora, que nada podía hacer salvo presionar la herida de su compañero —la que tenía en la garganta— para tratar de contener la hemorragia, y esperar…

—¡Aguantá, Ñato, aguantá! —le susurraba.

Huidobro acababa de redactar un nuevo documento del MLN —siempre fue el encargado de darle forma escrita a los lineamientos aprobados o a analizar por la organización— en procura de dinamizar la lucha que él y sus viejos compañeros veían cayendo en la impotencia: proponía ir al hostigamiento directo y sistemático contra las fuerzas represivas para instalar, en el corto plazo, la guerra revolucionaria, y luego de cumplidas las etapas necesarias, la instalación de un gobierno en el que el MLN tuviera directa participación. Ahora su sangre se derramaba —los minutos corrían—, ya no tenía tiempo de comunicar ni de discutir sus puntos de vista como en los viejos tiempos de la Base Pinela. Pensó en Flores, el primer muerto del MLN, y pareció sonreír antes de cerrar los ojos…

—¡Doctor, cae sangre del techo! —avisó el actuario. Ya habían pasado casi dos horas desde que las municiones alcanzaron a Huidobro.

—¡Rápido, abran ahí! —ordenó el juez Daniel Echeverría.

Al ver salir a Cámpora y al Ñato aún con vida, Campos Hermida bramaba:

—¡Ya te voy a matar hijo de puta! —bufó antes de que la ambulancia se llevara al tupamaro malherido.

La presencia de las autoridades judiciales los había salvado.

A quince cuadras, en la zona del Buceo, se daba otra matanza. Castiglioni llegó con sus fuerzas represivas a la casa de Pérez Gomar 4392, casi Dalmiro Costa, y detuvo a ocho personas. Eligió a cuatro: Candán Grajales, Gabriel Schroeder, Horacio Rovira y Armando Blanco Katrás, y los mandó ejecutar.

A pedido del presidente Bordaberry, la Asamblea General —con votos blancos y colorados y la oposición del Frente Amplio— aprobó la «*suspensión de las garantías individuales*» y la declaración de «*Estado de Guerra interno*». Esto implicaba mayor

poder para la represión, en especial para las Fuerzas Armadas, que a partir de esa decisión parlamentaria —adoptada por noventa y siete votos en ciento dieciocho—, además de conducir la «*guerra*» contra los tupamaros, ejercerían las potestades de juzgar a los «*subversivos*». Los casos de las matanzas de Malvín y Buceo no pudieron ser investigados por el Poder Judicial: los expedientes pasaron a manos militares.

Entre los legisladores que se opusieron a la medida parlamentaria se encontraba Erro, que leyó en sala las confesiones obtenidas por los tupamaros de parte del agente del escuadrón de la muerte Nelson Bardecio, y acusó al gobierno colorado de complicidad en los crímenes de los grupos parapoliciales y paramilitares. No hay asombro de parte de los legisladores del gobierno, que buscaban desacreditar a Erro por actuar como «*portavoz*» del MLN, y desde el Partido Nacional se asumió una posición entre crítica y escéptica.

La conmoción general confundió bastante a la gente, que a la salida del Palacio Legislativo tanto le gritaba «*asesino*» al líder nacionalista Wilson Ferreira, por votar el Estado de Guerra interno, como a Erro por «*no confesar*» que era tupamaro, algo que negaba.

El legislador frenteamplista Juan Pablo Terra —que había reunido información adicional de otro integrante del escuadrón, el policía Mario Benítez, y de un hombre paraguayo involucrado, cuyo nombre mantuvo en reserva— se presentó ante el ministro del Interior, Alejandro Rovira, y este se comprometió a investigar el asunto. También conversó con el ministro de Educación y Cultura, Julio María Sanguinetti, quien le prometió interceder en el caso ante el presidente Bordaberry.

En Casa de Gobierno el ministro de Defensa Nacional, general Enrique Magnani, leyó un comunicado del Poder Ejecutivo ante los periodistas, respecto de la declaración del Estado de Guerra interno: «*No se trata pues de un enervamiento genérico de los derechos individuales, sino simplemente de la suspensión de aquellos que sean imprescindibles para la eficacia del enfrentamiento contra la sedición. Corresponde valorar la actitud de la Asamblea General al otorgar a las Fuerzas Armadas y al personal policial esos instrumentos indispensables para enfrentar los dramáticos momentos que vive el país y en nombre de las mismas puedo asegurar que se hará de ellas un uso justo, proporcional al espíritu que los determinaron y dentro de los límites que la Constitución y la ley autorizan*».

—¡¿Oíste bien?! —le gritó el soldado a un detenido—. ¡Esto es lo que la ley y la Constitución autorizan!

Y descargó un nuevo choque eléctrico en el glande del joven desnudo, atado a la cama de hierro.

El poder militar, azuzado por el gobierno, inició aquí un periplo de represión inusitada: los sectores golpistas de las Fuerzas Armadas se afilaban los dientes…

Montevideo era barrido por el ejército: cualquiera que no portara documento de identidad o tuviera aspecto de «sospechoso» podía terminar detenido, torturado y encarcelado.

Las «pinzas» de soldados se podían ver en cualquier esquina de la ciudad. Pasaban los ómnibus dispuestos para las detenciones a granel —los famosos «roperos»—, abarrotados de hombres y mujeres: estudiantes, obreros, jubilados…

El 17 de abril, las Fuerzas Conjuntas —apoyadas por integrantes del escuadrón de la muerte— allanaron un local del Partido Comunista, en la avenida Agraciada, y asesinaron a ocho militantes: Héctor Cervelli, José Washington Sena, Luis Alberto Mendiola, Raúl Gancio, Elman Fernández, Ricardo Walter González, Ruben Claudio López y José Ramón Abreu. El fusilamiento no pareció suficiente, varios de esos muchachos fueron rematados en el piso, otros murieron desangrados.

Lucía Topolansky atravesaba uno de los momentos más dolorosos de su juventud tras el asesinato de su compañero, Armando Blanco Katrás. Desde la clandestinidad escribía una carta: «*En estos momentos resulta difícil encontrar las palabras…*».

—Entiendo cómo te sentís —la acompañó el tupamaro «legal» Mario Teti—. ¿Cómo te puedo ayudar?

—Te pido que le lleves esta carta a la mamá…

—Claro, se la llevo a la Chicha —respondió Mario, que veía a Lucía muy angustiada—. ¡Cuidate mucho, sabés!

—Sí, gracias —dijo ella con una sonrisa apagada—. Estoy mal, ya ves, pero no puedo ponerme a llorar, no puedo quedarme, porque ahora más que nunca hay que seguir adelante…

Lucía, que además de usar su alias, «Ana», se había ganado el mote de la Tronca —algunos decían que por «*cabeza dura*», otros lo atribuían a su rigidez en el cumplimiento de su deber revolucionario—, era una muchacha sensible, pero consciente de que encerrarse en la angustia sería como morir sin luchar, y corrían tiempos en que salvar la vida, el pellejo propio y el de los demás compañeros, exigía entereza y decisión.

Por esas horas se refugió en un local donde le tocó compartir un par de días con su hermana, María Elia, quien convencida de su error, había decidido abandonar la llamada Microfracción y pedir el reingreso al MLN, al igual que otro compañero de Pepe, el Polaco Amílcar Fernández.

El retorno de ambos fue aceptado por la dirección, y Mujica se alegró por la vuelta de los viejos compañeros de la columna 10. Pero las cosas entre mellizas resultaron más difíciles.

—¡Vos no tenés ni idea de lo que nos hiciste! —le espetó Lucía.

—A mí no me vengas con rezongos —saltó la Parda.

—Vos te mandaste tremenda cagada.

—Sí, te lo acepto, pero yo ya hice mi proceso, me arrepentí, me hundí llorando…

—Sí, lágrimas de cocodrilo.

—No, me sentí mal de verdad —ninguna aflojaba—, pero ya está, ya volví para

seguir luchando…

—¿Y quién te puede creer ahora?

—Vos bien sabés que podés confiar en mí…

—¡Ja! —Lucía la miró con sorna—. ¡Qué fácil lo decís!

Ambas tenían cierta razón en sus argumentos. Al final las cosas se calmaron y la lucha las mantuvo hombro con hombro, en distintos grupos, pero juntas como en la placenta.

La Parda saldrá para el norte, donde Sendic acaba de expulsar de la columna del interior al Tino Píriz Budes, luego de recriminarle el asesinato del peón Pascasio Báez. Lucía se quedará en la capital donde el MLN debe rearmarse como pueda…

Las Fuerzas Armadas golpeaban por todas partes. Y un grupo del escuadrón de la muerte participaba de las acciones. El paraguayo Crosa Cuevas —o «Closa Cuevas»— vivía desde 1965 en la ciudad de Dolores, a setenta kilómetros del cruce hacia Argentina por el puente de Fray Bentos, y a cuarenta del puerto de Nueva Palmira, donde el río Uruguay se vuelve estrecho entre los dos países.

Estaba del otro lado de la frontera cuando —con Bardecio secuestrado— se decretó el Estado de Guerra interno. Y decidió volver a Uruguay para explotar los datos que había obtenido sobre la presencia de tupamaros en un campamento cercano a la ciudad de Dolores, en El Espinillo. Le gustaba tirar con su pistola y allí estuvo, el 23 de abril, junto con las fuerzas militares en el allanamiento durante el cual mataron a la guerrillera Blanca Castagnetto, hermana de Héctor, el joven que el Comando Caza Tupamaros integrado por el paraguayo había torturado y hecho desaparecer su cuerpo en agosto de 1971.

La situación empeoraba para el MLN: se decidió insistir en las denuncias sobre el escuadrón. Para ello los tupamaros se valieron de una estrategia compleja.

El presidente de la Cámara de Diputados, Héctor Gutiérrez Ruiz, al que todos conocían por Toba, era uno de los legisladores blancos que mantenía contactos con el MLN. El 24 de abril, los guerrilleros lo llevaron —con los recaudos necesarios por razones de seguridad— hasta la «cárcel del pueblo» del barrio la Aguada para que él mismo conversara con Bardecio y confirmara los hechos denunciados por la organización.

Los diarios hablaron de un nuevo secuestro…

El diputado almorzó con Bardecio y corroboró el tétrico relato del agente del escuadrón de la muerte. Una vez entre sus colegas políticos, diseminó la información que tenía, y así como la historia que contaba cobraba autenticidad, Gutiérrez Ruiz se ganaba el encono del gobierno y de las fuerzas represivas, que ya tenían en la mira a Erro y seguían de cerca los pasos de Zelmar Michelini, a quienes los sectores más

reaccionarios del gobierno consideraban «*traidores*» por haberse pasado a filas del Frente Amplio.

Mujica había elegido el alias Ulpiano para esta nueva etapa de clandestinidad, como el distinguido jurista romano —cuyo nombre de pila era Domicio—, que definía la justicia como la firme voluntad permanente de dar a cada quien lo que merece. Y entendía que «*es lícito repeler la fuerza con la fuerza*».

Pepe era jefe del Estado Mayor militar del MLN y vivía en lo de Teresa, una casa de cobertura ubicada en la calle Manuel Haedo 3089, a una cuadra de la avenida Rivera, en Villa Dolores. Allí también se refugiaban Amodio, Alicia Rey —a quienes Mujica vigilaba de cerca—, Efraín Martínez Platero, Rodolfo Wolf, entre otros clandestinos.

—¡Esto ya se pasa de castaño oscuro! —Pepe acababa de confirmar el dato de que Amodio había sido interrogado por el jefe de Inteligencia militar, Ramón Trabal, cuando estuvo detenido en febrero, y que se lo había ocultado tanto a él como a Zabalza.

Mientras enjuagaba un vaso en la pileta de la cocina, recordó la información proporcionada por el tupamaro Diego Picardo, de una vez que estaba detenido en el cuarto piso de la cárcel Central, por agosto de 1970: «*Vino un milico y me alertó, me dijo que no confiara en Amodio porque hablaba mucho*», había narrado Picardo.

Desde entonces, ni huellas de las libras de Mailhos que Amodio debía tener escondidas.

«¿Y el rollo de fotos?», se preguntó Pepe mientras se servía agua en el vaso limpio: «¿Dónde habrán ido a parar esas fotos de los compañeros?».

—¡Qué extravío ni extravío! —soltó entonces, luego de sorber un largo trago cristalino.

—¿Qué? —preguntó Martínez Platero al entrar a la cocina.

—Nada, hablo solo como los locos…

—¡Viejo, y loco! —lo pinchó el joven.

—¡Completito! —repuso Mujica.

Son noches de reuniones con los «viejos» en un local al que llaman el Papagayo, una fonda ubicada en la calle Martín García y Porongos, a unos pasos de la fábrica Alpargatas del Uruguay, a dos cuadras del Mercado Agrícola y a cinco del Palacio Legislativo. Muy cerca también de la «cárcel del pueblo» donde mantenían secuestrado a Bardecio.

El gran movimiento de la cantina —llegaba mucha gente a comer en el restaurante popular— permitía una buena cobertura para quienes se reunían en el fondo: unas piezas de los encargados del boliche que tenían acceso a las cloacas.

Pepe mantuvo unos primeros encuentros con Sendic, Rosencof, Marenales; también estaban Engler, Wasem y Efraín Martínez Platero. Tras la caída de Huidobro y la muerte de Candán, los «viejos» decidieron que debían reasumir la dirección y además reorganizar un comando general.

—¡Nos están golpeando por todos lados! —lanzó Mujica.

—Nos están arrasando —acotó Marenales.

—Sí, pero no estamos derrotados —repuso Sendic—; tenemos que replegarnos y reorganizarnos.

—Bebe, yo acompaño —afirmó Mujica—, pero para eso tenemos que ganar espacios combatiendo en la calle y así permitir la retirada estratégica para reagruparnos…

Marenales negaba con la cabeza.

—Hay gente en la base que reclama este tipo de resistencia pero yo no veo ánimo de combate en los cuadros intermedios —planteó a secas.

—Tenemos que intentarlo —dijo Sendic. Los más jóvenes: Engler, Wasem, Efraín, asentían…

—Pongamos todo, entonces —se sumó Marenales.

—Es la hora de la verdad —apuntó el Ruso.

—¡Fuerza, compañeros! —alentó Pepe.

Manera no se encontraba en la reunión pero se mostró de acuerdo. Zabalza también estaba dispuesto a echar el resto…

Pepe y los demás viejos, así como también estos jóvenes que se habían ganado un lugar de relevancia en la organización, estaban mostrando la hidalguía del guerrero, que aun sabiéndose en las últimas, resiste al lado del primer comandante, y ese era Sendic. Por más que Amodio no lo quisiera reconocer…

Pepe logró volver a la casa de la calle Manuel Haedo, y esa noche cenó con «Ernesto».

Hablaron de lo «dura» que estaba la calle, con las detenciones de miles de personas en la frenética búsqueda de las Fuerzas Conjuntas, que procuraban desmantelar al MLN; llegaban noticias de la crueldad militar, de la tortura sistemática. Tanto Pepe como Amodio sabían lo que les esperaba si llegaban a ser detenidos. Mujica prefería saber si alguien no estaba dispuesto a soportar ese tipo de agresiones, al menos a intentarlo bajo el compromiso revolucionario que algún día había asumido. Pepe consideraba que la honestidad ante los compañeros, admitir que uno estaba por aflojar, era humano, y que tal franqueza valía mucho para la organización.

—Yo prefiero siempre al compañero que se mira al espejo y sincerándose dice: «*la mano viene dura, yo no lo aguanto*» —soltó Pepe sobre la mesa.

Parecía un comentario al pasar. Amodio no se dio por aludido.

—Las cosas no se están haciendo bien —dijo como pasando a otro tema.

—¿Qué cosas? —preguntó Pepe.

—No sé, me parece que tendríamos que reconsiderar algunas cosas.

—¿Cuáles?

—La conducción, qué sé yo…

Amodio no era preciso en sus palabras, parecía dar rodeos, como buscando decir algo que al final se callaba. Pero esa noche, quizá, pensó en aquello de mirarse al espejo y sincerarse…

Pepe, Sendic, Marenales y Engler se volvieron a reunir.

—Amodio habla de un cambio de conducción —dijo Pepe.

—Yo creo que el señor Amodio Pérez no quiere más nada —espetó Marenales.

—Ha sido un buen luchador, un «viejo» compañero —a pesar de haber presentado un informe en su contra, a Pepe le costaba ser tajante con Amodio—, eficiente en la función que se le encomendó…

—Sí, pero no quiere nada de nada, Pepe —Sendic y Marenales daban en el clavo y Mujica lo sabía.

En la casa de Villa Dolores está encendido el televisor a la hora del informativo: las imágenes muestran a cuatro soldados muertos dentro de un *jeep*. Aparecen dos en los asientos delanteros y dos en los traseros, todos recostados hacia su izquierda, y uno con mate y termo sobre las piernas.

—Fueron asesinados a sangre fría —dice el presentador de noticias.

Era el día de las Fuerzas Armadas, 18 de Mayo, y los soldados se encontraban apostados como vigilancia de la casa del comandante en jefe del Ejército, Florencio Gravina.

—¿Vigilaban tomando mate? —largó Mujica.

—Esto no se lo cree nadie —apuntó el joven Rodolfo Wolf.

Pero no fue así. Gente del barrio desplegó una bandera uruguaya y cantó el Himno Nacional cuando la ambulancia se llevaba los cuerpos de los soldados. La campaña de prensa removía a los espectadores que además vivían a diario el temor de andar por las calles y encontrarse de pronto en medio de un tiroteo o detenidos por las «fuerzas del orden». En todo caso, comenzó a palparse un apoyo de ciertos sectores, en todos los barrios, hacia las Fuerzas Armadas: los tupamaros habían dejado el traje de Robin Hood para convertirse en los malos de la película…

El atentado contra la casa del general Gravina había sido decidido por la dirección del MLN en el marco de las operaciones de combate y represalia —un llamado de atención para que la represión actuara con más cautela— que permitieran el repliegue y la reorganización de los guerrilleros.

Los tupamaros argumentaron que se trató de un tiroteo, donde quienes se enfrentaran podían matar o morir. Fuera verdad o no, el gobierno ganó la pulseada,

despareja por cierto, pues este tenía el poder absoluto sobre los medios masivos de comunicación, luego de emitir una «*Orden de Seguridad*» que impedía criticar las decisiones u operaciones emprendidas contra la «*subversión*» e informar de cualquier acción guerrillera o militar que «*no proceda de fuente oficial*».

Mujica se levantó muy temprano a la mañana siguiente: se lamentaba por la pérdida de terreno respecto del convencimiento de las masas que hicieran posible una revolución. Golpeados, diezmados por el poder del enemigo, en medio de una realidad adversa, sus sueños seguían allí…

Fue entonces que Amodio le preguntó si podían hablar.

—Sí, claro —respondió Pepe, y lo invitó a sentarse a la mesa.

—Lo estuve pensando bien…

Mujica aún esperaba cierta lealtad de parte de Amodio, pero la personalidad del «Ernesto» tupamaro le impedía mostrar sin remilgos sus ganas de marcharse de un Uruguay de lucha feroz y avasallante contra los tupamaros.

Luego de renovar sus críticas contra la conducción del MLN, contra la marcha de las acciones y de los planes a concretar, Amodio fue al grano:

—Creo que me puedo encargar de «La Guacha» —le dijo a Mujica.

—¿Irte a Chile?

—Sí, puedo reorganizar bien la resistencia desde allá…

Eso era «La Guacha»: la columna del exterior, en el Chile de Salvador Allende, considerada la retaguardia de la organización. Todos los tupamaros que salían del país luego de la cárcel, o por otras razones vinculadas al mundo de la guerrilla, se cobijaban en ese país con un gobierno de izquierda.

—Bueno, esta noche lo planteo en la dirección —respondió Mujica.

Pepe consideraba acertada la salida de Amodio del país, porque podía llegar a flaquear a la hora de ser detenido. Pero además Mujica valoraba que, aun a su manera, vanidosa si se quiere —pedía el mando de La Guacha—, Amodio le había podido expresar que se quería retirar del frente de batalla: «*Aquel que discrepa con todo es porque en el fondo ya no quiere nada y necesita armarse un mundo que le ayude a justificarse, a buscar algo que le permita no mostrarse ante los demás como un derrotado, o lo peor, no sentirse un traidor*», reflexionó Mujica aquella tarde, en silencio, junto al mate, mientras escuchaba el repicar de la lluvia en los patios.

Amodio estaba callado, en un rincón del comedor.

La aparente calma duró poco:

—¡Los milicos! —se escuchó la voz de alerta.

—¡Rápido, todos al caño! —ordenó Mujica. Y fueron entrando en las cloacas.

Con las aguas servidas a los pies, pisando cucarachas y espantando ratas que

chillaban al paso de los tupamaros, fueron dejando atrás Villa Dolores para cruzar por debajo del barrio La Mondiola. Se dirigían al sur, hacia la zona de Pocitos, cuando la lluvia se intensificó: ahora debían remar entre la mierda que por momentos les llegaba a la cintura, hasta lograr salir a caños mayores, los que corren bajo el pavimento de las avenidas.

Mujica pidió que abrieran una tapa para llegar a la superficie, pero cada vez que un tupamaro asomaba apenas la mirada a ras de la calle, veía piquetes de militares. Aun cuando encontraron una salida menos riesgosa —a la vuelta de una «pinza» de soldados—, era difícil hacer emerger a todos sin llamar la atención. Los movimientos de la Negra Alicia Rey estaban condicionados pues llevaba un brazo enyesado y una pierna muy débil, apenas rehabilitada de las fracturas, porque hacía unos meses la moto en que viajaba había sido embestida de atrás por una camioneta.

—¡Así no podemos seguir! —dijo Mujica y apretó los dientes. El resto lo rodeaba, esperaba a que hablara:

—¡Ustedes dos, suban y vayan al Papagayo, por apoyo! —su voz retumbó.

Amodio y el Mojarra Wolf no lo dudaron: treparon y salieron a la calle.

Pepe siguió con el resto del grupo. Caminaron a favor de la correntada de excrementos, y unos minutos después sintieron el movimiento de los soldados que corrían, abrían las tapas y los ametrallaban…

—¡Cuerpo a tierra! —los tupamaros se aplanaron contra el piso de mierda.

—¡Tiren, tiren! —ordenaba Mujica mientras repetía sus disparos—. ¡Busquen refugio!

Un caño más chico les permitió cobijarse por un rato. Pero no se podían quedar allí, eran carne de cañón. Al remprender la marcha, vieron asomar unas linternas y una nueva ráfaga los obligó a retroceder.

—¿Estás bien? —Mujica corrió hacia una compañera que había caído herida.

—Me dieron en el culo, no es nada —dijo Susana—. Puedo seguir…

—¡Vamos, compañera, vamos!

Al llegar por un caño a la rambla, y ya cerca de la punta rocosa que divide la playa de Pocitos del puertito del Buceo, los tupamaros vieron nuevas luces a su frente.

La Negra se adelantó entonces y gritó:

—¡No tiren, no tiren, que me entrego, soy Alicia Rey!

Pepe abrió los brazos para atajar a los demás, que apuntaban hacia el frente con sus armas pero no disparaban.

—¡Síganme! —ordenó, y reanudaron la marcha.

Los militares no los persiguieron y el grupo logró escabullirse por un conducto lateral: tuvieron que rampar por un caño chico, donde decidieron quedarse escondidos.

Desde el Papagayo habían salido a buscarlos por las cloacas, pero sin éxito. Cuando a la fonda llegó la noticia de que Alicia Rey había sido detenida, Amodio se

desmoronó.

Pepe y su grupo pasaron toda la madrugada en el caño: la lluvia caía con furia.

Al amanecer el agua había amainado, y la cloaca se esbozó, mohosa, con un poco de claridad.

Pensó en su madre: «*Vos naciste un día nublado y muy húmedo, Pepe*».

Sonrió: estaba cumpliendo 37 años.

Por las catacumbas anduvieron hasta la nochecita, cuando lograron salir por una bocatormenta de la calle Scoseria, en Pocitos.

—¡Ahí mismo! —dijo Pepe.

Y «apretaron» al dueño de la primera camioneta que pasó por el lugar.

Un rato después, Pepe llegó al Papagayo y contó lo sucedido.

—¿Qué hacemos con Amodio? —Mujica lo acababa de ver derruido.

—Darle la baja —afirmó Sendic, sin vueltas.

Todos coincidieron en que Amodio no podía encargarse de la columna del exterior. Pero la decisión de Sendic fue tajante: la baja significaba sacarlo del país y dejarlo fuera de la organización.

Los demás aceptaron y el encargado de darle la noticia fue Mujica:

—Tengo que hablar contigo…

Amodio, deshecho en espíritu, guardó el secreto de su expulsión. La dirección también: debía esperar a que le falsificaran nuevos documentos para viajar al exterior. Pero estaba claro que no quería dejar a su compañera.

El tupamaro Marcelo Estefanell condujo esa noche el auto que llevó a Amodio al local donde iba a quedarse hasta que obtuviera la documentación para salir del país. Se hospedará con Estefanell y el Mojarra Wolf en un apartamento a una cuadra de avenida Brasil y Simón Bolivar, al que también concurrió Engler.

Amodio y Wolf se encontraban solos en el local cuando los sorprendió un allanamiento y fueron detenidos: antes de quedar en manos de las fuerzas represivas, Amodio arrancó la cortina de la ventana que se veía desde la calle, en señal clásica de alerta para quienes llegaran después.

—¡Cayó el local! —exclamó Estefanell al ver la ventana sin cortina, y se fugó.

Luego avisó a sus compañeros.

Poco después fue capturado el Nepo Wasem en un boliche de Ramón Anador y Ricaldoni.

Los tres detenidos se juntarán en el Batallón Florida.

Al menos desde el mes de abril las Fuerzas Conjuntas fueron descubriendo con cierta eficacia locales y tatuceras en algunas zonas del país rural y suburbano. Pero a partir del 9 de mayo, fecha en que se registró la detención de Mario Arquímedes Píriz Budes, alias Tino, los escondites subterráneos de los tupamaros en el interior del Uruguay fueron cayendo como en cascada.

Tras la captura de Héctor Amodio Pérez, alias Ernesto, comenzó la debacle del MLN en Montevideo…

29

El refugio de la compañera

Vestido con traje militar, el otrora tupamaro Amodio Pérez recorría la ciudad en un *jeep* de las Fuerzas Armadas señalando locales del MLN y delatando a excompañeros, que terminaban encapuchados en la sala de torturas, donde él mismo dirigía los interrogatorios.

Al menos una decena de guerrilleros debieron huir por las cloacas del Papagayo y permanecer escondidos bajo tierra porque había llegado Amodio con las fuerzas represivas.

—¿Dónde están? —Amodio encerró en el baño a un trabajador de la cocina que daba cobertura a los tupamaros y al que se le conoce por el Piloto—. ¡¿Dónde están, te digo?!

—¡Sos un traidor, hijo de puta!

El Piloto recibió una patada en la boca e innumerables golpes en todo el cuerpo. Se lo llevaron al Batallón Florida donde sufrió la tortura y una total incomunicación, pero Amodio se quedó sin saber dónde estaba la dirección del MLN.

Los militares lanzaron gases por las bocatormentas cercanas al Papagayo y varios de los tupamaros que allí se escondían terminaron desmayados. Los que recibían el aire fresco por estar más cerca de otros respiraderos corrieron para ayudarlos; en el caño seco, donde rara vez llegaba el agua a pesar de las lluvias —de acuerdo con el relevamiento del Plan Gardiol, dirigido por Manera—, los guerrilleros escondían armas, víveres, ropa, botas, frazadas, botiquines con instrumental médico y material esencial para socorrer a los heridos.

Amodio creía que la dirección del MLN se había refugiado en la cloaca, pero no fue así: mientras Sendic emprendía la marcha camuflado como un viejo, Pepe, vestido de overol se fue por las calles como en otros tiempos, pedaleando en bicicleta. Marenales y Engler también se perdieron entre las calles oscuras de la Aguada.

El extupamaro delator había hecho un acuerdo con los militares. Cuando se encontró solo, mano a mano con quien dispondría la tortura, no dudó en facilitarle las cosas al oficial del Ejército.

—¡Un momentito! —le dijo, muerto de miedo, pero sin perder el aire pedante—. Esto se puede arreglar…

—Bueno, bueno —el oficial sonreía y se acariciaba la mejilla recién afeitada—, creo que sos un tipo inteligente, Amodio, muy inteligente.

—Lo sé.

Entonces selló el pacto con el teniente Armando Méndez: colaboraría con los

militares a fin de que dieran con la cárcel del pueblo, y para que lograran detener a la dirección del MLN, esa que acababa de expulsarlo del movimiento. E incluso se prestó a brindar información detallada sobre locales clandestinos y militantes que figuraban en un listado del recién creado Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversivas, nombre formal de la despiadada organización —le llamaban «la OCOA»— que comenzaba a bosquejar sus «infiernos» contra la humanidad.

—Muy bien, Amodio, muy bien —lo ensalzaba Méndez, oficial de OCOA.

—Pero a cambio de mi libertad y la de mi compañera Alicia Rey —lanzó Amodio, y añadió—: salida segura a un país de habla hispana y dinero para sobrevivir los primeros tiempos…

Méndez le sonrió.

En otra habitación, Wolf soportaba la tortura hasta límites insospechados:

—No lo pasen, no lo pasen —pidió Amodio.

Era su salvoconducto, no podía morir, pues el Mojarra sabía dónde quedaba la cárcel del pueblo en la que los tupamaros tenían secuestrados al presidente de UTE, Pereira Reverbel y al exministro Frick Davies.

Al borde de un ataque cardíaco, Wolf fue dejado descansar por un rato. Después fue llevado a un calabozo, donde también condujeron a Nepo, luego de haber pasado por la picana. Entonces llegó Amodio:

—¡Hermano, hermano! —se le acercó a Wolf. El Mojarra no podía ni hablar, solo temblaba.

Al cabo de unos minutos, Amodio le presentó la idea de entregar la cárcel del pueblo para evitar el derramamiento de sangre de muchos guerrilleros.

—No, yo no puedo…

—Ellos ya saben la característica del número de teléfono de la cárcel —esgrimió Amodio—, es cuestión de horas…

Nepo asentía, quizá en un debate consigo mismo. Pensaba en la familia con niños que daba cobertura a la cárcel del pueblo. Mientras su cuerpo recibía choques eléctricos le habían lanzado que tenían «la característica», y escuchó esos primeros números o en el trance del *shock* le pareció escuchar esos números que eran sí los de la zona de la cárcel del pueblo. Entonces, ¿si era cierto que estaba por caer, qué pasaría con los compañeros y sus hijos?

—No hay tiempo —insistió Amodio—. Cuando allanen va a ser una masacre. Podemos evitar que mueran muchos compañeros y hasta frenar la tortura si les entregamos los «chanchos» con vida.

Wolf había visto a Amodio arrancar la cortina del apartamento para proteger a otros compañeros. Quizá ese hecho le hizo confiar una vez más en uno de los fundadores del MLN. El Mojarra cedió, los tres se pusieron de acuerdo.

Amodio se hizo de los datos que necesitaba…

El 27 de mayo, las Fuerzas Conjuntas acompañadas por Amodio llegaron a la casa de altas puertas y garaje a la vereda, ubicada en Juan Paullier 1190, casi Charrúa. Hasta allí también fue llevado Nepo: pensó que su presencia junto a la de Amodio podía evitar que sus compañeros, los que custodiaban a los cautivos, cumplieran con la orden que el MLN había dispuesto para casos de allanamiento de una cárcel del pueblo: «*matar a los secuestrados*». Si eso pasaba, se desataría la masacre…

Wasem decidió dar la cara. Golpeó y le abrieron, mientras Amodio esperaba en la vereda junto a los militares.

Bajó hasta el berretín donde estaban los secuestrados. Y luego de un buen rato convenció a los tres tupamaros que vigilaban a los prisioneros de que lo mejor era entregarse, sin que nadie fuera muerto ni herido.

La «cárcel del pueblo» cayó: Pereira Reverbel y Frick Davies salieron con vida. Todos los tupamaros detenidos pasaron a la tortura, la misma que se mantendría sobre Wasem y Wolf.

A Amodio —libre de esos tormentos— le quedaba por cumplir el resto del pacto con los militares…

Ya no había más locales seguros. Pepe decidió rearmar un grupo pequeño y salir hacia la zona noroeste de la ciudad. A solo un par de pedaleadas de su vieja casa de la calle Simón Martínez —que ahora se llamaba Luis Batlle Berres, en honor a su vecino—, Mujica se internaba en los montes para pasar la noche.

Durante el día saldrá a establecer contactos y a realizar pequeñas acciones que contribuyan a aguantar el repliegue al que se veía obligado el MLN. En estos momentos lo más importante era conseguir documentación para los clandestinos, algo esencial a fin de moverse en la ciudad abarrotada de pinzas policiales y militares, y para que otros pudieran escapar hacia el exterior, donde perduraba el sueño de reorganizar el movimiento guerrillero con la idea del contragolpe.

Sendic quería un destacamento de no más de veinte guerrilleros en Montevideo:

—El resto al exterior —apuntó Marenales.

—Y a algunos lugares-alcancía que todavía tenemos en los montes —Sendic los ubicaba en el interior.

Pepe se quedó pensando en su pequeño monte: estaba preocupado por algunos compañeros que allí lo aguardaban y a los que había visto con la salud diezmada.

—¿Y vos qué vas a hacer? —le preguntó luego a Sendic.

—Yo, luchar como vos, como hasta ahora.

—No le saqués el culo a la jeringa —le espetó Marenales.

—Te tenés que ir Bebe, ya te lo dijimos —Mujica le apretó el hombro mientras le hablaba como a un hermano—. ¡Vos sos un símbolo del MLN! Vos desde el exterior,

pase lo que pase acá, mantendrías viva nuestra lucha…

—Sí, claro, y qué pasa si me agarran como huyendo: el símbolo que abandona a sus compañeros, políticamente sería un desastre…

—Tendrías que intentarlo, Bebe —le pidió Pepe.

—No, no, me quedo acá peleando con ustedes.

—Es terco como él solo —Marenales no faltaba a la verdad.

Al volver al monte, Pepe confirma que los días y noches de cloacas han dejado secuelas en varios de sus compañeros y decide pedir un auxilio especial: en la ciudad de La Paz recibe, una vez más, el cobijo de una familia amiga.

—¡Pasá, Pepe, pasá! —dice doña Herminia con aire de madre—. ¡Vamos entren todos!

—¡No sé cómo agradecerles! —Pepe se emociona.

—¡Dejate de cosas, Pepe, que acá estamos para ayudar! —Erro se sienta a conversar con los muchachos, que han podido bañarse luego de varios días, y ahora toman café y comen pan como si nunca lo hubieran probado.

—Así que Amodio —se sorprende Erro—, ¡es de no creer!

—Pensar que venía todos los martes a comer a casa —recuerda doña Herminia—, y su compañera…

—Alicia Rey —aclara Pepe.

—Sí, esa.

—¿Ella también? —Erro parece darse cuenta de la obviedad.

—Suponemos, sí.

Pepe sorbe el café y recorre la casa con la mirada: ¡cuántos recuerdos!

Durante la charla le cuenta al anfitrión que el Flaco David —quien alguna vez también recibió el calor de esa casa de La Paz— había logrado salir hacia Chile.

—Ahora, duerman muchachos, que les hace falta —les dice Erro.

El *living* que tantas veces se usó de sala de reuniones políticas ahora es un dormitorio atiborrado de tupamaros.

Al otro día, en las cuerdas del fondo, aparecen hileras de pantalones, camisas, buzos…

—Pobre, María Herminia, se la pasa lavando —comenta la vecina de enfrente, ajena a las circunstancias.

En la pileta de hormigón, donde Herminia friega, la ropa queda en remojo por las noches: la mugre de las cloacas es rebelde.

Pepe prefiere que en la casa de Erro se queden algunos compañeros y él vuelve al monte junto con otros que se van sumando en el repliegue…

El 2 de junio, los tupamaros deciden liberar a Bardecio. Existe un plan para que la aparición del agente del escuadrón cause cierto revés al gobierno.

Bardecio hace contacto con el diputado Gutiérrez Ruiz y este lo cita en el Colegio

Seminario, donde concurren varios políticos a oír qué tiene para decir el liberado. El agente confirma allí lo dicho a los tupamaros y pide no quedar en manos de la policía por temor a que lo maten. El ministro de Defensa Nacional, Enrique Magnani, se compromete a brindarle seguridad.

El MLN supuso que la confesión ante políticos de todos los partidos, incluidos los del gobierno, haría explotar el tema en el Parlamento y que el escándalo ayudaría a amainar la embestida que estaban sufriendo los tupamaros.

El 7 de junio, el Poder Legislativo recibe al exintegrante del escuadrón, Mario Benítez, que tras alegar haber podido alejarse de la organización, confirma las acciones criminales del aparato parapolicial y paramilitar.

En ese contexto, el diputado Terra vuelve a reunirse con el ministro Sanguinetti, para saber qué había pasado con su promesa de interceder ante el gobierno.

—El presidente Bordaberry está muy consternado —alega Sanguinetti— y quiere hacerle saber que deplora las acciones de este escuadrón, y que ya se han tomado las medidas pertinentes para que esto no ocurra más.

—Pero entonces ¿cómo es que una cosa que ustedes dicen que son fantasías mías, que no existieron nunca, según sus propias palabras, cómo es que saben entonces que una cosa que no existe va a dejar de existir? —inquiere Terra.

—Si esto ha existido o no, el presidente no lo sabe ni va a dar su opinión —el diputado se la había puesto difícil al ministro—, pero puede decir que no va a existir más.

—Vamos a dejar de lado cómo es eso de que no sabiendo que existe, sabe que va a dejar de existir; pero le preguntaría, le pediría por lo menos que me dijera —Terra mira a Sanguinetti directo a los ojos— qué tipo de medida o disposición ustedes han tomado que lo llevan a pensar que eso no va a operar más.

—Hay personas que han sido enviadas al interior del país, alguno ha sido enviado al exterior, y otro fue embarcado y ha salido a navegar —esgrime el ministro como la gran solución.

Uno de los agentes se había ido al pueblo de El Carmen, en Durazno. Otro que había ocupado un cargo de director del Ministerio del Interior fue transferido como agregado de la Embajada uruguaya en Brasil. El capitán Nader había sido designado al frente del buque *Huracán*. Algunos serían enviados a Paraguay, pero quedaban otros…

—Esta conversación nunca tuvo lugar —trata de imponer Sanguinetti—, si usted algún día dice que ocurrió, yo voy a decir que es mentira.

—Eso va por cuenta suya —retruca el diputado Terra—, yo no me comprometo a ningún silencio.

Pepe y Erro conversan de estos temas, se ven en el fondo de la casa del legislador.

Acaban de llegar con Estefanell, ensopados. Pero el joven no sabe dónde está: Pepe lo hizo mirar hacia el piso al entrar, por las conocidas razones de seguridad del cantón en el que se ha convertido la casa de Erro.

La tormenta los había sorprendido cerca de avenida Garzón y camino Ariel, en el barrio Sayago.

—No, no —dice Pepe—. No podemos seguir así…

Estefanell lo mira, pues no sabía adónde ir.

—Hay que secarse y dormir bien. Estefanell sonríe, piensa que se trata de una broma.

—¡Dale, subí! —Mujica golpea el cuadro de su vieja Peugeot.

El joven accede, algo despistado…

—¿Adónde vamos, viejo?

—No importa, todavía falta un rato.

Mujica pedalea diez kilómetros bajo agua con el joven sentado en el cuadro. Conserva la fuerza del ciclista, que el compromiso con la causa inflamó.

La casa de Erro tenía inmunidad parlamentaria: un allanamiento resultaba impracticable desde el punto de vista legal —algo que parecía no importar demasiado —, pero además un hecho de esa naturaleza sería centro de un escándalo en el Poder Legislativo, lo que el gobierno sí quería evitar.

Aun así, una mañana el panadero de la esquina, Roberto Varela, puso en alerta a la esposa de Erro.

—Doña Herminia, venga un poquito para acá, que me gustaría hablar con usted —le pidió Varela.

—Bueno, cómo no… —Herminia fue hacia el otro lado del mostrador y dio unos pasos detrás de Varela hasta llegar cerca del horno de pan.

—Sabe una cosa —el comerciante la miraba con preocupación—, le quiero avisar que anoche yo estaba cerrando la panadería, eran como las nueve y pico, cuando paró un auto, largo, de estos lujosos, y se bajó un tipo y me dice: «Usted es el panadero». «Sí», le digo, «pero no me queda ni un pan».

El panadero revivió entonces el diálogo que se produjo a partir de ese momento.

—No, no, no. Yo no vengo por pan —le aclaró el hombre de traje y mirada recia —. ¿Usted conoce a la señora de Erro?

—Sí, cómo no la voy a conocer, vive acá nomás, es clienta de acá…

—¿Cuánto pan compra?

—Ah, mire… ¿la señora de Erro?: cuatro pancitos y un cuarto kilo de galleta marina, es lo que lleva todos los días…

Era verdad, doña Herminia no había dejado de comprar lo de siempre. Pero una empleada de la casa de Erro aparecía todas las mañanas con un kilo y medio de pan comprado en otra panadería, algo lejana. Y Lucotti, un amigo de la Unión Popular que le manejaba el auto al senador —Erro no sabía conducir—, llegaba desde su barrio, Sayago, también con una bolsa de pan.

—¿Nada más que eso compra? —repreguntó el hombre con perspicacia casi

amenazante.

—No, nada más —respondió el panadero.

—Bueno, gracias —fue la seca despedida.

—No hay de qué —el panadero se lo quedó mirando y se animó a preguntar—: ¿Usted es…?

—Sí, soy coronel —respondió lacónico el militar—. ¡Buenas noches!

El oficial cerró la puerta del auto, que arrancó lento, giró en la esquina, para pasar frente a la casa de Erro. Había luces encendidas, como en todas las casas de la cuadra a esa hora…

Cuando el panadero terminó el cuento, doña Herminia le agradeció, pero no agregó palabra a la conversación. Al volver a su casa contó lo sucedido a los jóvenes tupamaros. Pepe se encontraba allí.

—¡Tamos quemados! —se alarmó Mujica.

—¡Pah!

—¡Hay que irse! —decidió—. Pero ¡ojo!, acá tenemos que dispersarnos: todos juntos, no.

Se reunieron a deliberar por algunas horas, tratando de establecer los mejores destinos para cada uno. Por la noche, Pepe se abrazó con Erro y con María Herminia.

—¡Hasta me voy de pinta! —bromeó mirando su ropa limpia.

Salió al patio y respiró profundo, mirando su entorno: «*Esta casa es un templo*», sintió.

Había llegado el diputado Martínez Gallinal y se puso al volante. Si lo paraba una pinza militar pensaba mostrar su carné de legislador. Y comenzó a sacar tupamaros escondidos en el auto.

Lo mismo ayudaron los diputados Jorge Durán y Luis Imas, repartiendo guerrilleros por aquí y por allá. Algunos partieron rumbo a Colonia, otros hacia Carmelo, adonde Pepe le hubiera gustado volver como en otros tiempos…

Aunque las relaciones con su familia materna no andaban bien.

Las noticias de los permanentes robos tupamaros cundían por aquella ciudad. Y se le atribuyó a Pepe haber llegado en una moto para asaltar un banco local: «*Uno de los principales facciosos buscados por las Fuerzas Conjuntas es José Alberto Mujica Cordano*», leía el locutor en la radio. Y el apellido «manchado» repicaba en los oídos de sus familiares de la Colonia Estrella, en especial en los de su tío Lulo, que seguía viviendo en la casa vieja.

La gente lo comentaba por lo bajo. Lulo percibía el cuchicheo de las viejas cada vez que se arrimaba al pueblo: «No tendrán otra cosa que hacer», refunfuñaba. Ya estaba harto…

Doña Dora, la viuda de Angelito Cordano, aquel tío preferido de Pepe, se acercó una tarde a su cuñado, y le preguntó:

—¿Y qué me dice de Pepe, Lulo?

—Mejor si se hubiera muerto —cortó don Lulo.

A la tía Mica se le cayó un plato de las manos cuando una tarde de 1970 escuchó en la radio lo que le estaba pasando a su sobrino, a aquel niño —nunca dejó de verlo con pantalones cortos— que ella adoraba, y al que ahora le llamaban «subversivo» o le atribuían otros calificativos por el estilo: «*El sedicioso José Mujica Cordano, herido hoy en el bar La Vía, se debate entre la vida y la muerte*».

Ahora la casa de la Ruta 1 vieja —en Rincón de la Bolsa, departamento de San José—, que Mica compartía con su hermana Cata, estaba rodeada de militares colgados de los eucaliptos, que esperaban capturar al «*terrorista*». Buscaban a su sobrino, y ella no sabía nada de él, solo rezaba por que estuviera vivo.

A menos de veinte kilómetros de allí, entrando a Montevideo, Pepe instalaba una especie de diezmado cuartel general, al solo resguardo de los árboles, de la naturaleza.

Sintió que debía quedarse a luchar en la capital y eligió moverse entre los parajes agrestes del parque Tomkinson y las zonas suburbanas del oeste y noroeste de la ciudad, lugares que bien conocía.

Ya no había columnas posibles. Mujica era comandante en un aparato que se armó con «pedazos» que aún sobrevivían del movimiento:

—¡Somos los «*30 o 40*»! —reafirmó Pepe.

Así se denominó a este aparato que operaba en Montevideo, en paralelo a la acción de algunos grupos para «tareas especiales».

En la oscuridad del monte, se dividían pequeños grupos dispersos: en general de a tres, cada cincuenta o cien metros. Algunos no se conocían las caras, llegaban allí por las noches —de ser posible con algún bocado en el estómago—, a dormir si se podía. Con turnos de vigilancia de dos horas, trataban de pegar un ojo.

El frío carcomía los huesos.

—¡Viejo, viejo, no siento las piernas! —Estefanell dormía dentro de uno de los tubulares de nailon, frazada y trapo que habían armado para tratar de soportar el frío bajo los árboles.

—¡Tomá un trago, tomá! —Pepe le metió el pico de la botella de grapa en la boca y se puso a masajearle las piernas, hasta que el joven comenzó a sentir pinchacitos cada vez más frecuentes y pudo mover los dedos de los pies.

Al caer la noche, el viejo compartía alguna longaniza casera o llegaba con chorizos que conseguía en chacras o almacenes amigos de los alrededores. Pan tampoco faltaba, a veces duro, de dos o tres días, pero ayudaba a engañar el estómago. Grapa y caña, cuanto más vieja, mejor.

Como era lógico, la fogata estaba prohibida: antes de calentarse las manos les llegaría el fuego de las metralletas policiales o militares.

Pepe conversaba con los más jóvenes y les daba ciertas pautas de resistencia, pues de eso se trataba entonces, de resistir todo lo posible. La organización se resquebrajaba: todos los días se enteraban de las detenciones de diez, de veinte…

—Compañeros, nuestra situación es muy difícil: cualquiera de nosotros puede caer en cualquier momento, ustedes ya lo saben. Yo solo les pido que, llegado el momento, traten de aguantar cuarenta y ocho horas…

Los jóvenes miraban a ese viejo de 37 años y lo escuchaban como a un abuelo sabio.

—Esto no es cuestión de héroes, es cuestión de supervivencia, y de amor por el compañero: en esas cuarenta y ocho horas la noticia de un compañero detenido habrá corrido de boca en boca y así se podrán desalojar locales, levantar campamentos, salvar muchas vidas…

—¡Hay que aguantar y chau! —dijo uno de los jóvenes que aún no conocía la picana.

—No es tan fácil, compañeros. Ya varios de ustedes saben lo que es la máquina, otros no… Hay formas más inteligentes de resistir que con la fuerza del cuerpo…

El enigma de sus palabras apuntaba al consejo aprendido de los viejos «gambusas» que Pepe conoció en el Cerro, en La Teja, en la cárcel:

—Hay que mentir, mentir en todo, hasta en el nombre, inventar un contacto, conducir a los milicos a lugares errados…

—¿Y después? —más que una pregunta era la afirmación de que luego sobrevendría una nueva tortura.

—Después, seguir resistiendo…

—Seguir mintiendo —dijo una joven recostada contra un árbol, con su pelo corto y su nariz operada, seria y de voz firme, dulce a los ojos de Pepe, su responsable militar.

La mirada los congeló de tibieza. Al rato se fueron quedando solos, y la convidó con grapa.

Ella tenía las manos heladas, él las sintió como escarcha en el vidrio de la botella.

Los habían dejado solos, y ahora la ansiedad y el miedo vagaban entre los árboles.

Recostaron la cabeza sobre un piso de hojas de eucaliptos, y estirados, uno al lado del otro, con las nubes de invierno viajando lejos de las ramas, al fin él descubrió una estrella.

—Para mí no es la primera —bromeó ella con su historia de cárcel y fugas.

—Es una muy linda, como aquella…

—Estás un poco cambiado —le insinuó mirando al cielo.

—¿Y vos? —se rieron.

—Yo fui la que te hice el documento.

—¿Aquel? —Pepe mantenía la sonrisa.

—José Antonio…

—Mones Morelli.

—Ese mismo.

—Con razón me agarraron.

—No seas malo, que estaban de primera —lo pellizcó.

—Estaban, sí —Pepe irguió apenas la cabeza para tomar otro trago.

—A mí sí que me jodieron con los documentos…

—Sí, algo supe.

—Ah, ¿sabías? —parecía sorprendida. Se apoyó sobre el codo y se volvió hacia Pepe.

—Claro, te vi en los diarios —la recordó—, de pelo largo, largo y negro…

—Como antes —en esa posición que a Pepe lo hacía suspirar, se acarició sus hebras lacias más allá del cuello, prolongándolas con sus dedos—; me gustaba mi pelo largo…

—A mí también, mucho.

—Pero ahora… —se quedó en silencio.

—Ahora me gustás más que nunca…

Y al fin la besó.

Esa noche, Pepe y Lucía se sintieron más fuertes. Y la siguiente. Y la que llegó después. Porque eran tiempos de matar y morir, y quizá por ello también, de amar con el alma y con la vida. La pasión, el calor de dos cuerpos unidos contrarrestaban la helada intemperie, el miedo que rondaba entre los eucaliptos. Cada noche podía ser la última, quizá la última para siempre, y el saberse juntos, aun en la muerte, les regalaba vida, un poco más de vida.

Pepe lo reflexionó una noche, y se dio cuenta de que no había mucho para razonar: «*los hombres se enamoran de las mujeres, las mujeres de los hombres, el mundo está hecho así. Si lo intelectualizamos demasiado, perdemos la poesía de la vida*», le dijo a Lucía.

«*En el peligro, en la inseguridad* —pensó luego—, *a los hombres se nos multiplica más la necesidad del amor, tal vez por una instintiva razón de seguridad. Es una manera de querer la vida. La compañera es un refugio… y viceversa*».

— 30 —

El «error imperdonable»

Caía la tarde de un día bien invernal. Estefanell pasaba por un bar de avenida Italia y Centenario, cuando los vio: eran tres, y uno no podía, pero sí, estaba allí…

Esa noche llegó agitado al campamento y buscó al comandante:

—¡Ulpiano, no lo puedo creer, acabo de ver al Ñato sentado en una mesa con dos milicos!

Mujica lo miró, y su mueca acompañó la sonrisa:

—¡Tenemos que hablar! —le dijo, bajando la voz. En la soledad del monte, es posible oír conversaciones a lo lejos, eso lo había aprendido hacía tiempo. Se sentó recostado contra un árbol y le explicó a su compañero qué estaba pasando:

—¿Negociación? —se sorprendió el joven.

—Sí, una negociación difícil, pero que nos puede dar tiempo…

—Yo creo que solo tiempo.

—Es muy posible.

A fines de junio llegaron al Batallón Florida tres miembros históricos del MLN: Huidobro desde el Penal de Punta de Rieles —había caído antes de la declaración de Estado de Guerra interno y fue procesado por la justicia civil—, Rosencof desde el 9.º de Caballería y Manera desde el 5.º de Artillería.

En el Florida ya estaban dos integrantes del Estado Mayor tupamaro, los detenidos Wasem y Alicia Rey —de la que aún no se tenía certeza sobre su situación, aunque las sospechas de traición le sobrevolaban—, para una reunión en la que se trataría la posible salida pacífica al enfrentamiento armado.

Del otro lado de la mesa se encontraban: el comandante del Batallón, teniente coronel Carlos Legnani, los capitanes Carlos Calcagno y Tabaré Camacho y los tenientes Sergio Caubarrere y Armando Méndez.

Así empezó la negociación preliminar. Pero fue en la noche cuando apareció la plana mayor: llegaron a negociar el comandante del Ejército, general Florencio Gravina, el de la Marina, contralmirante Juan José Zorrilla, el de la Fuerza Aérea, brigadier José Pérez Caldas, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Gregorio Álvarez, el jefe de la Región 1, general Esteban Cristi, el jefe de la Región 2, general Eduardo Zubía, el jefe de Inteligencia militar, coronel Ramón Trabal, y el segundo jefe de la Región 1, coronel Pedro Aranco.

Los generales Álvarez y Cristi habían informado al presidente Bordaberry de la negociación con el MLN. Y el mandatario, previendo que los tupamaros pedirían algo a cambio de la pacificación, y sabiendo que las fuerzas de la guerrilla estaban muy dañadas, alzó su voz con altivez, para responder:

—¡Rendición incondicional!

—Como usted diga, señor presidente.

Acababa de hablar con dos generales de matriz golpista.

De la reunión entre militares y tupamaros presos surgió el inicio de una negociación.

La situación de represión iba de mal en peor. El 13 de junio habían matado a Leonel Martínez Platero en un tiroteo en Parque del Plata, tras el cual capturaron a la que en ese momento era su compañera, Jessie Macchi. Se le notaba la panza redondeada, y hacia esa parte de su cuerpo fueron dirigidos todos los botazos, hasta que a patadas asesinaron su embarazo.

Dos días después, en un enfrentamiento en Artigas, los tupamaros terminaron con la vida del soldado Eusebio Godoy. A su vez, los militares mataron, el 16 de junio, al estudiante del IAVA Gustavo Couchet.

En el marco de su plan de connivencia con los militares, Píriz Budes hacía de guía el 20 de junio en la estancia Espartaco, para que los soldados exhumaran el cuerpo del peón Pascasio Báez, enterrado en ese lugar luego de ser ejecutado. El delator omitió —o quién sabe—, ante las Fuerzas Armadas, que participó de ese asesinato.

Con la revelación del crimen cometido por el MLN —y la saturación mediática del homicidio de este humilde peón de estancia que un día desafortunado descubrió una tatucera—, los tupamaros llegaron a su punto más bajo ante la llamada opinión pública: ahora sí se habían ganado el grito de «asesinos».

El 28 de junio, en la parrilla de torturas del Batallón Florida, se acababa la vida del estudiante de arquitectura Juan Facchinelli, alias Enrique, uno de los grandes artífices de los berretines del MLN. No delató los escondites: sabía que aún había gente a salvo en sus construcciones ocultas. Le partieron el cráneo desde la frente hasta la nuca.

Para la negociación entre militares y tupamaros se creyó necesario que un guerrillero estableciera contacto con Sendic. Ese fue el papel de Huidobro: debió entrar y salir varias veces del cuartel, escoltado por el capitán Carlos Calcagno.

Unos días después, los montes y zonas de suburbios por donde Mujica se movía recibieron al Bebe. Pepe ubicó una fábrica abandonada. Era cerca del Batallón 13 de Infantería, cuya puerta principal da hacia avenida de las Instrucciones, pero la consideraba bastante segura, quizá hasta por esa cercanía. De todos modos, apostó vigilancia hacia todas partes, con buena visibilidad a lo lejos.

Allí se reunió la dirección del MLN, ampliada por los revolucionarios de mayor peso en la organización.

Los militares querían una rendición del MLN por cadena de radio y televisión, la entrega de las armas y a Sendic.

—No piden nada —le dijo Pepe al Bebe minutos antes de la reunión—. Lo quieren con *show* y todo…

Cuando comenzó la deliberación, Sendic afirmó:

—El MLN no está derrotado. Contamos con seiscientos compañeros en el exterior, por lo que tenemos peso como para plantear una contrapropuesta seria ante el pedido de rendición que nos hacen.

De esa «*reunión del Chircal*» surgió un documento: «*Aporte del MLN para un Plan de Pacificación Real*». Los tupamaros proponen la aprobación de un «*paquete de leyes*» para la «*salida a la situación de estancamiento económico, de injusticias sociales y de lucha y odios político-sociales*». La principal aspiración es que se adopte una reforma agraria: expropiación de todas las tierras en situación actual de latifundio —una tercera parte del territorio nacional— con el traslado o regreso al campo de unas trescientas mil personas, a las que se debe otorgar casa y remuneración, y donde se hace necesario construir escuelas, policlínicas, caminería rural. Se deja la puerta abierta para la conformación de una empresa patriótica en acuerdo con ciertos sectores sociales dispuestos al entramado cooperativo.

Pretende que se cree una gran industria pesquera en el Chuy y en La Paloma, con puertos, embarcaciones de gran calado y la instalación de una planta industrial para el aprovechamiento de la pesca. Sostiene que se debería liberar a los presos políticos en el término de un año y medio, período en que se los tendría que preparar, en los predios del nuevo Penal de Libertad, para la vida en el campo. A ese trabajo también se integrarían los clandestinos, dirigentes y otras personas de la organización, sin pasar por las prisiones.

El MLN anunciaría el cese inmediato de las hostilidades una vez que las Fuerzas Armadas manifestaran que las bases propuestas eran viables. Pero advierte que el movimiento revolucionario se reserva el derecho de adoptar represalias en su defensa y que se interpretaría como una negativa a la negociación la muerte de algún compañero que no se diera en combate —el 8 de julio fue asesinado el tupamaro Aurelio Fernández— o la presión física sobre el revolucionario. Se niega la rendición incondicional y se declara que Sendic no es negociable. Si hubiera entendimiento, las armas se entregarían a una institución neutral, como la Iglesia.

—Yo no me hago muchas ilusiones con todo esto —valoró el Bebe—. No da para entusiasmarse. Pero mantener abiertas las negociaciones sirve porque aliviarnos el trato que se les da a los compañeros detenidos…

—Y ganamos tiempo para el repliegue —acotó Mujica.

—Es así —Sendic miró a Pepe y adivinó su intención—. Y antes de que me preguntes, ya te digo que no me voy nada del país, pero acepto enterrarme por un tiempo hasta que las condiciones se den para volver con todas las fuerzas que tengamos. Y si vemos que las negociaciones se van definiendo de manera favorable,

yo me repliego, y ya veremos qué papel me toca cumplir…

Mujica valoró la postura que asumía Sendic: entendió que el líder revolucionario estaba dispuesto, llegado el momento, incluso a entregarse si con ello se salvaba la negociación y la liberación de los demás compañeros…

La contrapropuesta del MLN llegó a los oficiales y también a conocimiento de todos los sectores políticos. Los militares le transmitieron a Huidobro que sería bueno negociar en forma directa con Sendic y le daban la «seguridad» de que si el líder revolucionario entraba al Batallón Florida para las conversaciones, no sería detenido.

—Es una jugada arriesgadísima —ponderó el Ñato.

—No sé qué pensar… —el Ruso dudaba.

Huidobro confiaba en Calcagno. Había salido varias veces con él a la calle y el militar sabía que el Ñato se estaba reuniendo con Sendic: «Pudo haberlo detenido o matado», pensó. Pero las intenciones de la oficialidad superior podían haber cambiado…

Decidieron transmitirle la propuesta al Bebe, y este aceptó entrar al Florida en un día a coordinar.

Cuando el Ñato volvió al Batallón, le comunicaron la nueva disposición:

—Los mandos dan todo por terminado…

—¿Cómo? —Huidobro se sorprendió.

—Queda trunca cualquier negociación por orden superior.

Ñato hizo llegar la información hacia dentro y hacia fuera del cuartel.

—¡Acá está la mano política! —aseveró Pepe en un encuentro con Sendic—. Ta bien clarito…

—Parece que no les gustó lo que pedimos —ironizó el Bebe.

—Les tocamos el latifundio y saltaron como ranas.

—Y además creo que les sentó mal que tupamaros y milicos negociaran para presionar al gobierno a hacer cambios de fondo.

—¿Reforma agraria? ¿Industria pesquera? ¡Faltaba más! —satirizó Pepe.

La columna 70 había esparcido volantes por todas partes con la contrapropuesta tupamara. Sendic se veía en forma permanente con los senadores Erro y Michelini. Así, la bancada del Frente Amplio siempre estuvo al tanto de los detalles de las negociaciones con los militares. Los blancos y los colorados tenían sus propias fuentes de información.

A mediados de julio, sin embargo, el general Cristi transmitió a Huidobro que se había decidido retomar las negociaciones porque quizá —esgrimió el oficial— pudo existir algún malentendido en el trasiego de información de la primera ronda de conversaciones.

Ahora sí que esto era sospechoso…

El capitán Calcagno le dijo a Huidobro que no confiaba en las intenciones de Cristi:

—¿Y esto? —preguntó el Ñato.

—Usala si tenés que usarla.

Calcagno lo dejó en la calle como otras veces para que estableciera sus contactos, pero ahora con una granada de mano bajo la ropa.

La dirección del MLN analizó que Cristi y su grupo de fieles, la ultraderecha y la logia de los Tenientes de Artigas —abrevadero de intenciones golpistas— estaban controlando la situación.

—Tenemos que tener cuidado —dijo Sendic—, pero si mantenemos abierta la negociación, a los compañeros les van a dar menos picana.

En los cuarteles había bajado la intensidad de la tortura, aunque los recién detenidos pasaban por esas agresiones al menos una vez.

—Sí, yo te entiendo —repuso Mujica—, pero ¡guambia! No podés meter la pata en el lazo.

—Tenés que irte, Bebe —le insistió Ñato.

—Sí, parece que sí —respondió Sendic—. Me están haciendo los documentos para irme a Chile.

Huidobro, Mujica y los demás parecieron aliviados con la noticia.

Por la noche, en medio del monte, durmiendo junto a Lucía —que vigilaba—, Pepe se despabiló sacudiendo la cabeza:

—¡Somos unos nabos, el Bebe no se va nada!

Por la tarde confirmó que Sendic solo pensaba marchar hacia el interior.

La confirmación de que el cambio de postura alegado por el general Cristi era una patraña llegó el 15 de julio, cuando los militares asesinaron al tupamaro Nelson Berreta, ejecutado en la calle, luego de ser capturado. El 23 de julio, Carlos Alvariza fue obligado a caminar encapuchado por una cornisa de más de diez metros de altura. Ya había sido torturado de mil maneras, y esta fue la última: cayó y se fracturó el cráneo.

—¡Imbéciles! —les gritó el capitán José *Nino* Gavazzo a los torturadores—. ¡Manga de incapaces! No se puede matar a alguien sin haberle sacado información…

—Perdón, señor capitán.

—¡Perdón, un carajo! —Gavazzo los golpeó y los mandó arrestar.

El pastor metodista Héctor Jurado murió en la tortura unas horas después: herida de arma blanca, una bala en la región inguinal y marcas de los tormentos que sufrió en todo el cuerpo.

La respuesta de los tupamaros llegó el 25 de julio, en Punta Gorda: a las ocho de la mañana esperaron ocultos la salida de un auto de la casa ubicada en la calle Otelo 1542, entre Rivera y Caramurú. Cuando vieron aparecer en su Chevrolet al director de la Defensa Civil, coronel Artigas Álvarez, hermano del jefe del Estado

Mayor del Ejército, Gregorio Álvarez, lo acribillaron a balazos.

Este asesinato de represalia intensificó las torturas en todos los cuarteles.

La reactivación de la guerra saca a la calle con fines represivos a los oficiales que hasta ese momento participaban de las negociaciones en el Batallón Florida con los tupamaros.

Marenales ve llegar una chanchita por la calle Larrañaga, casi Monte Caseros.

—¡Qué hijo de puta! —divisa que en el asiento delantero viaja Amodio vestido de militar.

Ya muy cerca, Marenales saca su granada —la que puede terminar con la vida de algunos de sus enemigos y con la suya propia— y la lanza… Pero el explosivo no detona.

—¡Puta que me parió!

Lo ametrallan, y queda herido en la espalda. Se lo llevan entre golpes y puteadas, pero aún herido, es imposible que hagan callar al viejo:

—¡Cagones, cagones, casi la quedan, ¿eh?! —Marenales se ríe—. Queda para otra vez…

En su campamento, Mujica se ve consternado:

—¡Esto es a matar o morir! —larga una noche.

No se trataba de una orden para su grupo sino de una reflexión personal. Así lo entendieron varios de sus compañeros más cercanos. Quienes lo rodeaban se alarmaron.

—¡Cuidado, que el viejo se va a hacer matar! —Diana recibió esa información en sus contactos con militantes «pesados» de la organización. Le habían pedido transmitir a sus compañeros que no lo dejaran andar solo a Emiliano —algunos todavía le llamaban por ese alias—, y que lo desalentaran en la vehemencia que había ganado.

—¡No hagas locuras! —le decía Lucía al despedirlo con un beso.

—¡Todavía estoy cuerdo! —mascullaba Pepe.

Lucía lo miraba alejarse —temía que esa fuera la última vez— y salía a realizar sus propias tareas.

Una tarde, Diana se preocupó cuando Mujica faltó a un contacto pactado.

—No lo encontré a Ulpiano…

Le habían dicho que Mujica estaba dispuesto a resistir con su Uzi y con la granada de mano que portaba: «*Mata y lo matan a él*», esa frase rebotaba en la cabeza de la tupamara, que conocía al viejo desde que era Facundo, en los primeros tiempos de la columna 10.

A principios de agosto iban cayendo tupamaros a granel.

Mujica tanteó la subametralladora, con treinta balas en el cargador, disimulada bajo su grueso sacón grisáceo con cuello de piel de corderito, raído y sucio, en cuyo bolsillo guardaba la granada. Eran las ocho de la noche y estaba llegando en su bicicleta al lugar del contacto, en Instrucciones y San Martín, cuando escuchó por la espalda:

—¡Mujica, quedate quieto, no te muevas! —el capitán Calcagno le apuntaba con su carabina—. ¡No intentes nada!

—La putísima madre que lo parió —el viejo no tuvo tiempo de nada.

Los militares que aparecieron entre los árboles lo desarmaron y esposaron para llevárselo al Batallón Florida.

—Mirá, tenía fiesta esta noche —ironizaron los militares al ver que Mujica llevaba una botella de vino, pan y una longaniza en su morral.

Pepe, fiel a su estilo, guardó silencio mientras lo trasladaban.

Lo peor para Mujica fue enterarse de que también habían detenido a Lucía.

La capturaron al llegar al *hall* del Liceo Francés, ubicado en avenida Italia 2501: vio movimientos de civiles sospechosos, pero quedó rodeada en un instante y nada pudo hacer.

Ella desconocía que la compañera con la cual debía encontrarse ya había caído: le encontraron un papelito que describía en clave día, hora y lugar del encuentro, y salieron por Lucía.

Solían hacer contacto para el trasiego de información, mezcladas entre padres y madres de los alumnos del colegio.

Al ser detenida, Lucía portaba un revólver 38, y al igual que Pepe, una granada de mano.

Los diarios de crónica roja afines al gobierno publicaron en tapa una composición fotográfica en la que se los exponía juntos: él en primer plano, con cara redonda y algo de papada, el pelo alborotado, encrespado como en pirámide, bigote sobre el labio, cortado al término de cada comisura, y cejas gruesas teñidas como su pelo, con tinta negra, quizá de imprenta. Ella aparecía detrás, como mirándolo con el ceño apretado, rubia y de pelo corto, bien peinada, con su camisa planchada, tal como se la vio en aquella conferencia montada por los servicios de inteligencia policial.

«*Peligrosos elementos que revistaban en el ala más radical de los movimientos de insurrección armada que conspiraron contra las instituciones nacionales cayeron en poder de las Fuerzas Conjuntas en los últimos días. La mayoría de ellos se había evadido de las cárceles donde purgaban graves delitos de subversión, tratándose de figuras preponderantes, como Lucía Topolansky, líder de uno de los comandos tupamaros de la "línea dura", Alberto Mujica Cordano, uno de los miembros de la Dirección Nacional del MLN y piezas de fundamental importancia en el plano de la acción…*».

También podía leerse que Lucía Topolansky, alias Ana, la Flaca o la Tronca, y José Alberto Mujica Cordano, alías Pepe, Facundo, Emiliano, Ulpiano eran «*ultra-*

tupas de gran ascendencia sobre los demás», capaces de «*mantener enfervorizados a los cuadros más radicales del movimiento, aun en estas circunstancias muy adversas*».

Las Fuerzas Armadas —fuente de todo este tipo de información— entendían que las varias detenciones realizadas en los primeros días de agosto significaban «*golpes decisivos, de cuyas consecuencias muy difícilmente puedan recuperarse los tupamaros*».

Algo de razón tenían…

Bajo la batuta del comandante Carlos Legnani, los capitanes Carlos Calcagno y Tabaré Camacho y los tenientes Sergio Caubarrere y Armando Méndez —quienes habían participado de las negociaciones con el MLN— volvían a adoptar, a rajatabla, el rol de torturadores de los tupamaros.

También asumirán ese papel en el Batallón Florida —las víctimas averiguan y cotejan datos, memorizan sus nombres, sus seudónimos, a veces los pueden ver y registran sus rostros— los militares Luis Maurente, Carlos Alfonso, Luis González, Alberto Grignole, Orosmán Pereyra, Carlos Rama, y otros de apellido Durañona, Iribarne, otro González, además de algún hombre de ciencia, como el doctor Muñoz Michelini. Y más…

Pepe conocía la tortura desde 1964 cuando fue arrestado como un «gambusa» por querer robar al administrador de Sudamtex. Sabía lo que era el dolor de aquellas horas de abuso policial, pero nada de lo que había vivido era comparable con los tormentos que padecía en el Batallón Florida.

—¡Este es Mujica! —advirtió uno de los soldados a su colega torturador al ver llegar al jefe tupamaro.

—¡Para mí son todos pichis! —respondió el que llevaba la picana por el mango.

Desnudo, encapuchado, con su cuerpo amoratado por los golpes de «ablande», Pepe era arrastrado a las patadas por el piso de la sala de vejámenes. Lo tiraron sobre la parrilla de hierro, como un pedazo de carne, le ataron pies y manos a cada ángulo del camastro siniestro, lo mojaron con un baldazo de agua, y con la punta acerada del instrumento largo y recto, los verdugos de verde oliva y risas histéricas comenzaron a hacerle sentir los efectos del sadismo: glande, testículos, corazón…

Los choques eléctricos lo contorsionan, se dobla como un puente convexo, cada vez que la corriente lo atraviesa:

—¿Dónde está Sendic?

—En Chile.

—No mientas, viejo puto: ¿dónde está Sendic?

—En Chile.

—Dale toda la carga —el militar sube al tope el regulador de potencia—: ¿Dónde está Sendic?

—Está bien, no sigas, está bien… —Mujica provoca un silencio en la sala.

—Paren un poco —ordena el oficial que supervisa la sesión.

—Dejame… respirar… —las palabras de Pepe se entrecortan.

—¡Contestá carajo!

—Tranquilo… ya voy… tengo que recuperar… el aliento…

—¡Cantá!

—Dejame explicarlo bien…

—¡Déjenlo! —el oficial quiere escuchar.

—La idea política del movimiento… dada nuestra situación actual —Pepe comienza a dar una clase de ciencia política—. Eso despertó nuestro interés… Sin embargo… lo que se dice estructura, bueno sí… Es decir…

Pasan los segundos, un minuto, dos…

—¡Andá al grano Mujica!

—Bueno, Sendic tiene un documento falso, le hicieron un pasaporte nuevo…

—¡A qué nombre!

—Juan…

—¿Juan qué…?

—Juan María Bordaberry.

—¡La concha de tu madre! —el verdugo le lanza un escupitajo y sigue usando su vara—. ¡Tomá, pichi hijo de puta!

En otro cuartel, Lucía también soporta los vejámenes: para el caso de las mujeres se acrecienta el sadismo sexual de los torturadores. Durante horas su cuerpo, solo cubierto por una capucha, es objeto de la violencia lasciva, física y psicológica.

La picana eléctrica. El «submarino»: atada a una tabla la sumergen de cabeza en un tacho de agua, y en sus ahogos, llega a perder la noción de persona, tiempo, realidad. La parada de «plantón» durante horas y más horas, desnuda, mirando la pared, humillada al paso de algún militar. La caminata por un pretil, encapuchada, presintiendo el vacío a sus lados…

Con su disfraz yerba y portando una subametralladora, Amodio se sigue paseando por la ciudad en *jeep* o en camionetas militares, a veces señalando excompañeros con los que se cruza en las calles por azar. Otras, participando de operaciones planificadas, con objetivo, dirección y hora concreta.

El 11 de agosto, por la noche, luego de la sesión de tortura, a Pepe le llegó la noticia, y le surgieron voces y frases sueltas, que su memoria había almacenado: «*¿Cómo podemos ayudar?… Alquilamos un apartamento chiquito en Malvín… Mi compañera tiene tres hijas chicas… Muy bien… ¡Yo soy Facundo!… ¿Goyo?… Sí, ¿por qué no?… Celeste está embarazada… ¡Felicitaciones, hermano!… Si es varón,*

se va a llamar Facundo… ¡Ojalá que pueda vivir en un mundo mejor!… Para eso luchamos, comandante. ¿No es así?».

Ocurrió a las tres de la tarde en la esquina del bar de General Flores y Larrañaga: José María Pérez Lutz, alias Goyo, había mantenido una charla reconciliadora con su padre, del que se encontraba distanciado hacía ya tiempo. Esperó unos minutos luego de que se fuera su padre, y salió a la calle con su gabán abierto.

Se encontró rodeado entonces por un grupo de las Fuerzas Conjuntas.

Ya había tomado la decisión de resistir hasta la muerte —«*la última bala es para uno mismo*», solía decir— cuando vio que le apuntaban de todas partes. Caminó tranquilo hacia delante, metió la mano dentro de su abrigo y sacó su pistola para defenderse y morir en su ley.

Lo acribillaron a balazos. Su cuerpo quedó tirado ante la inmensidad de bronce del viejo Luis Alberto de Herrera, testigo inerte de una realidad que no imaginó.

Esa noche una patota de la Juventud Uruguaya de Pie irrumpió en el Liceo N.º 8 y asesinó de un balazo al estudiante Nelson Rodríguez Muela.

El sábado 12 desde el Batallón Florida van por Estefanell.

—¡Vamos a detener a «Aramis»!

—Mirá vos… —balbuceó Pepe, que descansaba en el calabozo.

—¿Sabés si está armado?

—No, qué va estar armado ese muchacho, si ya se fue del MLN hace tiempo por discrepancias…

Unas horas después, el soldado sintió cómo las balas de la 45 de Estefanell le rozaban la sien:

—¡Viejo de mierda!

—Solo vos le creés a Mujica, salame.

Cuando Aramis se quedó sin balas, lo detuvieron en el parque Batlle.

Ya habían sido capturados el Lalo Gallinares, Julio Listre, Alfredo Rivero Cedrés, Antonio Más Más, Ángel Yoldi, Samuel Blixen, Héctor Quartiani, Roberto Barbeito Fillipone…

En el interior, las Fuerzas Conjuntas —de la mano de Píriz Budes— hacían estragos en filas tupamaras. La columna de Paysandú cayó íntegra. Llegaron a Colonia, Fray Bentos, Melo… Y así iban por los pueblos, arrasando…

El MLN sufrió más de seiscientas bajas en un mes.

El senador Michelini fue quien habló en la Cámara Alta de las negociaciones que se habían dado entre tupamaros y militares. Y el gobierno, en peligrosa y resbaladiza profundización de la connivencia con el poder castrense, apuró la salida de un comunicado para negar lo que sí había pasado: «*La Junta de Comandantes en Jefe hace saber a la opinión pública que en ningún momento las Fuerzas Armadas han llevado a cabo tratativas de ninguna índole con organizaciones criminales cuyos*

propósitos antipatrióticos son por demás conocidos». Rechaza «*por calumniosas*» las expresiones del senador frenteamplista y «*deplora que el privilegio constitucional de la inmunidad parlamentaria sea utilizado con el infame y vil propósito de desprestigiar a las Fuerzas Armadas ante la opinión pública, siendo la única finalidad de aquellas defender los altos intereses del país, fuera de todo otro objetivo que no sea el cumplimiento de tal propósito*».

Unos días después, el teniente coronel Legnani reanudaba las negociaciones con los tupamaros. Ya había conversado con su primo, el ministro de Defensa, Augusto Legnani, interesado en un acuerdo de un único punto: la entrega de Sendic.

—Ustedes, muchachos, están derrotados —Legnani hablaba con voz pausada ante Huidobro, Marenales y Mujica—, no se lo tengo que decir yo…

—Bueno, eso corre por su cuenta —interrumpió Marenales.

—Vamos, solo queda Sendic en la calle, y su detención es cuestión de días…

—¿Cuál es el punto? —a Marenales no le gustaban los rodeos.

—Lo van a matar. Y a mí, como a ustedes, no me gustaría que eso pasara…

—¡Qué amable de su parte!

—¿Qué está proponiendo, Legnani? —preguntó entonces Mujica.

—Lleguemos a un acuerdo para la entrega de Sendic…

Unas horas después, los oficiales del Florida comunicaban a los jefes tupamaros detenidos que estaban dispuestos a ofrecer documentación y salida segura del país para cuatrocientos clandestinos, a cambio de la entrega del Bebe.

La propuesta fue puesta en conocimiento de Sendic, que esta vez sí ingresó al Batallón Florida a negociar. Y los oficiales del cuartel cumplieron con la promesa de no detenerlo en esas circunstancias: lo entraban y lo sacaban en sus camionetas.

El dormitorio del capitán Camacho sirvió una noche de sala de reuniones para históricos del MLN que ahora estaban detenidos: Mujica, Marenales, Huidobro, también Engler, y como una especie de vocero de Sendic —que además aportaba su opinión—, otro de los pocos que se encontraban en libertad, Efraín Martínez Platero. El joven pudo ingresar al Batallón para la reunión, y salir sin que los militares hicieran nada por detenerlo.

—Trabal es constitucionalista, pero los sectores golpistas, ¡por favor!, tienen todo tomado como un cáncer rabioso —expresó Mujica.

Los demás coincidieron con Pepe.

El director de Inteligencia militar incluso apoyó una propuesta de los tupamaros para investigar en conjunto los ilícitos económicos de los que el MLN tenía buena información. La mayoría de los militares no provenían de las clases adineradas, y algunos eran afines a combatir la «oligarquía»: Trabal era uno de ellos.

En sus visitas clandestinas al cuartel, Sendic trataba de estirar la negociación como parte de la estrategia de repliegue. Y aprovechaba a conversar con los otros viejos sobre la continuidad de la lucha. La tercera vez que ingresó al Batallón Florida se reunió con Mujica en la habitación del capitán Camacho:

—¿Qué pensás hacer, Bebe? —le preguntó Pepe.

—Tal como estamos no podemos resistir —respondió—. Hay que esconderse y empezar de nuevo.

Mujica asintió.

—¡Pero no estamos muertos! —auguró el Bebe.

Se fue con la idea de que quizá el MLN se pudiera reconstruir, pasado un tiempo de «enterramiento», a partir de la cantidad de tupamaros «legales» que aún había en el país.

Mujica, ni ninguno de los detenidos, se daba por vencido, y menos con Sendic en libertad.

Pero el 26 de agosto los militares mataron en un tiroteo a otro de los históricos, Carlos Rodríguez Ducós, y el Bebe dio por terminadas las negociaciones.

No tuvo tiempo de iniciar el plan de ocultamiento y reconstrucción: un marinero de Artigas lo reconoció en la Ciudad Vieja. Ingresaba a un modesto apartamento de la calle Sarandí 225, entre las calles Maciel y Pérez Castellano —a los fondos de un quiosco de venta de cigarros y golosinas, que actuaba como cobertura—, donde se refugiaba junto con la que en ese momento era su pareja, la también tupamara Xenia Itté. El apartamento quedaba a dos cuadras del Comando de la Armada y del Centro de Instrucción de la Marina.

Faltaban diez minutos para las tres de la mañana del 1 de setiembre cuando los oficiales llamaron al calabozo de Mujica. También convocaron a Marenales y a Huidobro.

—Tengo que informales que Sendic fue capturado por la Marina. Está herido de gravedad, internado en el Hospital Militar.

Pepe, Ñato y el viejo Julio cerraron los ojos. Apretaron los dientes.

—¿De gravedad? —sabía que Legnani no mentía pero Mujica parecía incrédulo.

—Sí, un tiro en la boca, pero salva la vida.

La salvó por poco, pues al lugar de la detención había llegado un grupo de policías del escuadrón de la muerte. El Bebe se encontraba tirado en el corredor del apartamento.

—¡Es Sendic, es Sendic! ¡Hay que rematarlo! —escuchó Xenia, detenida también en el lugar.

—¡Noooo! —gritó la joven.

—¡Soy el inspector Campos Hermida, me lo llevo!

—¡Yo soy el comandante Álvarez, del Fusna, y este es mi detenido! —lo cortó el militar.

En su despacho del Batallón Florida, el teniente coronel Legnani miró a Mujica, a Huidobro y a Marenales, y les dijo:

—¡Acá se acaba todo! ¡Ustedes no tienen ni idea de lo que se viene!

Tras un primer intento el 9 de febrero, el golpe de Estado en Uruguay se consolidó el 27 de junio de 1973. Ese día el presidente Bordaberry, con el apoyo —y el control— de las Fuerzas Armadas, disolvió las Cámaras parlamentarias, nombró un Consejo de Estado y se convirtió en dictador.

Para entonces, la gran organización guerrillera tupamara, aquella formada a partir de los embates represivos de principios de los años sesenta, la que se preparaba para resistir un eventual golpe de Estado y a la vez pregonaba que la lucha armada era la única posibilidad coyuntural de ascenso del pueblo al poder, se encontraba presa en el Penal de Libertad.

Enclaustrado en su celda, esa noche Pepe reflexionó: «*No se puede hacer una lucha armada sin estrategia. Y nosotros nos quedamos sin estrategia. Acumulamos un capital político muy importante en el pueblo, pero no fuimos capaces de prever que los propios acontecimientos políticos iban a desatar esto que estamos viviendo: ¡Qué error! Los obreros están respondiendo con la huelga, pero nosotros no tenemos ni medio aparato militar en la calle para instrumentar la resistencia popular. ¡No seas malo! ¡Somos un desastre! Ahora que el pueblo uruguayo dispuesto a resistir nos necesita más que nunca, no nos tiene. ¡Nuestro error es imperdonable!*».

31
El rehén de la pelela

En la sede de la Unión Popular se reunían, desde fines de 1972, los familiares de presos políticos y desaparecidos: doña Lucy llegaba a esas reuniones con el ánimo por el piso.

—No sé dónde tienen a Pepe —le decía a su amiga María Herminia.

—¡Qué barbaridad, Lucy! —la esposa de Erro trataba de ayudarla. Le consiguió un vaso de agua, la escuchó, buscó la forma de protestar por los jóvenes detenidos de los que no se sabía el paradero.

—Fui al Ministerio del Interior —contaba la madre de Pepe—. Fui al Ministerio de Defensa…

—¿Y qué te dicen?

—Me mienten: me dijeron que estaba en Tacuarembó, y allí no estaba; que lo trasladaron a Treinta y Tres y tampoco era cierto. No sé qué hacer…

Doña Lucy rompió en lágrimas y las demás madres se le acercaron para consolarla. Era una mujer fuerte, pero desesperada: pensaba que su hijo bien podía haber sido asesinado.

La madre de Pepe erraba de un lado a otro, por las mentiras de las fuerzas represivas.

Al fin descubrió que su hijo estaba o había estado en el Batallón Florida. Pero no se lo dejaron ver.

Una tarde de agosto de 1973, en los inicios de la dictadura y cuando Pepe ya había pasado al Penal de Libertad, doña Lucy llegó a la sede de Rondeau y Cerro Largo con una bolsa.

—¿Qué llevás ahí, Lucy?

—Nada m’hija, algunas cosas viejas…

María Herminia intuyó en qué situación se encontraba su amiga cuando Lucy le mostró lo que tenía en la bolsa: una gran palangana de plata, con su jarra de delicados arabescos.

—¡Son hermosas!

—Sí, son de mi casamiento. Ya hace mucho de eso —sonrió con nostalgia—, las conservé por tener algo nomás…

—Los recuerdos son lindos —apuntó otra compañera de la Unión Popular.

—Sí, pero en estos momentos una tiene que ver por sus hijos.

—Las vas a vender —la comprendió María Herminia.

—Ahora las voy a llevar ahí, a la casa de empeños.

—¡Las madres somos así! —María Herminia la abrazó. Ambas lo necesitaban.

Fue el último encuentro, María Herminia tenía que partir rumbo a Buenos Aires, donde su esposo se encontraba exiliado: en las horas previas al golpe de Estado, Zelmar Michelini se fue de apuro a la capital argentina y paró a Erro —que había viajado a dar una conferencia— ya casi en la puerta del vapor de la carrera en el que el líder de la Unión Popular pensaba volver a Montevideo. Bordaberry había impulsado el pedido de desafuero de Erro —lo querían meter preso y quién sabe qué más— por su relación con los tupamaros. El delator y principal testigo acusador para la embestida del gobierno contra el legislador era el traidor del MLN, Amodio Pérez.

El Parlamento se negaba a conceder el desafuero. Llegaba el golpe de Estado…

Luego del abrazo con su amiga, doña Lucy se fue caminando despacio con su bolsa de recuerdos, que dejó sobre la mesa del «usurero» por unos pocos pesos. Algo quedaría en su casa —lo sumaría a la plata de la pensión por viuda y podría «tirar» un tiempito más junto con su hija Eudoxia—, el resto serviría para comprarle alimentos a su hijo preso.

Pero cuando una tarde se apareció en la cárcel, no le dieron noticias de Pepe, solo que no estaba…

Y otra vez comenzó la lucha por saber qué había pasado…

Desde la ciudad de Libertad ya se puede ver el avión. La nave militar desciende. Baja un poco más, se viene sobre la muchedumbre encapsulada en el bloque de cemento.

De espaldas al vigilante, el preso 815, a unos metros el 787 y el 813, entre otros tantos que realizan fajina en la planchada del carcelaje.

Se escuchan los motores, a lo lejos. La guardia se inquieta. Y un oficial da la orden, que se cumple de inmediato.

—¡815, adentro! ¡Rápido! —el carcelero empuja a Pepe y cierra la puerta de hierro.

—¡787, qué espera! ¡Adentro, dije! —Ñato entra en la celda y escucha el portazo.

Rosencof, con su mameluco 813, atraviesa también el umbral de su habitación calabozo.

Libertad es una especie de hotel autoritario, donde se alojan huéspedes coaccionados a subsistir en sus instalaciones, con botones de garrotes —que suelen abusar de su poder— y con reglamentos de convivencia arbitrarios que en general los reclusos aprenden a sobrellevar.

Es el Penal que el gobierno ha construido para los sediciosos: busca que los subversivos no contaminen con su ideología a los presos comunes, y que no se escapen con tanta facilidad como en las fugas de 1971 y 1972. Ahora el piso de ninguna celda está a ras del suelo, para evitar túneles. El edificio de la nueva cárcel

—cuyo nombre formal es Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1, o EMR1— se erige sobre noventa y seis grandes columnas de hormigón, tiene unos ciento treinta metros de largo por catorce de ancho y cinco pisos de altura.

Las celdas están dispuestas a lo largo de la construcción en hileras enfrentadas y separadas por las planchadas —los corredores por donde caminan los presos— hasta donde llega la luz natural filtrada por la gran claraboya central, que recorre el Penal de una punta a la otra. Las celdas son similares: piezas de dos por tres metros y tres de alto, piso de baldosas, ventana vertical de cincuenta por setenta centímetros, con vista enrejada al campo abierto o la ciudad de Libertad —depende de qué lado del corredor se encuentre—, taza sanitaria y lavatorio en un rincón, con agua a las siete, doce y veintiuna horas: solo para tomar, lavar platos, o enjuagarse cara y manos, en forma rápida. También hay una mesa de hormigón empotrada en la pared, una cama cucheta de hierro —en general dos presos comparten la celda— y una estantería de dimensiones similares a las de la ventana.

El baño es semanal, colectivo —veintiséis presos bajo doce duchas, abiertas por dos minutos—, y los recreos, diarios, de solo media hora. Almuerzo y cena seguros —a veces fríos y con la obligación de comerlos en quince minutos— complementados por comestibles enviados por las familias.

Los presos 815, 787 y 813 cohabitan en ese régimen con otros cientos de tupamaros, y luchan a diario contra el sometimiento, los abusos institucionales y los personales.

Ahora todos habían quedado encerrados en sus celdas, por órdenes de la jerarquía.

El avión baja. Aterriza en el campo. Los soldados tiran de la nave a decenas de detenidos, esposados a la espalda, que llegan desde el norte del país. Los muelen a patadas, a garrotazos…

—¡Pasen, pasen! ¡No sean tímidos! —los hacen correr encapuchados, les pegan en los talones para que caigan al suelo. Y llueven los golpes.

—¡Esto es para ustedes, pichis de mierda!

Luego los suben a los tropezones por las escaleras, mientras les meten el garrote entre las nalgas.

Desde la cápsula de cemento, comienzan a sonar los jarros de hojalata que los presos tienen para tomar el café con leche. Golpean el hierro de las puertas, con furia e impotencia, con convicción. Suena la chapa, suena fuerte, granizada, la hojalata. La cascada se hace tormentosa, infernal. Algunos guardias sonríen con ironía, sabiéndose a salvo, pero se encuentran ante una falta disciplinaria que deben controlar, de lo contrario serán sancionados por la oficialidad. No lo logran. Los reclusos rompen todo en protesta.

En la madrugada llega otro tipo de abuso de autoridad.

—¡815, levántese, vístase y junte sus cosas! —Pepe se restrega los ojos y se sienta en la cama. Son las dos de la mañana. Lo sacan a rastras por la «planchada».

Pronto es llevado ante un médico militar, que lo espera con el estetoscopio en la mano. Silencio, todo se hace en silencio. Respiración: normal. Pulso: normal.

—¡Está pronto! —dice el médico en voz baja.

—¡Sáquenlo!

Los militares se llevan a Pepe a la planta baja. Le colocan algodones en los oídos, vendas en los ojos y una larga capucha de lona: «¡Se viene la biaba!», piensa Mujica.

Le retuercen el alambre en las muñecas, juntas a su espalda, y lo empujan hacia delante. Lo conducen por un camino impreciso. Los guardias no hablan, nada, ni entre ellos.

Pepe siente que está saliendo del bloque de cemento, camina, elucubrando posibilidades. Todo puede pasar, incluso el ajusticiamiento: la dictadura da sus primeros pasos.

Mujica va escuchando el motor encendido de un camión. Ahora otro, dos, quizá tres.

Los milicos lo tiran como a una bolsa de papas en la caja del vehículo. Cae arrollado, y ahí queda, en el piso. Presiente que hay más gente, otros compañeros, pero no puede verificar cuántos.

El camión arranca. Escucha el chasquido de los *handies* que usan los militares. Le parece que se comunican entre los camiones de una caravana.

Tose, y dos compañeros —con diferencia de minutos— le responden con toses: no alcanza a precisar quiénes son. Le parece que uno es Rosencof.

La carretera está serena, transcurre el tiempo, quizá una hora.

Para el camión.

—¡Vamos, abajo!

—¿Qué pasa? —es la voz de Huidobro.

—¿Dónde vamos? —confirmado, es el Ruso.

Los bajan a patadas y sienten que están caminando por el campo.

—¡Alto!

Todo queda en silencio, solo a lo lejos la comunicación de los *handies*.

Se retiran un poco los militares.

Mujica presiente que será fusilado junto con sus compañeros. Transpira, es inútil correr…

—¿Qué quieren? —le da para inquirir.

—¡Callate la boca! —una patada es buena señal. Podría haber sido un tiro en la nuca…

Silencio, nuevo silencio.

—¡Súbanlos, vamos! —se escucha al rato.

De nuevo los tiran en la caja del camión y los acomodan a botazos.

El motor arranca. Y el viaje se hace largo…

—¡Escuche, necesito cagar! —dice Pepe desde el fondo de la capucha.

La respuesta no llega.

—¡Le pido por favor! —insiste Mujica, que padece diarreas crónicas—. ¡No aguanto más!

—¡Cállese! —contesta un milico y le pega otra patada.

—¡Déjenlo ir, que está enfermo! —apunta Rosencof, tirado en las mismas condiciones que Mujica. Los milicos también le dan un par de golpes al Ruso, y de paso al Ñato, que se encuentra a su lado.

Al rato Mujica no puede soportar más su situación…

—¡Discúlpenme compañeros, pero yo tengo que cagar aquí mismo!

El viaje duró tres horas más, con los milicos puteando porque no soportaban el olor.

El camión llegó al Regimiento 7.º de Caballería, en Santa Clara de Olimar, uno de los cuarteles de la División de Ejército IV, ubicado en el departamento de Treinta y Tres.

Se encontraban a trescientos diez kilómetros de Libertad, y a doscientos ochenta de Montevideo.

Otro de los camiones había traslado a Engler, Manera y Wasem a un cuartel de la División de Ejército III. Y el tercer vehículo llevó a Sendic, Marenales y Zabalza hasta al Regimiento de Caballería N.º 2, que pertenece a la División de Ejército II, y se ubica en Durazno.

Ese viernes 7 de setiembre de 1973, estos nueve presos políticos —divididos en tres grupos, cada uno bajo jurisdicción de una División de Ejército, según la regionalización militar del país— pasarán a ser considerados los «rehenes» de la dictadura. Serán encerrados, incomunicados entre sí, y atormentados en calabozos inhóspitos de cuarteles militares. El mismo tratamiento recibirán once presas políticas: Jessie Macchi, Alba Antúnez, Stella Sánchez, Cristina Cabrera, María Elena Curbelo, Gracia Dri, Raquel Dupont, Lía Maciel, Elisa Michelini, Miriam Montero y Flavia Schilling.

Para entonces, Píriz Budes se paseaba de camisa floreada y pantalón corto por las calles calientes de la primavera paraguaya: la dictadura de Stroessner fue su refugio y el de varios miembros del escuadrón de la muerte.

Un empujón arrojó a Pepe contra la pared del calabozo. Al sacarse la capucha y la venda observó su nuevo hogar: un nicho de un metro y veinticinco centímetros de ancho por dos metros de largo, de paredes rugosas por lo mal revocadas, con piso de hormigón por el que brotaba la humedad, techo de chapa de zinc, que filtraba la lluvia, con cielorraso de madera podrida, sobre el que corrían las ratas. Un pequeñísimo agujero en la parte superior de la pared hacía las veces de ventana. Calor

sofocante en verano y frío paralizante en invierno.

No había cama ni mesa ni lavatorio ni taza sanitaria ni nada. El rehén solo, en su tumba cuartelera.

Los tres tupamaros habían llegado con lo puesto: un mameluco gris con una banda blanca cruzada a lo ancho de pecho y espalda, donde figuraba el número.

Dormían sobre el hormigón, y si lo deseaban podían taparse con la capucha, que debían conservar para las salidas al baño. Una salida por día, y a veces ninguna. Muy rara vez durante esta reclusión pudieron ir dos en un mismo día.

En el cuartel no les daban agua, así que al ir al baño debían elegir entre prenderse de la canilla hasta que los golpes en la cabeza los separaran del grifo —con la consiguiente nueva paliza, por la falta cometida—, o hacer uso del «excusado» con las manos esposadas.

Todas las salidas al baño tenían un precio: encapuchados y con las manos atadas con alambre a la espalda, no bien emergían del nicho alguno les volaba la cara de una piña y al caer comenzaba la zapateada. Los paraban y les cinchaban la capucha desde atrás para dejarlos sin aire, mientras llovían los golpes…

—¡Dale pichi! ¿No estabas apurao pa mear?

Uno de esos días en que los milicos andaban de buen talante, mandaron a un soldado muy atento, que golpeó la puerta, calabozo por calabozo…

—¿Usted quiere ir al baño? —preguntaba con voz suave, casi aterciopelada. Y Mujica, con la vejiga por reventar, hizo silencio y en unos instantes respondió:

—No, gracias. No tengo necesidad.

Rosencof sospechaba que lo que querían era divertirse usándolo como bolsa de arena, pero consideró que si soportaba unos cuantos golpes, al final podría ganarse la posibilidad de una orinada, quizá algo más, ¿un poco de agua?, ¿las dos cosas?; no sería mucho, pero…

—¿Usted, no necesita ir al baño?

—Sí —contestó Rosencof. Y se preparó mientras le abrían la puerta.

Respiró profundo, intentó retener una bocanada grande de aire antes de que le cincharan de la capucha, y puso la cara dura para aguantar la primera piña.

—¡Tomá, pichi de mierda! —el rostro se le hundió.

Trató de apurar el paso y de mantenerse sin caer al piso. Al fin, surtido de botazos y otros golpes llegó al baño.

Pero así como entró fue sacado a las patadas:

—¿Desde cuándo los pichis van al baño? —ironizó uno de los agresores mientras lo pateaba por la espalda—. ¡Los pichis se cagan encima!

Los milicos reían a labio partido. Aunque el único con el labio sangrante era el Ruso, quien sin poder cagar, mear, ni tomar agua, fue otra vez esculpido a garrotazos hasta que cayó contra un rincón de su nicho.

«¡Qué nabo que soy! ¡Nunca más! ¡Nunca más!», se repetía.

Y allí mismo, tirado en el piso bocarriba, se quedó mirando el techo. Y de pronto,

muerto de dolor, sonrió: pensaba en el criterio «bicho» que siempre había demostrado Pepe, con su perspicacia para advertir e interpretar situaciones de amenaza.

Entonces se escapó de la tumba para verse caminando junto a su compañero por las calles de Punta Carretas —en el apogeo tupamaro—, rumbo a la casa del colaborador del MLN, José Manuel Quijano, en la que se había fijado la reunión de la dirección. Pepe miraba hacia el frente con los ojos entornados, cuando murmuró:

—¡Cruzá y doblá en la esquina! ¡Ese local cayó!

—¿No estarás paranoico, Facundo? —respondió Leonel mientras cruzaba.

—Te digo que es una ratonera y aquellos dos son milicos —insistió—. ¡Seguí y doblá! ¡Haceme caso!

Leonel se fue pensando que al otro día les recriminarían por faltar a la reunión, pero en realidad las noticias de la mañana confirmaron que Facundo había leído con agudeza el peligroso escenario.

En noviembre, a dos meses de haber sido arrojados a los calabozos de Santa Clara de Olimar, el comando del Regimiento 7.º de Caballería les concedió a los rehenes el gusto de pegarse un fugaz duchazo: primero y último.

Los días se repetían, eran lo mismo lunes que martes, jueves que viernes. No había día sin castigos ni abusos psicológicos.

A la hora de la comida los guardias les pateaban el plato para que se volcara en el piso donde debían dormir. El jugo de guiso o la polenta líquida llegaba con escupitajos, puchos, vidrio de lamparitas molido y cualquier otra cosa que permitiera el ingenio verdugo.

Pronto la salud de Pepe comenzó a empeorar. Las diarreas crónicas lo asaltaban con mayor frecuencia y la vejiga ya perforada debía ser contenida por trapos y pañuelos a los que Mujica llamaba pañales.

Para entonces, Amodio y Alicia Rey iban tomados de la mano sorteando espejos de agua en empedrados caminitos europeos, bajo la luz de faroles antiguos, entre caserones medievales donde servían buen vino y comidas mediterráneas. Se sentaron en mesa con velas y blanco mantel, y brindaron por ellos mientras la lluvia otoñal caía más allá de la ventana.

Los militares habían cumplido el trato por la delación de la pareja —la que vaya si dio problemas al MLN, como presagió Ismael—: Amodio y Rey salieron de Uruguay el 13 de octubre, y una vez en Brasil abordaron un vuelo hasta el país de habla hispana de la Península Ibérica. La «libertad» les sonreía a fines de 1973…

Otro era el pasar de sus excompañeros: uno de esos días cayó por el Regimiento 7.º de Caballería un mayor del Ejército, quien ya se estaba volviendo conocido entre pares y enemigos por su afanoso desempeño represivo en tiempos de

dictadura.

Mujica salió encapuchado, lo sentaron frente al oficial y escuchó:

—Vengo con una resolución del Comando General del Ejército. ¡Estás condenado a muerte! Si a alguno de nosotros le pasa algo afuera, lo que sea, te limpiamos…

Así como se lo advirtió a Pepe, el oficial José *Nino* Gavazzo se lo dijo a Rosencof —a quien conocía bien desde que lo había torturado en un cuartel de Tacuarembó— y al Ñato Huidobro.

Ninguno creyó la amenaza a rajatabla, pero sabían que todo era posible en aquel mundo infernal. Si los hubieran querido matar, podrían haberlo hecho de distintas maneras, a su tiempo. Quizá ahora era demasiado tarde —se alentó Pepe—: no es fácil, ni siquiera para una dictadura cívico-militar, explicar la ejecución de los principales miembros de la dirección y Estado Mayor del MLN, ya procesados y encarcelados.

Todos los rehenes eran mandos tupamaros: ocho de los nueve habían participado en 1972 de las negociaciones de tregua con los militares, y el restante, Zabalza, era un evidente líder guerrillero a pesar de su juventud; quizá por ello eran considerados de un valor especial por las fuerzas represivas. Y de hecho tenían un valor, monetario, porque cada cuartel que se hacía cargo de los rehenes recibía abultadas sumas de dinero extra, por prestar el servicio de «alojamiento».

Mujica pensó también que los jefes militares podrían especular con que era mejor mantener a los viejos líderes tupamaros aislados del resto de sus compañeros: así, quizá, al MLN le sería imposible reorganizarse con eficacia. A la vez, mantenerlos con vida dejaba latente la eventual reconstrucción del movimiento guerrillero: la mera posibilidad de reorganización era suficiente a fin de alegar que el enemigo estaba vivo, razón fundamental para que los militares se mantuvieran en el poder.

La situación a la que eran sometidos los rehenes tenía también un gran componente de morbosidad. Las mentes enfermas de los torturadores, ahora jefes de la dictadura, descargaban odio sobre cualquier detenido en las calles: reinventaban técnicas de tortura, violaban a las mujeres, a veces a los hombres, mataban y hacían desaparecer personas, robaban niños… Pero alardeaban o justificaban, ante quienes fuese necesario, que a los líderes del MLN también se les atormentaba.

Pepe, Ñato y Ruso procuraban sobrevivir. Entre diarreas y golpizas, pasando hambre, sed y en absoluta incomunicación. Un recreo de quince minutos, sin hablar, y con mucha suerte cada quince o veinte días. Una visita de diez minutos, a un metro de distancia, y rodeado de militares con metralletas, cada tres o más semanas.

La madre de Pepe llegaba hasta el cuartel con sus polleras largas y a paso cansino: quería sentir que su hijo estaba vivo, aunque la muerte pareciera acecharle. Quería creer que en tierra de blancos, allí en Santa Clara de Olimar —donde en 1904 había sido enterrado Aparicio Saravia—, su hijo quizá pudiera percibir la fuerza que

alguna vez desenvainó el caudillo de poncho nube.

Le llevaba un bolso de comestibles:

—Te traje pan, yerba, dulce…

Pepe le sonreía, agradecido, con pudorosa boca cerrada.

Las palabras de su madre lo remontaban al tiempo de las encomiendas que el abuelo Antonio les mandaba desde Carmelo al Paso de la Arena. Le hacía bien recordar, era como llenarse la panza de momentos felices, pues era difícil que algo más, algo como el pan, la yerba o el dulce, llegara a su boca. Intentó transmitirle que no gastara el dinero en aquellos víveres —su aspecto delataba que en aquella tierra bendita lo estaban matando de a poco, con golpes, hambre y degradación—, pero tampoco quería herir la fe que movía a su madre.

Ella sabía que los militares robaban de lo que le llevaba a su hijo, pero tenía la convicción de que a los ladrones uniformados no les convenía quedarse con todo, pues de hacerlo correrían el riesgo de no tener bolsa alguna para meter la mano.

—¡Un pedazo de pan puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte! —dijo con voz enérgica y miró al milico que custodiaba la visita.

—¡No me faltás nunca, viejita! —Pepe la miraba con los ojos hundidos y la piel pegada al hueso, pero le sonreía—. ¡Gracias!

Luego, el silencio.

Doña Lucy entrelazó sus manos sobre la mesa y acercó un poco el cuerpo hacia su hijo. Buscaba algo de intimidad para soltar su interrogante:

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Dónde está aquel muchacho que quería triunfar?

Pepe no le respondió, se la quedó mirando con ternura. Ella vio en aquellos ojos a su niño querido, cargado de flores, perfumado de sueños. Y contuvo las lágrimas justo antes de que desbordaran el párpado.

—No se ponga así —Pepe se arrimó todo lo que pudo, aunque seguía lejos—. Yo, escúcheme bien, yo sigo siendo blanco como usted, y voy a salir de esta…

La madre cerró los ojos, y una lágrima rodó al fin por su mejilla curtida de sol y trabajo.

—¡Resista m’hijo, resista! —le dijo y golpeó la mesa al pararse.

Luego se marchó, con su pollera larga y su pena cubriéndole los hombros.

Doña Lucy fue hasta la parada y subió al ómnibus que la regresaría a Montevideo. Se sentó del lado de la ventanilla y vio cómo el día se apagaba en la tierra sagrada. Acababa de estar con su hijo, hinchado y sin dientes, arrancados por las palizas, raquítico y sucio. Un «viejo» a la fuerza, que le sonreía como a los quince…

Solos en tumbas militares y con la prohibición de comunicarse —los muertos no hablan—, Pepe, Ñato y Ruso enfrentan de distinta manera el sofocante mundo represivo al que están sometidos.

Aquel mediodía había un particular clima de fiesta en el cuartel. Varios corderos

en la parrilla y generosos brindis entre la milicada. El olor de los bichos a las brasas llegaba en ráfagas tenues por el agujerito de la pared. Era lunes, pero ninguno de los rehenes tenía idea de ello —habían perdido la noción del tiempo—, aunque sí advirtieron que por el clima festivo se trataría de la fiesta de Noche Buena. Era sí, 24 de diciembre.

Ñato y Ruso pensaron que el clima navideño les podía favorecer con un plato de comida normal. Pepe era mucho más escéptico, aunque también tenía aquella expectativa.

Al final llegaron los platos, rebosantes: costillares y tibias de cordero, que en algún momento estuvieron cubiertos con carne, pero que habían sido previamente devorados, hasta roer el hueso, por oficiales y subalternos.

A las 14:00 horas el cuartel pareció vaciarse. Es habitual que se licencie al personal en esa fecha. Solo quedaron los rehenes y su estricta guardia. El silencio deprimía más, la soledad caía más profunda en el túnel de angustia. Se durmieron temprano, pero el ruido de los cohetes y fuegos artificiales los despertó a la medianoche, y luego una alegre batucada, a lo lejos, que contrastaba con la depresión de sus nichos. No era un día más…

En la tarde del martes de Navidad, Ñato comenzó a dar una serie de golpecitos en la pared que lo separaba de Rosencof: golpeó seis veces, luego cinco, diez, ocho, tres, ocho, cuatro, una, cuatro.

Aunque tardó, Ruso logró descifrar el mensaje: «*Felicidad*». Y así, con ese código rudimentario, en el que a cada letra correspondían tantos golpes como lugar ocupara en el alfabeto, lograron establecer una forma de comunicación, a la manera carcelaria.

Unos minutos después la charla se interrumpió. Ñato aún no había intentado comunicarse con Pepe, que se encontraba en el otro calabozo contiguo, cuando los guardias abrieron la puerta.

—¡Levántese y póngase la capucha! —ordenó uno.

Pepe, Ñato y Ruso fueron sacados de sus calabozos para raparlos, afeitarlos y ser revisados por un médico militar…

—¡Felinavidá, dotor!

—¡Felicidá, goronel! —por la algarabía, el profesional de la medicina casi parte el vaso contra el de su compadre represor. El vino saltó por todas partes y salpicó hasta la capucha de Pepe.

—¡Alegría, alegría! —decían todos, y se pintaban de vino la frente, tal como indica la tradición. Pepe no lo veía pero se imaginaba la escena, mientras esperaba a ser atendido.

—¡Eteyatá, goronel! —el médico retiró el estetoscopio de la espalda de Pepe, y se mandó otro trago—. ¡Ahhhhgggg!

—Soldado, traiga al otro —ordenó el jerarca.

—¡Sí, otro! —el doctor se despatarró en la silla—. Otro vinito, goronel…

Con el certificado médico de excelente estado de salud y cumplidas las demás formalidades administrativas militares, los detenidos quedaron prontos para el traslado.

El 26 de diciembre se encontraban nuevamente tirados en el camión, vendados, encapuchados, y con las manos alambradas tras la espalda.

—¿Pepe, estás? —preguntó Ñato.

—Yo no me pierdo ninguna —el diálogo terminó con unas patadas en las costillas, pero el sentido del humor perduró en las sonrisas ocultas bajo vendas y capuchas.

El camión avanzaba hacia el nuevo destino, y los cuerpos arrollados de los detenidos iban repicando en el piso, por el traqueteo. Los tres soñaban con estar viajando por un camino de unos trescientos kilómetros hacia el suroeste, para volver al Penal de Libertad, al que ahora consideraban un hotel de cinco estrellas.

Pero el sueño se desvaneció rápido: el pesado vehículo verde rumbeaba hacia el noreste, y al recorrer algo más de cien kilómetros, paró la marcha: llegaron a un cuartel de la ciudad de Melo, en el departamento de Cerro Largo.

Como de costumbre los bajaron a patadas y garrotazos, y los mantuvieron de plantón: parados con las piernas abiertas, mirando a la pared del calabozo. Mirando es un decir, porque durante varios días no les permitieron sacarse la capucha.

Los soldados estaban terminando de reciclar aquellos calabozos, que alguna vez sirvieron para los arrestos a rigor de los milicos sancionados. La idea era desmejorarlos para proveer de un mayor sufrimiento a los nuevos huéspedes: no podía haber, jamás, igualdad de condiciones entre militares y «pichis».

Cuando pudo volver a ver, Pepe quedó deslumbrado por las blancas paredes del calabozo, o mejor dicho, encandilado día y noche por una potente lámpara que reflectaba contra aquella blancura. Observó que ya no había agujerito en la pared como en Santa Clara sino un ojo de buey, en lo alto, aunque tapiado por el empapelado azul: la falta de aire estaba asegurada.

Valoró que el baño quedara a pocos pasos de los calabozos porque eso auguraba menor duración de las palizas en el corredor, cada vez que lograra salir para evacuar sus orines o excrementos.

En Melo se añadieron a los tormentos la arremetida con perros furiosos, que eran azuzados para atacar a los «peligrosos» prisioneros.

Al menos, el hecho de que los rehenes usaran los mismos baños que la tropa permitió a Pepe, Ñato y Ruso cazar alguna noticia del mundo exterior, a través de los papeles de diario que los milicos dejaban apretados entre pared y caño de la cisterna para luego limpiarse el culo.

Ñato y Ruso comentaban las noticias que iban recolectando a través de su sistema de comunicación de golpes. Formulaban intensos debates políticos y económicos en

torno a los datos leídos entre la mierda. Pero Pepe no podía participar de la discusión.

Tanto en Melo como en el cuartel de Rocha —a donde serán trasladados unos meses después—, los militares recluyeron a Pepe en un calabozo que no lindaba con el de ninguno de sus compañeros. Había quedado aislado, aún más aislado.

La salud psicológica de Mujica se deterioró mucho en ese período de soledad absoluta. Incomunicado total, buscó relacionarse de alguna manera con cualquier tipo de ser vivo que por obra del destino llegara hasta su calabozo.

—¡Hola! ¿Cómo estás hoy? —preguntó Pepe a la pequeña araña que tejía su tela en el alto rincón.

—Hoy tenemos… —Pepe revoleaba los ojos, sonreía y pensaba—: Guiso de hojas secas para el almuerzo. Sí, otra vez… ¡Qué le vamos a hacer!

Luego arrimó una porción diminuta de esa comida hacia la columna de hormigas negras que transitaba presurosa contra la pared. En tardes y noches silenciosas acercaba su oído y se quedaba escuchando el ruido de aquella sociedad que vivía para construir.

—¡Gritan, sí señor! —descubrió Pepe.

Pasará el tiempo y Mujica seguirá compartiendo la celda con otros enviados de la naturaleza:

—¡Croac, croac!

Las ranas agradecían el agua que Pepe —cuando la conseguía, sucia, por supuesto — les dejaba para baños y todo tipo de divertimentos. Hasta siete anfibios de patas poderosas saltaban lúdicos en su calabozo.

Mujica lograba transgredir así los marcos de la muerte impuesta, y se sumergía, panteísta, en un universo del que parecía imposible privarlo.

La posibilidad de ejecutar a los rehenes llegó a un punto determinante a fines de 1974. El 19 de diciembre se produjo el asesinato en Francia del exjefe de Inteligencia militar, Ramón Trabal. La falacia de que aquel homicidio lo había cometido un comando denominado Raúl Sendic, y por tanto los tupamaros eran responsables, se desvaneció de inmediato. Había demasiados indicios de que el crimen era parte de un operativo de las fuerzas golpistas, y el hecho desató un huracán en la compleja interna del Ejército.

La misma noche de la muerte de Trabal fue analizada la propuesta militar de ejecutar a cinco rehenes a manera de teatral represalia, en el Consejo de Seguridad Nacional, más conocido por Cosena. Presente en la discusión, el dictador Bordaberry se opuso. También se negó a concretar el plan de ejecutar a diez integrantes del MLN.

Pero al otro día fueron fusilados cinco tupamaros que habían sido detenidos y trasladados en forma ilegal desde Argentina: Héctor Brum, María de los Ángeles Corbo, Graciela Estefanell, Floreal García y Mirtha Hernández.

Bordaberry deslizó en ciertos círculos políticos que el responsable de los

homicidios era el general Gregorio Álvarez. Pero Wilson Ferreira Aldunate —exiliado en Argentina donde entonces había un gobierno democrático— señaló al dictador civil como uno de los que participaron en la decisión de las ejecuciones.

Los rehenes eran ajenos a tan graves discusiones del Cosena.

Además de enfrentar sus penurias relacionándose con los bichos —algo que transformó en una herramienta importante de su lucha—, Pepe empleó cierta metodología que demuestra, tal como hizo en la época de comandante en la columna 10, que una buena estrategia puede deparar logros aun en situaciones muy adversas.

Cuando en 1976 la gira por los cuarteles volvió a recaer en los nichos de Santa Clara de Olimar, Mujica se trazó un plan para conquistar un elemento que se le había vuelto indispensable, dada su cada vez peor situación sanitaria, agravada por su severísimo problema de contención urinaria.

—El comandante está ocupado: no la puede recibir —dijo el soldado detrás del mostrador de madera.

—¿Ah, no? ¡Dígale a su comandante que voy a seguir peleando, día y noche, por la vida de mi hijo! —replicó doña Lucy.

El guardia recibió la carta y no emitió palabra. Abrió un cajón, guardó el sobre y cerró.

La madre de Pepe le había enseñado a su hijo a no rendirse ante la adversidad y ella siempre había predicado con el ejemplo.

—Sigo a la espera —doña Lucy golpeó la mesa y exclamó—. ¡Pero ya me van a oír!

—Señora —el guardia que vigilaba la visita le llamó la atención.

—Vieja, tranquila… tranquila, que le va a subir la presión —le pidió Pepe.

—¡Todavía tengo unas cuantas cositas para decirles!

—¡Señora! —el guardia elevó la voz, pero se quedó en el lugar.

—Le pido que no se meta en problemas —le imploró Pepe—. ¡Cuídese, por favor!

—No, tranquilo, m’hijo. Nadie se hernió por criticar…

A sus setenta años, doña Lucy salía de madrugada de su casa en el Paso de la Arena, llegaba a la terminal y abordaba el ómnibus para llegar muy temprano al cuartel de Minas. «¡Hoy me van a oír!», se repetía en el viaje. Montaba horas de guardia en el edificio del Comando de la División de Ejército IV —la que se encargaba de la tríada de rehenes que integraba su hijo—, y encaraba a cuanto subalterno u oficial le cupiera entender en el asunto.

—¿Pero usted se da cuenta de lo que estoy pidiendo para mi hijo? —recriminó—. ¡Ojalá usted nunca pase por una situación similar!

—¡No pasará, señora! ¡No pasará! —respondió el oficial con carné de impune.

—Nunca escupa para arriba —replicó la madre de Pepe.

Ante tanta insistencia, el comandante de la División se interesó por el caso, y aceptó la petición de doña Lucy: con la firma del «General Gregorio Álvarez» el papel salió para Santa Clara de Olimar.

—¡Enterado! —el mayor colgó la horquilla del teléfono en el cuartel donde retenían a Pepe.

Luego se dirigió al administrativo con el documento en la mano:

—¡Archive esto! —le ordenó.

El alférez obedeció y esperó órdenes. Pero el mayor se fue y no se habló más del tema.

Pasaron los días y la situación de Pepe empeoraba.

Doña Lucy fue a visitarlo y le explicó que el general Álvarez había firmado la autorización.

Mujica reclamó ante la guardia. Lo gritó a los cuatro vientos, desde su calabozo. Pero todo era en vano. Desatender un reclamo, cualquiera fuera, de parte de un «pichi» tupamaro, era algo habitual. Pero no cumplir una orden de quien se preparaba para dirigir los destinos de la patria —Gregorio Álvarez soñaba con la banda presidencial cruzada sobre el pecho— era una desobediencia infame. Era probable que Álvarez lo hiciera solo por sacarse a la vieja de encima, pero una orden era una orden. Y no se estaba cumpliendo…

Mujica dejó de protestar. Se llamó a silencio, más aún del que se le imponía como castigo. La guardia no escuchaba ni los sonidos cotidianos de su presencia en el calabozo. Cada tanto se asomaba algún milico para verificar si aún vivía. Pepe les daba la espalda, sentado en el piso, abrazando sus piernas replegadas contra el pecho, y con los ojos en el horizonte, veía más allá de la pared del nicho que tenía a su frente.

En esa posición, rumiante, estaba Mujica cuando sintió el movimiento inusual en la plaza de armas. Voces masculinas y femeninas, murmullo creciente.

Solo por la magnitud del rumor, los rehenes podían suponer que se trataba de una fiesta descomunal, a la que debía de haber asistido la flor y nata del pueblo afín a la Fuerza: impecables uniformes de gala, trajes civiles y vestidos largos, deambulando entre copas y confites.

Con la reunión en su esplendor, Mujica carraspeó un par de veces y acercó la cara al agujero que había en lo alto de la pared del calabozo. Entonces el afable departir de damas y señores del mundo cívico-militar se vio interrumpido por los alaridos:

—¡Me estoy meando! ¡Me estoy meando! —gritó Mujica—. ¡Me tienen encerrado como a un animal y ni siquiera me dejan mear!

Tan desagradables e inapropiados comentarios llegaban nítidos a los oídos de los

invitados, amplificados por la caja de resonancia natural que suponía el calabozo prácticamente hermético del locutor tupamaro.

Los anfitriones militares intentaron que la fiesta continuara como si nada hubiera pasado. Subieron un poco la música, pero la voz de Pepe ganaba cuerpo y despliegue sobre la plaza de armas.

—¡Necesito mear! A ustedes, señoras y señores, ¿les gustaría mearse encima? ¡Me estoy meando!…

El jefe de la unidad se ajustó el cinturón bajo su protuberancia abdominal —se lo había aflojado para no comprimir la capacidad de ingestión— y comenzó a caminar fingiendo sonrisas entre la gente, seguido por un cortejo de milicos que tampoco podía disimular el bochornoso momento.

Ya en la zona de calabozos, el lardoso mayor apuró sin reparo sus pasos con tal dinámica que al doblar por el corredor nauseabundo, que jamás recorría por más desesperante que fueran los gritos de los detenidos, trastabilló y por poco se va de vientre contra el piso.

—¡Abran! —ordenó a los guardias, que cumplieron en el acto.

Y una vez cara a cara con el atormentado, preguntó amable:

—¿Qué le pasa, Mujica? ¿Qué necesita?

—¡Mi servicio! ¡La escupidera que está en el S2! —respondió Pepe con firmeza.

—Pero ningún problema, Mujica —el mayor sonreía pero se le notaban las gotitas de sudor en la frente—. ¡Enseguida se la hago traer! ¡Quédese tranquilo!

Dos minutos después, un sargento hizo entrega formal de la pelela de plástico, rosada y con patitos azules, flamante, que la madre de Pepe le había comprado, y que se encontraba retenida en el comando de Inteligencia del cuartel.

La escupidera de Mujica era un emblema de lucha. Y Pepe se dispuso a defender su conquista, con uñas y dientes, con los que le iban quedando, aferrados por tercos a sus encías…

Doña Lucy celebró el ingenio de Pepe. Él no pudo explicarle bien cómo lo había logrado, pero ella conocía esa mueca en la cara de su hijo. Y aquel día, a pesar de haberlo visto flaco y demacrado, ojeroso, sucio, cansado y enfermo, se fue de la visita con la convicción de que Pepe iba a resistir, tenía que resistir, porque después del sufrimiento llegaría, estaba segura, una nueva época de esperanzas…

Al otro día fue a comprar el pan como todas las mañanas.

—¿Qué tal, Lucy? —le preguntó don Emilio.

—Bien, acá vamos, tirando…

—¿Lo de siempre?

—Sí, sí.

—¿Y Pepe? —se animó a preguntar el panadero—. ¿Qué se sabe?

—La está pasando muy mal —respondió doña Lucy.

—¡Qué desgracia! —se lamentó don Emilio mientras metía el pan en la chismosa de su clienta.

—Sí, pero ya va a andar mejor.

—¡Ojalá, Lucy, ojalá!

La madre de Pepe pagó y antes de partir miró a don Emilio, y sonrió.

—¡Mi hijo va a ser presidente de la República! —aseveró.

Don Emilio le respondió con una sonrisa. Pero no le dijo nada más.

Cuando doña Lucy salió de la panadería, don Emilio miró a su sobrino Juan, un adolescente que acomodaba mercadería en los escaparates como alguna vez lo había hecho el niño Mujica.

—¡Pobre mujer! —exclamó el panadero—. ¿Te parece a vos que el Pepe puede llegar a ser presidente de la República?

Doña Lucy se fue por la bajada, a paso tranquilo, con el pan en la bolsa y su convicción en el alma:

—¡Ya van a verlo! —pronunció mientras pasaba frente a la escuela de Pepe.

Llegó a la puerta de su casa y allí mismo se juró que viviría para ver libre a su hijo, para abrirle la puerta y abrazarlo, el día que regresara a su hogar.

— 32 —

Tres vivos entre los muertos

En una visita de junio de 1976, el padre de Rosencof se sentó frente a su hijo y comenzó a hacer comentarios baladíes sobre la vida en el barrio, con su marcado acento de judío-polaco. Y cuando advirtió que el guardia no atendía ya lo que decía, filtró un demoledor mensaje:

—¿Estás bien, viejo?

—Sí, la gente me quiere bien… mataron a Zelmar… todos se preocupan por mí… mataron a Gutiérrez Ruiz…

Rosencof volvió a su calabozo, se sentó contra la pared, apesadumbrado.

Así recordó uno de esos días de 1972 en que Gavazzo comandaba la sala de torturas del cuartel de Tacuarembó: «*Me llamaron para que tome medidas de seguridad porque tu amigo Zelmar está diciendo en el Senado que yo te estoy aplicando el soplete* —bufaba Gavazzo ante el torturado Rosencof—. *Voy a tomar medidas, pero mejor que las vaya tomando él*».

El Ruso lo recordaba con nitidez en la soledad de su encierro.

No habían pasado dos meses del golpe de Estado militar en la Argentina. Los asesinatos del senador frenteamplista Zelmar Michelini, del presidente de la Cámara de Diputados, Héctor Gutiérrez Ruiz, y de los dirigentes tupamaros Rosario Barredo y William Whitelaw se produjeron en Buenos Aires, el 20 de mayo de 1976.

Ese día Mujica cumplió cuarenta y un años.

Pensaba en Erro, preso en Argentina, según le había contado su madre: «*¡Aguantá, viejo, aguantá!*», imploraba Pepe desde el nicho de Santa Clara de Olimar.

Mujica aún respiraba, sí, pero sometido a un sistema de tormentos que le auguraba la muerte, una muerte lenta, en la tumba con vigilancia en la que ya estaba enterrado.

La arremetida militar terminó por echar, el 12 de junio, al dictador civil Juan María Bordaberry. En los cuarteles se vivió con euforia y en guardia permanente —armados para la guerra— durante las semanas posteriores.

Los tres rehenes fueron trasladados, el 27 de julio, en medio de un despliegue inusual de seguridad. De nuevo encapuchado, Mujica se aferró a la escupidera, cuando comenzaron a golpearlo por el corredor. Lo alambraron como de costumbre, pero la pelela fue con él.

El camión los mantuvo dando vueltas casi todo un día: llegaron al Batallón de

Ingenieros de Laguna del Sauce. A Pepe lo afectaba un fuerte mareo producido por el largo viaje encapuchado. Lo bajaron a las patadas, y tambaleándose, se fue al suelo.

Una vez incorporado, lo llevaron al calabozo y lo pusieron —tal como era la norma— de plantón, con capucha, por varios días. No permitieron que ninguno de los rehenes fuera al baño. Pepe se las ingenió para usar la pelela.

Arrancaba un período en el que la exacerbación de lo sádico —a influjo de un alférez que pertenecía al comando de Inteligencia de la unidad— se reflejaría en la profundización de la hambruna como arma de castigo contra los sediciosos. Les servían solo un plato de caldo, sin alimentos sólidos de ningún tipo. A veces pan.

Pasaron las semanas y Pepe, Ñato y Ruso comenzaron a comer de las cosas menos pensadas: jabón, papel higiénico, barra de desodorante, moscas, chanchitos, pero de la humedad, crocantes.

Dos o tres veces por semana, los soldados hacían asado y les tiraban los huesos —algunos, sobras de los perros— para ver cómo se comportaban los hombres roedores. Pepe, Ñato y Ruso trataban de carcomer aquellos huesos con tal de ingerir algo de calcio.

Unas semanas después, la situación de Mujica era desesperante: la masa muscular se había reducido y entumecido hasta el punto de tener serias dificultades para caminar. Náuseas, vómitos imposibles, mareos, desmayos, diarreas e infecciones de todo tipo determinaban un diagnóstico sombrío, producto de aquella tortura que contaba con la aquiescencia de los médicos militares.

Meses después, a finales de diciembre, la tumba parecía dispuesta a franquear el paso a la muerte, que merodeaba de botas negras por el lóbrego corredor del cuartel.

Pero en la Unidad no estaban para climas fúnebres, y menos a fin de año. Así que organizaron una nueva fiesta, a la que estaban invitadas las autoridades de la División.

Todos llegaron a la hora prevista.

Las hélices veloces del helicóptero provocaban un vendaval que obligó a pestañear a aquellos milicos de caras recias formados para hacerle la venia al general, que ya descendía. Duros, como de costumbre, fueron demostrando su honor ante tan prestigiosa presencia.

—¡Descansen! —se escuchó, y el grito aflojó a más de un oficial que contenía la respiración para disimular la panza en el cortejo.

—¡Ahora sí, hay que ver cómo está ese asadito! —se relamió por lo bajo el alférez que mataba de hambre a los rehenes. Exultante, se frotaba las manos, junto con sus camaradas de armas.

Largas mesas cubiertas con impecables manteles. Decenas de bandejas de ensaladas, coloridas, frescas, esperaban la llegada de la carne, humeante, que esparcía su aroma por todas las instalaciones. Y eso no excluía a los nichos, aunque de saberlo, el alférez hubiera ordenado tapiar con algodones las narinas de los pichis, que nada tenían que hacer —ni oler— en aquella fiesta.

Pero el general sorprendió al jefe de la Unidad:

—¡Lléveme a los calabozos! —ordenó Gregorio Álvarez—. ¡Quiero ver a Mujica y a los otros dos presos!

—Sí, claro, mi general —respondió el oficial, que no podía desobedecer y que ya no tenía tiempo de ensayar excusas ni de montar ningún falso escenario. Aunque intentó aplazar el paseo por el corredor de la muerte.

—¡Con su permiso, mi comandante! —se dirigió al general Álvarez.

—¡Hable!

—El asado está pronto, ¿no quiere comer, primero?

—¡No! —fue la seca respuesta.

En ese momento pareció advertirse que Álvarez contaba con cierta información, que pretendía confirmar o desmentir. La idea de visitar a los presos no fue casual. Las reiteradas quejas de doña Lucy y de los padres de Rosencof y de Fernández Huidobro seguramente habían colmado la paciencia del general.

Pepe, Ñato y Ruso sintieron que la guardia se cuadró en el pasillo. Se escucharon los pasos firmes de las botas: el general y una comitiva de cuatro hombres avanzaban. Álvarez se paró frente a cada uno de los calabozos y observó por la mirilla, en silencio. Lo mismo hicieron los otros oficiales. El espectáculo era dantesco.

Los ojos de Mujica sobresalían del cráneo demarcado por una reseca y amarillenta piel. La osamenta yacía en el suelo, arrollada contra un rincón.

Los huesos de Rosencof y de Fernández Huidobro, cada uno en su cripta, completaban los pasajes del tren fantasma.

Los militares finiquitaron su espeluznante viaje, en silencio. Y volvieron a la vida exterior.

—¡Pero esto es un osario! —reprochó Álvarez—. ¡Esos tipos se les van a morir!

—Pero…

—¡Cállese la boca! —lo cortó Álvarez—. Yo no le di orden de matar. ¡Yo decido quién vive o quién muere en este lugar!

—Sí, mi comandante.

—¡Alimente a esos presos, y espere mis noticias!

—¡Comprendido, mi comandante!

—¡Ahora, quiero una buena tira de asado! ¿O me va a matar de hambre como a esos pichis? —ironizó el general.

A los pocos minutos, Pepe, Ñato y Ruso parecían víctimas de una alucinación.

—¡Un espejismo! —exclamó Pepe al ver aquel plato rebosante de carne y ensaladas de todo tipo.

—¡Esto es para usted, y si quiere más, me pega el grito! —le dijo el milico raso.

Pepe esperó a que cerraran la puerta y se fue arrastrando hacia el plato en el suelo. Lo miró con desconfianza —los jugos gástricos entraban en ebullición—, lo olió, lo

tocó, ¿cuál sería la trampa?, ¿estaría envenenado?… ¡Qué importaba!

Arrancó un pedazo de carne y lo tragó con mucho dolor.

El estómago de Pepe se había estrujado de tal forma que ya no podía ingerir alimentos sólidos. Mujica se retorcía en el piso con las manos sobre el vientre…

Sus compañeros también padecieron dolores y calambres estomacales.

Durante los tres días siguientes, las palizas se acentuaron. Mujica escuchó el grito ensordecedor del alférez en su oído encapuchado, ya no tan sorpresivo, y logró mantenerse en pie. Comenzó entonces a recibir puñetazos…

Todos pasaron por las últimas golpizas. Y el 22 de diciembre fueron sacados a patadas de los calabozos, encapuchados y alambrados. Nada nuevo.

Tirados en el camión, Ñato, Ruso, Pepe, y su pelela, viajaban rumbo al Batallón 11.º de Infantería de Minas.

Una vez bajados con los honores habituales, fueron encerrados en los calabozos, y a los pocos minutos cayó el comandante de la Unidad.

—Pero… ¿y esto qué es? —se preguntó el oficial al ver aquellos esqueletos—. ¡Número, traiga al médico, inmediatamente!

El soldado corrió a buscar al doctor de rango militar: los tupamaros fueron pesados y examinados. Y luego comenzó un período de relativa calma.

La alimentación se vuelve «normal»: la vieja y añorada polenta chirla, seguro que escupida, aunque sin vidrios de lamparitas. Se les permite tomar mate y armar tabaco.

Pepe debe alimentarse a cucharaditas debido a su precario estado de salud. Ñato y Ruso pueden volver a comunicarse con el método de golpecitos en la pared: habían pasado dos años sin que sus calabozos lindaran. Pero Pepe vuelve a quedar aislado.

Aunque para gran sorpresa, se les permite salir al recreo juntos, como parte del plan de recuperación. Deben permanecer en estricto silencio y separados entre sí, a siete metros de distancia. Los sacan sin capucha, algo fuera de contexto.

No se veían las caras desde 1973. Los cambios físicos en esos tres años eran impensables.

—¡Estás viejo, canoso y esquelético! —dice Ñato mediante el golpeteo de pared.

—¡Ah, porque vos sos *Miss* Uruguay! —replica golpeando Rosencof—. ¿Cómo viste al Pepe? No lo veo bien…

—La hambruna fue dura —acota Ñato—. Ahora que comemos, se va a recuperar.

—¡Qué falta le hace la tierra, la naturaleza! —comenta Rosencof—. ¿Viste cómo disfrutó hoy del sol?

—¿Quién te ha visto y quién…? Camisa y pantalón remangado, quietito en el pasto…

—… con las palmas en jarra y la cara libre… —Rosencof acentúa los golpes en esta palabra— mirando hacia el sol…

—¡Una belleza! —apunta Ñato—. ¡Parecía un aviso de Nivea!

El humor también era una de las herramientas de resistencia. Reírse de sí mismos —cuando se podía— resultaba el mejor antídoto ante los padecimientos. Pasar días, meses, años, lamentándose de su situación solo podía contribuir a profundizar la depresión.

Pero no era fácil: los procesos de angustia muchas veces eran incontrolables y terminaron por causar daños psíquicos.

Además de las interminables palizas —algo que los rehenes aprendieron a sobrellevar—, las permanentes provocaciones de los soldados buscaban que el detenido perdiera el control y reaccionara. Así les aplicaban sanciones, mayores castigos que conseguían sumirlos en la profundidad del pozo de los tormentos. Esa orden sí estaba dada por la superioridad: el propio Álvarez llegaba desde su despacho los 14 de abril para recordarles la fecha a los rehenes.

—¿Sabe qué día es hoy? —les preguntaba esperando la reacción.

Luego de la provocación del general, que aludía a la masacre de abril de 1972, todo estaba permitido para la guardia.

Cuando en octubre de 1977 fueron trasladados otra vez al 7.º de Caballería de Santa Clara de Olimar, además de retornar el régimen de hambre, se repitieron los maltratos de todo tipo: insultos hirientes aunque trillados —«*¿Su apellido es Rosencof, verdad? ¡Heil, Hitler! ¡Ja, ja, ja!*»—, y la continua desatención y burla médica.

—¡Mujica tiene diarrea! Esto se arregla con cuarenta y ocho horas de ayuno.

—¡Por qué no me deja de joder! —replicó Pepe, que volvía vertiginoso al estado esquelético.

—No se me enoje. Mire, le receto… ¡Un litro de agua por día! —se rio el Hipócrates militar.

Y la receta, con su firma, fue colgada en la puerta del calabozo de Pepe, para que los guardias se desternillaran. El agua, turbia, llegaba en los baldes de la fajina. O límpida, en jarra, que era pateada por una bota antes de que Pepe pudiera alcanzarla.

—¡Andate a la puta madre que te parió! —la frase de Pepe se oía a menudo.

Pero de los hechos más hirientes que padecieron los rehenes en ese cuartel, el que más los golpeó, en el alma, sucedió en el verano de 1978.

Los milicos llevaron a unos cuantos niños hasta los calabozos y los levantaban para que pudieran observar a las bestias por la mirilla de la puerta. Una vez enfocado el animal, y como les habían ordenado, los niños comenzaban a insultar a los rehenes, descargando un odio imposible para aquellas edades, pero que los militares entendían fundamental en la formación de sus hijos.

«*¡Qué horror, pobres niños!*», se lamentó Pepe. Ñato y Ruso también quedaron estupefactos, ante la agresión que esos oficiales, jefes militares, causaban a sus hijos.

Unas semanas después, el 28 de febrero, los rehenes fueron trasladados de nuevo a Melo. Allí, en forma inesperada, se encontraron con una novedad increíble. Las duchas tenían un calentador eléctrico —de los brasileros— que les permitió bañarse con agua tibia. La ducha la hubieran disfrutado igual con agua fría, porque los meses de tormentos en Santa Clara incluyeron la prohibición del baño. Unas semanas después, se produjo el siguiente diálogo entre dos soldados.

—¡La puta madre, sale agua fría! —gritó un «número» con el grifo en la mano.

—¡Ya sabés que no hay nada a prueba de milicos! —respondió su compañero de guardia.

El calentador duró poco. La estadía de los rehenes fue de cinco meses. En ese lapso, Ñato logró leer un titular de *El País*, diario que se encontraba tirado entre los bultos de un calabozo que se usaba de depósito, y donde se guardaban los bienes materiales de los tres tupamaros: refería a un informe en Estados Unidos sobre la situación de Uruguay, pero no pudo averiguar más. A partir de ese dato, elucubraron que afuera alguien se estaba ocupando de hablar de un pequeño país que vivía en dictadura. Claro que no podían saber si se cuestionaba o se saludaba la tiranía militar.

También en ese período los soldados solían robar en abundancia: comestibles, cigarros, ropa, que los familiares de los tupamaros llevaban al cuartel, y que debían permanecer en el calabozo de depósito, al lado de los que ocupaban los rehenes.

Una madrugada silenciosa se alborotó por una voz grave, solemne y todopoderosa:

—¿Qué hacen ustedes ahí? —acusó Mujica—. ¡Dejen esa yerba!

Usó el tono imperativo clásico de la verticalidad militar.

Los guardias salieron a los tropezones del depósito. No podían creer que los rehenes, encerrados en sus cuevas, pudieran ver lo que estaban haciendo. Es que no contaban con la agudeza auditiva que en los varios años de calabozo habían logrado desarrollar aquellos tupamaros.

Esa capacidad les permitió escuchar, en noches serenas —ya iban casi dos mil y una noches—, las conversaciones de decenas de guardias. Así lograron percibir y memorizar hasta los más íntimos detalles de la vida de muchos soldados, y de vez en cuando cazar alguna noticia, muy pocas y parciales, del mundo exterior.

Se enteraron de que los argentinos habían ganado el mundial, pero nada sabían de la brutal represión que se había desatado ese año en Argentina contra uruguayos que resistían a las dictaduras, como los Grupos de Acción Unificadora. Tampoco tenían información de que los militares uruguayos participaban de la represión regional denominada Operación Cóndor, y aunque lo podían sospechar, no imaginaban la monstruosa envergadura de la tortura, de la desaparición forzada, ni del robo de bebés: miles de víctimas en un país devastado, en una región demolida.

Pepe, Ruso y Ñato vivían en otro mundo, aislado, pero sometidos a la misma lógica represiva. Y por ahora no había expectativas de que la situación cambiara.

Entre las pocas nuevas, una retrasada pero buena noticia le llegó a Pepe a través

de susurros y gestos de su madre: ya hacía un tiempo que Erro había logrado exiliarse en París, tras el encarcelamiento en Argentina.

El martes 1 de agosto de 1978 amaneció nublado. Los rehenes se disponían a soportar un día más dentro de aquellos calabozos, pero un poco antes del mediodía se iniciaron los preparativos de traslado. Las capuchas, las manos atadas, el destrato habitual, y a la caja de una camioneta, custodiados por un alférez, dos soldados y una perra llamada Kati, la que tantas veces fue azuzada para amedrentar a los detenidos. Por las dudas, detrás, más camionetas militares.

Las voces conocidas de los milicos insultaban como de costumbre durante el viaje. Entraron en la ciudad de Treinta y Tres y siguieron de largo; los rehenes oyeron el inconfundible sonido al pasar por el puente del río Olimar y se imaginaban aquel paisaje desde la oscuridad de sus capuchas. Las bromas de los milicos sobre la suerte de los tres tupamaros perduraban, pero estos habían aprendido a usar el oído sordo.

Un rato después la caravana paró al costado de la ruta. La mayoría de los milicos bajó a orinar al aire libre. Y al volver de sus quehaceres, se escuchó la orden:

—¡Sáquenles las capuchas!

Aquel mandato era inapelable, así que los milicos que viajaban de custodia debieron descorrer el velo de los tupamaros, y se hizo la luz.

Pepe, Ñato y Ruso se miraron como reconociéndose: habían pasado casi dos años desde la última vez.

A Pepe se le formó aquella mueca de siempre al sonreír —ahora casi sin dientes— y con un gesto les indicó a sus compañeros que miraran lo que llevaba entre sus manos. Ñato y Ruso conocieron así la famosa pelela rosada. Por unos instantes se la quedaron mirando, como quien observa una reliquia. No estaban errados. Estaba gastada, sarrosa, mohosa, olorosa, pero indemne, honorable.

También pudieron verles las caras a los milicos, y a la Kati, cuyas voces —ladridos y tarascones— bien conocían. El alférez ni los guardias sabían qué hacer, para ellos la situación también era imprevista.

Pero los ojos de los rehenes no querían perder tiempo: se iban hacia los campos verdes, el cielo abierto, la arboleda lejana, aguadas, vacas, ovejas, pájaros…

Respiraron hondo, y contemplaron en silencio aquellas postales.

Pero no todo era bello, pues también pudieron advertir la depresión social y económica de pueblos como José Pedro Varela, Pirarajá, Mariscala.

Pepe olfateaba la pobreza en la intimidad de aquellas típicas casas del interior del país, ahora alicaídas, marchitas, sin vida…

—Parecen pueblos fantasmas —expresó Ñato.

—Abandonados —acotó Ruso—. ¡Qué triste!

Sus manos hablaban en código, unidas por las mismas cadenas.

La lluvia empezó a repicar en el techo de la camioneta. El alférez, en un rapto humano y en medio de su incomodidad, sacó una cajilla de cigarrillos y convidó a milicos y tupamaros por igual.

No estaban fumando la pipa ni el cigarro de la paz, pero participaban de una especie de tregua, de un tácito cese de las hostilidades unilaterales.

Los milicos pusieron el tabaco y los tupamaros el gran cenicero rosado, que Pepe jamás dejó de sujetar. No era para tanto.

Llegaron a Minas, donde estuvieron casi tres meses, sin grandes cambios en sus angustiantes vidas. A fines de octubre, fueron trasladados a un cuartel que no conocían: el Batallón 10.º de Infantería de Treinta y Tres. Allí se encontraron con nuevas caras y odios similares a los conocidos, pero los militares habían construido una especie de celdario especial para los tres tupamaros. Tal institucionalización inquietó a los rehenes por cuanto una edificación especial reflejaba algo permanente, la crueldad estable.

Pero de allí fueron a parar a Rocha, en mayo de 1979, donde lograron enterarse —por charlas con oficiales jóvenes, sin experiencia en el tratamiento de «pichis» tupamaros— de las arremetidas macabras de otros oficiales uruguayos que actuaban con impunidad en Argentina en una eufemística lucha regional contra la subversión.

Del otro lado del río ya había miles de muertos. Y de desaparecidos; entre estos, cientos de uruguayos: Ataliva Castillos, Juan Bentín, María Garreiro, Nebio Melo, Gerardo Gatti, León Duarte, Alberto Mechoso, Carlos Bonavita… muchos compañeros y compañeras, militantes junto con Mujica en las primeras horas de lucha. Joe Baxter había muerto en 1973 al estrellarse el avión de Varig en el que viajaba desde Orly a Bruselas, en misión de la Fracción Roja desprendida del Ejército Revolucionario del Pueblo. Nell Tacchi se había suicidado en 1974, luego de quedar paralizado en una silla de ruedas por un balazo en el cráneo recibido el 20 de junio de 1973 en la llamada «masacre de Ezeiza», un enfrentamiento armado entre peronistas de izquierda y de derecha cuando el avión del general Perón pretendía bajar en el aeropuerto argentino luego de los años de exilio en España. Ahora la dictadura militar argentina —muchas veces en complicidad con grupos represivos uruguayos— torturaba, mataba y arrojaba los cadáveres al mar…

Un día, Pepe se sintió observado por la mirilla. Estaba sentado en un rincón, con las piernas arrolladas, la cabeza ladeada contra la pared. Tenía los ojos cerrados, se tapaba los oídos con las manos y su cara reflejaba dolor.

La mirilla se cerró y luego sintió las botas alejarse: eran varios pares.

Unos días después, un capitán del cuartel de Rocha intercambió algunas pocas

palabras con Mujica. Le contó que habían recibido la visita de oficiales argentinos, quienes antes de irse pasaron por el sector de los calabozos:

—Lo estuvieron observando.

—Me pareció.

—¿Y sabe lo que dijeron?

Mujica torció la boca y subió y bajó los hombros: poco le importaba.

—Dijeron: «tipos como este, allá en la Argentina, estarían diez metros bajo el agua».

—Mire.

—Yo los desprecio —adujo el capitán—. En Uruguay somos distintos…

De las conversaciones con los oficiales jóvenes, que a veces se transformaban en ensayos de interrogatorios, surgió un dato que Ñato y Ruso celebraron, de alguna manera, durante sus diálogos clandestinos: el triunfo de la revolución nicaragüense.

Pepe seguía incomunicado. El encierro estaba afectando su mente en forma grave. Padecía incipientes alucinaciones: ruidos esporádicos que lo despertaban en la madrugada.

Por razones de escala, el genocidio a la manera argentina podría parecer más horrendo. Pero en Uruguay se seguía torturando, matando y haciendo desaparecer gente. En el caso de los presos, y en particular de los rehenes, se buscaba la destrucción de la persona, el aniquilamiento psicológico. Pepe lo estaba sintiendo…

Un nuevo traslado se produjo en diciembre: retornaron a Melo. En ese cuartel recibirán una visita inesperada, en mayo de 1980.

—¡Diga su nombre completo! —ordenó tajante el oficial.

—José Mujica Cordano —respondió Pepe, monocorde, sin ánimo, en brevísimo papel protagónico. Como en la platea, sentados tras una larga mesa, militares y civiles.

—¡Retírese! —gruñó el oficial y bajó el telón.

A continuación otros dos actos similares interpretados por Eleuterio Fernández Huidobro y Mauricio Rosencof. Cada uno de los rehenes había escuchado la misma amenaza antes de entrar a escena:

—Ahí adentro están los de la Cruz Roja Internacional. ¡Si te hacés el loco te la damos hasta desfigurarte! ¡Entendiste, pichi!

La farsa se completaba con la escenografía montada en cada calabozo: limpieza a fondo, apertura de ventanilla, introducción de mesa, silla, libros y revistas, mate y termo. Todo debía estar a la vista.

A la hora de la visita a las celdas por parte de la Cruz Roja, los rehenes estaban ocultos bajo vigilancia en una pieza del cuartel, esperando hasta que se les diera la

orden de actuar para el público.

La función concluía con un informe del médico militar sobre el excelente estado de salud de los reclusos.

—¡Ustedes los han visto, señores! —alegó el oficial—. Llegaron caminando y se identificaron sin problema.

Una vez que la misión civil se retiró, los milicos vaciaron los calabozos: se llevaron mesas, sillas, libros… y las tres bestias fueron enjauladas.

La Cruz Roja ya había visitado el Penal de Libertad y el de Punta de Rieles, y en esos establecimientos pudo conversar con los presos. Parecía increíble que hubieran aceptado visitar el cuartel de Melo bajo las condiciones impuestas por los miliares que —era evidente— pretendían ocultar la verdad. Poco después los observadores internacionales se dieron cuenta del error.

Pasarán los meses. El invierno de 1980 les congelará nuevamente los huesos en los pozos del castigo. El sometimiento será invariable: palizas, humillación, hambre, angustia, dolor físico y mental. Cada vez será mayor el deterioro psíquico.

Ausentes de lo que ocurría afuera, a principios de noviembre serán trasladados por segunda vez al Batallón 10.º de Infantería de Treinta y Tres, donde se encontraban las celdas especiales construidas para los tupamaros.

Unos días después, en una noche serena de primavera, los rehenes escucharon un diálogo inquietante entre dos guardias…

—¡Ah, sí! ¡Hay que irse preparando pal’plebiscito! —dijo el cabo de segunda mientras dejaba caer el chorro de agua caliente sobre la yerba desteñida.

—¡Y sí…! —respondió el cabo primero estirando la mano para recibir el mate.

—¡Dicen que ese día va a haber bruta festichola! ¡Se va a poner linda la cosa!

—¡Linda y pico! De todo pa comer, pa chupar…

—¡Y el resultado ta visto! —afirmó el cabo de segunda.

—¡Ta visto, ta! —reafirmó el cabo primero.

—Los viejos dicen que…

Y antes de terminar la frase, como si buscara crear suspenso en el auditorio que paraba la oreja detrás de la pared, el soldado chupó de la bombilla hasta escuchar el ruido a vacío desde el fondo del porongo. Entonces completó la oración:

—Los viejos dicen que se gana, nomá.

—¡Por lejos! —el cabo primero se mostraba convencido—. Dicen que el país va a dar un ejemplo…

—¡Pero ¿cómo no?! —respondió el de segunda—. ¡La gente debe saber lo que le conviene, ¿no?!

—¡Qué no va a saber! ¡Un ejemplo va a dar la gente! —reiteró su camarada.

—¡Ah, yo a la que le voy a dar mañana’e noche e a la brasilera! —apuntó el cabo de segunda, pensando ya en su visita al quilombo del pueblo—. ¡Qué tetas tiene esa Loira!

—¡Qué lo parió! —reafirmó el otro guardia.

Y así el diálogo volvió a su rutina de cuentos sobre cogidas y «proezas» nocturnas.

Olvidando el tema de los culos y las tetas, que los rehenes no veían ni en almanaques —prohibidos, por cierto, no por su contenido sexual sino como forma de cortar esperanzas de salir algún día—, la charla de los milicos inquietó a Pepe, Ñato y Ruso.

Los tres tupamaros comenzaron a elaborar conjeturas de todo tipo, pero era evidente que se jugaba una reforma constitucional que podía favorecer al régimen militar.

Las expectativas de los rehenes, desde su penosa situación, eran muy pesimistas. Y con la poca información que tenían, no llegaban a comprender quiénes apoyaban el «Sí» y quiénes el «No».

En las noches siguientes, Pepe, Ñato y Ruso trataron de pescar algún dato que les permitiese componer mejor el escenario de la votación, pero fue en vano.

Las charlas entre guardias jóvenes poco aportaban. Algunos jamás habían votado a pesar de tener veinticinco o veintiséis años.

La costumbre de sufragar se había perdido: las urnas juntaban el polvo de los últimos nueve años, encerradas en sus propios calabozos. La ciudadanía las había visto por última vez en 1971, cuando ganó Bordaberry, en las discutidas y quizá fraudulentas elecciones nacionales de aquel año.

Ahora resurgían del ostracismo, pero tal vez para recibir el tiro de gracia: a juzgar por los comentarios del locutor promilitar de la radio de Treinta y Tres, ese último domingo de noviembre de 1980 estaban en juego la libertad y la democracia, vivir en el orden o en el caos de la subversión.

Pero los rehenes no lograban reunir aún información esclarecedora. Aunque algo intuían, no sabían que en aquella votación el régimen tirano buscaba perpetuarse en el poder; que mediante una campaña masiva de comunicación diseminaba el miedo, a fin de lograr el respaldo de la ciudadanía a modificaciones antidemocráticas en la Constitución de la República.

Si se aprobaba la reforma, podría llamarse a elecciones nacionales, por ejemplo, pero con partidos excluidos —como el Frente Amplio— y se crearía un Tribunal de Control Político nombrado por militares, capaz de destituir a presidente, ministros, legisladores, jueces… Ese era solo uno de los cambios despóticos, pero había decenas del mismo tenor autoritario.

Los tres atormentados debían ocuparse de sobrevivir, no podían pasársela todo el día con análisis políticos: importaba mucho más conseguir comida, poder ir al baño, que alimentar vanas expectativas. Pero aquella tarde del plebiscito el cuartel quedó casi vacío —los soldados debían hacer guardia en las mesas de votación— y en ese silencio los tres rehenes, cada uno en la soledad de su calabozo, volvieron a sentir la extraña sensación de la esperanza… Una esperanza difusa, intuitiva, sin raciocinios de otro tiempo.

Al cerrarse las mesas receptoras de votos, los verdes uniformes volvían a repoblar el Batallón. La fiesta comenzaba: la milicada disipada colmaba el casino, la plaza de armas, los pasillos. Pepe, Ñato y Ruso percibían desde los calabozos el roce sonoro de los vasos y el trasiego descomunal de los platos más variados. Incluso parecían mezcladas las voces, y hasta las risas, de los oficiales y subalternos. Sí, departían juntos, algo insólito.

—¡Esto es muy grave! —se lamentó Ñato rascándose la cabeza, desorientado.

—¡Van a ganar los milicos! ¿Ganarán? ¡No! ¿Qué ganarán? —se interpeló Ruso.

—¡Nunca se acaban los males, van poco a poco creciendo! —murmuraba Pepe en versión libre del gaucho Martín Fierro, un clásico de su repertorio.

«*Sí señores, estamos en directo para todo el departamento de Treinta y Tres* —la voz emocionada del locutor de la radio local llegaba con nitidez—: *Aquí, ¡sí!… Se va a abrir el primer sobre… ¡Sí!, el primer voto es para el ¡Sí!*».

—¡Je, je! —mostró su placer el cabo de segunda al lado de la Spica.

Así los rehenes supieron que la esperanza estaba en el «No».

«*Aquí, ¡sí!, otro voto para el "Sí", señores* —proseguía el locutor—: *El voto patriótico se impone con claridad…*».

—¡Sonamos! —especuló Pepe.

Unos minutos más tarde, el sonido de la radio ya no llegaba con claridad:

—¡Puta, carajo! —se lamentó Ñato.

Y el bullicio fue amainando, hasta que se acabó. Duró algo más de una hora.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —se preguntaba Rosencof estirando el oído hasta lo inimaginable.

—¡Parece que se les acabó la joda! —lanzó Pepe entre los cortocircuitos de un ruido fastidioso que le azotaba los oídos: debía tranquilizarse para tratar de que el ruido desapareciera.

—¡Qué milico hijo de puta, ni autorizado sube la radio! —refunfuñaba Ñato tratando de pescar algún dato del escrutinio entre nuevos cuentos de lupanares criollos.

«*Atención: llega infor… desd …video… en la capi… del paí… el resul…*».

Y cuando Ñato buscaba desesperado una mejor posición para lograr escuchar la débil señal, el cabo le apagó la radio.

—¡No, hijo de puta, no! ¡No! ¡No! ¡No!

Ese vocablo monosílabo de dos letras, reiterado por Ñato, era justo el que había escuchado el cabo en su radio: en Montevideo y en Canelones ganaba el «No». Y por ello, el milico giró la perilla de la Spica hasta que sonó el clic del apagado.

La noche se silenció…

Las almas de los rehenes se inflaman: Pepe, Ñato y Ruso esperan tan solo una confirmación:

—¿Quién? —el cabo suponía que las bestias encerradas no podrían descifrar lo que estaba preguntando.

—¡No! —fue la respuesta desde lejos.

—¿Mucho? —repreguntó el cabo, apesadumbrado.

—¡Roba! —respondió la voz.

Las lágrimas desbordaron el silencio. El llanto hidrató el corazón reseco, y la esperanza resucitó en las tumbas: tres vivos entre los muertos…

33

La flecha ya está en el aire

En las semanas posteriores se escucharon autocríticas en el cuartel por el triunfo del «No», o más bien críticas desde las capas más bajas de la milicada.

—¡La culpa es de estos viejos! —acusó un soldado raso refiriéndose a los oficiales del Ejército—. ¡Ahora, que se jodan!

—¡Son unos comunistas! —respondió otro de los guardias empleando el insulto más grande que se podía imputar en aquel tiempo militar, que ahora comenzaba a caer en desgracia.

Las palizas y el maltrato general continuaron.

Pepe luchaba contra los fantasmas, que lo visitaban a menudo en su calabozo para encender un grabador que lo controlaba todo.

—¡No te voy a dar el gusto! —decía Pepe—. ¡Andá a grabarle a tu abuela!

Ñato y Ruso se preocupaban por la salud de Pepe. Ellos no estaban tan cuerdos como creían, pero advertían un problema mayor en Mujica, que no quería comunicarse por ningún medio con sus compañeros porque entendía que los estaban espiando.

Aun así, Pepe mantenía su lucha de contrainformación empleando un eficaz método de escuchas y almacenamiento de datos. En vez de pinchar un teléfono, adiestró sus oídos —las charlas de la guardia lo nutrían cada noche—, y su memoria actuaba como el más eficiente archivador. Registró con detalles vida y obra de oficiales corruptos.

Cada vez que lo interrogaba un juez militar, Pepe usaba sus últimos minutos para despacharse contra los milicos venales:

—¿Tiene algo más que decir?

—Sí, si me permite, tengo otra denuncia de corrupción…

Y así comenzaba una meticulosa descripción de las maniobras de los oficiales.

En Rocha había revelado actos de contrabando, apropiación indebida y abuso de funciones de parte del comandante del cuartel: el señor jefe usaba los camiones militares para ingresar matutes de todo tipo desde Brasil, había vendido a unos yanquis decenas de piezas históricas que se exponían en el Museo del Indio de la Fortaleza de Santa Teresa, y también vendía a barracas particulares los materiales de construcción que se robaba de las obras de reparación del Fuerte de San Miguel.

Ahora, en Treinta y Tres, Pepe se encontraba frente al juez militar, el capitán de navío Azzarola:

—¿Hay más todavía, Mujica?

—¡Sí, claro!

Ya había descrito las maniobras en la explotación de una gran estancia en Quebrada de los Cuervos, donde el usufructo de tierras, usurpadas, la cría de animales, robados, y la mano de obra militar, pagada por el pueblo, generaban abultadas divisas para las cuentas bancarias de algunos oficiales.

—¿De qué se trata, ahora? —preguntó Azzarola.

—Bueno, hay una barraca de cueros que comanda el capitán, en sociedad con algunos otros jefes…

—Me habla de otra situación presuntamente irregular —apuntó el juez militar.

—¡Delictiva por donde se la mire! —corrigió Pepe.

Y comenzó a detallar cómo los soldados ya ni pasaban por el cuartel: se iban directo a trabajar en la barraca de cueros hurtados de las gigantescas carneadas del Batallón.

Los jóvenes militares cobraban sus salarios públicos, ni un peso más ni uno menos, pero acumulaban méritos sirviendo a sus jefes en procura de un rápido ascenso. El capitán y sus amigos oficiales se repartían las ganancias de tan fructífera empresa.

Pepe sabía que tras las denuncias llegaban las represalias, pero disfrutaba del momento de revelar las maniobras, porque entendía que por menos que el sistema hiciera contra los denunciados, algún dolor de cabeza les causaría a los milicos corruptos.

Se trataba de una forma de lucha que lo mantenía vivo, a pesar de sus padecimientos.

El capitán, hecho una fiera, intentó que Mujica firmara un documento admitiendo que todo lo denunciado era falso.

—¡No firmaste pero ya vas a firmar, hijo de una gran puta! —espetó el oficial en la puerta del calabozo mientras blandía un garrote.

—¡No te voy a firmar una mierda! —replicó Mujica.

—¡Ah, te querés hacer el guapo, ya vas a ver! —amenazó el milico.

—Yo no preciso hacerme el guapo, pero a ver si vos sos guapito —retrucó Mujica—. ¡¿Por qué no venís pa acá dentro?! ¡Traé un cuchillo pa cada uno y vamo'a ver quién es el guapo!

El oficial lo miró fijo, con los ojos retorcidos, pero se marchó sin pronunciar palabra.

Esa noche el incidente fue la comidilla de la guardia. Y los oídos agudos de los tupamaros escucharon los comentarios:

—¡El capitán se cagó! —resumió un soldado.

Esos momentos de regocijo eran tan intensos como fugaces. Unos minutos de júbilo costaban mataduras. Las lesiones físicas aunque brutales eran mejor soportadas por los rehenes: años de golpes de toda clase generaban una especie de antídoto al

dolor.

El gran daño para los tres, pero sobre todo en el caso de Pepe, se manifestaba en lo psíquico: en setiembre de 1981 se cumplieron ocho años desde su descenso a las criptas militares.

Habían llegado otra vez al cuartel de Laguna del Sauce.

Allí estaban cuando renació la primavera.

Pepe camina por enormes jardines florecidos, entre guitarreros y picaflores, e invita a Lucía a pasear por frondosos e interminables rosedales. Se sientan junto al arroyo, sobre el verde fresco, a la sombra de una anacahuita que se mece por la brisa. El sonido del agua serena, que pasa sin prisa, acaricia los sentidos. Pepe estira la mano para que el arroyo se cuele entre los dedos, y se moja la cara, y sonríe con su mueca mirando a su compañera…

La patada en la puerta desencaja. Ya está listo el caldo turbio y escupido que Pepe debe tragar para no morir. Antes observa a su alrededor y piensa si habló en voz alta durante el paseo.

«*¿Conversamos sobre la chacra?* —se pregunta—. *¿Ya sabrán dónde queda?*».

Los nervios lo envuelven, camina de pared a pared: dos pasos de ida y dos de vuelta. Repite el circuito, ocho, nueve, diez veces. Se sienta, reflexiona, se afloja, cierra los ojos, se calma: la chacra se encuentra a salvo, aún no ha tenido tiempo de comprarla…

La tarde está hermosa, lo presiente, pero no sabe que es viernes —no es algo que le preocupe—, ni que empieza un fin de semana largo e inesperado.

—¡Vamos, salga de ahí, que hoy tiene recreo! —le ordena el guardia.

En fila, con las manos a la espalda, esposadas, pero sin capucha ni golpes, caminan los rehenes rumbo al campo.

—¡Qué se traen estos milicos! —murmura Pepe.

Los soldados comienzan a agolparse detrás del alambrado.

—¿Qué mierda pasa? —musita el Ñato.

—¡Sentados! —ordena el oficial.

Pepe mueve los ojos de un lado a otro.

—¡Vamos! —apura el sargento.

Ruso, Ñato y Pepe quedan sentados en el pasto, al sol.

—Así que ocho años sin hablar, ¿eh? —pincha el oficial y resuenan las risas de los espectadores—. Hoy los vamos a dejar un poquito: ¡Pichicomes!

—¡Vamos, hablen! —reafirmó el sargento.

Los rehenes se miran y sonríen. No les salen las palabras… han perdido la costumbre de hilvanar una conversación en ronda de compañeros.

De a poco surge el diálogo, extraño, desordenado, casi fantástico…

—¡Miren esos pájaros! —dispara el Ruso.

—Se están alimentando —acota el Ñato.

—Bajan y se elevan con sus gusanos frescos —describe Pepe.

—¿Cuántos gusanos podrán llevarse por día? —pregunta el Ñato, irracional.

—¿Saben algo de la situación afuera? —pregunta el Ruso por lo bajo y con los dientes apretados.

—¡Cuidado! —interrumpe Pepe y baja la voz—. ¡Cuidado con lo que digamos! ¿No ven aquellas parabólicas gigantes?

—Yo pienso que los pájaros deben levantar toneladas de gusanos —Ñato sigue en lo suyo—. Pero me cuesta calcular la cantidad exacta por hectárea…

—¡Miren el horizonte! —insiste Pepe—. ¡Con esas antenas nos graban todo lo que decimos!

—¡Mirame Pepe! —le pide el Ruso al ver a su compañero enajenado—. ¿Cómo estás, hermano?

—Bien, bien… ahí… la voy llevando… —responde Pepe, serenándose.

Entonces el Ñato vuelve de sus pájaros:

—¡Qué bueno verlos, compañeros! —les dice con los ojos húmedos.

Ruso y Pepe le sonríen.

Los tres quedan suspendidos en aquel fraterno abrazo de miradas.

El almanaque mental del Ñato señala que es 23 de octubre de 1981.

Ese día disfrutaron de la primera media hora de charla al sol, sin saber el motivo de tanta benevolencia. Y al día siguiente, un nuevo recreo charlado. También al tercero. Los rehenes vivían pensando y ansiando el momento del reencuentro diario: en los calabozos, cada uno diseñaba la charla para la tarde siguiente, con la esperanza de que aquella concesión perdurara.

Al octavo día, antes de levantarse para volver al calabozo, Pepe recogió algunas piedritas del suelo, y entre estas, un pequeño caracol marino, algo raro puesto que aquel cuartel no estaba cerca del océano.

Ese fin de semana duró ocho días, quizá uno por cada año de incomunicación. Al noveno fueron encapuchados, alambrados y metidos otra vez en el camión. Destino: la meca de los perros, Melo.

—¡Nunca se acaban los males, van poco a poco creciendo! —recita nuevamente Pepe, aferrado a su pelela, en medio del traqueteo del oscuro viaje.

Al llegar, el recibimiento clásico: golpes, insultos, y el robo de las pocas cosas que llevan. Hambre, destrato y encierro absoluto describen el nuevo escenario. Así pasan la Navidad y reciben el Año Nuevo. El verano es sofocante.

Las calurosas noches de Melo despiertan a Pepe entre sudores de inconsciencia. Teme hablar dormido, y se levanta: un ruido infernal lo ataca.

—¡Nooooooo! ¡Apáguenlo! —grita en la madrugada.

Ñato y Ruso se despiertan y sienten la impotencia ante el dolor de su compañero.

Pepe trata de calmarse y se mete el caracolito de mar y las piedritas en la boca. Aprieta, traslada las piedras y el caracol de un lado a otro del paladar, muerde fuerte,

para evitar un nuevo grito.

La guardia se burla, tanto como el hipócrita médico militar.

Pepe se abstrae y busca la forma de sobreponerse a sus alucinaciones. A veces lo consigue en profundas meditaciones que lo transportan a un país soñado…

La incomunicación de Mujica es total. Los intentos de Ñato y Ruso por entablar algún contacto con él son vanos. La respuesta de Pepe es el silencio…

Pasaron cuatro meses en Melo, y en los primeros días de marzo de 1982 fueron trasladados a Treinta y Tres: calabozos más chicos —pero ahora con una enorme mesa, que hasta estorbaba el desplazamiento—, tinieblas durante el día y luz incandescente, asfixiante, durante la noche. Aire, a ninguna hora.

A los pocos días, se desarrolló un aparente simulacro de invasión al cuartel, con la consabida actuación involuntaria de los rehenes. Ya habían actuado en otros durante los últimos nueve años. Todo empezaba con una carrera de botas, gritos, órdenes, y la pateada de puertas de los calabozos.

—¡Al suelo! —gritaba el soldado y estrellaba la cara del tupamaro contra el piso mientras le colocaba las esposas. Luego amartillaba una escopeta, por lo general con impericia.

Y el cabo primero temblaba.

—¡Guarda, apuntá para allá! —decía por lo bajo, antes de que llegara el oficial.

El caño siempre terminaba en la nuca del rehén, que no intentaba nada raro puesto que todo era una farsa: hacía años habían perdido las expectativas de un rescate de ese tipo.

La actuación pareció terminar cuando los rehenes se dieron cuenta de que alguna alarma se había activado: la guardia se reforzó, el cuartel estaba repleto de soldados —se sentía su formación y marcha—, se ordenó que volvieran hasta los que estaban de licencia.

—¡Esto es tremendo! ¿Guerra? ¿Qué guerra? —se preguntaba Ñato tratando de afinar el oído. Un rato después comenzaron a escuchar la palabra clave: «Malvinas».

La guerra entre argentinos e ingleses mantuvo en vilo al cuartel durante algunas semanas: la preocupación mayor de los soldados era zafar de un eventual envío de tropas uruguayas a las islas.

—¡Esta guerra es una locura! —sentenció con tino un sargento.

—¡Locura sería que estos viejos nos mandaran pa ahí! —respondió el cabo.

—¡Sería otra cagada más! —anotó el sargento.

Ñato y Ruso comentaban, mediante el código de golpes, los datos que rescataban de las atentas escuchas nocturnas. Desde la derrota del «Sí» en el plebiscito de 1980 habían asistido a un profundo deterioro en la relación —que nunca fue buena— de los subalternos con los oficiales.

Ya en 1982, las consideraciones de los soldados rasos y de los que tenían cierta formación cuartelera —los llamados «clases»—, sobre los militares que comandaban el Ejército y nada menos que el país, rozaban el desprecio.

El rechazo de los civiles en las urnas y la creciente aversión percibida en la interna del cuartel permitían aventurar alguna esperanza de cambio en la situación política del país. Pero los rehenes no podían dejarse ganar por una ansiedad de ese tipo: estaban metidos en un pozo y su problema era sobrevivir.

Sin perder la confianza en lo que afuera pudiera lograr la lucha social —de la cual no se enteraban—, lo único que valía en aquellos calabozos era la fe o la confianza en sí mismos. No rendirse era su forma de luchar.

—¡No vamos a claudicar!

—¡Claro que no, compañero! —se alentaban mutuamente Ñato y Ruso.

Pero Pepe seguía sin comunicarse, y tal situación era motivo de preocupación en las conversaciones de pared. Aunque era difícil admitirlo, subyacía la posibilidad de que los años del tormento hubieran causado la destrucción psíquica de Mujica: de hecho esa era la finalidad que perseguían los milicos desde setiembre de 1973.

Ninguno de los tres rehenes estaba cuerdo, pero el sufrimiento de Pepe era ostensible. Por eso Ñato y Ruso buscaban una mínima señal de su compañero, una palabra, un dato que renovara la esperanza…

Un día sintieron que se aproximaba un par de botas con rapidez. Luego escucharon que abrían la puerta del calabozo de Pepe.

—¡Usté Mujica, agarre esa escoba y limpie el corredor! —ordenó el cabo.

Pepe salió a paso cansino, tomó la descuajeringada escoba de carqueja y comenzó a barrer el pasillo de los calabozos. Los guardias, fusil en mano, vigilaban de cerca los movimientos del rehén.

—¡Quién sabe lo que puede hacer este pichi con esa escoba!

Pero en un descuido de los soldados, Pepe llevó su mano hasta el piso como para remover cierta mugre que la escoba no alcanzaba a barrer, y logró así informar a sus compañeros de los viajes que había emprendido en los últimos meses.

Unos minutos después el Ñato golpeó, eufórico, la pared de Ruso, y le comentó:

—Pepe me pasó por debajo de la puerta un bagayo de papeles escritos.

—¿Qué dicen? —se apuró a preguntar el Ruso.

—Son verdaderos ensayos político-económicos.

—¡Tomá pa vos…!

—Anotaciones sobre producción agrícola, especulaciones y cálculos sobre ganadería —enumeraba Ñato mientras repasaba los papelitos.

—¡Ah, pero no anda con chiquitas! —sonreía Ruso.

—¡No, qué va a andar! —Ñato no salía de la sorpresa—. Pepe tiene la cabeza afuera, puesta en el país…

—Esos siempre fueron los temas de Pepe —apuntó Ruso—. ¡Qué alegría!

—¡Ojalá pueda…! —Ñato se entrecortó y quedó pensativo—. ¡Ojalá podamos verlo en lo suyo algún día!

—Algún día…

—Cuando esto se acabe…

—¡Ya se va a acabar, compañeros! —golpeteó el Ruso.

Pepe sonreía en su celda encapuchada, vigilada. Sonreía en las tinieblas porque su palabra se había hecho luz, en sus compañeros. Y porque, a pesar de los castigos auditivos que estaba seguro le infligían, su mente era inexpugnable, como «La Flecha» de Yupanqui, que de vez en cuando escuchaba en sus recuerdos:

Llenen mi boca de arena
si quieren callar mi voz.
De nada sirve la pena.
La flecha vuela en el aire/ La flecha vuela en el aire
para llenarse de sol.

Aunque al cantor le rompan la guitarra para impedirle la expresión, no debe afligirse, pensaba. «*Sin amor, rodeado de olvido, solitario el corazón, yo no he de bajar los brazos*», repetía Mujica.

Si me quitaran los ojos,
lo mismo he de verlo yo
con los ojos de mi hermano, donde la flecha cayó…
Después de volar volando
para llenarse de sol.

La noche previa al 14 de abril de 1982, cuando se cumplían diez años de la masacre desatada por el Plan Hipólito, los rehenes se preparaban para resistir. La arremetida llegó a primeras horas de la madrugada. Con la agresión acostumbrada, se inició un nuevo traslado, esta vez a un cuartel desconocido: el Batallón de Ingenieros 3.º, de Paso de los Toros.

Pepe, Ñato y Ruso pronto viajaban encapuchados en el camión militar, por los caminos internos que llevan al departamento de Tacuarembó.

El largo viaje concluyó.

—¡Bajen! —ordenaron los militares al tiempo que les daban patadas desde la caja del camión.

Los curtieron a botazos también por el patio. Se abrió una reja, e ingresaron en un

corredor resbaloso. A cada paso, el camino se volvía más oscuro: lo podían advertir aun bajo la capucha.

—¡Abajo! —fue la última orden que escuchó Mujica antes de que el golpe lo hiciera rodar hasta los confines de la catacumba.

Tirado contra la pared, escuchó cómo cerraban la puerta, en lo alto de la cripta: las cadenas sonaban pesadas al abrazar los barrotes, y el grueso candado trancaba seco y denso.

Cuando se pudo incorporar, zafó de los alambres y se quitó la capucha. El panorama era el más depresivo de los últimos nueve años. Estaba en el peor de los pozos: parado sobre el piso de hormigón, húmedo, debía levantar la mirada para apreciar la tapa de salida hacia el corredor. Se trataba de una grosera puerta levadiza construida con barrotes de madera de gran espesor, atornillados sobre una malla de hierro.

Pepe podía mirar hacia el corredor e incluso sacar la mano por entre los barrotes, so riesgo de recibir un botazo de alguno de los guardias que vigilaban desde arriba, en la lobreguez de aquel pasillo de cuartel.

La catacumba de Paso de los Toros era tan chica como el nicho de Santa Clara de Olimar. No tenía ningún tipo de ventana, ojo de buey o agujerito similar; y el techo era de chapa de zinc. Se llovía: la hojalata transpiraba en invierno y ardía en verano sobre la cabeza de los atormentados.

Y las ratas, que abundaban en Paso de los Toros, correteaban día y noche sobre el techo y por cuanto lugar se lo propusieran aquellos bichos grises, enormes como gatos.

En esas condiciones la salud de Mujica volvió a decaer.

—¡Apaguen esa máquina! ¡Apáguenla! —grita Pepe mientras se retuerce en el suelo, tapándose los oídos que parecen quemársele bajo un ardor de fuego.

El dolor no lo deja dormir ni pensar, ni viajar por los campos del país, ni pasear con Lucía por la vera del río, ni pedalear por el barrio, ni recoger castañas junto al abuelo Antonio, ni aprontar los paquetes de calas para la vieja que lo mira, y le sonríe, y le habla con voz dulce hasta que se calma…

—¡Ya está otra vez el loco del 4! —resoplaba un guardia, molesto porque los gritos de Pepe le desajustaban el ritmo de la charanga local y su última cumbia.

Desde el calabozo 7, Ruso, y desde el 9, Ñato, solían increpar a los soldados para que llevaran a Pepe al Hospital. Otros dos locos: la guardia no se podía inmutar ante el padecimiento de ningún «pichi», era una orden. Los oficiales ni se acercaban a las catacumbas, y cualquier queja desde aquel inframundo, si llegaba, era desatendida sin más trámite.

Aturdido por aquella voz infernal que vibraba día y noche en sus oídos, Mujica trataba de seguir resistiendo. Aún contaba con las piedritas y el caracol blanco de un mar incierto que se agitaba en la boca de un ser humano desquiciado.

La visita, inesperada, del encumbrado general Hugo Medina —golpista del ala dura del Ejército— deparó consecuencias, también inesperadas.

—¡Escuche, nos tratan como animales pero las verdaderas bestias son ustedes! —le zampó Pepe.

—¡Ah, sí! —respondió Medina con altivez.

—¡Rueguen porque nunca les toque!…

—¡Déjese de joder, Mujica!

—¡Sea humano por una vez en la vida, y mande apagar esa máquina!

Al proseguir el diálogo, los milicos de la comitiva confirmaron que el sedicioso del calabozo 4 estaba loco de remate, y que entonces el plan militar previsto para los rehenes había logrado su objetivo: «*Si no los podemos matar los vamos a volver locos*». La orden se había cumplido.

Medina autorizó entonces el traslado de Mujica al Hospital Militar.

Tras el largo viaje que lo llevó hasta Montevideo, Pepe entró en el edificio de sanidad militar de la avenida 8 de Octubre bajo una fuerte custodia. El dolor en los oídos parecía irrefrenable.

Lo sentaron en un banco y esperó a que acercaran la camilla. Lo sedaron y logró dormir. Al despertar recordó la última vez que había estado en aquel lugar, con la muerte a la orden.

«*Estoy igual, solo que la eventración cambió de sitio: ahora la tengo en la cabeza*», reflexiona Mujica con cierto humor negro, acostado en un pequeño cuartito.

Poco después estaba frente a frente con la psiquiatra de rango militar.

—¿Usted es Mujica? —preguntó la médica arrastrando la voz.

—Sí —respondió Pepe, que comienza a observar un comportamiento singular de la psiquiatra.

La mujer lo miraba fijo, callada, pestañeaba, callada. Le daba vueltas a Mujica, observándolo, mientras un extraño tic le hacía mover, incesante, la quijada.

—Así que escucha una voz —tic—. Dice que le prenden una máquina —tic—. No soporta el dolor de oídos —tic—.

—Sí, es lo que le dije…

—Muy bien —tic—. Tómese estas pastillas —tic—. Y se va a mejorar —tic—.

—¿Todas estas?

—Sí. ¡Buenas tardes! —la psiquiatra cerró la puerta y se fue.

Mujica miró las pastillas sobre la mesa: blancas, marrones, amarillas…

—¡Ah, pero esta está peor que yo! —dijo en voz alta.

Horas después pasó una enfermera por el cuartito.

—¿Tomó los medicamentos?

—Sí, sí —respondió Pepe.

—¡Muy bien, ya le traen la comida! —almuerzo y cena adecuados para un ser humano, y sobre todo trato cordial para una persona, eran quizá los remedios más eficaces para la enfermedad de Mujica. Sin embargo, el paciente desconfiaba de las pastillas.

—¡Si me las tomo, estoy frito! ¡La quedo! —dice Pepe mientras tira de la cisterna y se queda observando el remolino de agua que se lleva las grageas por las cloacas de la ciudad—. ¡Ya quisiera irme yo por ahí! —bromea Mujica con su pasado.

Ayudado por un analgésico sedante que le aplica la enfermera, Pepe logra descansar por las noches alejado de las máquinas y grabadores infernales.

—¡Gano yo, Nene!

—¡No hagas trampa, Pepe!

Los frenos se clavan en la puerta del tablado del Paso de la Arena. Se han vestido de pinta, como debe ser, pues terminar el ciclo escolar los convierte en «hombrecitos». Ven un rato la murga, y siguen pedaleando hasta el escenario de La Teja, el de Belvedere…

Quieren correr, como profesionales. Y lo están haciendo. Avanzan por las rutas, libres, y sus piernas se van volviendo fuertes, musculosas:

—¡Dale que estamos ahí! —Pepe embala en su Peugeot.

—El que pierde paga el helado esta noche —lo reta Nene y se le adelanta.

Han salido de la Colonia Estrella bien temprano y ya están en Nueva Palmira.

—¡Qué semana de carnaval, Pepe! —le dice su amigo al volver a la casa vieja de los Cordano.

—Y esta noche hay cordero…

—¡Mmmmm! —Nene se relame.

Mientras los «viejos» conversan al lado del fuego, ellos se aprontan en el cuarto: camisa elegante de manga corta, pantalón pinzado, bien planchado, zapatos que son un «jaspe».

Pepe se empareja el bigotito de «casi» mayor de edad —le falta un año y pico pero él se siente así—, un poco de agua de colonia, y listo.

—¡Hoy en la plaza, se mueren con nosotros! —se alienta frente al espejo.

—Eso no lo sé, pero nosotros seguro que nos morimos con ellas…

Después del cordero, una vuelta por el centro. Carmelo está rebosante de chiquilinas que cuchichean cuando pasan los forasteros. Por mirarlas casi se llevan puesta a una doña:

—¡Perdón, señora, perdón! —las muchachas se desternillan.

Helado en la confitería El Vesubio, charla, y tiempo, todo el tiempo del mundo…

Al volver, ya avanzada la madrugada, se sientan bajo el parral, y van despidiendo

la noche saboreando unos racimos de uvas…

—¡Ah! —Pepe suspira y pestañea. Parece sonreír.

Entra algo de luz a la habitación. Se da media vuelta.

—Mejor la moto, ¿no?

—Por eso mismo venía…

—Agarrala, ahí está…

—Gracias, Nene.

—Cuidámela, ¿eh?, que está recién encerada.

—Como siempre.

—¡Andá, andá, antes de que me arrepienta!

—¡La cana, la cana!

—¿Quién es el otro?

—No sé.

—¿Quién es el otro hijo de puta?

Ya va esposado en el patrullero. La sirena le rompe los oídos.

Se da vuelta, la luz en la cara, el ruido, vuelve el ruido…

—La moto es de un amigo que nada tiene que ver.

—Muy bien, ya veremos eso más tarde.

—¡Le pido por favor! Él no tiene nada que ver. El Nene no tiene nada que ver. ¡Nada que ver!

La luz lo ciega:

—¿Se encuentra bien? —la enfermera llega con agua.

—Sí, sí —despierta—, un sueño nomás.

—¡Una pesadilla!

—Sí, al final, sí…

Dos días después apareció la psiquiatra —tic— para revisarle los ojos a fondo.

—Le voy a cambiar la medicación —tic—.

—¡Espere, espere! —la frenó Pepe—. ¿Le puedo pedir un favor?

—¡¿Si puedo?! —la médica lo miró, desconfiada.

—Yo necesito leer alguna cosa…

—Pero… —vaciló la médica —tic, tic, tic.

—No, no… No se preocupe, no quiero leer a Marx —aclaró Pepe—, necesito leer libros de ciencia…

—¡Ah! —suspiró la psiquiatra. Y aún sin convencerse preguntó—: ¿Como cuáles?

—La verdá… ¡Lo que sea! —a Mujica se le dibujó la mueca, como antes—. Puedo empezar por física y química.

—No me va a fabricar una bomba —tic, toc—, ¿verdad? —se atajó la médica.

—Mire, si no leo el que exploto soy yo —respondió Mujica.

—Bueno, voy a ver qué puedo hacer por usted —prometió la psiquiatra y —tic— se marchó.

Al octavo día de haber vuelto a la catacumba de Paso de los Toros, la situación de Mujica cambió en algo fundamental: ahora podía leer y también escribir.

Pepe fue habilitado a tener libros, papel y lápiz en su calabozo.

—¿Quién lo iba a imaginar? —se sorprendió Mujica—. ¡La psiquiatra!

Valoró la gestión de la médica ante el Ejército, una actitud humana entre tanta brutalidad.

Así comenzó a repasar las páginas de los libros de física y de química que había estudiado en el Liceo Bauzá. Leía, subrayaba, anotaba, proyectaba su pensamiento.

Con la ayuda de doña Lucy, llegaron libros más complejos: bioquímica, por ejemplo. Y más tarde, un tratado mundial sobre ganadería, que describía la actualidad de ese sector productivo en diversas partes del mundo: Nueva Zelanda, Gran Bretaña, Australia, Estados Unidos…

Algunas personas vinculadas a la Universidad de la República se enteraron de que Pepe estaba estudiando en su calabozo y le enviaron libros y apuntes de la Facultad de Agronomía: pasturas, cultivos, métodos, rendimiento.

Esos libros eran el alimento diario de Pepe, porque la comida escaseaba.

Con la maña de los viejos presos, los rehenes se inventaron una fuente de trabajo que, a escondidas de los oficiales, les permitía sobrevivir: Ruso escribía poemas para las novias de los guardias, y se ganaba algún cigarrillo y un pancito extra. Ñato hacía caricaturas de futbolistas de Peñarol, campeón del mundo de 1982. La idea le había surgido un año y pico antes, cuando el campeón mundial era Nacional, pero no le salían aquellos dibujos. Ni lo intentaba, le parecían algo horrible…

Con la caricatura del crac Fernando Morena lograba una cebadura de yerba. El equipo aurinegro completo ya tenía otro precio: un kilo de yerba.

—Tengo un gran problema con la parra —se lamentó el guardia desde lo alto—: se me está secando…

—¡Ja, un clásico! —respondió Pepe, mirando al militar desde el pozo-calabozo. Y le recetó nutrientes, lo aconsejó en técnicas de riego y métodos de mantenimiento, como todo un perito agrónomo.

—¡Macanudo, ya te bajo el tabaco!

—¡Y las hojillas! —le recordó el experto.

Si los superiores merodeaban, la guardia se mantenía firme frente a los calabozos, pero si se disipaba el peligro, los soldados se resistían a bajar al corredor de las catacumbas, atestadas de ratas. Por eso, varias tardes y nochecitas, los rehenes quedaban solos y podían conversar, en voz muy baja, a través de los barrotes de madera.

Una de esas noches, después de una cena, digamos, liviana, Pepe les contó a sus compañeros que en Europa se había logrado reproducir un chancho acrecentado en tres vértebras:

—Es más largo y por tanto tiene más carne —abundó Pepe.

—¡Ay, por Dios! ¡Sírvame ese costillar entero!

—¡No seas angurriento, Ñato, que recién comiste, che! —recriminó el Ruso.

—Pero también hay que pensar en el arroz —prosiguió Pepe.

—¡Qué buen acompañamiento! —se relamió el Ñato—. ¡Para mí con ajo y perejil, por favor!

—¿No me digas que estás pensando en cultivar arroz para engordar a los chanchos? —le mandó el Ruso.

—¡Es un hereje! —sentenció el Ñato.

—Bueno, con ustedes uno no puede proyectar el país —se molestó Pepe.

Y al rato ya estaba comunicando sus nuevas ideas de cultivos para la chacra, que estaba seguro compraría al salir de aquel agujero.

Pasaban los días, semanas, meses, y las charlas —con un Mujica mucho mejor formado en las cuestiones del campo— eran recurrentes, y proporcionales al hambre del momento.

—¡Contate otra de chanchos, Pepe! —pidió el Ñato.

—Sí, adobado, con puré de manzana, tomates, habas, morrones, palmitos…

—¡Por qué no se dejan de joder! —respondió Pepe—. ¡Son unos masoquistas, ustedes!

—Pero es que con tu chacra, Pepe…

—Se nos hace agua la boca.

—¡Bueno, ta! Cuando salgamos de acá los voy a invitar a comer unos lechones a la parrilla, en la chacra, con todo lo que ustedes quieran.

—¡Mmmmmmm! —los saboreó el Ñato—. ¡Unos buenos lechones mamones!

Apenas le tomaron la palabra, Mujica —con vista preferencial a la escalera— alertó a sus compañeros de que volvía la guardia, y dejaron la comilona para otro día.

En el cuartel de Paso de los Toros, Pepe, Ñato y Ruso debieron cuidarse de las arremetidas represivas del oficial que quedó a cargo de la vigilancia de los rehenes. El alférez que en 1976 casi los mata de inanición en el Batallón de Ingenieros de Laguna del Sauce ahora era un poderoso oficial jefe.

—¡Guarda, ahí viene el lacra! —avisaba Pepe, y todos escondían los papeles.

Las requisas eran permanentes, y los rehenes debían escribir a escondidas: si bien Mujica tenía la habilitación del Comando del Ejército para usar lápiz y papel, no estaba exento de los actos arbitrarios del oficial lacra.

Pepe se las ingenió para defenderse, y elaborar sus proyectos agropecuarios. Ñato dibujó, y escribió una novela, *Postulado*. Y Ruso se dedicó a sus cuentos y obras de teatro: *El hijo que espera, El saco de Antonio, El combate del establo, El gran bonete, Mi amor por la Margarita, Conversaciones con la alpargata*.

Todas estas obras lograron conocer la luz, pero algunas otras se perdieron para siempre, rapiñadas y destruidas por necedad militar.

Pepe lograría seguir estudiando y sobre todo escribiendo con ritmo sistemático en su calabozo. Ese ejercicio disciplinó su cerebro y así comenzó a espantar los fantasmas. Su mejoría era ostensible en setiembre de 1983.

El miércoles 7, los rehenes cumplieron diez años de resistencia bajo castigos y tormentos. No hubo conmemoración ni cosa similar. Pero sin que ellos lo supieran, en el mundo exterior se realizaban denuncias sobre su penosa situación.

El escritor Mario Benedetti había firmado, el lunes 5, una columna en *El País* de Madrid que detalló las condiciones inhumanas de encierro a las que estaban sometidos los rehenes, informó sobre el régimen represivo de visitas, las amenazas a los abogados de los presos, la incomunicación absoluta a la que debían constreñirse los prisioneros desde hacía un decenio y las alteraciones a la salud mental de por lo menos dos de ellos. Uno era Mujica, el otro, Engler.

«*Lo verdaderamente extraño es que no hayan enloquecido los nueve, que no se hayan convertido en alimañas*», protestaba el escritor.

Unos días antes de la columna de Benedetti, aparecía un artículo en *El País* de Madrid que Mujica hubiera deseado leer: «*A los 87 años falleció José Bergamín*».

Pepe se reía a veces de sí mismo cuando se palpaba los huesos pegados a la piel: pensaba en lo parecido que estaba quedando a la figura cervantina de Bergamín. Pero auguraba que no llegaría la «*mano de nieve*» para llevárselo. Pepe tenía por qué luchar: «*Sabiendo que la vida es mortal, el hombre pierde el sentido de la vida cuando no empieza por dárselo a su propia muerte*», escribió alguna vez su Maestro.

Bergamín se murió en San Sebastián. Se había refugiado en el País Vasco como parte de su resistencia a la monarquía. Antes de partir en su viaje sideral y cristiano, apoyó al Herri Batasuna y acusó a la izquierda española de dejar de existir después de Franco «*por estar muerta de miedo*» en una democracia «*turbia, espesa e indigesta*». Pepe había percibido eso mismo en la época de Pacheco y en la de Bordaberry. Y ahora, desde su calabozo «catacúmbico» al que lo había arrojado la dictadura, soñaba con recobrar la libertad y continuar la lucha…

34

Los brotes de la primavera

—¡Sí, te digo que sí! —reafirmó el guardia.

—¿Que la gente le pega a las ollas? —descreyó el otro soldado.

—Sí, le dicen «caceroleo».

—¡No me jodas!

—No te jodo, no.

La noche está templada y serena. Los rehenes, con los oídos alargados, escuchan la intrigante conversación susurrada. El soldado que traía la curiosa novedad había viajado a Montevideo para hacerse unos análisis en el Hospital Militar. El otro pensaba que estaba siendo objeto de una chanza típica de cuartel. Pero al pasar los minutos advirtió que su camarada no bromeaba.

—¿Y se escuchaba fuerte?

—¡Un infierno!

Con ese y otros datos reunidos noche tras noche, los rehenes pudieron hacerse una idea de las protestas masivas que se estaban produciendo, sobre todo —se imaginaban— en los barrios populares de la capital del país.

Y en otra de esas noches, una en que la guardia no quería bajar por las ratas, apareció un soldado medio borracho que se paró en la puerta de cada uno de los calabozos y mirando a cada rehén lanzó un mensaje inesperado.

—¡Sobrevivan, sobrevivan! —los alentó entre lágrimas—. Yo sé por qué se lo digo. Ya falta poco. ¡Fuerza! ¡Sobrevivan!

Así llega el domingo 27 de noviembre de 1983. Por la mañana, Ñato recibe la visita de su hija, que en un descuido del guardia, le dice que ese día va a haber un acto y que por eso se debe ir volando a Montevideo.

Al volver al calabozo comenta el dato con Pepe y Ruso, pero no pueden descifrar de qué se trata. Por la noche había tensión en el cuartel, pero no logran reunir mayor información.

Pero al otro día lo supieron.

—A ese Candeau ya lo deben tener colgado de los huevos en algún cuartel.

—¡Pah! Los viejos están que trinan, están.

—Si fuera por ellos lo colgaban ellos mismos de la punta del Obelisco, mirá.

—Y… con todo lo que les dijo… ¡Porque les dijo de todo!

—¡Que se jodan! La culpa es de ellos…

—¡Y si son una manga de viejos comunistas!

—¡Ojo!, que ahí viene el mayor…

Los guardias no salían de su asombro por lo que habían visto —en forma parcial,

por televisión— la noche anterior: cuatrocientas mil personas protestando contra la dictadura y reclamando el restablecimiento de la democracia. Y lo peor, lo que aún les ponía la piel de gallina, por temor más que por emoción, era recordar la voz grave del pueblo encarnada en el actor Alberto Candeau, lector de la proclama.

Pero ahora tenían que disimular y pararse firmes frente al oficial: el mayor bajaba a las catacumbas con un ejemplar del diario *El País*, que contenía una doble página con grandes fotografías del acto. Las Fuerzas Armadas acusaban a través de ese medio al proscrito Frente Amplio, a toda la indeseable izquierda y al movimiento terrorista tupamaro, de la organización de la protesta.

De esa manera, procuraban infundir temor en la población ante la «amenaza comunista» —esta vez en términos ideológicos y no como mero insulto de la jerga militar— que podía devorar todos los logros alcanzados en los últimos tiempos: prósperos años que la patria disfrutaba gracias a las humanas, eficientes e incorruptibles Fuerzas Armadas.

—Es como dice el mayor. ¡Miren, acá está la prueba! —los provocaba el guardia, fuera de sí, mientras les mostraba a los rehenes las espectaculares fotografías del pueblo unido contra la tiranía militar. Pepe, Ñato y Ruso recibieron la pretendida afrenta como si estuvieran en un balcón de la avenida 18 de Julio, gozando del acto que auguraba libertad.

A fin de año, una gran noticia para Pepe y su familia.

—¡Se casa tu hermana! —le contó doña Lucy.

—¡Qué alegrón, *mamma mía*!

El 27 de diciembre a las cuatro de la tarde, María Eudoxia se vistió de novia. Había llegado su día, el momento soñado desde la adolescencia. Tenía cuarenta y dos años y muchas ganas de vivir.

A la hora de los testigos de la ceremonia, Lucila Isabel Cordano volvió a firmar con su «apellido de casada», del que sentía un orgullo encarnado en sus hijos: «*Mujica*».

En el verano de 1984, los rehenes siguieron recogiendo datos sobre el ánimo que se respiraba afuera. Parecía que el fin de la dictadura estaba cerca; pero Pepe, Ñato y Ruso rehuían el hacerse falsas expectativas: la esperanza, igual, les llenaba los pulmones. Era todo el aire que tenían.

—¡Aguante m’hijo, que esto ya se acaba!

—¡Señora, voy a tener que suspender la visita!

—¡No, espere, espere! *Mamma*, estoy bien, estoy bien.

—Hacer callar a una vieja… ¡Faltaba más!

—Tranquila, tranquila… ¿Cómo está Titita?

—Tu hermana anda bien. Allá, entre sus flores…

—¡Qué bueno! ¿Y el barrio?

—Lleno de gurises, como siempre…
—Lleno de túnicas blancas.
—Ahora están de vacaciones, pero andan todo el día.
—En bicicleta…
—Eso no ha cambiado: la tuya sigue allá, en el galpón.
—¡Pah! ¡La Peugeot!
—Todavía me parece verte en la primera bici…
—¿Te acordás?
—Se la prestabas a todo el mundo, regalabas tus juguetes…
—Y bue… eran botijas más pobres que nosotros.
—Bueno, nosotros nunca fuimos ricos.
—No, qué vamo'a ser ricos. Pero ellos tenían menos.
—Sí, eso sí… Ahora hay más pobres todavía…
—Me imagino.
—No sé por qué, ayer me acordaba de aquel japonesito.
—¡Oh! El japonés. ¡Pah! Ese sí que no tenía nada.
—¡Pobre chiquilín!
—El día que le presté la bicicleta y se le rompió, casi me matás.
—Es que todo costaba tanto esfuerzo m'hijo que…
—Ya sé, viejita, ya sé. Siempre fuiste una gran trabajadora.
—¡Qué falta me hacía tu padre! Pero vos siempre me ayudaste.
—No sabés cómo me gustaría volver a plantar, a embarrarme las patas…
—Ya vas a poder. Mirá, unos muchachos de la Universidad te mandaron estos cuadernos.
—¡Qué es eso, señora! ¡Usted no puede…!
—¡Tranquilo, tranquilo! Dejáselo ahí, vieja, para que lo revisen.
—Como siempre. Pero que te llegue… ¡Que le llegue, ¿eh?!
—Sí, mamá. Me llega, me llega.
—Si no, me decís…
—¡Claro, quedate tranquila! Me dejan leer. Estoy leyendo mucho.
—Y pensar que me dejaste los estudios…
—Bueno, tenía otras prioridades.
—¿Pensás que no me daba cuenta? Soy tu madre, ¿no?
—¡Y qué bueno que lo seas! A pesar de tus diferencias, siempre estuviste conmigo.
—Una madre es una madre, siempre.
—Si llegando a los cincuenta no me doy cuenta de eso…
—Recién tenés cuarenta y ocho años: ¡sos un nene, todavía!
—Qué nene, ¿eh?
—Y hablando de eso: vos…
—¿Yo qué?

—¡Vos fuiste muy bandido, Pepe!

—¿Qué me querés decir?

—¿No habrás dejado algún hijo por ahí? Algún nene rubiecito, morochito, con motitas…

Pepe deslizó una sonrisa tenue, que fue desapareciendo de su rostro mientras movía la cabeza para decir que no.

—¡Me hubiera gustado tanto…!

Pepe se quedó pensando hasta la madrugada en las palabras de su madre. A él también le hubiera gustado. Esa noche se soñó rodeado de niños…

Lo despertaron las ratas, que tenían un festín en el techo. Entreabrió los ojos y vio a dos debajo de la mesa. Eran amigas, devoraban las pelotitas de pan que Pepe había dejado. Alguna vez ligaron también el mondongo podrido que servían en el cuartel. Pepe lo refregaba bajo la canilla del baño para tratar de sacarle el tufo, pero a veces era imposible. Las ratas festejaban.

Mujica se seguía alimentando de libros, que no eran consuelo para su estómago, pero sí para su cerebro. Y poco a poco, las esperanzas de los tres rehenes comenzaron a trasparentarse en sus charlas a solas, en voz baja, entre barrotes.

—¿Cómo serán nuestras compañeras cuando salgamos de acá? —preguntó el Ruso.

—Yo tengo tantos achaques que la mía tendría que ser enfermera —contestó Pepe.

—¡Ah, sí, sí! —apuntó el Ñato.

—Pero no te tirés a menos, Pepe… Si es por como estás: ¡doctora!

—Pensándolo bien… —titubeó el Ñato.

—Yo soy más austero —retrucó Pepe—. Te dejo la doctora para vos…

—¡Pero cómo no! —aceptó el Ruso, con una increíble capacidad para predecir su futuro.

Entre hambruna y verdugueadas, lecturas y charlas, fue llegando el siempre peligroso mes de abril.

La noche del miércoles 11, un cabo bajó a las catacumbas y se paró frente a la celda de Mujica.

—¡No se acueste! ¡Espere órdenes!

—¡Pah! Se adelantó la fiesta —murmuró Pepe.

La misma orden se impartió ante Ñato y Ruso. Y cuando el cabo se marchó, se oyó el clásico verso:

—¡Nunca se acaban los males…! —Pepe ya lo venía masticando.

—Tengo curitas a voluntad —ofreció el Ruso.

—Reservame tres docenas —pidió el Ñato.

Un rato después se abrieron las puertas de los calabozos, y los milicos entregaron todas las pertenencias a los rehenes, incluso las que les habían requisado un año antes. Luego cerraron, sin más.

Era evidente que debían empacar. Se iban de viaje…

—¡Punta del Este es suya, kilómetros de playa lo esperan!… —entonaba Ñato con el ritmo del *jingle* del Ministerio de Turismo.

—¡Nos mandan en baja temporada, les sale más barato! —reflexionó el Ruso.

—Menos mal que llevamos la capucha —Pepe y su humor negro—: no quiero insolarme.

Se quedaron en sus calabozos, con las valijas prontas durante cinco días. La incertidumbre los consumía. Habían recibido datos contradictorios de parte de los soldados: algunos dijeron que volvían al Penal de Libertad —los rehenes no querían ilusionarse, pero lo hacían—, y luego otros indicaron que serían llevados a un cuartel de Florida: una aplanadora sobre la ilusión.

La madrugada del 16 de abril, exactamente dos años después de haber llegado a Paso de los Toros, partieron con rumbo incierto: Ruso en una especie de ambulancia del Ejército, Pepe y Ñato en la pequeñísima y casi hermética caja de una extraña camioneta a la que llamaban «cucaracha» en la jerga militar.

—¡Guardia! ¡Guardia! —llamó Pepe sin levantar demasiado la voz.

Hubo silencio.

—¡Guardia, no puedo respirar! —insistió.

—Parece que estamos solos, Pepe —intuyó Ñato.

Estaban tirados en posición fetal, enfrentados rodillas contra rodillas, y cara a cara, encapuchados. Pepe se contorsionó y aun esposado pudo sacarle la capucha a su compañero.

—¿Qué ves, Ñato?

—Me parece que salimos a la Ruta 5 —Ñato miraba hacia atrás por una rendija de la caja de la camioneta. Se encandilaba por las luces largas del vehículo de custodia. Llovía y estaba oscuro.

Pasaron casi tres horas. Lo seguro es que iban hacia el sur del país: por sus cálculos ingresaron en la Ruta 3 rumbo a la Ruta 1, que bordea la costa del Río de la Plata; si al llegar a esa intersección doblaban a la izquierda, el destino era Libertad, pero a la derecha la carretera llevaba a Colonia.

Ñato miró por la rendija. El cielo estaba encapotado e iban apareciendo los grises claros del amanecer. La camioneta avanzaba rápido. Pero aminoró la velocidad y se detuvo. Estaba esperando para doblar. Y giró… hacia la derecha.

—¡La puta madre que los parió! —exclamó Pepe.

—¡Mierda! —añadió Ñato.

La camioneta no reanudó la marcha de carretera. Avanzaba, pero más lenta…

—¡Pará, pará, Pepe! No estamos en la Ruta. Es un camino de bitumen…

—¿Adónde mierda vamos? —preguntó Pepe.

—¡Libertad, Pepe! ¡Estamos en Libertad!

Los rehenes habían errado en sus cálculos carreteros: ya iban por la Ruta 1 cuando doblaron a la derecha, hacia el portón del Penal que tanto anhelaban. Habían pasado casi once años…

Pero seguían presos. Aquello, de libertad, solo tenía el nombre.

Pepe, Ñato y Ruso caminan cortando el viento, esposados y encapuchados. Se perciben entrando a un lugar cerrado, quizá un galpón. En la radio suena a todo volumen la canción de Alberto Castillo que los milicos volvieron infame: «Siga el baile, siga el baile…». Los rehenes se recuerdan sobre la parrilla de torturas, los gritos desgarrados, el cuerpo rígido y arqueado por los choques eléctricos. Nadie los escucha, solo se oye la voz de Castillo entre tamboriles, y el baile sádico sigue hasta el hartazgo…

Pepe vuelve en sí. Está caminando. Se aleja de la música, que alguien pudo haber activado para amedrentar a los recién llegados. Avanza ahora entre los pastos, y siente que ingresa a otro lugar techado. Percibe a Ñato a su lado. Una reja se cierra a sus espaldas. Transita por un largo corredor.

—¡Por acá! —ordena el guardia, que lo toma de un brazo y lo hace entrar en el calabozo.

Pepe siente el ruido de la puerta de hierro, que se tranca. Se saca la capucha y observa: está en la Isla del Penal de Libertad. Así le llaman a la casona de calabozos de aislamiento usados para sancionar a los presos.

Pepe se encuentra en penumbras, Ñato y Ruso también: los calabozos no tienen ventanas al exterior, solo respiraderos internos. Están encerrados en uno de los tres corredores de la Isla. Cada corredor está aislado de los demás, y consta de cinco celdas, donde se ubica a tres presos, de manera que siempre hay un calabozo vacío entre recluso y recluso.

En otro corredor se encuentran Sendic, Marenales y Zabalza, y en el restante Engler, Manera y Wasem. Los seis habían llegado unos días antes desde otros cuarteles.

Pepe recorre el calabozo. Tiene una mesa de hormigón, un agujero para orinar y un caño por el que sale agua, solo si el guardia abre la llave de paso que está afuera.

—¡Tome, coma rápido! —No había necesidad de impartir aquella orden. Hacía años que Pepe no veía un guiso como el que tenía servido a su frente: plato hondo, rebosante de fideos, papas y algunos pedazos de carne, venosa, nervuda, pero carne al

fin.

El guardia lo dejó a solas con su plato.

—¿Cuál será la joda? —murmuró Pepe, que miraba hacia cada rincón de la celda mientras iba devorando la comida.

—¿Quiere más? —le preguntó el guardia al volver.

—Si se puede… —Pepe no salía de su asombro.

—¡Tome!

—¿Y esto?

—¿Nunca vio una naranja?

—No… bueno sí, pero hace años…

Por la noche llegó más carne llena de cartílagos: un gran pedazo hervido, irregular, retorcido, delicioso.

«¡Cuadril!», pensó Ñato. Pero al advertir que el guardia se iba sin dejar la naranja, comenzó a protestar a los gritos.

—¡Quiero mi naranja!

—No vino…

—¡Ah, no vino! Bueno… ¿ve esto? —dijo Ñato mientras mostraba un papel y un pequeño lapicito negro—. Comuníquele al oficial que esté a cargo que voy a anotar todo lo que me dan de comer y que, cuando pase un jefe, se lo voy a mostrar…

—Pero…

—Mire, a mí no me gustan estas cosas —Ñato parecía abstraído en su pelea—, pero si me roban la comida… El guardia paró a un oficial al salir del corredor.

—¡El viejo de la 6 está loco!

—¿Qué le pasa?

—Hoy le faltó la naranja, como a todos…

—¿Y?

—Empezó a los gritos y quiere denunciar ante los jefes…

—¡Que haga lo que quiera, porque naranja no había!

Ñato escuchó la conversación y se sentó, meditabundo: estaba acostumbrado a la lógica rapiñera del cuartel. Pero además, le habían dicho «viejo», con un tono despectivo.

Ya no eran aquellos jóvenes de principios de los setenta, estaban avejentados, algo neuróticos, enclenques, y sus consumidos cuerpos, esqueléticos.

—*¡Seco de carnes, enjuto de rostro!* —ironizaba Pepe recordando al Quijote.

Esa noche tenía mucha sed. Pero la canilla se abriría al otro día. Se durmió leyendo, y pensando en Sancho…

Cuando amaneció escuchó una voz a lo lejos, pero cada vez más potente.

—Otra vez estoy alucinando —lanzó Pepe—. ¡Por lo menos es con Gardel!

La radio estaba encendida, quizá aquella que escucharon al entrar a Libertad. Los domingos había música para los presos.

Un rato después oyó botas por el corredor. Y se abrió la puerta de hierro.

—¡Tome, póngase esto! —ordenó el oficial. Era un nuevo mameluco gris, con aquel mismo número: 815. El 787 fue para Ñato y el 813 para Ruso.

Es difícil que algún humano pueda alegrarse cuando debe vestirse de recluso. Pero tras una década como rehén, el hecho de saberse institucionalizado era motivo de celebración.

—¡Aislado, pero preso! —dijo Pepe.

El oficial no respondió. No entendía qué quería expresar, y además ya sabía que los «viejos» estaban un poco locos.

—En un minuto se abre el agua —informó el carcelero.

—Bueno, escúcheme un segundo…

—Sí, ¿qué le pasa?

—Volví a ver una naranja —sostuvo Mujica—, ¿volveré a ver el sol?

—No tengo órdenes al respecto.

Unos días después, el oficial volvió, y abrió la puerta.

—¡Coma rápido! En quince minutos tiene recreo.

Pepe, Ñato y Ruso salieron por el corredor. No se veían las caras desde aquel recreo de 1981 en Laguna del Sauce. Pero no veían la de Wasem desde 1973.

Él también salió en el grupo de cuatro que caminaba en fila por el lateral del edificio, lejos de la vista de los demás presos del Penal.

Todos escuálidos, les sobraba mameluco por todas partes.

La nariz puntiaguda de Pepe resaltaba en aquella cara amarillo-grisácea y ojerosa. Ñato y Ruso también compartían el color de la piel. Lo mismo Nepo, que además tenía una gran cicatriz en la nuca. Todos estaban rapados, por cuanto aquella herida sobresalía. Wasem se mostraba fuerte, pero luchaba contra el cáncer jamás atendido en los cuarteles.

No podían hablar ni hacerse señas, pero Nepo estiró el índice y el pulgar y se los puso en forma horizontal bajo la nariz, en señal de que se encontraba bien.

El otro grupo salió después, en las mismas condiciones. Ni un rayo de sol alcanzaba aquella zona del Penal por la que «trillaban» los rehenes. Tras la protesta sobrevino un cambio: caminar por una delgada franja de sol que se formaba al costado del alero.

En una de esas caminatas, Nepo se agachó y recogió un caracolito de mar que brillaba sobre el pasto. Lo apretó en su mano y se lo guardó en el bolsillo. Estaba contento con su nueva compañía en la celda de aislamiento.

Pronto, y no sin nuevas grandes protestas, dejaron a los rehenes tener los recreos en las canchas, a la vista de los demás presos del Penal. En aquella primera oportunidad, Nepo volvió a hacer la señal de «bien» para todos los que miraban tras los barrotes de las ventanas, en sus celdas. Su irreversible enfermedad era nimia ante la posibilidad de enviar un mensaje de fortaleza a sus compañeros.

—¡Bueno, está pronto! —dijo el enfermero mientras etiquetaba con el nombre de «Wasem» el tubo con la sangre que le había extraído.

Los médicos comenzaron a visitarlo a diario, y poco después llegó la orden.

—¡Apronte sus cosas! ¡Va al Hospital Militar!

Ruso pudo escuchar al oficial y también la despedida de Nepo para toda su barra querida:

—Adiós muchachos, compañeros de mi vida… —entonó Wasem, el tupamaro, antes de partir…

Para los demás rehenes, la vida en los calabozos de aislamiento se hacía cada vez más asfixiante: Engler, abrumado por su depresión psíquica, y encerrado en una de las peores celdas de castigo, donde la penumbra se hacía más densa y negra, intentó suicidarse. El rápido aviso de sus compañeros, que golpeaban las puertas de hierro, logró activar la atención médica, y el rehén salvó la vida. Ese domingo, 10 de junio, los militares debieron ceder un poco más en su estrategia de castigos.

Al otro día, todos los rehenes fueron trasladados a los celdarios del edificio central del establecimiento, junto a los demás reclusos. Seguirán incomunicados, ahora en el piso 1 del Penal, pero un paso más cerca…

Las calles de Montevideo se inundan de protestas y el 27 de junio —decimoprimer aniversario del golpe de Estado— los trabajadores cumplen con un nuevo paro general. Por esos días, acostado en una cama del Hospital Militar, Wasem decide que su hombro escapará por una ventana para pegarse con el de otros hombres y mujeres que elevan el ánimo de rebelión antimilitar.

—Aún puedo hacer algo por los compañeros —dice y el 30 de junio inicia una huelga de hambre acompañando el reclamo de amnistía general e irrestricta para los presos políticos, el retorno al Uruguay de todos los exiliados, y reclama que en lo inmediato, se mejore la situación en la que habían quedado sus ocho compañeros rehenes.

La avenida 8 de Octubre, a las puertas del Hospital Militar, se cubre entonces de una manta humana que entona un cántico estremecedor:

—¡Wasem, escucha, tu lucha es nuestra lucha! —grita la masa.

Ensordecida, la tiranía de verde uniforme debe aceptar también la presencia de la Cruz Roja Internacional en el Penal de Libertad, que esta vez conversará con los rehenes:

—Yo quiero que me dejen trabajar —pidió Mujica.

—Eso sería justo.

—Vi un cantero ahí, destartalado…

—Le gusta la tierra…

—¿Qué le parece? —respondió Mujica—. No sabe lo bien que me haría volver a

agarrar la azada…

Con su cruz roja sobre el pecho, el representante del Comité Internacional planteó el reclamo ante las autoridades pertinentes, y a regañadientes, los militares aceptaron.

Desde las ventanas enrejadas se pudo ver unos días después a un hombre de mameluco gris que encorvaba la espalda sobre un pedazo de tierra a la que se creía inerte.

Pepe acarició el mango de la herramienta que tanto había extrañado y la levantó apenas, midiendo sus fuerzas diezmadas pero vivas: la izquierda cóncava, la derecha convexa sobre el palo noble que sube y baja despacio, ganando armonía, aflojando terrones entumecidos como las piernas y los brazos del carpidor que revive.

—¡815, tome! Acá tiene las semillas que pidió —le dijo el guardia.

Pepe recibió el paquete, callado, y lo dejó al lado de un balde con agua.

—Pero no veo que crezca nada —lo aguijoneó el guardia, con cierto tono cordial, violando su prohibición de hacer comentarios con los presos.

—No se apure —respondió Mujica, con voz calma—. Para todo hay un tiempo, ¡para todo!

El 3 de agosto comenzaron las negociaciones del Club Naval: Partido Colorado, Unión Cívica y Frente Amplio —aún proscrito— discutirán con la cúpula militar la finalización de la dictadura y la reinstalación democrática en el país.

Nepo concluye ese día la huelga de hambre. Sobre fines de agosto, Wasem logra enviar cartas de aliento a sus compañeras recluidas en el Penal de Punta de Rieles a través de las presas que llegan a atenderse en el Hospital Militar, que se las ingenian para visitarlo escabulléndose entre los guardias.

Al firmarse el Pacto del Club Naval, comienzan a decretarse salidas de presos políticos y se producen cambios en la situación de los rehenes.

La noche del viernes 14 de setiembre llegó la novedad:

—¡815, levántese! —ordenó el guardia.

—¿Ahora qué pasó? —farfulló Pepe, que no esperaba ningún tipo de liberación. Y en todo caso el milico no había pronunciado las palabras mágicas para todo aquel que se va en libertad. Existía una clave, quizá desde siempre, que para el caso de Mujica sería: «*¡815, con todo!*». Pero Pepe no había escuchado tal frase.

El inmediato ingreso del jefe del Penal de Libertad a la celda profundizó el misterio.

—¡Mujica! —el mandamás renunció en forma inesperada a la regla de llamar al preso por el número—. A partir de mañana tendrá compañía en la celda y podrá comunicarse con otro preso.

El aviso, en idéntica forma, recorrió cada celda, rehén por rehén. La alegría de aquellos amordazados durante once años desbordó la noche de sueños locuaces.

A la mañana siguiente, el cantero de Pepe lucía nuevos brotes, templados por el sol de la incipiente primavera: «*¡Maravillas de la naturaleza!*», exclamó, hinchando los pulmones de un nuevo aire.

Al mediodía, el abrazo con Jorge Manera —el compañero «Inge» que ahora lo acompañará en todas sus horas de calabozo— dio paso a las historias más remotas: las que compartieron, las ganadas y las perdidas, las que cada uno vivió en el calvario cuartelero, y las que anhelaban poder vivir cuando atravesaran los muros penitenciarios. Pepe renovó sus fuerzas para la lucha, las palabras le brotaban como las semillas de su cantero.

Pero hubo un día, el 1 de octubre de 1984, que se mantuvo callado y cabizbajo: a los setenta y dos años de edad había muerto su mayor Maestro de la política, Enrique Erro. Los restos de su compañero blanco llegaron del exilio de París, y el 11 de octubre doña Lucy estuvo junto a su amiga María Herminia —y le llevó el abrazo de Pepe— en la enorme procesión que se formó hasta el Cementerio Central.

En las otras celdas de rehenes también se sintió la muerte de Erro. Allí se encontraban Ruso con Marenales, Ñato con Zabalza, Sendic con Engler. La que estaba dispuesta para Wasem permanecía vacía…

La manta de Nepo, tejida por las compañeras de Punta de Rieles, esperaba sin suerte sobre la cama desolada.

La noche del sábado 17 de noviembre, el guardia abrió la puerta de hierro. Pepe y Manera estaban sentados, serios, embravecidos, como los demás rehenes.

—¡Vamos, ya saben, con la frazada! —ordenó el soldado.

—Hoy no vamos a la sala de televisión —respondió Mujica.

—¡¿Ah, sí?! —bravuconeó el guardia—. ¡La orden está dada!

—¡El compañero Wasem está muerto, y nosotros de duelo!

—¡Deberían saber que no se permite el duelo en el Penal!

—¡Vaya sabiendo que hoy eso no importa!

El soldado se retiró de las celdas con respuestas similares de todos los rehenes. Las autoridades del Penal, en represalia por el dolor que osaron sentir aquellos seres numerados, suspendieron la televisión por una semana para todos los reclusos del establecimiento.

No fue el único duelo. Pepe y Ruso se enteraron en esos días de la muerte de su compañero de la columna 10, el Gorila Ramos. Apareció colgado de una reja de la Isla en 1982. Ese día ningún otro preso se alojaba en la casona de sanciones. Lo

llevaron solo al calabozo, rodeado de milicos y perros, poco después de haber accedido a la firma de su libertad: se iba del Penal y estaba contento, pero apareció ahorcado, sin testigos.

—¡Se suicidó! —explicó entonces un oficial a los tupamaros presos. Pero nadie le creyó. En el calabozo 14 de la Isla, un preso escribió en lo alto: «*Celda Horacio Ramos*». Ruso logró leer aquel homenaje cuando le tocó volver a la Isla, por unos días, sancionado.

Los rehenes Pepe y Ruso pudieron llorar a Ramos casi tres años después de su muerte.

—¡Qué lomo tenía el Gorila, ¿eh?!

—Era medio karateca.

—Pero con un corazón grande como una casa.

—¿Te acordás del 72, cuando nos trajeron de la biaba?

—Cómo no me voy a acordar. Nos dejaron molidos, en la planta baja.

—Y se abrió la ventanilla y aparecieron…

—El Gorila y el Lalo Gallinares.

—Los fajineros.

—¡Qué rico té en balde nos hicieron!

—Sabían que veníamos destrozados…

—¡Qué saquito de té que nos alivió el alma!

Manera también estuvo por morir: casi ciego por falta de atención médica y postrado de dolor por un cálculo que llevaba más de un año en la vejiga.

En el cuartel de Paso de los Toros se autorizó, a fines de 1981, su traslado al Hospital Militar. Lo operaron pero contrajo una bacteria hospitalaria resistente a los antibióticos y no fue atendido en forma adecuada en el cuartel de Trinidad, ni en las demás unidades militares. Quedaron afectados sus ojos y oídos, se le atrofió un riñón y se le obstruyó la uretra de manera crónica.

A fines de 1984, lo llevaron otra vez al Hospital Militar para una nueva intervención quirúrgica de un grave glaucoma.

Lo encerraron en un pequeño calabozo al lado de la sala hospitalaria para presos políticos, a la que llamaban celdario. Inaugurada en 1975, la sala se dividía en dos partes, una para hombres y otra para mujeres, con un guardia en el centro. Ya no había tanto moribundo como otras veces y los abusos de los milicos —ruido incesante, golpes, falta de higiene absoluta en las camas, hostigamiento sobre todo a los que tenían trastornos psiquiátricos— habían amainado, aunque no concluido.

Al regresar Manera, retomó sus diálogos con Pepe.

—Al menos acá me llevaron rápido. Hace unos años tuve que destrozar una puerta a patadas para que los milicos me mandaran al Hospital —contó el «Inge».

—Parece que las cosas están cambiando —razonó Pepe.

—El trato no fue malo —ponderó Manera—, comparado con aquello: Yo estaba ahí en el calabozo chico…

—Lo conozco —apuntó Pepe en recuerdo fugaz del «tic» de la psiquiatra—. Está ahí, pegado al celdario.

—Sí, ahí, al lado del celdario de mujeres. Ahora no había tantas, al menos no percibí que fueran muchas —comentó Manera—. La otra vez sí, cuando me tocó ir hace tres años, pude comunicarme con algunas compañeras…

—¿Pudiste ver a alguna? —preguntó Pepe visualizando una cara angelical que le sonreía desde 1972.

—Sí, a Xenia Itté y a alguien que vos conocés bien…

—¿Viste a Lucía? —Pepe abrió bien los ojos y un cosquilleo le recorrió la espalda.

—Sí, apenas la pude ver atrás de esa tela que ponen: la corrieron un poco y allí estaban ella y Xenia.

—¿Cómo estaba? ¿Qué sabés?

—Apenas las vi, pero me sonrieron al pasar.

Con esas palabras de Manera, Pepe quedó suspendido entre los recuerdos y los sueños, en los que se veía junto a aquella Lucía del 72, fresca, sonriente, libre…

—¿Pudiste hablar con ella?

—No, pero como me llevaban al baño de las mujeres, nos pudimos dejar unas cartitas muy escuetas.

—¡Qué bueno! —Pepe quería saber más—: ¿Y?

—Y nada más: me pareció que estaban bien. Y me pasaron algunos datos de afuera que me sirvieron para salirme un poco del aislamiento. Ellas manejaban mejor nivel de información que nosotros…

—¡Claro! —repuso Pepe, que seguía pensando en Lucía—. ¡Ojalá que estén bien!

—La verdad que fue un respiro sentirme junto a ellas.

—¡Qué bueno que pudieras verlas!

—¡Ojalá que sigan resistiendo! —dijo Manera.

—La mujer… —Pepe se quedó en silencio—. ¡La mujer es tan importante!

Manera lo miró, sonrió, y asintió con la cabeza.

—Si me apurás te digo que es lo más importante de nuestras vidas —filosofó Pepe.

—Venimos de una mujer…

—Sí —Pepe volvió a quedar en silencio, ahora pensaba en su madre.

Había dolor en el rostro de Mujica, y Manera lo advirtió.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —contestó Pepe, pero luego volvió a callarse.

Manera lo contemplaba y respetó la pausa que Mujica necesitaba para recomponerse.

—¡Estoy preocupado! —largó Pepe un rato después—. La vieja está muy vieja. Y

yo, acá adentro…

—Ya vamos a salir —lo alentó Manera.

—Sí, creo que sí. Espero que la vieja me pueda ver libre…

—Te va a ver, falta poco.

—Las viejas son algo increíble —Pepe recuperó la sonrisa—: las nuestras, las de todos los presos, son como una especie de santas…

—Se las bancan todas.

—¡Cuánta desdicha para cuántas madres! —lamentó Mujica.

—¡Y para cuántas esposas!

—Sí, también —Pepe volvía a tomarle la mano a Lucía, corriendo por el monte.

—¿Y vos? —Manera interrumpió la ensoñación.

—¿Yo qué?

—¿Ese amor? —una pregunta de esta naturaleza no era habitual en la personalidad del ingeniero Manera, la formulaba porque intuía que su compañero necesitaba hablar del tema.

—¡Ah! —Pepe sonrió y expuso su mueca pícara—. Bueno, en eso estoy…

—¿Ah, sí?

—Sí, le escribí una carta.

—¡Bien ahí! ¡Qué bueno! —lo alentó el Inge—. Y ¿cómo ves la cosa?…

—Y yo qué sé. Hace tanto tiempo…

—¡Seguro que esa carta le habrá gustado mucho!

—¡Ojalá!

Lucía atesoraba la carta en su celda de Punta de Rieles. Su relación con Pepe había durado apenas un par de meses en el 72, hasta que cayeron presos: «*¡Yo qué sé, el día que salga veré qué pasa!*», solía decir, lacónica, cuando le preguntaban por el tema de la pareja.

Pero ahora soñaba con el momento del reencuentro.

—¡Me escribió, me escribió! —saltaba de entusiasmo aquel día y sus compañeras la abrazaron. Tenía los ojos lagrimosos, y la sonrisa floreciente.

Luego lloró, sola, de alegría, dejando a un lado tantas noches tristes.

Las reclusas tupamaras siempre intentaban saber acerca de los rehenes, y obtenían datos a través de los contactos que existían entre familiares de los presos políticos. Pero la madre de Mujica no se había relacionado con aquellas personas. La lucha por su hijo fue más solitaria…

La familia Cordano, en general, se mantuvo al margen, alejada de la situación de Pepe. Doña Lucy también marcó la distancia con sus hermanos y hermanas: si se veían, evitaba hablar de su hijo.

La que preguntaba siempre era la tía Mica. Y a veces, primos y primas —tanto de los Mujica como de los Cordano— también se interesaban por la suerte de Pepe.

Lucía respondió a la carta, y Pepe, lápiz en mano, recobró la poesía.

Se vio por momentos con la «nostalgia» de Espronceda: «*sobre una mesa de*

pintado pino/ melancólica luz lanza un quinqué,/ y un cuarto ni lujoso ni mezquino/ a su reflejo pálido se ve…».

¿Era su celda la de un hombre ya caduco, que cuenta atento del cansado reloj el golpe lento?, se preguntó. Y una sonrisa apartó toda tempestad y frente oscura, para trazar en letra viva algunos versos, algo melosos quizá, que invitaban al reencuentro para volver a probar…

35

Un mundo de caléndulas

Con este nuevo aire de comunicación entre los rehenes —que de a poco fueron conquistando recreos en grupo y el trasiego de papeles, estos sí clandestinos, entre ellos y desde los otros pisos—, se generó una discusión ineludible para aquellos hombres que en los sesenta y principios de los setenta realizaban acciones armadas.

—¿Qué será del MLN cuando salgamos? —lanzó Mujica como para arrancar la discusión.

—Acá está todo el mundo peleado —apuntó Ñato.

—¿Ustedes vieron esos papeles? —Pepe también se veía asombrado.

—¡Están todos locos, están más locos que nosotros! —respondió Sendic.

Durante los años en que los rehenes deambulaban por cuarteles tormentosos, se desató una fuerte autocrítica entre los tupamaros recluidos en el Penal de Libertad.

Esas discusiones muchas veces terminaron en peleas irreconciliables, alejamientos, trato desconsiderado entre presos políticos que habían caído como compañeros. Así surgieron nuevos grupos que quedaron enfrentados: por ejemplo, en 1978 se creó el «seispuntismo», una corriente basada en seis lineamientos, entre estos, reconocer a la Unión Soviética como vanguardia mundial, a Cuba en el ámbito latinoamericano y a los viejos dirigentes del MLN —para entonces rehenes— como únicos comandantes.

Muchos seispuntistas que iban saliendo de la cárcel, y otros, exiliados, se agruparon en el exterior como Movimiento 26 de Marzo y resurgieron en Uruguay bajo ese nombre, aún en dictadura. Por ello, y para distinguirse de los escindidos, otro grupo de originarios militantes del movimiento formado en 1971 pasó a denominarse 26 de Marzo en el Uruguay.

Las pastillas —así se les llamaba a los papeles clandestinos— que llegaban a los rehenes desde los otros pisos contenían ideas de reorganización, pero también desdeñosos cuestionamientos entre los grupos enfrentados.

—Azules contra Celestes, Aparato contra Clasistas, todos contra todos —insistía Ñato mientras pasaba el lampazo por el corredor del celdario—. ¡Esto es un manicomio!

—Todos dicen que son el MLN auténtico —respondía Sendic al escurrir el trapo de piso—, pero en realidad son todos microfracción.

Bebe señalaba así —aludiendo al grupo que en 1970 se escindió del MLN bajo postulados revolucionarios internacionalistas— que debían cuidarse de la desviación en el enfoque político y combatir la fragmentación.

Las pastillas seguían apareciendo debajo de una piedra, dentro de algún arbusto.

—Acá tengo otra, es peor que la anterior —comentó el Ruso.

—¿De los puntos? —preguntó Sendic.

—Sí, contra todos…

—Así no vamos a poder seguir —lamentó el Bebe.

El encierro había generado un fenómeno psicológico que se confundía con lo ideológico: en el segundo piso, donde estaba la «pesada» de la organización, se asistía a un despedazamiento entre cinco grupos distintos.

—No hay ideología para cinco grupos en un piso —apuntó Ruso.

—No, pero así sobrevivieron —respondió Sendic.

—Construyeron una balsa de salvación…

—Y no se la podemos bombardear.

Los presos políticos de Libertad habían construido, con el material de la ideología, esa balsa de salvación de la que hablaba Rosencof. Se aferraron a sus convicciones y las defendieron en los pasillos, en los recreos: tenían una razón para seguir remando. Se defenderían de cualquier ataque contra la balsa para no hundirse, su salud psicológica estaba en juego.

—Tampoco podemos dejar que se desguacen —se preocupó el Ruso, que se guardaba la pastilla en la manga del mameluco.

—Algo habrá que hacer —respondió Sendic.

Ya marchaban rumbo al celdario.

Mientras intentaba rasgar la guitarra en su celda —y ante el oído profesional de Engler, que venía saliendo con lentitud de sus padecimientos mentales—, Sendic elaboró un plan procurando contemplar a todos los grupos enfrentados que reivindicaban al MLN: una federación amplia conducida por un organismo con cuatro representantes por fracción.

—La verdá, otra locura del Bebe —lanzó Zabalza estirado sobre la cama.

—Yo creo que hay que reconstruir. Pero no sé, acá hay mucho rencor… —respondió Ñato mientras trataba de destrabar una tecla de su máquina de escribir.

El domingo 25 de noviembre de 1984 se realizaron las elecciones nacionales: casi un millón novecientas mil personas fueron a votar. Habían pasado trece años desde aquel domingo en que se eligió un presidente que luego dio el golpe de Estado.

Volvía a ganar el Partido Colorado, con su candidato Julio María Sanguinetti, el exministro de Educación de la época constitucional de Bordaberry.

Los colorados fueron votados por unas setecientas ochenta mil personas. Alrededor de seiscientas sesenta mil apoyaron al Partido Nacional. Algo más de cuatrocientos mil fueron los votos para el Frente Amplio, que debió presentarse bajo el lema Partido Demócrata Cristiano. Y la Unión Cívica alcanzó los cuarenta y cinco mil sufragios.

Los candidatos naturales del Partido Nacional, Wilson Ferreira Aldunate, y del

Frente Amplio, Liber Seregni, no pudieron presentarse a la elección porque seguían proscritos por la dictadura. Seregni había sido liberado el 19 de marzo, después de casi once años de prisión. A Wilson lo detuvieron al llegar del exilio, el 16 de junio, y lo dejaron en libertad el 30 de noviembre.

En la cárcel, y con mayor exactitud, en el piso 1, los rehenes continuaban su propia discusión política: qué sería del MLN en libertad, en libertad de verdad.

La clandestinidad era un tema clave: nadie podía esperar que un tupamaro saliera a defender la lucha legal, porque en la interna sería como poner la cabeza adentro de la boca del león. La idea rumiaba en algunas celdas, pero decirlo en voz alta era una osadía. La discusión se iba a imponer, pero a la manera de Sendic.

Hacía calor aquel enero. El Uruguay en vísperas de la democracia seguía con atención toda la información respecto de la transición. Los ciudadanos de izquierda solían apegarse a ciertos medios de comunicación compañeros. La radio jugaba un papel fundamental en ese momento.

Con la luz roja del estudio encendida, Victoriano Sendic dio lectura a la carta que su hermano le había entregado en la visita carcelaria de fin de año: Raúl decía que había llegado el tiempo de la paz, que se necesitaba profundizar la democracia, y que por ello la lucha del MLN se insertaría en la legalidad «*sin cartas en la manga*».

Ninguno de los rehenes había sido consultado por Sendic. Fue una de las típicas jugadas del líder histórico del MLN para tratar de imponer sus ideas. En el recreo sus compañeros de piso salieron a pedirle explicaciones. Aunque, en realidad, los demás rehenes no estaban tan lejos del pensamiento de Sendic.

—Debemos seguir luchando, pero en la legalidad —aseveró el Bebe mientras metía su cabeza bajo la ducha.

—Yo estoy de acuerdo —respondió Mujica con la toalla sobre los ojos—. En esta coyuntura es la mejor opción, pero el asunto es que…

—¡Vamos, sin hablar! —interrumpió el guardia—. ¡Saliendo, ligero, vamos!

Incitados por la jugada de Sendic, los rehenes comenzaron a pensar en el planteo: Pepe y Bebe recordaron entonces sus años juntos en la Unión Popular cuando militaban con Trías y Erro. Ñato se volvió a ver en aquel noviembre del 58, entrando atrás del bombo en la Casa del Partido Nacional, y le sobrevino un escalofrío. Ruso sabía de varias andanzas junto al Partido Comunista. Manera y Marenales tenían presente su militancia en el Partido Socialista. Zabalza provenía de una familia política: Pedro, su padre, había sido consejero de gobierno —por unos meses, en 1959—, también intendente de Lavalleja por dos veces, senador por el Partido Nacional, y sus tíos eran militantes socialistas. El Alemán Engler —sin un pasado político en partidos tradicionales— apoyaba la propuesta de su compañero de celda.

Sin embargo, nadie creía en la absoluta renuncia a las armas, ni el propio Sendic…

—¿Qué es eso de «sin cartas en la manga», Bebe? —le preguntó Zabalza en el recreo.

—Yo hablé de la manga derecha —respondió Sendic con su inefable sonrisa—. Nada dije sobre la manga izquierda…

En la celda las charlas entre Mujica y Manera —quienes además trabajaban en un proyecto de cooperativa agraria extramuros— también reflejaban esas oscilaciones.

—A mí me parece que es así —dijo Mujica, parado, con la espalda apoyada sobre el marco de la ventana y los brazos cruzados sobre el pecho—: la que nos queda es la legal…

—Puede ser —respondió Manera, sentado en la cama con las manos entrelazadas sobre sus piernas.

—Afuera, no sé… —Pepe giró y se agarró de los barrotes: tenía los ojos en el horizonte, entre el verde del campo y el celeste del cielo despejado—. Parece que la cosa es distinta.

—Si nos guiamos por lo que nos llega, tenemos que jugar las cartas a la masa política, que aparenta ser muy grande…

—Creo que hay mucho movimiento entre la gente, sí —asintió Mujica—. Y muchos nos apoyan, o por lo menos parecen tener simpatía hacia nosotros…

—¡Hay una novedad con la democracia! —analizó Manera—. Pero yo desconfío bastante de tanta democracia: me pregunto si será real…

—Yo también me lo pregunto —Mujica se rascaba la cabeza rapada—. Capaz que es como dicen: una especie de democracia primaveral, pero no lo sé…

—El problema es que las estaciones cambian, inexorablemente —advirtió la voz científica.

—Y bue… Nosotros tenemos que estar en guardia, pero tampoco podemos salir a blandir odio por lo que nos pasó —afirmó Pepe—. Esa también será una forma de cuidar a la gente.

—No, no, eso está claro —acordó el Inge—. No debemos olvidar por quiénes luchamos…

—La lucha sigue siendo la misma, con otro método —se convenció Mujica.

—Nosotros somos, ante todo, luchadores sociales.

—Sí, eso es lo que tenemos que transmitir en esta nueva etapa —Pepe iba armando su rompecabezas.

—Me imagino que habrá mucha expectativa por saber si vamos o no vamos a usar las armas —disparó Manera—. Pero en esta etapa me parece impensable…

—Es así. Aunque ya sabemos que seguro no hay nada —aseveró Mujica volviéndose hacia su compañero—. No podemos saber si mañana no tendremos que volver a agarrar los fierros…

—¡Ah, yo digo que esta es otra etapa pero no reniego de los fierros, no señor! —apuntó Manera.

—Pero ¡ojo! —aclaró Pepe—. Estoy hablando de agarrarlos como última salida, si de verdad estamos acorralados, si nos afanan la primavera…

—A mí, la verdá, me gustan esas flores —alegorizó el Inge mirando el rincón más agradable de la celda—. Además, necesitamos volver a vivir un poco, volver a caminar libres por la calle. Y quizá, libres, podemos llegar a concretar algunas de nuestras utopías, aunque sean las más humildes…

—¡Pero ¿qué te parece?! —respondió Mujica mientras se desplazaba hacia la mesa donde tenía sus libros—. ¡Yo no me voy a comer todos estos años en la gayola al santo cuete!

—Pero qué extraño ¿eh? —Manera deslizó la palma de la mano por su cabeza pinchuda—. ¡Tupas legales!

—¡Ja! Muy raro, ¿no? Es que somos clandestinos por naturaleza —aseveró Pepe —. Pero creo que vale la pena intentarlo.

—Yo creo que sí, creo que sí —reafirmó Manera.

—Nosotros tenemos alguna experiencia legal —recordó Pepe.

—Sí, pero hay muchos que no…

—Por eso hay que hablar mucho con los compañeros que no tienen ni idea de cómo se hace semejante cosa —Mujica se anotó este punto en su cuaderno de proyecciones…

Luego se queda en silencio, con el codo apoyado sobre la mesa y la palma de la mano bajo el mentón. Su mirada va mucho más allá de la ventana enrejada. Aparece Erro sentado a la mesa, peinado hacia atrás con sus entradas desiertas que le amplían la frente, de saco oscuro pero con pañuelo blanco saliendo siempre del bolsillo del corazón, y su corbata de nudo fino, larga, larguísima.

Doña Lucy le sirve una copa:

—¿Qué me decís de mi hijo? Ya viste, es un gran desconfiado de la clase política.

—Entonces somos dos…

—No importa —doña Lucy sonríe—. ¡Yo sé que su futuro está en la política!

Mujica recorre el camino junto a Erro: las primeras reuniones, los actos, las visitas por los barrios, el día que lo nombró secretario de la Juventud, los cuentos sobre Herrera, las polémicas horas en el Ministerio, la pelea con el Partido Nacional, la fundación de la Unión Popular, aquella despedida del 62 cuando Pepe decidió emprender el viaje revolucionario, las reuniones clandestinas en las horas de agonía de la democracia y el último abrazo antes de que cayera la espesa noche represiva. El legado de un hombre austero, solidario, honesto y coherente ya estaba en la valija intangible que armaba, día tras día, el preso político 815.

La pregunta inicial de Mujica sobre el futuro del MLN no fue respondida, ni podía serlo. Él lo sabía.

Afuera ya había un frente de izquierda consolidado: Pepe recordó que ellos

mismos habían apoyado en 1971 la creación del Frente Amplio y enviado a muchos jóvenes tupamaros a militar —varios de estos a regañadientes, porque no querían alejarse de la acción armada— en el 26 de Marzo.

¿Debería ser el MLN un sector del Frente Amplio?, se interpeló Mujica. Esa era una posibilidad que aún no se abordaba como segura: en todo caso sería una resolución de la militancia una vez reagrupada tras los muros del Penal.

La idea de un Frente Grande ya se perfilaba en la mente de Sendic —más grande que el Frente Amplio—, frente que agrupase a otros sectores de la sociedad, incluso de los partidos tradicionales bajo algunos postulados básicos.

En los pasillos de la cárcel, por influjo del Bebe, ya se hablaba de una política que limitara la propiedad de la tierra —medida que debería acompañarse con la mentada expropiación de latifundios—, de la nacionalización de la banca, del no pago de la deuda externa…

No era nada nuevo en la cabeza de Sendic —que pensaba proyectar estas ideas en una reforma constitucional de carácter social, algo que ya había intentado en los años sesenta—, ni en las de los demás rehenes. Lo distinto sería que tales planteos lograran convocar a otros que no hubieran sentido el impulso revolucionario.

—Yo no sé si nos llevan ese boniato —presume Ñato, mientras corre descalzo alrededor de la cancha de fútbol.

—Yo creo que la coyuntura es favorable —replica Sendic, que esquiva un sector de espinillas para no clavárselas en los pies.

Una vez que cumplieron el circuito de veinticinco vueltas, Ñato se sienta a descansar: quiere esbozar algunos postulados y pasarlos en limpio con su máquina de escribir una vez que vuelva a la celda.

El pasto está parejo por el trille de los presos. El Ruso camina despacio. Lleva la mano cerrada, y de vez en cuando la abre bajo el sol…

Cuando todos se van juntando para regresar al piso 1, surge la curiosidad:

—¿Qué llevás ahí? —curioseó Sendic.

—Ah, este es mi caracol —respondió el Ruso.

—Pero ¿no es el de Pepe? —preguntó Engler, que ya sabía la historia de lo mal que había pasado Mujica cuando sufría alucinaciones—. El que se ponía en la boca para no gritar…

—Yo en el 79 encontré un caracol en Rocha… —el Ruso se disponía a contar su historia, que empezaba en el cuartel de un departamento con costa oceánica. El Ñato lo interrumpió:

—Sí, pero estoy seguro de que lo perdiste en Laguna del Sauce, en aquel recreo de locos del 81…

—Sí, ¿cómo sabés? —se sorprendió el Ruso—. Si yo no lo había contado…

—Porque ese día Pepe encontró un caracol —recordó el Ñato—, y es raro que haya caracoles de mar en aquel lugar.

—Mirá lo que son las vueltas de la vida: ahora yo lo volví a encontrar acá, en la

celda de Nepo.

—Sí, porque a Pepe se le cayó en un recreo y después Nepo lo encontró: lo cuidó mucho, hasta el final…

El caracolito de mar retornó a manos del Ruso con toda su historia: había sido testigo de oscuras tormentas, fue oído en noches solitarias y cuarteleras, pulido por dientes en momentos desesperados, compañero de últimas horas…

Las olas de un mar democrático avanzaron. El 1 de marzo de 1985 se produjo el cambio de gobierno —terminaba la dictadura— y una semana después, el viernes 8, se horadaba un gran murallón construido por el autoritarismo: el Poder Legislativo aprobó la ley de amnistía para todos los presos políticos. De los más de tres mil que pasaron por el calvario de la detención militar, ahora quedaban doscientos veintiocho en el Penal de Libertad, y veintisiete reclusas —entre ellas Lucía— que habían sido trasladadas al piso 4 de la Jefatura de Policía de Montevideo.

El domingo 10 nadie esperaba novedades. En Uruguay, ningún trámite administrativo puede tener lugar un domingo.

Los rehenes deambulaban entre las celdas del piso 1. Las puertas estaban abiertas. En una de estas conversaban Ñato, Ruso, Marenales y Engler, cuando vieron algo muy extraño a lo lejos, sobre la Ruta 1.

—Me parece que es… —insistió Rosencof.

—¡No jodas, Ruso! —descreyó Ñato, que retrataba a Marenales con su lapicito negro—. Vos siempre con una novela en la cabeza…

—¡Te digo que es una bandera!

—A ver… —Engler se acercó a la ventana—. No, no es una, son varias banderas. Y gente, mucha gente…

Pepe se levantó de la cama y se prendió de la reja de su ventana para asistir a aquel acto de humanidad. La algarabía de los rehenes fue subiendo a los demás pisos, y el Penal pareció hervir…

De inmediato sonó la sirena de alarma y los soldados comenzaron a correr a sus puestos estratégicos: cuerpo a tierra, entre los pastos, parapetados, apuntando sus caños desde las torretas de control, plantando ametralladoras y morteros, movilizando camiones de un lado a otro, entre los ladridos de los perros que también eran ubicados como para la guerra…

A lo lejos la gente mostraba sus armas: banderas flameantes, pancartas en alto, cánticos de libertad en boca de una muchedumbre civil que crecía, desorbitada. Llegaban en ómnibus amorfos, llenos de brazos y mástiles. Eran cientos, miles…

Y pronto comenzaron a irradiarse los nombres de los que aquella tarde se iban a sus casas. El comunicado llegaba desde la Suprema Corte de Justicia a las autoridades del Penal, que mandaban a buscar a los presos. Bajaban entonces tandas de reclusos hasta las oficinas del primer piso —donde podían ver a los rehenes en sus celdas— a cumplir con los trámites burocráticos exigidos para la liberación: firmas y algunas mentiras documentales…

Al pasar iban apretando las manos de los rehenes a través de los barrotes.

—¡Suerte, hermano!

—¡Aguanten, que los vamos a venir a buscar!

—¡Salú, compañero!

—¡Nos vemos afuera! ¡Hasta la victoria, siempre!

Una columna desordenada de hombres surcaba el campo enlodado del Penal.

Eran varios los que iban saliendo en aquella última travesía: tenían que caminar por el predio hasta cruzar el último portón, e iban cargados de bultos, con los puños en alto, saludando a los rehenes, que respondían a través de las rejas de las ventanas.

Ya se alejaban cuando sucedió algo inesperado:

—Zabalza, bajando con todo —dijo el guardia.

El entusiasmo alborozado sacudió el piso 1, los abrazos desbordaban las celdas. Y entre la emoción se escuchó la segunda sorpresa:

—Mujica, también con todo.

Las lágrimas de aquel luchador social prorrumpieron desde el fondo de la historia al verse rodeado por sus compañeros de todas las horas, íntegros seres humanos junto a los que había resistido hasta emerger del pozo de la angustia. Y entre todos los brazos cálidos, sintió también los de otros compañeros caídos en la lucha…

—¡Compañeros, compañeros de la vida!

Ñato y Ruso lo volvieron a abrazar, y se miraron por unos instantes como en aquel recreo del 81.

Ya no había antenas gigantes ni la sorna militar espiaba detrás del tejido. Ahora, tras el sendero barroso, esperaba un portón sin cadenas, y detrás el pueblo por el que se había jugado la vida.

Cargó sus pocos bultos ayudado por Zabalza, y comenzó a caminar…

De espaldas al monstruo de cemento se volvió hacia él para sentir y fortificar el aliento de esos brazos en alto que se veían por los agujeros y que le estremecían el alma.

Faltaba todavía algo para soportar:

—¡Vamos, subiendo! —el guardia parecía más apurado que Mujica—. ¡Vamos, dije!

Pepe subió al último ropero militar de la noche: llevaba a los de apellidos de iniciales L y M, que les había tocado salir ese 10 de marzo.

Eran cinco, quizá seis, los compañeros de otras épocas que iban con él, pero costaba identificar las caras en la oscuridad. Uno de los que se encontraban cerca era Julio Louis, aquel muchacho con el que había estado en Cuba veinticinco años atrás. Volvían a compartir, mucho tiempo después, un viaje especial…

A Mujica lo ubicaron en un lugar algo apartado del resto. Lo rodeaban…

—¡Quieto ahí!

—¡Calmate, que ya me voy!

—A vos te vamos a limpiar, hijo de puta.

Mujica, callado, aguantaba. Los milicos que lo rodeaban se peleaban por provocarlo:

—Ya te vamos a encontrar, y ahí sí que no te salva nadie…

—¡Sos boleta, viejo hijo de puta!

—¡Vos ya sabés que te vamos a matar, pichi de mierda!

Pepe apretaba los dientes, sus compañeros también, ya faltaba poco.

El ropero frenó en la puerta del Penal. Pepe bajó y miró más allá: no lo podía creer…

Camina, faltan pocos metros —adiós mameluco infame, hombre numerado—, y la masa humana crece, a cada paso, inconmensurable.

—¡Ahí sale Mujica! —el aviso detonó en ovación, y corrieron hacia él varios compañeros que lo esperaban del lado de la libertad.

Pepe cruzó el umbral ansiado y, esperando el abrazo, alzó sobre los hombros el gran símbolo de su lucha: destellos naranja y amarillos brotaban de aquella pelela cargada de tierra fértil en la que había florecido un mundo de caléndulas.

Mujica se dejó abrazar por la humanidad que durante años le fue negada.

—Viejo, no te vas a acordar de mí —Tasistro lloraba, entre tantos—, pero yo estuve contigo.

—¡Pero, Negro, cómo no me voy a acordar de vos! —Mujica miró a su alrededor—. Me acuerdo de todos ustedes…

Fue en ese preciso instante que un grito emergió de sus entrañas:

—¡Nos quisieron volver locos, pero no pudieron!

Le cubrieron las espaldas con una bandera del MLN. El calor de la gente lo acompañó en un nuevo tramo del camino hacia la cumbre.

—¡Gracias, compañeros!

Sus lágrimas caían también de las nubes y se mojaba, lo disfrutaba, como los pétalos coloridos de esas caléndulas libres, tan libres como su sembrador.

36

¡Yo soy el Pepe!

La nariz puntiaguda de Mujica se inflama de tanto aire libre. Llena los pulmones con el viento mientras recorre la carretera que lo lleva a su vieja casa del Paso de la Arena.

Decenas de imágenes difusas —de la infancia, de la juventud— se entreveran con el anhelo de más abrazos y reencuentros: su hogar, su barrio lo esperan…

Pepe parece suspendido en un momento eterno: percibe a su lado el pasar constante de los postes del cableado telefónico, y los mojones y carteles de la ruta le recuerdan que se está moviendo, sin rejas ni alambrados por delante.

Los bocinazos se escuchan desde lejos. En la casa está todo pronto.

Varias manos saludan el paso de aquel hombre, rapado y casi cincuentón, cuando ingresa por la avenida Luis Batlle Berres. Está en el embalaje final, y su corazón lo siente. Después de una larga y penosa gira por los caminos de la muerte, levanta los brazos entre el regocijo de los amigos y familiares que se han agolpado en la puerta de su casa.

Ya va haciéndose lugar entre la gente para reencontrarse con su madre.

Doña Lucy ha esperado este momento con un convencimiento religioso, y esta noche celebrará el regreso del hijo…

La felicidad brota de sus ojos.

Allí está él, con su mueca intacta.

—*¡Mamma!* ¡Viejita!

El abrazo, las lágrimas, los aplausos…

—¡Hermanita querida! —María Eudoxia queda entre los brazos de su hermano y los de su madre.

De la cocina emerge el aroma del pan. Pronto, los platos humeantes bordearán la mesa que volverá a reunir a la familia.

Pepe recorre la casa: todo está en su lugar, como antes, como siempre ha estado, a la espera…

Pasan los minutos y algunos vecinos y amigos se han empezado a retirar: el hogar va ganando algo de regocijo íntimo.

Pepe está nervioso…

—¡Ha pasado tanto tiempo! —dice mientras ve en el espejo a un hombre maduro y de entrecano pelo al rape. Desliza la yema de los dedos entre boca y nariz, donde alguna vez hubo un bigote, y ahora su sombra, y ensaya un gesto indefinido: tiene

arrugas en la frente y sus cejas arqueadas se le fruncen con facilidad, pero no ha perdido la mirada galante de los treinta. Al salir del baño, apaga la luz, y vuelve al comedor donde continúa la charla.

Su primo Carlos —uno de los nueve hijos del tío Benvenuto Mujica— le palmea una vez más la espalda, le recuerda la niñez.

Doña Lucy pide que descorchen una botella de vino.

El sacacorchos no ha terminado de atornillarse cuando por la ventana, entre las figuras de algunas personas que aún quedan en la calle, se cuela fugaz el destello de un auto que para frente a la casa.

Las puertas se abren. Ella baja sonriente, tímida, y una mano le señala el camino.

Son ocho, quizá diez los pasos que debe dar desde el murete de entrada a la puerta de la casa.

Ella los va cumpliendo, uno a la vez, expectante, mientras las palabras dulces y frescas de la carta que atesora —la que sugiere amor en una nueva etapa— le dan aliento a la también recién liberada…

Se escucha el sonido seco: la botella queda parada sobre la mesa, junto al corcho hinchado y teñido de rojo violáceo. Un aroma frutal intenso, casi afrodisíaco, se esparce sutil en el ambiente cálido de ese instante especial.

Una irresistible fuerza los suelda en un beso, un nuevo primer beso, para reabrir el camino de una historia de amor que no ve fin en el horizonte…

El pelo lacio de Lucía cae en flequillo y se le abre sobre la frente, hacia la derecha. Apenas le roza las orejas, y por detrás, casi le toca los hombros. Está delgada, lleva una camisa sencilla, remangada —abierta sobre el pecho y ceñida al cuerpo— que se corta a la cadera, sobre sus pantalones vaqueros.

—¡Qué linda que estás! —Pepe se ha perdido en aquella sonrisa fresca.

Ella agradece el cumplido —que no es tal— y reconoce al mismo galán del que un día se enamoró, cuando el reloj ya daba la hora…

Ya habrá tiempo de más besos: han quedado atrás los barrotes, las capuchas…

Las que vendrán serán libres caricias en días de trabajo duro y en noches de cansancio reconfortante, en las que fluyan los sueños y se teja la fibra que sostiene la vida compartida.

Pepe ha salido de la cárcel con una misión importante: debe conseguir un local para que el MLN pueda reunirse y rearmar la lucha en esta nueva etapa.

Se siente cómodo aunque un poco perdido en la calle. Tiene un par de contactos, nada seguro, pero de inmediato llegan los resultados: como en otras épocas, algunos sacerdotes vuelven a sacudir cierta funcionalidad estructurada de la Iglesia Católica al ofrecer el local de la Parroquia de Conventuales para que se congreguen los tupamaros.

—¡Gracias, sé que esto no es fácil para ustedes! —reconoce Pepe.

—Creemos en una Iglesia de puertas abiertas —responde el párroco sabiendo que la decisión sería cuestionada por la ortodoxia de algunos fariseos contemporáneos.

Mujica se va contento a comunicar la buena nueva: los tupamaros, que desde su formación habían aceptado y cultivado la diversidad religiosa, encontraban en aquel lugar cristiano la apertura necesaria para concentrarse y reemprender la tarea.

El sacerdote —quizá uno de los más comprometidos con causas de esta naturaleza— se va silbando por los pasillos de la parroquia que en unos días recibirá a los liberados. Y en ese momento las imágenes de algunos «hechos» le llegan como del cielo. Piensa en la congregación, en los reencuentros, en la alegría de la casa, y también visualiza algunas caras horrorizadas de quienes, al enterarse de semejante situación, seguramente llegarán hasta algún despacho de gobierno para alcahuetear: «*los que ustedes metieron en la cárcel están en el templo, enseñando al pueblo…*».

Ángel se ríe solo. Saluda a Jesús al cruzar por el patio iluminado, y entra al comedor. Cuando cuenta tales ocurrencias a sus hermanos de la parroquia, estos se quedan callados, hasta que uno empieza a reír y contagia a los demás:

—¡La risa es salud, hermano!

—¡Como el vino! —responde él y levanta la copa para brindar.

El martes 12 obtuvieron la libertad otros 13 presos políticos, entre ellos Manera. Un día después, todos los que aún permanecían recluidos en las entrañas del monstruo de cemento se preparaban para irse apenas se abriera el enorme portón.

Los rehenes Huidobro, Rosencof, Sendic, Engler, Marenales, junto con otros treinta y siete presos políticos —entre estos, Gallinares y Estefanell—, vestían equipos de gimnasia o pantalones deportivos y camiseta, de acuerdo con una de las últimas órdenes de las autoridades del Penal.

Los cuarenta y dos caminaban en una fila desordenada, civil, expansiva: subieron entre abrazos, lágrimas, besos, risas, a un ómnibus que los transportaría a la Jefatura de Policía de Montevideo, en medio de un llamativo despliegue de seguridad militar.

Cuando el ómnibus salió a la ruta, los últimos presos políticos pudieron ver desde lejos al gigante inerte. El Penal de Libertad parecía abandonar así su paradoja: quedaba vacío, sin recluso alguno.

Este viaje sin rostros encapuchados ni muñecas alambradas culminó como estaba previsto, en el viejo edificio policial de San José y Yi, donde funciona además la cárcel Central. Ya estaban alojadas allí las últimas cinco presas políticas. A todos les esperaba una noche más de reclusión. Una noche en la que habría vigilia ciudadana, sonora, abrasadora, contestataria, alrededor de la Jefatura de Policía.

Los cánticos de libertad se escucharon durante todo el jueves 14 de marzo.

«*¡Liberar, liberar, a los presos por luchar!*», coreaba la gente: «*¡Tupas,*

hermanos, aquí los esperamos!».

Y unos minutos antes de las 19:00 horas, a pedido de los presos comunes, sonaron las guitarras y los integrantes del MLN entonaron el «Cielito de los Tupamaros».

Luego subieron a los vehículos —las mujeres en una camioneta policial, los hombres repartidos en dos camiones de granaderos— y así fueron saliendo desde las profundidades de la Jefatura, subiendo la rampa, emergiendo del túnel hasta ver la luz en medio del fervor ciudadano.

El último viaje de aquel periplo de más de una década terminó en Conventuales, donde la fraternidad esperaba a los liberados. La parroquia estaba desbordada: gente en todas las habitaciones, en los pasillos, en la calle.

—¡Pepe, hermano! —se escuchó más de una vez como disparador del abrazo.

—¡Ñato! ¡Ruso!…

Mujica se remangó un poco más la camiseta celeste y se sentó en una punta. A su lado, un adolescente, que representaba a su padre, Nepo; el pelo enrulado y frondoso del joven matizaba con aquellos pelados. Seguía el Ruso, que no paraba de fumar, Zabalza, Marenales, el Ñato, sobresaliente con su buzo deportivo rojo, de cuello abierto y triple raya en las mangas, Manera y Engler.

Así estaban los exrehenes, en la primera fila, menos Sendic, que se había ido a reunir con su familia. A la figura más reconocida del MLN le costaba mucho presentarse en público con su mandíbula rota por aquel balazo.

«*Ustedes saben que el compañero Raúl Sendic tiene una herida en la cara, tiene dificultades para hablar, tiene dificultades para pronunciar palabras…*», explicó el Ñato antes de leer la carta enviada por el Bebe. Sendic pedía disculpas: «*ni siquiera puedo hablar en forma que me entiendan*». Y lanzaba un proyecto de reforma constitucional llamado «*Por la tierra y contra la pobreza*», la que padecían los más vulnerables de la sociedad uruguaya. Apuntaba, sobre todo, a atacar el hambre que azotaba a los sectores más pobres, con algunos viejos postulados de absoluta vigencia: expropiación de toda tierra en poder de particulares que exceda las dos mil quinientas hectáreas, lo que —según Sendic— daría más de dos millones de hectáreas para colonizar con desocupados; expropiación de toda la banca que maneja el ahorro de los uruguayos, para terminar con la especulación, intereses astronómicos y préstamos en dólares que llevaron a la insolvencia a muchas empresas productivas y generaron desocupación, y no pagar la deuda externa contraída por la dictadura entre los años 1973 y 1985. Estos eran los tres puntos centrales del proyecto que iba a ser presentado ante organizaciones sociales, gremiales y políticas, «*para que lo mejoren*», con anterioridad a la consulta popular.

Ñato termina de leer la carta de Sendic y comienzan las preguntas de los periodistas en la improvisada conferencia de prensa.

—Ustedes han hablado de que van a pasar a actuar políticamente, en el campo

político: ¿qué posibilidades hay de que se organicen como movimiento o partido político?

—Nosotros no conocemos a fondo las condiciones legales que tendríamos que respetar o tendríamos que cumplir o que tendríamos que satisfacer para poder desenvolvernos como partido político. Tenemos además que discutir ese tema con todos los compañeros de la organización, que han luchado durante todos estos años y que han sufrido la prisión… —Ñato responde con cautela, y aclara—: Pero salimos a la calle con un ánimo de paz, con el ánimo de trabajar intensamente en el marco de la legalidad vigente, sin entrar en ningún tipo de provocaciones. Nosotros apostamos a la paz y postulamos la vida…

Los periodistas se amontonan, agachados en el piso. Sujetan grabadores y micrófonos que registran las palabras de Huidobro. Uno de ellos pregunta si se debería modificar el sistema político vigente, y Ñato responde:

—Nosotros en este momento consideramos que se ha abierto una etapa de democracia primaveral en nuestro país. La democracia es un hecho que no está en los votos, ni está en el resultado de las elecciones; está en la calle. La democracia en el Uruguay, esta de hoy, es el resultado del pueblo uruguayo. Entendemos que esa realidad que rompe los ojos, y nos rompe los ojos a nosotros también, tiene que ser respetada. Entonces, vamos a militar y a luchar en el marco de esa democracia, que repito, a nuestro juicio es primaveral. No es una democracia caduca como la de 1972, la de 1971, en la cual avanzaban sobre el pueblo las fuerzas de la reacción, una democracia en la que había obreros militarizados y compañeros en los cuarteles. Esto es una democracia distinta, por el esfuerzo del pueblo uruguayo.

—¿Ustedes desechan definitivamente la lucha armada de aquí en adelante? —es la pregunta para la respuesta quizá más esperada de la noche. Ñato acomoda sus lentes de armazón grueso y gesticula con solvencia para transmitir un concepto masticado en las celdas de Libertad.

—Nosotros, ni ningún luchador social puede desechar la lucha armada en ningún momento de su vida, porque nosotros no vamos a cometer el error de permitir que el pueblo uruguayo olvide las enseñanzas del pasado, olvide los peligros del presente, y olvide las amenazas del porvenir. Nosotros no le vamos a inculcar esa distracción al pueblo uruguayo; al contrario, vamos a estar alertas y vamos a hacer todo lo posible para que el pueblo uruguayo esté alerta. Pero no vamos a recurrir a la violencia en este momento, y vamos a trabajar por todos los medios posibles junto con todo el pueblo uruguayo, a fin de no tener que recurrir a la violencia jamás para luchar por las reivindicaciones que consideramos justas.

—El general Medina ha manifestado que si se dan las condiciones que imperaban

con anterioridad a 1973 las Fuerzas Armadas volverían a la esfera política, ¿qué puede decir al respecto?

—Creo que si las cosas vuelven a suceder como sucedieron… —Ñato sofrena sus palabras—. Primero voy a decir una cosa, hay un viejo proverbio que enseña: «*al que recuerde el pasado hay que arrancarle un ojo y al que lo olvide hay que arrancarle los dos ojos*». Nosotros nos vamos a guiar por ese proverbio. El derecho a luchar con las armas en la mano por la libertad es una orden que también hemos recibido de José Gervasio Artigas, y es un ejemplo histórico. Él tuvo que luchar contra un despotismo y una tiranía, y recurrió a las armas, y el pueblo uruguayo convocado por él respondió a las armas: es una herencia del pueblo uruguayo.

En el caso de que sobre el pueblo uruguayo sobrevenga el despotismo y la tiranía… Y bueno… creemos que entonces habrá que enfrentar el despotismo, la tiranía, por todos los medios posibles.

Dos días después, Mujica ampliaría ese concepto y otros discutidos y rediscutidos en la cárcel, pero añadiéndoles su impronta, la del hombre que ha rumiado en la soledad y ha salido con la idea de la reorganización del movimiento en una nueva fase.

El Movimiento de Independientes 26 de Marzo en el Uruguay había organizado un acto en el Platense Patín Club.

—¡Nos piden que alguno de nosotros hable en el acto! —dijo Ñato en la ronda de viejos líderes tupamaros reunidos ese sábado en Conventuales.

Todos miraron a Mujica.

—¡El que tiene experiencia en discursos sos vos, Pepe!

Mujica se vio más joven, más impetuoso, subido a un estrado como líder de la juventud de Erro.

—¡Ta, ta bien! ¡Si hay que hablar, hablamos!

Apenas aceptó el desafío, subió a un auto que lo trasladó por el centro unos tres kilómetros, hasta la calle Juan Paullier, donde el Platense cimbraba.

Las tribunas y la cancha se desbordaban de entusiasmo:

«*¡MLN, tupamaros! ¡MLN, tupamaros!*», coreó la gente al abrirse el acto.

Y allí estaba Pepe, con su camiseta fresca, informal. Saludado con fervor, abrazado, sentía ahora el calor, una llama humana, tan grata, tan extraña.

Había caras conocidas y muchas nunca vistas, que se entreveraban con las de sus compañeros recién liberados. Dio una mirada a su alrededor: por allá estaban los hermanos Rivero Cedrés, y algo más acá el ingeniero Almiratti, también Long, el Cholo González… Mucho más cerca, Lucía, que le dio un beso antes de que subiera al estrado y volvió con su hermana María Elia, para escucharlo.

Sentado en un banco, y absorto ante tanta gente, comenzó a hablar, con tranco lento, cauto. Sin papeles para leer podía pensarse que Mujica estaba improvisando,

pero sus palabras surgían de una larga, muy larga meditación de calabozo. Así dio su primer discurso político como dirigente de un MLN que se anunciaba legal:

> *Lo primero, muchachos: reconocer lo mucho que han hecho ustedes. Reconocer en ustedes lo mucho que ha hecho para con nosotros este pueblo. Estamos aquí, un poco agobiados por la emoción, porque miramos entre las caras y deberían estar muchas otras, que han ido quedando en estos largos años de tristeza.*
>
> *Miramos mucha gente joven, miramos nuestras manos, e inevitablemente nos vemos treinta años atrás, cuando, potrillos, andábamos de la mano con alguna novia y un sueño de revolución por las esquinas… Hay ciertas novias que no se olvidan nunca. Seguimos todavía vertebrando sueños. Y seguiremos…*

Los aplausos acompañaban las palabras, alentando esos sueños. Uno, quizá el más urgente, era recomponer al dividido MLN. Y Mujica comenzó a tirar las primeras cuerdas de rescate:

> *No tengo que olvidar, y no es fácil para un cerebro carcomido de rejas, que fuimos invitados por ustedes, sin condiciones, y mucho, mucho tenemos que agradecer. Vamos a ir a todas las tribunas que nos ofrezcan, sin condiciones, vamos a ir para estar con todos, y para todos. Esa es una posición que entraña una postura política que cada cual sabrá medir…*

Tal lo que lanzó Pepe: la idea de los viejos tupamaros no era volcarse hacia ninguno de los grupos que pugnaban en la interna.

Pronto, expuso sus viejas posiciones de horizontalidad en la lucha:

> *Por estar en un estrado, no se deja de estar abajo. Estamos reaprendiendo, porque hasta la tumba se reaprende. Muy poca, poquísima calle las circunstancias nos han permitido hacer por estos días, sin embargo, ya hemos aprendido una lección: este pueblo se ha transformado mucho. Y el que no lo interprete pierde el tren. Se acabaron los lineazos de la altura. Ya no importan tanto los «locales», la cosa está en la calle. Hay una diferencia*

abismal, aquella masa que nosotros conocimos… Las cosas pueden ser lentas, difíciles, hay que convencer, hay que convencerse. La gente quiere pensar, participar. ¡Y es bueno que eso sea así, es bueno que se termine el dirigentismo!

Varias personas en esa primera semana de libertad habían preguntado a Pepe y a otros de sus viejos compañeros sobre problemas concretos del país. Ñato advirtió en Conventuales que no podían responder de manera acabada porque necesitaban tiempo para informarse, pues venían de la muerte. Pepe fue un poco más allá…

No tenemos línea. No podemos tenerla, porque nuestros cerebros están ignorantes: muchos años sin nada, absolutamente nada. Y no venimos a llorar nuestros dolores ni nuestras penas, simplemente a dejar bien clarito que el puñado de viejos que va quedando tiene nítidamente claro que apenas es un palito, que debe funcionar para que la colmena se aglomere en rededor: lo esencial no es el palito, sino la colmena.

Esa idea era posible en el nuevo contexto, pero no lo fue durante la lucha armada. Pepe explicó las diferencias con aquellos años…

Es bueno recordar algunas cosas que fueron quedando, porque los tupamaros fuimos presa de la urgencia. Muchas veces, queriéndolo hacer, no hicimos cosas fundamentales. Tuvimos que olvidarnos de la docencia, tuvimos que olvidarnos de escribir papeles, de escribir libritos, porque había cantones que evacuar, porque había que fabricar documentos, porque había que luchar con la clandestinidad. Y estas no son justificaciones, sirven para interpretar ciertas cosas que se fueron modelando, y tenemos conciencia de nuestras limitaciones. Apenas un torbellino de problemas se nos acampó en el lomo, dónde van a vivir, de qué van a comer, cómo solucionan sus problemas.

Los tupamaros tenían ahora otros problemas para su reorganización efectiva: antes el funcionamiento del MLN se sustentaba mediante expropiaciones, pero en el nuevo marco de lucha legal eso debía cambiar, al menos así se podía deducir del discurso tupamaro en las nuevas horas…

Pepe dijo ante la gente:

Somos la organización política —si es que se puede llamar organización a este montón de emociones— más pobre del país: ni una máquina de escribir, ni un escritorio, menos una oficina, no tenemos nada, absolutamente nada, cicatrices. Sin embargo, los tenemos a ustedes, y a los muchos otros, lo demás va a venir sobre la marcha.

La solidaridad comenzó en ese mismo instante. Hubo colectas, donaciones, y hasta un dinero que había sido guardado durante trece años, producto de la película *Estado de sitio*, que cuenta las complejas horas en que el MLN secuestró y ejecutó a Dan Mitrione. Dirigida por el franco-griego Costa-Gavras —que se reunió con los tupamaros en la clandestinidad a la hora de adaptar el guion—, el largometraje fue filmado en el Chile de Allende y estrenado el 30 de diciembre de 1972 en las dos Alemanias, Australia, Finlandia, Suecia, Francia, Grecia. Obtuvo, en 1974, el premio Naciones Unidas otorgado por los Premios de Cine de la Academia Británica; fue nominada a los Globo de Oro… El director, comprometido con ideales de izquierda, cumplió con el pago a los tupamaros que ahora necesitaban dinero —Pepe lo estaba explicando en el Platense— para intentar salir adelante.

Las palabras de Mujica llamaban a la unidad aun en la oposición de ideas, punto fuerte del MLN desde sus comienzos. Les hablaba a los jóvenes de los años ochenta, a quienes apenas empezaba a conocer…

Y como hombre viejo, no para dar consejos, es bueno recordar algunas cosas que quedaron. Siempre, absolutamente siempre, tuvimos discrepancias, claro que sí, las discrepancias son buenas, ayudan a elegir caminos. Ya por 1966 teníamos definido, y era decreto para nosotros, que en eso que llaman lucha ideológica no se insultaba a nadie, absolutamente a nadie. Yo les recuerdo, muchachos, que la pasión no justifica la miseria… la miseria del alma.

Nacimos para luchar por la igualdad, y por el sueño de un hombre, si no nuevo, algo mejor.

Y hay ciertas cuestiones de método que salpican la pureza de nuestra causa. Debemos tener claro que las diferencias de la familia tupamara pueden ser muy grandes, pero no lo son tanto como para que no tengamos claro y definido esto. Los viejos vamos a jugar nuestro papel, hasta que

ustedes se reencuentren a ustedes mismos. Habrá que renovarse a su debido tiempo.

Mujica preparaba el terreno para brindar un mensaje conciliador:

Estaremos con todos, para todos, para enseñar sobre la práctica que se puede discrepar y sin embargo ser lo mismo.

Y, como ejemplo práctico, manifestó:

Quiero además tal vez discrepar con muchos, particularmente de la gente joven que anda aquí: no acompaño el camino del odio, ni aun hacia aquellos que tuvieron bajezas sobre nosotros; el odio no construye. Esto no es pose demagógica, esto no es cosa de andar eludiendo el bulto, esto no es cosa de poner una cara linda, estas son cosas de principios, cosas que no se pueden hipotecar.

Entre los aplausos, Mujica pedía disculpas por saltar de un tema al otro:

… perdonen por la incoherencia, no es fácil ser coherente con la emoción que ustedes representan, con tantos años de trillo en esos calabozos, con tanta soledad encima.

Pepe veía que su tiempo en el estrado se iba terminando, pero como aprendió de Erro comenzaba a «redondear» cuando aún tenía mucho para decir. Recordó entonces algunos aspectos de los tupamaros en la vertiginosa lucha de fines de los sesenta y principios de los setenta:

Fuimos creando nuestra propia cultura que no está escrita, fuimos generando nuestra propia historia, que tampoco está escrita. La guardia vieja no tuvo tiempo de escribir, apenas pudo pensar y no siempre, porque tuvo mucho que hacer, y por eso

mucho también se equivocó la guardia vieja.

Trató así de humanizar a los personajes que la gente, sobre todo la juventud, miraba en la calle con devoción, porque «*lo que vale es la causa, no el apellido*».

No estamos aquí para hamacarnos en los brazos de la gloria. Elegimos ciertos principios que hay que recordarlos: somos primero, tupamaros, elegimos un sistema de direcciones colectivas, y cada día más la complejidad de los fenómenos sociales y políticos va determinando que las dirigencias sean equipos, y que un equipo de dirigentes será bueno en la medida en que sea capaz de generar otros mejores. Y por eso tenemos claro y definido: palitos, palitos para que la colmena se aglomere después.

Hablando de ese trabajo de abeja, esgrimió dos conceptos que —según preveía— lo acompañarían a cada momento, durante los años que tuviera por delante: su elección por la vida austera y la creencia en la naturaleza como explicación del universo.

Hay una concepción de la vida que va más allá de un esquema de ideas políticas, hay una manera peculiar de mirar el mundo. Aprendimos en la orfandad de los calabozos, en todos estos años, muchachos, con qué poco se puede ser feliz, y si con eso no lo lográs, no lo lográs con nada. Aprendimos también sin libros, un modo de mirar si vos querés un tanto panteísta: nos gustaban las arañas, nos gustaban las hormigas, porque eran la única cosa viva que teníamos en la soledad de nuestros calabozos. Somos de la naturaleza y con ella estamos.

Mujica lanzó en ese discurso una estrategia que consideraba clave para el crecimiento del movimiento político, que buscaba se gestase a partir de los tupamaros y de otros pequeños grupos de izquierda:

Vamos a salir, en la medida en que nos den las fuerzas, a caminar por la calle, a tomar un poco de mate con los muchachos por las esquinas, a conversar con la gente de las fábricas con el mismo espíritu con que fuimos, allá por el año sesenta y seis, a reclutar el primer grupo de estudiantes que debajo de sus portafolios, de sus reglas, llevaban un puñadito de sueños. Se cuenta, en nuestra cultura no escrita, que los

muchachos preguntaron qué línea teníamos para el movimiento estudiantil. Nosotros contestamos: no tenemos línea para el movimiento estudiantil, ustedes tienen que generar la línea. Tenemos claro que la etapa que se viene tiene sus inmensas posibilidades, sus tremendas interrogantes. Hay una generación que es fundamental, la que se está procesando, que trae un bache: muchos años de oscuridad, mucho fervor.

Al hablar de ese bache de doce años de dictadura, fue tejiendo la tela para llegar, poco a poco, al tema de la coyuntura política que vivía el país en 1985.

Solo una actitud democrática permitirá una maduración política masiva de esa inmensa potencialidad, hay que ser democráticos, tremendamente democráticos. Es la hora de tener claro que ante el dilema centralismo o democracia, hay que inclinarse por más democracia. Por eso, porque ya aprendimos, porque ya tenemos claro esto, porque estamos viejos, porque tenemos conciencia lúcida de que pronto tenemos que marcharnos por el camino de la naturaleza, por todo eso estamos convencidos de que vamos a ser la fuerza política que englobe a la juventud, la cosa esencial de la juventud del país.

Y aclaró:

Estamos y estaremos con todos aquellos que luchen por un paso de progreso, y si a veces no podemos llegar a más, será porque medimos objetivamente que las condiciones no dan más, pero no vamos a mentir: ni ayer ni hoy reformistas.

Así, siguió hablando en particular a los jóvenes, previendo quiénes serían capaces de acompañarlo en sus historias de algún lugar de la Mancha recreado en el nuevo Uruguay:

Por bastante viejos sabemos que ese mismo pueblo que tiene momentos de Quijote tiene mucho de la sabiduría de Sancho.

Buscó entonces transmitir que por perseguir logros mayores no se debe descuidar el problema diario de la gente, sino cultivar una «*actitud moral, ética*», la de

«*preocuparse por una miga de pan para el que no tiene*».

Tenemos claro que hay que pensar sencillamente en vivir como pobres, quien luche por la igualdad con demasiado poder político sobre un puñado de hombres tiene que tener claro que no es juez de las necesidades de la masa, pero quien lucha por la igualdad con entrega absoluta entra en la carrera de los honores. Para nosotros, tiene que tener claro que hay que vivir en la igualdad de los más y no para algún día, porque aprendimos en todos estos años que la dureza con nosotros mismos es la mejor fuente de ternura para los demás.

Por qué decimos esto, muchachos… —los jóvenes escuchaban y miraban a Pepe como si el «viejo» los hubiera hechizado con sus palabras mágicas—: *No se llega mañana al fin de las estrellas, no hay ningún programa que se termine, no hay una tierra prometida al final de un programa, o del segundo, tercero, quinto o décimo plan quinquenal. Se empieza a ser igual ya, hoy, en un culto sistemático contra las deformaciones que tenemos cada uno de nosotros*.

Y en ese juego de imágenes y metáforas, pero con los pies en la tierra —«*soñar no significa no razonar, razonar es medir nuestros límites*»—, habló de la lucha generacional, interminable, por mejorar la especie humana. Buscó quitar el peso a definiciones políticas complejas y, como lo había hecho Ñato en Conventuales, se refirió a los métodos de lucha de los tupamaros…

Ya la palabra socialismo es bastante complicada, simplemente alcanza con lo más chiquito: luchamos por la igualdad esencial entre los hombres. Las cosas que en la política sean verdaderamente gravitantes, que no se puedan explicar con sencillez, no son tan importantes.

Seguimos pues con otros métodos, en este caso con otro fierrito en la lucha por lo mismo. Y estamos viejos… El compañero decía las otras noches que si desgraciadamente a esta democracia

de primavera nos la roban… sí, absolutamente sí, desgraciadamente sí, tendremos que agarrar otro fierrito.

Por eso una actitud abierta, una actitud no sectaria, una actitud no dogmática, una actitud de aprender, una forma de estar con todos aquellos que piensan medianamente parecido.

Hay que agrandar mucho las filas del pueblo, hay que luchar mucho por agrandar esas filas, y hay que tener la sabiduría de no pedirle a la gente lo que la

gente no puede dar. Porque si nuestra impaciencia llega a pedir a los hombres más de lo que pueden dar, nos exponemos a un fracaso y los arruinamos a ellos: tremendamente impacientes, tal vez por ello bastante revolucionarios, pedimos paciencia.

Pepe no olvidaba la vieja concepción tupamara, «*las palabras nos separan, la acción nos une*», pero trató de explicar que ahora —en la nueva etapa política— ambas cosas, palabras y acción, podrían interpretarse como una misma cosa:

Lo primero, organizar las filas. Lo segundo, soldarnos con el pueblo. Lo tercero, educarnos, formarnos. Seguimos siendo primero que nada hombres de acción —aclaró Mujica—. *Hay acción con la azada, hay acción con el trabajo, hay acción con la humildad, hay acción con la prédica*.

Yo sé que un par de tiros es una cosa perfectamente seria, y sé que hay mucho titular de por medio. Pero una cosa es bulla y muy otra, propaganda. De la bulla no queda nada, de la propaganda queda una docencia, un algo… un algo que aprender.

De uno a uno, de verbo en verbo, esta democracia tiene que servir para educarnos. Cuando el gobierno falle, cuando en el eterno dilema de los pobres y los ricos se nos incline por la «panzocracia», tendremos que seguir educando, luchando y forjándonos.

La expresión legal de la izquierda en ese momento era el Frente Amplio, partido al que Pepe no menciona en el discurso. En principio, de las charlas y discusiones con Sendic, y luego con los demás compañeros, Mujica había considerado probable —aunque no era un ferviente defensor de la idea— que los tupamaros impulsaran un «Frente Grande», más allá del propio Frente Amplio.

Había otras expresiones políticas que —según Sendic— podían sumarse a esa idea, incluso algunos sectores identificados con las viejas concepciones de la rebeldía blanca o del batllismo removedor de principios de siglo. Aun así permanecían en los partidos tradicionales, a pesar de que estos se volcaban cada vez más hacia las políticas neoliberales descarnadas que, bajo el lema de desarrollo económico, ya no reparaban en la justicia social.

El mensaje de Pepe en el Platense procuró abrir las puertas a eventuales aliados para los tiempos que ya empezaban a correr, y para ello empleó expresiones que no eran nuevas en el discurso de un luchador social que mamó la política desde niño. Y así como relativizó la palabra «*socialismo*», tampoco usó «*oligarquía*», vocablo que otrora hubiera sido asociado sin duda al Partido Colorado y al Partido Nacional. Con cuidado, pero sin dejar de marcar los matices, trató de rescatar lo que creía mejor de

cada manifestación política con la que estaba dispuesto a convivir en paz:

> *Nuestros dos viejos partidos tradicionales no son, ni por asomo, algo que merezca desprecio. Porque si los despreciamos desconocemos la esencia de nuestro país. Y es bueno que los hombres de izquierda empiecen a poner las patas en el suelo, a repensar la historia nacional y después a refabricar nuestros propios esquemas.*
>
> *Los tupamaros tenemos diferencias, aun entre los hombres de la guardia vieja. Perdonen compañeros, yo no tengo empacho en decir, ni me piden que no lo diga: en mi interpretación histórica de este país, soy blanco, perfectamente blanco. No por blanco menos tupamaro. Y como pertenecemos a una organización que no robotiza el cerebro de los hombres, tengo la libertad suficiente para decir nuestro modo de pensar personal, que interpreta el de muchos otros compañeros, pero no necesariamente el de todos. Y sin embargo seguimos siendo el mismo equipo.*

Pepe reafirmó su libertad de expresión con alguna aclaración incluida respecto de su condición política y extendiendo la mano también a los batllistas:

> *Nosotros, que no tememos golpear contra las vacas sagradas de la historia, así categóricamente decimos que somos blancos, y mídase que decimos blancos, no Partido Nacional. Tengo la visión histórica de la masa que siempre se llamó «blanco», antes que los «dotores» le pusieran Partido Nacional.*
>
> *Y con esa misma libertad que me da el ser tupamaro, digo: para muchos de nosotros, tal vez mucho después de don José Artigas, el hombre más importante de la historia nacional se llama José Batlle y Ordóñez. Y esto no lo decimos para quedar bien con unos o con otros. Lo discutimos con oficiales en la soledad de los calabozos, lo dijimos en los juzgados en todos estos años, tenemos testimonio.*

En el primer anillo de las tribunas del Platense se veía una pancarta que exigía: «*Educación para todos*», y arriba, en el segundo anillo, otra pregonaba: «*Por patria pa todos*». Se trata de dos reclamos históricos de los tupamaros.

Mujica, que ya había hablado de razones éticas, solidarias, pedía ahora otro esfuerzo a los jóvenes. Les invitaba a pensar y a investigar, sin ataduras

esquemáticas, apostando al trabajo duro, sobre todo al científico, y considerando al país en el contexto de una patria mayor:

> *Somos apenas un país de la gran nación Latinoamericana y a ella nos debemos.*
>
> *Hemos aprendido también en estos años que las cuestiones sociopolíticas son hondas y por ello tremendamente oscuras, pero por claridad no debemos sacrificar la profundidad. Hay que bucear y bucear, muchas veces a media luz, pero calar hondo, y a ello se llega por dos caminos: democracia y ciencia.*
>
> *Hacer horas estudiando los problemas. Democracia, equipo, sudor para interpretar. Es por eso, muchachos, que no alcanza con un programa de razones claras, no alcanza con estudiar algunas horas, no alcanza con algún manifiesto, con algún panfleto. Hay que sistematizar horas en años de vida, sí, por décadas, per sécula. Y hay que entenderlo: ¡La revolución es primero trabajo y más trabajo, eso es!*

Le habían asignado treinta minutos y Pepe ya alcanzaba una hora de disertación. Se había quedado con ganas de hablar, cómo no sentirse así después de tantos años en que la palabra le fue negada. Pensó que le había faltado describir a un tupamaro desde su concepción más profunda, pero ya tendría tiempo de pintarlo tal cual lo sentía, lo vivía, en las charlas que preveía armar en cuanta esquina lo recibiese con un mate y ganas de compartir historias.

Ahora, para finalizar, recalcaba su postura de renuncia personal a la búsqueda de revancha, y afloraron así sus viejas concepciones anarquistas sobre la justicia:

> *Yo llamo a los compañeros, primero a responsabilidad. Segundo, recalco, no odio. Tercero, otra diferencia que me permite la libertad ideológica de ser tupamaro (para aquellos que dicen que no tenemos ideología): yo puedo decir, y nadie me va a dar un tirón de orejas, que no creo en ninguna forma de justicia humana. Toda forma de «justicia»* —Pepe gesticuló para entrecomillar la palabra —, *en mi filosofía casera, es una transacción con la necesidad de venganza. Por eso no creo mucho en una justicia que se promete.*
>
> *Y no me gusta sacar gajos del árbol caído, muchos nos caranchearon, muchos nos insultaron en estos años, no vamos a responder por eso. Estaremos sí, pero no en el campo de la filosofía diletante de café, de la cual abjuramos hace muchos años: el tupamarismo se generó como una reacción*

al mero diletantismo. Y es por ello que vamos a estar en guardia junto a ustedes, y con ustedes, y con todo el pueblo. Pero no con un hacha en la mano, vengadores, de ninguna manera, nosotros estamos para tratar de hacer y de construir con ustedes.

Las circunstancias lo dirán. Muchas gracias, compañeros.

Las gradas estallaron: los aplausos reconocían a un orador que rompía los esquemas.

Sereno, como empezó, sin los ademanes clásicos de los políticos, Mujica sonreía mientras se retiraba entre abrazos y besos, sobre todo, de los que apenas tenían edad para votar.

«*No es un político, es un santo, pero ¡ojo!, no uno de aquellos tan buenos pero infantilitos de quienes nos hablaban en el catecismo, es un santo sabio*», le dijo una joven de veinte años a una periodista apostada en la puerta del Platense Patín Club. La libretita de la periodista María Esther Gilio —atacada por el escuadrón de la muerte, exiliada por defender como abogada a los tupamaros— registraba

todo a una velocidad envidiable. Mujica había dicho que la historia de los tupamaros no estaba escrita, pues ella ya había empezado a relatar esas historias y le quedaba mucho por contar…

Pepe se fue con Lucía de la mano. El viejo barrio del luchador social los esperaba…

Él volvió a embarrarse de alegría entre sus flores, ella consiguió un trabajo como cantinera de la Facultad de Arquitectura. Y juntos iban guardando, en un bollón de vidrio, los ahorros para esa chacra —«*tierra cruda*», tal el consejo del abuelo Antonio— que tantos momentos felices les presagiaba.

—¡Lo viste al Pepe! —el comentario daba vueltas por el Paso de la Arena, por el Cerro. Y llegaban los encuentros, los abrazos, los recuerdos…

Las mateadas empezaron por esos lugares tan queridos para Mujica: política y poesía en nuevos tiempos de guitarra y amargos amables, de los que se comparten entre compañeros, entre amigos.

Pepe se sentía vivo, y quizá también por ello, persistía cierta afección en su espíritu: faltaba algo en su nueva vida que tendía a la armonía con la naturaleza y con los seres queridos.

Y llegó una tarde, sin que ninguno de los dos se lo propusiera, aunque ambos lo

anhelaban desde siempre…

Fue en la estación de Otero. Si en el Paso de la Arena había un lugar para estas cosas era en la vieja estación de Simón Martínez —ahora Luis Batlle Berres— y Tomkinson.

Pepe llegó con su motocicleta, una Yamaha de 50 centímetros cúbicos de cilindrada: con un litro de nafta andaba todo lo que quería. Eso, si el motor y todo lo demás funcionaba bien…

—¡Qué feo suena esa cosa! —escuchó a su lado.

Y cuando levantó la mirada, ahí estaba él, mirándolo desde la infancia.

Pepe, quizá por alguna razón de pudor —insospechada traba automática en la psicología de un ser fresco y espontáneo— contuvo esas ganas de abrazarlo. Pero le siguió el tren…

—Es que en este barrio parece que no hay nadie que sepa arreglar estas porquerías…

—Motos eran las de antes —le sonrió Nene invitándolo a volar en sus recuerdos hasta aquellas locas travesías por calles, barrios, rutas y pueblos del Uruguay.

La «Yamahita» celeste fue a dar al taller de su viejo amigo, pero eso fue solo un pretexto, para el abrazo sin fin:

—¿Cómo estás, Pepe?

—Estoy bien, estoy bien, ahora sí estoy bien.

Pepe y Nene seguían siendo inseparables.

Afecto a las metáforas de carreras y circuitos, Nene carburó durante años la idea de que «*alguien*» había puesto «*un puente de doble carril en la historia*»:

—Pepe pasó por un lado y yo por el otro —le contó una vez más a su esposa y a sus hijos.

—Pero al final…

—Al final el camino volvía a juntarse, siempre lo soñé así…

Y así fue.

Mujica ya compartía con Lucía una modesta y acogedora chacra en Rincón del Cerro. Luego de que Ñato y Ruso fueran invitados a comer allí aquellos lechones mamones prometidos en la hambruna del calabozo, y mucho después de que su amigo del barrio se hiciera tan conocido entre la gente, Nene pedaleó tranquilo hasta el punto de partida fijado en el Paso de la Arena.

Al verlo llegar, el corredor que convocaba a una gran bicicleteada popular le pidió que se ubicara junto a él. La carrera sin apuros arrancó serena, pero desorbitada.

Nene miraba hacia todas partes, y solo veía gente y más gente, mientras movía sus piernas con algo de timidez. Su amigo lo notó. Pasaban entonces frente a la escuela del barrio donde aquellos compañeros de banco se habían vuelto carne y uña. Y allí Mujica, montado en la vieja Peugeot más o menos ajustada, estiró la mano y

abrazó en pleno andar a su compinche. Lo miró a los ojos, le sonrió con su mueca infaltable, y le recordó que nada, por grandilocuente que se viera, podía cambiar su esencia:

—Nene, yo soy así, el de siempre: ¡Yo soy el Pepe!



Nene, Pepe y Neldo García, en el parque Rodó, a los 15 años.



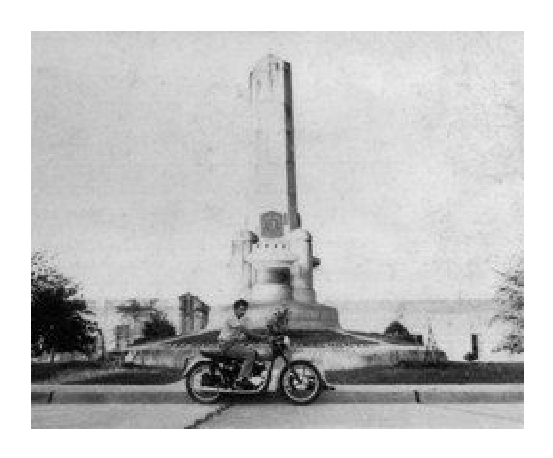
Nene y Pepe en la plaza de Canelones, aprontándose para correr por El Universal, a los 16 años.



En el puerto de Salto, antes de cruzar el río hacia Concordia, en un descanso de la vuelta ciclista de 1959.



Pepe en la ciudad de Concordia (Argentina), junto a un compañero de la vuelta ciclista.



Posando en la Triumph 500, ante el Obelisco de la ciudad de Artigas.



En la bajada de Pena. Viaje de Artigas hacia Rivera.



Girando en la «curva de la muerte». Ruta 8, antes de llegar a Minas. 1960.



Mujica y Louis frente a la Catedral de San Cristóbal. La Habana, 1960.


Diario

QUISIERON ASALTAR AL PAGADOR DE UNA FIRMA: LE FRUSTRAN EL GOLPE

PALACIO DE LA MOTONETA

MOTOS MOTONETAS

SECUNDARIA: HOY COMENZO EL PARO

MAÑANA EN PRIMARIA

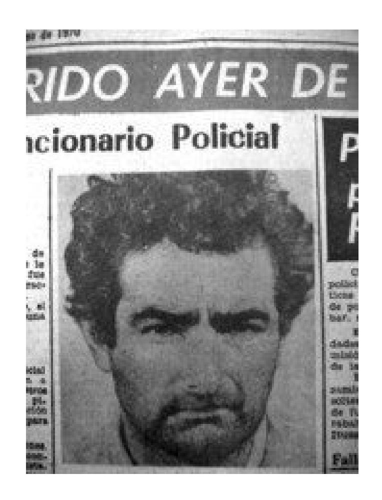
El paro

Asamblea esta tarde

Uno de Ellos Está Detenido y el Otro Pudo Huir

DESPIERTAN SOSPECHAS

Asalto a Sudamtex, julio de 1964.



RIDO AYER DE

ncionario Policial

Foto de la primera detención, en 1964.



El auto del presidente de UTE y los impactos de bala, agosto de 1968.



Recreación del secuestro de Pereira Reverbel. *El Diario*, agosto de 1968.



VAN AL CINE

La artimaña utilizada por los extremistas para iniciar el "asalto a Pando" tuvo características cinematográficas en todo el sentido de la expresión. Un cine céntrico exhibe en estos días ("por 4ª semana consecutiva") una producción norteamericana titulada "Sociedad para el Crimen". Sobre el final del film, el protagonista (Steve Mc Queen), se vale de un truco para despistar a los policías que le tendieron una celada donde debía guardar el botín de un asalto; una carroza fúnebre desfila ante los agentes, seguida por una lenta procesión de "remises" negros. Asimismo, dos meses atrás, la serial televisiva "Misión Imposible" mostró un ardid similar. Los infalibles comandos penetraron en un lugar inaccesible simulando integrar un cortejo fúnebre.

Octubre de 1969.



El bar La Vía, la tarde en que lo acribillan en el piso. 23 de marzo de 1970.



EL SEDICIOSO MUJICA SE DEBATE CON LA MUERTE EN EL H. MILITAR

Se Tirotearon Con la Policía Que Les Pidiera Sus Documentos en un Café

Era Jefe de Célula y Fue Saboteador

Mujica y el policía que irrumpió en el bar La Vía.



SIN ACLARARSE EL HORRENDO ASESINATO DE LA JOVEN SEÑORA

Entre la Vida y la Muerte el Sedicioso Mujica

El Suicidio de un Hombre es Relacionado con el Homicidio

Fueron Identificados los Otros Detenidos en el Bar "La Vía" y Hay Cuatro Indagados más Luego de los Allanamientos

La lucha contra la muerte, marzo de 1970.



La Ford A en la que llegaron al bar La Vía, marzo de 1970.



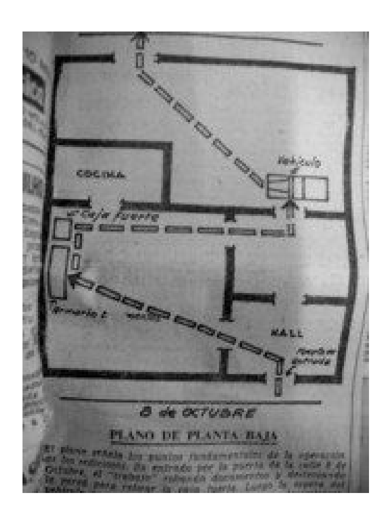
EL PAIS

Terroristas de Guatemala Matan Embajador Alemán

SE LLEVAN 25 MIL LIBRAS, TRASMISORES, ARMAS Y MAQUINAS

SEDICIOSOS ROBAN CASI 100 MILLONES

El robo de las libras de Mailhos.



El plano de la expropiación a los Mailhos.



EL PAIS

Uruguay no Aceptará Canje por Conspiradores

ALEMANIA EXIGE EL RETIRO DE EMBAJADORES CON GUATEMALA: INTENSAS BATIDAS TRAS LOS ASESINOS

PROCESAN A MAILHOS: DEFRAUDACION AL FISCO

Mailhos a la cárcel, por unos días.



DETUVIERON A LUCIA TOPOLANSKY
LIDER DEL MOVIMIENTO TUPAMARO

El Diario

NOVEDADES EN DISCOS PHILIPS

Titular sobre detención de Lucía, enero de 1971.



EL PAIS

DESDE LA CELDA 73 HICIERON EL TUNEL

FUGARON AYER 106 SEDICIOSOS

El Abuso, setiembre de 1971.



MILITARES ANUNCIARON ENERGICA POSICION

INFORME DE LA FUGA: GUARDIAS COMPLICES

Eran los Propios Conspiradores Quienes Disponían a su Antojo de los Calabozos

Lanusse Anunció las Elecciones Para Marzo 1973

Primer Mensaje Radiotelevisado que Emiten las Fuerzas Armadas

Averiguaciones después del Abuso, setiembre de 1971.



Una de las «heladeras» de la cárcel de Punta Carretas, 1971.



CONSPIRADORES VIVIAN EN UN POZO EN PUNTA GORDA; SE HALLARON ARMAS Y JOYAS

CABECILLAS FUGADOS DEL PENAL FUERON APRESADOS

Detención en el sótano de la casa de Punta Gorda, octubre de 1971.



FUGO DEL PENAL JUNTO A LOS SEDICIOSOS Y VOLVIO A

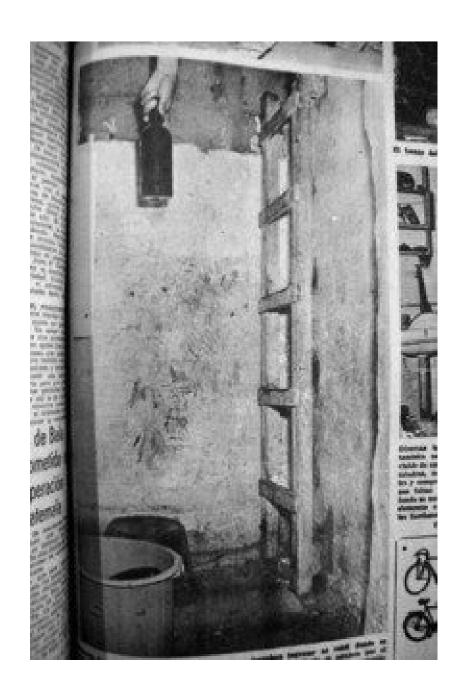
Con los Presos Cae un Verdadero Arsen

Más de 50 Armas Largas Sustraídas a la Ma

LA PAZ CABALLOS
ASALTADO UN
LLEVABA

La Mayor Parte del Tiempo
Encerrados en Fétido Cubil

El arsenal en el sótano, octubre de 1971.



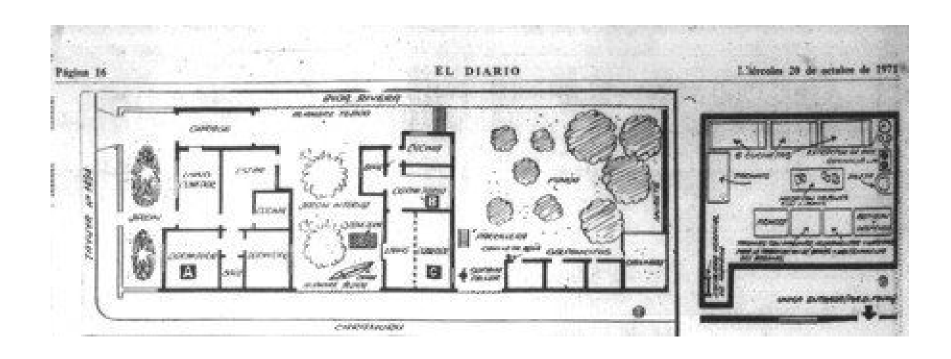
La escalera por la que bajaban al sótano, octubre de 1971.



En la composición gráfica, dos de los moradores de la finca de la calle Tayuyá en Punta Gorda, donde se había construido un cubículo en el que estaban guarecidos cinco conspiradores, entre éstos una mujer, todos fugados de la cárcel. De izquierda a derecha: Los dueños de casa, Arq. Antonio E. Mallet Sosa y su hijo Antonio Daniel Mallet. Luego los sediciosos Tabaré E. Rivero Cedrés, Luis E. Martínez Platero, Rubén H. Bentancor Sánchez, José Mujica Cordano, Oscar M. Puig Iturralde y Elida Baldomir Coelho.

LICEOS PRIVADOS: HARAN

Mujica y el resto de los detenidos en el sótano de la calle Tayuyá, octubre de 1971.

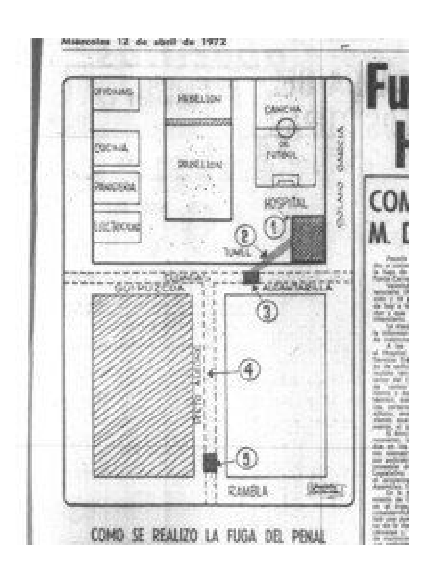


Plano del berretín de la calle Tayuyá, octubre de 1971.



ZABALZA Y YOLDI YA HABIAN FUGADO EN SETIEMBRE ULTIMO

Los fugados por las cloacas, abril de 1972.



Mapa que reconstruye la segunda fuga de Punta Carretas, por las cloacas. Abril de 1972.


Fugaron 15 Tupamaros

ABRIENDO UN TUNEL DESDE RED CLOACAL

El Diario

Titular del día de la segunda fuga, abril de 1972.



Otra Vez Prófugos Los Cabec
Mujica, Rivero Cedrés y M. Pla

Usaron el Tú
Cavado en 19

CESAR LONG:
SEGUNDA FUGA

Titular sobre Mujica el día de la segunda fuga de Punta Carretas, abril de 1972.



LA TOPOLANSKY Y MUJICA

LOS HIPPIES DE NIXON

Detienen a Mujica y Topolansky, agosto de 1972.



Antes de ser diputado.

1986

Abril. El MLN solicita el ingreso al Frente Amplio.

1989

Mayo. El Frente Amplio acepta la petición de los tupamaros.

1994

Noviembre. Mujica resulta electo diputado por el Frente Amplio, con la lista 609 del Movimiento de Participación Popular (MPP), sector que abarca al MLN.

1995

Febrero. Asume en la Cámara Baja. Es el primer tupamaro en ocupar una banca de diputado.

1999

Octubre. Es electo senador por el MPP con unos ciento veinte mil votos, su sector casi triplica la votación de la última elección.

2000

Febrero. Asume la banca en la Cámara Alta.

2002

Mayo. Elecciones internas: el MPP, liderado por Mujica, se transforma en la principal fuerza política del Frente Amplio.

2004

Octubre. El Frente Amplio gana las elecciones nacionales por primera vez en la historia. El MPP obtiene trescientos veintiocho mil votos. Se convierte en el sector con mayor cantidad de legisladores: seis senadores y diecinueve diputados. Mujica es el primer senador de la lista 609.

2005

Marzo. Designado por Tabaré Vázquez, nuevo presidente de Uruguay, Mujica asume como ministro de Ganadería, Agricultura y Pesca.

2009

Junio. Mujica gana las elecciones internas con el 52,2% de los votos: es el candidato a la Presidencia por el Frente Amplio.

Octubre. Resulta el candidato más votado por la gente pero no supera el 50% de los sufragios. Debe enfrentar en un balotaje al candidato del Partido Nacional, su viejo conocido, Luis Alberto Lacalle.

Noviembre. Gana la segunda vuelta con el 52,39% de los votos emitidos contra el 43,51% de su oponente, y se convierte en el presidente más votado de la historia de Uruguay.

2010

Marzo. Pepe, el tupamaro, asume la Presidencia de la República Oriental del Uruguay:

Yo, José Alberto Mujica Cordano, me comprometo por mi honor a desempeñar realmente el cargo que se me ha confiado y a guardar y defender la Constitución de la República.

Los aplausos se prolongaron y la presidenta de la Asamblea General, en ese momento Lucía Topolansky, aguardó muerta de emoción al lado de su esposo, para poder cumplir con el acto formal:

Señor José Mujica, en virtud de la declaración que usted acaba de pronunciar frente a la Asamblea General, queda usted investido en la calidad de presidente de la República.

Y así como lo nombró, lo besó.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a las personas entrevistadas: Lucía Topolansky, Jorge Manera, Mauricio Rosencof, Tabaré Rivero Cedrés, Washington Rodríguez Belletti, Raúl Gallinares, Celeste Zerpa, Amílcar Fernández, Carlos Tasistro, Julio Louis, José López Mercao, Marcelo Estefanell, Walter Berrutti, Mamorou Haruta, Ricardo Vázquez, Neldo García, Carlos Otero, Juan Abbate, Reyno Rivero, Renzo Pi Hugarte, María Herminia Brenta, Dora Cordano, Carlos Barizzoni, Gilberto Correa, y en especial a Dilermondo Do Reis y José Mujica.

Y a todos los que aportaron datos, documentos, grabaciones, contactos, o brindaron su apoyo y conocimiento para que este trabajo pudiera concretarse: José Díaz, Ana Castagnetto, Roberto Caballero, Uberfil Monzón, Leonardo Barizzoni, Carlos Barizzoni, Ana Paula Cordano, Dilermondo Do Reis, Neldo García, Takeru Haruta, Juan Abbate, Mario Abbate, Álvaro Torres, Julio Louis, Celeste Zerpa, Walter Berrutti, Mauricio Vigil, Amílcar Fernández, Aparicio López, José Battelli, Reyno Rivero, Martha Mujica, Omar Moreira, Juan José Leal, Blanca Alves, Clara Aldrighi, Samuel Blixen, Nelson Cesín, Gonzalo Mujica, Julio Martínez, Andrés Cribari, Viviana Echeverría, Aída Altieri, Nelson Caula, Gabriel Monteagudo, Fabián Werner, Edison Lanza, Federico Leicht, Daniela Fassanello, Jaime Clara, Ricardo da Rosa, Alexandra Perrone, Matías Klarens, Lucía Seco, Salvador Neves, Alejandro Gabard, Silvia Bonomo, Marcelo Escobal, Adriana Suárez. A los funcionarios de la Biblioteca Nacional y a los de la Hemeroteca del Palacio Legislativo, en particular a Gustavo Espiga.

Fuentes

Para la investigación se relevó información de los siguientes medios gráficos: *Marcha, El Popular, El Sol, Época, Cuestión, Al Rojo Vivo, Acción, El Debate, El Día, El Diario, La Mañana, Dignidad, Opinar, Cuadernos de Marcha, Mate Amargo, Brecha, Búsqueda, El País, El Observador, la diaria, La República, Crónicas, Rumbosur, Políticas, Pachamama, La Prensa de la Zona Oeste; ABC* (España), *ABC* (Paraguay), *Página 12* (Argentina), *La Nación* (Argentina).

A todos ellos. Informe de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos (Montevideo), Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, 2004.

Aldrighi, Clara, *Memorias de insurgencia. Historias de vida y militancia en el MLN-Tupamaros. 1965-1975*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.

Aldrighi, Clara, *La intervención de Estados Unidos en Uruguay (1965-1973). El caso Mitrione* (Tomo I), Montevideo, Ediciones Trilce, 2007.

Alves, Blanca, *Enrique Erro. Babu y yo*, Montevideo, Rosebud Ediciones, 2009.

Batlle, Luis, *Luis Batlle pensamiento y acción (discursos y artículos)*, Selección y notas: Santiago Rompani, Montevideo, Editorial Alfa, 1965.

Bergamín, José, *Las ideas liebres*, Barcelona, Ediciones Destino, 1998.

Bergamín, José, «Ahora que me acuerdo…». En: *Entregas de La Licorne*, n.º 1-2: pp. 51-69, 1953.

Bergamín, José, *El pozo de la angustia* (1941), España, Anthropos, Editorial del

Hombre, 1985.

Betancourt, Fernando, *Derecho Romano Clásico*, 3.ª ed., Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007.

Blixen, Samuel, *Sendic*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2000.

Blixen, Samuel, *La Comisión Aspirina. Historias de hombres libres en cautiverio*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2007.

Braccini, Víctor; Caballero, Roberto, *Un puñado de memoria*, Montevideo, edición de autor, 2010.

Caetano, Gerardo; Rilla, José, *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 1994.

Campodónico, Miguel Ángel, *Mujica*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 1999.

Campodónico, Miguel Ángel, *Las vidas de Rosencof*, Montevideo, Aguilar, 2003.

Castro, Fidel, *Discurso pronunciado por el primer ministro del Gobierno Revolucionario*. En: *Acto de clausura del Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes*, agosto 6 de 1960, versión taquigráfica de las oficinas del primer ministro (*online*) (citado 6 de julio de 2011).
En: www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f060 860e.html

Caula, Nelson; Silva, Alberto, *Ana, la guerrillera. Una historia de Lucía Topolansky*, Montevideo, Ediciones B, 2011.

Caula, Nelson, *Erro, fiscal de la Nación*, Montevideo, Puntosur Editores, 1989.

Citas en latín de Ulpiano. En: latin.dechile.net/?Ulpiano

Comando General del Ejército, *Testimonio de una nación agredida*, Montevideo, Universidad de la República, 1978.

Coolighan, María Luisa; Arteaga, Juan José, *Breve Historia del Uruguay*. En: *La Mañana*, n.º 20-21, 1989.

Correspondencia entre Rosas y Quiroga (En torno a la organización nacional), Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1945.

Correspondencia de José Mujica a Dilermondo Do Reis (1960), Archivo personal de Dilermondo Do Reis.

Departamento de Estado de los Estados Unidos, Embajada de Estados Unidos en Uruguay, Telegrama n.º 128 636, setiembre 8 de 1970.

Díaz Soto y Gama, Antonio, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo*, 4.ª ed., México, DF, Ediciones «El Caballito», 1976.

Di Candia, César et al., *Mujica en Búsqueda. Trece años en 21 reportajes*, Montevideo, Fin de Siglo, 2009.

Domínguez, María Noel, *Mujica 2009*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.

El Círculo. Las vidas de Henry Engler (VIDEO) / José Pedro Charlo; Aldo Garay, directores, Uruguay, 2008.

Estado de sitio (VIDEO) / Costa-Gavras, director, Francia, 1972.

Estefanell, Marcelo, *El hombre numerado*, Montevideo, Aguilar, 2007.

FCU, *La caída de la democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1967-1973)*, Carlos Demasi (coordinador), Montevideo, FCU, 1996.

Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de los tupamaros. Los Orígenes* (Tomo I), 7.ª ed., Montevideo, Tae editorial, 1988.

Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de los tupamaros. El Nacimiento* (Tomo II), Montevideo, Tae editorial, 1987.

Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de los tupamaros. El MLN* (Tomo III), Montevideo, Tae editorial, 1987.

Fernández Huidobro, Eleuterio, *La Fuga de Punta Carretas. La preparación* (Tomo I), Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1998.

Fernández Huidobro, Eleuterio, *La Fuga de Punta Carretas. El abuso* (Tomo II), Montevideo, Tae editorial, 1990.

Galmés, Héctor, *Las calandrias griegas*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1977.

Galmés, Héctor, *Final en borrador*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2003.

García, Alfredo, *Pepe Coloquios*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2009.

García, Pedro Antonio, *Monopolios yanquis… ¡se llamaban!*, julio 15 de 2010 (*online*) (citado noviembre 10 de 2011).
En: www.bohemia.cu/2010/07/15/historia/nacionalizaciones.html

Gilio, María Esther, *Pepe Mujica, de tupamaro a ministro: el loco encanto de la sensatez*, Buenos Aires, Ediciones *Le Monde Diplomatique*, «El Dipló» (Capital Intelectual S. A), 2005.

Gilio, María Esther, *La guerrilla tupamara*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1971.

Grillo, Rosa María, *José Bergamín en el Uruguay: una docencia heterodoxa*, Montevideo, Cal y Canto, 1995.

Grillo, Rosa María, *Exiliado de sí mismo. Bergamín en Uruguay 1947-1954*. En: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: www.cervantesvirtual.com

Grupo de Investigación de la Fundación Vivian Trías, Machado, Carlos (coordinador), *Desde las rotativas: cincuenta años de historia (1950-1999)*. En: *Brecha*, marzo 17 de 2006.

Guevara, Ernesto, Discurso al Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, julio 28 de 1960 (*online*) (citado agosto 22 de 2011). En:
www.archivochile.com/America_latina/Doc_paises_al/Cuba/Escritos_del_Che/escritosdelche0022.PDF

Haberkorn, Leonardo, *Historias tupamaras. Nuevos testimonios sobre los mitos del MLN*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2008.

Hevia Cosculluela, Manuel, *Pasaporte 11333. Ocho años con la CIA*, Montevideo, Tae editorial, 1988.

Israel, Sergio, *Mujica el florista presidente*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2010.

Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, *Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental.La Subversión*, Tomo I, Montevideo, edición de autor, 1976.

Labrousse, Alain, *Una historia de los tupamaros. De Sendic a Mujica*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2009.

La flecha, Atahualpa Yupanqui. En: letras.com/atahualpayupanqui/849 444/

Lapaz Caballero, Carlos, *El ladrón, los tupamaros y Dios*, Montevideo, Ediciones La República, 1994.

Leicht, Federico, *Cero a la izquierda. Una biografía de Jorge Zabalza*, 9.ª ed., Montevideo, Letraeñe Ediciones, 2008.

Mazzeo, Mario, *Charlando con Pepe Mujica. Con los pies en la tierra…*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2002.

Mazzeo, Mario, *MPP, orígenes, ideas y protagonistas*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2005.

Mazzeo, Mario, *El Chamaco Rébori. Un hombre, una ciudad y un río*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2006.

Mejías Collazo, Hébert, *Volvería a hacerlo*, Montevideo, Ediciones Urubú, 2011.

Neves, Salvador; Pérez Couture, Alejandro, *Pólvora y Tinta. Andanzas de bandoleros anarquistas*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2006.

Paternain, Alejandro, *Dos rivales y una fuga*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986.

Pernas, Walter, *La Caída. El dictador Bordaberry y su canciller presos*, Montevideo, Ediciones Cauce, 2006.

Phillipps-Treby, Walter; Tiscornia, Jorge, *Vivir en Libertad*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2003.

Presidencia de la República Oriental del Uruguay, Archivo de noticias, 16 de setiembre de 2004.

Raúl Sendic, tupamaro (VIDEO) / Alejandro Figueroa, director, Montevideo, 2005.

Registro del Estado Civil, Acta n.º 627, Mujica Terra Benvenuto, Montevideo, 25 de mayo de 1943.

Registro del Estado Civil, Acta n.º 849, Mujica Terra Demetrio, Montevideo, 1 de setiembre de 1943.

Rey Tristán, Eduardo, *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya 1955-1973*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2006.

Rodríguez, Enrique, *Uruguay. Un Movimiento Obrero Maduro*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1988.

Rosencof, Mauricio; Fernández Huidobro, Eleuterio, *Memorias del calabozo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.

Sánchez, Florencio, *La gringa* (1904). En: Biblioteca Virtual Universal. www.biblioteca.org.ar/libros/70748.pdf

Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo. Civilización y Barbarie,* Madrid, Hyspamérica-Ediciones Generales Anaya, 1982.

Sasso, Rolando, *Tupamaros, los comienzos*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2010.

Sasso, Rolando, *La toma de Pando. La revolución joven*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2005.

Sendic, Raúl, *Raúl Sendic. Cartas desde la prisión,* Montevideo, Mario Zanocchi Editor, 1984.

Tae editorial, *Actas tupamaras*, 3.ª ed., Montevideo, 1989.

Tagliaferro, Gerardo, *Fernández Huidobro. De las armas a las urnas,* Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2004.

Tupamaros (VIDEO) / Heidi Specogna; Rainer Hoffmann, directores, Alemania, 1996.

Tupamaros: La Fuga (VIDEO) / History Channel-Anima Films, Argentina, 2009.

Uruguay, Poder Legislativo, Diario de Sesiones de la Asamblea General, Tercer Período Ordinario de la XLIV Legislatura, 23.ª Sesión Especial y Solemne, n.º 61, Tomo 75, noviembre 26 de 1997.

Uruguay, Poder Legislativo, Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, Cuarto Período Ordinario de la XLVI Legislatura, 60.ª Sesión Extraordinaria,

n.º 3537, octubre 1 de 2008.

Uruguay, Poder Legislativo, Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, Tercer Período Ordinario de la XLV Legislatura, 47.ª Sesión Extraordinaria, n.º 200, Tomo 413, setiembre 10 de 2002.

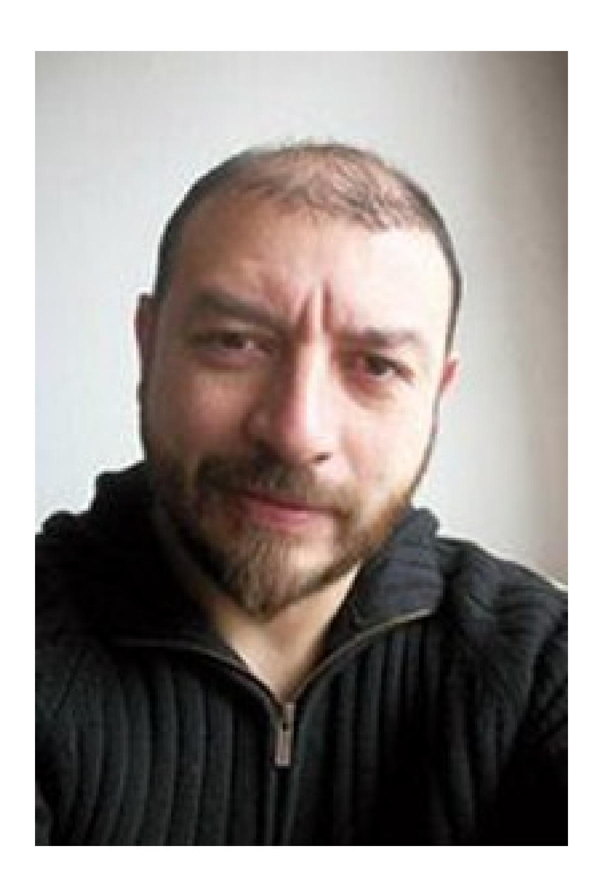
Vigil, Mauricio, *Para Facundo vivo*. En: *Hecho en Libertad*, CD, 2000.

Zabalza, Jorge, *Raúl Sendic, el tupamaro. Su pensamiento revolucionario*, Montevideo, Letraeñe Ediciones, 2010.

Se realizaron consultas a los siguientes sitios web:

aeroclubdeluruguay.edu.uy
amauta.lahaine.org
archivochile.com
bohemia.cu
brecha.com.uy
busarg.com.ar
cervantesvirtual.com
corteelectoral.gub.uy
comcosur.com.uy
cronicas.com.uy
cuba.cu
ain.cu
devuelvemelavoz.ua.es
elcorreo.eu.org
elmuertoquehabla.blogspot.com
elortiba.org
envozalta.net
es.catholic.net
escritores.org
espectador.com
federacionanarquistauruguaya.com.uy
foica.blogstpot.com
hemeroteca.abc.es
juventudrebelde.cu
laondadigital.com
memoriaviva5.blogspot.com
montevideo.com.uy
movimientoperonista.com
mro.nuevaradio.org
parlamento.gub.uy
periodicas.edu.uy
pilotoviejo.com
postaportenia.com.ar
presidencia.gub.uy
radio36.com.uy
rebelion.org
redalyc.org

sadil-fhuce.blogspot.com
uruguayeduca.edu.uy
uruguaymilitaria.com
wenceslaoroces.org
youtube.com



WALTER PERNAS nació en Montevideo, Uruguay, en 1971. Es periodista, escritor y docente universitario. Su especialidad es el periodismo de investigación. Trabaja en prensa y en radio y ha incursionado en televisión.

Es licenciado en Comunicación Periodística por la Universidad ORT, Uruguay, centro de estudios en el que ejerce la docencia. También ha brindado cursos en la Universidad Católica del Uruguay y en la Universidad de la República.

Su primer libro fue *La Caída, el dictador Bordaberry y su canciller presos* (crónica, 2006), y es autor de literatura infantil y juvenil, destacada por la Administración Nacional de Educación Pública y el Ministerio de Educación y Cultura.

Obtuvo el Premio Morosoli 2010 en periodismo escrito.